pijoan

historia del mundo

3

salvat

historia del mundo

pijoan



TOMO TERCERO

16. La Persia sasánida.
El Shah-Namah de Firdusi

17. Mahoma

18. Los primeros califatos

19. La ciencia árabe. Avicena,
Algazel y Averroes

20. Carlomagno

21. Lucha entre el Pontificado y el Imperio.
Las tres primeras cruzadas

22. Cluny y el Cister.
Las órdenes mendicantes

23. La escolástica cristiana

24. Del feudalismo a la monarquía.
La Carta Magna. Bouvines.
Los parlamentos

25. La síntesis medieval.
Las universidades. Dante

26. Bizancio. El pleito de las imágenes.
Conversión de los eslavos.
El Imperio latino de Constantinopla

27. Los sultanes selyúcidas.
Los mongoles

28. Culturas precortesianas
tolteca y maya

29. Los aztecas en México
y los incas en Perú



PIJOAN

HISTORIA DEL MUNDO

3

SALVAT







historia del mundo



Castillo de Manzanares el Real, que perteneció al marqués de Santillana.

pijoan

historia del mundo

3



BARCELONA - MADRID
BUENOS AIRES - MEXICO - CARACAS - BOGOTA - RIO DE JANEIRO

Primera edición	. .	1926-1930
Segunda edición	. .	1950
Tercera edición	. .	1952
Cuarta edición	. .	1955
Quinta edición	. .	1960
Sexta edición	. . .	1961
Séptima edición	. .	1962
Octava edición	. .	1963
Novena edición	. .	1965

Depósito Legal B. 3.467. — 1965 (3)

N.º R.º B. 59. — 65 (3)

Imprenta Hispano-Americana, S. A. — Barcelona

PRINTED IN SPAIN



El ángel del Sol, ilustración del libro de San Beato de Liébana para combatir el *adopcionismo* de Félix de Urgel. Catedral de Gerona.

INDICE DE CAPITULOS



Barco romano fluvial con cargamento de barricas de vino. Siglo III.

1 LA PERIFERIA DEL MUNDO ANTIGUO

Mientras en las tierras que baña el Mediterráneo se verificaban los experimentos capitales de la *Polis* griega democrática y el *Imperio* romano con sus provincias, en los extremos del *ecúmeno* otras razas se lanzaban también a la gran aventura de una vida civil mantenida por una autoridad sujeta a leyes y basada en principios de distinta moralidad.

Por el Norte no se avanzó mucho más en los conocimientos que del Báltico y las tierras septentrionales de Europa tenían los antiguos griegos. Es sabido que las armadas romanas remontaron los ríos de Germania y que un gran comercio se desarrollaba desde las ciudades de la frontera del Rin con las tribus de la Europa Central. Pero el gobierno imperial recordaba los descalabros sufridos al extender sus conquistas por aquel lado: Augusto, al morir, había encargado que no se avanzara más, y sólo por necesidad Trajano y Marco Aurelio guerrearon y pactaron con *naciones* de más allá del Rin y del Danubio. La Gran Bretaña continuó dividida por la muralla en pictos al norte y bretones al sur. Los pictos no fueron civilizados, mientras los bretones se constituyeron en pequeños Estados independientes con reyezuelos que acuñaron moneda y aceptaron la tutela romana. Constancio, colega de Diocleciano, estaba establecido en Tréveris, pero hacía viajes de inspección a la isla del otro lado del canal. Por el lado de Germania, los *bárbaros* que rebasaron las fronteras del Oeste en el siglo IV eran los mismos que describe Tácito,



Moneda gala acuñada en París al comenzar la Era cristiana. Probablemente representa una cabeza de Minerva, imitación de una moneda griega. El reverso es la estilización casi incomprensible de un caballo. Cabinet des Medailles. París.

y los mismos que hemos descrito ya en un capítulo del primer volumen de esta obra. Germania era todavía para los romanos un ejemplo de pueblo no contaminado por la civilización.

De las islas del Atlántico los antiguos conocieron seguramente las Canarias y acaso también Madera. Plutarco dice que Sertorio quiso retirarse a las islas Afortunadas (las Canarias) cuando los asuntos de su partido en España comenzaron a ir de mal en peor. Pero no siendo aquellos parajes de expansión colonial, ni de comercio, tan sólo por su situación geográfica pudieron excitar la curiosidad de los poetas y de las gentes de mar.

El norte de Africa, durante el Imperio, continuó como estaba en tiempos de los cartagineses y como ha continuado hasta hace poco, a excepción del elemento árabe. Los aliados bereberes de los romanos demostraron una comprensión de la mentalidad clásica superior a la de los pueblos germánicos. Cicerón, en el *Sueño de Escipión,* presenta a Masinisa como un jefe digno de alternar con los mejores romanos. No hay recuerdo de que ningún explorador clásico atravesara el Sahara. La vida de frontera, por el Sur, estaría llena de zozobras, amenazados siempre los colonos y los destacamentos militares por las incursiones de los *tuaregs.* Pero cerca de la costa la seguridad era completa. Es interesante conocer cómo los romanos supieron entenderse con las poblaciones indígenas del Africa del Norte, que son una raza dura y difícil. No sólo respetaron sus costumbres (y aun sus malas costumbres), sino que pusieron empeño en mantener el feudalismo de los jefes de cabila, que dejaban en paz al colono romano con tal que pudiesen oprimir a los suyos. La prosperidad del Africa del Norte durante la época romana se refleja en las ruinas de ciudades y haciendas que cubren aún el país.

En Egipto los romanos heredaron las dificultades que los faraones habían experimentado ya en Nubia. Como los ingleses, durante el tiempo de su ocupación del valle del Nilo tuvieron que remontar el río para no verse hostigados por las gentes del Sur. Para castigar a una reina tuerta, llamada Candace, el año 26 antes de J. C. ordenó Augusto una expedición, dirigida por Cayo Petronio, y fuerte de diez mil infantes y ochocientos jinetes. Este ejército subió hasta Meroe, el lugar más avanzado hacia el Sur adonde llegaron los romanos. Allí estaba la capital de Nubia; una dinastía de príncipes negros continuaba las antiguas tradiciones egipcias arraigadas en el país. Sus pirámides todavía se levantan sobre la llanura arenosa; las momias estaban enterradas con joyas de estilo egipcio. Pero aunque Petronio estableció una guarnición cerca de Meroe, y los ingleses han hallado allí el busto de Augusto que está en el Museo Británico, la influencia de Roma en Nubia y Su-

Medallón de oro con la entrada de Constancio Cloro, padre de Constantino, en Lon (dinum), Londres. Efigie del monarca en el reverso.



dán debió de ser insignificante. Ya el mismo Augusto hizo retroceder la frontera hasta la primera catarata. El comercio debía de hacerse a lo largo del Nilo, ello era inevitable, pero por medio de caravanas, sin establecimientos fijos ni mutua compenetración de gentes. Africa se hallaba, pues, durante la época romana, tal como la hemos descrito ya en el primer volumen de esta obra.

Otro esfuerzo interesante, llevado a cabo el mismo año de la expedición de Petronio a Nubia, fue la tentativa de conquista de Arabia, confiada al prefecto de Egipto llamado Elio Galo. El ejército, también de diez mil hombres, se embarcó en el istmo para cruzar el mar Rojo. En las costas de Arabia les esperaban los aliados de Siria, que prometían llevarles a la capital de la misteriosa Arabia Feliz. Como siempre, los aliados orientales abusaron de la inexperiencia del jefe romano; el ejército llegó tan cansado y desmoralizado delante de Mariba, residencia de un caudillo árabe, que al cabo de seis días Elio Galo creyó prudente retirarse sin combatir. El resultado fue negativo; sin embargo, Augusto lo menciona en su testamento, donde recuerda todo lo importante de su gobierno. ¿Por qué? En primer lugar, porque la expedición de Galo había desvanecido algo el mito de una Arabia fantástica, país del oro, de las especias y de los perfumes. Recordemos que el gran Alejandro murió soñando en Arabia, y un ejército, que se había preparado en Babilonia, le esperaba para seguirle en esta nueva conquista.

Pero, sobre todo, la expedición de Elio Galo consolidó el prestigio de Roma en Arabia, haciendo entender a los naturales del país que, lo que no había ocurrido entonces, podía ocurrir mañana. Así se les toleró a los romanos que sus naves pudieran visitar los puertos del sur del Yemen, que les eran indispensables para el comercio con la India, adonde iban cada año convoyes de buques, como veremos más adelante.



Monedas de los reyezuelos bretones de Inglaterra. Siglo II.

La frontera oriental del Imperio romano sólo en contadas ocasiones rebasó la línea del Eufrates; más allá habitaban los partos, de que hablan en términos respetuosos los escritores latinos. En realidad los partos habían substituido a los persas en la polí-



Ruinas de las pirámides de Meroe. Nubia.
Apréciese el túmulo piramidal y la capilla para el culto.

tica del Asia, pero por su tipo y costumbres eran mucho más primitivos que los antiguos persas; serían de raza turania, y pueden compararse, por su carácter y por el papel que desempeñaron en la Historia, con los modernos turcos, de los que parecen un anticipo.

Partia es una región de valles y montañas poco altas, al norte de Persia. Allí vivían infinidad de tribus en un régimen patriarcal, aunque siempre dispuestas a guerrear unas con otras. Los persas y Alejandro lograron sujetarlas y no se rebelaron hasta el año 250 antes de J. C., cuando el llamado Arsaces, caudillo de los partos, se declaró independiente de Antíoco II; éste era el nieto del diadoco Seleuco, un monarca fatuo a quien llamaron *Teos*, o el Dios. Como es natural, ni Antíoco ni sus sucesores podían tolerar este nuevo desmembramiento; la India ya se había perdido, y la Bactriana amenazaba también con separarse. Pero las campañas de los sucesores de Alejandro en el Asia tenían que resultar desastrosas, pues cuando más ocupados estaban en una expedición oriental, alguno de los Tolomeos les atacaba por la espalda.

En lugar, pues, de ser reducidos a la obediencia por los dinastas de Antioquía, los partos avanzaron hasta el Eufrates, logrando establecer su dominación sobre todas las antiguas satrapías del otro lado del río.

Desde estas posiciones los partos entraron en contacto con los romanos; durante el período de la Revolución, Roma empezó a mostrar zozobra cuando oía pronunciar el nombre de los partos. Había que reducirlos a la obediencia. Una tras otra, las tierras del Asia Menor y de Siria habían pasado a ser provincias o protectorados romanos. La conquista de cada una de ellas fue una contribución necesaria para el triunfo de los grandes ambiciosos: Sila, Lúculo, Pompeyo y César. Ya no quedaba más que Partia por conquistar. Los partos entonces ocupaban a Babilonia, Ecbatana, Persépolis, Susa. A intentar esta descomunal aventura se lanzó el triunviro Craso, hombre ya de sesenta años, que en toda su vida no había hecho más que enriquecerse prestando dinero y haciendo política de intrigas en la capital. Lo más extraño es que Craso consiguiera el asentimiento de César y Pompeyo. Ambos conocían el Asia, ambos eran inteligentes, y parece imposible que esperaran un desastre en el Eufrates para desembarazarse de su compañero de triunvirato.

El episodio es tan extraordinario, que

creemos que vale la pena contar aquí algunos detalles de la catástrofe. Por ellos se ve a plena luz el carácter de los partos y de los romanos. Al enterarse de la expedición, el rey de los partos mandó una embajada a Craso, ofreciendo llegar a un acuerdo en lo que podía ser motivo de discordia. Los embajadores, caballerosamente, hicieron alusión a la avanzada edad del triunviro, y éste contestó que daría la respuesta personalmente al rey parto en su propia capital, Seleucia del Eufrates. El embajador, sonriendo con escepticismo, dijo a Craso que, antes de que consiguiera llegar a Seleucia, le saldrían cabellos en la palma de la mano.

Craso cruzó el Eufrates con un ejército de cuarenta y cinco mil hombres y como un loco se lanzó a atravesar el desierto. Allí le esperaba el gran visir del rey parto, un joven de agigantada estatura y gran bizarría. Todas las fuerzas de su mando eran de caballería; la mitad escuadrones ligeros, los caballos con una simple brida y los jinetes armados sólo de flechas y arco. El resto lo formaban grandes caballos recubiertos, igual que los jinetes, de armadura. Hombre y corcel parecían inseparables; avanzando lentamente con sus largas picas, hacían el efecto de una muralla de hierro impenetrable que se venía encima.

Al cuarto día de marcha por el desierto los romanos se encontraron con los primeros jinetes partos. Era la caballería ligera, que avanzaba y retrocedía disparando flechas.

Craso ordenó a su hijo Publio la persecución con caballería romana y, sobre todo, con un destacamento de mil jinetes galos que Julio César le había prestado generosamente. Sin embargo, pronto la caballería romana se vio rodeada por un círculo de jinetes, armados de pies a cabeza, que empuñaban sus picas mientras los arqueros continuaban disparando sus mortíferas flechas por encima de esta muralla viva, cubierta de hierro. De los seis mil romanos de a caballo solamente quinientos fueron hechos prisioneros; todos los demás perecieron, incluso el joven comandante que era hijo del triunviro.

La cabeza de Publio fue expuesta, clavada en una pica, al grueso del ejército romano, y gritaron desde lejos a Craso que le concedían una tregua de toda la noche para que pudiera llorar la muerte de su primogénito.

Los romanos aprovecharon este respiro para retirarse a una fortaleza vecina; de no estar completamente desmoralizados, allí hubieran podido resistir, pues los partos no eran capaces de mantener un sitio continuado; pero nadie pensaba más que en escapar, y Craso se encontró solo con algunos lugartenientes y siete mil legionarios. Entonces pensó Craso que había llegado la hora de pactar. El joven visir parto recibió al triunviro con todos los honores, y pa-



Jinete parto. Relieve en terracota. (Ehemals Staatliche Museen, Berlín.)



Figurita femenina de bronce. Arte parto. Procede de Anahit.

rece que se había llegado a un acuerdo cuando el gesto mal interpretado de un caudillo bárbaro produjo una pelea general y en ella murió Craso con todos sus acompañantes. ¡Qué oriental resulta esto de llegar a las manos cuando se está redactando un tratado! Más lo son aún los detalles subsiguientes: el visir parto entró en Seleucia llevando consigo un soldado romano viejo al que se hizo pasar por Craso y se le infligieron vergonzosas humillaciones. La cabeza del verdadero Craso fue enviada al rey de los partos, quien la recibió en las montañas de Armenia cuando estaba escuchando la lectura de una tragedia de Eurípides, precisamente *Las Bacantes.* El joven visir, como premio de su victoria, fue asesinado; su popularidad acrecentada era un peligro para el monarca.

En Roma estos detalles produjeron gran horror, porque Craso era una figura popular y representaba casi medio siglo de historia romana. Se pensó en vengar el desastre; César preparó una expedición, que debía atacar a los partos por la frontera de Armenia, donde no hubieran podido manejar su caballería. Pero el dictador fue asesinado la víspera del día en que pensaba marchar para incorporarse al ejército, acuartelado en Grecia. Antonio quiso entonces restablecer su popularidad atacando a los partos, pero lo hizo con poca fortuna. Augusto, con más diplomacia, amenazó en el momento opor-

Friso decorativo del castillo parto de Kish.



tuno, consiguiendo que los partos le devolvieran los prisioneros y, sobre todo, las águilas o enseñas de las legiones de Craso. De ello se alabó también en su testamento, y en sus retratos aparece revestido de una coraza con un relieve que representa a los partos, de hinojos, devolviendo los estandartes. Pero la frontera quedó fijada en el Eufrates; es más, los partos la rebasaron varias veces, entrando hasta Antioquía y Jerusalén violentamente, sin ser castigados.

Sólo Trajano consiguió llegar hasta el Tigris, arrasó a Seleucia, entró en Babilonia y bajó por el río hasta llegar al mar. Allí vio las naves que venían de la India. ¡Qué tentación, otro mundo! Pero el gran español desanduvo su camino y dio al problema de Mesopotamia — mejor dicho, de Partia — la misma solución que modernamente le dieron los ingleses hasta 1958. *Rex Parthis datus,* dicen las monedas de Trajano acuñadas por esta época. Se trató, pues, de dar un rey a los partos que fuese dependiente de Roma, y para esto se escogió un príncipe descontento que se hizo la ilusión de dominar toda la Partia con ayuda de las legiones.

Pero así que llegaron las noticias de la muerte de Trajano, el rey legítimo de los partos, Osroes, se instaló otra vez en la Mesopotamia, en su capital Ctesifonte. Adriano no quiso intervenir de nuevo. Aceptó el hecho consumado, y para acabar con aquellas disputas, resolvió celebrar una conferencia personal con Osroes. Lástima que no existan más detalles de la entrevista; Adriano y Osroes se encontraron en un lugar de la frontera oriental y el romano prometió devolver al parto una hija suya y el trono de oro que cayeron en poder de Trajano cuando el saqueo de Ctesifonte.

¿Para qué continuar? Partos y romanos permanecieron todavía durante otro siglo recelando unos de otros a través de la frontera. Una línea de castillos partos, en el desierto, todavía hoy da frente a la línea de ruinas de los campamentos romanos. Otras gentes, en tales condiciones, hubieran llegado a congeniar, y en realidad los partos aprendieron mucho de los griegos, establecidos en sus territorios, y de los romanos, que ejercían su vigilancia en el Oriente. Los castillos partos tienen la planta cuadrada de los campamentos romanos, con puertas y torres, sólo que el pretorio central se ha convertido en un palacio. La decoración se muestra también influida por los estilos clásicos, pero con tal riqueza de detalles, que resulta ya completamente oriental. Los jefes partos eran capaces de entender un drama griego, pero se mantu-



Resto arquitectónico indo, con evidente influjo persa. Siglo III antes de J. C.

vieron asiáticos en sus costumbres. El vencedor de Craso llevaba en sus campañas un harén que requería para ser transportado doscientos carros. Por sus medallas y relieves podemos apreciar que el deporte preferido de los partos era la caza. Raramente habitarían en las ciudades: Ctesifonte, su capital de la Mesopotamia, no era más que un lugar de descanso para un séquito de cazadores.

Ya insinuamos que los partos parecen una avanzada de los modernos turcos; igual que los beyes y bajaes de Anatolia, su mayor placer era tomar parte en feroces cabalgadas. Como no podía menos de suceder con un pueblo tan independiente, el Imperio parto no era más que una federación de caudillos para realizar empresas militares. El rey era elegido entre los miembros de la familia real por un consejo de magnates; una vez elegido, era casi imposible destronarle, pues la autoridad del monarca era absoluta.



La *Torre de Piedra*, en Afganistán, hasta donde llegaban las caravanas chinas en la antigüedad.

Los partos mostraron gran tolerancia por los cultos de los pueblos del Asia Menor y de Siria cuando cayeron bajo su dominio, y de estos cultos y sus dioses algunos llegaron al Occidente, como veremos en un próximo capítulo. Incluso se atribuye a los partos un esfuerzo para preservar las escasas reliquias del *Zend-Avesta* que han subsistido hasta nuestros días. Estas se conservaban sólo por tradición oral entre los persas, quienes entonces vivían sujetos a los partos. Y como los persas, hacia el año 225 de nuestra Era, recobraron sus antiguas energías y desposeyeron y aun subyugaron a los partos, el hecho de preservarnos los mal zurcidos fragmentos de los escritos de Zoroastro es un servicio que nunca podrá agradecérseles bastante. Los árabes no hicieron tanto; al conquistar a Persia, cuatro siglos más tarde, persiguieron hasta extirparla la antigua religión aria que encontraron en el Irán.

Sin embargo, no hay duda de que los partos entorpecieron el comercio de las naciones de Occidente con la India y China, que parecían más accesibles después de la expedición de Alejandro. Seleuco, el diadoco sucesor de Alejandro en la mayor parte de los territorios asiáticos, trató de hacer valer sus derechos en las provincias del norte de la India. El año 306 antes de Jesucristo pasó Seleuco las cordilleras con su ejército, pero fue detenido por un aventurero llamado Chandragupta, que se había enseñoreado de los valles del Indo y del Ganges. Seleuco pactó amistad con Chandragupta y le dio por esposa una hija suya; en cambio, recibió de él un presente de cuatrocientos elefantes. Chandragupta y Se-



Disco de plata de estilo clásico, en que se representa a la India por una matrona sentada en una silla cuyos pies son colmillos de elefante y rodeada de un loro, una gallina de Guinea y dos monos. Abajo hay dos sirvientes con tigres.

leuco, como después sus hijos y nietos, continuaron enviándose embajadores.

Uno de ellos fue el famoso Megástenes, cuyo relato proporcionó fantástica información a los geógrafos griegos y romanos. Hoy se tiende a rehabilitar a Megástenes; algunas de las rarezas que cuenta las copió de escritos de la época de Alejandro y aun anteriores. En cambio, no hay duda de que Megástenes permaneció bastante tiempo en la corte de Chandragupta para enterarse de muchos detalles que coinciden con lo que cuentan los textos indos. Lo que más sorprendió a Megástenes fue el encontrarse en la India con caminos reales como los de Persia; pudo contar ocho jornadas, con hospederías en cada una, desde la frontera hasta Pataliputra, que era la capital donde residía Chandragupta. El perímetro de esta ciudad, cerca de la actual Benarés, ha sido excavado recientemente. Los restos arquitectónicos puestos al descubierto revelan más reminiscencias del arte persa que recuerdos de formas clásicas. No es de extrañar: mucho antes de la expedición de Alejandro, ya Darío había establecido una satrapía en la India, cuya autoridad perduró más que la de los sucesores de Alejandro.

Megástenes revela las costumbres de la corte. Chandragupta vivía en una ciudad

murada, con sus fosos, y permanecía retirado en su harén, del que sólo salía para dar audiencias y administrar justicia. Mientras escuchaba los pleitos, un esclavo le hacía masaje, otro le lavaba los pies y un tercero le peinaba el cabello. La noticia más curiosa que nos da Megástenes es que Chandragupta tenía una guardia de mujeres extranjeras, muy probablemente griegas o jonias del Asia. Grupos de *yavanas,* o esclavas jonias, aparecen a menudo en los dramas indos como escolta de los príncipes.

Megástenes encuentra ya la población de la India dividida en cuatro castas: brahmanes, militares, mercaderes y artesanos, y además los parias, que no pertenecían a ninguna casta. La descripción que hace Megástenes de cada uno de estos tipos de población está llena de detalles exactísimos, que se han conservado hasta nuestros días; lo mismo podríamos decir del vestido y las costumbres: veracidad, frugalidad y decencia. Megástenes distingue dos subcastas de brahmanes, que probablemente reflejan la división entre los brahmanes de la religión hinduista y los que habían aceptado el budismo.

Por esta época, el budismo se había extendido por la mayor parte de la India; el nieto de Chandragupta, el gran Asoka, adoptó el budismo como religión oficial y envió misioneros hasta Siria y Egipto.

Esto nos trae, pues, a la más importante de nuestras preocupaciones: ¿qué llegó del espíritu oriental al Occidente para que pudiera influir en las escuelas filosóficas griegas, y más tarde en el cristianismo? Contestaremos a esta pregunta en un próximo capítulo, al tratar del budismo, pero ya desde ahora podemos anticipar que la influencia fue casi nula, por no decir insignificante. Es cierto que el hijo de Chandragupta envió una embajada a Antíoco para pedirle, entre otras cosas, *un sofista,* pero también consta que el monarca de Siria contestó que los griegos no acostumbraban a hacer comercio de filósofos. Las misiones enviadas por Asoka no fueron comprendidas; por lo menos, no dejaron ninguna huella en los escritores clásicos. Nos enteramos de que Asoka las envió porque las cita en una inscripción en sánscrito.

De lo dicho se desprende que la barrera de los partos debía, a la larga, hacer imposibles las comunicaciones por tierra con la India. Por esto se fue intensificando la navegación desde los puertos del mar Rojo, que los Tolomeos habían ya iniciado con éxito. Roma necesitaba los productos de Oriente: las sedas de China, las muselinas de la India, piedras preciosas, perlas y, sobre todo, especias. Cuando Alarico puso sitio a Roma, exigió como rescate tres mil libras de pimienta, y parece que los romanos pudieron procurárselas. Si esto ocurrió en momentos de decadencia, imaginemos lo que sería el comercio de productos orientales en la Roma del tiempo de Trajano. El viejo Plinio, que podía conocer las estadísticas oficiales y era meticuloso en cuestión de números, asegura que el comercio romano con la India, China y Arabia ascendía cada año a cien millones de sestercios, o sea unos seis millones de pesos de oro. Plinio se queja de este comercio; se importaban artículos de lujo, por los que Roma no podía entregar, en cambio, más que algunos objetos manufacturados, como vidrios de Alejandría, y sobre todo monedas. Cerca de dos mil monedas de oro y plata, con el cuño de emperadores romanos, se han encontrado en la India en nuestros días; esto dará una idea de las que debían de circular en el tercer siglo de nuestra Era.

Plinio describe el viaje regular que hacían cada año los convoyes a la India, desde que Hippalus había dado a conocer el sistema de vientos periódicos que reinan en el océano Indico y que llamamos *los monzones.* Para aprovecharse del monzón que sopla hacia el Sudeste, había que emprender el viaje a mediados del verano. Esto hacía más penosa la primera parte del trayecto, que era por tierra, atravesando el desierto de Egipto. Se remontaba el Nilo hasta Coptos, caminando después sólo de noche y descansando durante el día en aguadas, sepa-

radas por jornadas, hasta llegar al puerto de Berenice, de donde partía el convoy marítimo. La primera escala era la de La Meca; allí se encontraban ya productos orientales importados por los árabes. Después se tocaba en Adén y, por fin, el último puerto donde se tomaba agua, ya fuera de los estrechos, era el de Kaué. Desde allí las naves se dejaban llevar por la corriente y el monzón hasta alta mar, llegando a las costas de Bombay en cuarenta días. Los que tenían que regresar a Europa el mismo año, debían hacerlo en diciembre, si querían aprovecharse del monzón contrario y remontar el mar Rojo con auxilio del viento del Sur, que sopla por esta época. El itinerario es preciso.

Los convoyes eran muy numerosos. Estrabón habla de 120 buques que vio dispuestos a zarpar del puerto de Berenice, pero los aventureros y mercaderes que se embarcaban en ellos serían gente ruda y no pudieron darle ninguna referencia; por lo menos en su *Geografía,* Estrabón no hace más que copiar a Megástenes y a los escritores del tiempo de Alejandro. Los productos que se importaban de la India eran perfumes, cosméticos, casia, canela, incienso, aceites de nardo, ajenjo y pimienta. Pero, además, en la India se encontraban ya las sedas de China, que llegaban allí por mar o cruzando las montañas desde la Bactriana. Los chinos llegaban con la seda hasta un lugar cercano a la moderna Balk, conocido todavía con el nombre de *Torre de Piedra,* que ya llevaba en la antigüedad; aseguraban ellos que empleaban en el viaje no menos de siete meses. Desde la Bactriana, la seda descendía hasta la India por los puertos de las cordilleras, o por medio de los partos y los árabes llegaba a Siria; ésta era la ruta de tierra, que aun siendo larga y más costosa, por la infinidad de gabelas que tenían que pagarse por el camino, era preferible a la marítima.

El miedo a los piratas del océano Indico obligaba a los que viajaban sin escolta a atravesar el Asia a pesar de sus desiertos. Así llegó por tierra la embajada que un rey indo envió a Augusto. Tardó cuatro años en hacer el viaje, acaso por su extraña impedimenta, pues llevaba tigres, tortugas, faisanes y serpientes; un muchacho que podía tirar el arco con los pies, y hasta un monje budista. Los tigres se exhibieron en la inauguración del teatro de Marcelo, en Roma, el año 21 antes de J. C., y el monje budista llevó a cabo la *hazaña* de prestarse a que lo quemaran vivo en Atenas.

Otras embajadas de la India llegaron a Roma en tiempos de Claudio y de Trajano; este último recibió con gran honor a los orientales y les señaló un lugar en el teatro, en los escaños de los senadores, según Dión Casio.

Pero el más interesante de todos los contactos oficiales del Oriente con el Imperio romano es la embajada que, según los escritores chinos, envió Marco Aurelio a la corte de China el 166 de nuestra Era. Los embajadores significaron al monarca chino,

Relieve en la tumba en forma de ara de un mercader asiático.



que se llamaba Huan-Ti, que los romanos habían deseado siempre mantener relaciones directas con su país, pero que los partos pretendían monopolizar el comercio de la seda e impedían toda comunicación directa. Los escritores chinos añaden que los enviados del emperador *Antun* (Antonino) ofrecieron presentes de marfil y cuernos de rinoceronte, pero no joyas. Este detalle ha hecho sospechar que la tal embajada, más que una misión oficial de Marco Aurelio, sería una mascarada de traficantes sirios y romanos, que se hicieron pasar por embajadores para tener más libre el camino de Oriente. Pero no hay nada que contradiga el carácter de Marco Aurelio. ¿Por qué tenía que enviar joyas el emperador filósofo en lugar de objetos naturales, como cuernos y colmillos maravillosamente labrados? Además, la fecha fijada por los escritores chinos coincide, con un momento de paz en la Mesopotamia; se trata de unos años favorables para esta misión, cuando los partos, casi sometidos, hubieran concedido todas las facilidades de haberlo querido así el emperador Marco Aurelio.



Monarca indo del siglo II antes de J. C.



La Gran Muralla que aísla a China por el Norte.

2 LOS GRANDES MORALISTAS CHINOS: CONFUCIO Y LAO-TSE

MIENTRAS en el Occidente pensadores griegos y latinos se esforzaban en explicar el sistema del mundo con bases filosóficas, en el lejano Oriente los chinos trataban de resolver el problema de vivir en común según normas de disciplina y moral.

Entonces la China estaba dividida en pequeños Estados casi independientes gobernados por duques o magnates, a veces aliados, a veces enemigos; en ocasiones uno de ellos conseguía imponer su prestigio creando una dinastía que duraba algunos decenios. Estos Estados *provinciales,* o el central ya dinástico, tenían sus cortes en las que se comentaban tradiciones milenarias y se practicaban las costumbres ancestrales del buen vivir según los antiguos. Los duques, o jefes de Estado, tenían su administración y cancillerías de profesionales del saber civil, que fueron después los mandarines. Fue en este mundo de letrados, por no decir filósofos, donde se recordaban y debatían las mejores maneras de proceder en cada caso de la vida organizada por viejas costumbres de generaciones seculares, en el que aprendió Confucio.

En la China civilizada que hacemos comenzar con Confucio no había un credo

teológico basado en una creación y en un espíritu organizador que lo mantuviera e impusiera a los humanos deberes de adoración; en una palabra, carecía de fe religiosa. No se había hecho ni alusión a una vida futura, en la que se recibieran recompensas y castigos. No había tampoco arte representativo que diera libertad a la imaginación. El primitivo arte chino está concentrado en formas geométricas que sólo algunas veces se explican por remotas referencias a dragones, pájaros mitológicos y plantas de un país ideal. Estas para nosotros confusas relaciones con los seres vivos eran las que daban motivo de comentarios a los letrados de las cancillerías.

En uno de estos grupos de comentaristas se formó Confucio, el gran moralista, guía espiritual todavía para muchos de su raza. Los esfuerzos para explicar los símbolos que se entremezclan en los vasos de bronce chinos no podían enseñar nada a Confucio. Su moral se basó en experiencia y raciocinio.

Los letrados anteriores a Confucio nos han dejado grandes libros ilustrados con imágenes grabadas que describen extraordinarios bronces, los cuales pueden atribuirse a la más remota antigüedad. Algunos son grandes tambores metálicos, que con su sonido revelan algo misterioso y raro; tienen el cilindro decorado con líneas paralelas y deben producir al resonar efectos mágicos, facilitar curas o preñez. Otros son vasos para contener líquidos de gran eficacia para expulsar los espíritus, o para atraerlos con sacrificios o libaciones. La precisa utilidad de estos objetos, sin embargo, no pueden explicarla claramente ni siquiera unos anticuarios que emplearon toda la vida en su estudio. Para nosotros, acostumbrados a un arte realista, el efecto que nos producen es embelesarnos con una sensación de místico primitivismo, percibir en ellos algo que es profundo, bárbaro e infantil, pero al mismo tiempo esotérico e inefable.

Las formas inesperadas de sus panzas están acentuadas por relieves decorativos que parecen desafiarnos a que los descifremos para encontrar algo lógico, coordenado y natural. No podemos explicar cuál es la causa de su belleza, ni lo que significan los pares de ojos que a veces podemos adivinar entre espirales. Hay líneas mayores, como la armonía principal, a la que acompañan arpegios menores. Contribuye a causar asombro la pátina que los bronces han adquirido

Vaso chino de la dinastía de los Han.







Vasos litúrgicos en bronce de la China, para recoger sangre de víctimas y vino consagrado.

con el tiempo, pues la oxidación de cobalto, rojo y verde, supera en belleza a las gemas naturales.

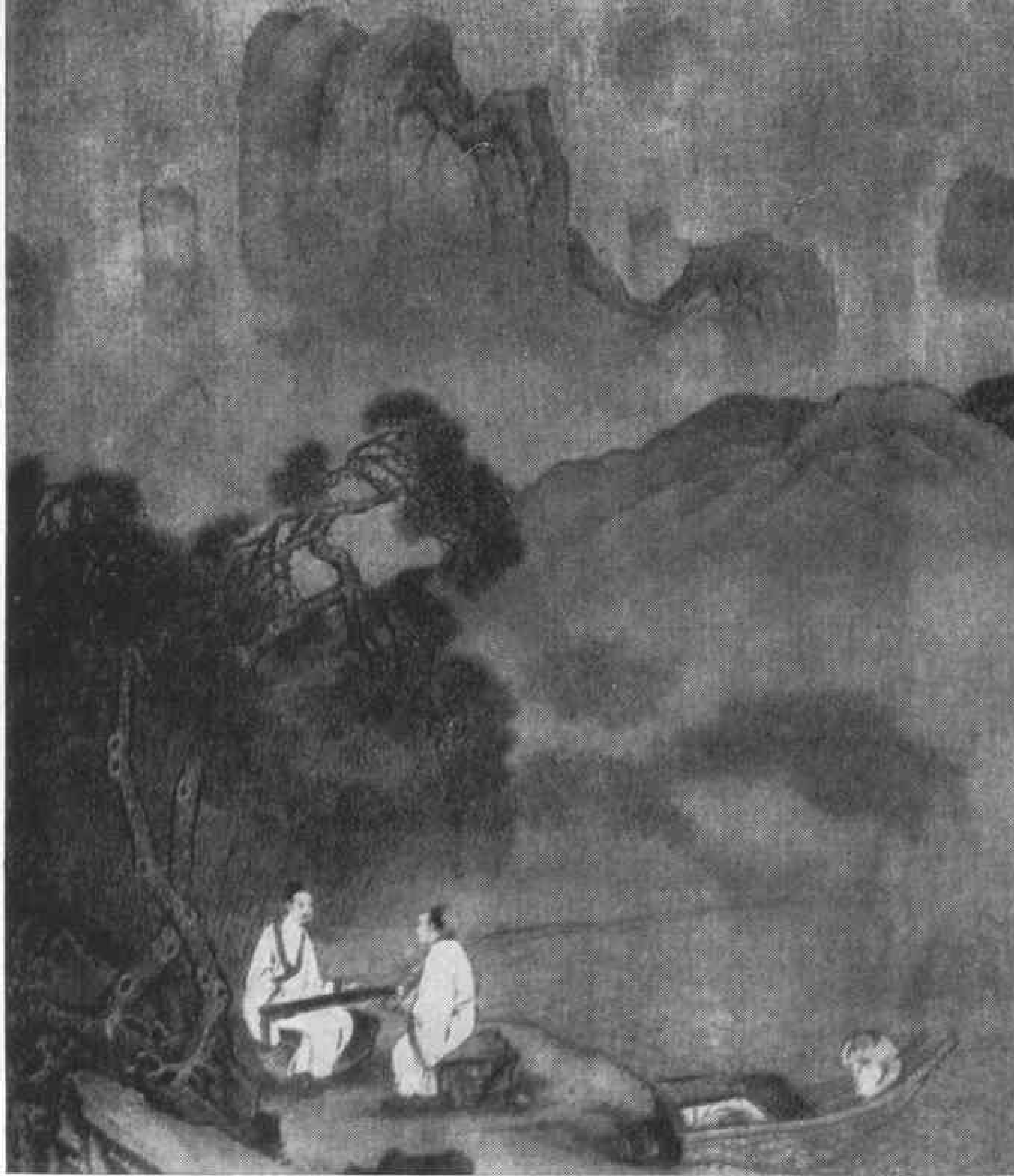
Los bronces chinos se han descubierto casi recientemente en tumbas que nadie había osado profanar antes de la revolución. Sólo algunos se conservaban como reliquia de familia en casas particulares.

Con los bronces aparecieron objetos de jade, que por su forma creemos que personifican el alma, espíritu o carácter de un difunto. Algunos, sólo algunos, tienen formas ambiguas que pueden identificarse con visiones, casi espectros, entre nubes. Así, un rarísimo jade encontrado permite distinguir un dragón volando en un cielo de tormenta. Pero, por lo regular, los jades tienen formas de cetros planos, que el gran señor llevaría en vida. Son más o menos largos y pulimentados; sólo a veces presentan ranuras en el borde o dientes que pueden significar casos de perpleja moralidad, caídas en error del difunto, por haber abandonado la superficie clara y lisa que imponía su condición de jefe de familia o de Estado.

Los jades chinos son generalmente blancos, grises o de tonos marfileños, pero algunas veces tienen partes de color intenso, como si el alma que representan tuviera momentos en que vivía en desacuerdo con el resto de su manera de pensar y sentir.

Así, con esta ciencia, comentario crítico de arte y ciencia prehistórica en parte y en parte actual, se formó Confucio. Al plano moral en que pasó su juventud no llegaron ni ideas ni impresiones de otras gentes y países. No presenció sacudidas políticas producidas por invasiones. Los pequeños soberanos que se disputaban el privilegio de ser los primeros en cada región tuvieron sus combates, que producían mucho dolor y ruina, pero nada espectacular que hiciera temer un fin total de la nación.

Los cambios en China no podían venir de los bárbaros del exterior ni de la misma población descontenta, porque las gentes se habían acostumbrado a la idea de que los males del Estado no son resultado de una organización deficiente, sino de la falta de virtudes individuales de los ciudadanos. Si



Dos filósofos chinos comentando los preceptos de Confucio al son del arpa junto a una corriente de agua.

alguna vez se intentaron en China reformas radicales, fueron debidas a la iniciativa de magnates saturados de filosofía, o movidos por algún consejero idealista, místico o comunista. Sin embargo, cambios menores, revoluciones, desmembramientos de provincias, guerras civiles y efímeras campañas de unificación dejaron poco rastro en la nación china, cuyo espíritu podemos ver cristalizado en los escritos de Confucio.

Confucio nació el 550 antes de J. C. Su padre era ya viejo, de setenta años, y viudo, cuando se casó con una muchacha de diecisiete años que le dio este su último vástago. Acaso su nacimiento casi póstumo explica la moderación algo apagada, ultrachinesca, que caracteriza los discursos de Confucio. Aunque puede decirse que el filósofo no conoció a su padre, siguió su misma carrera, que era la de empleado del gobierno. Hasta los cincuenta y dos años, Confucio no hizo más que meditar sobre los problemas de la vida humana, considerando a cada individuo como miembro de una familia y como ciudadano de un Estado. Entregado a sus cavilaciones, atrajo a su alrededor a varios espíritus interesados en los mismos asuntos. Las preguntas y respuestas del maestro y sus discípulos forman cuatro libros, aunque el último ya es obra de Mencio, que vivió varias generaciones después, y sólo contiene algunas alusiones directas a las enseñanzas de Confucio.

Además, como sea que Confucio pasó gran parte de su vida estudiando la Historia, para hallar en ella ejemplos de buena conducta y buen gobierno, se esforzó en corregir y embellecer los textos antiguos. A él debemos la redacción definitiva de cinco libros clásicos llamados *Cánones*. Uno es el antiquísimo *Libro de los Cambios;* otro es una colección de poesías primitivas chinas; otro es un libro de ritos y ceremonial, y los otros dos son libros de Historia: una historia general de China *(Shu-King)* y una crónica de la provincia de Lu, donde Confucio residió largos años. Confucio, pues, fue más bien un erudito lleno de fe en el pasado que un pensador original. Empero, lo que repite, aunque fuese ya viejo, tiene tal acento de sinceridad, que penetra en el ánimo como una doctrina enunciada por primera vez.

Para Confucio, como para la mayoría de los chinos, la primera virtud es la piedad filial, y la más grande ofensa que puede hacerse a un padre es no darle nietos. Hay que honrar la familia procurando que no le falte descendencia, y hay que practicar el culto de los antepasados difuntos, por lo menos del padre y el abuelo. Pero así como el culto de los antiguos romanos a los manes tenía por móvil principal evitar los maleficios de los espectros, en los chinos es una continuación de la piedad filial que han demostrado en vida. La idea de Confucio de que, «cuando el padre todavía vive, el hijo no debería considerar nada como suyo», recuerda también la *manus* o potestad pa-

terna de la ley romana; pero en China se da como consejo, pues el padre no tiene autoridad absoluta sobre el hijo. Tampoco hace falta, porque el hijo nunca desobedecerá a su padre ni abusará de su bondad bien reconocida.

Como consecuencia de esto, el padre no puede obligar a la hija o al hijo a contraer matrimonio con tal o cual persona, pero sabe muy bien que su propuesta no será nunca discutida. Una vez casados, el matrimonio es considerado casi como un sacramento. He aquí una sentencia del todo confuciana: «La mujer no puede procrear sola, el marido no puede procrear solo, el cielo solo no puede producir un hombre. De la colaboración de los tres nace el ser humano; por lo tanto, uno puede ser llamado igualmente hijo de su padre, de su madre, o hijo del cielo.» También confuciana, aunque ya no lo parezca tanto, resulta esta otra sentencia: «Nunca ha nacido nadie sin la colaboración del cielo. Dios es el creador de cada uno de nosotros.»

Hoy resulta enojosa la grave distinción que hace Confucio entre el hombre y la mujer. De él se deriva que en China exista una medida para juzgar al hombre y otra diferente para juzgar a la mujer. «Una vez unida al marido, la mujer no olvidará la noción de sus deberes para con él; aunque él se muera, ella no se casará otra vez.» En cambio, el marido puede tener, y tiene todavía hoy en China, varias concubinas en su misma casa. A menudo su propia esposa le ayuda a procurárselas, para que ellas y sus hijos den más vida a la sociedad doméstica, truequen en animación la monotonía del gineceo. La esposa sigue siendo, sin embargo, la señora del hogar: «El hombre no debe hablar de lo que atañe al hogar, la mujer no debe hablar de lo que ocurre fuera de casa.» «No hay que hablar en la calle de las cosas de casa, ni en casa de las cosas de la calle.» «La tierra y el cielo están separados y, sin embargo, tienden a un mismo fin; el hombre y la mujer deben estar separados, aunque trabajando movidos con un mismo propósito.»

Los chinos, como los romanos, creían que el divorcio era inevitable; no obstante, mientras el cónyugue romano debe legitimar su separación con una carta firmada por siete testigos, a la mujer china le basta con enviar a su marido un criado que le recitará la fórmula de despido redactada por Confucio: «Mi señora por falta de habilidad no ha sabido mantener llenos los vasos de grano para vuestros sacrificios; por esto me envía para que lo anunciéis a vuestros criados.» Confucio, ya viejo, se divorció con la excusa de que su mujer no picaba la carne bastante fina. Los chinos nunca comen la carne asada sin picar.

Confucio tocado con el gorro imperial. Museo Guimet. París.



Los rituales y ceremonial fijados por Confucio regularon toda la vida china hasta nuestros días. «Si llevas un objeto con una mano — dice Confucio —, lo llevarás a la altura de la cadera. Si lo llevas con las dos manos, a la altura del pecho. No mires de reojo; no contestes con voz fuerte; no te sientes con las piernas separadas; no te eches en la cama boca abajo.»

Claro está que para Confucio las reglas y ceremonias son la expresión de lo que es justo. Con ellas espera dar más libertad al espíritu que mantenerlo atado con preceptos. Por este método del *justo medio,* incorporado a las normas tradicionales, Confucio espera obtener el *hombre completo.* Este producto de una vida regulada hasta en los más pequeños detalles será un buen hijo, un buen hermano, un perfecto ciudadano y un perfecto gobernante. No amará las riquezas, pero no se entregará místicamente a la contemplación: «Vivir en el retiro, aunque sea obrando milagros, he aquí lo que yo no haré.» Confucio predica la humildad: «No te creas tú tan grande como pequeños juzgas a los demás.» Sin embargo, al preguntarle un día si debíamos devolver bien por mal, respondió: «Si amamos a los que nos odian, ¿qué sentiremos por los que nos aman? Justicia, pues, para los que nos hagan daño, amor para los que nos quieran bien.»

Este estoicismo apagado de Confucio no convenció a todos los chinos. Mientras él trataba de aplicarlo con experimentos de gobierno, que le permitían realizar algunos príncipes amigos, en el Sur predicaba Lao-Tse la doctrina del Tao o conocimiento intuitivo, de que hablaremos más adelante. Pero hasta dentro del mismo confucianismo se sentían deseos de algo mejor. En el *Li-King,* o Libro de Ceremonias, que se atribuye también a Confucio, encontramos los siguientes párrafos, que con toda seguridad habrán de sorprender al lector:

«Cuando prevalezca el principio de la *Gran Similitud,* el mundo entero será una república y gobernarán los más sabios y virtuosos. Como no podrán menos de estar de acuerdo en todas las cosas, la paz será universal. Los hombres no mirarán a sus progenitores como a sus únicos padres, ni a sus hijos como a sus únicos hijos. Se proveerá a la alimentación de los viejos, se dará trabajo a los que se hallen en condiciones de trabajar y se cuidará de los pequeños. Viudas y huérfanos serán atendidos... Cuando prevalezca el principio de la *Gran Similitud,* no habrá ladrones ni traidores, y las puertas estarán abiertas de día y de noche...

»En cambio, ahora, cada uno mira sólo a su padre y a sus hijos como sus padres e hijos. Sus riquezas son para disfrutarlas él solo. Los grandes hombres se ocupan en amurallar las ciudades y protegerlas con fosos. Ritos y justicia son las maneras de mantener la correcta relación entre el príncipe y su ministro, el padre y su hijo, el



Tumba de Confucio.

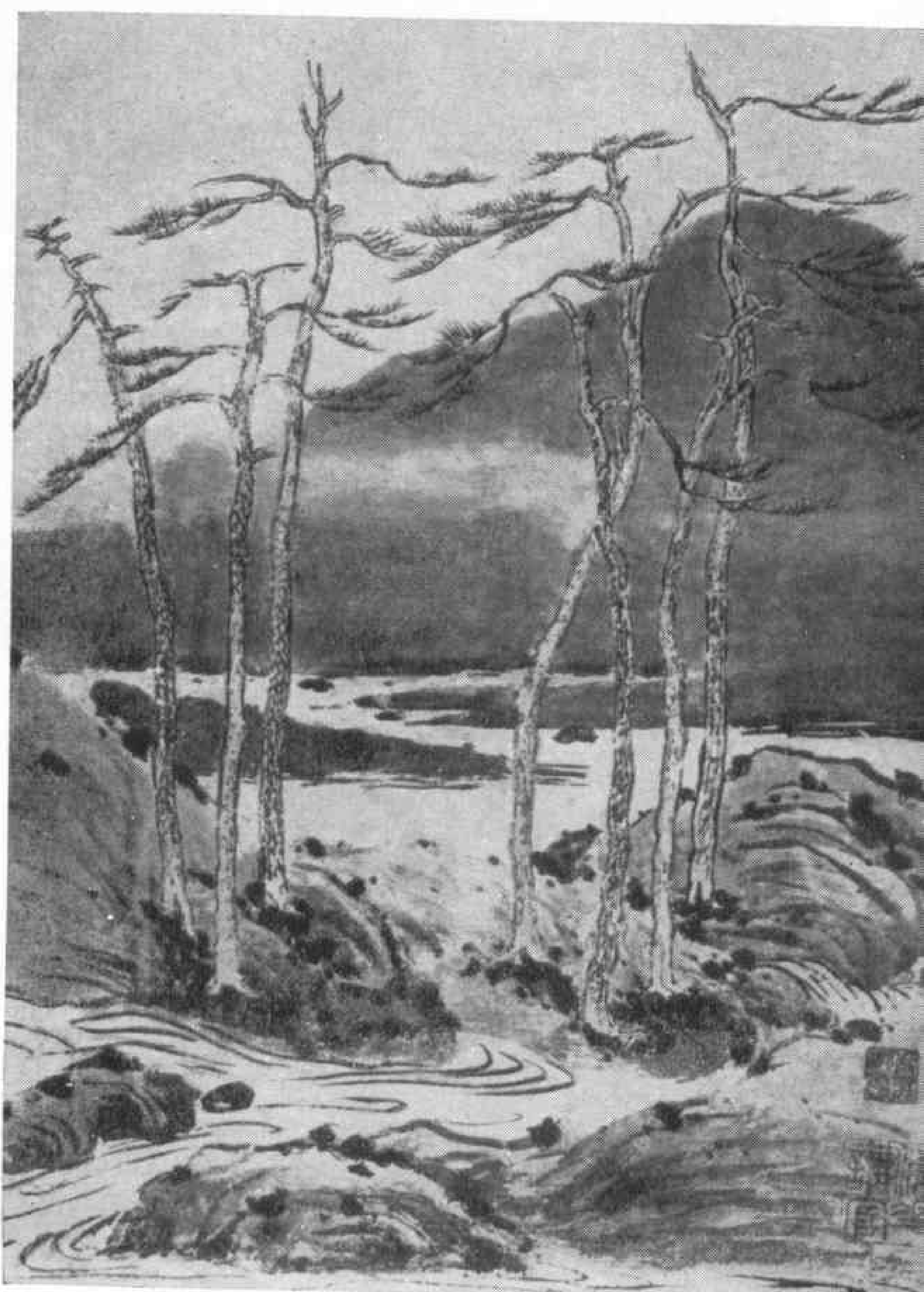


Retrato tradicional de Confucio, por Kiechu Jamada.

pia naturaleza y vivamos perfectamente, la humanidad formará una sola familia. Por el momento, todo el esfuerzo de los héroes que Confucio cita como modelos de buenos gobernantes, todas sus virtudes, practicadas conforme a un ritual bien establecido, no podrán producir más que el régimen de orden y justicia que Confucio llama la *Pequeña Tranquilidad*. El ideal de la *Gran Similitud* resulta sumamente vago; no comprendemos si fue realidad en el pasado o si es una esperanza para el porvenir. Nosotros hemos optado por el futuro al traducirlo.

Pero en este tiempo de la *Pequeña Tranquilidad,* «el sabio encuentra placer en la corriente del agua, el virtuoso encuentra placer en las colinas». Más aún que en la naturaleza, el sabio encontrará contentamiento en la poesía y la música. Confucio tenía sus pretensiones de crítico; un día llegó a decir: «Creo que en literatura soy casi igual a los demás.» Lo que, en su afec-

Ejemplo de los siete pinos que, como los discípulos de Confucio, resisten la corriente.



primogénito y sus hermanos, el esposo y la esposa... Este es el estado de cosas que yo llamo de la *Pequeña Tranquilidad.*»

Como hemos anticipado, creemos que estos párrafos habrán sorprendido al lector; son casi las mismas palabras de un fragmento que hemos copiado de *La República,* de Platón. Parece evidente que la idea es idéntica: el día que reconozcamos nuestra pro-

tada modestia, era tanto como decir: sé más que los demás. La música para Confucio, lo mismo que para Platón, cambia el modo de ser de las personas. He aquí el párrafo de Confucio: «Los sabios se deleitan con la música y podría emplearse para mejorar al pueblo. La música ejerce tal influencia en el hombre, que llega a cambiar sus costumbres; por esta causa, los antiguos reyes insistieron en que se enseñara música en las escuelas.» «Las ceremonias y la música—dice en el *Li-King* — no deben desdeñarse. La música brota de lo íntimo del alma, las ceremonias vienen de fuera; por esto las ceremonias deben ser lo más cortas posible, para dar tiempo a la música. Los sabios hacen música de acuerdo con el Cielo, y disponen las ceremonias de acuerdo con la Tierra. El más alto estilo de música es el más sencillo, la suprema elegancia es una sencillez sin pretensiones.»



El último punto que Confucio deja en la penumbra, y así ha quedado siempre para los chinos, es el de la vida futura; sin embargo, dice: «La carne y los huesos se pudren en la tierra, el espíritu se manifiesta en lo alto con glorioso resplandor.» Hay algo aquí de la idea que hemos encontrado en los estoicos romanos acerca de una vida astral después de la muerte.

Pero Confucio no llega a entusiasmarse hasta creer intelectualmente, como Cicerón y Marco Aurelio. Vuelve al culto de los antepasados «como si estuvieran presentes». Parece prescribir los sacrificios más por el provecho que de ellos redunda a los vivos que por la satisfacción que procuran a los muertos. La piedad y las buenas obras acumuladas en sucesivas generaciones benefician por entero al tronco secular de la familia y de él pueden esperarse de esta manera mejores frutos.

«Sacrificio no es un acto exterior, pues sale del corazón.» «Los espíritus sólo aceptan los sacrificios de los sinceros.» Este es el bien principal que se obtiene del culto a los antepasados: el mejoramiento de uno mismo. El Maestro dijo: «¿Cómo podéis servir a los dioses si no sabéis servir a los hombres? Si no sabéis nada de la vida, ¿cómo pretendéis saber algo de los muertos?» Pero... «el Cielo existe y El me conoce».

Así, sin cosmogonía, o sistema de origen del mundo; sin teología, o concepto de la divinidad y sus agentes; sin escatología, o creencia en un reino de ultratumba, la

Dios de la felicidad.
Figura de un rollo taoísta chino.



Lao-Tse montado en su búfalo y con el rollo del *Tao* entre los brazos partiendo para Occidente.

China plasmada por Confucio tenía necesariamente que ser presa de las místicas budistas y las supersticiones taoístas, por lo que no es raro encontrar allí gentes que practican las tres religiones, aunque consideran a Confucio como el patriarca nacional, el gran maestro que expresó en términos sencillos el carácter eterno de la raza.

Contemporáneo de Confucio, y viviendo como él empleado la mayor parte del tiempo, fue otro sabio gigante, cuyas enseñanzas todavía duran, aunque con intermitencias intercaladas con el puro confucianismo. Ya al final de la vida, éste a quien llamamos Lao-Tse quiso ver y conocer al otro gran maestro del justo Medio. De lo que hablaron no ha quedado tradición, pero Confucio dijo después de la entrevista: «Hoy he visto un dragón volando entre las nubes.» ¿Qué le diría Lao-Tse para parecerle así? La leyenda sólo pone en boca de Lao-Tse estas palabras, que debían de sonar en los oídos de Confucio como una severa lección: «Estos ejemplos de virtud que buscas en el pasado son de gente ya comida por los gusanos y de la que subsiste sólo el nombre. El sabio debe vivir en su tiempo y trazarse su propio camino, para no hallarse rodeado de dificultades. Los mercaderes ricos no enseñan sus tesoros, los guardan en la caja; igualmente, el hombre superior parece el más natural y sencillo. Apártate de la vana ciencia. Es cuanto tengo que decirte.»

Estas palabras, que la tradición atribuye a Lao-Tse, están completamente de acuerdo con el librito llamado el *Tao*, en que se halla concentrada toda la filosofía del sabio archivero de Chou. La palabra *Tao* se traduce por *Camino*, o *Sentido*, pero su significado parece vago. Para la mayoría de los modernos críticos no es obra de Lao-Tse, sino de discípulos suyos posteriores. De todos modos, el *Tao* contiene una doctrina uniforme, que parece expresión de una gran personalidad.

La leyenda cuenta que Lao-Tse, después de haber vivido en su soledad del archivo de Chou, al llegar a la vejez renunció al cargo y salió de China para no volver.

El último que le habló fue el guardián de una aduana de la frontera del Oeste. Lao-Tse iba montado en un búfalo, e hizo noche en una torre de la puerta que guardaba el paso de Hanku. El aduanero, llamado Yin-si, le pidió que no abandonara el país sin dejar un compendio de sus ideas. Para complacerle, Lao-Tse compuso el *Tao*, un escrito corto, de cinco mil palabras, cargado de sentido. Es interesante el detalle de que cuando Lao-Tse llegó en la no-

che de redactar el *Tao* a la torre del aduanero iba montado en su búfalo de cara hacia delante del camino. Al salir de allí ya no se preocupó de dirigir su cabalgadura: se sentó en el lomo del búfalo mirando hacia atrás, con el fin de que éste eligiese el camino que más le gustase.

El *Tao* nos lleva a un concepto del mundo mucho más profundo que cuanto hallamos en las otras doctrinas del Oriente. «*Tao* no puede expresarse — dice Lao-Tse —; el *Tao* es eterno; lo que puede nombrarse ya no es el *Tao*.» «Cuando un sabio oye hablar del *Tao*, comienza a pensar y cree en él; cuando un sabio a medias oye hablar del *Tao*, cree y duda; cuando un ignorante oye

Letrado chino junto a un pebetero y recado de escribir.



hablar del *Tao*, se ríe a carcajadas, y si no se riese, ya el *Tao* no sería el *Tao*.»

El *Tao* es lo inmanente, lo que es, ha sido y será, y está más allá del cielo y de la tierra. «Hay una cosa que ya existía antes que el cielo y la tierra: quieta, vacía. Sola e inmutable. Recorre un círculo y no sale de él. Se puede llamar *la madre del mundo*. No se sabe su nombre. La llamamos *Tao* para decir *grande*... tan grande que se desvanece; lejana, pero que vuelve... Fluye siempre. Es un abismo, que antecede a todas las cosas. Parece que fue antes que Dios.» «Mis palabras — sigue diciendo Lao-Tse — son fáciles de comprender, muy fáciles de ejecutar; pero nadie en la Tierra puede comprenderlas ni ejecutarlas.» ¿Por qué? Porque los hombres quieren ser ellos y cambiarlo todo. ¿Cambiarlo para qué? Para el bien; pero el bien ya no es el *Tao*; el *Tao* está más allá del bien y del mal. Por esto Lao-Tse se enfureció contra Confucio. Escuchemos lo que dice: «Cuando un gran imperio empieza a correr naturalmente, como el agua, se produce la unión del mundo... Conquistar el mundo y querer manejarlo, he visto que fracasa. El mundo es una cosa espiritual, que no puede manejarse. El que la maneja, la echa a perder. El que la quiere retener, la pierde.»

El progreso material no interesa a Lao-Tse: «Las carreteras serán hermosas y llanas, pero las gentes irán por malos senderos. Las leyes serán severas, pero los campos estarán llenos de cizaña y los graneros vacíos. Los trajes serán elegantes; todo el mundo llevará espada y comerá viandas exquisitas; algunos tendrán grandes fortunas; pero reinará el desorden y no la justicia.» En cambio, «si reina uno verdaderamente grande, apenas el pueblo advertirá que está reinando. Otros reyes, menos grandes, serán amados, temidos o despreciados...» «El que gobierna (según el *Tao*) deja los corazones vacíos y los cuerpos dispuestos. Debilita los deseos y fortalece los huesos. Mantiene constantemente a las gentes exentas de saber y de apetitos, y cuida que aquellos que creen saber (los *científicos*, los sabios a medias)



El purgatorio de dos almas.

no se atrevan a obrar. Consigue no hacer. Así todo se pone en orden.»

Por sus resultados vamos comprendiendo qué es el *Tao*. Es lo que es; y está más alto que la ley de la Naturaleza, pero produce la ley. Lao-Tse dice que la Luna y las estrellas hace ya tiempo que aprendieron el *Tao*. Los hombres perfectos pueden ser como ellas y vivir conformes con el *Tao*. «Cuando los de arriba no hacen nada, entonces el pueblo se forma por sí mismo. Cuando los de arriba gustan de la quietud, el pueblo se arregla por sí solo. Cuando los de arriba no realizan actividad ninguna, el pueblo se enriquece por sí mismo. Cuando los de arriba no sienten apetitos, el pueblo, por sí mismo, adquiere la simplicidad.» ¡Qué contraste con la regulación estricta de Confucio en todas las cosas! Más aún cuando añade Lao-Tse, evidentemente preocupado por el culto a los antepasados, que «cuando se gobierna el mundo por el *Tao,* entonces los muertos no vagan como espíritus. No es que los muertos no tengan fuerzas espirituales, pero no perjudican al hombre...»

El *Tao* predica el amor, la sobriedad, devolver bien por mal, etc. Pero todo queda

supeditado al conocimiento del *Tao,* que nos enseñará sin aprender, nos dirigirá sin buscar, nos dará sin pedir.

La doctrina del *Tao* permaneció como una ciencia mística, expuesta en libros posteriores, pero sin tener muchos adeptos, hasta que poco a poco fue convirtiéndose, de doctrina moral que era en su origen, en magia y superstición.

Varios emperadores chinos se interesaron por el *Tao*. Se cuenta que uno de ellos trató de explicarlo a sus cortesanos, y para tenerlos despiertos mientras hablaba, tuvo que amenazarlos de muerte si llegaban a bostezar. Otro emperador, el primero de la dinastía Han, protegió de tal modo a los letrados intérpretes y comentadores del libro de Lao-Tse, que el taoísmo pasó a ser la religión del Estado.

Del pequeño filósofo archivero se hizo, así, un dios, y se esperaron de él reencarnaciones sucesivas. Al *Tao* se le encontró un sentido oculto y a sus frases obscuras se les atribuyó fuerza de conjuro. Un sumo pontífice taoísta se instaló el año 123 en la montaña del Dragón, en Kiang-Si, y desde entonces sus descendientes han continuado atribuyéndose «el poder de pasearse por el cielo estrellado, gobernar el viento y la lluvia, mantener el mar separado de la tierra y expulsar los demonios». En todas las religiones se descubre el fenómeno de la interpretación del libro sagrado, esencialmente espiritual y metafísico, para adaptarlo a satisfacer necesidades prácticas de devoción. Se encuentran casos en que el texto de las escrituras y la liturgia están en perfecto desacuerdo, y aun se contradicen. Sin embargo, en el caso del taoísmo el escándalo es tan enorme, que no se comprende que un pueblo sensato y poco propenso a desvaríos místicos, como el pueblo chino, haya podido asociar durante más de dos mil años a Lao-Tse y el *Tao* con los conceptos de un cielo mágico y un infierno plagado de demonios que deben aplacarse con exorcismos.

Relicario budista encontrado en un tope.





El Himalaya desde Sandakphu. India.

3 EL BUDA

El príncipe ario Sidarta Gautama, de la tribu de los sakias, el que después fue llamado Buda, vivió y predicó en el siglo VI antes de J. C. No sabemos con exactitud la fecha de su nacimiento, pero tendría ya casi ochenta años cuando murió, en 543, según los cómputos de los monjes de Ceilán. Hoy se tiende a dudar de esta fecha y a creer que hay que poner la predicación de Buda en el siglo V en lugar del VI; así es que el Buda sería contemporáneo de Sócrates y de Nehemías.

La juventud de Gautama se deslizó sin contratiempo en el palacio de Kapilavastu, al norte de la India. Los sakias estaban entonces en paz con sus vecinos, y Sidarta casó con una prima suya también aria, princesa de la tribu del *otro lado del río.* Aunque la leyenda lo haya decorado con poéticos detalles, es casi seguro que su conversión se efectuó así: un día, Gautama, paseando en su carro con su escudero Chana, se encontró con el espectáculo de la vejez, la enfermedad y la muerte, que de súbito le abrieron los ojos para comprender la pobre trama de la vida.

Primero distinguió a un hombre viejo, al lado del camino. — ¿Quién es ése de cabello blanco, ojos apagados y cuerpo tembloroso? — preguntó a su escudero. Chana contestó: — Es un viejo; antes fue un niño de pecho, y después un joven lleno de vida, pero ahora su lozanía se ha marchitado y ha perdido su fuerza... — Gautama replicó: — ¿Y cómo puede nadie regocijarse cuando sabe que pronto envejecerá y se extinguirá su vigor?

Y he aquí que, mientras hablaba todavía, vio a otro hombre que se quejaba, respirando febrilmente. — ¿Qué tiene ese hombre? — preguntó Gautama. — Está enfermo — contestó el escudero —; los órganos de su cuerpo se hallan descompuestos; todos estamos sujetos a tales desórdenes.

El escudero picó los caballos para escapar de aquella visión, pero pronto se en-

contraron con un entierro. — ¿Qué llevan aquellos hombres tan tristes, entre coronas y flores? — El escudero respondió: —Acompañan a un cadáver. Sus miembros están rígidos, sus pensamientos le han dejado, no tiene vida, sus placeres y sufrimientos han terminado. Todo tiene que morir; no es posible eludir la muerte.

Desde aquel día, Gautama fue otro hombre. Al preguntarle su esposa la causa de sus preocupaciones, contestaba: — El hombre envejece, enferma y muere; ¿qué incentivo puede tener para él la vida?

Por fin, al nacer su único hijo, cuando ya tenía Gautama veintinueve años, decidió abandonar a Kapilavastu para hacer vida de mendigo. Marchó primero a una ciudad llamada Rajaga, donde había maestros de la antigua sabiduría de los Vedas. Vivían en las cuevas de las colinas que rodeaban la ciudad; más seguros allí que en despoblado, y lo bastante solos para contemplar sin distraerse los contrafuertes del Himalaya, que empiezan a distinguirse desde aquel lugar.

El propósito de Gautama es evidente; como más tarde Lulio y Loyola, quiso aprender antes de empezar a enseñar. Pero lo que aprendió no le satisfizo. He aquí, poco más o menos, las enseñanzas que recibió de los brahmanes el futuro Buda y sus objeciones: El alma — decían los maestros de la vieja sabiduría hindú — es distinta de las sensaciones. Cuando tú tocas una cosa, tu cuerpo es el que toca, pero tu alma es la que percibe. Tu alma es la que resuelve y piensa, pero también es ella la que siente el olor, la que nota el sabor, que tu nariz o tu paladar perciben. Dudar de la existencia del alma es un error que te aparta del camino de la salvación. La verdadera vía es purificar esta alma, separándose de las gentes, viviendo de limosna, sin apetencias ni responsabilidades. Sobre todo, reconociendo que el mundo material es un puro sueño, llegamos a una vida espiritual. Como un pájaro se escapa de su jaula, así vuela el alma cuando se siente libre de las sensaciones.

Estas eran las doctrinas de ciertas escuelas brahmánicas por aquella época; hasta aquí habían llegado en los días del Buda. Las objeciones del príncipe Gautama, convertido ya en Sakia-Muni, o el sabio de su tribu, creemos que van a sorprender al lector. Por de pronto, el punto capital de todo el budismo es negar la existencia del alma. Este pequeño ser vivo, espiritual pero humano, que como un invisible homúnculo,

Las bodas de Gautama. Museo de Lahore.





Gautama meditando acerca del dolor y la muerte en su cámara nupcial.

los filósofos griegos y romanos, y todos los doctores cristianos, insistieron siempre en afirmar que llevamos encerrado en nuestro cuerpo (el *nous,* la *psyche,* el espíritu, la *umbra,* el alma), fue el enemigo capital del Buda y de su escuela.

Nuestra miseria — replicaba el futuro Buda a los sabios hindúes — no proviene de la esclavitud del alma, sierva, como decís, de las pasiones, sino de que no nos hemos libertado de la personalidad, del *yo.* Decís que podéis separar al *yo* de sus actos, pero os equivocáis; el hombre es un compuesto de sus facultades; no existe ese ente extraño que, oculto por un telón, percibe lo que pasa delante. No existen cosas sin cualidades: son las cualidades las que forman las cosas. No existe el alma sin las facultades, son las facultades las que forman el *yo...* ¡Cuánta confusión viene del interés en uno mismo y en su propia perfección! El mero hecho de pensar que uno piensa, y que piensa bien, le despierta su vanidad. Además, si existe esta alma, como decís, debe persistir después de la vida, ya en el cielo, ya en la tierra, ya en el infierno... ¿Estaremos eternamente condenados a egoísmo y limitación?

Los brahmanes repetían: — ¿No ves por doquier los efectos de esta caracterización de cada cosa? El conjunto de cualidades personales hace a los hombres diferentes en temperamento, fortuna y destino. El *karma,* o personalidad, merece premio o castigo; por esto precisa la transmigración del

Gautama consultando a los brahmanes. Museo de Lahore.



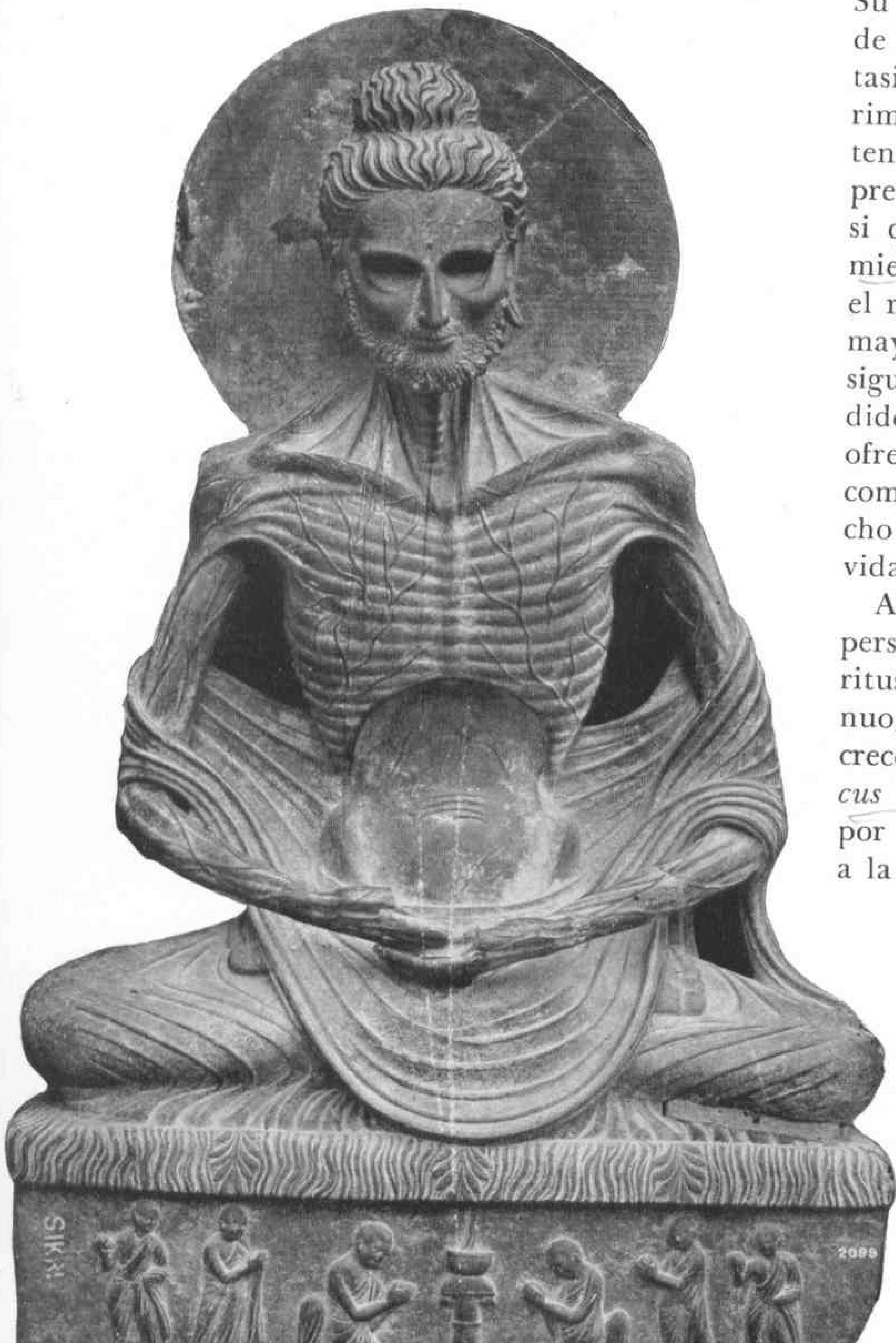
alma a otro cuerpo, heredando de nuestra existencia anterior los efectos de nuestras malas acciones y el galardón de nuestra bondad.

Gautama les contradecía en estos términos: —La existencia del *karma*, que caracteriza cada persona y cosa, es innegable; pero el *yo* no existe. Mi persona es una combinación, así mental como material.— De las primeras discusiones de Sakia-Muni con los brahmanes ya se desprende que en aquella época habría gran tolerancia en las escuelas indias hasta para las opiniones más arriesgadas. Esto debía facilitar después la predicación del budismo, pero, en realidad, Sakia-Muni no tenía nada que predicar todavía. Sus objeciones tenían sólo el carácter de una duda metafísica.

Desengañado de la escuela de Rajaga, el futuro Buda pasó al bosque, para ver si, con la penitencia y el ayuno, podía liberarse de la personalidad que le atormentaba. Fijó su morada en la selva de Uruvela, en el lugar donde ahora se levanta el templo de Buda-Gaya, y allí, por espacio de seis años, mortificó su cuerpo ásperamente, hasta quedar reducido a un esqueleto. Probó de subsistir, dice la leyenda, con un solo grano de mijo al día. Tan dura penitencia le atrajo la admiración de las gentes, que acudían de muy lejos para implorar con respeto sus bendiciones.

Empero, Gautama no estaba satisfecho. Su cuerpo se debilitaba sin lograr aumento de luz espiritual por medio de repetidos éxtasis. Buscando la verdad, no podía experimentar los raptos de amor que han contentado a los místicos de otras razas. Comprendió que necesitaba reforzar su cuerpo si quería obtener la claridad del entendimiento. Para esto fue primero a bañarse en el río y, al tratar de salir del agua, se desmayó, pero haciendo un gran esfuerzo, consiguió llegar a la orilla. Al verle allí, tendido y extenuado, la hija de un pastor le ofreció un plato de arroz, que Sakia-Muni comió sin escrúpulo. Esto escandalizó mucho a los que le servían reverentes por su vida de penitencia y austeridad.

Abandonado por los que le admiraban y perseguido, añade la leyenda, por los espíritus malignos, que le tentaban de continuo, fue a sentarse al pie de un árbol que crece en la India, una higuera silvestre *(Ficus religiosa)* llamada *Bo*. Era temprano, por la mañana, cuando comenzó a meditar a la sombra de la higuera, y antes de caer



Sakia-Muni después de los seis años de ayuno y penitencia. Museo de Lahore.



Conversión de los cinco ermitaños de Benarés. Museo de Lahore.

el día recibió la gran iniciación. Desde aquel momento sería *el Buda,* que quiere decir *el iluminado.* Había comprendido, no la naturaleza de Dios, no la causa del Universo, sino la naturaleza del dolor, sus causas y su remedio. Esto es lo que descubrió el Muni de los sakias, por esto fue llamado Buda; todo el budismo dimana de la gran iniciación del Buda en este día memorable para la historia del Oriente. Casi la mitad de la raza humana sigue, o cree seguir, la doctrina del iluminado bajo la sombra de la higuera.

Lo que pasó por la mente del príncipe Gautama el día de su transformación en Buda no lo sabremos nunca; él no quiso decírnoslo y la leyenda lo ha forjado a su sabor, contando fantásticas visiones.

Por lo pronto, el Buda resolvió hacer lo que se llama *la gran renunciación,* esto es, no vivir para él solo, sino predicar a los hombres la buena nueva. Ante todo, quiso el nuevo Buda ir a convencer a sus maestros, los brahmanes de Rajaga, y se encontró con que ya habían muerto. Después creyó que era deber suyo convertir a los cinco ermitaños que le habían servido en la selva de Uruvela y que al dejarle se marcharon a Benarés. Vivían entonces como penitentes en un paraje de las afueras de la ciudad, llamado *el parque de los ciervos.* Al ver llegar al Buda, se confabularon para rechazarle como a un apóstata, pero impelidos luego por una fuerza misteriosa, le reconocieron como iluminado y le sirvieron como a un ser superior. El Buda, lleno de bondad, predicó a los cinco ermitaños un sermón famoso, conocido con el nombre de *sermón de Benarés* o de *la fundación del reino de la verdad,* que tiene la ventaja de ser corto. Es como sigue:

«Hay dos extremos que debemos evitar, ¡oh ermitaños! Uno es el de los placeres de los sentidos y el otro el de la mortificación con prácticas penosas, que entontecen y no aprovechan.

»Existe un camino intermedio, ¡oh ermitaños!, un camino que nos hace abrir los



Sakia-Muni como Buda iluminado. Museo de Lahore.

ojos del entendimiento y nos trae la paz, llevándonos a la sabiduría, a la verdad, al Nirvana.

»¿Cuál es este camino? En verdad os digo que es el de los ocho preceptos: Justa visión, libre de supersticiones e ilusiones. Justos deseos, altos y dignos de un hombre inteligente. Palabra justa, sincera y verdadera. Conducta justa, en paz, honestidad y pureza. Acción justa, sin hacer daño a cosa viviente. Justo esfuerzo, educándose para dominarse. Mente justa, activa, atenta y despierta. Justa contemplación, meditando cuidadosamente sobre la realidad.

»Respecto al dolor, oh, ermitaños, cinco causas nos producen dolor. Son: nacimiento, enfermedad, muerte, unión con cosas desagradables y separación de cosas agradables. Las cinco son consecuencia de la composición de nuestro cuerpo.

»Este es el origen del dolor. Buscamos la renovación de lo que siempre está cambiando, ya con una vida futura, ya con una mayor intensidad de la vida presente.

»En cambio, oh, ermitaños, ésta es la verdad en lo que concierne a la destrucción del dolor: Hay que evitar la sed de personalidad, y el verdadero camino son los ocho preceptos: Justa visión, justos deseos, palabra justa, conducta justa, justa acción, justo esfuerzo, mente justa, activa y despierta y justa contemplación.

»Por largo tiempo, oh, ermitaños, no pude distinguir claramente estas verdades; por largo tiempo comprendí que no había conseguido la total sabiduría, pero ahora he obtenido el conocimiento supremo y la luz se ha hecho dentro de mí. Mi voluntad se ha emancipado, ésta es mi última existencia, no más reencarnación para mí.» Esto es la negación de la vida futura.

Así habló el bienaventurado. Los cinco ermitaños se convirtieron, fueron los primeros discípulos del Buda y desde entonces vivieron en comunidad. A diferencia de otras religiones, la vida monástica fue establecida en el budismo por el propio fundador y empieza en el mismo parque de los ciervos, en Benarés. Concluido su sermón, el Buda añadió:

«Aquel que vive solo, aunque haya reconocido la verdad, puede claudicar, y caer en sus viejos hábitos. Por lo tanto, bueno será que nos reunamos para ayudarnos y fortalecernos uno con otro. Sed como hermanos; unidos en amor, en santidad y en celo. Predicad la doctrina por los cuatro ámbitos del mundo, para que todas las criaturas fraternicen en el reino de la verdad. Esta es la santa fraternidad, ésta es *la sangha* (o convento) donde vivirán en comunidad los que han encontrado refugio en el Buda.»

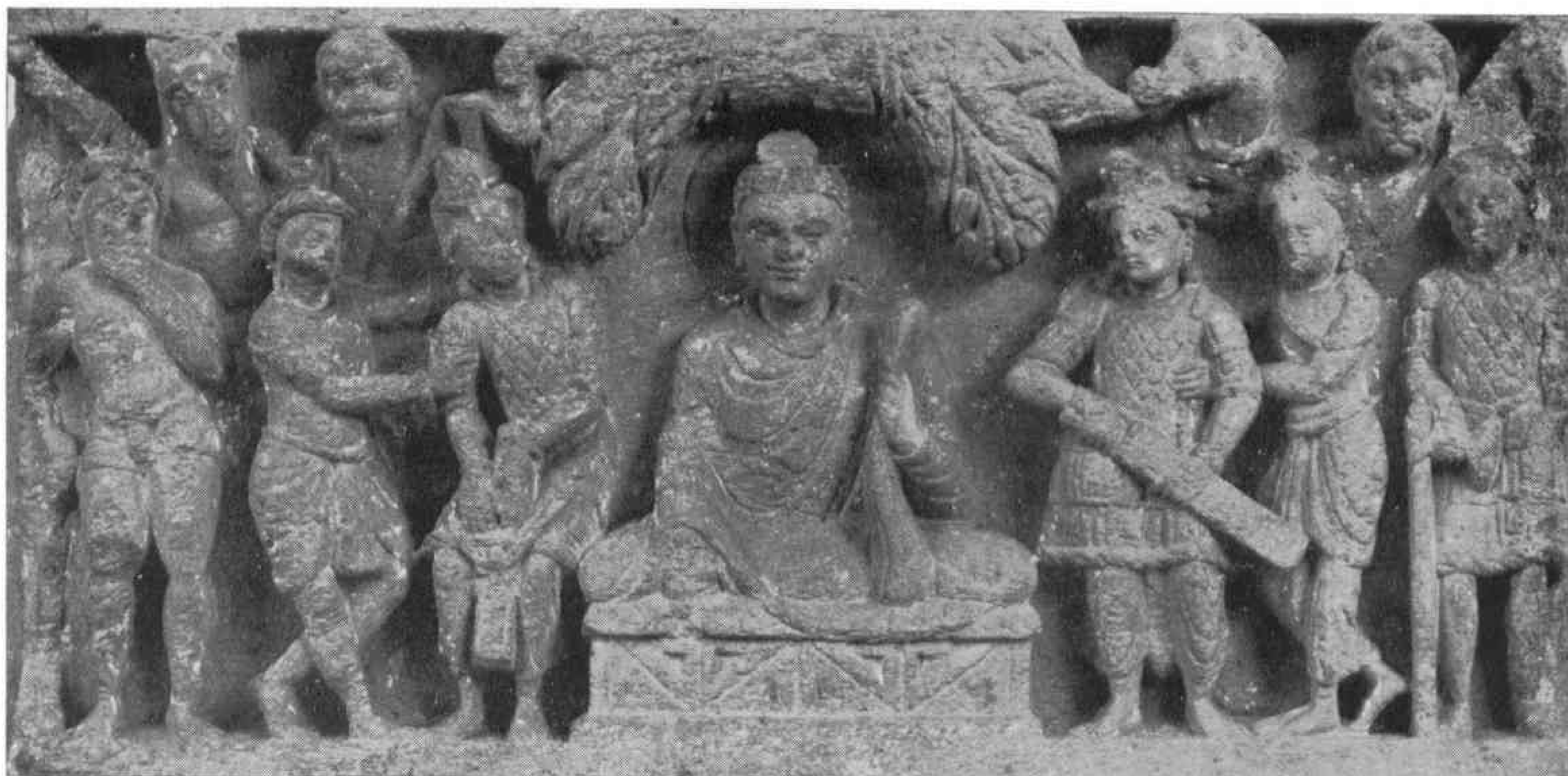
Tememos que el lector quedará algo desilusionado por estas primeras palabras del Buda, que no son sino repetición de los conceptos enunciados ya por Gautama cuando no era más que el Muni de los sakias. Lo único que hay de nuevo es un acento de fe que no existía en sus palabras antes de la iluminación. Seguridad, confianza en sí mismo, absoluta certitud es lo que transpira el sermón de Benarés.

Por lo demás, la disciplina moral, que hoy llamamos filosófica, propuesta por el Buda como vehículo para obtener la suprema libertad, no era una gran novedad en el siglo VI antes de J. C., sobre todo en la India; sin embargo, la oposición de este tratamiento del justo medio a las prácticas ascéticas de los brahmanes se ve reflejada absolutamente en todos los discursos del Buda. «Mortificación no procura conocimiento, cuanto menos procurará el triunfo sobre la sensualidad. Aquel que llena su lámpara con agua, en vez de aceite, no obtendrá luz; el que frota dos maderos podridos, no encenderá fuego.» «Comed y bebed según las necesidades del cuerpo; el agua rodea la flor del loto sin penetrar en los poros de sus pétalos.»

Había ciertas escuelas brahmánicas que insistían en lo mismo: una vida santa en pensamiento y en acción. Sin embargo, es original el método propuesto. Hay que romper las diez cadenas que nos atan y que, según el Buda, son como sigue: La primera, naturalmente, es la ilusión del *yo soy*. Nunca somos, pues estamos cambiando a cada momento. La segunda cadena es dudar que pueda nadie librarnos de este error del *yo*, y que pueda uno mismo salvarse. La tercera cadena es la confianza excesiva en las buenas obras, principalmente en la eficacia de la mortificación. La cuarta cadena es la sensualidad; los que pretenden conseguir la completa liberación deben practicar la abstinencia y el celibato. Para



Sidarta Gautama como príncipe de los sakias. Museo del Louvre.



Sakia-Muni tentado por los espíritus malignos el día de su iluminación. Museo Británico.

los que no hayan llegado a este grado, bastarán templanza y moderación. La quinta cadena es la pasión; la sexta, el deseo de vivir bien en la tierra y gozar de este velo de las formas materiales. Otro error, o séptima cadena— ¡qué sorpresa! —, es el deseo de una vida celestial, literalmente de un mundo sin forma. La octava cadena es la vanidad en la perfección ya obtenida. La novena es la excesiva seguridad en uno mismo. La décima, la ignorancia.

Con algunas variantes, el Buda coincide en su *camino de perfección* con lo que llamamos *quietismo* en Europa. Por esto conviene prestar más atención a la psicología budista, hasta dando a la palabra *psicología* el mismo valor que tiene entre nosotros, o sea ciencia del alma. A pesar de que niega la existencia del alma, sorprende la extraordinaria agudeza del Buda para explicarse la formación y funcionamiento de la personalidad. Se ha llegado a pensar, por los primeros escritores budistas, que la famosa solución que se llama *la Rueda de la verdad* fue lo que descubrió el Buda el día de su iluminación debajo de la higuera. La *Rueda de la verdad* podría también llamarse el *árbol del error,* porque de un error nace otro, y de éste, otro, pero la palabra *rueda* nos da idea de una sucesión de errores que no tienen principio ni fin. He aquí la serie de ellos:

La ignorancia produce la impresión de unidad de lo que está separado; cada uno de nosotros es un compuesto, una mezcla. De esta idea falsa de unidad nace la conciencia individual. La conciencia nos da la idea de formas, de colores y del crecimiento, que acaso hoy podríamos interpretar por tiempo. Las formas y colores, al pasar por delante de nosotros, despiertan los sentidos. Los sentidos nos incitan al contacto. Del contacto viene la sensación. La sensación produce deseo de posesión. El deseo de posesión crea el afecto. El afecto, o amor, origina la existencia. La existencia impulsa a nacer, y del nacimiento vienen la vejez, la enfermedad y la muerte.

Esto parecerá a los occidentales el mundo al revés. No es el *pienso, luego existo,* de que se valió Descartes, sino el *existo porque pienso,* tengo conciencia porque pienso, y pienso mal.

Claro está que decir que de la ignorancia venga la conciencia, y que de ésta, paso a paso, se consiga nacer, sonará, al oído de las gentes de cultura grecolatina, no sólo como una herejía, sino como un absurdo. Para nosotros es la vida la que, con su plenitud, produce amor, posesión y conciencia. Pero si admitimos que el alma no existe, la *rueda de la verdad* gira con mucha más lógica de lo que a primera vista parece. ¿Qué puede producir individualidad sino la ignorancia? Y este estado de ignorancia es lo que nos forja la ilusión de la conciencia individual. Los demás puntos de la rueda casi coinciden con los resultados de algunas escuelas modernas de psicología. Lo que ya no parece tan claro es que, del deseo de ser, vengamos a la vida; aunque esto encaja muy bien con la idea, profundamente arraigada en los pueblos de la India, de una transmigración a otro cuerpo después de la muerte, para recibir el premio o el castigo.

Pero obsérvese bien que, según el Buda, cuando renacemos, ya no somos los que habíamos sido antes. Si nuestra personalidad cambia a cada instante, no es posible que subsista igual después de la muerte. El Buda se vale de comparaciones para explicar la transmigración: como de una luz se enciende otra, como de una semilla se produce otra semilla, como el discípulo repite los versos o las enseñanzas del maestro, así uno nace de lo que ha sido antes él mismo, en otra vida.

En realidad, el por qué y el cómo nacemos otra vez no lo dilucidó el Buda. Todas

La muerte del Buda. Museo Británico.



las religiones tienen sus misterios, que hay que creer con fe sencilla, y la idea de la reencarnación es el misterio del budismo. Todo lo demás resulta comprensible, como basado en un proceso intelectual.

Es interesante observar que hasta un pensador como Gautama parece atascarse en la idea, tradicional de la India, de la transmigración. Recordemos las palabras triunfales del Buda al acabar el sermón de Benarés: «¡Esta es mi última existencia! ¡No hay reencarnación para mí!» Ya allí declara también que el objetivo es la paz, la extinción, el *Nirvana*. Esta última palabra, casi lo único que del Buda se conoce en Occidente, quiere decir apagar, extinguir, pero no la vida, sino la personalidad. En los textos búdicos se menciona a menudo el Nirvana acompañado de epítetos que lo aclaran o glorifican. Nirvana es la isla del Refugio, el final del Deseo, donde no hay cambios ni destrucción. Concretando, Nirvana es la extinción de los tres fuegos: deseo, odio e ignorancia. Pero ya se comprenderá lo que deseo, odio e ignorancia significan para el Buda.

Con todo, el Buda y sus discípulos tuvieron que explicar a menudo el significado de la palabra *Nirvana* a los no iniciados. «El Nirvana no es pasado ni presente ni futuro, no se produce ni se puede producir... *existe, es.*» El Nirvana es casi como el Tao.

Tal fue, en substancia, la doctrina del Buda. Con variedad de estilo, según hablase al pueblo o a los brahmanes, con parábolas o dialogando con los que le manifestaban sus dudas, Gautama insistió en estos mismos preceptos toda su vida. Cada año, el Buda y sus discípulos se reunían durante la estación de las lluvias en Magada, o Benarés, y en cuanto llegaba el buen tiempo se despedían y separaban para seguir predicando a las gentes el Camino Medio de los ocho preceptos, la Rueda de la Vida, el Nirvana, etc. Así la actuación del Buda se prolongó durante los cuarenta y cuatro años que median desde su iluminación debajo de la higuera hasta la muer-

El cadáver del Buda amortajado. Museo de Lahore.





Cremación de los despojos del Buda. Museo de Lahore.

te, que le sorprendió ya octogenario, pero todavía recorriendo tierras. En este largo espacio de tiempo, el Buda, con su reputación bien cimentada de santo e iluminado, sufrió interrogatorios de príncipes y doctores de la antigua religión, de pobres y ricos, de gentes que solicitaban sus consejos y de gentes que le pedían milagros. Y a todos supo contestar siempre con nobleza y elevación. Por ejemplo, una pobre viuda le pidió un día que devolviese la vida a un tierno niño, su único hijo. El Buda dijo que resucitaría al niño si la madre le conseguía tan sólo mostaza para hacer un emplasto, pero debía serle facilitada en tal casa donde no hubiese habido nunca ningún muerto. La viuda se convenció bien pronto de la imposibilidad de encontrar un hogar donde no hubiera fallecido alguien.

Su propio padre pidió también al Buda que le visitase. El que había salido de su patria como príncipe, volvió a Kapilavastu como mendicante. Al saber que su hijo iba mendigando de puerta en puerta, el viejo rey salió a su encuentro y le suplicó que no le humillase pidiendo limosna.

—Tú sabes bien que yo puedo proporcionarte cuanto necesitas—dijo el rajá de los sakias a su hijo.

—Es costumbre de nuestra raza pedir limosna—contestó Buda.

—¡La costumbre de nuestra raza! —repitió desconcertado el padre—. ¿No sabes que somos príncipes, hijos de príncipes?

—Vos y vuestra familia descenderéis de príncipes—replicó Gautama—, pero yo desciendo de los Budas, que vivieron de caridad toda su vida.

El padre no insistió, mas tomando al Buda por la mano lo llevó a palacio, donde parientes y servidores le recibieron con gran honor. Gautama quiso ver a su esposa y a su hijo; ambos aceptaron la doctrina del Buda; pero, como ocurre en otras religiones, los parientes del fundador no ejercieron gran influencia en el desarrollo del budismo; sólo un primo de Gautama, nombrado Ananda, aparece como el discípulo predilecto y le asiste en sus últimos años.

Tenemos un antiguo texto que explica la vida del Buda cuando ya había llegado a alcanzar la categoría de fundador. Se levantaba a las cinco de la mañana y pasaba

en meditación profunda las primeras horas del día. Después se ponía una túnica color de azafrán y salía, con su espuerta, a mendigar; la leyenda añade que, por el camino, los céfiros perfumaban el ambiente y los árboles tendían, al paso del Buda, una alfombra de flores. Los pájaros y las fieras le saludaban gozosos, y los hombres, cuando se enteraban de su llegada, decíanse: «Hoy el iluminado viene a pedir limosna.» Para recibirle poníanse sus mejores ropas y le sentaban a su mesa. El Buda discurría con ellos, según su capacidad, y después regresaba a su retiro, descansando en su camastro hasta el mediodía. A esta hora predicaba a sus discípulos y les proponía el estudio de algún tema religioso.

En las horas calurosas del día, el Buda solía dormir la siesta en su aposento, perfumado con flores; después, al levantarse, estudiaba las condiciones en que vivían las gentes de los pueblos vecinos y cómo podría él ayudarles en sus apuros. A veces recibía a esta hora a los que venían a visitarle. Tomaba luego un baño y resolvía después las dudas que le proponían sus discípulos; durante gran parte de la noche se paseaba solo por su estancia.

En el transcurso de su vida, el Buda no sólo tuvo que resolver problemas que podemos llamar dogmáticos o religiosos, sino también cuestiones de disciplina conventual. En las comunidades budistas forzosamente tenían que ocurrir disensiones, que el Buda supo resolver apoyándose en principios estrictamente legales. Por ejemplo, en cierta ocasión un monje fue acusado de algo que él no creía que fuese contrario al espíritu de la regla. La disputa amenazaba convertirse en cisma. He aquí lo que dijo el Buda: «No hay derecho a expulsar un monje sólo porque la mayoría dice: Creemos que debe ser así.» A los rebeldes decíales: «Odio no se apaga con odio, sino con amor; ésta es una ley eterna. Algunos no se han dado cuenta de ella, hay que perdonarles, y los que la conocen han de enseñarla practicándola.» «Con tontos y vanidosos no es posible mantener amistad.»

Después de lo que precede, sería ocioso añadir que no hubo nada de milagroso ni heroico en la vida del Buda. Menos aún en su muerte: el Buda murió de una indigestión, por haber comido arroz con cerdo, cuando tenía ya más de ochenta años. Un hecho tan prosaico, no cabe duda, ha de ser rigurosamente histórico, sobre todo teniendo en cuenta que muy pronto los budistas adoptaron una rígida dieta vegetariana.

El suceso ocurrió del modo siguiente: El Buda, como de costumbre, viajaba predicando, a pesar de su avanzada edad; sólo



Traslación de algunos huesos del Buda a lugares santos. Museo de Lahore.



Distribución de las reliquias del Buda. Museo de Lahore.

le acompañaba su primo Ananda. Al llegar a Pava, lugar situado entre Benarés y Kapilavastu, fueron invitados a comer por un platero llamado Chunda; éste les dio lechón con arroz, y después de comer y de dormir la siesta, el Buda quiso proseguir su camino; pero antes de atravesar el río Kukusta tuvo que descansar y pidió a Ananda que le diese agua. Recobró algo sus fuerzas con ella, y aun trató de bañarse en el río, pero desistió y otra vez pusiéronse en marcha; por fin, a la caída de la tarde, el Buda se tendió en tierra para no levantarse más, en un bosquecillo al lado del camino.

El relato de las últimas horas del Buda demuestra que conservó hasta expirar su dignidad de sabio, o iluminado, sin pretender que le reconocieran por santo o profeta. Su ansiedad por Chunda fue grande en sus últimos instantes, pues temió que le acusaran de haberle envenenado. «Dile a Chunda que en su propia existencia recibirá una gran recompensa por el alimento que hoy nos ha dado... Dile que lo has oído de mis labios, y que los dos mayores regalos que he recibido en mi vida son el arroz que me dio la hija del pastor, el día de mi iluminación, y el lechón que he comido hoy en su casa...»

La comida que le diera la pastora le había facilitado su iluminación; esta comida del platero le facilitaba su final extinción en el Nirvana. Pero a Chunda y otros *creyentes* todavía les espera la reencarnación.

Solo con Ananda, expuso a éste sus disposiciones para el funeral y le dio algunas explicaciones sobre la disciplina de la orden después de su muerte. Ananda no pudo contener el llanto y exclamó: «¡Mi maestro me deja, y yo todavía no he obtenido la

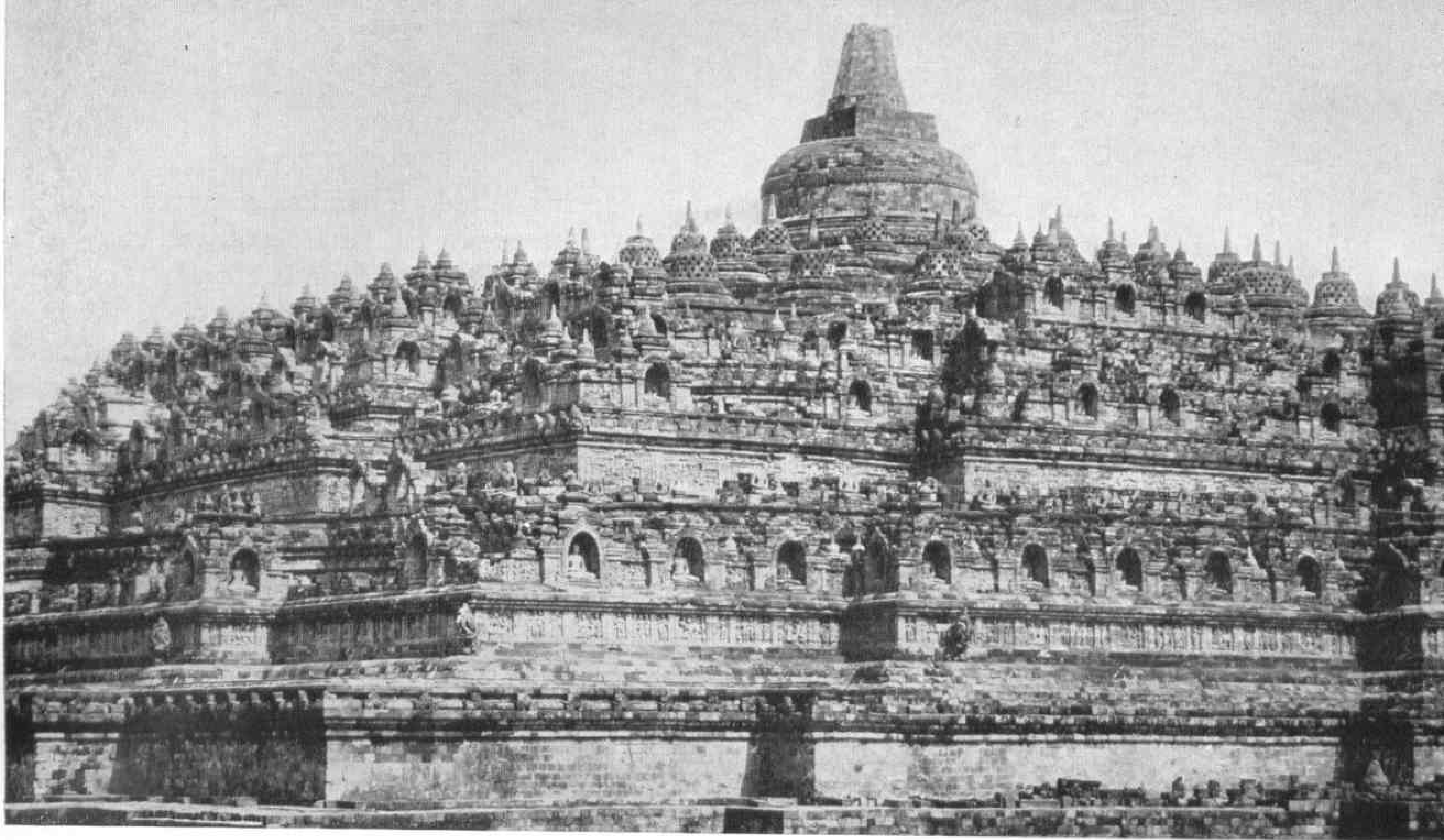
perfección!» Sin embargo, el Buda le consoló dirigiéndole las palabras siguientes: «No llores. ¿No te he enseñado a separarte de lo que amas? Todo lo que existe es un compuesto que debe disolverse. Por largo tiempo, tú has sido mi amigo y compañero; siempre te has portado bien. Persevera y te verás libre de esta sed de vida y de la cadena de la ignorancia.»

Algunos monjes se enteraron de lo que ocurría y el Buda viose pronto rodeado de discípulos. Al distinguirlos, les amonestó diciendo: «Vosotros pensaréis acaso que vuestro Maestro os abandona, pero después de mi muerte, la ley y mis enseñanzas deben ser el Maestro para vosotros.» Dirigiéndose a ellos, les suplicó le manifestaran si sentían alguna duda o dificultad en materias de doctrina: «No quisiera que deplorarais luego haber perdido esta oportunidad de consultarme...» Por supuesto nadie dijo nada. Por fin, tras una pausa, el Buda abrió los ojos y pronunció estas palabras, las últimas, que resumen toda su doctrina: «Recordadlo bien, ¡oh monjes!, todo lo compuesto está sujeto a destrucción y ruina. Aplicaos a salvaros vosotros mismos...»

Al enterarse de la muerte del Buda, el monarca de la ciudad vecina ordenó que se le hicieran suntuosos funerales. Sus despojos se quemaron en una pira gigantesca, decorada con guirnaldas de flores. Sin embargo, pocos años después se contaban en la India más de veinte mil reliquias, huesos, dientes y cabellos del Buda. Pero de este fenómeno de desviación hacia las prácticas supersticiosas y de la evolución de su doctrina trataremos en el próximo capítulo.



El Buda abandonando la casa paterna.
Relieve del siglo II antes de J. C. Museo de Nueva York.



Borobudur. Templo budista de Java.

4 PREDICACION Y EVOLUCION DEL BUDISMO

El Buda, como todos los grandes fundadores, se resistió a dogmatizar su fe y, sobre todo, a sistematizar la liturgia. Es probable que, en un principio, creyera sólo aclarar algunos puntos dudosos de las escuelas brahmánicas. Después, al hacerse evidente que su predicación iba a ser más que una *simple reforma,* el desdén por las prácticas y los ritos establecidos se le escapa en palabras casi violentas. «No os preocupéis de lo que hay que comer ni de lo que hay que decir... ¿De qué os sirven la tonsura y el hábito de monje si vuestros malos pensamientos os ensucian?»

En materias teológicas, la estrategia del Buda es la de Sócrates y otros mayores que él: considera vano tratar de averiguar el origen y el fin de las cosas. Un día un monje le pregunta: «¿Es que este mundo tendrá fin? ¿Subsiste el santo después de la muerte?...» Y el Buda responde: «Si uno me hiere con una flecha envenenada, y mis amigos y compañeros tratan de curarme, ¿crees tú que voy a decirles: Esperad, vamos a ver quién me ha herido?... La vida religiosa no depende de si el mundo es eterno o tiene fin, ni tampoco depende de si existimos o no después de la muerte.»

No se podía hablar más claro, y, sin embargo, durante toda su vida los monjes le asediaron con esta interrogación: «¿Quién ha hecho el Universo? ¿Adónde irá a parar en su hora final?» El Buda contestó siempre que no quería saberlo: «¿Cuando el fuego se apaga, te preguntas tú acaso si se ha ido hacia el Norte, o hacia el Sur, hacia el Este o hacia el Oeste?...»

Sabido esto, no es de extrañar que, des-

pués de la muerte del Buda, empezaran las disputas teológicas, las divisiones en sectas, el culto de sus imágenes y reliquias, y se procediera a la divinización del fundador. La leyenda del Buda, tal como la cuentan hoy la mayoría de los *creyentes*, es algo diferente de la sencilla historia que hemos narrado en el capítulo anterior: Los dioses acuerdan que ha llegado por fin la hora de que el futuro Buda se encarne en un mortal. El Buda escoge su tiempo, el país (o sea la India), el lugar, la familia y la madre de que habrá de nacer. La mujer elegida es llevada por cuatro ángeles a una de las cimas del Himalaya, donde se le aparece el futuro Buda en forma de un elefante blanco. Después de dar tres vueltas en torno a la que ha de ser su madre, la aparición se encarna en aquel seno femenino, que se hace transparente. Como en un santuario de cristal, el futuro Buda pudo distinguirse durante diez meses, tiempo que duró su gestación. La madre del Buda murió siete días después de darlo a luz, y ascendió a los cielos sin tardanza. No hay que decir que todo se verifica con gran abundancia de prodigios. Análogamente, exagera la leyenda la predicación del Buda. Al que no se movió de los alrededores de Benarés, se le hace ir dos veces a la lejana isla de Ceilán y se le atribuyen multitud de milagros, como el de andar sobre las aguas, etcétera.

Relieve de Borobudur. Java.



De la misma manera se atribuyen al Buda varios catálogos de preceptos morales, catecismos fáciles de recordar, y hasta cierto punto impregnados de su doctrina; por ejemplo, los cinco mandamientos o Pentálogo: No matarás, no destruirás ningún ser viviente. No tomarás nada que no te lo den. No mentirás. No beberás licores alcohólicos. No fornicarás.

Otras listas de pecados, virtudes, preceptos de vida monástica, ejercicios de meditación espiritual, coloquios edificantes, todo se encuentra en la literatura budista, y gran parte de ello atribuido al Buda. Lo más probable es que mucho de ello sea postizo, pues el Buda no escribió nada, y la primera compilación de sus doctrinas ha llegado ya hasta nosotros mezclada con gran cantidad de materiales extraños.

He aquí ahora la historia del budismo, tal como ha sido posible restablecerla por medio de datos vagos e incompletos. Inmediatamente después de la muerte del Buda, sus discípulos se reunieron en Rajaga. Sólo quinientos monjes asistieron a esta asamblea. La reunión se celebró en una cueva, preparada por el rajá de la localidad. La tradición supone que en esta cueva los reunidos fijaron en forma métrica y cantada los discursos del Buda y las reglas por él dictadas; algunos de los discípulos recordaban muy bien los preceptos monásticos, y otros, como Ananda, tenían más presentes las reglas de moral. El resultado de esta primera asamblea fue la primera redacción de las santas escrituras budistas, llamadas *Pitakas,* que quiere decir *cestos,* donde se guardaron los textos.

La segunda reunión, celebrada cien años después en Vaisali, ya dio lugar a disputas. Un grupo de monjes pretendía la concesión de las llamadas *diez indulgencias,* que son:

1, libre uso de la sal; 2, licencia para comer algo sólido después de mediodía; 3, dispensa para no observar estrictamente la regla yendo de viaje; 4, libertad para tomar órdenes y confesar fuera del monasterio; 5, que en lugar de solicitar permiso previo para hacer algo, pudiese el monje obtener licencia después de haberlo hecho; 6, libertad de atenuar un poco la severidad de la regla al tratarse de atraer a un extraño; 7, que se pudiese beber leche por la tarde; 8, que se pudiesen beber licores alcohólicos cuando son transparentes y claros como el agua; 9, que fuese permitido sentarse sobre tapices cuando éstos no tienen orlas; 10, que se les permitiera poseer oro y plata a los adeptos de la orden. Casi lo opuesto a lo que predicó el Buda.

¡Qué materias tan ajenas al espíritu del fundador, y qué motivos de disputa tan mezquinos, sólo un siglo después de la muerte del Buda! De momento, en esta asamblea de Vaisali triunfaron los ortodoxos y las *diez indulgencias* fueron condenadas. Pero en otra reunión, celebrada por los disidentes, éstos acordaron separarse de la comunidad. Tal fue el primer cisma que se produjo, y pronto se contaron hasta dieciocho sectas.

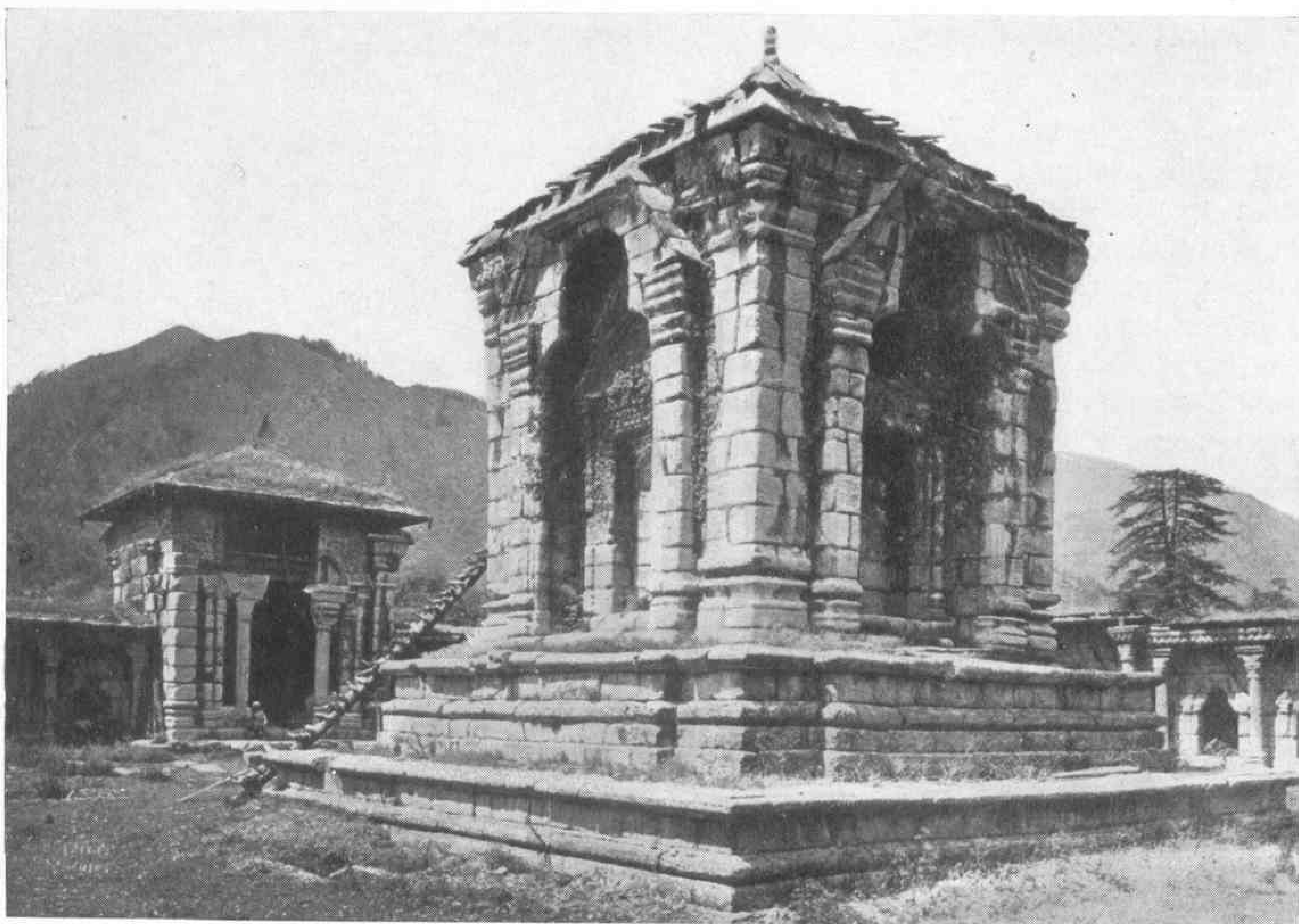
Por fortuna para el budismo, a mediados del siglo III antes de J. C. un gran monarca de la dinastía de Pataliputra se convirtió a la nueva religión. Su nombre es Asoka, y ha sido llamado erróneamente el Constantino del budismo por los occidentales, mientras en toda el Asia su nombre es venerado como el de un rey santo. Asoka fue un espíritu superior y una alma creyente, no un astuto gobernante que se aprovechó de una idea religiosa para sus fines políticos. Cuanto más conocemos a Asoka, más le admiramos.

Era nieto de Chandragupta, el que derrotó a Seleuco, el diadoco sucesor de Alejandro, cuando intentaba hacer valer sus derechos en la India. Los monjes, que han querido ponderar los beneficios que se derivaron de su conversión, describen a Asoka como un monstruo de crueldad antes de aceptar el budismo. Sea como quiera, lo positivo es que hacia el año 270 antes de Jesucristo sucedió Asoka a su padre, después de sostener una guerra contra su hermano mayor, que también se presentaba como pretendiente a la corona. Los dominios de Asoka eran vastísimos, y debía de estar en camino de conquistar toda la India cuando ocurrió su conversión. Asoka mismo nos cuenta, en uno de sus edictos grabados en la roca, los detalles de este cambio en él producido por la contemplación de los sufrimientos, miserias y desolación que eran consecuencia de sus campañas. Las palabras de Asoka son más de un rey que de letrado, y dicen, con alguna confusión, poco más o menos, lo siguiente:

«Después de ocho años de reinado, el Rey procedió a conquistar a los kalingas.



Bodhisattva, estatuita en madera tallada y policromada.



Ruinas de un *sangharama* o convento budista de la India.

Ciento cincuenta mil personas fueron vendidas como esclavos, otras cien mil fueron muertas en los combates y muchas más perecieron de resultas de la guerra.

»Pero inmediatamente después de la anexión de los kalingas, el Rey sintió la necedad de proteger la ley y de extender su conocimiento a los que la ignoraban. La conquista de los kalingas fue causa de profundo dolor y arrepentimiento para el Rey...

»Esta es la más grande conquista del Rey, la conquista de la ley de la Piedad, y por esto ha tratado de extenderla hasta seiscientas leguas más allá de los confines de su tierra, enviando misiones al rey Antíoco, y a los cuatro reyes que habitan al norte de Antíoco (Tolomeo, Antígono, Magasmo y Alejandro), a los reyes del Sur, a los cholas, pulindas, Cambodge, etc.

»Esta es la conquista única que llena de alegría, la conquista de la Ley. El Rey considera que produce beneficio únicamente lo que aprovecha para la otra vida. Y por este motivo ha escrito este edicto, y también para que sus hijos y nietos no se crean obligados a conquistar nuevos territorios. Y si por alguna razón tienen que tomar las armas, que lo hagan con paciencia y bondad, y recordando siempre que la verdadera conquista es la que se obtiene con piedad; ésta sirve para la presente vida y la futura.»

En realidad, poco es lo que trasciende del budismo en el texto de este edicto. Se percibe una alma sincera, piadosa, pero no se distingue bien lo que se entiende por la Ley. En otros edictos, Asoka es ya más explícito: se muestra vegetariano, por lo menos prohíbe que se maten animales para sus comidas, y repite la frase familiar entre los budistas: «Todos los hombres son mis hijos.» Asoka condena las fiestas tribales en lugares altos, especie de romerías, donde se perpetúa la superstición; aconseja el res-

peto a los brahmanes y ermitaños, el amor a los padres, la caridad con los esclavos y sirvientes, la liberalidad, la tolerancia y la modestia. Por fin, en otro edicto, emitido con motivo de un concilio celebrado en Patna, el rey se muestra francamente budista y trata de dar consejos a los monjes. Dice así:

«El Rey os desea, oh monjes, salud y felicidad. Ya sabéis mi gran respeto y reverencia por el Buda, la Ley y la Orden. Todo lo que el Buda dijo, está bien dicho y la Ley es eterna. Estos son los pasajes de la Ley que debemos recordar (y aquí siguen seis pasajes de las escrituras budistas)... y espero que constantemente meditaréis sobre ellos... Por esto los he mandado grabar aquí, para que sean bien conocidos.»

Recordando la actuación de otros *protectores de la fe,* creeríamos encontrar a Asoka entretenido en disputas teológicas e impaciente por imponer la salvación a sus súbditos. Pero Asoka cuidó de los caminos, fundó hospitales, reguló la caridad, prohibió la mutilación de animales, plantó árboles... Claro que, con su fe sincera, no podía dejar de visitar los lugares santos, y como peregrino restauró y edificó monumentos conmemorativos en los sitios venerados por el recuerdo del fundador, o de otros miembros ilustres de la orden. Así, por ejemplo, el famoso *tope* o túmulo de Sanchi. Asoka quiso enriquecerlo con la cerca esculpida que es todavía la joya más preciosa del arte hindú. En cambio, en el mismo lugar, otro tope más modesto cubría las cenizas del misionero Magima, enviado por Asoka a predicar el budismo en los valles altos del Himalaya.

De las misiones enviadas por Asoka, después del concilio de Patna, la que produjo mejores resultados es la que mandó a Ceilán. Asoka envió como misionero a la perfumada isla del sur de la India a su propio hijo Mahinda. El rey de Ceilán quiso honrarse a sí mismo haciéndose coronar otra vez por el enviado de Asoka, y los monjes fueron alojados en una colina cerca de la capital. La tradición añade que llevaban como reliquia un hueso del Buda y el texto íntegro de las Pitakas.

Más tarde una hija de Asoka fue a reunirse con su hermano en Ceilán, para establecer allí monasterios de monjas análogos a los de los hombres. Esta princesa misionera llevó también a Ceilán un recuerdo del Buda; trasplantó allí un retoño del *bo* o higuera silvestre debajo de la cual obtuvo el Buda la iluminación. Asoka en persona fue a buscar esta rama preciosa y así,

Templo de Buda-Gaya, en el lugar donde el Buda recibió, debajo de la higuera, su definitiva iluminación.



mientras no quedan trazas del verdadero *bo* de la selva de Uruvela, el árbol de Ceilán extiende aún su ramaje milenario sobre una terraza cuidada por los monjes. Aquel venerable árbol que todavía se conserva con vida en Ceilán fue plantado el año 228 antes de J. C. y una profecía dice que florecerá eternamente.

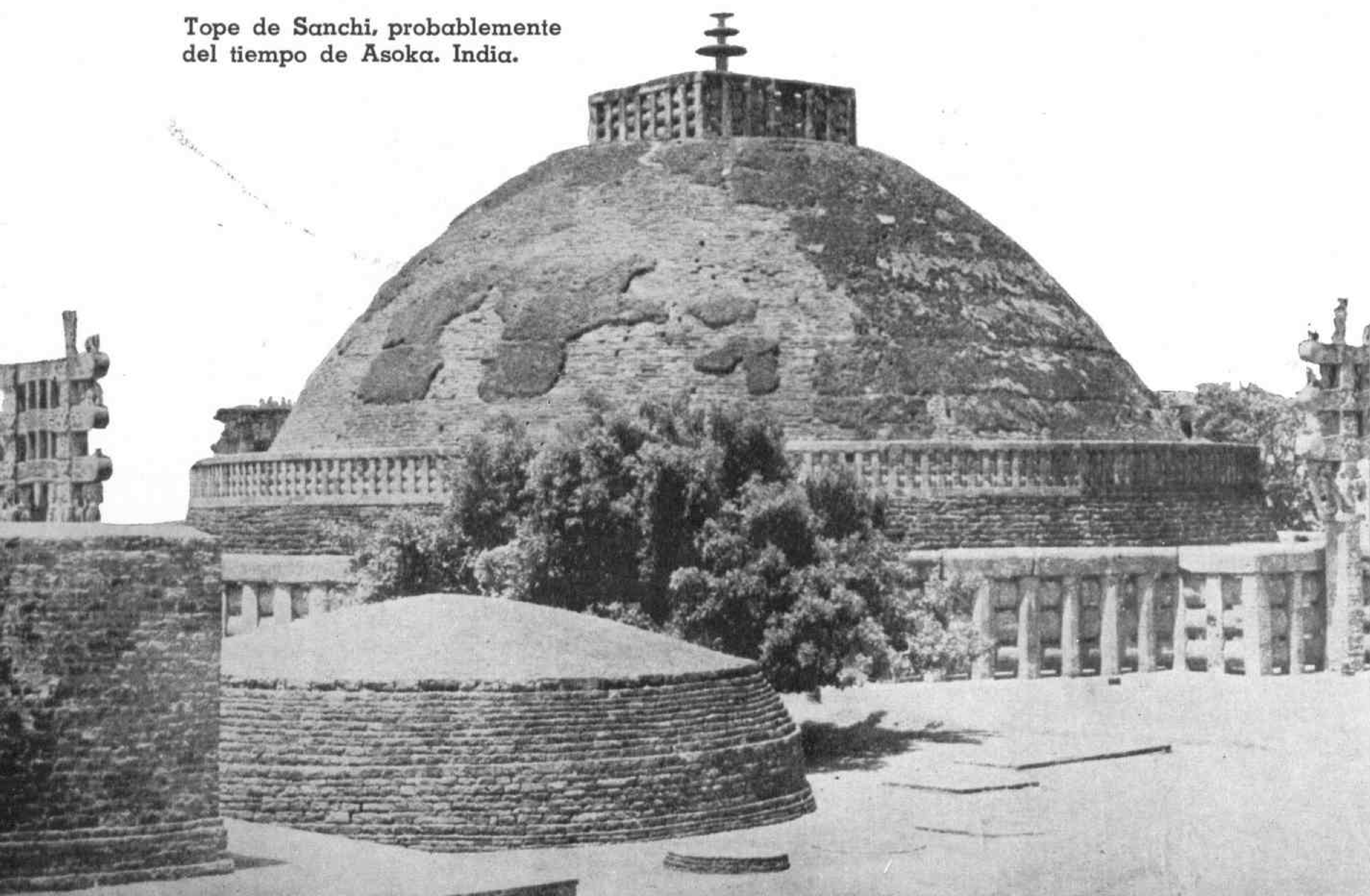
La intervención de Asoka hizo que los monjes budistas suspendieran sus querellas. El concilio de Patna contribuiría a ello, fijando el orden o canon definitivo de las Pitakas; pero, como hemos dicho, estas escrituras debían de estar ya redactadas antes, porque en ellas no se menciona nunca a Asoka, cosa que hubiera sido inevitable de haberse compuesto los textos en esta época, o poco más tarde. Las Pitakas se dividen en cuatro grandes grupos, y cuando estén todas publicadas en la traducción inglesa, se calcula que llenarán unas once mil páginas, más del doble de la Biblia.

Hoy las Pitakas sólo son leídas por algunos contados doctores de Birmania y Ceilán. A nosotros los occidentales se nos hace difícil su lectura actual, pero nos aseguran que, cuando los textos nos lleguen seleccionados y adaptados a nuestra mentalidad, descubriremos en ellos un tesoro comparable al de la filosofía griega. ¡Quién sabe!

El hecho de que todavía haya en Birmania y Ceilán grandes maestros que puedan aclarar puntos obscuros de las Pitakas es muy importante para los occidentales, porque abundan las palabras de doble sentido.

Causa pena recordar que la India repudió el budismo ya hace siglos para recaer en las prácticas brahmánicas, ascetismo y mortificación, de las que, como dijo el Buda, por lo menos en la India, no deriva una gran elevación espiritual. Hasta los modernos hindúes, reeducados en Europa y América, demuestran una tácita hostilidad hacia el budismo, acaso porque no es tan

Tope de Sanchi, probablemente del tiempo de Asoka. India.





Relieves de una de las entradas del tope de Sanchi.

exclusivamente hindú como el deísmo brahmánico, o porque no es tan estético como los cultos de Krisna, Siva y Visnú, a los que están entregadas hoy las castas inferiores. Y esto es tanto más triste cuanto que el Buda parecía ser el único que era capaz de poder salvar a la India de la tremenda división en castas y subcastas en que se debatía. El budismo hubiera podido contribuir en gran manera a crear una nación-Estado en la India, como hizo el sintoísmo en el Japón y el confucianismo en China.

La historia del budismo después de la muerte de Asoka nos da el triste espectáculo de un empobrecimiento espiritual continuado. El budismo, convertido en religión del dios Buda, fue aceptado por razas extrañas, pero cada día más alejadas del espíritu de su fundador. Millones de tártaros, chinos y mongoles se llaman budistas; el budismo es la religión nacional en Java, el Tibet y el Cambodge. Los monasterios budistas son numerosos en China, Japón, Corea y Manchuria. Pero, ¡qué budismo!

El budismo corrompido que se profesa hoy en el Extremo Oriente no se contenta con hacer del Buda un Ser Supremo, siempre meditabundo en el paraíso, antes y después de su encarnación, sino que llena ese cielo de innumerables seres benignos, protectores de los mortales. Por de pronto, como cada cinco mil años aparece un Buda sobre la Tierra, los Budas anteriores a Gautama están ya con él en el paraíso, y asimismo los Budas futuros. De éstos, el más atento a las súplicas de los mortales es, naturalmente, el próximo Buda, o sea Buda-Maitreya. La blanca figura de Maitreya se encuentra casi inevitablemente al lado de la estatua del Buda en los templos y conventos llenos de ídolos; y es mucho más probable que nos escuche Maitreya que no el Buda, que ha obtenido ya el Nirvana.

Además, estos Budas primeros y los Bu-

das futuros se personifican en otros seres puramente metafísicos, que son análogos a nuestras virtudes cardinales: Prudencia, Justicia, Fortaleza y Templanza. Los no iniciados no verán en la multitud de imágenes que llenan los santuarios budistas más que ídolos fantásticos, y aunque tengan un íntimo sentido oculto y procuren grandes consolaciones a los creyentes, es claro que estos beneficios no son los que deseaba el Buda para sí y sus discípulos.

El budismo ha tomado diversos aspectos en los diferentes pueblos en que ha arraigado. En Java, Siam y Cambodge se convirtió en la religión del Estado y hasta se llegó a naturalizar al Buda con su leyenda local. Hay un Buda de Siam, que es un personaje legendario cuya historia se ha copiado de la de Sakia-Muni. Topes y templos budistas se hallan siempre, en estos países del Sudeste de Asia, decorados con relieves de sabor local; son a veces manifestaciones de la piedad nacional, o del poder de un soberano que, a falta de otra, escogió el budismo por religión. Así el templo de Borobudur, de Java, y los templos de Angkor, en Cambodge, son enormes acumulaciones fantásticas de piedra que sólo tienen de budista el nombre.

Entre los tártaros y mongoles el budismo ha trascendido a magia y dominio de las fuerzas naturales. Los budistas de las llanuras del Asia Central creen que, por concentración de la mente, pueden llegar a



Buda del loto azul. (Detalle de los frescos de las cuevas de Ajanta.)



El Bodhisattva Maitreya en su trono. Relieve grecobúdico. Museo Guimet, París.

cambiarse las leyes de la Naturaleza, obteniendo efectos que parecen milagrosos a los extraños.

Otra curiosa transformación del budismo es la que encontramos en el Tibet. Llegados por la vía de Nepal a los valles del otro lado de los Himalayas, en el siglo VII, los monjes del Tibet fueron adquiriendo tantas riquezas y tanto poder sobre la población, que en 1419 las comunidades religiosas lograron imponerse al poder civil, si es que puede darse este nombre a los bárbaros jefes de tribus que pasaban la vida combatiendo incesantemente unos con otros. Hasta hace poco, el Tibet era un país regido por los superiores de dos grandes monasterios budistas, el Dalai-Lama y el Panchen-Lama; el primero detentó el poder supremo hasta que tuvo que huir de Lhasa, en 1959, ante la presión de los chinos, que gobiernan ahora a través de la autoridad nominal del Panchen-Lama, entronizado en la capital. Los *Lamas*, o maestros, no son encarnaciones de Buda, como dicen a menudo en Occidente las personas mal informadas, sino que les da especial santidad el hecho de hallarse infundidos del espíritu de los Budas, pasados y futuros, que se llama *Avalo-Kitesvara*. Algo de este mismo espíritu está repartido entre los *chutuktus*, que vienen a ser como el sacro colegio del Dalai-Lama. En el templo de Lhasa, que es la capital del Tibet, hay un trono para el Dalai-Lama, sillas más bajas para los *chutuktus* y asientos inferiores para los otros monjes. Las ceremonias religiosas tienen el ca-



Un aspecto de las ruinas de Angkor-Vat (Cambodge).

rácter de un rito de purificación. Un monje vierte varias veces el agua con azafrán sobre un espejo, que simboliza la bóveda celeste. El agua se recoge luego en un jarro y de ella se deja caer una gota en la mano de cada monje, quienes mojan el dedo en el agua santa y se ungen la frente y el pecho, para así purificarse. El resto lo beben devotamente.

Los budistas del Tibet muestran gran habilidad para multiplicar el número de sus oraciones. En su afán de salmodiar sin descanso, los monjes llegan al extremo de cantar cada uno un verso diferente del mismo himno, y así, en el tiempo de entonar una línea, toda la comunidad ha recitado el himno entero. Nadie podría entender aquella confusión, pero la divinidad lo tiene en cuenta y lo acepta como una ofrenda. Todos los habitantes del Tibet llevan un rosario de 108 cuentas, y en medio de sus trabajos domésticos, o caminando, recitan las jaculatorias. Como no es preciso que las palabras sean pronunciadas de viva voz, se usan mecanismos inanimados; los más comunes son simples banderolas de seda atadas a la punta de un palo, enhiestos en los collados o lomas, para que las agite el viento. Se llaman «árboles de la Ley», y a cada ráfaga de aire la bandera se extiende, dejando ver un letrero con una frase bordada en la seda. Los textos son cortos; el más frecuente es una exclamación que dice: «¡Qué bella joya es el loto!», entendiéndose por loto la fuerza creadora del Universo, sobre la que está sentado el Buda. Como se ve, estas devociones no carecen de originalidad y en algunos casos pudieran producir efectos de elevación moral; pero, por culpa de sus monjes budistas, o por otras causas, el Tibet no fue precisamente un Estado ejemplar.

El budismo llegó a la China por la vía indirecta del Afganistán y la Bactriana, por la cual se hacía el comercio de la seda. Las etapas de penetración del budismo son bien conocidas, desde que se han estudiado los oasis del desierto central del Asia. Allí hacían provisión de agua las caravanas; allí aparecen imágenes budistas, mezcladas con restos del culto semicristiano de los herejes nestorianos.

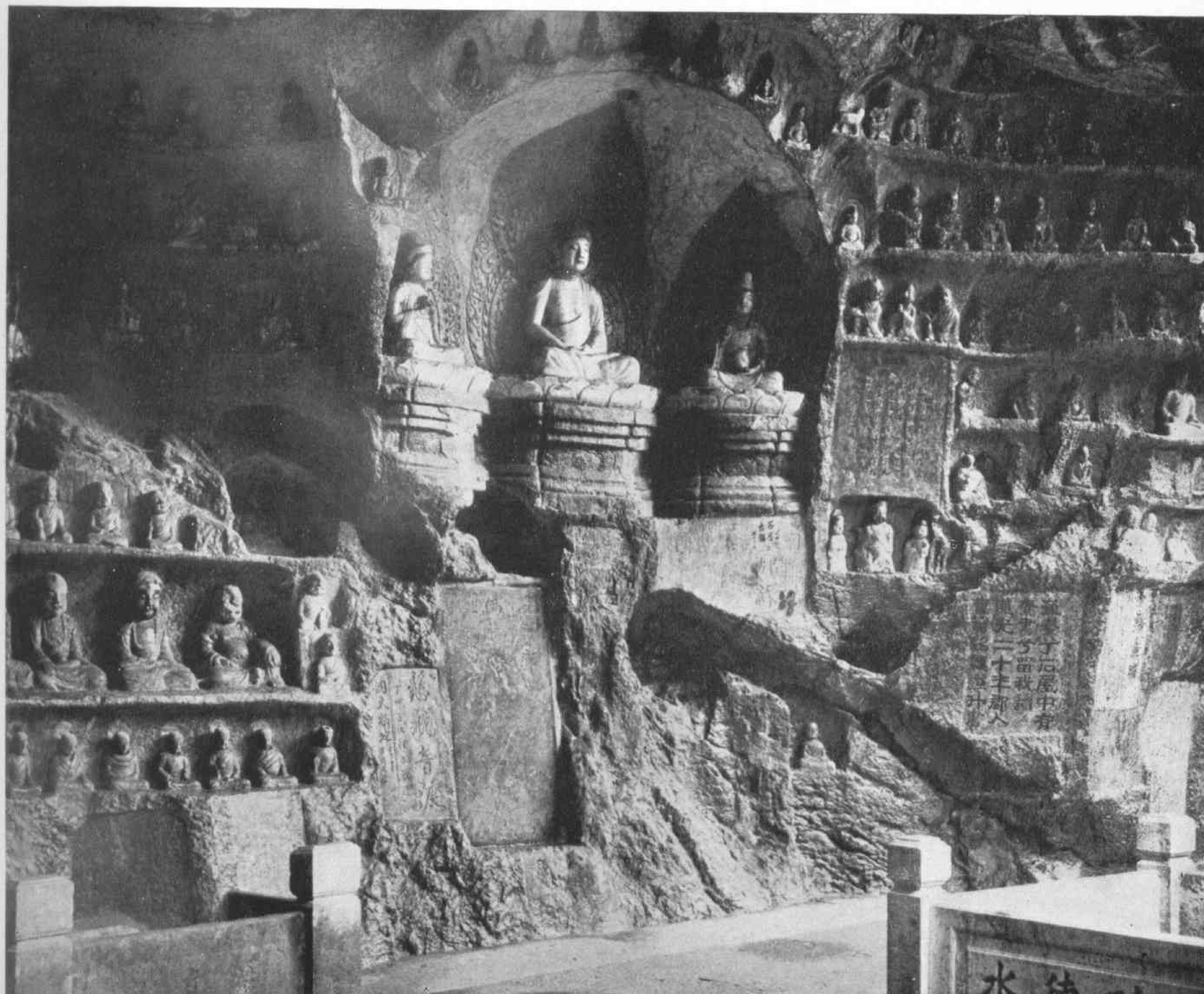
Los anales chinos cuentan que, en el siglo II antes de Jesucristo, una misión de la India fue enviada a la China, llevando allí reliquias y escrituras budistas. En cambio, ya el año 62 de nuestra Era una embajada china marchó a la India con el mismo objeto. Pronto los libros fueron traducidos, y conventos budistas fueron apareciendo en los lugares más pintorescos de la China. Monjes chinos se trasladaron en peregrinación a la India y Ceilán; conservamos los relatos de los viajes de dos de estos peregrinos chinos, uno del siglo IV y otro ya del

siglo VII. Son dos itinerarios importantísimos para la historia del budismo hasta en la India. Algunos conventos se encontraban ya desiertos, y las disputas de las sectas habían hecho posible la restauración de los antiguos cultos hinduistas. Por ejemplo, el peregrino chino del siglo VII nos dice en su itinerario que, cuando su visita, había ya en Benarés cien templos hinduistas y sólo cuatro monasterios budistas. Kapilavastu y otros lugares santos se hallaban muy descuidados y otros en completa ruina.

El budismo ha procurado a la China un cielo plástico — casi diríamos tangible — que no se encuentra en la moral ceremoniosa de Confucio. Además, el budismo introdujo en China la vida monástica, a la que pueden acogerse todos aquellos espíritus superiores que no se conforman con el círculo cerrado de la familia y el clan, donde se ahoga el individuo en la China clásica.

En el monasterio budista el hombre tiene que sujetarse a cierta disciplina, al ayuno y la oración, pero su alma está libre; el monje se halla solo en medio de sus compañeros y piensa por su cuenta, vive para él, no para antepasados ni descendientes.

Todos los que han presenciado las cere-



Interior de la Cueva de los Mil Budas, en Nangchu, China.

monias de los monasterios budistas de China y Ceilán convienen en que son en alto grado impresionantes; especialmente la que se celebra para la admisión de neófitos debe sorprender por su gravedad. El postulante, vistiendo cual de costumbre, se presenta ante el capítulo de los monjes, que están sentados sobre esteras. Por tres veces pide ser admitido, «para escapar al dolor y conseguir el Nirvana». El monje que preside ata entonces al cuello del neófito las ropas monacales y le recuerda su naturaleza mortal; éste se retira para cambiar de ropa, y al volver se hinca de rodillas delante de la comunidad y pronuncia, por tres veces, los siguientes votos: «Voy a la Orden por refugio; voy a la Ley por refugio; voy al Buda por refugio. Hago voto de no matar a ningún ser vivo; hago voto de no robar; hago voto de castidad; hago voto de no mentir; hago voto de no beber licores alcohólicos», etc. Como prenda de su admisión, el neófito recibe la escudilla con la que saldrá cada día a mendigar su comida.

El budismo llegó a tener tal arraigo en China, que en el siglo IV después de Jesucristo fue por algún tiempo la religión oficial y hasta se ordenó la quema de los libros de Confucio. De China pasó el budismo a Corea y al Japón, donde ha subsistido con relativa pureza hasta nuestros días.

Algo de los principios morales del budismo ha trascendido al Occidente. Ya mencionamos la curiosidad que despertaron los ermitaños o *sabios del bosque* a los que iban en la expedición de Alejandro. Es muy posible que éstos fueran más bien doctores de la ciencia brahmánica, pero después consta que llegaron misioneros budistas hasta Alejandría.

Sin embargo, lo más trascendental para la mentalidad europea son las ideas budistas de la renunciación y, como corolario, la fe en el estado de paz mental obtenida en las prácticas de la Ley del Justo, medio que aparta de la vida activa.

Ha habido, y existen todavía, grupos de budistas ingleses y americanos a quienes la doctrina budista ha llegado a través de textos religiosos que fueron traducidos en parte de las Pitakas, pero, sobre todo, de las lecciones que se encuentran en los poemas épicos *Ramayana* y *Mahabharata,* en los cuales los héroes, al combatir, repiten profesiones de fe budista convencidos de las bienaventuranzas que esperan por su fe, tan contraria a nuestro cristianismo práctico. Precisamente uno de los cantos de la epopeya hindú, el *Bhagavad-Gita,* lleno de espíritu del Buda, ha sido traducido a todas las lenguas y forma parte del tesoro literario de toda la Humanidad.

Cabeza de Lohan. Epoca T'ang. Granito.

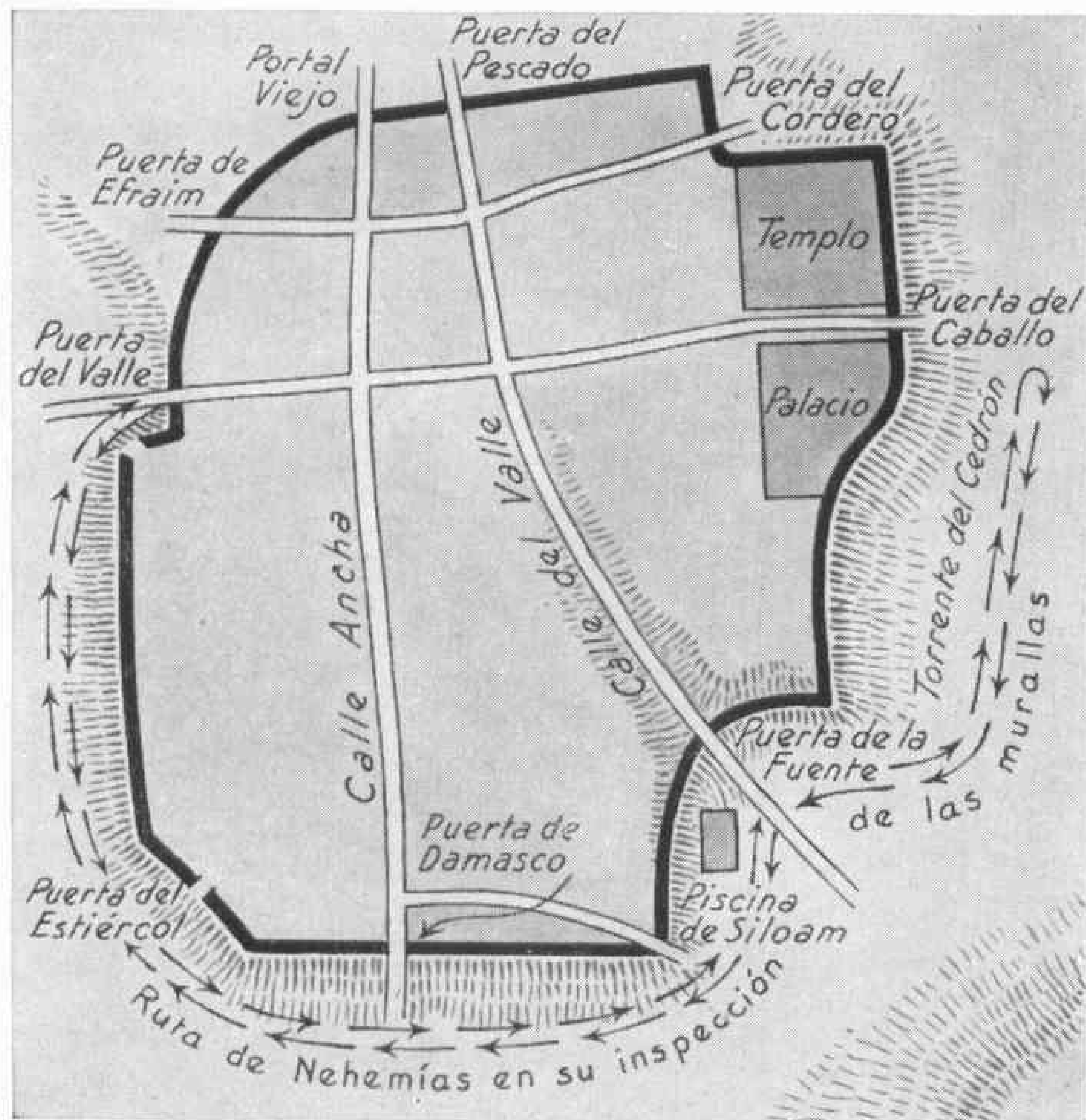




Valle de Josafat, en Jordania.

5 JUDAISMO

En el primer volumen de esta obra hemos tratado de describir las experiencias religiosas del pueblo judío hasta los días trágicos de la invasión asiria y su deportación en masa a Babilonia y otros lugares de Oriente. Esta catástrofe nacional resultó a la larga beneficiosísima, no sólo para los judíos, sino para la Humanidad entera. Las diez tribus del Norte, que formaban el reino de Israel, con capital en Samaria, probablemente fueron llevadas al confín de Armenia, y allí se desvanecieron confundiéndose con los habitantes del país. Son las llamadas «diez tribus perdidas», cuyo paradero no se ha podido localizar. Pero las dos tribus del Sur, que formaban el reino de Judá, fueron llevadas en masa a Babilonia, y allí los judíos aprendieron a vivir como un pueblo sin territorio; su rey fue Dios, y sus leyes, el Decálogo. Ni aun la raza significó tanto como la Ley; los extranjeros eran admitidos si aceptaban la Ley, que para los judíos era la Ley de Dios. Deseaban regresar a la tierra de sus abuelos para practicar allí



Plano de Jerusalén en los tiempos de Esdras y Nehemías.

la Ley sin dificultades. Desde lejos soñaban con una comunidad ideal establecida en Jerusalén, reconciliada con Jehová, que les protegería por los siglos de los siglos si procuraban satisfacerle con sacrificios y corazón contrito. Este deseo reprimido produjo una admirable literatura en la que hombres de todas las razas hallan todavía hoy una gran consolación. El sentimiento es universal; en el destierro, en la abyección, en la miseria, lo esperan todo, todo, de un agente supremo, del Dios de Israel, que ya sacó a sus padres de la tierra de Egipto.

En uno de los puntos que más habia preocupado a los judíos antes de la cautividad, esto es, en el problema del porqué los buenos sufren y los malos a veces prosperan, se dio también un gran paso. La explicación antigua era que Dios castiga los pecados hasta la cuarta generación. Pero Ezequiel, el profeta de la cautividad, escribe así: «¿Qué es lo que pensáis cuando oís repetir este viejo refrán: Los padres comieron uvas verdes y los hijos tienen mal de dientes? — Por mi vida, dice el Señor, que ya no tendréis que escuchar más este refrán en Israel.— Todas las almas son mías, tanto el alma del padre como la del hijo. — El alma del que pecare, ésa morirá; pero el que fuere justo e hiciere justicia... ése vivirá, dice el Señor Jehová. — Mas si engendrare hijo ladrón, derramador de sangre, ¿vivirá éste? No vivirá; de cierto morirá, su sangre será sobre él. — Pero si éste engendrare hijo, el cual viere todos los pecados que su padre hizo, y viéndolos, no obrare según ellos... éste no morirá.» Ezequiel pone ejemplos en tres generaciones: el abuelo, justo, el hijo malo y el nieto justo, cada uno de los cuales recibe, según su conducta propia, la vida o la muerte. Cada cual es recompensado por sus virtudes o castigado por sus culpas. La justicia aparece, por tanto, como condición esencial para entrar en el reino futuro. Los pecados que producen la muerte no son transgresiones de la liturgia, sino idolatría, fornicación, opresión, usura, latrocinio, es decir, cosas toleradas y hasta admiradas por otros pueblos de la antigüedad. Además, Ezequiel, como todos los judíos en el destierro, soñaba en la restauración del templo de Jerusalén y nos dio en su libro una descripción imaginaria, mezclando algo de lo que se recordaba que había sido el santuario antes de la destrucción con algo de lo que debía ser en el tiempo futuro. El Señor se apareció a Ezequiel como un arquitecto, con el cordel y la vara de medir. Ezequiel cuenta así al empezar su visión del templo restaurado, con un príncipe y los sacerdotes: «Era el año veinticinco de nuestra cautividad...»

Con esto ya basta para comprender la alegría de los judíos de Babilonia al ver entrar en la gran metrópoli de Oriente a Ciro, rey de los persas, y enemigo lo mismo de Asiria que de Egipto. Estas dos naciones, que habían aplastado a Israel como el grano entre dos muelas de molino, iban a ser ahora castigadas por los persas. Más aún, Ciro consentía que los judíos regresaran a Palestina y hasta les autorizaba para reconstruir su templo nacional de Jerusalén. El

primero que partió de Babilonia, en 536, fue un noble llamado Zorobabel, acompañado de cuarenta mil familias. Llevaban consigo sacerdotes, e inmediatamente procedieron a levantar un modesto santuario sobre las ruinas del antiguo Templo.

En seguida empezaron las dificultades sobre la manera de relacionarse con los pueblos vecinos. Los peores no fueron los extranjeros que se habían establecido en Palestina durante la ausencia de los judíos, sino los samaritanos, mezcla de los pocos judíos que quedaron en el país cuando la deportación por los asirios. Recordemos que los samaritanos eran descendientes de judíos, y parece muy natural que quisieran reunirse con los recién llegados a Jerusalén, que pertenecían a las tribus de Judá y Benjamín. Los samaritanos aparentaban transigir, deseando aceptar el templo de Jerusalén como santuario único de toda la raza. Juzgaban que los israelitas, escarmentados con la cautividad, debían procurar juntos su salvación. Pero Zorobabel comprendió que los samaritanos, que antes de la deportación se habían ya apartado de Jehová, le serían más infieles todavía entonces y prefirió conservar la integridad del grupo de fieles de Jerusalén. Esta decisión de Zorobabel fue de gran trascendencia para el pueblo judío; le confirmó en su aislamiento y le dio una regla de conducta para evitar la contaminación a través de los siglos, que todavía dura.

Los descendientes de Ciro continuaron su política liberal para con los pueblos que habían sido oprimidos por los asirios, y nuevas bandas de judíos regresaron a Jerusalén.



El pozo de Jacob y de la Samaritana, en la llanura de Lubban, Jordania.



Jerusalén. La puerta llamada de Damasco, con las murallas construidas por Saladino.

El segundo contingente partió de Babilonia el año 457 antes de Jesucristo. Lo componían sólo mil ochocientas personas y llevaba como jefe a un sacerdote y escriba, descendiente de Aarón, llamado Esdras. La Biblia no nos habla de la juventud y educación de Esdras, pero la tradición judía señala un lugar del llano de Babilonia donde había tenido su escuela antes de partir para Jerusalén.

Esdras emprendió una gran reforma religiosa en el judaísmo; la historia anterior de Israel viene a ser como un fondo ideal sobre el que Esdras estableció su Estado teocrático, basado en una minuciosa interpretación de la Ley.

Pero es dudoso que Esdras hubiese conseguido su propósito sin el apoyo de Nehemías, que llegó con otro contingente trece años después. Nehemías no era un doctor como Esdras, sino un prócer, que había sido distinguido con el cargo de copero real por Artajerjes. Llegó provisto de decretos redactados en su favor para el sátrapa o gobernador persa que residía en Samaria. El Libro de Nehemías, en la Biblia, describe minuciosamente la obra de restauración.

He aquí cómo cuenta Nehemías su dramática inspección de las murallas: «Después que hube llegado a Jerusalén, descansé tres días. Al tercero, por la noche, salí con unos pocos, sin decir a nadie lo que Dios me había puesto en el corazón. Mis compañeros iban a pie, sólo yo iba montado. Y salimos de noche por la puerta del Valle, pasamos por delante del pozo del Dragón y la puerta del Estiércol, examinando las murallas que estaban caídas, y las puertas, consumidas por el fuego. Así llegamos hasta la puerta de la Fuente y la piscina de Siloé, pero allí no había lugar para mi caballo. De manera que seguimos por el torrente, vimos las murallas de aquel lado y retrocedimos, para entrar por la puerta del Valle. Pero ni los nobles ni los sacerdotes supieron adónde había ido ni lo que había hecho.» En este patético episodio percibimos el dolor con que la pequeña patrulla silencio-

sa de judíos recién llegados miraban las derruidas murallas, que se les aparecían aquí y allá, entre los escombros, a la luz de la Luna, y veían desde el valle del Cedrón la silueta desolada de la colina donde estuvo el Templo que el mismo Jehová había santificado con su presencia.

Nehemías probó con su energía y genio organizador que realmente era digno del cargo de copero que tenía cerca del Gran Rey. Restauró las murallas, organizó el gobierno y regresó después a Susa, para continuar ejerciendo en la corte su importante cargo; pero pronto nuevas dificultades, principalmente disputas entre los propios judíos, le obligaron a volver a Jerusalén para restablecer la disciplina, esta vez con severos castigos. No se sabe dónde murió Nehemías, ni tampoco Esdras, pero sí que ambos leyeron solemnemente al pueblo la ley de Moisés en el espacio que quedaba libre en el valle del Cedrón, fuera de la puerta de la Fuente. Los judíos allí congregados hicieron cinco votos, que mantienen todavía: 1.°, observar la ley mosaica; 2.°, no mezclarse con los gentiles; 3.°, no traficar en sábado y observar el año sabático; 4.°, satisfacer una limosna para el servicio del Templo; 5.°, entregar diezmos y primicias, o sea, el décimo de la cosecha y los primeros frutos de cada año.

Estas cinco promesas, que parecen simplicísimas, tenían que originar grandes calamidades a los judíos. Por lo pronto, observar la ley mosaica no era cosa fácil si se quería vivir en buena armonía con los vecinos. Las órdenes de abstenerse de ciertas comidas (apio, cerdo, liebre, langosta, etc.) son fáciles de observar si uno no se mueve de su casa. Los judíos podían y pueden todavía invitar a un extranjero, pero era y es casi imposible para ellos comer en casa de un extraño.

La ley mosaica establece asimismo que no se comerá carne que esté sangrando, lo cual obliga a tomar medidas y precauciones extremas en el matadero. No se puede tampoco comer carne de una res que se haya ahogado, ni que tenga alguna lacra en las entrañas, y tanta atención hay que poner en estos detalles, que todavía hoy la matanza de animales es uno de los servicios a que atienden los rabinos. Lo mismo podríamos decir de los manjares en que entra leche o manteca, de los días en que se debe comer de prisa o comer de pie, de los ayunos, etc.

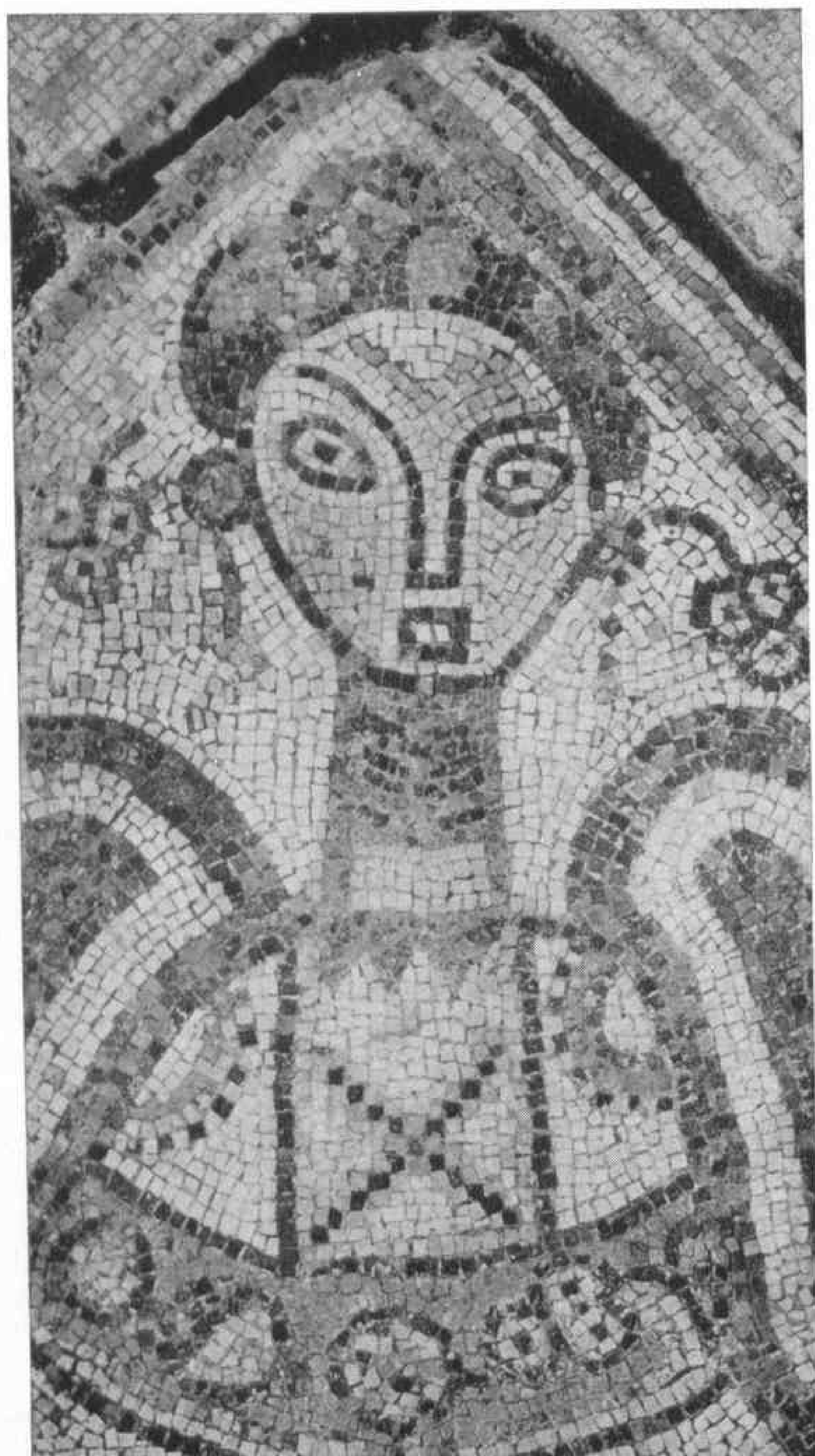
Jerusalén. Puerta llamada de los Leones y un trozo de las murallas.



Claro que todas estas prácticas contribuían a robustecer el sentimiento de la unidad nacional, pero en cambio debían irritar a los extraños que llegaban a ponerse en contacto con los judíos. Aquella pequeña nación, cuyo territorio podía divisarse entero desde la colina de Jerusalén, parecía querer distanciarse de todos con un molesto orgullo de pueblo escogido.

Cumplir estrictamente el sábado implicaba también no pocas dificultades. No sólo estaba prohibido comprar y vender en sábado, sino también pagar deudas, viajar y encender fuego... Se contaron treinta y nueve infracciones principales del sábado, con treinta y nueve restricciones para cada infracción, lo que hace un total de 1.521 prohibiciones. Por ejemplo, la infracción de *sembrar* incluye treinta y nueve restricciones, que son plantar árboles, podar, injertar, etc. *Espigar*, como hicieron los discípulos de Jesús en sábado, era una de las treinta y nueve restricciones incluidas en la prohibición de *cosechar*.

Mosaico de la sinagoga de Beth-Alpha, en Galilea, representando el verano.



Por otro lado, el sábado no era un día de penitencia, sino de fiesta y alegría. Esdras y Nehemías leyeron la Ley un sábado y después despidieron al pueblo diciendo: «Id y comed vuestras mejores viandas, y bebed del mejor vino; dad una porción a los que no tienen, porque este día es un día santo, no de duelo.» Ya era más difícil decidir si había que curar en sábado, y si se podía pelear el sábado en defensa propia. Sobre esto había diferentes opiniones; los fariseos no aprueban las palabras de Jesús, pero tampoco le contradicen cuando declara que él tiene facultad para sanar en sábado al enfermo de hidropesía, como ellos para sacar del hoyo a una bestia que en él haya caído. Rabí Ismael encontró la confirmación de esta tendencia en el mismo Levítico. Allí se dice que «el hombre vive por la Ley», no dice que muere por la Ley. Durante la persecución de Adriano, los rabinos reunidos en la asamblea de Lyda decidieron que, en caso de vida o muerte, el judío podía transgredir las prohibiciones del sábado, excepto para cometer «idolatría, incesto o muerte». Pero sólo era en casos en que peligraba la vida del interesado, pues en condiciones normales las 1.521 prohibiciones regían con toda su fuerza.

También fue a menudo motivo de agravio para los pueblos vecinos la prohibición de mezclarse con los gentiles. Los proverbios de la Biblia no cesan de prevenir contra el encanto de la mujer extranjera, y una de las más importantes prohibiciones de la Ley era tomarla por esposa, pero el antiguo fervor había decaído. Ya Esdras tuvo que prohibir los matrimonios mixtos, y en una asamblea general del pueblo se decretó que los israelitas que habían tomado mujeres extranjeras las repudiasen. Muchas espo-



Mosaico del Zodíaco, con la cuadriga del Sol en el centro, en el pavimento de la sinagoga de Beth-Alpha.

sas, entre ellas la de un hijo del sumo sacerdote, fueron devueltas a sus padres, sin otra razón que la de no ser judías, por orden de Nehemías. Y esta misma devolución en masa de mujeres extranjeras se repitió en todos los momentos en que la piedad nacional se hacía más intensa.

El cuarto y quinto votos, de la limosna y los diezmos para el servicio del templo, debía despertar la codicia de los vecinos. Grandes cantidades se acumulaban en el tesoro del templo con lo que mandaban los judíos que todavía residían en Babilonia y en otros lugares de Oriente. Estos desterrados eran acaso más celosos, y ciertamente más ricos, que los que habían regresado a Jerusalén, y como no podían prestar tributo personal al Dios de sus abuelos, le enviaban cada año limosnas abundantes.

Dados estos antecedentes, se comprende que el pueblo judío tendría que sufrir persecuciones; para resistirlas, contaba sólo con su fe y su compacta organización. El pequeño Estado judío se gobernaba por un se-

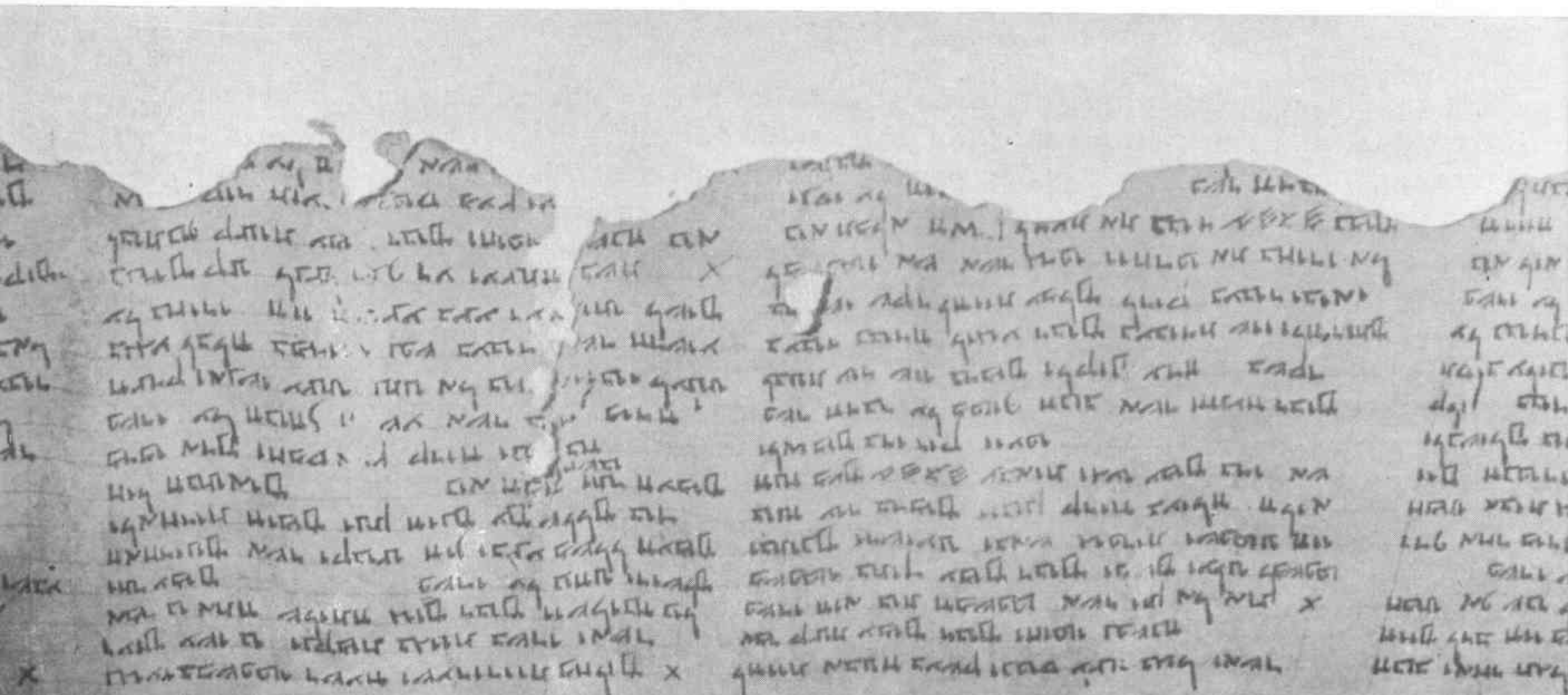
nado religioso y tenía un ejército de unos quinientos hombres de la tribu de Judá y mil de la de Benjamín. Mientras subsistió el Imperio persa, los sátrapas toleraron la autonomía de este gobierno republicano a cambio de una soberanía nominal y un tributo. Este estado de cosas continuó en el reinado de Alejandro. Parece que éste se dio cuenta de que en el santuario de Jerusalén había algo más respetable que en otros templos llenos de imágenes grotescas. Los judíos conservan la tradición de que muchos de ellos siguieron al gran conquistador macedonio en su expedición al centro del Asia.

A la muerte de Alejandro pasó la Palestina a ser feudo de los Tolomeos. Una gran colonia de judíos apareció desde el primer momento en Alejandría, sin que sepamos el cómo y el porqué de su traslación a la nueva capital de Egipto. Sabido es que antes habían existido pequeños grupos de judíos esparcidos por el valle del Nilo, pero en Alejandría los judíos ocupaban dos barrios de los cinco en que estaba dividida la población. Desde este momento el judaísmo tuvo, además de sus centros tradicionales en Babilonia y Jerusalén, un tercer foco en Alejandría. Cada uno de estos tres núcleos llevó al judaísmo su contribución peculiar.

El primer grupo, es decir, el de los judíos de Babilonia, sin contaminarse de las religiones asiáticas, prestó más atención a las ideas de ángeles y demonios, que ya estaban en la Biblia, pero que tenían extrema importancia para los asirios y los persas. En Babilonia desarrollaron los judíos su literatura apocalíptica, en la cual nos introduce el Libro de Daniel, y cuyas producciones debían multiplicarse en el transcurso de los dos primeros siglos antes de Jesucristo o como también en el primer siglo de la Era cristiana.

El segundo grupo, el de los judíos de Jerusalén, siguió comentando e interpretando la Ley con esa extraña mezcla de meticulosidad fastidiosa, salpicada de relámpagos de amor, que es característica todavía de la sinagoga. Tal era la seguridad de que la Ley era la Ley de Dios, que se llegó a decir que «el que no es idólatra seguirá la Ley», o lo que es lo mismo, el que no es idólatra es judío aun sin darse cuenta. De aquí que se procurara convencer de esto a *todas las criaturas*. La ley no era privilegio exclusivo de los judíos; Dios se la había dado a ellos para que la guardaran, pero se la dio en el desierto, como indicando que no era la Ley de las gentes de una región determinada.

Fragmento de los célebres manuscritos del mar Muerto con textos bíblicos.





Vista aérea del río Jordán y sus meandros.

Ahora bien, siendo ésta la Ley de Dios, ¿por qué no la seguían naturalmente los demás pueblos? Porque habían perdido toda noción del bien y del mal. He aquí lo que cuenta el Talmud: «Dios fue a los hijos de Esaú (que vivían en Transjordania) y les dijo: —¿Queréis la Ley?—Ellos dijeron: —¿Qué dice la Ley?—Dios respondió: —La Ley dice que no matarás.—Entonces —contestaron los hijos de Esaú—no podemos seguirla, porque nuestro padre nos enseñó que viviéramos por la espada.» Dios ofreció después la Ley a los hijos de Amón, pero éstos no pudieron aceptar el mandato de no cometer adulterio. Luego la ofreció a los hijos de Ismael, o árabes, que no pudieron comprometerse a vivir sin robar, y así, por una u otra razón, se excusaron todos los pueblos de la tierra, excepto los judíos, que aceptaron la Ley sin reservas.

Mientras los judíos de Babilonia prolongaban la Ley, por decirlo así, fraguando los temas apocalípticos de *la gran desolación* con las profecías de las pruebas finales de la Humanidad; mientras los de Jerusalén alambicaban un sentido más espiritual de la Ley, los judíos de Alejandría daban el gran paso para hacer la Ley universal, traduciéndola a la lengua griega. La tradición dice que la iniciativa de traducir la Biblia del arameo al griego partió del segundo Tolomeo, gran protector de las artes y las ciencias. Asegura la leyenda que Tolomeo Filadelfo envió una carta al sumo sacerdote de Jerusalén pidiéndole doctores capaces de traducir la Ley y los demás libros canónicos. El gran sacerdote Eleazar, continúa la leyenda, escogió setenta y dos doctores, seis para cada tribu, quienes pasaron a Egipto y cumplieron su encargo en breve tiempo. Esta es la explicación tradicional de la primera versión griega de la Biblia, que llama-



Moneda de Antíoco Epífanes.



Moneda de Simón Macabeo.



Moneda de Juan Hircano.

mos *de los Setenta,* aunque, en rigor, debería ser llamada, si esto fuera verdad, *de los Setenta y dos.* Más tarde se embelleció el relato suponiendo que los traductores habían trabajado independientemente unos de otros, recibiendo la misma inspiración; pero desde muy antiguo se han puesto en duda los detalles de esta historia de los setenta o setenta y dos, aunque no aparece tampoco por ningún lado otra explicación más satisfactoria. Lo positivo es que la Biblia alejandrina se viene citando desde el siglo segundo antes de Jesucristo y de ella toman generalmente sus textos los primeros escritores, y hasta a veces los Evangelios.

Pero la más importante consecuencia del trato íntimo de griegos y judíos en Alejandría no fue que los griegos pudieran leer y apreciar los textos judaicos, sino que los judíos leyeran y apreciaran a los filósofos griegos. Claro está que la helenización del Asia fue una de las consecuencias de las campañas de Alejandro, y el fervor por las cosas griegas se dejó sentir también en Palestina, pero esta moda no trascendió en Jerusalén a la interpretación de la Ley, como hubo de ocurrir entre los judíos de Alejandría.

A la larga la escuela de Alejandría produjo la extraña filosofía del llamado Filón Hebreo, mixta de platonismo y de judaísmo. Filón vivió en los primeros años de la Era cristiana; en el segundo volumen de esta obra aparece como el decano y portavoz en una embajada que los judíos de Alejandría enviaron a Roma para obtener justicia del emperador Calígula. San Jerónimo nos dice que Filón era de familia sacerdotal, y por otra fuente sabemos que su hermano desempeñaba un cargo importante en la administración de Egipto. Su cultura es esencialmente griega; cita a los filósofos clásicos con gran precisión, pero insiste siempre en que él es judío y sólo en la Ley se halla la mejor filosofía. Para él la Ley mosaica es la suma expresión de la Ley de Dios. Es la revelada, divina, y nada hay en ella, o sea en los cinco primeros libros de la Biblia, que no tenga un sentido religioso, y así encuentra profundas lecciones de filosofía en las simples historias de los patriarcas. Todo lo que dijeron los filósofos griegos estaba ya dicho, y mejor dicho, por Moisés. Es más; según Filón, los filósofos griegos debieron de aprender, de un modo u otro, su ciencia de la tradición judía.

Las fantásticas ideas de Filón, referentes a la dependencia de la filosofía griega de la Ley mosaica, no merecerían que nos detuviéramos a recordarlas si él, para probarlas, no hubiese tenido que valerse de un vocabulario griego y científico que fue más tarde aprovechado por el cristianismo. La palabra *Logos,* o *Verbo,* procede naturalmente de Heráclito y de Platón, pero por intermedio de Filón adquirió un sentido particular en el judaísmo. De acuerdo con Heráclito y los neoplatónicos, insiste Filón en que Dios es una esencia absolutamente desprovista de

cualidad. Dios no puede ser grande, porque no es grande ni pequeño, no es bello, no es puro... Toda cualidad tiene sus limitaciones, sus más y sus menos. Dios es eterno, y al aplicarle una cualidad, lo reducimos a nuestra esfera de finitud. De Dios sólo puede decirse con precisión lo que dice la Biblia, que Dios es *el que es*. Por esto se hace necesario el intermediario o intermediarios. Dios dispone de una infinita serie de ideas divinas, que Filón llama *Logos*, o con el plural *Logoi*. Todas estas ideas divinas están comprendidas en otra más alta y general que las encierra todas y que Filón llama *el Logos* o *Verbo* de Dios. Este es intermediario entre Dios y el mundo, el hijo primogénito de Dios; por él se creó el mundo, y sin ser distinto de Dios, sin ser otro Dios, el Verbo es también Dios.

¡Cuán familiares nos son estas ideas! Sobre todo, ¡cuán familiares nos son estos vocablos técnicos para las personas divinas! Empero, ¡qué diferencia en su contenido doctrinal! Para Filón, el *Logos* es siempre un ser intermediario; en la doctrina católica el *Logos* es realmente Dios. De todos modos, si no fue él el primero en emplearla, uno de los más interesantes desenvolvimientos de esta idea se lo debemos a Filón, el judío místico de Alejandría, de quien se burlaba Calígula en Roma el año 40 después de Jesucristo. Pero hora es ya de que continuemos la historia de los judíos instalados en Jerusalén. Al declinar el poder de los Tolomeos, Palestina fue conquistada el año 24 antes de Jesucristo, por el rey de Siria Antíoco III, llamado *el Grande*. Durante algún tiempo respetó éste a los judíos, pero habiendo tomado bajo su protección al general cartaginés Aníbal, los romanos Publio y Lucio Escipión lo derrotaron en la batalla de Magnesia, obligándole a pagar tres mil talentos al firmar la paz, y otros mil talentos cada año, por espacio de doce. Se comprenderá que desde entonces peligrara la comunidad de Jerusalén, que tenía fama de ser rica.

Antíoco el Grande fue asesinado al saquear el tesoro del templo de Elymais, en Siria. Su hijo Seleuco envió un general para que hiciera lo propio en Jerusalén, pero según refiere el libro de los Macabeos, fue arrojado del lugar santo por un ángel a caballo y con una armadura de oro. Sin embargo, la contribución de guerra impuesta por los romanos debió de exasperar a los reyes de Siria hasta el punto de hacerles cometer toda clase de sacrilegios. Por esto el hijo de Antíoco el Grande llamado Antíoco Epífanes, entró dos veces en Jerusalén, despojó al templo de sus tesoros y acometió la desesperada empresa de desnaturalizar a los judíos. Prohibió que éstos observaran el sábado y la práctica de la circuncisión, y los que se empeñaban en desobedecer, sufrían pena de muerte. Muchos judíos murieron por no querer comer carne de cerdo o sacrificar a los falsos dioses.

Llevados a la exasperación, algunos valientes organizaron la resistencia. La rebelión empezó en el pequeño pueblo de Modín, al nordeste de Jerusalén. Allí se había refugiado el sacerdote Matatías con sus cinco hijos, los famosos Macabeos. Matatías no

Actual sacerdote samaritano con el rollo del Pentateuco o ley mosaica.



pudo hacer más que desmoralizar a los sirios con una lucha de guerrillas, pero de todos modos, al morir él, sus hijos se sentían bastante seguros en Modín para hacerle un gran funeral. Los dos hijos mayores, Judas y Jonatás, continuaron la campaña contra sus enemigos, que eran, naturalmente, el gobernador sirio de Jerusalén y los samaritanos.

Los tiempos no podían ser más favorables para los Macabeos. Egipto, en manos de los últimos y degenerados Tolomeos, no ofrecía ya peligro; así no había que temer ya del secular enemigo de Palestina por la parte del desierto. En cuanto a Siria, los romanos hacían todo lo posible para que recobrase su posición predominante en Asia. Así es que, con varias alternativas de ganarlo y perderlo todo, los Macabeos, por fin, recobraron a Jerusalén y hasta conquistaron parte de Fenicia y tierras del otro lado del Jordán. Los reyes de Siria tuvieron que reconocer su incapacidad de dominar la Palestina, y, en un momento de apuro, vendieron sus derechos de soberanía por trescientos talentos de oro. Más aún, el último de los hijos de Matatías, llamado Simón, que ya era sumo sacerdote, fue nombrado jefe del ejército el año 140 antes de Jesucristo. El año 138, Simón acuñó las primeras monedas judías que ostentan una palmera y la inscripción: «Santa Jerusalén.» Simón es el primero, pues, de una dinastía de príncipes judíos que gobernaron en Palestina hasta la ocupación romana. A Simón sucede su hijo Juan, mejor guerrero que su padre; a éste, Judas, que se llama en las monedas: «Judas, sumo sacerdote y unificador de lo judíos.» A Judas sigue su hermano Alejandro Jonás, a quien, como dejara hijos menores de edad, le sucedió su viuda Alejandra, que gobernó nueve años y acuñó moneda como reina.

Interior de una sinagoga de Jerusalén en la época actual.



A la muerte de Alejandra, sus dos hijos, Hircano y Aristóbulo, se disputaron el poder. Hircano era el más débil y renunció a sus derechos en favor de su hermano. Pero Jerusalén estaba dividida en dos bandos, que allí tenían que ser principalmente dos escuelas de interpretación de la Ley, saduceos y fariseos, y pronto Hircano se vio obligado a tomar partido por unos u otros y empezó otra guerra civil. El que se aprovechó a la larga de estas discordias fue el árabe Antípater, un aventurero consejero de Hircano. Pompeyo, que se encontraba entonces reorganizando el Oriente, actuó como árbitro en la querella de los dos príncipes judíos, y, cortando por lo sano, envió a Aristóbulo con su familia a Roma y dejó a Hircano en Palestina, vigilado por Antípater, agente de los romanos. Imposible detallar las querellas que ocasionó este arreglo. Los hijos de Aristóbulo, primero, y este mismo, después, se escaparon de Roma y renovaron la lucha contra Hircano.

Todo tendía a hacer más necesario a Antípater, que, a pesar de todas sus traiciones, se mantenía por lo menos fiel a los romanos. He aquí, pues, el origen de su poder y, sobre todo, del de su hijo, el famoso Herodes, amigo personal de Antonio y después de Augusto, que contaron siempre



Paisaje de Samaria, centro que fue del llamado Reino del Norte.

con él como un perro de presa. Herodes es una de las personalidades más fuertes de la época. Impío, cruel, sensual, valiente y apasionado, la historia de su larga vida es una tragedia de sangre y escándalo. Estaba casado con Mariana, nieta de Aristóbulo, y tenía, además, otras esposas. En su castillo de Makerus, en pleno desierto, se cometieron toda clase de violencias entre padres e hijos, maridos, mujeres y amantes... Pero Herodes era fastuoso como buen oriental, y sólo por vanidad reconstruía con magnificencia a Samaria y enriquecía con nuevos pórticos el templo de Jerusalén. ¡Qué hubieran dicho Esdras y Nehemías si hubiesen podido ver tal profanación!

Por esto los espíritus sinceros buscaron su refugio en la Ley. ¡Cuán consoladoras aquellas palabras santas que el mismo Dios había dictado! Hilel, el gran doctor de esta época, repetía: «Sed discípulos de Aarón, amad la paz, buscad la paz, amad a los hombres y traedlos a la Ley.» Su discípulo Gamaniel añadía: «El mundo subsiste por tres cosas: justicia, verdad y paz.» De Dios se decía: «Haced su voluntad como si fuera vuestra voluntad, y El hará vuestra voluntad como si fuera la suya.» Otro rabino pronunciaba estas palabras, que parecen cristianas: «El día es corto y la faena larga, los obreros lentos y la recompensa grande...»

Pero ni aun cerca de la Ley había paz. Varias escuelas de interpretación de la Ley disputaban sin cesar, aprovechándose de la terrible marejada política y de las rivalida-

des de los príncipes judíos. El Evangelio nos ha familiarizado con los fariseos y saduceos, pero había otros grupos o sectas en el judaísmo al comenzar la Era cristiana. El lector curioso preguntará: ¿Qué representaban estas sectas, cuáles eran sus credos y en qué consistían sus disputas? La capital diferencia entre fariseos y saduceos consistía en saber si la Ley debía ser interpretada literalmente o si podían entenderse los textos con un sentido místico y alegórico. Los fariseos, para dar autoridad a su nueva interpretación, decían que desde Moisés se conservaba una tradición oral que estaba de acuerdo con su sentido. Moisés la había comunicado a Josué, éste a los ancianos de las tribus, los ancianos a los profetas y los profetas a los sacerdotes... Basados en esta tradición, los fariseos insistían en la resurrección de la carne, pero sólo para los buenos. En política, los fariseos eran partidarios de lo que hoy llamaríamos separación de la Iglesia y el Estado, para que la política no se entremetiera en las cosas del dogma y se evitaran escándalos en el templo. Hoy los fariseos serían probablemente puritanos.

El nombre de saduceos viene probablemente del gran sacerdote Sadok, de los tiempos del rey Salomón. Consideraban el templo como una institución política de cuyos beneficios eran ellos los primeros en participar. No creían en la *tradición* de los fariseos para interpretar la Ley, y como dice el Evangelio de San Marcos, los saduceos afirmaban que no hay resurrección. Sentían más su política sacerdotal, ávida de poder, que los grandes ideales religiosos que animaban al pueblo de Israel.

Que ninguno de estos dos partidos satisfacía a las almas sedientas de verdad y de justicia, lo vemos claro en los Evangelios; por esto en el judaísmo existían otras sectas más espirituales, y algunos se habían retirado de la vida activa para reunirse en comunidades, a fin de no participar de las miserias de este mundo. Filón nos habla de grupos de anacoretas judíos que vivían en celdas separadas, cerca de Alejandría; se llamaban a sí mismos *terapeutas*, que quiere decir: médicos de sus almas. Se reunían sólo los sábados en un santuario común; después de leer la Ley, comían juntos pan con sal y danzaban y bebían hasta el amanecer, para más honrar a Dios. Filón llama a esto *una bacanal espiritual*...

Otros ascetas que también se habían apartado, en Palestina, para vivir en soledad, eran los esenios. Tanto Filón como Josefo hablan de ellos con gran admiración. He aquí unas palabras de Filón:

«Los esenios han dejado las disputas de la lógica para los habladores y la física para los astrólogos. Consideran ambas ramas de la filosofía demasiado elevadas para la inteligencia humana, pero en la ética insisten en estudiar la Ley, cuyo sentido es posible descubrir con divina inspiración.»

Los esenios comían juntos y en silencio, absteniéndose del aceite y de otras cosas. Creían en la inmortalidad del alma y en un paraíso que estaría más allá del Océano. ¿Qué misterio se esconde en esta secta, de la que recientemente se han hallado, en Palestina, cuidadosamente preservados, textos del siglo I antes de J. C., tan cercanos al cristianismo?

Pero otros espíritus no necesitaban ir tan lejos ni rodearse de desiertos para encontrar a Dios. *El que es* está por encima de toda interpretación y toda disputa.

Podrá discutirse la manera de guardar el sábado, pero no hay discusión posible para las almas piadosas sobre el primer mandamiento de la Ley: «Amarás al Señor con toda tu alma.»

Cuentan que al morir martirizado, en una de las persecuciones del primer siglo, el gran rabino Akiba, se le vio sonreír, manifestando gran placer. El verdugo le preguntó si era brujo o poseía algún sortilegio para evitar el dolor. «Cálmate —le dijo Akiba—, no soy brujo ni haré alarde de no sufrir, porque esto sería también vanidad y pecado, pero ¿cómo quieres que no esté contento si me he pasado los años repitiendo: —Te amaré, Señor, con toda mi alma, por toda mi vida—, y de que yo ama-

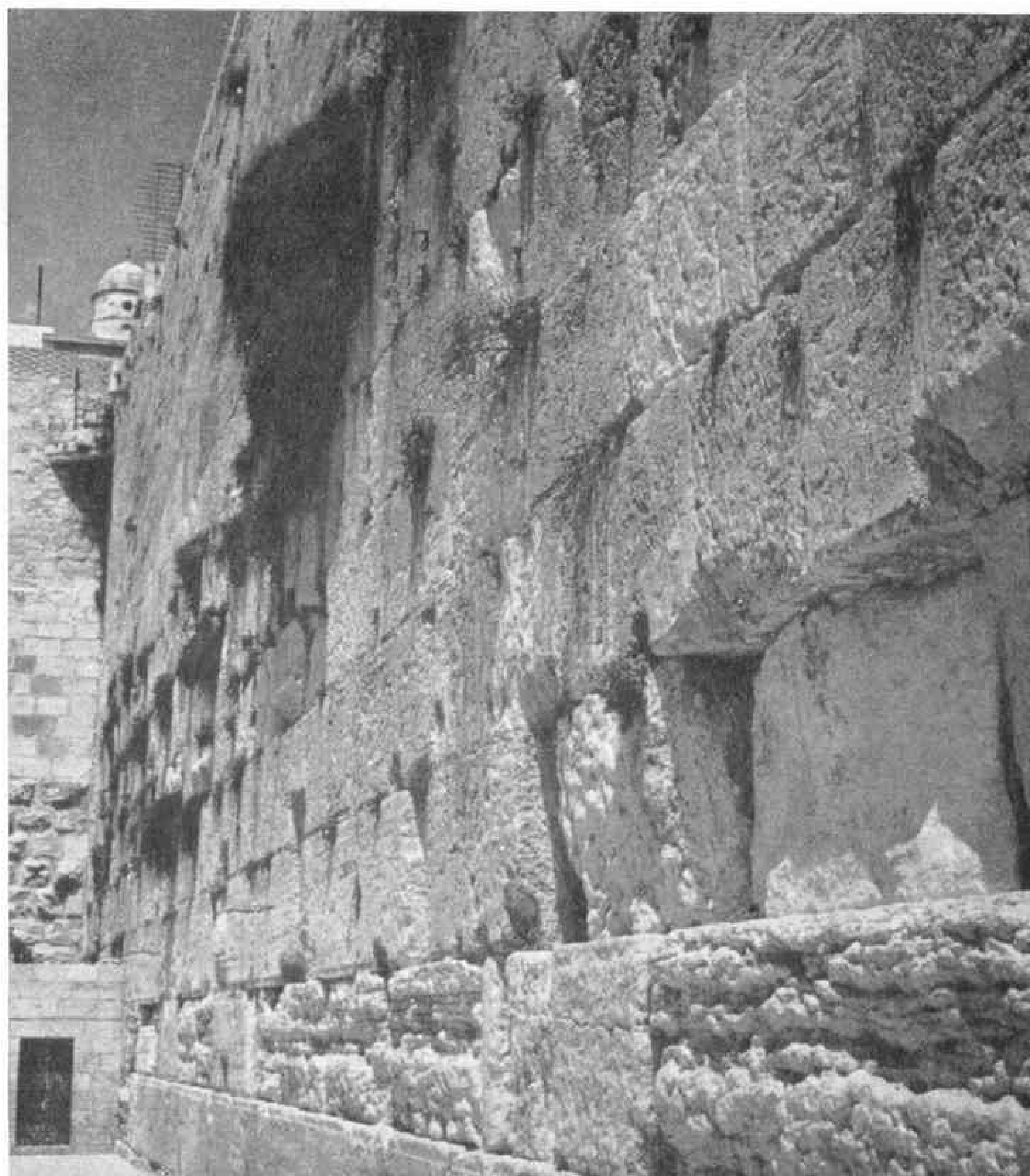
ba al Señor con toda mi alma, no hay duda, pero que le amé por toda mi vida no he podido decirlo hasta ahora, pues que es ésta la hora de mi muerte?»

La destrucción del Templo y las persecuciones dispersaron a los judíos por las tierras del Mediterráneo. Muchos de ellos se instalaron en el norte de Africa y en España. Las actas de los Concilios de Toledo contienen disposiciones que parecen crueles para obligar a los judíos a convertirse. Estas y otras restricciones en casi todos los países donde fueron a instalarse, motivaron nuevas emigraciones. En la Edad Media muchos judíos fueron retirándose de las naciones del Occidente para formar grandes colonias en el centro y el norte de Europa. En algunas regiones de la Europa Central, los judíos son todavía mayoría, pero se mantienen apartados de las poblaciones que los habían recibido y tolerado. La sociedad judía forma grupo aparte, con un centro ideal en Jerusalén. Esta Jerusalén con que sueñan y para la que viven los judíos no puede darles más que esperanzas, pero nada concreto y real. No es la Jerusalén de sus mayores, ni la Jerusalén actual en Palestina, sino una ciudad ideal como un espejismo del futuro, que entrevén entre las líneas de la Thora. Leen y releen el texto de la Ley, satisfaciéndose con sutiles comentarios. Cumpliendo estrictamente no sólo las prácticas establecidas por la Ley, sino también otras que acumularon durante los años de emigración y persecuciones, los judíos encuentran un placer sin límites que les hace olvidar todos los demás beneficios y ventajas de la vida moderna que se agita a su alrededor. Son judíos y nada más. Para evitar atropellos de gentiles, a principios del siglo xv los judíos fueron acorralados en barrios con murallas para protegerlos. Fueron los *ghettos* de toda Europa, formados por callejuelas estrechas, y por lo general sucias, donde los judíos quedaban libres de practicar sus ritos y ceremonias. Algunos no carecen de dignidad y belleza. Todavía hoy el verdadero judío no hace nada sin reconocer previamente la parte que en todo acto corresponde a la divinidad. Cuando bebe un vaso de agua o de vino, o cuando aspira el aroma de una flor, el judío recita una jaculatoria poética o piadosa.

Al llegar aquí, en presencia de esta nación dispersa, contumaz en sus maneras, algunas absurdas y poco semejantes a las de los occidentales, cabe preguntarse qué es lo que le debe la Humanidad — además de la Biblia con sus relatos históricos —, qué le debe además el Jesús que nació judío y creció con algunas enseñanzas de los profetas.

Parece increíble, pero los judíos en la Edad Media contribuyeron tanto y más que los árabes a la conservación de los principales descubrimientos de la antigüedad. En aquellos ghettos sin luz ni ventilación, en una cámara fría, destartalada, un doctor judío que acudía por devoción a la sinagoga, en horas de silencio meditaba y escribía profundos tratados incorporando a las ideas

El Muro de las Lamentaciones, restos del antiguo templo de Jerusalén.



de la Thora, ley judía, los motivos fundamentales de la Metafísica de Aristóteles o de los diálogos de Platón. Todavía hoy nos admiramos de lo que pensó y escribió en el siglo XII un judío llamado Crescas en el Call o sea el ghetto de Barcelona. Otro judío de Málaga, Aben Cebrón, escribió una *Fuente de la Vida* que prestó grandes servicios en los días del triunfo de la Escolástica. Para Aben Cebrón todo cuanto existe ha de tener materia, con la sola excepción de Dios. Dios infundió una forma a todo lo creado, tanto lo que llamamos material como lo que calificamos de espiritual. Así, por ejemplo, los ángeles han de tener forma, los entes intermedios entre Dios y el hombre están asimismo revestidos de forma y materia. Es el aristotelismo llevado al extremo y que naturalmente fue combatido por la Iglesia, principalmente por Santo Tomás. Pero aun combatiéndola, la *Fuente de la Vida* tuvo gran influencia y hasta hoy nos obliga a pensar.

Además de este servicio, ideológico, actualmente reconocemos que debemos al pueblo judío algo de la música eclesiástica y ciertos conceptos que aparecen en los himnos cristianos. Incluso en las artes plásticas, de las que son tan pobres los judíos modernos, se observan cada día influencias judías en la formación de los tipos de la iconografía cristiana.

Los mosaicos recién descubiertos en las distintas sinagogas de Galilea prueban que los judíos únicamente admitían la prohibición de representar formas vivas para asuntos religiosos, pero aceptaban temas astronómicos y meteorológicos para decoración.

Pijoan ¿Antisemita?!



Detalle del mosaico del pavimento de Beth-Alpha.



Vista panorámica de Belén, donde nació Jesús.

6 JESUS DE NAZARET

De la infancia y juventud de Jesús los Evangelios canónicos hablan con extrema parquedad. En un libro profano como el nuestro, importa sólo saber que Jesús creció en Nazaret de Galilea, apartado de Jerusalén y del Templo. La distancia de Nazaret a Jerusalén se salva actualmente en cuatro horas de automóvil, pero en tiempo de Jesús los peregrinos empleaban varios días para recorrer este camino. San Lucas nos dice que los padres de Jesús iban cada año a Jerusalén y en uno de estos viajes nació Jesús en Belén, que es casi un suburbio de Jerusalén. Cuando el Niño había cumplido los doce años, en otro de estos viajes ocurrió la disputa con los doctores o rabinos. Estos escucharon atónitos las respuestas de aquel muchacho sobre temas que Jesús llamó ya *cosas de su Padre*. El nombre de Padre celestial, algunas veces usado entre los judíos para calificar al Dios de Israel, no presenta nunca el sentido profundo que le dio Jesús. El rabino Akiba decía, poco más tarde, que los judíos eran bienaventurados porque podían ser llamados *hijos de Dios*. De todos modos, la disputa con los doctores indica que a muy tierna edad Jesús se familiarizó con los libros de la Ley y los Profetas. Más tarde sus palabras aluden a pasajes de los Libros de los Macabeos, el Libro de Enoch y algunos *Salmos*.

A pesar de que tres de los Evangelios han

llegado hasta nosotros en griego, no es de creer que Jesús usase más que los dialectos semíticos del norte de Palestina. Las conversaciones que sostuvo con Pilatos y otros funcionarios romanos, lo serían en las lenguas del país, no en griego ni en latín.

La juventud de Jesús transcurrió en Nazaret, trabajando silenciosamente como humilde carpintero y meditando sobre cuanto le rodeaba y en la obra divina que El venía a realizar. Este silencio de Jesús, desde su disputa con los doctores hasta su bautismo por Juan, duró más de quince años, pues contaría los treinta cuando se dirigió a visitar a Juan en la región desierta de Judea, en el valle del Jordán. Ya antes se habían extendido por toda Palestina los grupos de místicos comunitarios llamados *esenios*. Estos no mostraban gran respeto por las tradiciones sacerdotales, llevaban una vida austera y practicaban el celibato. Juan, el Precursor, predicaba que la condición de judío — hijo de Abraham — no era suficiente para salvarse, que había que hacer penitencia y recibir el bautismo para lograr la remisión de los pecados. Sólo así se estaría preparado para el reino de Dios, cuyo advenimiento era inminente. Lo que significaba la frase *reino de Dios* para Juan sería análogo a lo que predicó Jesús después; pero entonces, para la mayoría de los judíos, el reino de Dios era el imperio de la Ley y el gobierno de la tierra por ellos. Tenía que venir precedido de grandes catástrofes, a las que sólo sobrevivirían los justos y arrepentidos. Separado el grano y quemada la paja, los elegidos de Israel gobernarían el mundo, pues sólo ellos habían prometido al Señor, en el Sinaí, «hacer siempre lo que El mandase».

Juan era también bastante explícito en su modo de obrar y en sus palabras. Al preguntarle los neófitos qué debían hacer, contestaba: «El que tenga dos túnicas, que entregue una al que no tiene ninguna.» A los publicanos, o recaudadores de impuestos, les mandaba ejercer su oficio con honradez; a los soldados, contentarse con su paga. Hallamos ya, pues, alrededor de Juan a gentes humildes, de cuya compañía después se hicieron cargos a Jesús. Los mandatos de Juan también sorprenden por su moderación: los publicanos pueden continuar obteniendo sus ganancias, si son legítimas; los soldados pueden cumplir su servicio, si no mienten ni levantan falsos testimonios y no despojan a nadie injustamente. Por esto la mayor grandeza del Precursor es haber anunciado y reconocido a Jesús: *Ecce Agnus Dei,* he aquí el Cordero de Dios, exclamó Juan al verle en el valle del Jordán.

Dos de los que seguían al Precursor se dispusieron al punto a acompañar a Jesús; y éste, al saberlo, hubo de preguntarles: «¿Qué buscáis?» Los interpelados, pescadores del mar de Tiberíades, que habían llegado también de muy lejos para ver y oír a Juan, le contestaron: «Maestro, ¿dónde moráis?» Jesús respondió: «Seguidme y lo veréis.» Y fuéronse con El y no le dejaron en todo aquel día. Uno de ellos, Andrés, dijo a Simón, su hermano: «Hemos encontrado al Mesías.» Simón, que era de más edad, y ya casado, quiso en seguida hablar con Jesús; éste, complacido de la sencillez que manifestaba, le saludó familiarmente, diciendo: «Tú eres Simón, el hijo de Juan, pero tú serás llamado Cefas» (que se interpreta Pedro). Jesús probaba su afecto imponiendo nombres a sus discípulos. A los hijos del Zebedeo les llamó *Boanergues,* o hijos del trueno, y cambió el nombre de Leví por el de Mateo.

El contacto con Jesús después de haberlo bautizado en el Jordán, debió de dar ánimos a Juan para predicar con mayores bríos. Acusó de incesto a Herodes Antipas y éste le hizo encerrar y decapitar después en su fortaleza de Makerus. Desde su prisión, a fin de iluminar a los suyos, tal vez llevado de impaciencia por presenciar el triunfo del Mesías prometido por boca de los profetas, envióle dos discípulos para preguntarle: «¿Eres tú *el que ha de venir,* o debemos esperar a otro?»

Después de la muerte de Juan, se retiró Jesús al desierto para ayunar por espacio



Gruta de la Natividad en Belén.

de cuarenta días. Los Evangelios describen sumariamente las tentaciones que allí tuvo que resistir Jesús y con las cuales el tentador pretendía apartarle de su misión: «Vivir con Dios, ser hijo de Dios, es el objetivo, pero no podemos vivir enteramente para El porque tenemos necesidades.» La réplica de Jesús es que no sólo de pan vive el hombre. Pero si podemos mantenernos de otra cosa que de pan, esto es, de la palabra de Dios, entonces, ¿por qué apurarse?; los ángeles nos sostendrán hasta en el caso de lanzarnos de lo alto de la muralla del Templo. Lo cual es verdad; pero no hay que tentar a Dios ni pedirle milagros temerariamente. Por fin, si con la ayuda de Dios podemos conseguir cuanto deseamos, ¿por qué no valernos de este poder de lo alto para establecer el reino de Dios sobre la tierra y acabar de una vez con tanta injusticia? El empleo de la violencia, so pretexto de hacer un bien, Jesús lo rechazó enérgicamente con una frase de la Ley: «Adorarás al Señor y sólo a El tributarás culto.»

Después de fortalecer su espíritu con estos cuarenta días de soledad y ayuno, Jesús regresó a Galilea. En su camino tenía que cruzar el país de los samaritanos, que habían persistido en vivir apartados de los judíos, entre la Judea y la Galilea. Era al atardecer cuando Jesús cruzó por segunda vez aquel país. Se sentó cerca de un pozo; una mujer samaritana vino por agua, y como ella le preguntase si se debía adorar a Jehová en el templo de la montaña de Jerusalén, o en el templo de la montaña de Samaria, Jesús pronunció aquellas memorables palabras: «Hora vendrá en que ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre... Dios es espíritu, y los que le adoran, en espíritu y en verdad es menester que le adoren doquiera estén.»

Debió de ser aquél uno de los momentos en que, según Jesús, el hombre vive de la palabra de Dios, porque, al ofrecerle alimento, Jesús lo rehusó: «Yo tengo un alimento que vosotros no conocéis; mi alimento es hacer la voluntad de Aquel que me



El poblado de Tiberíades.

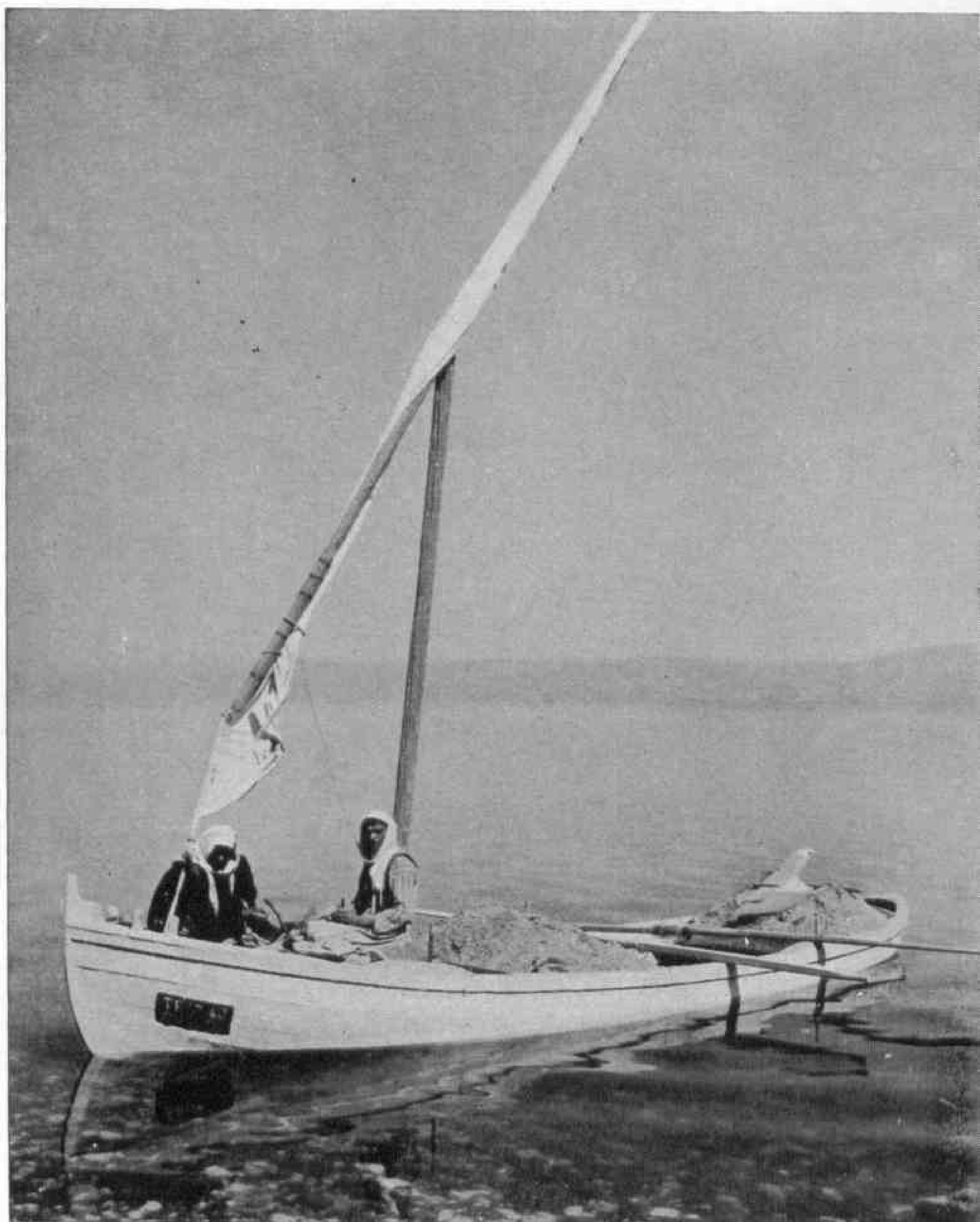
envió...» Después, mirando los campos verdes de los alrededores, añadió: «Faltan todavía cuatro meses para la siega, pero yo os digo que miréis bien y veréis que los trigos ya están blancos. El que siega recibe el jornal, y allega fruto para la vida eterna.» Se percibe todavía en estas palabras pronunciadas en Samaria un eco de las tentaciones del desierto. No hay una frontera cerrada entre el espíritu y el mundo material. Jesús empieza a revelar también su sentido universal del Padre. Desaparece la distinción entre samaritanos y judíos, que había sido la pesadilla de Israel desde los tiempos de Esdras y Nehemías. Manifiestan, además, tales palabras, propósitos de proselitismo; las mieses están maduras, hay necesidad de obreros.

Por esto, a su regreso a Galilea, Jesús empieza resueltamente la predicación. Un sábado, en la sinagoga de Nazaret, leyó las palabras de Isaías: «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para anunciar la buena nueva a los pobres, y me ha enviado a pregonar la libertad a los cautivos y a devolver la vista a los ciegos...» Después, dirigiéndose a sus convecinos, Jesús se reveló sin reservas como el anunciado por el Profeta. La reacción de los que le conocían desde niño ha sido vivamente descrita por el Evangelista. De momento se maravillaron de las palabras llenas de sabiduría que salían de su boca, pero, volviendo en sí, se irritaron y quisieron castigarle por impostor. Ni los suyos parecen haberle defendido; sus deudos, según expone otro Evangelio, atribuyen el ardor del apostolado que ejercía en medio de la multitud a enajenación, que ni tiempo para comer le dejaba.

No es de extrañar, pues, que Jesús abandonara su patria y su familia y buscara un refugio en la región del lago de Tiberíades, donde vivían los dos hermanos Andrés y Pedro, que había encontrado en el Jordán. El lago de Genezaret o Tiberíades está cerca de Nazaret y el espejo ovalado de sus aguas se distingue desde las montañas de Galilea.

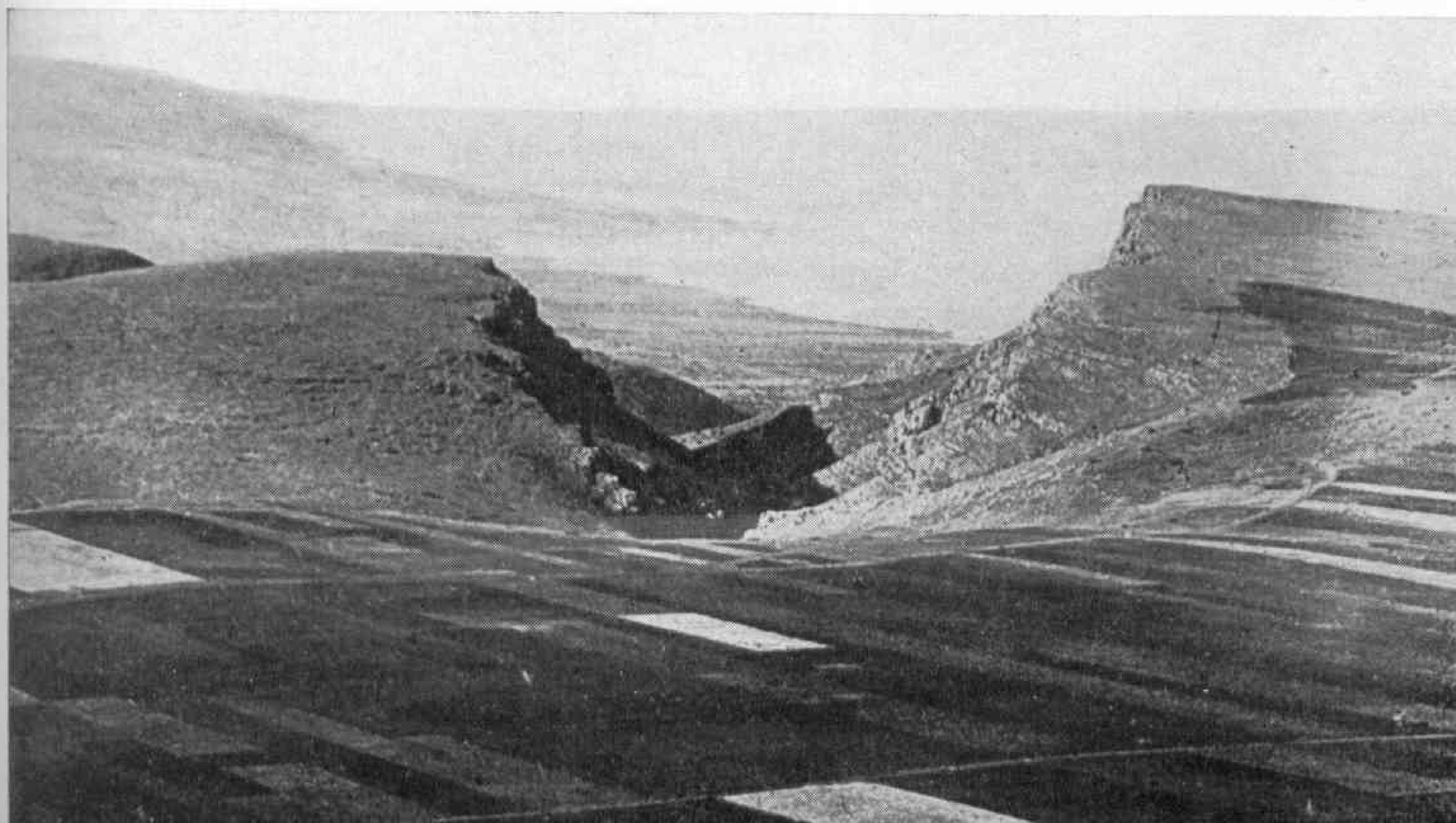
Tiene unos diecisiete kilómetros de circuito: sus aguas no son saladas, como las del mar Muerto, y en él los peces se reproducen maravillosamente. En tiempo de Jesús había en sus orillas cinco aldeas de pescadores: Betsaida, donde vivían Pedro y Andrés; Magdala, cuna de la Magdalena; Cafarnaum, Dalmanuta y Corozaín.

Pronto el renombre de Jesús se extendió por toda la Galilea y la Judea y aun atrajo gentes de Fenicia y del otro lado del Jordán. Predicaba a veces Jesús desde una barca, para que no le estrujase la multitud, o bien desde una de las alturas que rodeaban el lago, y en sus sermones anunciaba verdades eternas: «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra. Bienaventurados los afligidos, porque ellos serán consolados. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados. Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios. Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios. Bienaventurados



Pescadores en el mar de Galilea.

Cumbre llamada de las Bienaventuranzas, donde la tradición supone que Jesús predicó el sermón de la Montaña, con el lago en el fondo.





Ruinas de la antigua sinagoga de Cafarnaum.

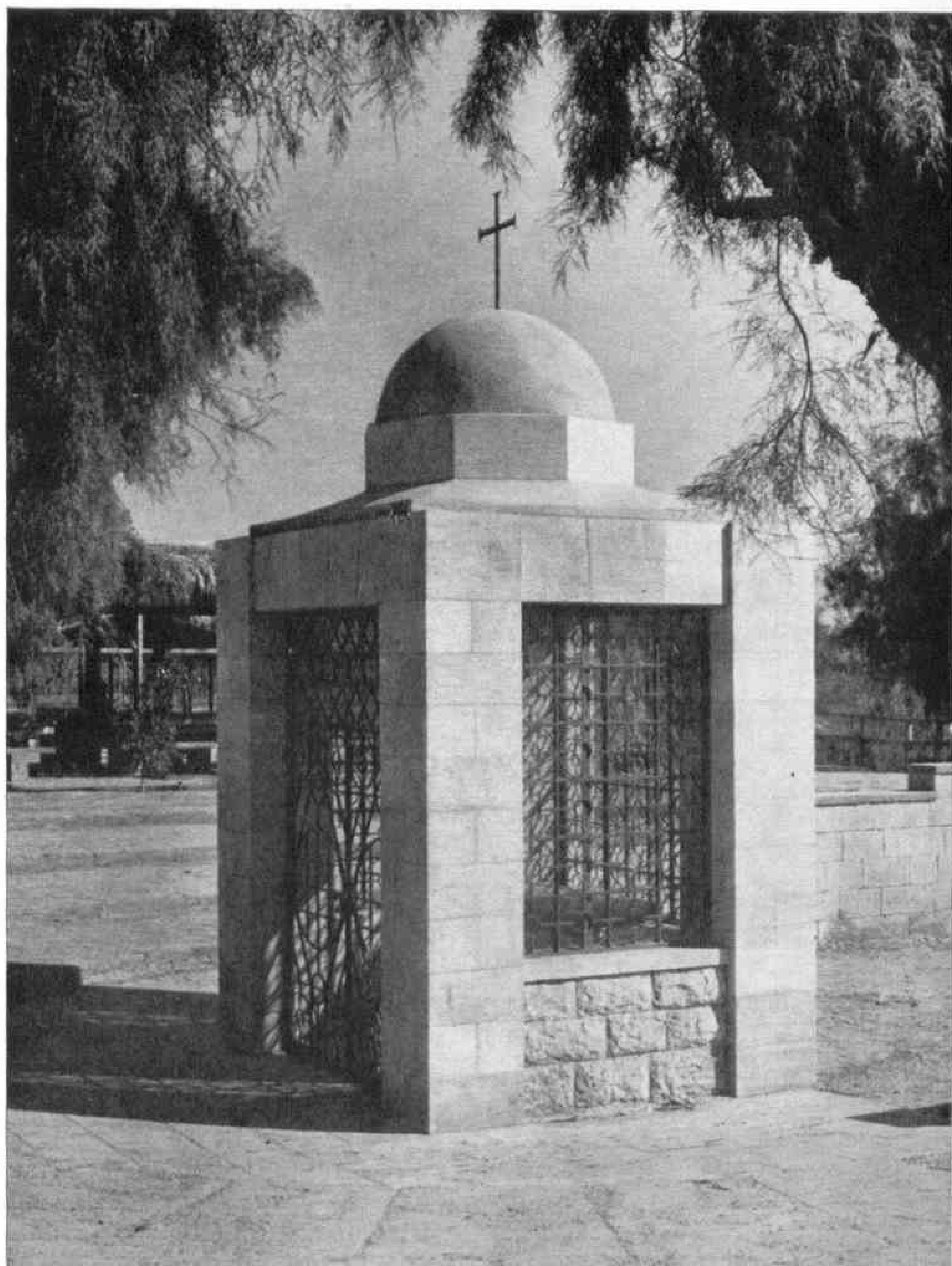
los que sufren persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados cuando os ultrajen y persigan, y digan, mintiendo, cosas malas contra vosotros por mi causa; alegraos entonces, porque la paga es abundante en los cielos, y así persiguieron a los Profetas antes que a vosotros.»

La primera parte del Sermón de la Montaña aparentemente no contiene nada nuevo. Podríamos citar textos judaicos que implican semejantes recomendaciones, aunque sin el divino acento del Evangelio. Jesús declara el carácter de su obra de Legislador divino cuando afirma: «No penséis que he venido a abolir la Ley ni los Profetas; no he venido a abolir, sino a perfeccionar. Porque yo os digo que si vuestra justicia no fuese más abundante que la de los escribas y fariseos, no entraríais en el reino de los cielos.» Y como prueba de lo que El llama perfeccionar la Ley, pone los siguientes ejemplos: a los antiguos la Ley les prohibía matar, mas para El será pecado irritarse contra el hermano, o insultarle, o llamarle loco. La Ley decía: «No cometerás adulterio», pero, como enseña Jesús, ya es adulterio desear o mirar con sensualidad a la mujer del prójimo. La Ley decía: «Con ciertas formalidades podrás divorciarte»; para Jesús el que se divorcia, si no es por causa de adulterio, ya peca. La Ley decía: «No jurarás el santo nombre de Dios en vano»; Jesús no quiere juramentos, ni por el cielo ni por la tierra, ni por Jerusalén, ni por la cabeza, ni por nada. La Ley decía: «Ojo por ojo, diente por diente»; Jesús quiere que si nos pegan en una mejilla,

presentemos la otra; que si uno nos pide la túnica, le demos, además, el manto, y si uno nos pide que marchemos con él una milla, vayamos dos en su compañía... Y, no obstante, todavía Jesús insiste en que su doctrina está contenida en la Ley y los Profetas, y añade que todo lo que ha dicho se resume así: No hagas a otro lo que no quieras para ti. Pero cuando Jesús dice: «Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odian, orad por los que os persiguen, bendecid a los que os calumnian», entonces sí que podemos decir que empieza una nueva revelación. Y lo maravilloso es la lógica con que Jesús añade: «Porque si amáis a los que os aman, no tenéis derecho a ninguna recompensa. También lo hacen así los publicanos y pecadores. Pero si amáis a vuestros enemigos, entonces seréis hijos del Padre que está en los cielos, porque El hace llover sobre justos e injustos y hace salir el Sol para los buenos y los malos. Sed, pues, perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto.»

La oración, la limosna, el ayuno deben hacerse en secreto, para que el Padre nos los pague también en secreto. No hay que juzgar ni condenar al prójimo; hay que perdonar para ser perdonados, «porque muchas veces, queriendo corregir al que tiene una paja en un ojo, no vemos la viga que tenemos en el nuestro». Esta bondad y paciencia evangélicas no son fáciles; la puerta es estrecha, pero conduce a la vida, mientras que la puerta ancha lleva a la perdición. Sobre todo, Jesús nos advierte que debemos prevenirnos contra los falsos profetas, que vienen mansos como ovejas, pero por dentro son lobos rapaces. Por los frutos los conoceremos, porque la zarza no produce higos, ni uvas el matorral. Hacia el final del sermón Jesús lanza aquella sentencia que debieran recordar particularmente las sectas protestantes que niegan la eficacia de las obras, y para las que sólo el acto de fe conduce a la salvación: «¿Por que me llamáis "Señor, Señor", si no hacéis lo que os digo?... No todo el que diga "Señor" entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad del Padre, que está en el cielo.»

El Sermón de la Montaña acaba, en fin, con una parábola: «El que oye estas palabras y las cumple, será como un hombre prudente que edifica su casa en la roca; mientras que aquel que las oye y no las cumple es como un insensato que levanta su casa sobre la arena.» Jesús no hace todavía ninguna insinuación apocalíptica, no anuncia ninguna catástrofe inmediata ni promete el gobierno universal a los judíos; el premio es la Vida, la Vida eterna. Pero en las palabras dulces y sencillas del Sermón



Pequeña capilla erigida en el lugar del Bautismo de Jesús, a orillas del Jordán.

de la Montaña, la revelación de la nueva doctrina se ha precisado tanto, que no nos sorprende que, para Jesús, hubiese llegado ya la hora de organizar misiones de predicación. Por esto congregó a sus discípulos en un lugar montañoso y retirado, y allí escogió doce, para enviarlos de dos en dos, por doquiera, a predicar *el reino de Dios*. Los misioneros debían sanar enfermos, resucitar muertos, curar leprosos, expulsar demonios... y todo por caridad, como Dios lo concede también. Los enviados de Jesús no deben llevar oro, ni plata, ni cobre, ni zurrón, ni túnica, ni calzado de repuesto... El evangelista San Marcos dice asimismo que ungían a los enfermos con óleo, como hicieron los antiguos profetas de Israel, y los curaban.

En cambio, Jesús obraba sus milagros con una simple palabra, con un gesto, un contacto. Miraba a los cielos, bendecía, y se multiplicaban los panes hasta saciar a toda una multitud. Ordenaba al mar y al viento aplacar su furia, y con una palabra suya devolvía la salud al epiléptico o endemoniado. Jesús condesciende a hacer estas cosas llevado de su piedad por los que sufren, y para dar *la señal del cielo* que pedían los fariseos. Pero tan importante como el milagro es la eficacia de la oración. Jesús nos enseñó en su Sermón de la Montaña la manera simple y precisa de rezar: la llamada oración dominical o *Padrenuestro*, tan divina y tan humana, que puede ser aceptada por todos los credos y razas del mundo entero.

Jesús prueba la eficacia de la oración cuando pregunta: «¿Cuál es el padre a quien su hijo pide pan y le da una piedra?...» Y si así proceden los hombres, que son malos, ¿qué no hará el Padre celestial, que es perfecto? El que cuida de los pájaros, que no siembran ni cosechan, más cuidará todavía de nosotros sus hijos, si tenemos fe. «Mirad los lirios del campo, como crecen. No se afanan ni hilan; y Yo os digo que ni Salomón con toda su gloria iba vestido como uno de ellos... No os preocupéis, pues, pensando qué comeremos, o qué beberemos, o de qué nos vestiremos. Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás os será dado por añadidura.»

Con estos sublimes conceptos, que parecen paradojas, pero que son verdades más prácticas que lo que acostumbramos a llamar realidad, Jesús atraía a las gentes tanto como con sus milagros. Muchos cuya salud restableció, desaparecen de la escena y no oímos hablar más de ellos en los Evangelios; en cambio, pobres mujeres pecadoras, que debían su salvación a una palabra de Jesús, le permanecieron fieles hasta después de su muerte.

Difícil es establecer la cronología y el itinerario de Jesús en estos años de su ministerio, pero suponemos que, después de pasar algún tiempo en la región del lago, extendió su misión por toda la Galilea y fuera de ella. Todavía encontramos alguna reminiscencia de su vida entre pescadores en la parábola de la red, que coge los peces buenos y los malos, pero la mayoría de sus comparaciones son de pastores que no abandonan su rebaño y lo protegen contra los lobos, de la oveja descarriada, del hijo pródigo que guarda la piara de cerdos, del sembrador que esparce la simiente sobre la buena y la mala tierra, de la pobre mujer que barre su morada y de la levadura que hace crecer la masa. Se ve que Jesús desea que le entiendan hasta los más humildes campesinos. Les habla de la túnica nueva, de la túnica remendada, del labrador que para comprar un campo ha de vender todo lo que tiene, del vino nuevo y los odres viejos, del que labra su campo sin volver la vista atrás. Es comprensible que durante estas últimas épocas que pasó en Galilea y en Judea, Jesús no tuviera residencia fija; sus discípulos son sus únicos familiares. Una vez se queja de que no tiene una piedra donde reclinar la cabeza.

Además, Jesús empieza a ser perseguido, o por lo menos vigilado, por los emisarios de Jerusalén. Su predicación y popularidad causan gran inquietud a las gentes



Jerusalén. Exterior del Cenáculo.

del Templo. Los Evangelios dicen textualmente: «Y se reunieron a su alrededor los escribas y algunos fariseos que venían de Jerusalén...» y «entonces se presentaron a Jesús unos fariseos y escribas de Jerusalén diciendo: — ¿Por qué tus discípulos desprecian la tradición de los antiguos, esto es, no se lavan las manos antes de comer el pan?...» Los judíos meticulosos se ofendían al oír que Jesús les decía que no es lo que entra por la boca lo que ensucia al hombre, sino lo que sale del corazón. Porque del corazón salen homicidios, adulterios, fornicaciones, hurtos, falsos testimonios y maldiciones. Estas son las cosas que ensucian al hombre, y no el hecho de comer sin lavarse las manos.

Algunas de las *tradiciones de los antiguos* no están precisadas en la Ley, pero ya hemos dicho en el capítulo anterior que era casi imposible para los judíos comer con los gentiles sin faltar a algún precepto mosaico. Lo mismo ocurría con el dichoso sábado y sus 1.521 prohibiciones, que Jesús guarda sólo cuando no son incompatibles con un deber más alto. *Misericordia quiero y no sacrificio*... De todos modos, este lenguaje no podían entenderlo las gentes, saturadas de ritualismo, que venían de Jerusalén. Además, pronto Jesús, de acusado, pasa a ser acusador. Empieza a decir: «Guardaos de la levadura de los fariseos... Ciegos y guías de ciegos...» Y, por su parte, los fariseos empiezan a desear su muerte. Debido a estas primeras sordas amenazas, y sabiendo Jesús que el tiempo de su muerte no había llegado todavía, se encaminó varias veces a Fenicia y al otro lado del Jordán, donde tenía discípulos.

Estas cortas ausencias de Galilea precede-



Interior del Cenáculo, Jerusalén.

rían a otras etapas de su revelación. Al regresar de nuevo, Jesús dice: «Yo soy el pan de la vida; el que venga a mí no tendrá más hambre, y quien cree en mí no tendrá más sed.» Todavía hace comparaciones con la Ley, pero como una cosa caduca y superada: «Vuestros padres comieron el maná en el desierto y murieron. Este es el pan que baja del cielo para que el hombre coma de él y no muera. Yo soy el pan viviente que bajó del cielo; si uno come de este pan, vivirá eternamente, y el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo...» Discutían, pues, los judíos diciendo: «¿Cómo puede darnos éste su carne para comer? ¡Dura es esta palabra! ¿Quién puede oírla?» Y aunque Jesús añadió bien claramente: «El espíritu es el que vivifica, la carne no sirve de nada; las palabras que os he dicho son espíritu y son vida...», muchos discípulos le abandonaron. Entonces Jesús dijo a los doce: «¿Es que vosotros también queréis dejarme?» Y Pedro, respondiendo por todos, contestó: «Señor, ¿adónde iremos? Vos tenéis palabras de vida eterna, nosotros creemos que sois el Mesías, el Hijo de Dios.»

Y con la humilde compañía de doce obscuros seguidores, Jesús marchó a Jerusalén. Es evidente que, hasta obrando sólo por razones humanas, era indispensable este viaje. Para que todo el mundo reconociera que Jesús era el Mesías, era necesario, o que se manifestara glorificado, con el Templo por escabel, como querían los judíos, o que sufriera persecución y muerte, como había

profetizado Isaías. Hasta sus parientes de Galilea, que, según palabras del evangelista, *no creían en El,* decían: «Sal de aquí, vete a Judea para que vean las cosas que haces... manifiéstate al mundo.» Lo cual bien pudiera comentarse: marcha de aquí, preferimos nuestra miseria a tu salvación; si vences en Jerusalén con tus milagros, te seguiremos por tu éxito, no por la doctrina que predicas... Esto solo ya explica que Jesús fuese a Jerusalén casi a escondidas.

Siguió el camino directo a través del territorio de los samaritanos, que la mayoría de los galileos trataban de evitar siguiendo la ruta de la costa o bajando por el valle del Jordán hasta Jericó. Acabaría de entristecer a Jesús el ver que esta vez los samaritanos le recibieron como enemigo. *Iba con la faz hacia Jerusalén,* y esto era bastante para hacer odioso al que dos años antes había sido recibido como amigo. Así era el mundo en tiempo de Jesús, y no es mucho mejor todavía: en su tierra el profeta, el Redentor, el Mesías, era molesto y peligroso; en tierra casi extraña, como era Samaria, los rencores nacionales intervenían en materia de religión hasta hacer negar la hospitalidad al que les daba palabras de vida eterna.

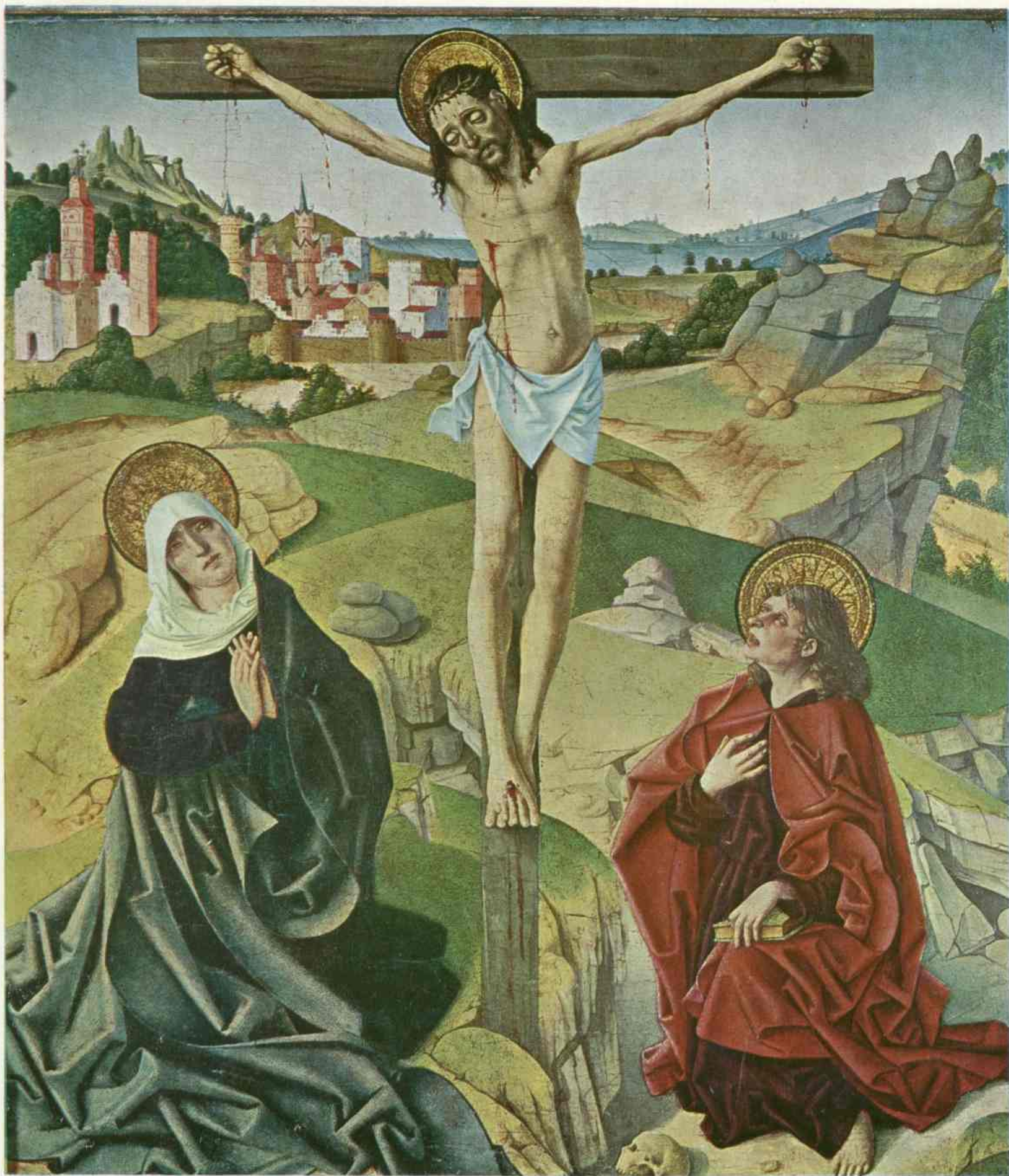
Jesús conocía bien a Jerusalén y sabía lo que allí le esperaba. Con anterioridad había predicho su muerte con palabras más o menos veladas. A veces no le entendían; creían que quería suicidarse. Los judíos decían: «¿Es que quiere matarse cuando dice: — A donde yo voy, vosotros no podéis venir?...» Y muchos de ellos decían: «Está endemoniado y delira. ¿Por qué le escucháis?» Pero otros contestaban: «Estas no son palabras de endemoniado. ¿Es que un endemoniado puede volver la vista a los ciegos?»

A pesar de estas impresiones desfavorables, recuerdan los Evangelios varios casos de doctores versados en la Ley que se sintieron fascinados por las palabras de Jesús. Un escriba le dijo: «Maestro, yo os seguiré adondequiera que vayáis.» Otro, que había oído a Jesús, le preguntó: «¿Cuál es el primer mandamiento?...» Otros le preguntaban para tentarle. Por fin, tenemos bien conocido el caso de Nicodemo, un miembro del consejo del Templo, que quiso ver de noche a Jesús para decirle: «Maestro, nosotros sabemos que tú eres enviado de Dios, porque ningún hombre puede hacer los milagros que tú haces si Dios no está con él.»

Sin embargo, la gran objeción en Jerusalén fue que Jesús venía de Galilea. Hasta cuando Nicodemo trató de defenderle en el sanedrín, le dijeron sus colegas: «¿Pero es que tú también eres de Galilea? Piénsalo bien y verás que de Galilea no ha salido ningún profeta...» Y recuérdese que los galileos eran judíos de pura raza, no gentes de dudosa nacionalidad.

Interpretación del grito de Jesús «Levántate y anda» a Lázaro en el sepulcro, por Rembrandt.





Crucifixión, por Fernando Gallego. (Museo del Prado.)

Por esto Jesús contesta con la parábola del buen samaritano: «Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó y topó con unos ladrones, que tras haberle despojado y herido se marcharon, dejándole medio muerto. Y acaeció que un sacerdote venía por el camino, y habiéndole visto, también pasó de largo. Luego vino un levita, y llegando a aquel lugar y habiéndole visto, también pasó de largo. Por fin, un samaritano llegó cerca de él, y viéndole, se apiadó; curó las heridas con aceite y vino, le subió a su caballería y lo llevó al mesón y le acomodó bien. Y al día siguiente, sacándose dos monedas,

las dio al mesonero, diciéndole: — Cuídalo y todo lo que gastes de más, a mi regreso te lo pagaré. — ¿Quién de los tres os parece haber sido el prójimo del que topó con los ladrones?...» ¡Qué efecto haría esta parábola en Jerusalén! La vereda que desde Jerusalén baja al Jordán, pasando por Jericó, es uno de los caminos más frecuentados de Palestina. Por allí llegaron los judíos al volver de Egipto; por allí se va a Moab y la Perea. Y aún hoy el mesón a mitad del camino es el único que se encuentra de Jerusalén a Jericó. Jesús conocía bien aquella ruta; durante su última estancia en Jerusalén se había retirado a menudo a la región desierta del otro lado del Jordán y tenía que seguirla forzosamente.

Las parábolas de Jesús, en Jerusalén, reflejan la vida de huésped amado de sus discípulos. Jesús permaneció en Jerusalén desde la fiesta de los Tabernáculos, que era en el equinoccio de otoño, hasta la Pascua, en el equinoccio de primavera. En su predicación de estos seis meses pone ejemplos que revelan su contacto con una sociedad más compleja que la de los humildes labradores y pastores de Galilea. Así nos habla del mayordomo cruel que pide perdón al amo; de no pretender la cabecera en los banquetes; de convidar, no a los amigos y parientes, sino a los pobres y lisiados; de los que no aceptan el convite; de los que quieren servir a dos señores; del que se construye una torre; del rey que se prepara a guerrear con otro, y de todos ellos saca comparaciones para la vida espiritual.

Jesús continuó haciendo milagros en Jerusalén y Galilea. En esta época obró el milagro de la resurrección de Lázaro de Betania, aldea próxima a Jerusalén. Jesús había sido en varias ocasiones huésped y comensal de Lázaro. El Evangelio dice que Lázaro se puso enfermo de gravedad y sus dos hermanas, Marta y María, enviaron aviso a Jesús, que estaba lejos de Judea, acaso al otro lado del Jordán. Jesús demoró aún dos días el ponerse en camino. Cuando llegó hacía cuatro días que el cuerpo de Lázaro estaba en el sepulcro. Al llegar ante la losa que cubría la tumba, Jesús

Panorama de Betania, donde aconteció la resurrección de Lázaro.



lloró, y luego dio gracias y, con voz fuerte, exclamó: «¡Lázaro, levántate y anda!...» Y el muerto salió, con los pies y manos fajados y la cara envuelta en el sudario.

Y continúa diciendo el Evangelio: «Muchos de los judíos que habían venido de Jerusalén a casa de María, y visto lo que Jesús había hecho, creyeron en El, pero algunos se fueron a contar a los fariseos lo que había hecho Jesús. Reunidos entonces los príncipes de los sacerdotes y los fariseos, decían: — ¿Qué hacemos?, porque este hombre obra muchos milagros. Si lo dejamos así, todos creerán en El, y vendrán los romanos y tomarán este lugar y la nación. — Pero uno, llamado Caifás, que era pontífice aquel año, les dijo: — Vosotros no entendéis nada de estas cosas, ni comprendéis que precisa que muera un solo hombre por todo el pueblo y que no se pierda toda la nación...» «Desde aquel día, pues, hicieron propósito de matarle.»

Decretada así la muerte de Jesús, para que por la muerte de uno — aunque fuese inocente — se salvara la nación, quedaban aún por fijar los detalles para prenderlo y ejecutarlo. La manera de dar muerte a un falso profeta está claramente prescrita por la Ley: debe ser apedreado (así murió Esteban, y en varias ocasiones los judíos trataron de apedrear a Jesús). Pero bajo el protectorado romano era dudoso que nadie pudiera decretar una pena de muerte más que el gobernador o el procurador de Roma, que entonces lo era Poncio Pilatos. Hasta el mismo Herodes *el Grande* se había creído obligado a pedirle la confirmación de sus sentencias en casos graves. Había, pues, que esperar que en un tumulto, provocado por los agentes del Templo, el pueblo, siempre irresponsable, apedrearía a Jesús como a un falso profeta.

Y en verdad que nadie saldría en su defensa; la coalición de los sacerdotes con los fariseos debía juzgarse omnipotente. La influencia de los fariseos era enorme, precisamente porque hacían alarde de pureza y practicaban la penitencia y una rigurosa piedad. Tanto el *Talmud* de Babilonia como el de Jerusalén, obra de los sacerdotes y, por tanto, reflejo de sus enemigos, describen a los fariseos dividiéndolos en siete clases o tipos. Uno es *el siquemita,* esto es, de Siquem, donde se estableció Abraham primeramente. Desde luego, este fariseo es arcaizante; admitirá sólo lo antiguo y la primitiva revelación. Otro tipo de fariseo es *el que siempre cae;* el pobre quiere obrar bien, pero tropieza, y no es culpa suya si obra mal. Otro es *el que se desangra* — materialmente se pierde por el amor de Dios, se queda exánime —, no puede hacer más que deshacerse. El cuarto es *el mortero,* el que muele, pasta, tritura las palabras de la Ley. El quinto es el fariseo tan moderno *que no quiere saber más que cómo ha de salvarse él.* El sexto el que es fariseo *por miedo,* y el séptimo, único bueno, el que lo es sólo por amor. Jesús ataca a los fariseos con parábolas y sermones. Los define con los tan expresivos nombres de *sepulcros blanqueados,* les acusa de ser avaros y amantes del dinero, y de robar a las viudas, lo que concuerda con lo que dice Josefo de los fariseos.

En estos últimos meses de su vida en Jerusalén, Jesús predice el fin del mundo, la destrucción de la ciudad y del Templo, y su venida por segunda vez para juzgar a los buenos y a los malos. Pero, además, se revela claramente como Hijo de Dios, el Unigénito del Padre. Sobre todo, en la última cena con sus discípulos, Jesús pronunció las divinas palabras en que se declaró Uno con el Padre: «Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie viene al Padre sino por mí... Yo soy en el Padre y el Padre es en mí... Cualquier cosa que pidáis en mi nombre, Yo la otorgaré, a fin de que el Padre sea glorificado en el Hijo... Si me amáis, cumplid mis mandamientos... Si uno me ama, guardará mis palabras y mi Padre le estimará, y vendremos a él, y haremos mansión en él. Así como el Padre me ha amado a mí, también yo os he amado. Perseverad en mi amor. Si guardáis mis mandamientos, perseveraréis en mi amor, como yo he guardado los mandamientos de mi



Jerusalén. La Vía Dolorosa.

Padre y persevero en su amor... Y éste es mi mandamiento: que os améis unos a otros como yo os he amado; nadie tiene mayor amor que éste: dar la vida por sus amigos... Esto os mando: que os améis los unos a los otros.»

He aquí la nueva doctrina: amarse los unos a los otros, no como prójimos, no como judíos, ni aun como hombres; no como compañeros de nuestro viaje terrenal, sino como Jesús ha amado a sus discípulos, que es como el Padre le amó a El, con suprema plenitud e infinito amor. Jesús, en este sermón, dice ser El la vid verdadera y sus discípulos los sarmientos; éstos pueden dar fruto unidos a El, pero arrancados de la vid, que es Jesús, no producirán nada.

Jesús, en esta última cena, estableció el sacramento de la Eucaristía, centro del culto cristiano. San Pablo, más tarde, recordaba las palabras de Jesús.

He aquí las palabras de San Pablo en su primera epístola a los corintios: «Como yo lo he aprendido del Señor, así os lo he enseñado a vosotros: que el Señor Jesús, la misma noche que iba a ser entregado, tomó pan, y cuando hubo dado gracias, lo partió y dijo: — Tomad, comed, éste es mi cuerpo, que por vosotros es partido; haced esto en memoria mía.— Y de la misma manera, tomó la copa, después de haber cenado, diciendo: — Esta copa es el Nuevo Testamento en mi sangre; haced esto, cuantas veces la bebiereis, en memoria mía.»

Esta era la última etapa de la revelación de Jesús, y así dice en su oración al Padre: «Yo te glorifiqué sobre la Tierra, la obra acabé que me encomendaste que hiciese.»

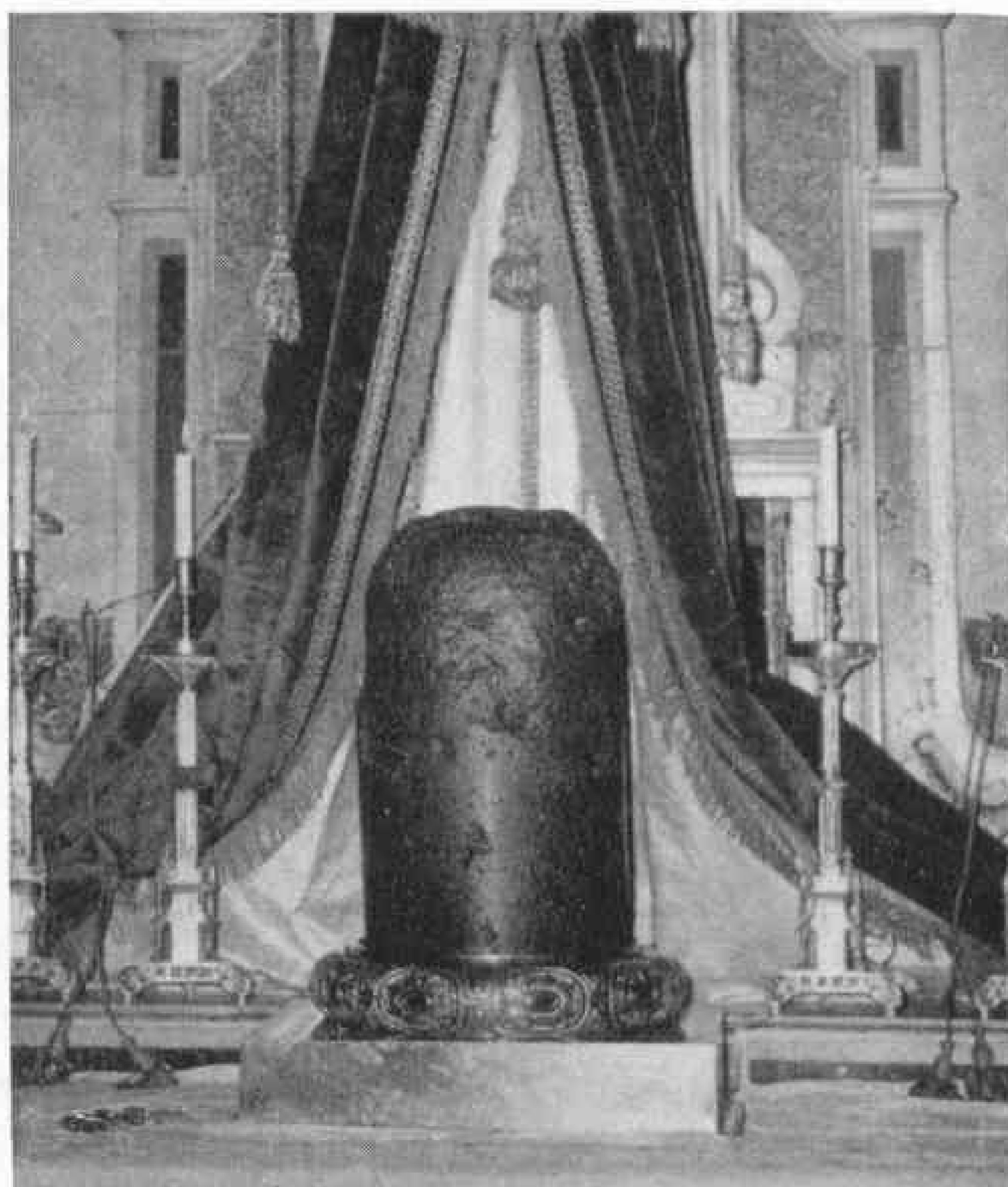
Hecha aquella última recomendación, Jesús, acompañado de algunos discípulos, marchó al Monte de los Olivos, seguro de que allí irían a buscarle los que querían su

muerte. Esta fue decretada por el Senado de los sacerdotes y perpetrada con la complicidad del gobernador romano. Este, cínico, para excusar su complicidad al tolerar el suplicio romano de la crucifixión, hizo colocar sobre el madero una inscripción declarando que Jesús de Nazaret se había erigido rey de los judíos.

Pero terminemos aquí este relato; creemos profanación, casi sacrilegio, describir en estilo que necesariamente ha de ser superficial y frío la Pasión, Muerte y Resurrección del Redentor del mundo. Los evangelios sinópticos (que son los de Mateo, Marcos y Lucas) describen la Pasión como la vieron o la oyeron contar de otros que estaban presentes.

Los lugares donde Jesús sufrió su pasión y muerte se han identificado en los sitios señalados por la tradición. Todavía se reconoce la Vía Dolorosa en la calle Recta que va de puerta a puerta. El Pretorio, donde Pilatos dictó su sentencia, es también un lugar bien conocido. La colina del Calvario, Gólgota o Calavero, no hay duda de que estaba fuera de las murallas. Más incierto, o casi imposible de identificar, es el lugar del sepulcro, hoy el Santo Sepulcro. Los judíos no tenían la costumbre de enterrar sus muertos dentro de las ciudades. Pero en los alrededores de Jerusalén existe gran número de sepulcros excavados en la roca y, aun vacíos, indican aproximadamente cómo pudo ser el que sirvió a José de Arimatea para depositar el sagrado cuerpo de Jesucristo.

La Columna de la Flagelación, en la iglesia del Santo Sepulcro, Jerusalén.





La Fuente de la Virgen, en el Valle de Josafat.

7 PREDICACION DEL CRISTIANISMO. PERSECUCIONES

He aquí la narración sucinta de la vida que llevaban los discípulos de Jesús, tal como se halla en los *Hechos de los Apóstoles:* «Perseveraban en la doctrina de los apóstoles y en la comunión, y en la fracción del pan y en las oraciones. — Y toda persona tenía temor, y muchas maravillas y muchas señales eran hechas en Jerusalén por los apóstoles. — Y todos los que creían, estaban unidos y tenían todas las cosas comunes. — Y vendían las posesiones y las haciendas y repartíanlas a todos, según cada uno había menester. — Y perseveraban unánimes cada día en el Templo, y partiendo el pan por las casas, comían con alegría y sencillez de corazón, alabando a Dios y siendo bien vistos de todo el pueblo.»

A cualquiera que, por las apariencias externas, juzgara de la vida de los discípulos de Jesús, podía parecerle que éstos sólo constituían una agrupación de judíos piadosos o, a lo más, una institución cenobítica, semejante a las de los esenios. Nada habría en ellos que repugnase a los judíos. Con todo, pronto estalló el primer conflicto con la Sinagoga. Los discípulos no podían recibir mejor trato que el Maestro.

Después de la Pasión del Señor, sus discípulos se prepararon para la venida del Paráclito o Espíritu Santo, según El les ha-

bía prometido, perseverando en la oración unánimemente. En cuanto a la comunidad, proveyeron tan sólo en que fuese completado el número de los Doce apóstoles con la elección de Matías, que había andado siempre en compañía de ellos durante la vida de Jesús, a fin de que — son palabras de Pedro—fuese hecho testigo con ellos de su resurrección. En el día de Pentecostés, adelantándose Pedro con los doce a la gran multitud que se había congregado a causa del prodigio, les evangelizó a Jesucristo resucitado; en aquel sermón hállase el arquetipo de la predicación apostólica a los judíos.

Pocos días después San Pedro y San Juan curaron en nombre de Jesús a un cojo de nacimiento que pedía limosna en la puerta del Templo, y mientras estaban predicando en el pórtico de Salomón, los sacerdotes, los custodios del Templo y los saduceos, irritados al escuchar como aquéllos enseñaban al pueblo, cayeron sobre los dos apóstoles y los prendieron. San Pedro, delante del sanedrín, habló de *Jesús de Nazaret, el que vosotros crucificasteis,* con una *constancia* que sorprendió a los acusadores. Los *Hechos* añaden que los judíos advirtieron que los apóstoles eran *hombres sin letras e ignorantes,* pero que daban pruebas *de haber estado con Jesús.* Así ya no es de extrañar que el pequeño grupo de Jerusalén creciese rápidamente, pero tampoco que arreciasen las persecuciones. El primer mártir, San Esteban, fue acusado de blasfemo contra Moisés y contra Dios, que para los judíos quería decir la Ley y el Templo. La defensa de San Esteban es un sumario de la historia del pueblo judío, con objeto de probar que la venida de Jesús entraba desde el principio en los planes de Dios, y que el mismo Jesús era Hijo de Dios. Esteban recordó, a propósito de Jesús, el versículo del salmo 102, que dice que los cielos son obra de sus manos. Y, naturalmente, al llegar aquí, de acuerdo con la Ley, San Esteban fue condenado a morir apedreado.

El martirio de Esteban confirmó a la Iglesia naciente, y con ímpetu único en la historia de la Humanidad los apóstoles y sus discípulos se lanzaron a la predica-

Carretera de Jaffa, población en la cual San Pedro hubo de refugiarse después de la primera persecución.

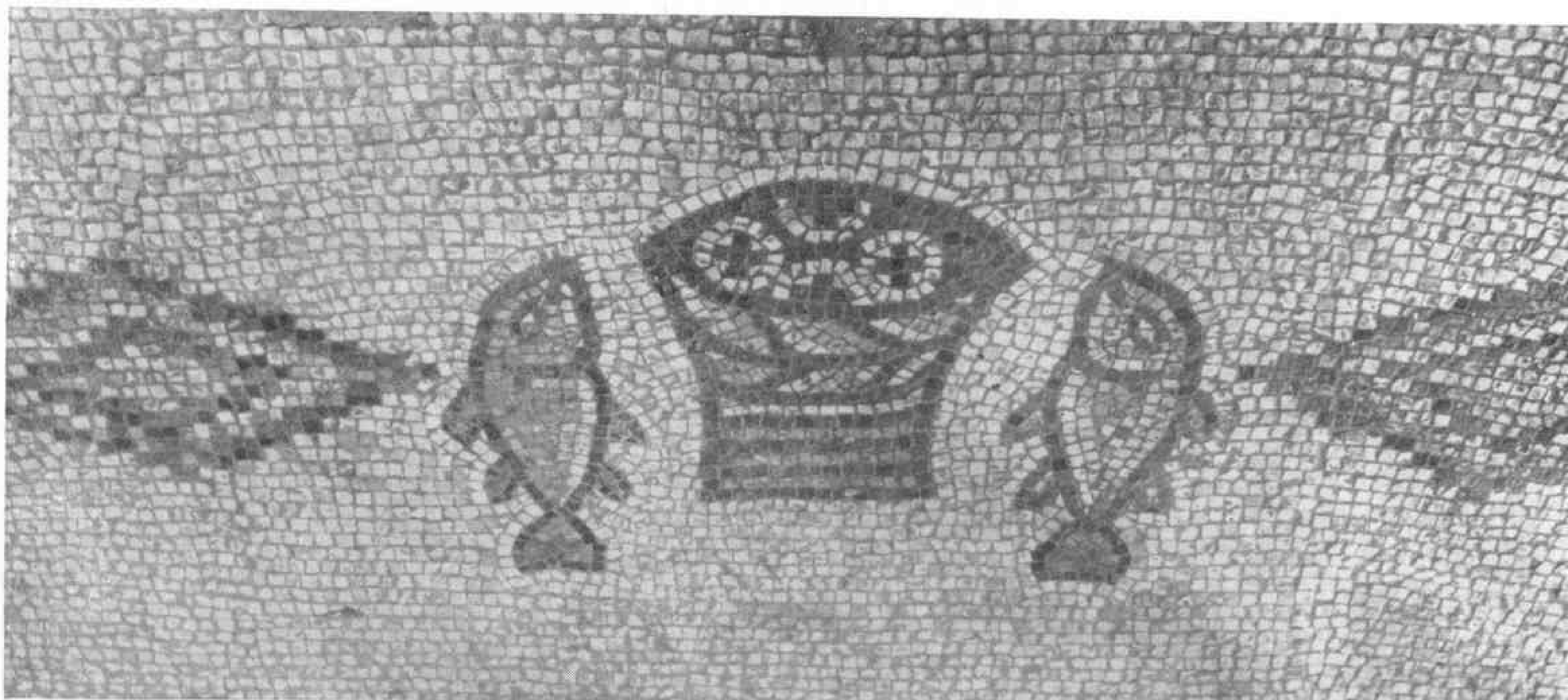




Ruinas de Filipos, ciudad en la cual San Pablo, pronunció las famosas palabras: «Cree en Jesucristo y serás salvo tú y tu casa.»

ción. Por lo pronto, San Felipe se encaminó a la aborrecida Samaria, y otros irían más allá de las fronteras de Judea, porque San Pedro y San Pablo hallaron ya conversos y comunidades en Jaffa, Damasco y Antioquía pocos años después. Los judíos bien podían haber recordado el consejo prudente del rabino Gamaliel: «Si este designio es obra humana, se desbaratará por sí misma; pero si es de Dios no la podréis desbaratar, sería combatir contra Dios.» En efecto, en el decurso de pocos años, el mundo atónito vio realidad palpable la misión dada por Jesús a los apóstoles: «Id y enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a guardar todas las cosas que os he mandado.»

Algunas de las primeras comunidades debían de tener un carácter mixto judío-cristiano; las enseñanzas que les habían llegado de Jesús eran muy vagas, pero, pese a ello, las iglesias o asambleas se organizaron con sorprendente uniformidad. Este es uno de los hechos más extraordinarios de la historia del espíritu humano: que sin una dirección central en Jerusalén, sin un dogma bien definido, el culto se practicara del mismo modo en los lugares más apartados. Sería uno de los efectos del Espíritu Santo. Movidos por un mismo impulso, los fieles se reunían a lo menos una vez por semana, los sábados por la noche. Algunas de estas comunidades continuarían reuniéndose en viejas sinagogas, donde los conversos estaban en mayoría, pero muchas veces el culto se celebraba en una casa particular, en una sala o en un desván, como en Troas, y hasta en un sitio o paraje al aire libre, como en Filipos. El culto consistía en espontáneas plegarias e himnos que se cantaban en común. Cuando alguno de los reunidos tenía el don de la profecía, o del ministerio sacerdotal, predicaba un breve sermón antes de la cena. Cada uno de los miembros de la asamblea llevaba su refacción, más o menos abundante según sus medios propios, pero luego de reunidos estos manjares, se distribuían entre todos, sin distinción de clase ni edad. Finalmente, llegaba el momento sacramental de partir el pan y beber del cáliz, que al efecto pasaba de uno a otro, según lo había enseñado Jesús. «Tomad y comed; éste es mi cuerpo, que por vosotros



Mosaico de la iglesia bizantina de Tabgha, erigida en recuerdo del milagro de la multiplicación de los panes y los peces.

he partido; haced esto en memoria mía... Esta copa es el Nuevo Testamento en mi sangre; haced esto, cuantas veces la bebiereis, en memoria mía.» A lo que no deja de añadir San Pablo que «todas las veces que comiéreis este pan y bebiéreis de esta copa, anunciaréis la muerte del Señor hasta que venga». Esto es, que con tales palabras, no sólo se conmemoraba su muerte y pasión, sino que se renovaba la esperanza de su segunda venida.

Sin embargo, impresiona ver como en estos tiempos ocupa poco lugar en la preocupación general la inminencia de la *Parousia,* o segunda venida de Jesús; estamos lejos de la carta de San Pablo a los tesalonicenses, en que el apóstol de los Gentiles resuelve sus dudas sobre la próxima venida del Señor, y se esfuerza por disipar sus temores y devolverles la tranquilidad. Una fuerza enorme de expansión y de juventud lleva por doquier a los apóstoles para crear nuevas cristiandades. Son frecuentes en la edad apostólica los dones extraordinarios: el don de profecía, el don de hablar lenguas extrañas, el de hacer milagros. A poco tiempo de predicar en Jerusalén, la muchedumbre de conversos fue aumentando en tal forma que obligó a los apóstoles a nombrar diáconos coadjutores para que cuidaran de la administración de las limosnas, y sobre todo, para que les ayudaran a predicar y bautizar.

Por otro lado, la predicación a los gentiles y a los conversos del judaísmo obligó a que se abandonaran poco a poco ciertas prácticas tradicionales, que arrancaban de una interpretación meticulosa de la Ley. Las tres cosas que parecían repugnar más a los gentiles eran la circuncisión, la prohibición de manjares impuros y el sábado. La circuncisión, sobre todo, enfurecía a los grecorromanos; el emperador Adriano ordenó castigar esta práctica como una mutilación del cuerpo. Es uno de los méritos de San Pablo el haber acabado con la pesadilla de la circuncisión, y sus cartas y los *Hechos* ponen de relieve que encontró seria oposición entre los discípulos de Jesús que permanecían en Jerusalén. Pero como ocurre siempre entre los justos, hasta aquellos que resultaron vencidos, que en este caso fueron los partidarios de la circuncisión, en lugar de enfurecerse y protestar, encontraron la consolación interior encerrándose en un ideal de pureza. La resolución de los após-

toles en el concilio de Jerusalén prueba esta concordia de voluntades. El jefe de los judíos cristianos parece haber sido el apóstol San Jaime el Menor, pariente de Jesús. He aquí la descripción que hace de él Hegesipo: «Jaime, llamado el Justo, era santo desde antes de nacer. Nunca bebió vino ni comió carne. Nunca se cortó el cabello ni se ungió con aceite, ni se bañó con agua caliente. El podía interceder con Dios (entrar en el *Sancta Sanctorum);* nunca llevó vestidos de lana, sino ropas de lino. Iba solo al Templo, para rogar por el perdón de su pueblo, y sus rodillas se habían endurecido como las de un camello de tanto arrodillarse. Por causa de su piedad fue llamado el Justo y *Oblías,* que quiere decir *el Guardián...»*

Así, pues, no es de extrañar que mientras San Pablo y San Pedro iban haciendo concesiones a las gentes no judaicas que atraían a la nueva fe, San Jaime, viviendo en un ambiente israelita, en que era muy otro el problema, tuviera dificultades al principio para admitir el criterio universalista, y hasta que pudiesen parecerle exageradas las palabras de San Pablo, en especial cuando decía que «todas las cosas a la verdad son limpias», o que «el hombre no será justificado por las obras de la Ley», y, por fin, que «no hay judío ni griego, no hay siervo ni libre, no hay varón ni hembra, porque todos sois uno en Cristo-Jesús». La epístola única que tenemos de San Jaime forma un gran contraste con las de San Pablo; podría tomarse como un texto judaico si no fuese porque menciona a Jesús como el Señor; pero, en cambio, continúa llamando sinagogas a las comunidades cristianas.

Y, con todo, hasta este apóstol judaizante fue martirizado por los judíos. He aquí la descripción de su martirio, como la copió Eusebio en su *Historia de la Iglesia:*



Antioquía de Pisidia, donde San Pablo predicó la «Justificación por la fe, no por la ley de Moisés».

«Habiendo llevado los escribas y fariseos a Jaime hasta un pináculo del Templo, le preguntaron, gritando: —Dinos tú, oh Justo, en el que todos tienen confianza; decláranos si Jesús es el camino, la verdad y la vida. —¿Por qué me pedís acerca del Hijo del Hombre? El está sentado en los cielos, a la diestra del Gran Poder, y pronto vendrá sobre las nubes. —Y cuando oyeron esto, algunos dijeron: —¡Hosanna al Hijo de David!... —Pero los escribas y fariseos arrojaron al santo varón de lo alto de la muralla, gritando uno a otro: —¡Vamos a apedrear a Jaime el Justo! —Y empezaron a lapidarlo, porque no había muerto de la caída...» Eusebio expone que el golpe mortal se lo dio un tonelero con una estaca.

La muerte violenta del más cercano pariente del Señor causaría gran impresión en las comunidades cristianas. Algunos judíos cultos, como Josefo, atribuyeron los males que cayeron sobre los judíos a castigo de Dios por el crimen de la muerte de Jaime el Justo. Por otro lado, los mandatarios del Templo estaban de tal modo agobiados por los insolubles problemas nacionales, que no es extraño que se enfurecieran contra *una* secta que esperaba la salvación de las doctrinas de *un profeta* galileo que habían *ellos* crucificado pocos años antes. La nación judía estaba agonizando. No sólo era la opresión de los romanos, sino pestes y hambres también, que parecían castigo del cielo. En varias ocasiones, la desesperación llevó a los judíos a rebelarse y Jerusalén fue sitiada y destruida dos veces por las legiones de Tito y de Adriano. Este último mandó edificar, sobre las propias ruinas del templo de Jehová, un nuevo templo a Júpiter Capitolino. Y entonces el pueblo judío abandonó la Palestina, dispersándose sobre la faz de la Tierra, hecho que se conoce universalmente con el nombre de *Diáspora* o dispersión.

Esta dispersión, iniciada en siglos anteriores, facilitó la predicación del cristianismo. En cualquier lugar del Oriente adonde llegaran los apóstoles, tenían casi la seguridad de hallar un grupo de judíos. A ellos predicaban primeramente, y por lo regular se producía una escisión: algunos aceptaban a Jesús por el Mesías y se bautizaban. Para muchos, el bautismo era el sacramento de la iniciación cristiana y producía efectos carismáticos, esto es, don de lenguas, profecía, etc. No es, pues, de extrañar que los

Cripta de los Flavios. Catacumbas de Domitila. Roma.





Lápida sepulcral cristiana. Hipona. Túnez.

conversos se mostraran llenos de celo por los beneficios espirituales que percibían en su alma, y tampoco es maravilla que los que permanecían adictos a la sinagoga fueran los peores enemigos de los cristianos. Las actas de los mártires muy a menudo nos enteran de que los judíos delataban a los conversos a las autoridades romanas. Ser tachado de judaísmo pronto pareció una herejía. Para Ignacio, el santo mártir de Antioquía, guardar el sábado era casi apostatar. Marción llegó al extremo de blasfemar del Dios del Sinaí, diciendo que la justicia de la Ley no sólo era imperfecta, sino opuesta a las enseñanzas de Jesús.

Claro está que la Iglesia condenó a los secuaces de Marción, porque si el Dios del Antiguo Testamento no era el verdadero Dios, tampoco se podía dar fe a las profecías. Pero la posición antijudaica de un santo ortodoxo, como Ignacio, y un hereje, como Marción, prueban que el abismo abierto entre la Iglesia y la Sinagoga era definitivo ya al empezar el siglo II.

Pronto el cristianismo se extendió también a las provincias occidentales del Imperio. En la epístola de San Pablo a los romanos, el apóstol envía saludos a los cristianos establecidos en Roma. Algunos se reunirían con sus hermanos en sus propias casas; así a lo menos parecen indicarlo las palabras del apóstol cuando habla de *los hermanos que están con ellos.* La mayoría de los nombres de estos primeros cristianos de Roma son griegos; algunos serían libertos y esclavos de Narciso, el valido de Nerón, y probablemente se reunirían en una escondida dependencia del Palatino. Otro, llamado Hermas, acaso sea el mismo que después escribió *El Pastor,* tratadito delicioso que llegó a leerse con las epístolas canónicas. Otro, Lino, es seguramente el que encabeza el catálogo de los obispos de Roma después de San Pedro.

Es más, en el propio reinado de Nerón un incendio destruyó parte de Roma y de



Matrona cristiana en actitud de orar.
Museo del Bardo. Túnez.



Dama cristiana del siglo V. Fresco de las catacumbas de Domitila. Roma.

él se acusó a los cristianos. Fue el año 64; esto prueba que, poco más de treinta años después de la muerte del Señor, ya había bastantes cristianos en Roma para poder imputarles semejante crimen. Los informes que de él tenemos arrancan nada menos que de los *Anales* de Tácito. En ellos hay un párrafo que dice así:

«Todos los esfuerzos y munificencia del emperador fueron insuficientes para desvanecer el rumor siniestro de que él había ordenado el incendio. Para disipar esta creencia y culpar a otros, martirizándolos, Nerón acusó a los cristianos, que el pueblo odiaba por sus abominaciones. El Cristo, del que ellos tomaban el nombre, había sido ejecutado durante el reinado de Tiberio, bajo la procuradoría de Poncio Pilatos. Esta maligna superstición, reprimida por algún tiempo, se reavivó de nuevo, y no sólo en la Judea, donde se originó el mal, sino hasta en Roma, donde encuentra refugio todo lo que es malsano y corrompido. En consecuencia, algunos cristianos, conducidos ante el tribunal, fueron convictos, no tanto de haber causado el incendio como de detestar a la Humanidad. Envueltos en pieles de animales fueron despedazados por los perros, crucificados o quemados vivos, y algunos sirvieron de antorchas encendidas durante la noche. Nerón ofreció sus jardines para este espectáculo, y hubo carreras de carros, en las que el emperador se mezcló con la gente vestido de auriga. Y he aquí que estos criminales, que merecían castigos ejemplares, despertaron un sentimiento de compasión, porque pareció que no eran sacrificados por el bien común, sino para satisfacer la crueldad del tirano.»

Este párrafo se encuentra en los dos ma-

nuscritos más antiguos de Tácito, uno del siglo IX y otro del XI, y no cabe creer que en aquella época se hiciera una tan magistral falsificación del estilo del gran historiador romano. Debemos considerarlo, pues, como el documento más antiguo en que se refleja el disgusto con que era visto el cristianismo entre las gentes de educación clásica. Tácito, evidentemente, no acepta la suposición de que el incendio de Roma fuese obra de los cristianos; lo único que sería dable imaginar es que algunos de ellos, que con sencillez de corazón esperaban ver la Tierra envuelta *en sangre y fuego y vapor de humo,* tomasen tal desastre como el principio del fin. Todavía hoy algunas sectas protestantes esperan el cataclismo preliminar de la segunda venida de Jesucristo de un momento a otro. Se llaman a sí mismos *los santos de los últimos días.*

Según el historiador romano, los cristianos eran odiados por el pueblo porque su fe era una maligna superstición y merecían castigos ejemplares. En cambio, la admiración que produciría *la constancia,* o fe de los mártires, se refleja también en el párrafo transcrito. No es extraño, pues, que si en un pagano los mártires despertaron compasión, los fieles sintiesen verdadero culto por ellos. En esta primera persecución de Nerón sufrieron martirio, en Roma, San Pedro y San Pablo, y la tradición revela allí su culto ya en el siglo II.

En torno a tal fecha y a tal acontecimiento puede situarse el término del primer período del cristianismo. La persecución de Nerón, en la forma en que la describe Tácito, revela que ya no existe la confusión política entre el cristianismo y el judaísmo. Los cristianos son perseguidos como tales, y realmente constituyen ya por doquiera una sociedad organizada, cerrada incluso al trato común con judíos y gentiles. Los escritores católicos han probado recientemente que, ya desde un principio, no fue el cristianismo un movimiento puramente espiritual, sino una iglesia de fieles, adoctrinada según un catecismo oral, debidamente garantizada y regida por una jerarquía especial, funcionando con un culto colectivo propio, cuyo centro era la *sinaxis* eucarística. De los *Hechos de los Apóstoles* aparece ya claramente esta síntesis orgánica de la Iglesia naciente: la predicación evangélica como doctrina autenticada por la resurrección de Jesús, Hijo de Dios y Redentor de los hombres; la jerarquía primera de los apóstoles con San Pedro a su cabeza, como realización visible del: *Tu es Petrus, et super hanc petram aedificabo ecclesiam meam;* los sacramentos, el bautismo, la imposición de manos, la eucaristía, la ordenación de los presbíteros al frente de las nuevas comunidades... La aparición de los Evangelios sinópticos hacia el año 60, como fecha extrema de su composición, es el testimonio definitivo de esta doctrina y la organización eclesiástica: obispos, presbíteros, diáconos. La Iglesia-madre de Jerusalén y las de Antioquía y Roma son los centros principales que atestiguan el desarrollo de la fe en el mundo y la unidad de las instituciones cristianas. La existencia de una organización ya uniforme en el último tercio

Lápida sepulcral cristiana. Hipona. Túnez.



del siglo I tuvo hace ochenta años una brillante confirmación al descubrirse en Constantinopla el inestimable documento llamado la *Didaché o doctrina de los Apóstoles.* La *Carta primera de San Clemente Romano* confirma también la existencia de una organización y jerarquía eclesiásticas en la segunda generación cristiana. Muy pronto, pues, luego de la muerte de Jesús, aparece la Iglesia organizada y extendida ante el Imperio, que por su parte ha empezado ya a perseguirla.

Mas, pese al testimonio de Tácito, no resulta muy claro por qué los cristianos tuvieran que aparecer a los ojos de los romanos como una maligna superstición. Muchas de las sectas orientales que florecían en Roma tenían el mismo prurito de vivir únicamente para su Dios después de haber pasado por las ceremonias de iniciación, que regeneraban al neófito, y no hay recuerdo de que el gobierno imperial romano se ensañara con ninguna de ellas como lo hizo con el cristianismo. Más tarde la Iglesia se ha enorgullecido de las persecuciones; Pablo Orosio las compara a las diez plagas de Egipto y señala una para cada uno de los reinados de Nerón, Domiciano, Trajano, Marco Aurelio, Severo, Maximino, Decio, Valeriano, Aureliano y Diocleciano.

El carácter de estas persecuciones dista mucho de ser uniforme. La de Nerón fue puramente local, y por un crimen que nada tenía que ver con la religión. Los motivos que tuvo Domiciano para perseguir a los cristianos no los han manifestado ni los escritos de los Padres de la Iglesia ni los historiadores romanos. Suetonio no nos da la menor indicación de que Domiciano tuviera opiniones muy definidas en materias religiosas; pero sin duda los cristianos, por esta época, serían calumniados por los judíos. Tanto Atenágoras como Tertuliano dicen que los cristianos eran acusados de traición, incesto y canibalismo. La primera acusación era justificada; los cristianos se negaron siempre a prestar culto al emperador, y esto



Representaciones de un presbítero y una diaconisa. Mosaico sepulcral. Museo del Bardo. Túnez.



Lápida sepulcral de una cristiana llamada Valentia, en la que hizo representar su iglesia-madre. Museo del Bardo. Túnez.

equivalía a faltar a los deberes cívicos. Esta falta fue más tarde la única de que se culpó a los cristianos.

El crimen de incesto podía ser justificado también en algunos casos, sobre todo si se juzgaba de acuerdo con la ley mosaica, y no olvidemos que los judíos eran los principales acusadores de los cristianos. Hasta el mismo San Pablo, en la primera epístola a los corintios, se escandaliza como de cosa desconocida aun entre gentiles porque uno de los miembros de la comunidad se había casado con su madrastra. Es de presumir que muchos grupos de herejes tenían más empeño que los verdaderos fieles en encubrirse con el nombre de Cristo, y es bien sabido que el falso misticismo de los desviados les hace caer a menudo en enormes obscenidades, y que esto ocurría entre los herejes del Oriente y del Africa del Norte lo sabemos por los escritos de los propios Padres de la Iglesia; siendo así, tenemos que reconocer que algunas veces sería difícil para un magistrado romano distinguir entre las ovejas de Cristo y los siervos de Satanás.

Por último, se imputaba a los cristianos el crimen de canibalismo. Tertuliano dice concretamente que les acusaban de *sacramento infanticidii,* esto es, de sacrificar niños para comer su carne y beber su sangre. Es singular que éste sea el mismo crimen de que se acusó a los judíos en la Edad Media y al que a menudo dieron fe las autoridades cristianas.

Hoy nos parece inverosímil e imposible que los discípulos de Jesús, que practicaban la caridad, fueran acusados de tan groseras falsedades, y así hubo de parecerlo también a algunos funcionarios romanos.

Mas, a pesar de todo cuanto pueda decirse acerca del origen y del valor de tales acusaciones groserísimas, lo cierto es que ninguna de ellas determinó las persecuciones desencadenadas contra la Iglesia. Bien se ve por el juicio que formaron de los cristianos los más cultos gobernadores de provincias y que se refleja en la tantas veces reproducida carta de Plinio el Joven, que gobernaba la Bitinia hacia el año 110. Su carta, dirigida al emperador Trajano, dice así:

«Señor, es costumbre mía dirigirme a vos en casos de duda. ¿Quién mejor que vos puede resolver mis dificultades y desvanecer mi ignorancia?

»Nunca tuve nada que ver en procesos de cristianos; no conozco los precedentes, ni sé qué penas tienen que imponérseles. Tengo todavía mis dudas de si he de tratar a los jóvenes con un rigor distinto de los viejos; de si los que se arrepienten merecen castigo; de si debe perdonarse a los que, habiendo sido cristianos, han abandonado ya la secta, y, sobre todo, si el nombre de cristiano es ya una prueba de inmoralidad.



Mosaico tumbal hallado en Tabarca, con la inscripción «Dardanius Innoces».

»Hasta ahora mi manera de proceder con las personas acusadas de ser cristianas es la siguiente: les pregunto una, dos y tres veces si son cristianos, advirtiéndoles que si no lo niegan, tendrán pena de muerte. Si persisten en confesarse cristianos, los mando ejecutar, porque no hay duda que su obstinación merece ya el castigo. Hay otros, igualmente obstinados y locos, que son ciudadanos romanos, y éstos los envío a Roma.

»Como ocurre frecuentemente, el mal se extiende al reprimirlo y he notado diferentes variedades o sectas. A veces un anónimo me escribe el nombre de varias personas y algunas de ellas niegan ser o haber sido cristianas. Algunas repiten mi invocación a los dioses y ofrecen incienso y vino a vuestra imagen. Me han dicho que ninguna de estas cosas pueden hacer los que son verdaderamente cristianos; en consecuencia, a éstos los dejo inmediatamente en libertad. Otros, acusados por el anónimo, dicen que fueron cristianos hace dos, tres, o veinte años, pero que ya no lo son; éstos declaran que su crimen o indiscreción fue que tenían que reunirse en días fijos, antes de salir el sol, para cantar himnos al Cristo, como a un Dios, y comprometerse, con una fórmula sagrada, a llevar una vida de pureza, sin cometer robo, violencia ni adulterio, cumplir lo pactado y pagar las deudas. Era su costumbre, dicen, dispersarse pacíficamente después de estas ceremonias y reunirse de nuevo para la comida de un manjar inocente; pero hasta esto han dejado de hacer desde la publicación de mi edicto, por el que, de acuerdo con vuestras instrucciones, prohibí las sociedades privadas. Más aún: creí procedente recurrir al tormento para obtener la verdad de dos mujeres diaconisas, pero no descubrí más en ellas que una creencia loca y extravagante.

»De todos modos, he suspendido mis sesiones en el tribunal para pediros consejo. Porque muchas personas de todas clases, sexo y edad, son imputadas, y muchas más lo serán, pues la infección de este culto extranjero se ha esparcido no sólo por la ciudad, sino también por los pueblos y aldeas. Todavía creo que puede ser detenida y curada. Verdad es que algunos templos que acostumbraban a estar llenos de gente están ahora casi desiertos y no se practica en ellos culto, y los que vendían forraje para las víctimas y sacrificios no encuentran quien lo compre. Pero esto indica cuán fácil es cambiar la opinión del pueblo, si se le concede oportunidad para arrepentirse.»

Hay que admirar el candor de esta carta y agradecer al buen Plinio la multitud de datos que nos procura. Sorprende, primero, que él, uno de los mejores abogados de Roma, no hubiese tenido que tratar con

los cristianos antes de encontrárselos en Bitinia, adonde ha ido sólo por breve tiempo. Además, reconoce que existen varias sectas y dice que recibe información por anónimos, acaso de judíos o herejes. Plinio no halla pecaminoso en los cristianos nada más que su obstinación. Le parece un peligro la multitud de ellos en las ciudades y en el campo, pero cree que de la misma manera que dejaron otras supersticiones, dejarán de ser cristianos si se les da lugar de arrepentirse. Plinio aconseja, pues, hacer la vista gorda. He aquí la respuesta de Trajano, digna del gran emperador:

«Habéis procedido bien, mi querido Plinio, en los casos que mencionáis de los cristianos, porque no puede establecerse una regla general de procedimientos. Por de pronto, no hay que perseguirlos; si son acusados y confiesan, castigadlos, pero si uno dice que no es cristiano, y lo prueba invocando a los dioses, no hay que preocuparse por su pasado; con el arrepentimiento ha merecido el perdón. No debéis aceptar delaciones anónimas, que son peligrosas e indignas de nuestros tiempos.»

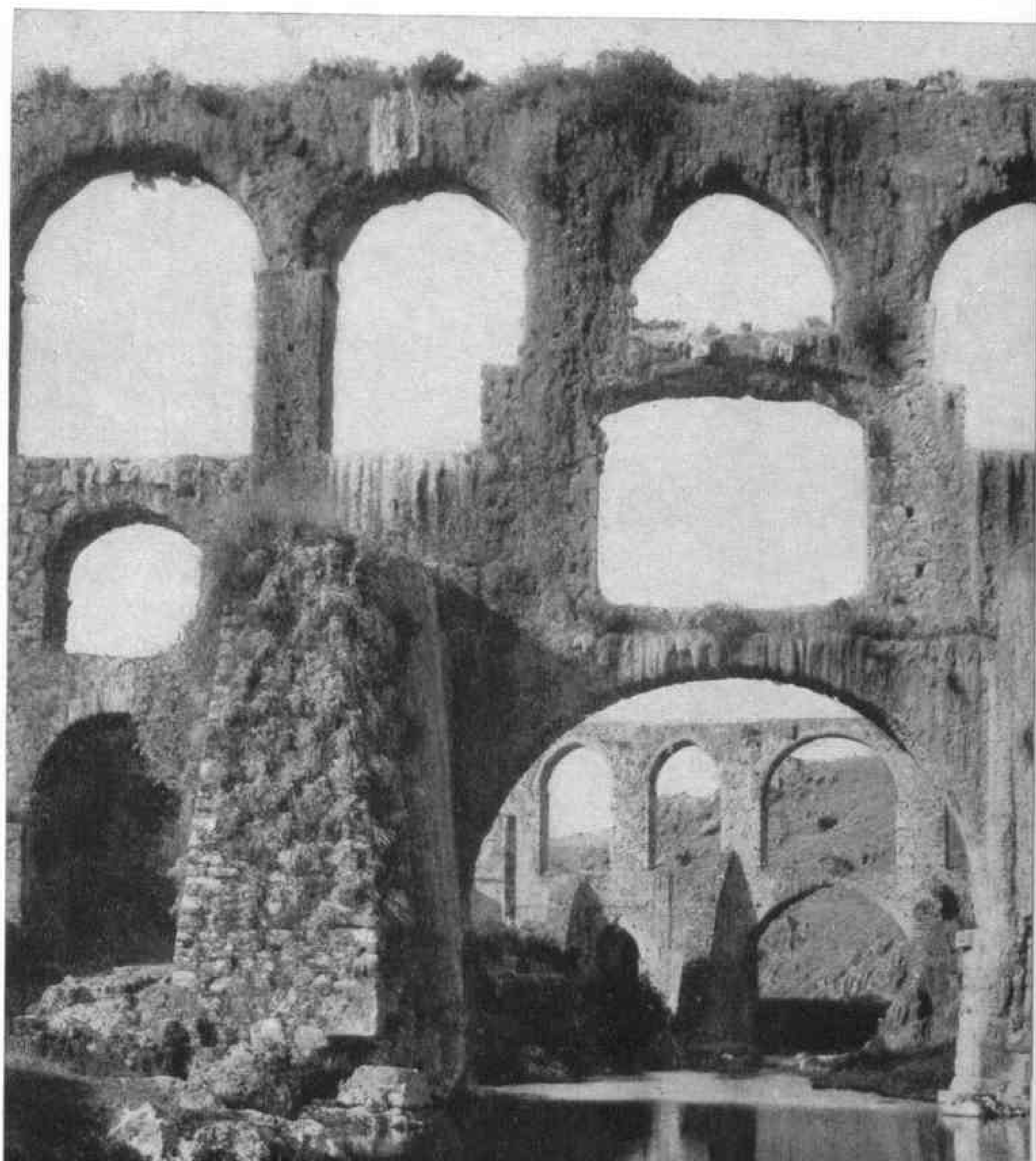
La carta de Plinio pone, empero, bien en claro que el único punto legal por el que la administración romana podía perseguir en masa a los cristianos era el de considerar ilícitas las asambleas o asociaciones de los fieles. La ley romana distinguía entre *colegios* o corporaciones *lícitas* e *ilícitas*. La diferencia capital estaba en que las corporaciones *lícitas* podían poseer, heredar, vender y pleitear con completa personalidad civil, mientras que las *ilícitas* carecían de estos derechos. Por lo regular, estas asociaciones *ilícitas* eran toleradas; pero el gran jurista Ulpiano declara formalmente que los miembros de un colegio ilícito son culpables de delito de sedición, que en la ley romana se castigaba con pena de muerte.

Es muy probable, pues, que en los años que median entre el reinado de Domiciano y el de Trajano debió de promulgarse un *senatus consultus* (cuya fecha y texto no conocemos) declarando ilícitas las asambleas cristianas, y esto explica las penas de muerte que aplica Plinio, tan meticuloso en cosas de ley. Por esto también ya a principios del segundo siglo empiezan las apologías de los escritores cristianos, dirigidas a veces al propio emperador para convencerle de la inocencia de sus doctrinas.

Pero que los cristianos se daban cuenta de su fuerza, debida a su número y a su fe, y que algunos harían alarde de ello, parece manifiesto por la *Apología* de Tertuliano, de últimos del siglo II. Este indica textualmente que los cristianos están esparcidos por todo el Imperio en multitudes enormes, y casi amenazan al poder civil. Por ahí debe hallarse la razón técnica de las persecuciones, y de por qué la existencia del cristianismo apareció muy pronto como un peligro para el Imperio: no era un culto extranjero, como los demás, y por tanto fácil de absorber o tolerar, sino lo que hoy llamaríamos una sociedad religiosa secreta dentro del ámbito imperial.

No menos significativo de una singulari-

Esmirna. Ruinas de los acueductos antiguos.



dad persecutoria aparece el texto de la Carta 1.ª de San Pedro: «Que ninguno de vosotros sea condenado por asesino, ladrón, malhechor, o por meterse en lo que no le importa; pero si le condenan por cristiano, que jamás se avergüence de ello.» Los cristianos no olvidaron nunca esta recomendación. He aquí algunos párrafos del ya citado Ignacio de Antioquía, que escribe a los cristianos de Roma para prevenirles de su llegada en calidad de preso, acusado de ser cristiano: «Desde la Siria vendré a Roma para luchar con las fieras. Por mar y tierra, de día y de noche, vengo acompañado de diez soldados que son peores que diez leopardos. Sólo resultan más malos cuando alguien les trata bien. Que pueda yo tener la alegría de gozar con las bestias que están preparadas para mí, y que pueda animarlas para que me devoren pronto y no tengan miedo de atacarme. Si no me embisten, yo las obligaré. Perdonadme: ya sé ahora lo que es ser discípulo... Vengan el fuego, y la cruz, y el romperse los huesos y aplastarse todo el cuerpo, y todas las torturas del infierno, si esto me lleva a Jesús.»



Nicho que contenía reliquias de mártires, donde más tarde se depositaban las ofrendas.

Para mejor demostrar todavía el espíritu de los mártires, vamos a copiar algunos párrafos de una carta de la iglesia de Esmirna narrando el martirio de San Policarpo.

«Policarpo fue llevado en un carro al estadio de Esmirna por el capitán de la policía y su hijo. En el camino trataron de persuadirle con estas palabras: — ¿Qué te cuesta decir *Santo César,* sacrificar y salvar tu vida? — El, de momento, no contestó, pero después dijo: — No voy a hacer lo que me aconsejáis.— Por lo que le regañaron y, al bajar del carro, le dieron un empujón y se hirió en la barba con la caída. Pero levantándose entró en el estadio, como si nada le hubiera ocurrido, y se oyó una voz de lo alto que decía: — ¡Policarpo, no desfallezcas, condúcete como un hombre! — En seguida el procónsul le preguntó si era Policarpo y después le dijo: — Tengo respeto por tu edad; jura por el genio del César, arrepiéntete y di: ¡Abajo los ateos!... — Pero Policarpo, mirando gravemente a la multitud, que llenaba el estadio, suspiró, y de cara al cielo, dijo: — ¡Abajo los ateos! — A lo que el magistrado, tomando ánimo añadió: — Jura que reniegas del Cristo y te dejaré libre. — Policarpo le contesto: — Ochenta y seis años le he servido y no me ha hecho daño, ¿cómo quieres que blasfeme del Rey que me ha salvado?

»Otra vez el magistrado insistió, pero Policarpo dijo: — Si tú me pides que jure por el nombre de César, escucha lo que te digo: yo soy cristiano. Mas si tú deseas conocer lo que es el cristianismo, fíjame día y hora y te lo enseñaré.—El procónsul (evidentemente señalando al gentío, ebrio de sangre, que llenaba el estadio) le dijo: — Persuade al pueblo primeramente... Mira, tengo bestias fieras y te echaré a ellas si no te arrepientes. — Arrepentirse del bien — replicó Policarpo — es un cambio que no haré nunca, pero es muy noble cambiar la maldad por la bondad. — A lo que el procónsul amenazó otra vez: — Si tú no haces caso de las fieras, te haré quemar, a menos que te arrepientas. — He aquí la respuesta de Policarpo: — Tú me amenazas con fuego que

consume en una hora, y no conoces el fuego eterno, que está reservado a los impíos. Acaba. Haz lo que quieras... — A lo que el procónsul, sorprendido, envió al heraldo a proclamar tres veces, en medio del estadio: —Policarpo ha confesado ser cristiano. —Y cuando los gentiles y judíos que residían en Esmirna oyeron esto, gritaron furiosamente: — ¡Este es el Maestro del Asia, el padre de los cristianos, el destructor de los dioses, que enseña a muchos a no sacrificar!... — Y pidieron que le soltaran un león. Pero era ya tarde y se habían terminado las luchas...» La carta continúa dando detalles interesantísimos, que resumiremos brevemente. Encendieron una pira y a ella subió Policarpo, después de haber hecho una larga oración; pero el fuego formó como una bóveda alrededor de su cuerpo, por lo que fue necesario llamar al verdugo, que le hirió con una espada. A *instigación de los judíos* el cuerpo fue quemado. «Pero nosotros — sigue diciendo la carta — reunimos sus huesos, más preciosos que diamantes y más estimados que el oro, y los guardamos en un lugar apropiado, donde el Señor nos permitirá reunirnos y con alegría celebrar el aniversario de su martirio.»

He aquí, pues, ya el culto a los mártires bien documentado. Es probable que el martirio de Policarpo ocurriera en el reinado de Antonino Pío, el año 155, pero conviene recordar que San Policarpo había sido amigo de San Juan Evangelista, y como ambos lograron una edad avanzada, los discípulos que recogieron los restos de San Policarpo pueden considerarse como la tercera generación después de Jesús. Las persecuciones dieron héroes y leyendas a las iglesias locales, que se sintieron alentadas a glorificar su memoria. Las iglesias más distantes se participaban unas a otras los detalles de sus martirios, y esto sirvió para unificar la Iglesia; por ejemplo, la maravillosa carta de las iglesias de Vienne y de Lyon, en Francia, en que se explican los detalles de una persecución, va dirigida a las iglesias de Asia y de Frigia. Y todavía en esta epístola, de mediados del siglo II, los cristianos de la Galia dicen que eran acusados de celebrar banquetes como Tiestes, o sea de canibalismo, y casamientos como Edipo, o sea de incesto. Por esto el martirio, en las primeras persecuciones, iba generalmente precedido del tormento, para hacer confesar estos crímenes a los cristianos. Los que resistían tan dura prueba sin claudicar, eran llevados, descoyuntados y heridos, a la cárcel, donde esperaban el día feliz de su muerte en el circo. Durante el tiempo que pasaban en la cárcel, enfermos y doloridos, los mártires se sentían llenos del Espíritu Santo y sus palabras tenían casi valor profético y dogmático. Nada más interesante, sobre este punto, que el librito llamado: *Pasión de las Santas Perpetua y Felicidad,* en Cartago, el año 202. Ambas santas eran jóvenes y estaban casadas, con hijos. Perpetua fue a la



Vasija para los Santos Oleos. Cartago.



Cristo y uno de los Apóstoles. Relieve del siglo III.

cárcel con un niño de pecho, y Felicidad, encinta de ocho meses, parió una niña tres días antes de sufrir el martirio. Ambas tuvieron visiones, predijeron lo que iba a ocurrir y escribieron sus sueños en la cárcel con una gracia inefable. El que recogió y puso en orden sus palabras acaba el relato diciendo que una santa como Perpetua no hubiera muerto si ella no hubiese querido morir.

Sin embargo, todas las persecuciones de los siglos I y II fueron intermitentes y locales. Dependían, más que nada, del número de enemigos que tenían los cristianos en cada localidad y del afán que sentían el populacho y el gobernador de martirizar a unos infelices a los que creían tontos o exaltados, pues se empeñaban en morir por un dios extranjero. Pero cuando, para dar fuerza y unidad a su gobierno, Caracalla promulgó un edicto concediendo el derecho de ciudadanía a todos los hombres libres del Imperio, entonces era casi natural insistir en el culto al *genio* del emperador. Hay que recordar que el Imperio romano se había formado por agregación de los pueblos más diversos. Recuérdese que el culto del genio de Roma y el que se tributaba a Augusto eran, más que el ejercicio de un deber civil, una práctica religiosa. El *genio* del emperador no era el alma del monarca reinante, ni era su personalidad divinizada que substituyera a los otros dioses del Olimpo. El *genio* de una persona era algo extraño al mismo individuo. Las otras sectas orientales no veían nada incompatible con su fe en el hecho de poner unos granos de incienso en un brasero y pronunciar unas palabras vacías de sentido. Sólo los judíos se habían resistido a participar en todo culto o ceremonia que pudiera interpretarse como infidelidad al Dios del Sinaí; y los romanos, que detestaban al *pueblo escogido,* le concedieron un régimen de excepción que era casi justo, porque los judíos eran súbditos de una nación que legalmente estaba sólo bajo la protección de Roma. Pero cuando, después de largo sitio, Jerusalén fue tomada por las legiones de Tito y su autonomía nacional fue suprimida, esta tolerancia se hizo menos efectiva, y no hay que decir que no serían los cristianos quienes se beneficiaran de la antigua posición jurídica de los judíos.

En las últimas persecuciones ya no se trata de incestos y otras calumnias, sino simplemente de desertores encubiertos bajo escrúpulos de conciencia, como los que en nuestros días se han negado, en algunos países, a ingresar en filas porque sus principios religiosos o morales les impiden tomar parte en la guerra. Septimio Severo prohibió, bajo penas severas, hacerse cristiano. Decio obligó a los cristianos a sacrificar a los dioses del Imperio y abjurar de Cristo. Los edictos de Valeriano obligaban a los obispos a adherirse oficialmente a los dioses

del Estado y renunciar a constituir comunidades con sus iglesias.

A mediados del siglo III después de Jesucristo el Imperio romano empezaba a desquiciarse, y de ello se daban cuenta los emperadores más avisados. La presión de los bárbaros se iba haciendo insoportable y se necesitaba una disciplina interior para contrarrestar aquel peligro. La falta de espíritu cívico se imputaba a la relajación del culto debido a los antiguos dioses. Pretender renovar una fe que ha caducado es absurdo, y de ello estaban convencidos la mayoría de los paganos, pero sí creían que se podía substituir por una fe más filosófica, como el culto al dios solar Mitra, o simplemente con una piedad laica, basada en el sentimiento de solidaridad y respeto a la ley, que representaba el *genio* del emperador. Pero esta idea de divinizar el concepto del Estado personificándolo en un hombre repugnaba a los cristianos, que rendían culto al verdadero Dios. Y de aquí el contraste, la obstinación del gobierno imperial y las persecuciones.

Los gobernantes romanos exigían bien poco; en la mayoría de los casos no se iba en busca de los que estaban escondidos y, por lo menos en Egipto, bastábales a los sospechosos con enviar firmada al magistrado competente una minuta oficial, como declaración de ciudadanía. Se han encontrado varios papiros en Egipto con estas minutas, algunas firmadas a veces en nombre de otro, por no saber o no querer firmar el interesado, y parece que con este expediente se contentaba el funcionario encargado de tomar la declaración. Pero la sangre corrió a torrentes... Era sin duda designio providencial que la Iglesia se fortaleciera con la sangre de los mártires. Tuvo que organizarse, como en tiempo de guerra, y la autoridad de los obispos se robusteció con las persecuciones. El obispo era el general, que dirigía el combate contra Satanás, invisible, y contra el visible poder del gobierno imperial. Después de los apóstoles, todas las comunidades tuvieron su obispo, escogido éste todavía dentro de la Iglesia misma. En un principio, los obispados fueron como monarquías electivas, y las iglesias se gloriaron de la serie de sus obispos, algunos de ellos mártires, otros grandes doctores. La reputa-



El Buen Pastor de las Catacumbas.

ción de algunos de ellos les dio cierta autoridad sobre sus colegas, formándose así la jerarquía del obispo metropolitano, como superior de los otros obispos de su nación o provincia. Las iglesias de Antioquía, Roma, Alejandría y Cartago, al final del siglo III, habían sido ya regidas por tantos santos y varones ilustres, que su derecho a ser cabezas de toda una región parecía una cosa indiscutible, y con mayor universalidad sobre todo por parte de la de Roma, y de este hecho a la concentración de toda la autoridad espiritual en el Pontificado solamente hay un paso.

Mientras tanto, se iba formando el repertorio de imágenes caras a los cristianos. La figura más deseada, esto es, la del Cristo, tenía dificultades casi invencibles. No sólo existía el peligro de caer en las idolatrías de los paganos, sino que la información que procuraba a este respecto la escritura santa era vaga y aparentemente contradictoria. Isaías dice que el Mesías no tendrá belleza que pueda hacerlo deseable; Tertuliano, con su apasionamiento africano, casi insiste en que Jesús debe ser feo, para que no le amemos pór su belleza.

Así es que se recurrió al expediente de representarlo primero como el Buen Pastor y después como un joven imberbe con nimbo cruciforme.

Hasta bien entrado el siglo IV no tomó Jesús el tipo definitivo del Redentor, con barbas finas, ojos negros y cabellos lacios, que es todavía el máximo consuelo de la Humanidad doliente.



Vidrios dorados con retratos de fieles cristianos.



Vista general de Constantinopla.

8 LAS SECTAS GNOSTICAS Y EL CONCILIO DE NICEA

HAY que abrir aquí un paréntesis para explicar la defensa de los cristianos mediante apologías en tiempo de las persecuciones y la resistencia a tolerar las herejías filosóficas llamadas gnósticas: *gnosis* quiere decir en griego conocimiento. Las gnosis, muchas y muy variadas, tenían como origen la dificultad de aceptar que Jesús era Dios como el Padre, y ello mucho antes de que Arrio precisara esta dificultad, situación que tuvo que resolverse con el concilio de Nicea. Los herejes gnósticos empezaban sus sistemas teológicos declarando que el Dios creador, o sea el Padre, tenía que ser de tal grandeza, pureza y bondad, que no podía haber producido el Universo imperfecto y a menudo malo. A este Dios supremo primero, incomprensible, no podía atribuirse la Ley mosaica. En consecuencia, el Antiguo Testamento era creación humana... La ley, la naturaleza y el hombre son producto de espíritus intermedios. Dios está alejado del Universo: es infinito, incomparable a todo lo creado, careciendo de toda imperfección y de toda calificación. Hasta aquí esto es un concepto filosófico, pero los gnósticos trataron de explicar el mundo real y al hombre con Jesucristo como creador, es decir, con Jesús como Dios agente y activo. Al Dios infinito, universal y eterno le llamaron Dios puro, y al dios creador, o sea Jesús, Dios justo.

Entre ambos había una serie de elementos divinos, casi siempre por pares, que engendraban al inmediato, ya más próximo a la realidad. Les daban nombres semíticos o egipcios. Las sectas gnósticas habían producido cierto número de profetas en los países del Oriente y muy pocos en Egipto. El primero o más conocido de los profetas gnósticos es el llamado Simón Mago, del que se forjó la leyenda de un viaje a Roma



Una orante con su hijo. Rogando sin levantar las manos excesivamente, con modestia y moderación.

para obtener de San Pedro la facultad de resucitar a los muertos.

La ida de Simón a Roma ha sido descartada recientemente, pero de que Simón practicó la magia en gran escala en Samaria no cabe duda, porque San Justino y San Ireneo pudieron comprobarlo.

Simón iba acompañado de una mujer, llamada Elena, y explicaba que hay un Poder supremo que creó los ángeles, los cuales a su vez crearon el mundo. El matrimonio y la procreación eran considerados pecaminosos. Simón recomendaba también el comer sólo vegetales. Estos consejos o mandamientos se encuentran en casi todas las subsiguientes sectas gnósticas, que, según San Ireneo, aparecieron como setas en el bosque, tal era su abundancia. Simón pretendía hacer milagros y de él procede la palabra simonía empleada todavía para calificar la corrupción de los eclesiásticos.

Aunque determinados consejos o mandamientos son comunes a todas las predicaciones de los profetas gnósticos, algunos daban a su doctrina caracteres especiales, como el acentuar la creencia en la segunda venida de Jesús. Tres de los fundadores de iglesias gnósticas aseguraron que habían recibido la revelación de que Jesús iba a aparecer pronto en las nubes y cuidar de los creyentes por espacio de mil años. Tan seguros estaban de esta venida, que abandonaban los hogares y marchaban en masa hacia el Oriente. Uno de ellos podía determinar el lugar, un valle estéril junto al Eufrates, y allí se consumieron los devotos esperando años. Aunque algo de la gnosis llegó a Roma, el mal se fue diluyendo y poco se percibe de su influencia en el dogma católico romano.

Simultáneamente, la Iglesia romana fue precisando el canon o serie de libros sagrados que constituyeron el Nuevo Testamento. A finales del primer siglo de la Era, los cuatro evangelios canónicos ya estaban reconocidos como libros santos e inspirados por Dios. El relato de la vida de Jesús y el recuerdo de sus palabras se había conservado en textos cortos llamados *Logía* o sentencias. De ellos se aprovecharon Mateo, Marcos y Lucas. Sus tres evangelios tienen tanto parecido entre sí, que se han llamado sinópticos. El cuarto evangelio, atribuido el apóstol San Juan, es mucho más destacado y tiene infiltraciones de gnosticismo. A Jesús se le califica de Logos o Palabra divina y hay paralelismos que se corresponden con el estilo de los profetas gnósticos: emplea las antinomias Luz-Tinieblas, Verdad-Mentira y Angel de la Luz-Angel de la Obscuridad...

En todo caso, el evangelio de San Juan aparece ya incluido en la lista llamada *Canon de Muratori,* por ser Muratori quien lo descubrió en un palimpsesto de Ravena del siglo I. También contiene la mayoría de los otros libros del Nuevo Testamento, y casi en su orden actual definitivo. Además, la iglesia romana utilizaba un texto llamado *Didaché,* que significa doctrina, en el cual se propone una moral y se regula el rito de los sacramentos. El manuscrito más antiguo de la *Didaché* fue descubierto en Constantinopla hace unos ochenta años, pero hay referencias romanas a la *Didaché* del siglo II. Hay que mencionar también un libro rústico, algo novelesco, escrito por un miembro de la iglesia de Roma. Era un campesino llamado Hermas, hermano del papa San Lino. El Señor le comunicó a Hermas muchos consejos morales, que repite intercalando parábolas edifican-

tes. El libro de Hermas, llamado *El Pastor*, se leía en las reuniones de los fieles después de la cena común los sábados por la noche.

Al comenzar el siglo II, la Iglesia católica romana, ya bien establecida, tenía el prestigio que le daban los martirios de San Pedro y San Pablo, que la fundaron. Era reconocida por las demás comunidades cristianas, desde el Eufrates hasta la Galia, como cabeza de todas las iglesias cristianas. Por su vecindad con la administración imperial se creía con derecho y deber de contraatacar en tiempo de persecución. Esto dio origen a una serie de alegatos o apologías en favor de la religión cristiana para convencer a los emperadores de la injusticia de las acusaciones contra los creyentes. Era una literatura casi de propaganda y producida por personas de educación filosófica que veían con disgusto la persecución por el solo hecho de llamarse cristianos. La primera apología para convencer al emperador filósofo Marco Aurelio no parece haber producido mucho efecto. Su autor, Celso, era un erudito pagano que distingue las sectas gnósticas de la *Gran Iglesia*. Su tratado, llamado *Discurso verdadero,* aconseja a los cristianos que abandonen su separación y se asocien a la religión del Estado. Celso temía que se debilitara la fuerza de Roma.

Otras apologías fueron redactadas para convencer al emperador Antonino Pío. La de Arístides compara las religiones de los bárbaros, los judíos, los griegos y los cris-

Relieve de un sarcófago del siglo III con la alegoría del origen y fin del hombre.

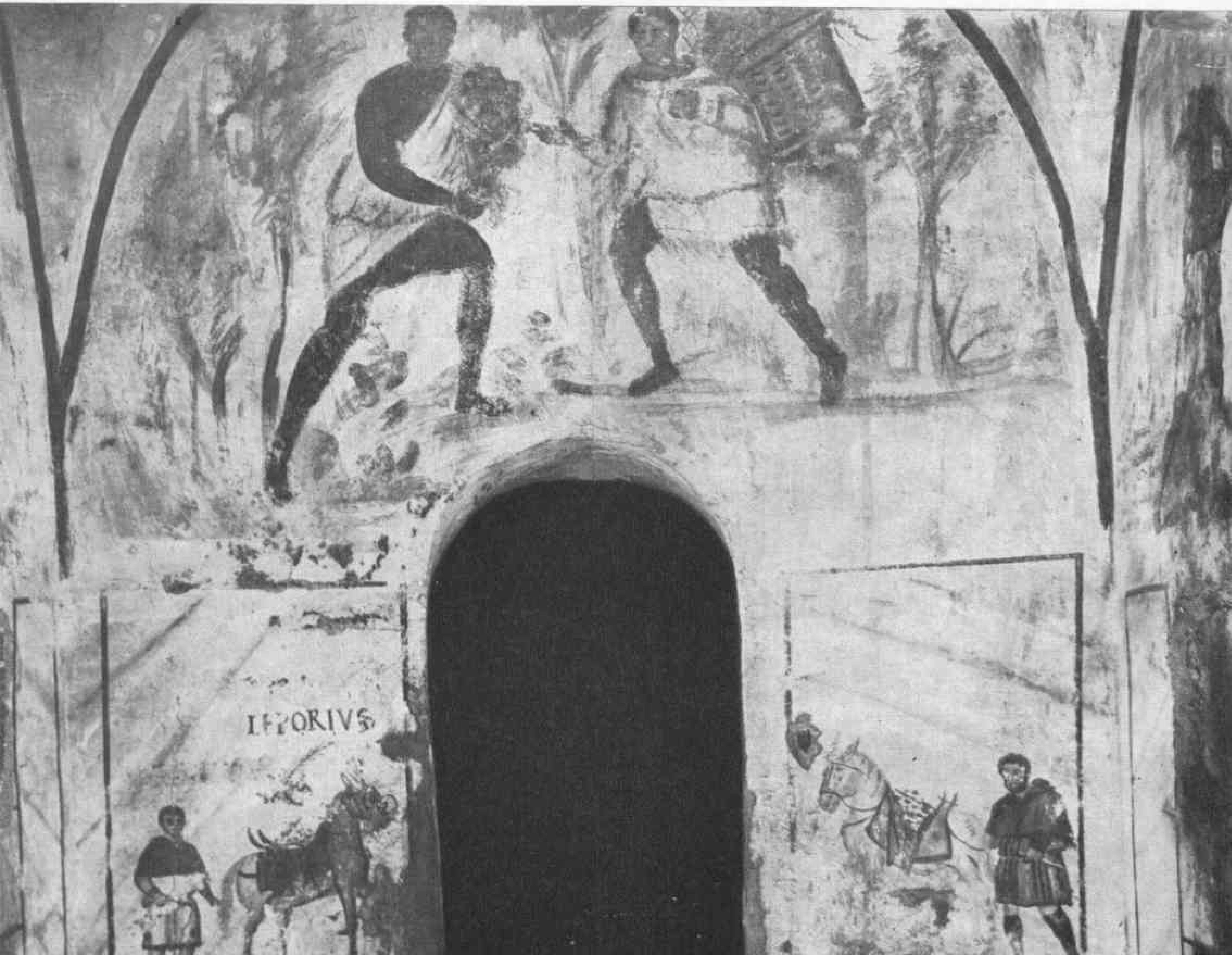


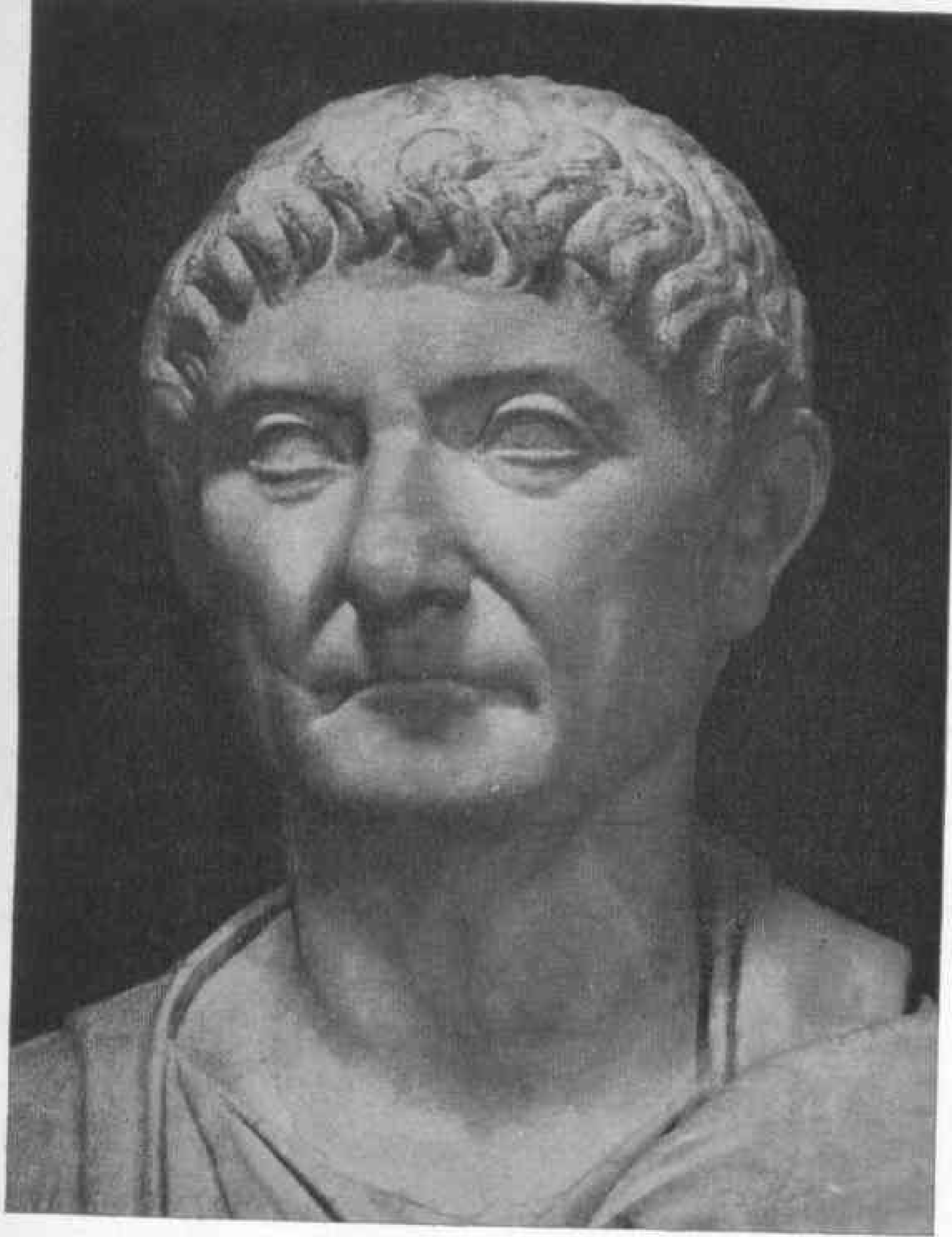
tianos y ensalza las virtudes de estos últimos. Justino era otro filósofo que vivía y vestía como tal. Iba con una capa corta de ciudad en ciudad, predicando sus principios filosóficos. Primero explicaba un puro platonismo, pero cuando contempló escenas de martirio y se dio cuenta de la sinceridad de los mártires, se convirtió al cristianismo y escribió su apología. Los retóricos paganos se enfurecieron contra aquel intruso en el campo de la filosofía y consiguieron que fuera condenado como enemigo del Estado. San Justino murió mártir en Roma.

A mediados del siglo III la caída del Imperio romano parecía inminente. Algunas tribus francas habían invadido la Galia y España. Los godos habían arrasado la Dacia (hoy Rumania) y habían llegado hasta Efeso. Armenia se había perdido, y por el Este los persas habían vadeado el Eufrates. El emperador Valeriano, que acudió con presteza a detenerlos, fue vencido y, hecho prisionero, sirvió de escabel mientras vivió, según la leyenda, al rey Sapor cuando éste se sentaba en el trono.

Sin embargo, Claudio y Aureliano, dos emperadores aclamados por las legiones, rechazaron a los bárbaros y hasta restablecieron las fronteras por el Oriente. Los muros de Aureliano, que dan la vuelta entera a la ciudad, todavía causan asombro al que visita Roma; parece imposible que, en medio de tantas dificultades, Aureliano encontrara recursos suficientes para construir las gigantescas torres y la altísima muralla que han protegido a Roma hasta nuestros días. Más aún, un sucesor de Aureliano trató de salvar el Imperio, no sólo con batallas, sino con una nueva organización. Para muchos la llamada Edad Media debería empezarse a contar desde el año 284, cuando Diocleciano fue proclamado emperador. Con

Fresco en una cripta herética con escenas de la recolección de la uva. Roma.





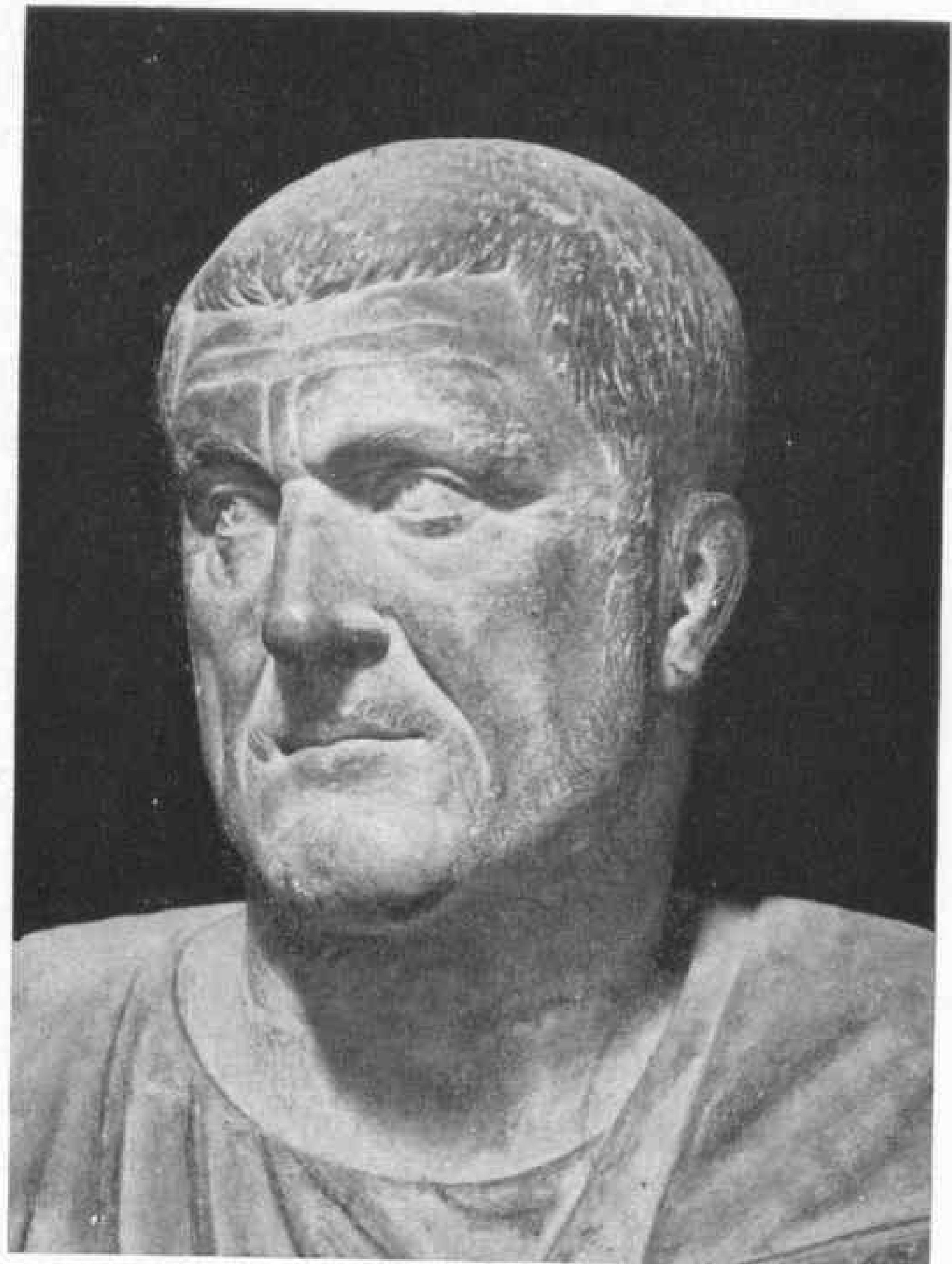
Diocleciano Augusto. Roma.

él, por lo menos, empieza una nueva era; el Imperio romano es algo diferente antes y después de Diocleciano.

Por de pronto, Diocleciano se asoció a su lugarteniente Maximiano, lo cual no tenía nada de particular porque otros emperadores habían gobernado también con colegas de igual categoría; pero esta vez Diocleciano y Maximiano se dividieron el Imperio: el uno se encargó del Oriente, y el otro, con plena autoridad, fue casi un primer emperador del Occidente. Ambos tomaron el nombre de *Augustos*. Diocleciano casó a su hija con un dacio corpulento llamado Galerio, al que dio el título de *César*, y Maximiano, a su vez, nombró *César* suyo al noble romano Constancio Cloro, padre de Constantino. Constancio estaba ya casado entonces con una mujer que había sido mesonera en su juventud, la misma que después fue Santa Elena, pero hubo de repudiarla para casarse con la hijastra de su Augusto y darle así garantía de fidelidad. Diocleciano, el iniciador de esta *tetrarquía* estableció su corte en Nicomedia, en el Asia, casi enfrente de la antigua Bizancio. Galerio residió en Sírmium, la actual Belgrado; Maximiano en Milán y Constancio en York o en Tréveris, para defender el Rin y la Bretaña. A Roma se le respetaron sus honores de capital, pero en realidad comenzó a vivir sólo del prestigio de su glorioso pasado y amenazada de convertirse en ciudad santa, buena para legitimar una corona después de una sublevación, pero no para decidir los destinos del mundo.

Otro cambio importante fue la nueva división del Imperio en doce grandes *diócesis*, repartidas a su vez en provincias. El número de estas últimas varió con el tiempo; cuando Diocleciano empezó la reforma había sólo 57, pero a su muerte sumaban 96, y en ocasiones su número llegó a 112. Por ejemplo, España estaba dividida en seis provincias y la Galia en quince. La misma Italia, que había sido siempre considerada como una extensión de Roma, fue dividida en

Maximiano Augusto. Roma.





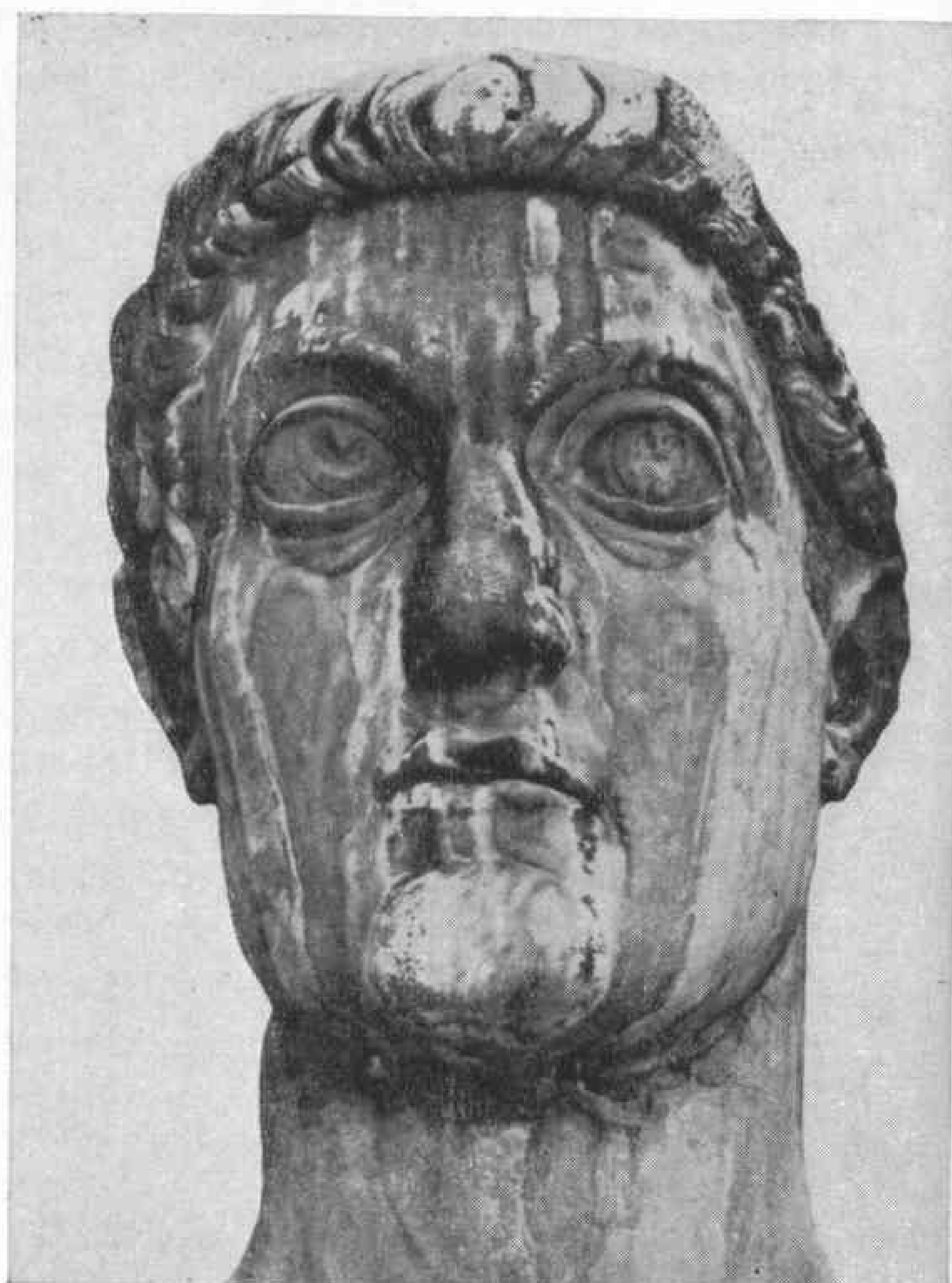
El césar Constancio Cloro. Capitolio. Roma.

el homenaje religioso de los súbditos, que los cristianos se negaban a tributar, y, por lo tanto, recrudecieron las persecuciones. Constancio, más refinado y tolerante, no parece haber tratado cruelmente a los cristianos, pero Galerio, brutal y salvaje, impulsado por su madre, sacerdotisa de una divinidad bárbara, empleó toda su energía para perseguir a los confesores de Cristo. Diocleciano, algo indeciso en este punto, no se dispuso a molestar a los cristianos hasta recibir indicaciones del oráculo de Delfos. En cuanto a Maximiano, no pudo menos de imitar a sus compañeros de mando, y en especial puso empeño en separar del ejército a los cristianos y, en caso de contumacia, castigarlos severamente. Por el número imponente de mártires que sufrieron en las distintas regiones de la tetrarquía, y por el rigor de las medidas tomadas contra los templos y el culto, así como contra el sacerdocio y los fieles, la persecución de Dio-

doce provincias, y Egipto, hasta entonces feudo personal del emperador, se vio incluido en la nueva organización. A la cabeza de las diócesis estaban los *vicarios* de los Augustos. Los gobernadores de las provincias tomaron diferentes títulos: prefecto, procurador o procónsul. Esta subdivisión de las antiguas provincias romanas tenía por objeto impedir que pretendientes ambiciosos se hicieran feudos para apoyar sus pretensiones. Lactancio dice que «Diocleciano trituró al Imperio en pequeños fragmentos para poder aterrorizar al mundo». Pero además lo hizo para centralizar el gobierno, y, sobre todo, concentrar las contribuciones en el peculio de los Augustos. En esta época desaparece toda idea de tesoro del Estado; el dinero del erario fue propiedad del emperador. Los gastos del Estado se consideraron como *gastos* imperiales, y todo el mundo aceptó la idea de que *el Palacio* era la corte, el gobierno y la capital.

A consecuencia de esta centralización y despotismo, los tetrarcas insistieron en exigir, para ellos y para los dioses del Imperio,

Constantino, hijo de Constancio Cloro.
Museo del Capitolio. Roma.





El puente Milvio, junto al lugar donde se dio la batalla entre Magencio y Constantino.

cleciano bien merece el dictado de *Gran persecución* con que ha pasado a la Historia; representa el máximo esfuerzo del Imperio contra el cristianismo, el cual muy pronto triunfaría de los dioses antiguos.

Tal fue la política de los cuatro corregentes hasta 305. En esta fecha, Diocleciano, que tenía ya cincuenta y nueve años, reunió sus tropas cerca de Nicomedia y delante de ellas renunció al título de Augusto. Se había convenido que Maximiano abdicaría también y que los dos Césares ascenderían a Augustos. Ellos, por su parte, elegirían los nuevos Césares, que a su vez serían más tarde otros Augustos. Diocleciano pensó haber hallado de este modo un sistema excelente para regular la sucesión imperial. Era evidente que un príncipe que reuniera todas las condiciones necesarias no podía traspasar su poder a su hijo y fundar una monarquía hereditaria; el Senado, como asamblea electora, había probado su incapacidad, y era peligroso dejar la elección a las legiones. La idea de Diocleciano de que los hijos de los Césares fuesen excluidos de la sucesión, para evitar que el gobierno cayera en manos ineptas, parecía obligar a los Augustos a elegir a los más aptos. Resulta muy interesante advertir que el proyecto de Diocleciano se parece a una de las constituciones de Bolívar, cuando éste proponía un presidente vitalicio que elegiría al vicepresidente que debía ser su sucesor. Pero al retirarse Diocleciano se vio ya la imposibilidad de aplicar este régimen. Los hijos de Constancio y Maximiano, inteligentes y ambiciosos, no se resignaron a ser preteridos, después de haber participado algo del poder en las cortes de sus padres. Así, pues, Constantino y Magencio se levantaron en Occidente, mientras Galerio, ascendido a Augusto, conservaba las provincias orientales con otro César por él improvisado.

Para asegurarse primero en Occidente, Constantino atacó a Magencio, venciéndolo en la batalla de Puente Milvio, a las puertas de Roma. Era el 25 de octubre de 312. Es innegable que, ya desde este día, Constantino atribuyó su victoria a la protección que le había dispensado el Dios de los cristianos. Después explicó (y el historiador Eusebio consigna haberlo recogido de sus propios labios) como, durante su marcha contra Magencio, había visto en el cielo, encima del Sol, una cruz resplandeciente con la inscripción: *τούτῳ νίκα, con esto vencerás*. Impresionado por la visión, a la noche siguiente tuvo un sueño en el que se apareció Cristo, con la misma señal flameante que había visto en el cielo, ordenándole que la hiciese poner sobre sus

estandartes y se sirviese de ella como de arma defensiva contra sus enemigos. Al apuntar el día, Constantino llamó a sus generales y les contó la visión. A toda prisa buscaron entre los soldados quienes tuviesen el oficio de platero, y dirigidos por el propio Constantino, fabricaron el *Lábaro*, que más tarde se conservó en Constantinopla como preciosa reliquia entre las joyas imperiales. Era un estandarte formado por lanza de punta dorada y barra transversal, rematada con un círculo de pedrería que encerraba el monograma del Cristo.

Constantino, después de la batalla de Puente Milvio, entró en Roma, y allí levantó un arco triunfal, en el cual el Senado hizo grabar esta inscripción, que se lee todavía: «Constantino, por inspiración de la divinidad *(instinctu divinitatis)* y la grandeza de su genio, ha vengado a la comunidad en una guerra justa contra el usurpador y toda su gente.» Es, pues, evidente que Constantino, aunque no estuviese bautizado, contaba con tener en su favor al Dios de los cristianos.

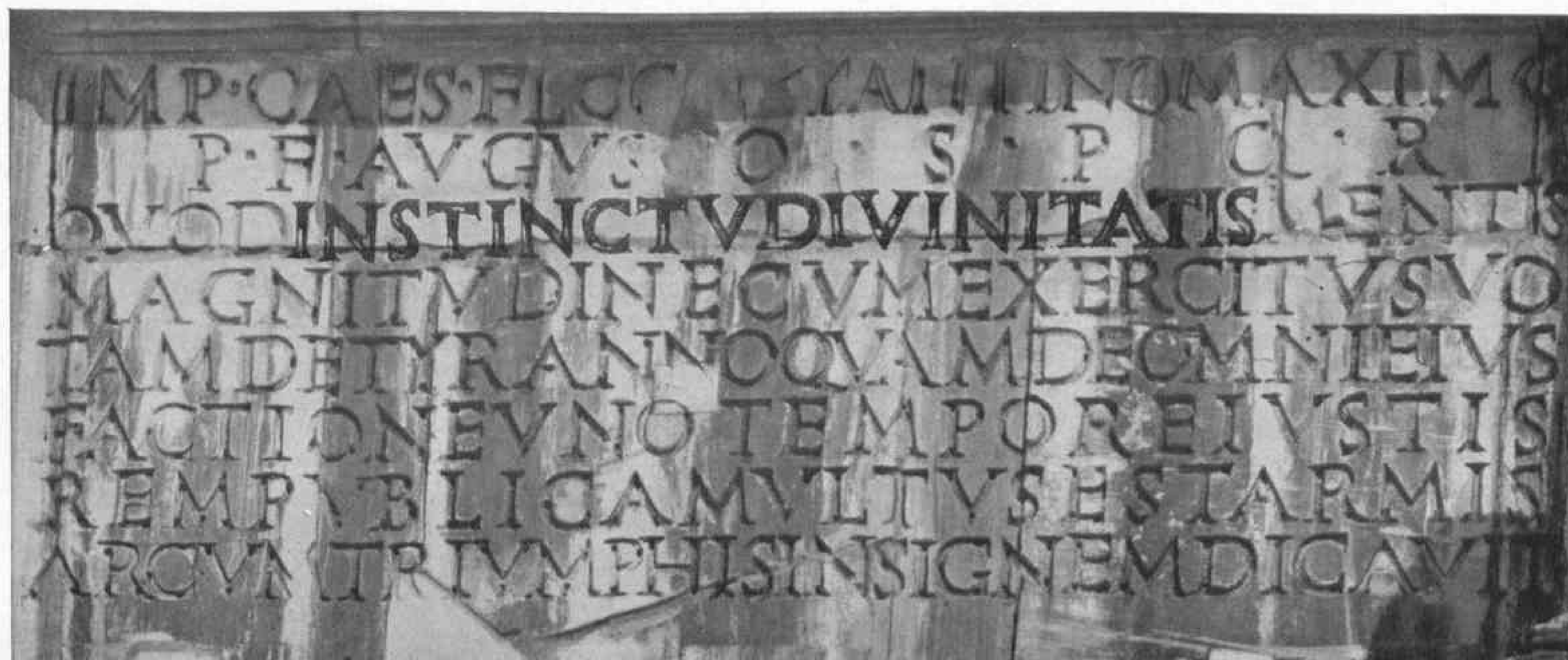
Mientras en Occidente Constantino se desembarazaba de Magencio, un *hombre nuevo* había aparecido en Oriente, un tal Licinio, que Constantino se vio obligado a aceptar provisionalmente como colega. Invitado por Constantino, Licinio acudió a Milán y ambos proclamaron en esta ciudad, en el año 313, el famoso edicto que lleva su nombre, posiblemente el documento más importante para la historia de la Humanidad. El llamado *edicto de Milán* dice textualmente como sigue:

«Siendo así que Constantino Augusto y Licinio Augusto nos hemos reunido en Milán, para discutir lo que conviene al interés y seguridad públicos, hemos llegado a la conclusión de que, de cuantas medidas puedan aprovechar a la Humanidad, ninguna es tan necesaria como la que sirva para regular el culto debido a la divinidad.

»Hemos decidido, por lo tanto, otorgar a los cristianos, y a todos los demás, perfecta libertad de practicar la religión que crean la mejor, para que así pueda propiciarse cualquier divinidad que esté en el cielo, y hacérnosla propicia para nosotros y para cuantos están bajo nuestra autoridad. Así es que hemos pensado que la política más razonable es que, bajo ningún pretexto, pueda privarse a nadie de la libertad de escoger su religión, tanto si prefiere la cristiana como otra cualquiera, para que la Divinidad libremente nos conceda en todas las cosas su favor y benevolencia.

»Por lo tanto, es bueno que se sepa que hemos decidido abolir todas las restricciones contenidas en previos edictos respecto a los cristianos, porque nos han parecido injustas y extrañas al espíritu de nuestra clemencia.

»Por esto, cualquier persona que desee



Leyenda que corona el Arco de Constantino en Roma. Obsérvese el *instinctu divinitatis*.



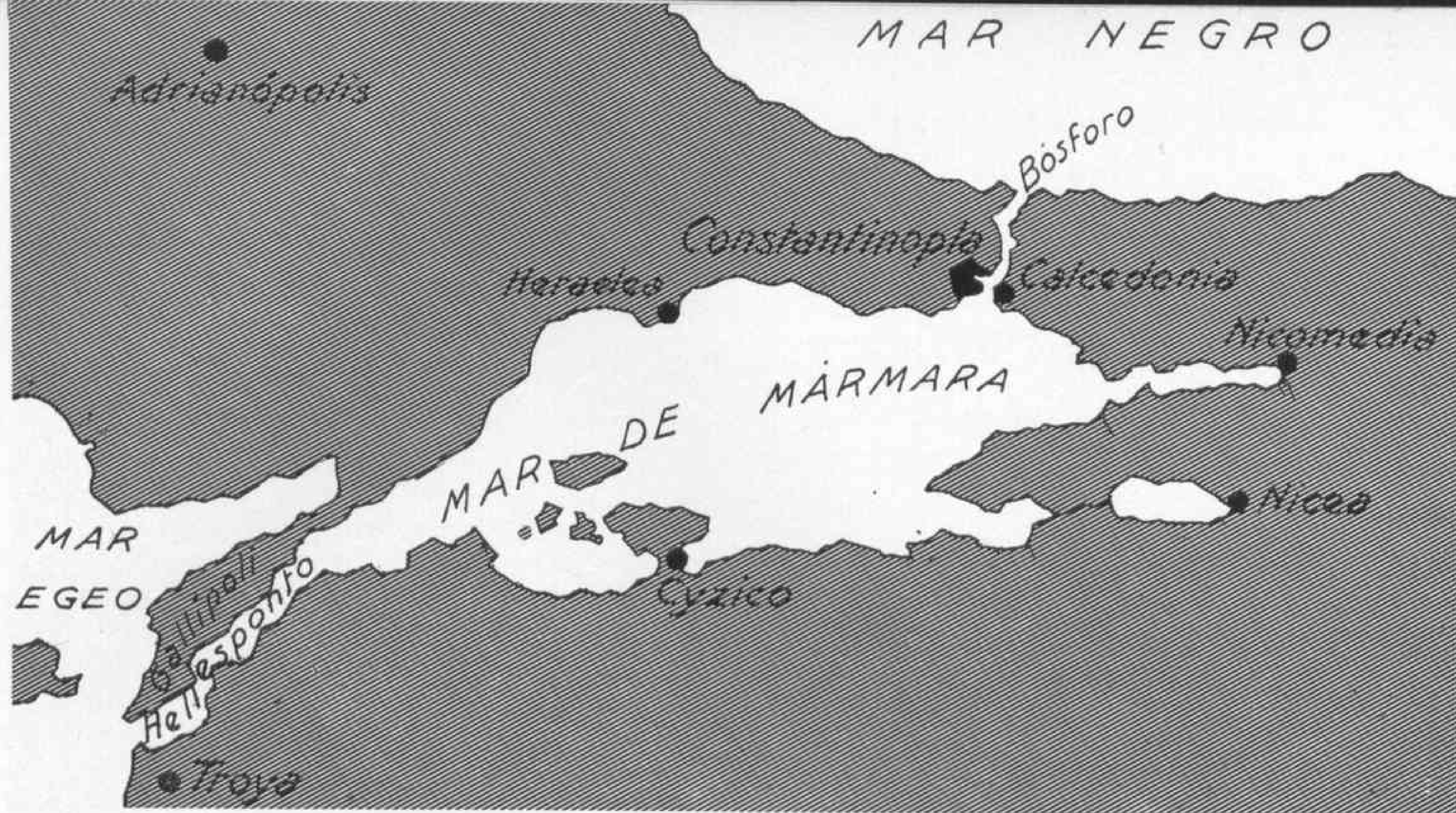
Arco de Constantino, en Roma, erigido para conmemorar su triunfo sobre Magencio.

abrazar o practicar la religión cristiana, tendrá desde ahora libertad de hacerlo sin ninguna limitación. Hemos creído necesario explicar bien estas cuestiones para que se sepa que hemos concedido a los cristianos el libre y completo derecho de practicar su religión.

»Pero de la misma manera debe entenderse que el mismo libre y completo derecho, conforme a la paz de nuestros tiempos, se concede a todos igualmente para que puedan practicar cualquier religión que ellos escojan. Y hemos decidido esto para que nadie, ni ninguna religión, sea desposeído del honor que se le debe.»

El lector habrá observado que lo que conceden Constantino y Licinio en el edicto de Milán es la libertad religiosa íntegra, completa y absoluta, ni más ni menos lo que llamamos nosotros *libertad de cultos.* Se repite varias veces que el edicto se promulga principalmente para proteger a los cristianos y acaba de probarlo la segunda parte del acuerdo estipulado en Milán con la restitución inmediata y gratuita de todos sus bienes religiosos, así los que estuvieren en poder del fisco como los que habían sido vendidos o donados a personas particulares, pero no se sigue con ellos una política de excepción. Recuérdese que ni Constantino ni Licinio eran cristianos: Constantino no se bautizó hasta la víspera de su muerte, y Licinio murió pagano. Es de notar, sin embargo, el carácter general que toma en las potestades imperiales la reacción en favor de los cristianos, ofreciendo incluso aspectos religiosos sorprendentes.

Hasta Galerio, el principal responsable de la gran persecución, consumido por una enfermedad horrible, trató de congraciarse con los cristianos para que rogaran por su vida. El curioso edicto de Galerio moribun-



Situación relativa de Constantinopla, Calcedonia, Nicomedia y Nicea.

do, dando también libertad de culto a los cristianos, acaba con este párrafo, que revela la desesperación de quien, por librarse de la muerte, se asiría de un hierro candente:

«...Y en pago de nuestra tolerancia, los cristianos rogarán a su Dios por nuestra salud, por la suya y por el bien del Estado, para que el Estado pueda estar seguro y prosperar, y ellos vivir tranquilos en sus casas.»

Este edicto, fechado en Sárdica el 311, es dos años anterior al edicto de Milán y a la supuesta conversión de Constantino. Los efectos sobrenaturales de la protección que podía dispensar el Dios de los cristianos se indican también en la oración que Licinio mandó recitar a sus soldados la víspera de la batalla de Adrianópolis, al regresar de Milán para reconquistar el Oriente. Licinio creía que su rival Maximino había logrado el concurso del olímpico Júpiter; por esto hizo correr entre las tropas la especie de que él había recibido del cielo unas palabras que todos los soldados tenían que repetir. Con ellas aseguraba el triunfo. La oración distribuida por el Augusto Licinio entre sus tropas dice así:

«Dios altísimo, venimos a ti, Santo Dios, venimos a ti. Encomendamos a ti nuestro derecho, encomendamos a ti nuestra seguridad, encomendamos a ti nuestra soberanía. Por ti vivimos, por ti ganaremos batallas y felicidad. Altísimo y Santo Dios, escúchanos. Extendemos hacia ti nuestras manos, ¡escúchanos, altísimo y Santo Dios!»

¡Qué pensar de esta oración! Ni una palabra para el Cristo, y es un documento oficial posterior de un año al edicto de Milán. El carácter propiciatorio de esta jaculatoria es innegable, pero se ve el deseo de invocar a Dios de modo que no pueda ofender a nadie que no sea cristiano.

Tal vez no sea ajena a tales hechos la creencia en los efectos mágicos, que, a últimos del siglo III, había substituido, en la mayoría de los espíritus superiores, a la fe religiosa y filosófica del paganismo. Posiblemente también, la experiencia de la inanidad de las últimas persecuciones hizo sentir a muchos la superioridad del Dios de los cristianos y el valor de su religión. Pero lo cierto es que, en estos días, todo hace presagiar una profunda mudanza religiosa en el Imperio. A la más cruel de las persecuciones sucede un afán intenso de tolerancia, y aun de favor, para los cristianos. En vísperas de la batalla de Puente Milvio,

mientras Magencio intenta todavía granjearse el favor de los dioses con toda suerte de sacrificios y sortilegios, los soldados de Constantino aparecen con el monograma de Cristo grabado sobre sus escudos, emblema verdaderamente inusitado. Y en Constantino hay algo más que una simple actitud benévola para con los cristianos, impulsada por intereses políticos. Si se hubiera inspirado solamente en las tendencias religiosas de sus subordinados, el emperador de Occidente no podía hallar razón alguna para abandonar a los antiguos dioses, ni ventaja política que le indujera a decla-

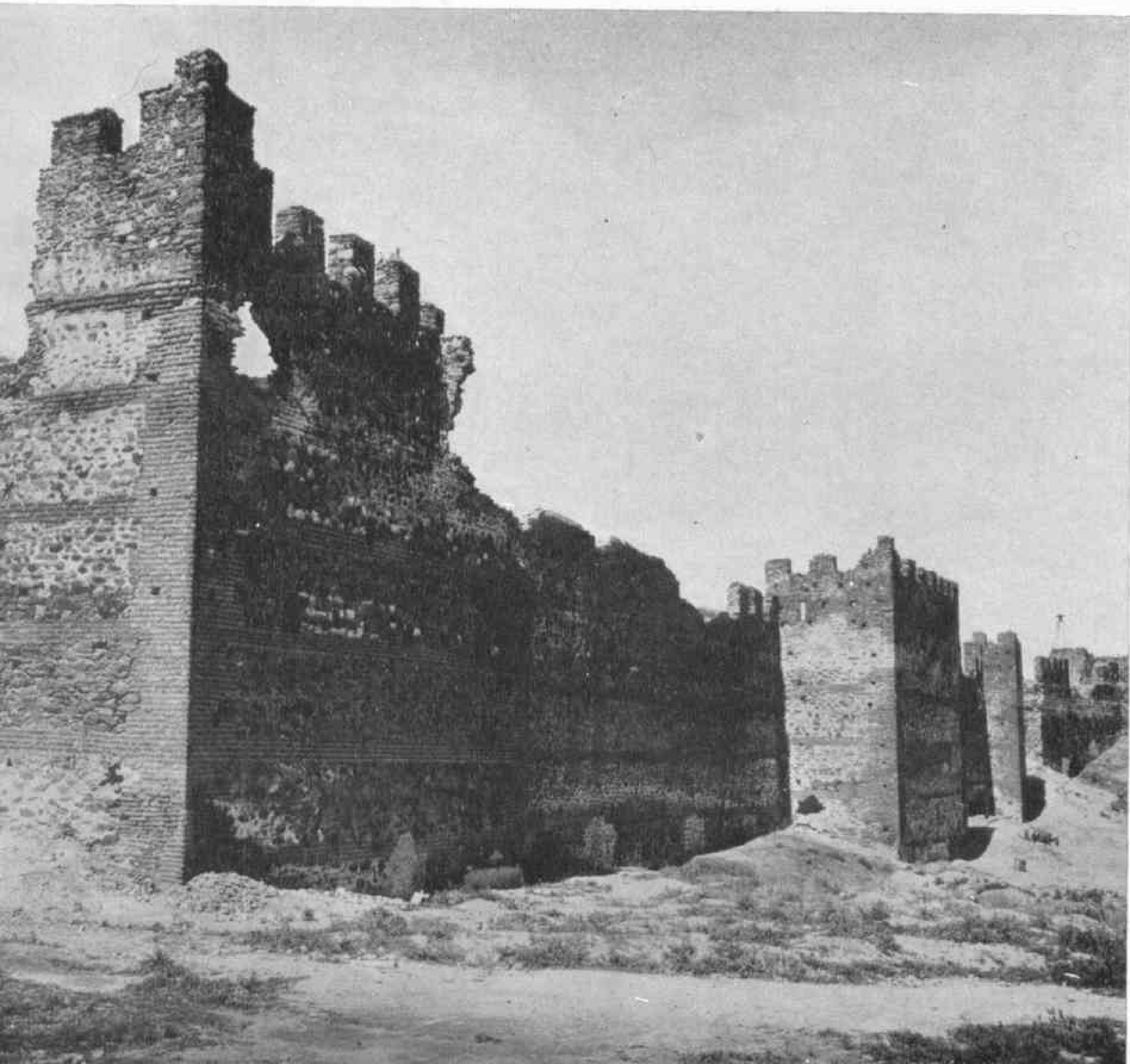
Relieve del arco de Galerio en Salónica. En lo alto, la entrada triunfal del emperador en su carro; en el centro, un combate con los bárbaros; debajo, el Augusto y su César sentados sobre los mantos del Sol y de la Luna, entre dioses, y la Tierra y el Océano reclinados en los ángulos inferiores.



rarse cristiano. Después de la victoria de Puente Milvio, Constantino, no sólo se ha convencido de que está bajo la protección del Dios de los cristianos, sino que desde entonces habla y obra siempre, en materias religiosas, como un creyente convencido. En su ánimo se ha obrado un cambio profundo; puede hablarse, sin temor, de verdadera conversión al cristianismo. El Imperio va a entrar en la fase decisiva de su historia; los sucesores bizantinos de Constantino no tardarán en poner al pie de su nombre el apelativo, significativo, de *príncipe cristiano y emperador de los romanos.*

Por algún tiempo pareció que Constantino y Licinio iban a instaurar una nueva tetrarquía; ambos adoptaron a sus hijos como Césares. Pero el año 321 la guerra se declaró de nuevo entre los dos Augustos, y tras una campaña rápida, de tres batallas sucesivas, Constantino obligó a Licinio a deponer la púrpura y suplicar que se le perdonara la vida. Constantino estableció entonces la monarquía universal, gobernando solo, sin corregentes, desde el Atlántico hasta la frontera de Persia.

Es natural que, entre sus primeros cuidados, el emperador se preocupara del Dios que le había sostenido fielmente en sus campañas y de la Iglesia que le servía. Por su parte, la Iglesia, que experimentaba dificultades de disciplina y de dogma, si bien no podía tener en el emperador un árbitro para dirimir disputas doctrinales, podía confiar en él para reducir a los díscolos y perturbadores. Ya mucho antes los obispos orientales habían acudido al emperador Aureliano, que era, no sólo pagano, sino hasta enemigo de la Iglesia, para que les ayudara a recobrar la basílica de Antioquía, que les quitaran unos herejes. Por lo tanto, no es de extrañar que el 313, el mismo año del edicto de Milán, Constantino recibiera un mensaje de algunos obispos del Africa para que interviniese en un cisma que amenazaba dividir aquella Iglesia. Constantino tuvo entonces para con los cismáticos africanos una paciencia de neófi-



Las murallas de Salónica.

to. La querella, llamada *de los donatistas,* porque la había iniciado Donato, obispo de Cartago, se refería al punto de disciplina sobre si se podía o no rebautizar a los que apostataron durante las persecuciones. Pero en tiempo de Constantino el litigio se cifraba en discutir la validez de la consagración, y, por lo tanto, la legitimidad jurisdiccional del obispo de Cartago. Había en ello, sin duda, aspectos de querella personal; había también razones económicas. Constantino, después de su triunfo, hizo a las iglesias espléndidos regalos para compensarlas de lo que habían perdido durante los tiempos de persecución. Ya puede comprenderse que con la esperanza de manejar estos bienes los donatistas no claudicaron, ni aun amenazados por Constantino, cuya indignación estalló con violencia.

«Secuaces del demonio — dice el emperador a los donatistas —; el diablo es vuestro padre; estáis locos, sois traidores, impíos, enemigos de Dios y de su Iglesia.» En vez de retractarse, los cismáticos africanos encontraron en esta condena otra razón para separarse de la Iglesia oficial. Mucho más tarde, en tiempo de San Agustín, los donatistas sostenían que el emperador no tenía jurisdicción sobre la Iglesia: *Quid est Imperator cum Ecclesia?* Excelente doctrina, si contra ella no hubiesen obrado los donatistas: ellos precisamente fueron los que habían acudido al emperador para hallar solución a las querellas con que perturbaban la Iglesia de Africa. Con todo, Constantino procedió como verdadero príncipe cristiano. No quiso intervenir como juez; se limitó a convocar una asamblea de obispos que condenó a los donatistas. Igual proceder tuvo con una segunda apelación, que acabó con nueva condena, en un concilio celebrado en Arles.

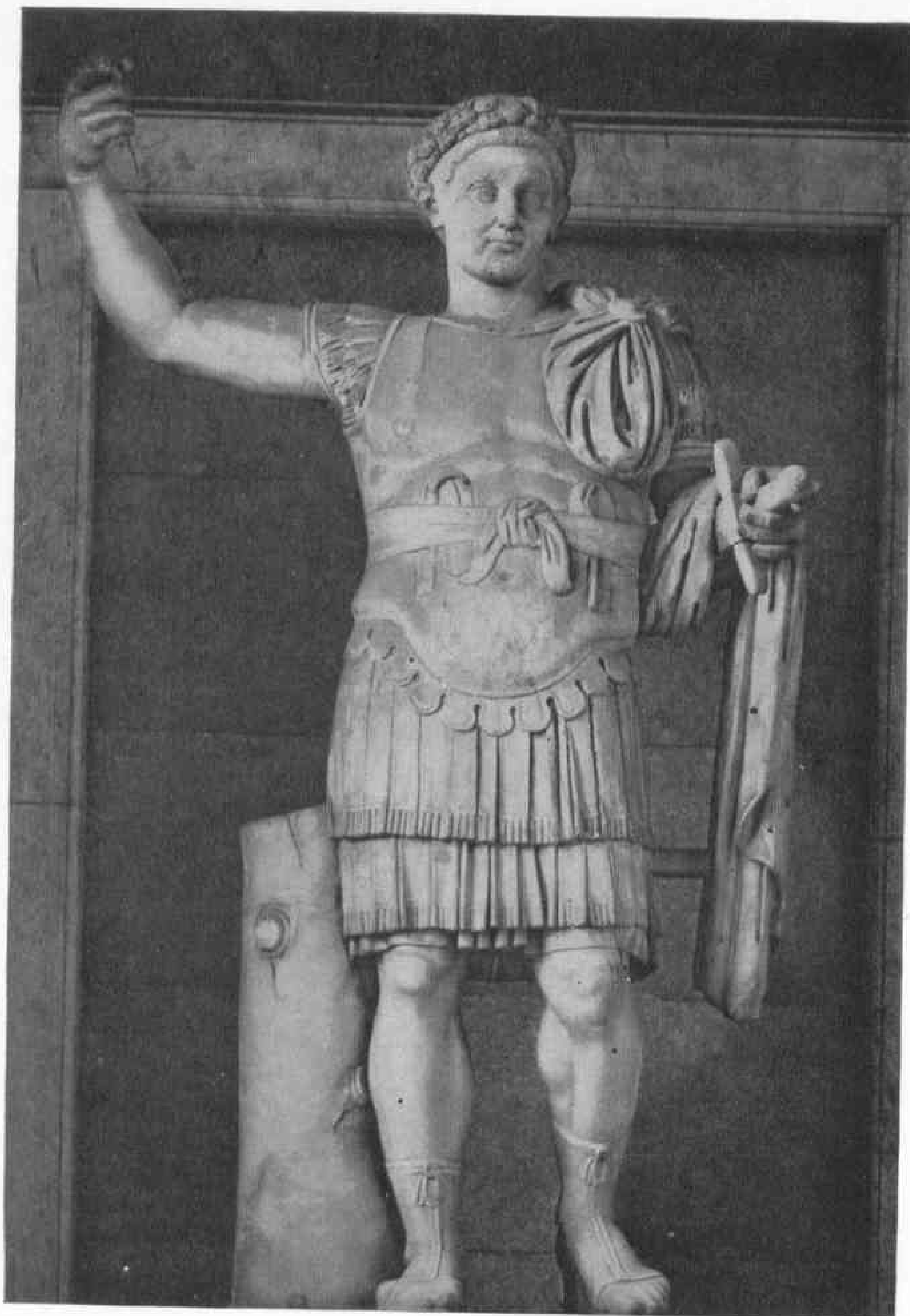
La intervención del emperador en la contienda de los donatistas embargó su atención desde el 313 hasta 316, año en que decidió no dedicar más tiempo a los obispos africanos, esperando que el ardor de la disputa se amortiguaría gradualmente, falto de estímulo exterior. Pero, como todos los políticos geniales, Constantino sacó provecho hasta de sus propios errores. Es probable que durante el litigio con los donatistas el emperador estrechara sus lazos de amistad con el obispo de Córdoba, Osio, que debía ser su asesor en materias teológicas por largo tiempo.



Iglesia de Santa Irene, en Constantinopla.

Por desgracia, no sabemos nada de la infancia y educación de Osio, y aun es posible que no fuera español, por más que con su conducta manifestó tener una alma hispánica, una fe práctica, con cierto desdén por las especulaciones filosóficas.

Osio es el prelado que Constantino designó para pacificar la Iglesia de Alejandría, cuyas divisiones amenazaban extenderse por todo el Oriente. Por espacio de más de un siglo las herejías que tenían arraigo en los países de antigua cultura griega se esforzaban por aclarar la verdadera naturaleza del Hijo de Dios. ¿Quién era este Jesús, Verbo encarnado, *nuevo dios*



Estatua de Constantino, procedente de las termas de Diocleciano.

del que los cristianos obtenían la salvación? Esta debía ser la pregunta que se harían la mitad de los ciudadanos romanos al ver que la otra mitad, incluso el emperador, abandonaba las viejas supersticiones para esperarlo todo de Cristo. Exagerando un poco, podríamos decir que, si las herejías del primero y segundo siglos cometieron errores al tratar de identificar al Padre con conceptos filosóficos de la divinidad y no con el Dios del Sinaí, las herejías del tercero y cuarto siglos debatieron filosóficamente la relación del Padre con el Hijo. Unos herejes hicieron al Hijo idéntico con el Padre, lo cual era un error; otros hicieron al Hijo creado por el Padre, posterior al Padre, lo cual era otro error.

El primer error se llamaba *sabelianismo,* por haberlo propagado mucho tiempo antes un tal Sabelio; pero en la época de Constantino sólo unos pocos insistían en explicar la solución del problema de la naturaleza de las tres personas de la Trinidad por tres sucesivas manifestaciones de un dios único que tomó, uno después del otro, estos tres aspectos según convino a la salud del linaje humano. El sabelianismo proponía como solución del problema de la divinidad: que Dios fue primero el dios-legislador del Sinaí, después se encarnó para ser Jesús, el Hijo o Verbo, y más tarde se manifestó como el Espíritu Santo, para procurar la santificación del hombre en sucesivas revelaciones del mismo Dios.

Pero no era esta herejía que llamamos sabelianismo la que amenazaba dividir a la Iglesia de Alejandría en tiempo de Constantino, sino más bien otra contraria, que establecía una diferencia esencial entre el Padre y el Hijo, haciendo del Hijo una criatura engendrada por el Padre, y posterior al Padre, añadiendo que hubo un tiempo en que no existía el Hijo, y que el Hijo, como todas las criaturas, era susceptible de variación. Esta herejía se llamaba *arrianismo,* del nombre de su defensor Arrio, presbítero de la iglesia de Baucalis, en Alejandría. Defendía el dogma, contra Arrio, otro presbítero de Alejandría lleno de fuego y pasión: Atanasio.

Fue Arrio hombre de moralidad irreprochable, alto, delgado, en cuyo aspecto exterior se advertían señales de la mortificación y el ascetismo. Su voz era persuasiva. Tenía muchos partidarios en Alejandría, sobre todo entre el clero y gentes piadosas que se habían retirado del mundo. Arrio predicaba que hay un solo Dios, eterno e increado. Todo lo demás son sus criaturas, incluso el Verbo-Jesús. Como todas las demás criaturas, el Verbo fue creado de la nada. «El Verbo fue creado vo-

luntariamente, no necesariamente; él a su vez, es el creador de todas las otras cosas, y esto justifica el título de Dios. El Padre adoptó al Verbo como hijo por sus méritos. Pero esta adopción no da al Verbo participación en la Divinidad, no le hace igual a la Divinidad: Dios no puede tener igual. El Espíritu Santo es la primera criatura creada por el Verbo, y, en ese sentido, es inferior a Jesús...»

Hoy repugna escribir estos conceptos aun como simple exposición de un desatino teológico; pero en el Oriente del siglo IV, saturado de filosofía, eran posibles las más grandes aberraciones religiosas. Arrio, además, tenía un carácter radical y obstinado. Preguntado en un sínodo de los obispos egipcios si el Hijo hubiera podido cambiar del bien al mal, como hizo Satán, Arrio respondió con un *sí* rotundo. Naturalmente, después de tal blasfemia, fue expulsado de Alejandría y tuvo que refugiarse en Palestina, al lado de Eusebio de Cesarea, el futuro historiador de la Iglesia. Otro Eusebio, obispo de Nicomedia, demostraba también grandes simpatías por Arrio, circulando cartas en defensa suya entre los obispos orientales. Ambos Eusebios eran entonces las figuras más relevantes de las iglesias del Asia; del de Cesarea nos quedan sus escritos, que hablan muy alto en su favor; en cuanto al otro Eusebio, no hay que olvidar que Nicomedia era la capital del Oriente antes que Constantino transformase a Bizancio en Constantinopla.

Arrio, por su parte, sintiéndose escudado por personajes tan importantes, había empezado a perder toda prudencia. Regresó a Alejandría para continuar su batalla teológica y allí escribió pequeños opúsculos, de carácter popular, que eran leídos por los descargadores del puerto y los marineros como si fuesen historias profanas.

Se han conservado algunos versos de uno de estos tratadilos de Arrio, llamado *Talía,* que no tiene para nosotros más interés que el de hacer revivir este episodio lamentable de la historia de la Iglesia. La *Talía,* asómbrese el lector, empezaba así: «Según la fe del elegido por Dios — que comprendía Dios.— Según la fe de sus santos hijos los ortodoxos — que han recibido su Espíritu, — esto es lo que yo he aprendido... — Yo, que he sufrido tanto — y de quien se habla tanto; — yo, que he recibido de Dios — la sabiduría y el conocimiento, etc.»

Extraña que el público de los teatros, y los muchachos por las calles de Alejandría, vinieran a las manos cantando esto y discu-



Plaza de At-Meidam, donde estaba el circo, con el obelisco de Teodosio I. Constantinopla.

tiendo quién tenía razón, si Arrio o su obispo Alejandro. San Gregorio Nacianceno describe así los efectos tardíos de la querella: «No se oyen más que discusiones acerca de este asunto en el mercado, la bolsa y el muelle. Si preguntáis a un mercader cuánto quiere por su mercancía, os responde si creéis que el Hijo fue engendrado o no fue engendrado. El panadero os dice: El Hijo está subordinado al Padre. Y si mandáis al criado que os caliente el baño, replica que el Hijo fue creado de la nada...»

Así estaban las cosas cuando Constantino llegó al Oriente el año 323, tras su victoria sobre Licinio. Parece que el temor de que se repitiera en las iglesias orientales un cisma peor que el de los donatistas africanos le preocupaba grandemente. He aquí sus propias palabras: «¡Ay de mí!, ¡qué herida me ha causado en el corazón el oír las querellas que os dividen, más odiosas aún que las que separan a las iglesias del Africa!... Investigando la causa de estas discusiones, encontré que era un asunto enteramente desproporcionado a esta controversia; porque vos, obispo Alejandro, preguntáis a vuestros presbíteros lo que piensan acerca de un pasaje de la Escritura Santa, o sobre cuestiones tontas, y vos, Arrio, sin ningún respeto, lanzáis ideas que nunca debíais haber pensado o que, si las pensasteis, debíais haber callado...»

De manera que, para Constantino, si el Hijo era creado o increado, si era igual o menor que el Padre, eran cuestiones tontas, que no debían pensarse ni discutirse. Resulta muy graciosa la ingenuidad de Constantino, pero es necesario tener en cuenta sus dificultades anteriores, así como su liviana instrucción teológica, para ima-



Aspecto del Bósforo.



Iglesia de Santa Inés. Extramuros, en Roma. Interior.

ginarse cumplidamente cuál sería su estado de ánimo. Había luchado más de trece años para restaurar la monarquía universal, y ahora, cuando pensaba consolidar su autoridad valiéndose de la Iglesia como instrumento de gobierno, la encontraba destrozada por una querella teológica que resultaba, para él, incomprensible.

Por fin, después de haber enviado a Osio a Alejandría, sin ningún resultado, Constantino decidió convocar un concilio universal para el año 325. El sínodo debía reunirse en Nicea, principalmente para decidir sobre la disputa de Arrio. Es de suponer que fueran llamados todos los obispos de la cristiandad, pero del Occidente sólo consta que acudieron dos representantes del obispo de Roma, el obispo de Milán, el de Calabria, uno de Sicilia, otro francés y Osio, obispo de Córdoba. En cambio, del Oriente acudieron más de trescientos representantes. Allí estaban los dos Eusebios; Alejandro, con catorce obispos egipcios y cinco de la Libia; los patriarcas de Antioquía y de Jerusalén, y hasta obispos del otro lado del Eufrates, de Persia y de Armenia. Algunos de ellos, que habían sobrevivido a las últimas persecuciones, llegaban a Nicea mutilados, cojos, marcados por terribles cicatrices o con los ojos vaciados por el hierro candente del verdugo. Arrio llegó acompañado de varios de sus amigos.

El emperador llegó a Nicea el 3 de julio y en seguida empezaron las sesiones. Eusebio de Cesarea, que probablemente presidió algunas de las sesiones, nos ha conservado en la *Historia de la Iglesia* su descripción como testigo ocular de la imponente escena. Constantino, a su llegada, atravesó la iglesia por en medio de los prelados, vistiendo su túnica purpúrea, incrustada de piedras preciosas. «Parecía — dice Euse-



Interior de la basílica de Santa María la Mayor, en Roma.

bio — un ángel de Dios.» Todos los guardias y acompañantes de su séquito, armados, se habían quedado fuera del pórtico. Resulta de todo punto evidente que el emperador quería dar la impresión de que lo esperaba todo de la sabiduría de los reunidos y por obra del Espíritu Santo, sin ánimo de imponer su autoridad.

Constantino saludó a los obispos en un discurso en latín, que fue traducido por un intérprete; la mayoría de los reunidos hablaban sólo el griego y en esta lengua se mantuvo la discusión. El emperador, con ejemplar respeto, asistió a la mayoría de las sesiones, acaso confiando que su presencia obligaría a guardar la debida compostura a quienes se mostraban divididos por odios y doctrinas las más opuestas. Por lo que sabemos de las deliberaciones, Arrio no trató de disimular sus errores, encubriéndolos con metafísicas ambigüedades; al contrario, parece que llevaba un escrito breve y claro donde estaba resumido todo su sistema. La indignación de los contrarios fue entonces tan violenta, que se dice que San Nicolás, obispo de Myra, dio a Arrio un puñetazo en la cara. Se cuenta que, cuando sus enemigos preguntaron a Arrio si aceptaba que «el Hijo es la Imagen del Padre, su Imagen eterna, indivisible e inalterable», Arrio contestó, repitiendo los textos bíblicos, que el hombre ha sido creado a imagen de Dios, que en El vivimos y nos movemos y tenemos nuestro ser.

Atanasio, otro testigo presencial del concilio, nos dice que con frecuencia los arrianos se daban ánimo unos a otros, haciéndose guiños y hablándose al oído.

Por fin se halló una palabra que sólo podía disgustar a los que pretendiesen conciliar todas las opiniones. El Hijo es *homousios* o de la misma naturaleza (consubstancial) con el Padre. Pero Arrio protestaba diciendo que la palabra *homousios* no se encuentra en las Sagradas Escrituras. Eusebio de Cesarea creyó haber salvado la situación proponiendo entonces que los reunidos aceptaran, como credo común, una

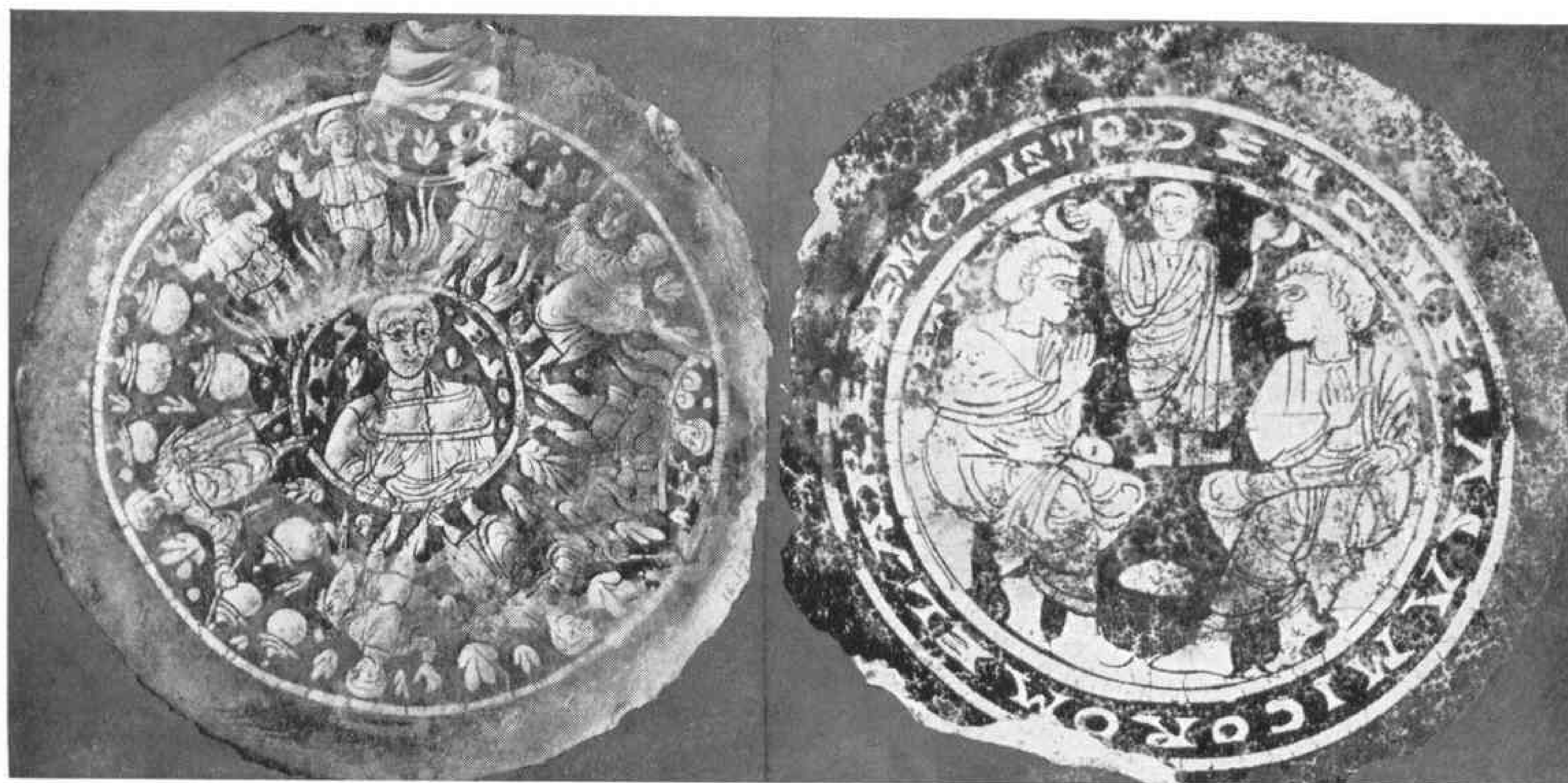
fórmula que se venía empleando en su iglesia como símbolo de la fe para los catecúmenos antes del bautismo. Pero la fórmula propuesta por Eusebio no fue aceptada, y los Padres, por imponente mayoría — sólo dos obispos se negaron a firmar —, aprobaron la siguiente redacción del símbolo niceno:

«Creo en un solo Dios, Padre Todopoderoso, Creador de todas las cosas, visibles e invisibles; creo en un solo Señor, Jesucristo, el Hijo de Dios, el Unigénito del Padre, esto es, engendrado de la esencia del Padre, Dios de Dios, Luz de Luz, Verdadero Dios del Verdadero Dios; engendrado pero no creado, consubstancial al Padre, por quien todas las cosas han sido hechas; quien por nosotros, hombres, y para nuestra salvación, descendió de los cielos, se encarnó e hizo Hombre, sufrió y resucitó al tercer día, subió a los Cielos y volverá para juzgar a los vivos y a los muertos. Creo en el Espíritu Santo. Y a todos aquellos que digan: — Fue un tiempo en que el Hijo no existía; antes de ser engendrado no era; fue hecho de la nada o de cualquier otra substancia; el Hijo de Dios es un ser creado, expuesto a cambios... — sea anatema.»

Este es el credo de Nicea, que resume la fe de la Iglesia Católica. Mas la disputa no acabó en Nicea; el arrianismo volvió a renacer, y diluido y suavizado, acabó por separar la cristiandad en las dos iglesias de Roma y Bizancio. Ambas se llaman a sí mismas ortodoxas; los católicos consideran cismáticos a los griegos y éstos llaman cismáticos a los católicos. Aun hoy la diferencia entre las dos iglesias estriba sobre todo en esta palabra: *consubstancial.* Mientras la Iglesia romana insiste en el *homousios,* que quiere decir *de la misma naturaleza,* la iglesia griega prefiere el *homoiusios,* que quiere decir *de semejante naturaleza.* Al parecer hay sólo una *i* de diferencia entre *homousios* y *homoiusios,* pero esta *i* cambia el sentido, introduciendo una reminiscencia de arrianismo que jamás admitirán los católicos romanos.

Con todo, en tiempo de Constantino se creyó que podía darse el asunto por terminado, y tras una fiesta de despedida, los obispos regresaron a sus diócesis. El concilio parecía haber logrado un éxito maravilloso. Los trescientos obispos anunciaron en su carta colectiva a toda la cristiandad que la herejía había sido extirpada de la Iglesia. Arrio, Eusebio de Nicomedia y unos pocos recalcitrantes fueron desterrados.

Fondos de copas eucarísticas con los retratos de San Pedro y San Pablo.



Arrio murió pronto en un monasterio del desierto de Egipto, y no pudo ver la renovación del hondo conflicto que había promovido, pero Eusebio de Nicomedia, que se mantenía recalcitrante, volvió a su obispado y acabó siendo el prelado de confianza de Constantino y el que le bautizó antes de morir. En una palabra, ocupó el puesto que por largos años había tenido Osio. ¿Por qué?

Acaso la caída de Osio fue debida a alguna protesta que no conocemos por la vida privada de Constantino.

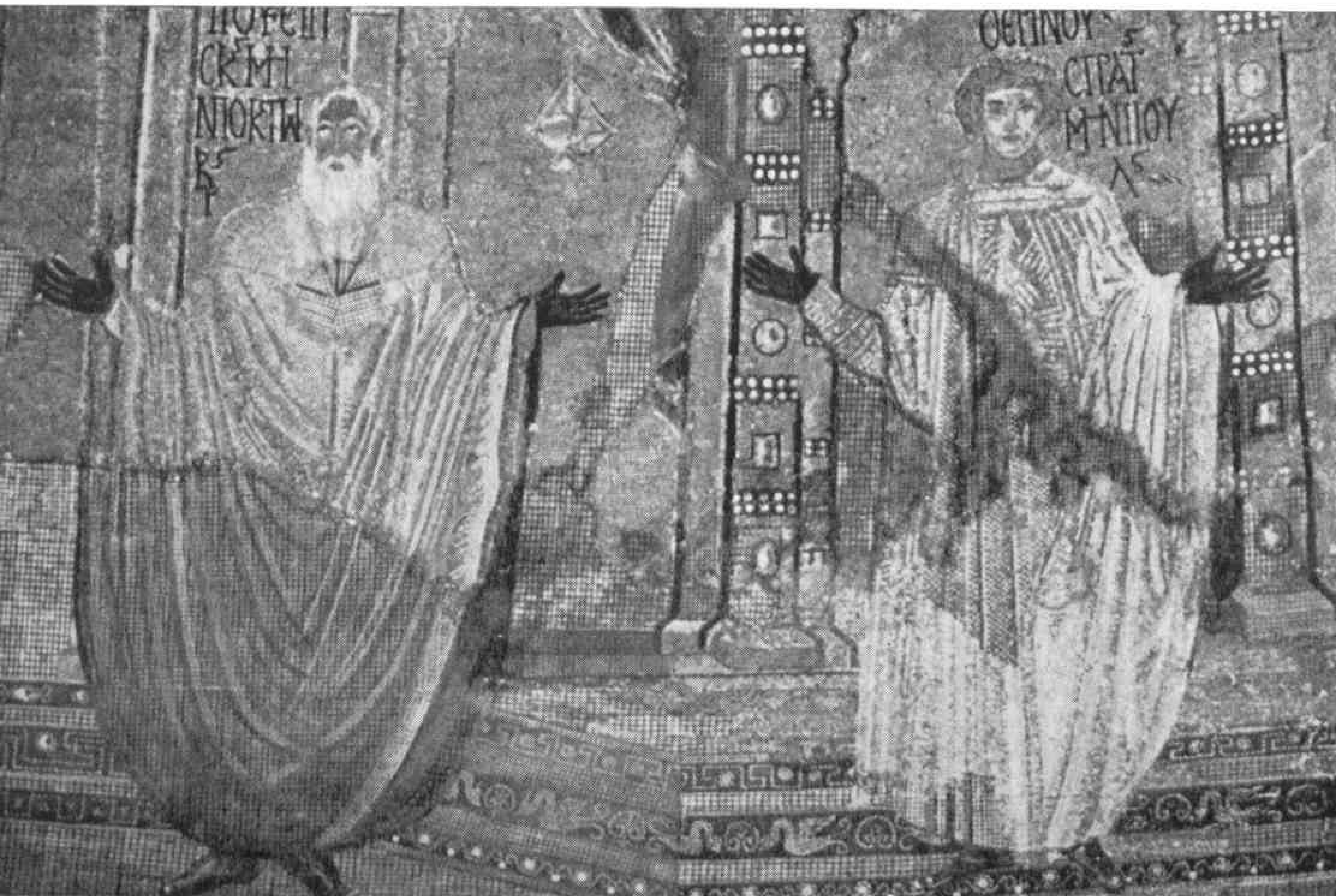
Al año siguiente del concilio de Nicea se encontraba Constantino en Roma, y allí, en el palacio ruinoso de los Césares, se perpetraron crímenes que llenaron de horror al mundo. El hijo primogénito de Constantino y de su primera esposa Minervina, llamado Crispo, fue arrestado y enviado a Pola, donde murió de modo sospechoso pocos días después. El hijo de Licinio, que también estaba en Roma, fue aún más sumariamente eliminado; y la segunda esposa de Constantino, Fausta, aún joven, madre de cuatro hijos todavía niños, moría sofocada en un baño caliente, y en este asesinato veía todo el mundo la mano imperial.

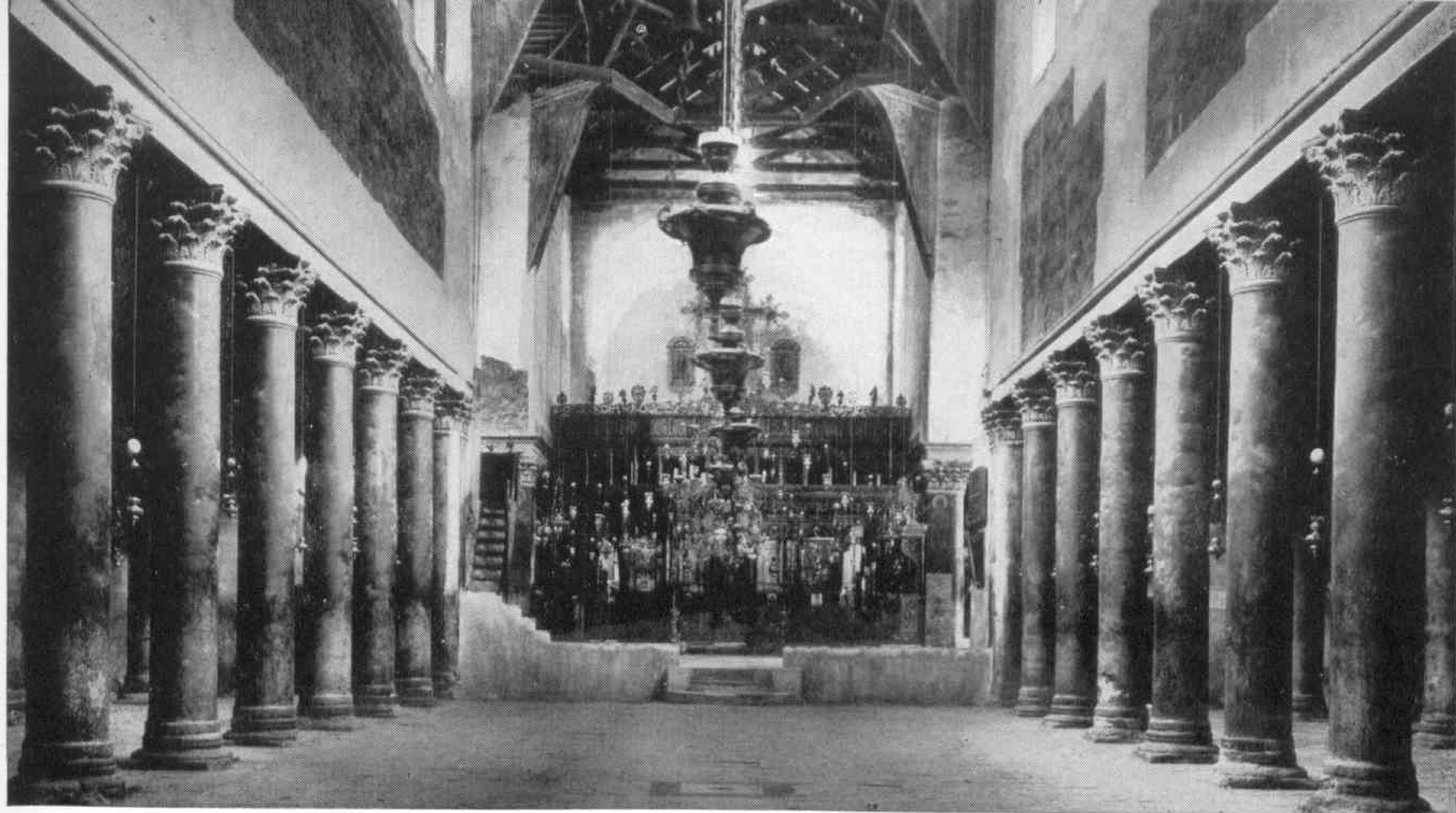
Semejantes crímenes debieron de perturbar la mente de Constantino, porque se dice que hasta pidió a los sacerdotes de antiguos cultos paganos que le purificaran, y que habiéndose ellos negado, puso su confianza en un brujo egipcio llegado de España.

Esta leyenda indica, por lo menos, el concepto que de Constantino formaron algunos de sus contemporáneos. De lo que no queda duda es que, después de la muerte de Crispo y Fausta, el emperador trató de ocupar su mente con obras edilicias y construyendo grandes monumentos. Quedan aún en Roma monumentos de la época de Constantino, de tipo pagano. Además del arco triunfal, Constantino construyó o terminó la basílica que se llama hoy de Magencio, sobre el Foro romano. Sus bóvedas rivalizan con las de las Termas de Caracalla.

Acaso para evitar aquella Roma manchada con la sangre de su propia estirpe,

Dos obispos de la época del concilio de Nicea. Mosaico de la iglesia de San Jorge de Salónica.





Interior de la basílica de la Natividad, que mandó construir Constantino en el lugar del portal de Belén.

o quizá para substituir la antigua Roma por una capital más cercana a la frontera del Eufrates, decidió crear una nueva capital en una península del Bósforo, donde había estado la colonia de Atenas llamada *Bizancio*. Al principio, Constantino pensó en llamarla *Nea-Roma,* o nueva Roma, pero pronto tomó el nombre de *Constantinópolis*. El propio emperador trazó la línea de sus murallas, diciéndoles a sus consejeros que iba guiándose por un ángel que le señalaba, desde el cielo, el perímetro que debía tener la futura ciudad. Este plan se conservó durante toda la Edad Media.

Constantino, además de marcar el perímetro de las murallas, fijó las líneas principales de la urbanización interior. La calle mayor central — la Mesa — iba del Augústeo o Plaza del Palacio hasta la puerta de Tracia, en el extremo occidental de la ciudad, donde después se construyó el palacio de las Blaquernas, con su imagen milagrosa. El resto de la ciudad, dividido en lotes para edificar, dice la leyenda que Constantino lo dio a patricios romanos para que construyeran una mansión con tantas puertas y ventanas como la que tenían en la vieja Roma. La residencia de un senador llamado Taurus era famosa no sólo por el espacio que ocupaba con sus jardines, sino también por las estatuas griegas que había reunido, como un coleccionista moderno.

Constantinopla fue varias veces destruida por incendios, saqueos y terremotos, pero sus monumentos y vías más importantes permanecieron en los mismos lugares que les había señalado Constantino. Todavía hoy prestan servicio algunas de las cisternas del tiempo del fundador. Aunque muy quebrantada por el fuego y el agua, se mantiene en pie la columna de pórfido que sostenía la estatua del gran emperador, en la plaza principal, llamada *Augústeo*.

La residencia imperial, con su millar de dependencias, que se empleaban como habitación y para los servicios administrativos, se levantaba en la punta que da frente a la costa de Asia. Rodeado de una muralla y esparcido entre jardines, *el Palacio* se parecía más a las residencias de los monarcas orientales que a un monumento compacto, con su cuerpo central y sus alas para depen-

dencias. Podríamos decir que no tenía fachada, pero la entrada principal se hallaba a un lado del *Augústeo;* enfrente, al otro lado de la plaza, se levantaba el gigantesco circo donde la multitud, privada de derechos políticos, se expansionaba con el espectáculo de las carreras de caballos.

Las fiestas religiosas, con las solemnes ceremonias que se celebraban en las tres grandes iglesias erigidas por Constantino: Santa Sofía, Santa Irene y los Santos Apóstoles, contribuían también a distraer a los moradores de la nueva capital.

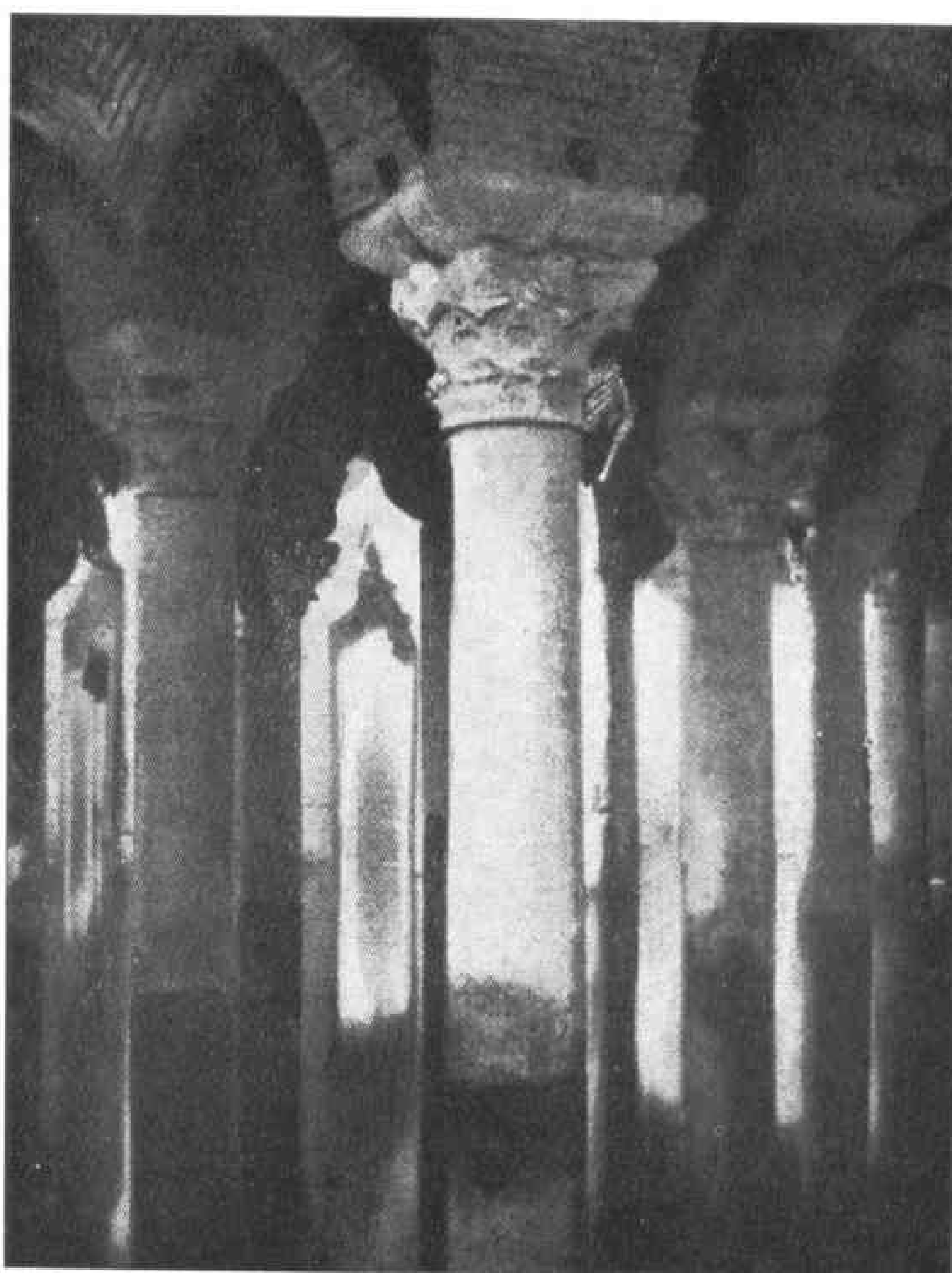
Además de esta empresa gigantesca de construir desde los cimientos una nueva capital, Constantino ordenó que se levantaran nuevos edificios en las antiguas ciudades del Imperio.

Roma vio como se edificaban templos espléndidos sobre las tumbas de los apóstoles Pedro y Pablo y de Santa Inés.

En Jerusalén, el emperador ordenó la construcción de los edificios del Santo Sepulcro y la basílica de la Ascensión. En Belén se conserva aún casi intacta la basílica constantiniana erigida sobre el lugar donde estaba el portal del Pesebre.

Los cristianos, por su parte, libres ya de la pesadilla que habían significado las persecuciones, edificaron por todas partes infinidad de templos dedicados a sus santos mártires y confesores.

Como ya hemos dicho, si no es absolutamente exacto que la nueva fase de la historia de la Humanidad, la Edad Media, empezara con Diocleciano, lo que sí resulta cierto es que bajo Constantino, y por obra suya, el Imperio romano se transformó decididamente en aquella monarquía universal y cristiana que luego (precisamente porque no se había borrado por completo el recuerdo del antiguo Imperio) había de ser el ideal que alentaría durante todo el período medieval de la historia europea.



La cisterna de las 1.001 columnas. Obra del tiempo de Constantino, en Constantinopla.



Torres de la «Porta Nigra», edificio pretorial de Tréveris, ciudad donde se vio el proceso de Prisciliano y sus adeptos.

9 FIN DEL PAGANISMO. JULIANO EL APÓSTATA

El hecho de que Constantino y sus sucesores hicieran pública profesión de fe cristiana no destruía por ello el carácter oficial de la antigua religión romana. Otros emperadores habían demostrado antes sus preferencias por los cultos orientales; Marco Aurelio, pese a su monoteísmo estoico, continuó practicando los sacrificios de ritual a los antiguos dioses; eran ceremonias cívicas que los emperadores tenían que presidir como jefes del Estado. Lo exigían, no sólo la tradición establecida por siglos de prácticas litúrgicas, sino también los intereses y bienes muebles vinculados en los colegios sacerdotales.

Todavía el emperador cristiano Graciano, que no quiso revestirse con los hábitos pontificales, tolera que en una inscripción del año 370 se añadan a sus títulos las abreviaturas *Pont. Max.*, pontífice máximo.

En ninguno de sus edictos prohibió Constantino las prácticas religiosas de los paganos. Se burló de ellos, los compadeció por su ceguera, casi los amenazó con sus sarcas-



Marco Aurelio sacrificando a los dioses. Capitolio. Roma.

mos, pero no los consideró criminales, como antes se había hecho con los cristianos. Constante, hijo de Constantino, fue mucho más allá; el 342 insistió en que la superstición pagana debía desaparecer por completo, pero hizo una concesión, la de ordenar que los templos situados lejos de las ciudades fuesen respetados, «porque son lugares donde se han originado los juegos del circo y otros espectáculos». La razón no puede ser más especiosa, pero revela que los santuarios en despoblado eran más venerados que los templos de las urbes; además, indica que ni el emperador ni los súbditos estaban dispuestos a renunciar a los espectáculos o juegos del circo. Ya en tiempo de Marco Aurelio había en Roma, cada año, ciento treinta y cinco días de fiesta en el circo, y este número se había aumentado en el siglo IV. Mucho más tarde, decía aún Arcadio que no quería sumir al Imperio en duelo y tristeza suprimiendo los espectáculos. Es verdad que los combates de gladiadores fueron pronto prohibidos, pero las carreras de carros y caballos se toleraron hasta el final del Imperio cristiano de Oriente, como una de las pocas diversiones del pueblo de Constantinopla.

El segundo hijo de Constantino, llamado Constancio, supuso que el golpe de gracia contra la antigua religión sería prohibir los sacrificios, pues los paganos, aun sin creer

en los antiguos dioses, no querían renunciar a la esperanza de obtener resultados inmolándoles víctimas propiciatorias; pero, pese a que Constancio amenazó con la pena capital a los que honrasen a los viejos ídolos con sacrificios, éstos debieron de practicarse en secreto por mucho tiempo. Muy interesante a este respecto es un *milagro* ocurrido en 354; habiéndose retardado el convoy de trigo que debía llegar del Africa, el prefecto de Roma decidió que se hiciesen sacrificios a Cástor y Pólux, y al punto cambió el viento y llegaron al puerto de Ostia las naves esperadas. Esto sucedía después de la prohibición de Constancio, y quien la desobedecía era la primera autoridad de la capital del Imperio.

A la muerte de Constancio, su primo y sucesor Juliano intentó llevar a cabo la famosa restauración del paganismo que le ha valido el dictado de *Apóstata*. Como tipo humano, Juliano es una de las más interesantes figuras del panorama de la Historia. Era sincero, estimaba la religión clásica por su aspecto estético, y la principal razón para que mandara restablecer el culto fue el preservar de ruina la belleza de los antiguos templos. Juliano se había educado en Atenas, y con filósofos neoplatónicos; por esto al combatir al cristianismo con sus escritos desplegó una peligrosa malicia.

Que un emperador, sobrino de Constantino, dijera que si Dios hizo la mujer para ayudar al hombre, ésta no hubiera debido tentarle, y que si Dios prohibió al hombre y a la mujer que distinguieran el bien del mal, ya no eran culpables, tenía que producir cierta confusión en la mente de los que vacilaban aún en aceptar el cristianismo, con sus dogmas sobre el pecado original y la salvación por la sangre de Cristo.

Pero Juliano era demasiado filósofo para volver a los antiguos dioses. Cuando quiso proponer algo mejor, divagó. Como religión del Estado pareció preferir el culto al Sol, que no era cosa nueva ni satisfactoria. De lo que no queda duda es de su profundo odio a los cristianos. Sin que directamente decretara su persecución, permitía que el



Juliano el Apóstata con la barba de filósofo. Museo del Louvre.

populacho pagano se ensañase en ellos, y por su parte hizo cuanto pudo para combatir al cristianismo. Prohibió que los cristianos enseñaran en las escuelas, con lo cual rompió la tradición romana de la libertad de enseñanza, que, aun durante las más violentas persecuciones, había sido respetada. Juliano sintió horror al pensar que sus amados autores clásicos, Homero y Hesíodo, serían comentados despiadadamente por los pedagogos cristianos, que tan sólo los apreciaban como modelos de estilo. Los escritores de su época añaden que Juliano impidió a los cristianos estudiar los clásicos, porque temía que con ellos aprenderían el arte de la oratoria y podrían atacar al paganismo con mayor elocuencia.

Ignoramos qué efectos remotos hubiera podido producir la *reforma* de Juliano. Este, con su elocuencia y su cultura, actuó siempre de un modo personal; él es quien habla, no el Estado romano ni la filosofía antigua, y esta lucha de un hombre, aunque revestido del manto del filósofo y la púrpura imperial, contra una institución de origen divino, estaba condenada a inevitable derrota. La misma muerte heroica de Juliano, a los dos años y medio de reinado, indica que era más bien un romántico erudito que un gobernante. Halló la muerte en la frontera de Persia, al frente de su ejército, por haberse lanzado al combate como simple soldado. Alejandro y Trajano expusieron también sus vidas en aquellos mismos parajes, pero ni el uno ni el otro tenían el corazón lacerado por las polémicas religiosas.

El *caso* de Juliano el Apóstata reviste interés extraordinario porque está perfectamente documentado en una época en que empezamos a carecer de información. Además de los escritos polémicos del emperador, se han conservado algunas de sus cartas y, sobre todo, las descripciones de su carácter en el *Panegírico*, de Libanio, y la *Historia Contemporánea*, de Amiano Marcelino. Este último deja comprender que Juliano era muy supersticioso, y añade que llegó a temerse que se experimentaría escasez de ganado si volvía triunfante de la campaña contra los persas en la que murió. Esto lo dice por el número de víctimas que Juliano sacrificaba regularmente. Libanio cuenta que el joven emperador saludaba al Sol, por la mañana, inmolando reses, y por la tarde corría también la sangre para saludar la puesta del Sol. Por la noche, otras reses eran degolladas para apaciguar a los espíritus nocturnos.

El mundo antiguo, en el siglo IV, parecía atacado de una enfermedad de magia y superstición. Ya hemos visto que Constantino no se vio libre de tan funesto error; el hecho de que Juliano cayese en tales extremos es, además, altamente significativo. Los emperadores Constante, Constancio, Valente y Valentiniano, que se llamaban cristianos, castigaron severamente las prácticas de magia y espiritismo, pero esto mismo prueba cuán extendidas estaban. Un modo de obtener información sobre las cosas futuras, a mediados del siglo IV, está curiosamente descrito en su *Historia* por Amiano Marcelino: se colocaba un trípode, hecho con ramas de laurel, en una cámara saturada de perfumes; sobre el trípode había una bandeja, hecha de una aleación de metales, con las letras del alfabeto grabadas en sus bordes. Sobre la bandeja colgaba un anillo, que hacía mover un oficiante, vestido de lino blanco sin mezcla, por medio de una rama de verbena que tenía en la mano. Cuando el anillo dejaba de oscilar, señalaba una de las letras de la bandeja. El vuelo de las aves, los sueños, las entrañas de una víctima, incluso el chillido de un ratón, todo se tomaba como un agüero.

Los escritores cristianos no se cansan de combatir las prácticas adivinatorias, que se han infiltrado hasta entre los fieles. San Jerónimo dice que un cristiano rico no podía nunca ganar las carreras porque sus caballos estaban paralizados por las artes mágicas de sus rivales. Un cristiano acudió a San Hilario y éste consintió en prestarle su copa, llena de agua bendita, para que pudiera purificar su cuadra; el buen hombre destruyó así el maleficio y ganó las carre-

ras. El mismo San Agustín, acaso la mentalidad más poderosa de la época, creía en astrología antes de convertirse.

En el siglo IV la ciencia antigua parece como un enfermo que no resiste a la muerte. Se advierte una falta absoluta de interés para su estudio, no hay originalidad ni afán de saber; los que saben algo, declaman contra este conocimiento, que no les ha proporcionado la paz del alma, que encontraron, en cambio, en las Sagradas Escrituras. San Jerónimo trata a Platón de loco y deplora el interés que él mismo siente todavía por Cicerón. San Agustín escribe un tratado *Contra académicos,* y San Ambrosio cree que Pitágoras acertó en muchas cosas por haber tenido la feliz oportunidad de leer a Isaías. Tales expresiones, empero, deben tomarse más bien como consecuencia de la seducción ejercida por los clásicos a causa de su excelencia formal, en cuanto podían ser vehículo de ideas paganas perturbadoras de la mentalidad cristiana. Por otra parte, a la gran Era patrística, que en este siglo cuenta con tan admirables doctores, no puede considerársela en ruptura con la antigüedad literaria: de San Hilario, por ejemplo, ha llegado hasta nosotros un himno cuyos versos están moldeados en el troquel de la oda de Horacio: *Sic te diva potens Cypri.* La única ciencia que se ve progresar algo es la Geografía. El Imperio permanecía todavía unido, y para defender las provincias lejanas había que acumular datos de los pueblos enemigos de más allá de las fronteras; en cambio, la Historia empieza a deformarse, aunque se universaliza. Esto será un gran adelanto, porque se empieza a tener conciencia de la humanidad sin distinción de razas ni fronteras. Además, la decadencia de la administración romana era tan evidente, que se esperaba el fin inmediato del Imperio y aun del mundo entero. De tal catástrofe acusaban algunos a los cristianos; para defenderse, San Agustín escribió su *Ciudad de Dios,* y Paulo Orosio una *Historia universal contra paganos.* En ambos libros se insiste en afirmar que los acontecimientos siguen el plan trazado por la Providencia, anunciado ya por las profecías. Pero la ciencia antigua no debió de perecer en pocos años. La serie de los escritores clásicos debía hallarse completa todavía, aunque Paulo Orosio lamenta ya haber visto en el Oriente bibliotecas con los armarios vacíos. La misma dispersión de las grandes bibliotecas debía de proporcionar a los estudiosos ocasión de hacer excelentes adquisiciones. San Agustín, sitiado en Hipona por los vándalos, escribe dándole gracias a un amigo porque le ha facilitado dinero para la compra de libros.



Un poeta dramático (¿Virgilio?) entre la Comedia y la Tragedia. Mosaico del siglo IV hallado en Túnez. Museo del Bardo.

Por otro lado, las guerras con los partos habían enseñado a los generales romanos los métodos de combate del Oriente. Leemos en Amiano Marcelino novedades de balística para arrojar piedras y antorchas encendidas sobre las ciudades sitiadas; castillos de mimbre y nuevas torres transportables para atacar las murallas; fosos, reductos y mil estratagemas de poliorcética, en las que se utilizó cuanto se conocía de la mecánica antigua. El mundo iba tomando

el aspecto de un campamento armado, que conservó, con raros períodos de paz, durante toda la Edad Media. Uno de los síntomas más inquietantes de la decadencia del Imperio, en el siglo IV, es la irregularidad con que se administra la justicia. Las antiguas leyes romanas eran bien conocidas y hasta se sentía deseo evidente de codificarlas, pero no se aplicaban. La delación era la base de un juicio; la prueba testifical se practicaba con torturas feroces; los jueces eran funcionarios imperiales, y a veces dictaban sentencia los mismos emperadores, poco dispuestos a la clemencia bajo la amenaza constante de usurpadores. Amiano Marcelino, hablando del César Galo, escribe: «El año 352, en Antioquía, ordenó la muerte de todas las personas principales de la ciudad porque protestaron cuando quiso fijar los precios del mercado.» Es probable que Galo tuviera razón, pues era un año de escasez, pero que un César cristiano castigara una protesta así con la ejecución en masa de todas las personas principales de la capital de Siria, resulta sorprendente.

Muchos de los acusados perecían en el tormento, que se convirtió en una manera de ajusticiar sin prueba ni sentencia. En el siglo IV el Imperio, corroído por el miedo y la corrupción, dio muerte con sentencias absurdas a muchos de los que, coordinando sus esfuerzos, hubieran podido salvarlo. El Senado había perdido su autoridad; todo el poder recaía en el emperador, que llevaba el nombre de Augusto, pero en realidad era un déspota absoluto. Los retratos de los cónsules y funcionarios de esta época nos presentan a personajes robustos, de aspecto sano, ojos fijos y cara rapada, con una mueca de hastío, tal vez por reconocerse incapaces de sostener un mundo que se derrumba. Frente a ellos podríamos colocar las imágenes de los obispos, con sus facciones también rudas y enérgicas, algo contraídas por una mueca que, en ellos, parece revelar impaciencia por no poder destruir de una vez al paganismo agonizante.

El conflicto entre las dos religiones culminó con la famosa controversia acerca de la estatua de la Victoria, en la curia del Senado de Roma. No era una reliquia latina, no conmemoraba ningún triunfo militar, ni había obrado ningún prodigio: era sencillamente una estatua griega, de bronce dorado, que Julio César había llevado a



Romano del siglo IV, probablemente Símaco.


Una romana del siglo V.

Roma desde Tarento. Parecía volar, con las alas extendidas, para simbolizar el triunfo de Roma con una corona de laurel. El respeto con que habían jurado delante de esta Victoria tantas generaciones de padres de la patria la había hecho sagrada, pero, a pesar de ello, Constancio, el año 357, ordenó que se quitara del palacio del Senado. Juliano mandó reponerla en su sitio, y fue otra vez retirada por orden de Graciano.

Causa una angustia casi dolorosa ver como el paganismo, herido de muerte, escogió para librar su última batalla la defensa de esta estatua de la Victoria, que no representaba nada genuino, ni desde el punto de vista moral ni el religioso. Los senadores paganos que se empeñaban en conservarla tampoco tenían ninguna fe en ella; deseaban sólo morir envueltos en los recuerdos espirituales del pasado.

El Senado de Roma, en el que predominaban los tradicionalistas paganos, envió cuatro diputaciones a Milán, donde residía el emperador, para suplicarle que les permitiera reponer la estatua de la Victoria en la sala de reuniones. La primera embajada pasó a Milán el año 382, pero Graciano ni siquiera le quiso conceder audiencia. La segunda, del año 384, tuvo más fortuna, porque Valentiniano II la recibió. El mensaje, leído por el senador Símaco, presidente de la comisión, fue publicado y motivó una respuesta de San Ambrosio. La tercera embajada pasó a visitar a Teodosio el año 388, y la cuarta estuvo en Milán con el mismo objeto en 392.

Como se ve, el asunto de la Victoria duró largos años y produjo tal impresión en las mentes de cristianos y paganos, que todavía Enodio de Pavía, en el siglo VI de nuestra Era, hacía alusión a esta querella. Prudencio reunió los opúsculos cruzados entre San Ambrosio y el senador Símaco. Este pertenecía a una familia principal romana, era inmensamente rico, y estaba emparentado con otros jefes del partido tradicionalista. Cuando habla, adopta un tono solemne, para persuadirnos de que es la Roma pagana la que habla por su boca. Haciendo uso de una imagen poética, personifica el genio de la ciudad en una matrona que exclama así: «Permitidme profesar la religión de mis padres y no os arrepentiréis de ello. Esta religión ha sujetado el universo a mis leyes; su culto ayudó a nuestros mayores a rechazar a Aníbal y a defender el Capitolio de los bárbaros. ¿Para esto he llegado a mi larga vejez, para verme castigada con insultos?»

«¿Quién será tan enemigo de Roma que no deplore la injuria hecha a nuestra Victoria?», declama Símaco. Una de sus razones para defender este antiguo culto pagano es que la herencia que se ha recibido de los antepasados debe transmitirse íntegra a los que vendrán. Otra razón es que si Roma fue poderosa con su culto pagano, no hay por qué cambiarlo. La idea antigua de que cada ciudad o nación tiene sus dioses propios, que deben conservarse, aparece tam-

notar que este defensor de una religión que agoniza quiere apoyarse en argumentos más *avanzados* que los de sus enemigos. «El Dios a quien se dirigen nuestras plegarias — dice Símaco — es el mismo para todos. Un mismo cielo cubre nuestras cabezas, vemos los mismos astros y formamos parte de un mismo universo; poco importa la



Hoja de un díptico conmemorativo de las nupcias de un hijo de Nicómaco con una hija de Símaco, acaudaladas familias romanas del siglo IV. Museo de Cluny. París.

Otra hoja del mismo díptico. Museo Británico.



bién en Símaco. Son las mismas ideas de Cicerón, algo espiritualizadas: «Cada nación tiene sus ritos y su culto. La Providencia asigna a cada ciudad diferentes protectores. Del mismo modo que cada mortal recibe al nacer una alma propia, de la misma manera cada pueblo recibe un genio particular para velar por sus destinos.» Es de

manera de adorar a su Creador. Parece imposible que haya sólo un camino para llegar a este gran misterio.»

Otra cosa que lamenta Símaco es que el emperador, a la vez que ha mandado retirar la estatua de la Victoria, haya confiscado los bienes de los templos y suprimido los haberes de pontífices, vestales y cien otras jerarquías del sacerdocio pagano. Los templos podían continuar abiertos, no se excitaba todavía a la destrucción de edificios y estatuas, pero se les dejaba sin recursos. He aquí cómo se expresa Símaco respecto a esta expoliación: «¿Es que los religiosos no gozan de la protección de la ley que defiende a los demás ciudadanos romanos? Esclavos y libertos reciben los bienes que les ha legado su amo y, en cambio, los ministros del culto y las vírgenes vestales no tienen derecho a heredar. ¿De qué les sirve a estas doncellas el guardar su castidad, procurando merecer del cielo la felicidad de la patria? En nuestro Imperio resulta más provechoso ayudar a los hombres que servir a los dioses.» Por fin, Símaco profiere amenazas: los dioses vengarán la ofensa hecha a sus templos y sacerdotes, pero esta esperanza en los dioses parece una confesión de incapacidad.

A este *padre de la patria* contestó el obispo de Milán, San Ambrosio. Pertenecía también éste a una ilustre familia romana, pero nació en la Galia. Ambrosio empezaba su carrera como funcionario del Estado cuando fue elegido, casi a la fuerza, obispo de Milán. Detalle típico de la época es que, cuando Ambrosio fue elegido obispo, todavía era catecúmeno. Los cristianos de Milán no podían llegar a entenderse para escoger un pastor, y Ambrosio les reconvino con tales firmeza y elocuencia, que le eligieron obispo a él, por aclamación.

Al enterarse de la embajada de Símaco reclamando el altar de la Victoria, dirigió una terminante protesta al emperador. Su tono es vibrante, amenazador: «Todos tienen que servir al emperador, pero el emperador tiene que humillarse ante Dios. Si decidís contra Dios en este asunto, los obispos no lo tolerarán; entraréis en las iglesias y no hallaréis ningún sacerdote para recibiros.»



Eugenio con corona real. Museo del Louvre.

San Ambrosio escribió aún otra memoria refutando los argumentos de Símaco: «Decís que los dioses han salvado a Roma de Aníbal y de los galos, pero fueron los gansos los que, con sus graznidos, despertaron a los guardias del Capitolio, y ¿por qué se entretuvieron tanto los dioses en las guerras púnicas? Si se hubieran decidido a salvar a Roma antes de la batalla de Cannas, ¡cuántas víctimas no se hubiesen ahorrado!...» En cuanto a los recuerdos del pasado, San Ambrosio no quiere nombrar a Nerón y otras calamidades de la historia romana. ¿Cómo parangonar las vestales con las vírgenes cristianas? Las vestales pueden casarse al cabo de treinta años «¡Brava religión que obliga a guardar castidad cuando son jóvenes muchachas y permite la impudicia cuando son viejas!»

A la cuestión candente del salario de los sacerdotes paganos, San Ambrosio contesta que tampoco los cristianos reciben sueldo

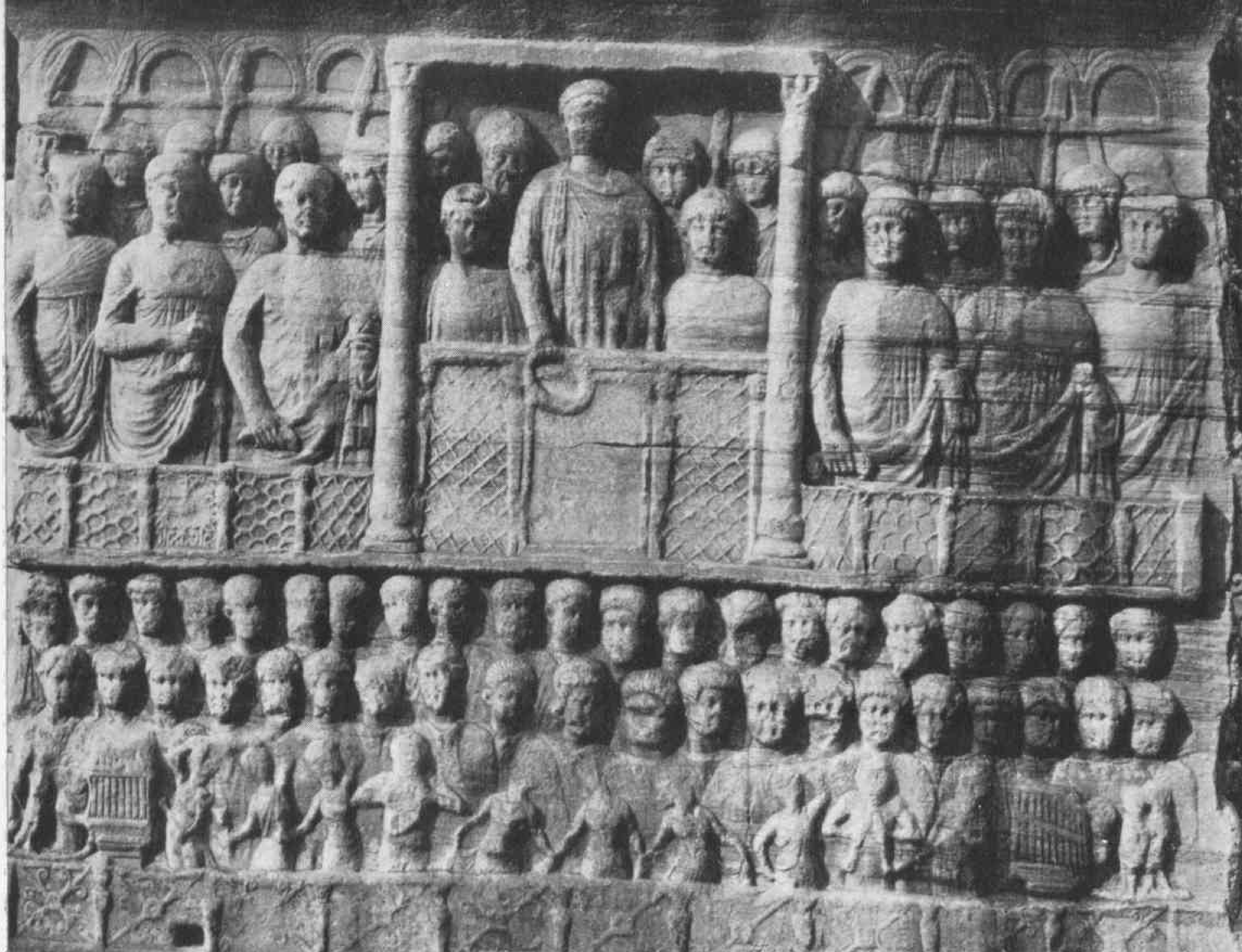
del Estado: «Prefiero que seamos pobres de dinero y ricos de gracia», dice San Ambrosio. «Nuestro título de gloria es la sangre que derramaron los mártires en las persecuciones, mientras que los paganos no piensan más que en los bienes que les han quitado. La pobreza, que para nosotros es un honor, los paganos la consideran un ultraje. Nosotros creemos que los emperadores nos ayudaban mejor cuando nos perseguían, que ahora que nos protegen.»

Todavía se devolvió la estatua de la Victoria al Senado, el año 392, cuando Valentiniano II fue asesinado por el franco Arbogasto. Este bárbaro, sintiéndose incapaz de gobernar, hizo reconocer como emperador a un letrado de Roma llamado Eugenio, que era cristiano. Creyéndole dócil y dispuesto a transigir con sus ideas, el elemento pagano de Roma apoyó a Eugenio, y el pobre retórico purpurado tuvo que hacer concesiones a sus amigos los paganos. La Victoria fue devuelta al aula del Senado, la estatua de Júpiter se levantó de nuevo y se celebraron otra vez los misterios de Isis y de la *Magna Mater*. Ya hemos dicho que Eugenio era cristiano, pero el que dirigía la restauración pagana era el senador Nicómaco, yerno de Símaco. Eugenio no devolvió a los templos paganos los bienes secuestrados, pero los cedió a perpetuidad a Nicómaco y a otros senadores del partido reaccionario. Acaso no era el deseo de aumentar sus fortunas lo que llevaba a los senadores paganos a aceptar estas dádivas, sino que pensaban administrarlas por cuenta de la religión perseguida, y estando estos bienes registrados como de propiedad privada, evitaban así el peligro de una nueva confiscación. Pero la espada vengadora de la verdad y la justicia se levantó para acabar de una vez con el paganismo contumaz. El agente en esta ocasión de la cólera celeste fue el emperador español Teodosio, que gobernaba las provincias orientales mientras Arbogasto, Eugenio y Nicómaco disponían a su antojo de Roma, del Estado y de la religión. Teodosio, debidamente aconsejado por un eunuco egipcio, que le profetizó la victoria, marchó desde Constantinopla sobre Italia para acabar con los aristócratas y sus dioses paganos.

La batalla entre Teodosio y los reaccionarios paganos se dio en un llano delante de Aquilea. Nicómaco murió en el combate, Arbogasto se suicidó y Eugenio fue hecho prisionero y decapitado.

Después de la victoria de Aquilea los cristianos recobraron su supremacía en Roma, y esta vez para siempre. Las medidas de Teodosio no fueron, como las de sus antecesores, un ataque indirecto al paganismo. Resueltamente recomendó que capillas, templos y santuarios de los antiguos dioses fuesen destruidos o purificados con el signo de la religión cristiana. Se nombró una comisión especial, formada por varios jefes de administración, para que procedieran a cerrar los templos, destruir los ídolos e instrumentos de sacrificio, cancelar pensiones y anular privilegios de los sacerdotes paganos, y, en fin, liquidar la propiedad de los viejos santuarios del paganismo en beneficio del emperador, de la Iglesia y del ejército.

El contenido de la legislación imperial para acabar con el paganismo revela el propósito de querer hacer las cosas rectamente y aun de salvar lo que podía haber de aprovechable en el viejo culto. Pero el entusiasmo popular no tuvo límites, y principalmente en las provincias, la clausura definitiva de los templos paganos fue acompañada a menudo de destrucción y desórdenes. En la Galia, San Martín de Tours, a la cabeza de sus monjes, procedió a derribar los ídolos y a cortar las encinas sagradas de los antiguos celtas. Más sensacional aún fue la destrucción del *Serapeum* de Alejandría. Los devotos de Serapis se habían fortificado en su recinto y tuvo que sitiarse como una fortaleza. Por fin, convencidos de su impotencia ante el furor popular, apoyado por la decisión imperial, los paganos abandonaron el *Serapeum*. Las turbas de monjes y conversos invadieron el recinto y no pararon hasta verlo completamente destruido. El ídolo de Serapis era una estatua gigantesca, revestida de placas de bronce; esta-



Teodosio y su familia en la tribuna.
Detalle del basamento del Obelisco de Constantinopla.

ba sentado, con un cetro en la mano, como el Zeus de Olimpia. Un soldado se encaramó hasta el hombro de la estatua y le dio, con una hacha, un tremendo golpe en la cara. Una de las placas de bronce cayó al suelo, sin que nada ni nadie castigara la profanación; entonces, ya sin miedo, otros golpes completaron la hazaña y el coloso quedó desprovisto de su revestimiento metálico en poco rato. El tronco de madera, arrastrado al anfiteatro, fue quemado, entre los gritos y algazara del populacho.

La Iglesia ha reconocido a Teodosio como el verdadero fundador del Imperio cristiano. Algunos de sus antecesores, después de Constantino, fueron cristianos sinceros, pero no puede decirse que fueran ellos los que cristianizaron el Imperio. Teodosio, resueltamente, declara «que es su deseo y voluntad que ninguno de sus súbditos se atreva, en ninguna villa o ciudad, a adorar a los ídolos.» Más todavía, la religión que debían profesar todos los ciudadanos era «la que el apóstol San Pedro enseñó a los romanos y que hoy enseñan el pontífice Dámaso y el obispo Pedro de Alejandría».

Teodosio reconoce así la jerarquía católica, con el papa Dámaso a la cabeza, y la mención que hace del primado de Alejandría, aunque en segundo lugar, es sólo una concesión de autonomía a las iglesias orientales, bien que insistiendo en que deben seguir las enseñanzas de San Pedro. El régimen de una autoridad suprema para la Iglesia, con su paralela autoridad civil en el Imperio, puede decirse que se inaugura con Teodosio. El gran español tuvo la intuición de que había llegado la hora de imponer una disciplina a las conciencias. Para muchos suena esto hoy a intolerancia, pero

era un progreso enorme comparado con la doctrina todavía propuesta por Símaco de que cada pueblo o nación tenía su dios tutelar, que cuidaba sus destinos. Era una idea arqueológica, más aún, prehistórica, de la religión, incompatible con el concepto de imperio universal que empezaba a arraigar en las conciencias. Por la misma razón que Trajano, Marco Aurelio y Diocleciano habían insistido en implantar la unidad religiosa a base del paganismo, Teodosio debía insistir en la uniformidad cristiana. Era otro esfuerzo para consolidar el Imperio.



Consecuente con sus principios, Teodosio reconoció a la Iglesia el derecho de decidir en materias de religión y de moral; él mismo se sometió a la penitencia que le impuso el obispo de Milán, San Ambrosio. Este episodio señala el principio de la dependencia en que se halla la autoridad civil respecto de la eclesiástica en materias de conciencia. El pecado de Teodosio era grave. Como buen español, cuando se irritaba era violento, y en una ocasión, para castigar un motín en Tesalónica, ordenó que se invitara a los ciudadanos a una fiesta en el circo, y cuando los tuvo reunidos, los hizo acuchillar bárbaramente. Para dar idea de la brutalidad del castigo, contaremos sólo que un mercader extranjero, que aquel día se hallaba por casualidad en Tesalónica, vio matar a dos hijos suyos, como él inocentes.

La horrible venganza de Tesalónica afligió a todo el Imperio, y celoso como siempre San Ambrosio por el buen nombre cristiano, proclamó desde el púlpito y en la calle que el emperador debía hacer penitencia de su pecado mostrando su arrepentimiento delante del pueblo. El gran emperador aceptó la sentencia, y vistiendo el sayal de penitente y en actitud suplicante, con lágrimas en los ojos, imploró en la catedral de Milán el perdón de su horrendo delito. Teodosio tuvo que esperar ocho meses para ser de nuevo admitido entre los fieles y acercarse a la sagrada mesa para comulgar.

Ya puede comprenderse que un emperador que se somete a la autoridad eclesiástica hasta el punto de confesarse y hacer penitencia en público, habría de exigir que los demás se sometieran también y no toleraría disensiones. En este punto, Teodosio es también católico perfecto; sus edictos contra los herejes son enérgicos, el empera-

Marfil que representa a Honorio, hijo de Teodosio, llevando todavía en la mano izquierda una reproducción de la estatua de la Victoria del palacio del Senado, y sosteniendo con la diestra el lábaro de Constantino. Museo de Brescia.

dor se convierte en el brazo protector de la Iglesia militante. Pero también en este punto Teodosio demuestra hallarse dotado de un espíritu superior, aunque no hace más que seguir el compás de los tiempos, que con el cristianismo, religión del Estado, imponían nuevas formas de coordinación de poderes, exigían un nuevo régimen entre la Iglesia y el Imperio, propendiendo a la unidad espiritual de la civilización, que será el gran empeño y el ideal que alentaría durante la Edad Media.

De este tiempo es digno de relación lo sucedido con unos herejes españoles, ejecutados en Tréveris por orden del corregente de Teodosio en Occidente, otro español llamado Máximo. La historia de este interesantísimo episodio, en pocas palabras, es como sigue: hacia el año 370 un laico, muy experto en teología, empezó a predicar en las provincias occidentales de España ensalzando fervorosamente el más riguroso ascetismo. Se llamaba Prisciliano, era rico y de ilustre familia, algo dado a la astrología y las ciencias ocultas; sobre todo Prisciliano predicaba la continencia, el ayuno y el apartamiento del mundo; en cierto período del año, él y los que le seguían escondíanse en lugares solitarios, en la aspereza de los montes o dentro de sus casas. Se reunían en parajes secretos y, cuando comulgaban, lo hacían sin ser vistos; sus singularidades bastaban para causar viva zozobra a los otros cristianos, por lo que empezaron a propagarse rumores fantásticos, en los que no faltaba la nota de obscenidad. Se les acusaba de rogar a Dios desnudos. La voz de alarma la dio el obispo de Córdoba, Higinio, quien despertó el celo de su colega de Mérida, Idacio. Otros obispos, en cambio, dieron más importancia al ascetismo de los priscilianistas que a su herejía, y pronto el episcopado español se halló dividido en dos bandos. Un concilio celebrado en Zaragoza, el año 380, condenó a los priscilianistas, pero algún obispo se mostró favorable a los disidentes y éstos continuaron su predicación, con la agravante de que Prisciliano fue elegido obispo de Avila.



Retrato de San Ambrosio. Mosaico del siglo V. Basílica de San Ambrosio. Milán.

El asunto tomó tales proporciones, que el papa Dámaso pensó intervenir y el incansable San Ambrosio obtuvo del emperador un rescripto por el que, en términos generales, se condenaba a «los falsos obispos y los maniqueos». Prisciliano y los suyos, aunque se sentían inocentes de maniqueísmo y podían probar sus títulos al episcopado, comprendieron que el edicto imperial apuntaba contra ellos principalmente. Para defender-

se, Prisciliano y dos de sus adeptos marcharon a Milán y Roma. Los priscilianistas fueron invitados a acudir a un Concilio en Burdeos, para allí, en terreno neutral, discutir sin apasionamiento; pero viendo que los obispos de la Galia les eran también poco favorables, Prisciliano tuvo la desdichada idea de apelar al emperador, o a su corregente Máximo, que gobernaba en Tréveris como colega de Teodosio.

De este modo el concilio fue substituido por un proceso disciplinario. Máximo prometió a San Martín de Tours que no se dictarían sentencias capitales y que, a lo sumo, podría llegarse a la deportación de los herejes. Pero el acusador Itacio, obispo hispano, no paró hasta convencer a Máximo de que Prisciliano y los suyos eran culpables de brujería, y éste era un crimen que las leyes civiles castigaban con pena de muerte. Para aclarar este punto, Prisciliano fue sometido al tormento, y es posible que un temperamento místico y delicado como el suyo no pudiera resistir a confesar todo lo que querían sus enemigos. No por herejes, sino por culpables del crimen de magia, Prisciliano y seis más fueron decapitados.

Entre estas seis víctimas había un poeta, Latroniano, elogiado por San Jerónimo, y una noble matrona, Eucrotia, todos españoles.

No se ha precisado todavía exactamente lo que constituía la herejía de Prisciliano, ni interesan en gran manera sus opiniones teológicas; lo que presta interés a este proceso es que Prisciliano y sus colegas fueron las primeras víctimas del brazo secular. Los más cultos y virtuosos obispos católicos consideraron la ejecución de Prisciliano, por mandato del poder civil, como una gran desgracia. San Martín de Tours, San Ambrosio, de Milán, y el papa Siricio, sucesor de San Dámaso, deploraron el celo cruel de los obispos españoles y se negaron a comunicar con los responsables del crimen cometido por Máximo, pues no querían tener trato alguno «con los que habían pedido la muerte de los herejes», según expresión del gran San Ambrosio.

Mas la herejía priscilianista no quedó extirpada con la ejecución de sus primeros propagadores. Su rescoldo, latente, duró varios siglos. Aunque no conozcamos los pormenores doctrinales y morales de esta secta, es evidente que los priscilianistas se sentían inspirados por Dios, y que sólo reconocían la autoridad del Altísimo. Consideraban que la disciplina y la jerarquía eclesiásticas, necesarias para mantener el orden entre las multitudes, no les afectaban a ellos, los iluminados. Dios, comunicándose directamente con cada uno de ellos por visiones y revelaciones, podía proponer las más extrañas y contradictorias normas de conducta. Sin embargo, los priscilianistas, como todos los extremados, consideraban el mundo y el hombre como enemigos, y dando a las obras de la carne una importancia muy secundaria, se permitían excesos que creían que no podían dañarles porque estaban en un plano muy inferior a lo que para ellos era el bien y el mal.

Monedas de Constancio y Juliano el Apóstata.





Exterior del mausoleo de Gala Placidia en Ravena.

10 LA CAIDA DE ROMA. ATILA

GENERALMENTE se ha descrito el hecho histórico de las invasiones bárbaras como un alud de pueblos germanos que, rebasando las fronteras del Rin y del Danubio, invadieron simultáneamente las provincias occidentales del Imperio. Algo de verdad hay en esto, pero la entrada de los germanos en tierra del Imperio no sobrevino de una vez ni violentamente. Se acostumbra también a decir que las invasiones produjeron un estado de anarquía y retroceso en la civilización que no empezó a remediarse hasta que se formaron las nacionalidades de la Europa moderna, ya casi al final de la Edad Media. Esta versión, por lo menos exagerada, se funda en textos casi contemporáneos; pero hay que advertir que son de escritores latinos, eclesiásticos, que veían en los bárbaros germanos un doble enemigo, porque la mayoría pertenecían a la secta arriana y en muchas ocasiones habían sido un verdadero castigo para la Iglesia católica.

En cambio, la causa principal del desplazamiento de los pueblos teutónicos, que es el movimiento de grandes masas de tribus

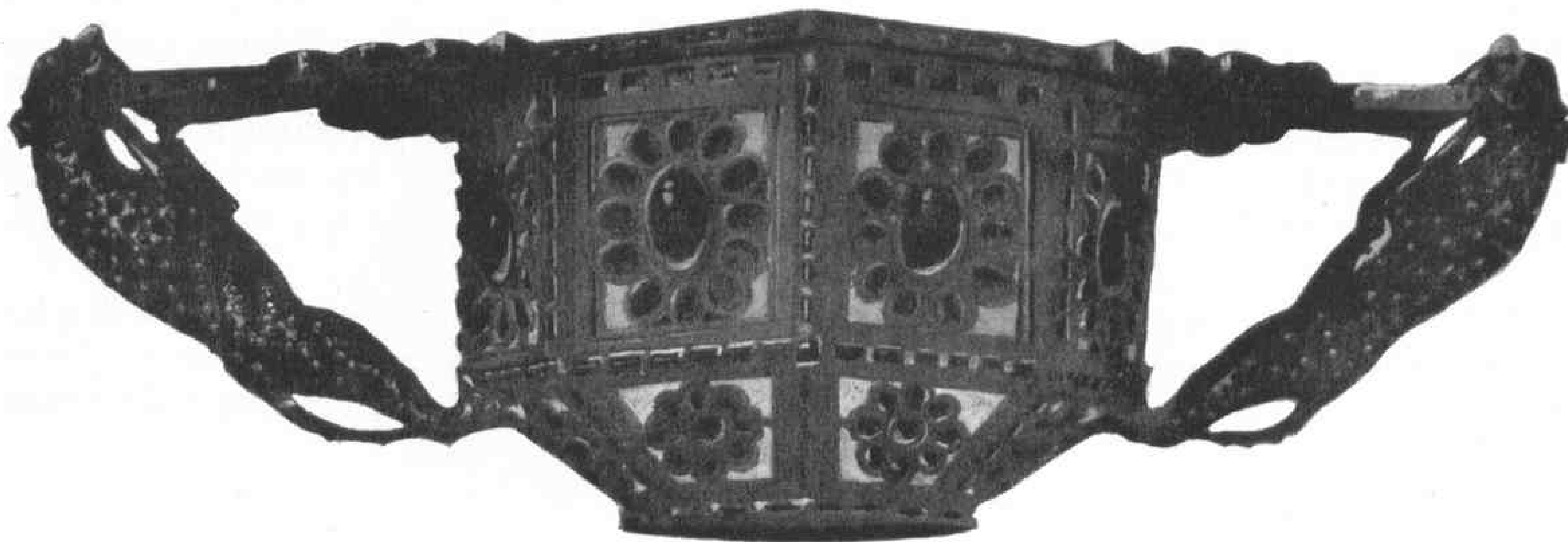
mongolas hacia la Europa Central, se ha considerado como un episodio secundario. Se habla de Atila y de los hunos como de otros bárbaros, acaso los peores, pero sin distinguirlos mucho de los de raza germánica, casi cristianizados y medio romanizados. Y, sin embargo, la ocupación, por los hunos, de la mayor parte de Europa es uno de los más extraordinarios sucesos de la Historia. Conviene recordar que los hunos eran de raza turania, que ya hemos descrito como adormecida, pero que se levanta en sacudidas periódicas amenazando conquistar el mundo. Pertenecían a la misma raza que los tártaros y mongoles que acaudilló Gengis-Khan, y aun tal vez que los turcos de Bayaceto y Solimán; pero mientras los mongoles de Gengis-Khan se detuvieron al llegar al Mediterráneo, y los turcos no pasaron de Viena, las hordas de tez amarilla, ojos oblicuos y pómulos salientes que seguían a Atila cruzaron por delante de París, llegaron hasta Orleáns, y de Italia se marcharon sin ser vencidas, acaso porque la tierra clásica, llena de ciudades y cultivos, no se prestaba a la vida nómada ni tenía pastos para sus caballos.

La historia de los hunos anterior a su llegada a Europa la conocemos sobre todo por los escritores chinos, que hablan de tributos que tenían que pagar a los *hiungs* para mantenerlos más allá de sus fronteras. Cuando, con la construcción de la *Gran muralla* y el establecimiento de una dinastía en China capaz de hacerse respetar, no pudieron continuar sus incursiones depredatorias hacia el Sur, los hunos se dirigieron poco a poco hacia los desiertos entre el Oxus y el mar Caspio. Por algún tiempo parecieron amenazar a los partos y quererse instalar en las llanuras fértiles del Asia; pero, siguiendo acaso la línea de mínima resistencia, al final del siglo III los hallamos ya entre el Volga y el Dniéper.

Los primeros que sufrieron en Europa el choque de los hunos fueron los alanos, que vivían en las tierras que los griegos llamaron *Escitia,* al norte del mar Negro. Los alanos habitaban en tiendas y vivían aún bajo un régimen pastoril; aunque se habían mezclado mucho con los vecinos turanios, eran originalmente de raza aria, como los germanos. Grupos numerosos de alanos se agregaron a las hordas de mongoles que llegaban del Asia; otros de ellos, acaso los más civilizados, o germanizados, se corrieron hacia sus vecinos teutónicos, manteniéndose distanciados, pero siguiéndoles en sus movimientos posteriores, como veremos más adelante.

Los hunos avanzaban en hordas disgregadas, llevando gran impedimenta de carros, mujeres y rebaños, y obedeciendo sólo, en sus expediciones militares, a un jefe o mo-

Canastilla de oro y granates, que formaba parte del tesoro real de los visigodos escondido al atravesar el Danubio. Museo del Kremlin.





Plato del tesoro real de los visigodos, en cuya decoración alternan las imágenes de los dioses clásicos con las de los germánicos. Museo del Kremlin.

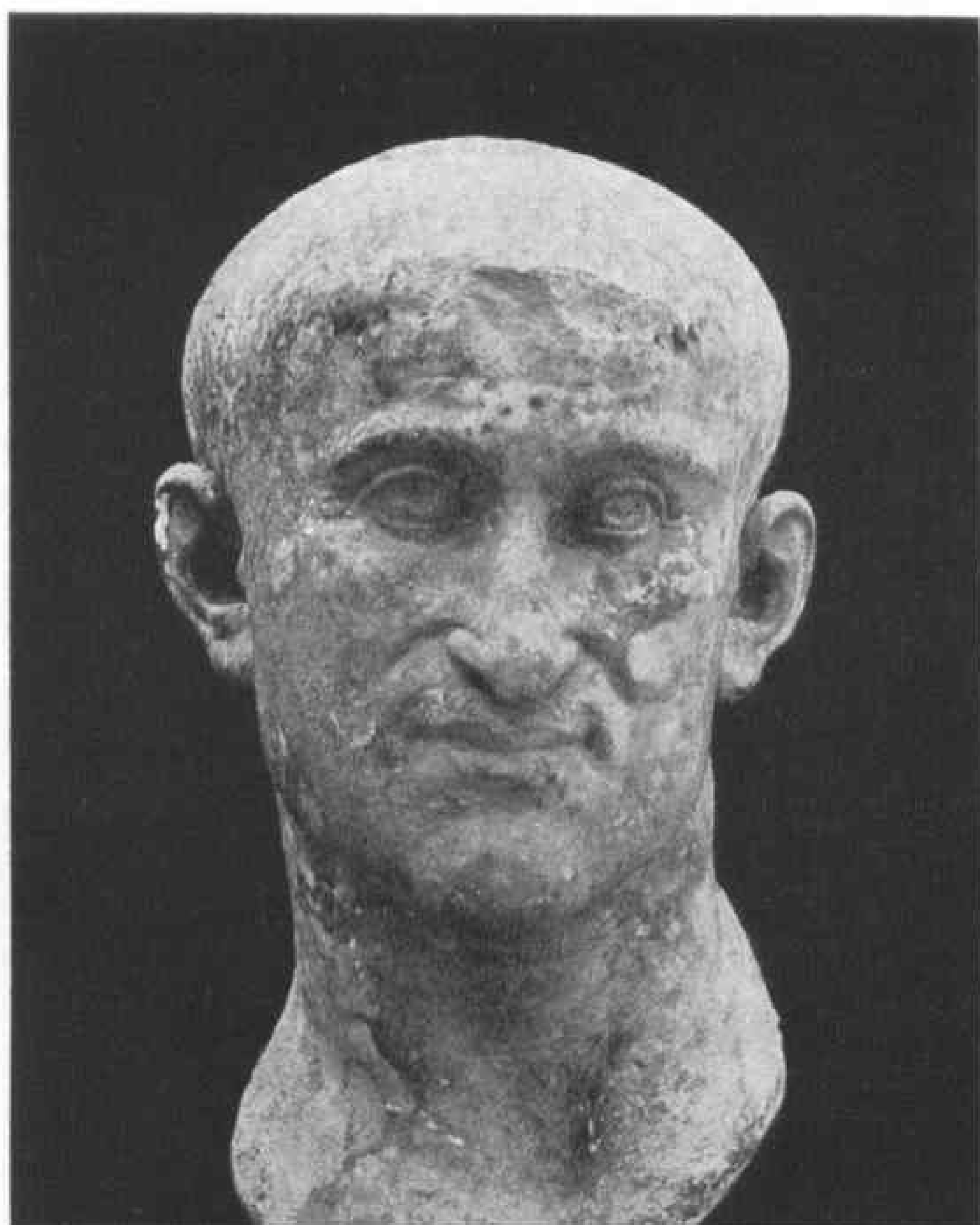
narca que difícilmente podríamos llamar rey. Cuando la presión de nuevas tribus recién llegadas se hizo irresistible, las avanzadas de los hunos empezaron a hostigar a los más orientales de los pueblos germánicos, instalados en las llanuras al norte del Danubio; éstos eran los godos, divididos desde hacía mucho tiempo en las tres ramas de ostrogodos, visigodos y gépidos. Los ostrogodos trataron de combatir con los hunos, pero el terrible alud de gente amarilla era irresistible. Parte de los ostrogodos accedió a pagar tributos a los hunos y sus jefes aparecen como consejeros de aquellos asiáticos, ejerciendo el mismo papel que los barones germánicos del Báltico ejercieron siglos después en la corte de los zares rusos. La segunda rama de los godos, la que estaba instalada más al Norte y había tenido menos contacto con el Imperio romano, los *gépidos,* consistió también en pactar una alianza con los hunos y los acompañó en sus campañas posteriores.

Pero al llegar los hunos a las tierras de la tercera rama de los godos, los godos del Oeste, o *west-gots,* que nosotros llamamos visigodos, éstos, al comprobar que la resistencia era imposible, en vez de ceder, como sus parientes los gépidos y los ostrogodos, prefirieron cruzar el Danubio y sumisamente se pusieron bajo la protección del Imperio romano. Antes ocultarían el tesoro real que se encontró hace poco más de medio siglo en Petrosa, Rumania. Esto ocurría en 376, y el lugar por donde cruzaron la frontera los visigodos estaba sujeto a la autoridad del *Augusto* de Constantinopla. Así pues, Valente, que era entonces emperador, aceptó la oferta que le hacían los visigodos de establecerse en una región inculta de la Tracia y vivir allí como aliados y súbditos del Imperio; pero impúsoles dos condiciones que no podían ser más onerosas: la primera, que los visigodos tenían que hacer entrega de sus armas, y sólo así desarmados cruzarían la frontera, y la segunda, que debían entregar sus hijos, para que fuesen repartidos por las diferentes ciudades del

Asia y aprendiesen allí las maneras y costumbres de las gentes grecorromanas. La primera condición exasperó a los visigodos, quienes, sin embargo, por el soborno y el contrabando lograron conservar muchas de sus preciosas armas, y el cumplimiento de la segunda condición les dejó todavía más libertad de movimientos para poder atacar al Imperio si no se les indemnizaba, con tierras y subsidios, por la pérdida de sus familias.

El número de visigodos que cruzaron el Danubio está fijado en un millón de personas, de las cuales 200.000 eran guerreros. Hoy mismo sería peligroso aceptar una nación así entera dentro de los límites de una Europa civilizada; cuánto más difícil no sería abastecer e instalar a tal multitud para los funcionarios de una administración corrompida como la de Constantinopla. Hasta San Jerónimo, que estaba entonces en el Oriente, excusa a los visigodos de su rebelión: *Per avaritiam Maximi ducis ad rebellionem fame coacti sunt;* esto es, que los visigodos hambrientos se rebelaron por culpa de la avaricia del duque Máximo, encargado de ejecutar el tratado. La explotación indigna a que fueron sometidos los refugiados visigodos les impulsó a procurarse la justicia por su cuenta. Las primeras escaramuzas fueron favorables a los bárbaros; esto alarmó al emperador Valente, quien trató de aniquilarlos en una batalla campal delante de Adrianópolis. La lucha se libró el 9 de agosto de 378 y en ella murió Valente, con varios condes palatinos, treinta y cinco tribunos y cuarenta mil soldados. El desastre de Adrianópolis se ha comparado al de Cannas, tanto por la magnitud de la catástrofe, como porque no supo aprovecharse de ella el vencedor.

Romano del siglo V.



Los visigodos llegaron a las puertas de Constantinopla; pero, completamente desorientados en los suburbios de la capital, regresaron a la Tracia, país más favorable al género de vida nómada a que estaban acostumbrados. El sucesor de Valente fue el gran Teodosio, de quien ya hemos hablado en el capítulo anterior; éste comprendió el peligro de tener a los godos como enemigos a las puertas mismas de su capital, y las ventajas que, en cambio, podrían obtenerse de ellos si se les consideraba como aliados. Los visigodos permanecieron, pues, tranquilos en la Tracia hasta la muerte de Teodosio, el año 395. Durante este tiempo habían aprendido algo de las ventajas de la vida sedentaria, construido chozas, labrado campos y creado nuevas familias; pero por otro lado, sobre todo los jefes, se habían dado cuenta de la descomposición del gobierno imperial y de cuán importante era su propia fuerza, que podía hacer caer la balanza hacia un lado u otro, en el caso de intervenir en la cosa pública.

El mismo año 395 los visigodos, descontentos, emprendieron otra vez su trágico itinerario. Guiábales Alarico, guerrero de sangre real que había hecho su aprendizaje en Italia, con Teodosio. Con la promesa de viñedos y olivares que debían encontrar en Grecia, Alarico empujó a sus visigodos hacia el Sur. Dejaron las áridas e inclementes llanuras de la Tracia para asomarse a las

cercanías de Atenas, que admiraron sin saquear, y pasaron el istmo de Corinto para hacerse fuertes en el Peloponeso. Allí trató de acorralarles un general de origen vándalo, antiguo favorito de Teodosio y ahora tutor de sus hijos, llamado Estilicón y sólo por milagro pudieron los visigodos escapar de aquel callejón sin salida que era el sur de Grecia. Un nuevo arreglo con Arcadio, el hijo mayor de Teodosio, que gobernaba entonces las prefecturas del Oriente, *concedió* a los visigodos nuevas tierras en el Epiro, que hoy llamamos Dalmacia, con acceso al Adriático.

En aquellos momentos la Dalmacia era una magnífica posición estratégica. Al servicio del Imperio, desde allí podían los visigodos acudir al sitio de mayor peligro, tanto si se trataba del Oriente como del Occidente; pero podían también atacar a cualquiera de sus señores si éstos no cumplían lo pactado. Y así fue; permanecieron tranquilos en el Epiro desde 397 hasta el 401, en que Alarico arrastró a sus guerreros a la conquista de Italia. Nada mejor que describir las causas de la invasión con las mismas palabras de Jordanes, el historiador casi contemporáneo de aquellos godos:

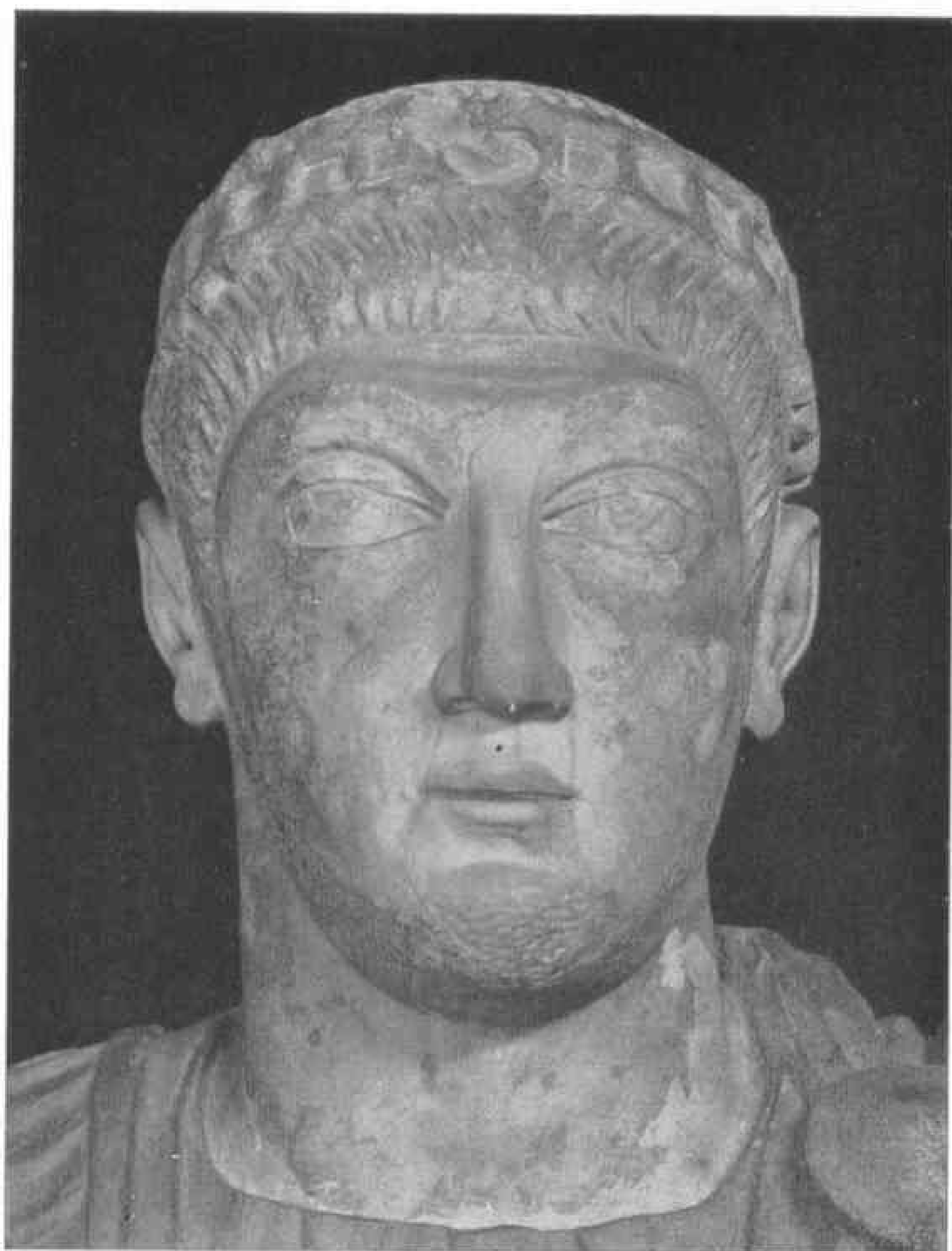
«Cuando Teodosio, el enamorado de la paz y la raza goda, hubo fallecido, sus hijos empezaron a arruinar el Imperio con una conducta viciosa y con negar a sus aliados, o sea los godos, la establecida distribución de dádivas. Esto hizo que en éstos aumentara el desprecio por los romanos, y temiendo perder su valor y degenerar en la ociosidad, los godos nombraron a Alarico por rey; éste, que pertenecía a la familia de los Baltos, que quiere decir *atrevidos*, tras aconsejarse con los jefes, decidió procurarse un reino independiente para los godos.»

Por despecho, pues, de la administración imperial, que los tenía olvidados, y por el deseo de aventuras y peligros tan característico de los primitivos teutones, entraron los visigodos en Italia. Estilicón fue otra vez el encargado de detenerlos, cuando ya habían invadido las llanuras del Po. He aquí, pues, frente a frente, de un lado, la gigantesca masa de los godos, sin organización ni ruta fija, pero a las órdenes de un caudillo leal y generoso, y, del otro lado, el viejo Estilicón con sus mercenarios alistados en unas legiones que todavía llevaban las águilas imperiales, pero que ya no conservaban de romanas más que el nombre.



Emperador bizantino del siglo V, acaso Valente. Galería de los Uffizi. Florencia.

La campaña fue larga y llena de sorpresas; Alarico se reveló como caudillo consumado; sin embargo, los imperiales pudieron alabarse de haber conseguido una victoria en un lugar del Piamonte llamado Pollentia. Resultado de ella fue un nuevo arreglo; los visigodos se retiraron a sus tierras por unos años y Estilicón y Honorio fueron el 404 a Roma para celebrar su triunfo, como en los tiempos de Mario y Pompeyo. Es famoso, sobre todo, este triunfo por ser el último en que se dieron en espectáculo los combates de gladiadores. Los cristianos protestaron, y hasta un monje, llamado Telémaco, murió apedreado por la turba cuando trataba de separar a los conten-



Busto con el retrato de Honorio. Museo del Louvre.

dientes en la arena. El sacrificio de esta víctima del humanitarismo acabó de decidir a Honorio, que tenía a su cargo el gobierno de las prefecturas occidentales, y publicó un edicto en el que prohibía para siempre los juegos gladiatorios.

El triunfo de Estilicón y Honorio representa, empero, el final del primer episodio de la entrada de los bárbaros en tierras del Imperio. Por lo pronto, los únicos aceptados son los visigodos, y aun sin haber podido hallar para ellos un domicilio que fuera definitivo.

Mientras tanto, los hunos y sus aliados habían avanzado hasta el Báltico. Su presión sobre los pueblos germánicos vecinos del Imperio se iba haciendo cada día más intolerable; algunas tribus germánicas cedían, y mediante un tributo y una alianza continuaban en las tierras de sus mayores; otros combatían a los asiáticos, disputándoles valle por valle, selva por selva, la orilla derecha del Rin. Finalmente, un día, el último del año 406, incapaces de resistir más el empuje de los hunos, grandes multitudes de pueblos germánicos atravesaron el río que durante varios siglos había sido la frontera de Germania. Pero no fue un ataque de teutón a romano, no fue una invasión para conquistar provincias: fue un desbordamiento producido por una presión que venía de mucho más allá, de las estepas de la Mongolia, a través del Asia y de la Europa Central y que había empezado mucho antes.

Cómo pudieron estas naciones germánicas atravesar la frontera es todavía un enigma. Muy probablemente, la guerra con los visigodos en el Oriente obligó a desguarnecer las fortalezas del Rin: Colonia, Maguncia y Tréveris. El vado se hizo por tantos puntos a la vez, que las guarniciones romanas prefirieron encerrarse en sus castillos a exponerse a una destrucción segura. Lo que parece cierto es que los bárbaros no tenían un plan preparado de antemano, ni iban dirigidos por un jefe único, ni se improvisó un monarca en el acto de la marcha. Muy probablemente, con esta comunicación misteriosa y casi subterránea que se transmite a las multitudes en los días supremos de la Historia, se dieron cuenta de que había llegado la hora en que no hallarían resistencia capaz de detenerles. Pasaron avergonzados delante de las ciudades romanas y destruyeron algo, pero poco, para obtener el sustento. Estos guerreros teutónicos, cubiertos de andrajos, con sus mujeres y chiquillos, siguieron avanzando vacilantes, sin atacar ni ser atacados, hasta que hallaron parajes apartados donde la romanización no había sido completa y pudieron instalarse allí, casi a escondidas de la administración imperial, que era aún para ellos un poder poco menos que divino. Unos, los francos, llegaron al ángulo nordeste de Francia y Bélgica, adonde los mercaderes romanos habían ido siempre de paso. Otros, los borgoñones, se internaron en los repliegues montañosos

que separan a Francia de la Helvecia y desde allí hicieron más tarde famoso su nombre. Otros, más fuertes, cruzaron los Pirineos y se creyeron seguros en el rincón atlántico del norte de España, donde se instalaron los suevos, o bajaron hasta Andalucía, la primera etapa de los formidables vándalos.

Pero la Francia más romanizada, esto es, la Francia Central y la Provenza, permaneció sin grandes cambios y continuó viviendo bajo la administración romana después del paso de aquellos pueblos. Lo mismo podríamos decir de España: ni la Tarraconense ni la parte central más romanizada recibieron daño alguno de los nuevos ocupantes, que se consideraban más bien huéspedes que enemigos del Imperio. Sin embargo, los espíritus cultivados de la época se dieron cuenta de lo que significaba aquella ocupación de parte de las provincias occidentales por los germanos. San Jerónimo, desde el Oriente, describe a los pueblos teutónicos recién llegados al Occidente con estas palabras: *Innumerabiles et ferocissimæ nationes*. Así, poco más o menos, hablan también Orosio y Claudiano, y empiezan a distinguir el carácter de las diversas tribus de germanos: unos son bravos, pero perezosos; otros son fieles y cumplidores de lo pactado; otros traidores, otros glotones y lujuriosos; cada nación tiene un defecto y posee también apreciables cualidades.

Es de creer que si el Imperio hubiese estado en su apogeo, como en tiempos de Marco Aurelio, estas gentes germánicas habrían sido absorbidas gradualmente, romanizándose poco a poco. En cambio, ahora las encontramos en seguida al servicio de ambiciosos magistrados imperiales que se valen de la fuerza de los bárbaros para imponer un candidato a la púrpura, o para atacar a sus enemigos personales. La desgracia para Europa no fue, como se ha dicho muchas veces, que los bárbaros cruzaran el Rin demasiado pronto, sino que, al contrario, al cruzarlo el año 406, era ya demasiado tarde.

En efecto, ya el año 410 los visigodos se apoderaron de Roma y la saquearon. El asombro que esto produjo en los bárbaros fue enorme. La Ciudad, que así se llamaba a Roma, la capital del mundo, la que había hecho temblar a sus abuelos, era presa de uno de los suyos. Un germano, Alarico, con una banda de visigodos, había entrado en Roma y mandaba en ella a su antojo. Otros, establecidos en provincias, podían hacer lo mismo con las ciudades romanas amuralladas, que, en menor escala, tenían también su prestigio y sus tesoros. La superstición de la superioridad romana se iba desvaneciendo...

Sólo una cosa quedaba todavía fuerte: la idea del Imperio. El concepto de las nacionalidades no se había formado aún; bárbaros y romanos se sentían sujetos a la administración imperial, el águila de dos cabezas, que entonces eran dos aguiluchos impotentes, los hijos de Teodosio, uno en Constantinopla y otro en Milán y Ravena. Sobre esta idea de la unidad del Imperio, aun con dos capitales, deberemos volver más adelante; sin embargo, ahora es preciso que expliquemos algo de la segunda etapa del itinerario de los visigodos, en cuyo camino ocurrió el mencionado episodio de la caída de Roma.

El año 408 el incapaz Honorio consentía en Ravena el asesinato de Estilicón. La des-



Moneda con el retrato de Valente.



Moneda con el retrato de Teodosio I.

aparición del viejo general alano no sólo significaba, para los visigodos, que no habría en Occidente nadie capaz de detenerlos, sino también que la subvención en metálico y especies que percibían por su inacción se haría más irregular en lo sucesivo. Esta consideración bastaba para acabar de decidir a los visigodos a lanzarse sobre Italia. Con un contingente de setenta mil guerreros (recordemos que eran doscientos mil al cruzar el Danubio), Alarico saqueó a Aquilea y Cremona, pasó sin detenerse por delante de la ciudad de Ravena, defendida por sus pantanos y canales bordeados de pinares, cruzó los Apeninos y plantó sus reales delante de Roma. Después de un primer sitio, que los visigodos levantaron mediante un regular donativo, el año 410 Alarico entraba en Roma. Para dar idea de la hazaña, recordemos que el perímetro de las murallas de la capital era de unos 35 kilómetros y que debía de contener todavía más de un millón de habitantes. Por otra parte, es seguro que, al descender a través de la Italia, Alarico y sus guerreros reclutarían esclavos de raza teutónica y alanos, que se sumarían a sus filas. Por lo menos, sabemos que, sólo en Roma, los visigodos encontraron 40.000 germanos. ¡Qué desorden no produciría en las explotaciones agrícolas, y aun en los servicios de la capital, esta liberación de millares de esclavos, que se unían a los enjambres de los bárbaros! He aquí otra de las causas que hay que añadir a las muchas con que se ha tratado de explicar la ruina de la civilización clásica.

Sorprende que, mientras en el siglo anterior las legiones proclamaron varios emperadores de raza bárbara, árabes y sirios los guerreros teutónicos de esta época se consideraron, sin excepción, oficiales extranjeros al servicio del Imperio, al que ofrecían su espada y sus compañías de soldados, pero ninguno pretendió erigirse emperador. Eran más bien cabecillas que gobernantes y políticos. Sentían por la máquina administrativa romana, con su sombra de Senado y sus *Augustos*, un respeto que ya no merecían inspirar. Así, por ejemplo, lo primero que hizo Alarico al entrar en Roma fue instigar al Senado para que nombrara otro emperador que pudiera substituir al pobre Honorio, refugiado en Ravena. Desgraciada-

Ultimos juegos gladiatorios. Mosaico del siglo V de J. C.



Jarro de oro que formaba parte del tesoro encontrado cerca del lugar donde Atila tenía su capital.



mente, la elección del Senado recayó en un notario, músico y cantor, llamado Atalo, aún peor que Honorio, al que, sin embargo, los visigodos guardaron fidelidad por algún tiempo.

Pero no es ahora ocasión de seguir punto por punto el relato de estos años de invasión. Baste decir que, después de una excursión por el sur de Italia, en la que Alarico murió, por fin, el 412, los visigodos, guiados ya por un pariente de aquél, Ataúlfo, se instalaron en Provenza y volvieron a entrar en negociaciones con la corte de Ravena, tratando de venderle caros sus servicios. Para hacer más tratable a Honorio y a sus consejeros, los visigodos conservaban en su poder al seudoemperador Atalo, elegido por el Senado, y a la hermana de Honorio, hija también del gran Teodosio, la hermosa Gala Placidia, la mejor presa del saco de Roma.

Ataúlfo casó con Gala Placidia en Narbona y las nupcias se celebraron a la manera romana. Se han conservado unas palabras de Ataúlfo, que Pablo Orosio oyó repetir en Palestina, según las cuales parece que había dicho que, cuando era joven, hubiese querido hacer una Roma gótica, pero que después se convenció de que lo más práctico era romanizar a los visigodos. Las nupcias de Ataúlfo y Gala Placidia, en Narbona, parecieron asegurar el triunfo de esta idea. Hacía más de treinta años que los visigodos vagaban por las tierras del Imperio; muchos de ellos habrían nacido ya en el suelo clásico y hablarían, además de los dialectos teutónicos, algo de griego y latín. Estaban sin duda casi tan calificados para proteger al Imperio como los francos en tiempos de Pipino y Carlomagno. Por desgracia, los visigodos eran arrianos, y su religión altamente les perjudicaba. De todas maneras no demostraron tanto antagonismo hacia los católicos como los vándalos y suevos. No hubo persecución por parte de los godos.

Por otra parte, el matrimonio de Ataúlfo con Gala Placidia parece haber sido un matrimonio de amor. Ataúlfo, aunque de baja estatura, era apuesto e inteligente, y tenía cierta espiritualidad natural que daba gracia a sus palabras. Era también un gran guerrero, como lo probó al cumplimentar el encargo que le diera Honorio de limpiar la Hispania de bárbaros, vándalos y suevos. Si no vencerlos, por lo menos consiguió que se mantuvieran en los límites asignados. Ataúlfo tomó como base de sus operaciones o capital a Barcelona; allí diole Gala Placidia un hijo, el pequeño Teodosio, que hubiera sido un príncipe godo romanizado, o romano germanizado, si no hubiese muerto a los pocos meses. Pero también allí en

Barcelona murió Ataúlfo asesinado por uno de sus capitanes, un día que bromeaba con ellos visitando las caballerizas de palacio. Gala Placidia enterró a su esposo Ataúlfo en un gran sepulcro en forma de templo romano.

Muerto Ataúlfo y acabada su misión en España, los visigodos pactaron por última vez con el Imperio, bajo estas bases: devolvieron Gala Placidia a su hermano Honorio, se les concedieron tierras en Aquitania, desde el Loira hasta los Pirineos, y se confirmó su carácter de milicias imperiales. De hecho, la corte de los visigodos en Tolosa era la capital de un Estado independiente y cerca de ella construyeron la casi inexpugnable fortaleza de Carcasona, pero se resignaron y aun se vanagloriaron de ser los ejecutores de las órdenes del monarca de Ravena.

Así se hallaban las cosas medio siglo después de la invasión. Grandes parcelas del Imperio estaban gobernadas por los jefes bárbaros, quienes se valían para administrar justicia, entre los romanos establecidos en su territorio, de los antiguos funcionarios de la administración imperial y sólo ponían gran empeño en que el servicio militar siguiese confiado a los teutones. Es cierto que los bárbaros reclamaban el uso y posesión de dos tercios de las tierras cuya protección se les había confiado, pero éste era un privilegio que hacían derivar de los antiguos legionarios romanos, quienes tenían derecho a un tercio o a dos tercios de la casa y la tierra del patrón que los alojaba. Es de suponer que, a pesar de la desmoralización de los servicios imperiales y del mal efecto que causó la caída de Roma, los germanos hubieran acabado por infundir sangre nueva al Occidente sin destruir los moldes clásicos; pero el empuje incesante de los hunos desorganizó definitivamente lo que apenas estaba organizado.



Las murallas de Roma asaltadas por los bárbaros.



Vista aérea de Ravena, refugio de Honorio.

A mediados del siglo v los hunos aparecen dirigidos por un gran jefe, Atila. He aquí cómo lo describe Jordanes: «Atila era altivo y desdeñoso; mirando de un lado a otro, manifestaba fuerza y voluntad. Era belicoso, y, sin embargo, reservado en sus acciones, decidido en el consejo, bueno para con los humildes y generoso con los que recibía bajo su protección; de baja estatura, anchas espaldas y cabezota grande, ojos pequeños, barba clara y gris, nariz chata y piel obscura, señalando su origen oriental.» De las costumbres de Atila nos entera el precioso relato de un tal Prisco, quien acompañaba a una embajada que fue a visitarle el año 449. Los embajadores romanos partieron de Constantinopla y llegaron sin contratiempo a Sárdica, quizá la moderna Sofía. Allí encontraron ya la ciudad destruida por las avanzadas de los hunos. Toda la región, hasta el Danubio, estaba cubierta de cadáveres, que los hunos, como de costumbre, habían dejado insepultos para atemorizar a los romanos. Atravesaron el río en balsas hechas de troncos de árboles y después de varios días de cabalgar, acamparon cerca del lugar donde Atila estaba cazando; éste recibió a los embajadores con frases violentas y hasta les amenazó con crucificarlos. Su principal queja era que no le habían devuelto los cautivos hunos, que esperaba llegarían con la embajada.

Dos días después, Atila, con todo su sé-

quito, marchó hacia la madriguera donde se alojaba regularmente. Allí fueron también los embajadores, pero por diferente camino, porque Atila quería detenerse en determinado paraje para recoger otra concubina para el harén. Por fin, el gran caudillo turanio llegó a su aposento. Grupos de muchachas salieron a recibirle, cantando y agitando sin cesar velos de lino blanco. Sin desmontar, Atila comió y bebió de lo que le presentaron sus esclavas.

La morada de Atila estaba situada en una eminencia desde la que se podía dominar todo el campamento. Una empalizada, con torres también de madera, rodeaba su habitación. Todo lo cual estaba construido con arte, pulimentado y decorado con tallas de escultura.

Las negociaciones de la embajada adelantaron muy lentamente; pero, a la manera oriental, los embajadores fueron invitados a un banquete. Atila comió en una mesa separada, en el centro de la sala; a un lado tenía a sus hijos y ministros, y al otro a los embajadores. Los manjares fueron servidos a los huéspedes en vajilla de plata, pero los vasos eran de oro; sólo Atila comió y bebió en platos y vasos de madera; por lo visto, tenía empeño en exhibir su simplicidad de jefe de nómadas. Al terminar el banquete, entraron los bardos en la sala para entonar cánticos de guerra y de victoria, que hicieron derramar lágrimas de emoción a los guerreros jóvenes. Por fin, un bailarín-bufón, jorobado y de origen africano, empezó sus mímicas, con las que todos rieron, menos Atila, que se mantuvo grave e impasible.

Este era el hombre que, a la cabeza de sus 500.000 hunos, atravesó el Rin acompañado de sus aliados: gépidos, alanos y ostrogodos. Era hacia la primavera del año 451 cuando las hordas de Atila, divididas en dos grupos, atravesaron el río por Coblenza y Basilea. El primero de estos vados se hallaba desguarnecido, porque los francos que ocupaban la región no quisieron resistir; el segundo estaba en las tierras que ya hemos dicho que ocupaban los borgoñones. Reunidas las dos masas de los hunos en Metz, pasaron por Reims y París, sin entrar en ellas. Su objetivo era Orleáns, en el recodo que forma el Loira en el centro de Francia, un punto de importancia estratégica formidable...

¿Qué hacían, mientras tanto, los imperiales? Por fortuna, el Imperio podía contar entonces con la colaboración de Aecio,



Gala Placidia y su hermano Honorio. Marfil del Tesoro de Monza.

Interior del mausoleo de Gala Placidia y Honorio en Ravena.



un general romano que conocía perfectamente a los hunos. En ocasión de hallarse enemistado con Gala Placidia, que en nombre de su hijo Valentiniano regentaba el occidente, este general romano se había desterrado voluntariamente a la corte de Atila. Allí vivió Aecio algunos años como huésped, y a su regreso, volvió con una escolta de sesenta mil jinetes hunos.

Con su ejército personal de hunos y alanos, Aecio se había impuesto a la corte de Ravena, y estaba en la Galia, tratando de pacificar a los pueblos teutónicos que habían encontrado allí aposento, cuando Atila penetró con sus hordas en la zona romana. Aecio comprendió en seguida que no podía hacer frente a los hunos teniendo a sus espaldas a los visigodos indecisos; éstos permanecían en la Aquitania y su frontera pasaba por el sur de Orleáns. El rey de los visigodos no parecía muy dispuesto a colaborar con Aecio; su excusa era que Atila

no había llegado todavía al territorio que él tenía que defender, pero acaso esperaba el resultado del choque de los dos imperios para caer del lado del vencedor. Aecio encomendó a un cultísimo patricio romano, poseedor de inmensa fortuna, llamado Avito, la delicada misión de convencer a los visigodos. Este noble intermediario regresó de su embajada llevando tras de sí a los escuadrones armados de los visigodos, con el rey y dos de sus hijos a la cabeza. Animado por este refuerzo, y aseguradas sus espaldas, Aecio fue al encuentro de los hunos, que estaban aún sitiando a Orleáns. Atila, al ver aparecer las águilas romanas, levantó el cerco, buscando un paraje más llano para maniobrar su ejército, compuesto exclusivamente de jinetes. Lo encontró al nordeste del Loira.

Este espacio favorable está cerca de Châlons, en el lugar llamado *Campos Cataláunicos*. Como buen turanio, Atila, la víspera del combate, pidió a los adivinos de su séquito que le predijeran el resultado de la batalla. El método para presagiar que emplearon los brujos de Atila es el mismo que usan todavía los chinos y mongoles, y que usaban ya mil años antes de Jesucristo, esto es, calentar huesos y conchas de tortuga y, por la forma de las grietas, descifrar el porvenir. El augurio de los shamanes hunos fue que Atila perdería la batalla, pero que en ella moriría su enemigo. ¿Y quién era su enemigo sino Aecio? ¿Y qué más podía desear Atila que la muerte del desterrado ingrato al que había colmado de honores, y le había regalado una guardia real, el mismo que ahora le perseguía acaudillando las huestes de sus enemigos?... Atila se decidió, pues, a perder, con la esperanza de sacrificar a Aecio. Porque, además, Atila sabía muy bien que, una vez desaparecido Aecio, el Occidente entero caería bajo su dominio.

El combate, que se dio en junio o julio de 451, fue un gigantesco duelo entre naciones. Todas las fuerzas de Europa, y hasta podríamos decir de Asia, estaban movilizadas en aquella llanura. La batalla de Châlons contrasta con el carácter local y episódico de los otros conflictos entre bárbaros y romanos. Desde la batalla de Adrianópolis a la de Châlons sólo hallamos escaramuzas, con las que los bárbaros destrozaron el Imperio y se desangraron ellos mismos, pero no se jugaba la suerte de Europa, fiándola a la de las armas, como en los Campos Cataláunicos.

A un lado estaban los hunos con sus aliados: gépidos, hérulos y ostrogodos. Enfrente, Aecio con todas las milicias romanas y sus aliados, francos y visigodos. Atila disparó la primera flecha y peleó durante toda la acción en primera fila. El rey de los visigodos combatió también personalmente, pero pronto fue herido de una lanzada y murió en las avanzadas, como para probar la precisión del oráculo de Atila. El jefe de sus enemigos había sucumbido, pero no era el detestado Aecio, sino un bárbaro que hubiera podido ser su amigo. La otra parte del oráculo también parecía verificarse: los hunos perdían la batalla; el hijo del rey de los visigodos, descendiendo a paso de carga de una altura que dominaba el campo, había reconquistado todo el terreno perdido en las primeras horas. Los hunos empezaban a retirarse y Atila había hecho ya levantar una pirámide de sillas de montar para que fuera su pira mortuoria.

Pero llegó la noche y Aecio aconsejó a los visigodos que renunciaran a la persecución y regresaran a Tolosa. ¿Por qué? Se ha dicho que Aecio no quería envalentonar a los visigodos, que, envanecidos por haber destruido a Atila, se sentirían los árbitros del Imperio. Es posible que Aecio recordara también entonces el agradecimiento que debía a Atila por la hospitalidad de él recibida, y creyera que bastaría con el castigo sufrido para que los hunos regresaran para siempre a las llanuras donde dejaron sus rebaños. Pero el reposo de Atila en las praderas del Danubio duró pocos meses. Desbandar un ejército de 500.000 hombres es más difícil que su movilización. El año 452 Atila invadió a Italia, entrando por la misma ruta que había seguido Alarico, esto es,

Aecio. Marfil del siglo V. Tesoro de Monza.



Aquilea, el Véneto y el valle del Po. Milán y Pavía pagaron un tributo, aunque consta que Atila entró en Milán y hasta hizo que pintaran su retrato junto al de los antiguos césares en un fresco del palacio. Mas, como hemos dicho al empezar el capítulo, Italia no era un país apetecible para un pueblo de pastores. Por esto, Atila aceptó la propuesta que le hicieron los representantes de las que podríamos llamar *gentes itálicas,* porque casi no podemos decir que representaran al emperador. Los comisionados que fueron a tratar con Atila, en su tienda, levantada cerca del lago de Garda, fueron el cónsul de aquel año, Avieno, romano cauto, fino y malicioso; un tal Trigecio, que había sido gobernador de la prefectura de Italia y conocía bien el país, y, con autoridad y personalidad superior a todos, el papa-obispo de Roma, que era nada menos que León el Grande, cuya sola presencia impresionaba. Atila consintió en retirarse; de todos modos, hubo que pagarle un tributo proporcionado al mal que se evitaba.

Atila murió al siguiente año, ahogado en su propia sangre. Durmiendo, después de un banquete, se le rompió una vena y su esposa lo encontró muerto en la cama. Después de los funerales, empezaron las disputas entre sus hijos y los príncipes aliados para procurarse la sucesión. Nadie parecía tener personalidad bastante para mantener unidos aquellos pueblos, de diversas razas y todos indómitos. Los gépidos y ostrogodos, por lo pronto, se separaron de los hunos, apropiándose grandes espacios de terreno en la vecindad de la frontera romana. Desde allí espiaron el momento propicio para entrar a su vez, ya por su cuenta, en Italia y adueñarse de aquel país delicioso, que habían visto en sus correrías acompañando a Atila. Un día los ostrogodos con Teodorico, más tarde los longobardos y gépidos con Alboíno, llegaron también a Italia para hacer lo mismo que los visigodos habían hecho en Aquitania y España, y que los francos y borgoñones hacían en Francia: transformar en naciones sedentarias lo que antes eran sólo bandas de aventureros.

Cabe preguntarse hasta qué punto se había efectuado ya la germanización de la *Romania* de fines del siglo v a la mitad del VI. Un dato puede facilitar la explicación. Tanto en Occidente como en Oriente, mujeres de gran categoría se sentían dispuestas a contraer matrimonio con un bárbaro o aceptarlo sin repugnancia al serles impuesto. Ya hemos visto a Gala, la princesa de más alta alcurnia, aceptar a Ataúlfo

como esposo legítimo y darle un hijo. Otra romana, Honoria, sintió tanta admiración por el carácter y los actos de Atila, que le envió su anillo de desposada, ofreciéndose a unirse en legítimo matrimonio con el rey de los hunos. Otras se entregaron como esposas a los monarcas vándalos del Africa, que, además de ser bárbaros sin apenas haber tenido contactos con la civilización clásica, eran de religión arriana.

La personalidad de Gala Placidia, que hemos visto aparecer entre los nombres de los bárbaros, merecería una biografía más completa.

Regresada a Ravena, casó con Constancio y a su muerte hizo construir un admirable sepulcro que conserva todavía los sarcófagos de ella misma, de su hermano Honorio y de su marido. Este mausoleo de Gala Placidia en Ravena es de estilo bizantino, decorado con mosaicos magníficos tanto en las paredes como en las bóvedas. Así, mientras el primer monumento funerario que levantó Gala Placidia, que es el sepulcro de Ataúlfo en Barcelona, tenía la forma de un templo romano clásico, el mausoleo de Ravena es ya completamente de gusto oriental. Ambos representan en arquitectura el doble carácter de la princesa hija de Teodosio, romana y por su casamiento con Ataúlfo casi goda, y después de regresar a Ravena, por sus relaciones con la corte de Constantinopla, completamente seducida por el estilo bizantino.

Su vida, desde los días en que estaba encerrada en la Roma sitiada por los visigodos; después como una presa de gran valor, con las marchas a través de Italia; su casamiento con Ataúlfo y su corta viudez en Barcelona; su nueva vida en Ravena y en Roma como regente de Valentiniano III, parece el tema de una novela histórica, y no es otra cosa sino una epopeya femenina única para su época.



Moneda de Gala Placidia.

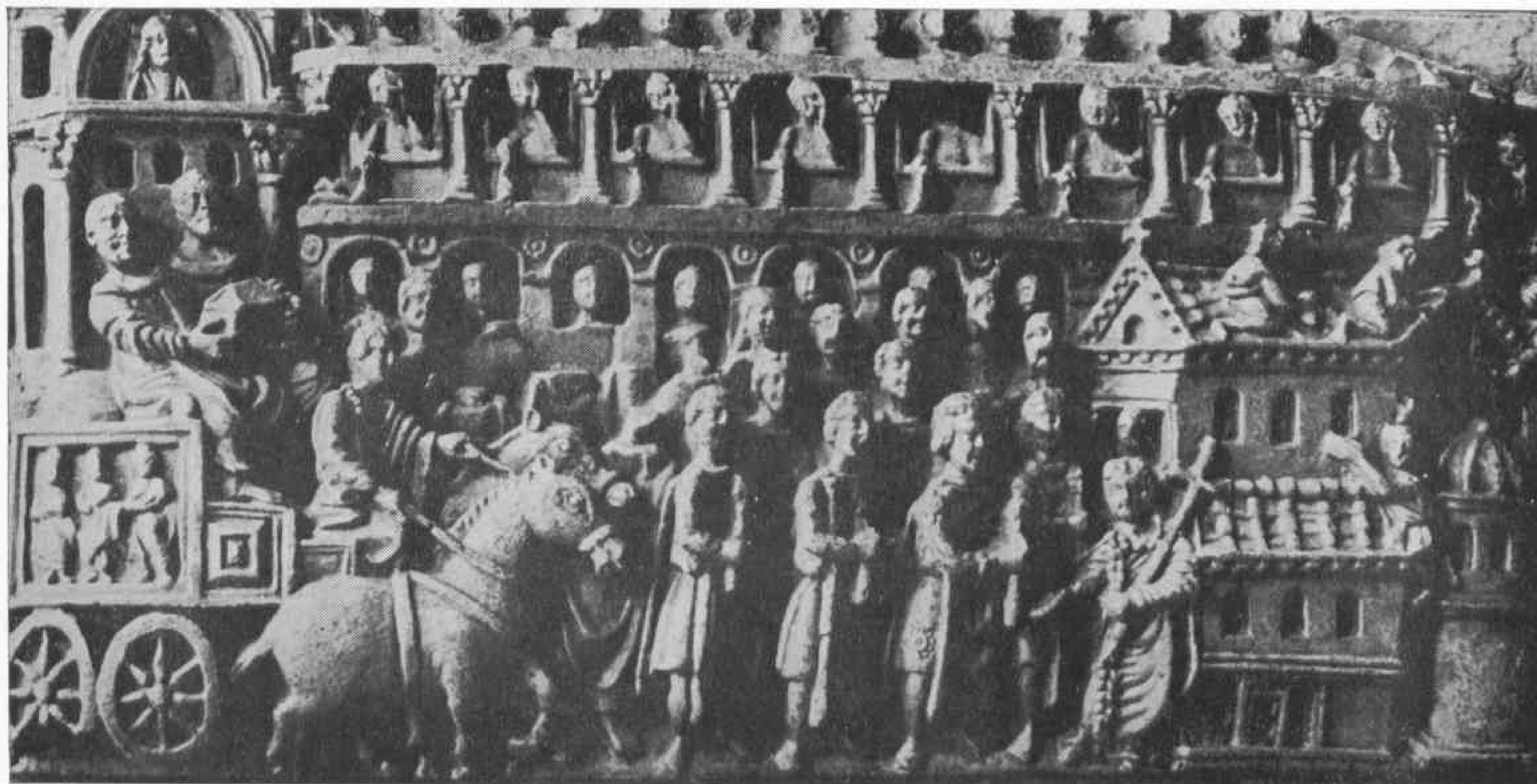


San Demetrio de Salónica, templo de la época de Justiniano.

11 RECONQUISTA DE OCCIDENTE POR LOS IMPERIALES. JUSTINIANO

La muerte de Atila y la disgregación de los diversos grupos étnicos que le obedecían dieron lugar a trastornos generales en Occidente. Mientras pueblos de diferentes razas peleaban en la Europa Central para disputarse las tierras de pastos del Danubio, en la Galia, los francos, libres de la amenaza de los hunos, repetían sus campañas contra los visigodos, establecidos al sur del Loira, y aun llegaban a perseguirles hasta España. Es de imaginar lo que sufrirían en estos ataques y contraataques las poblaciones romanas de ambos lados del Pirineo.

Con todo, para los funcionarios imperiales la anarquía producida en el Oeste por las invasiones teutónicas no debió de parecer mal irremediable. No tenían, como nosotros, la visión de los acontecimientos sucesivos, y no creían que la pérdida de la Galia y de España fuese definitiva. Los pueblos teutónicos, en especial los visigodos, se llamaban todavía *confederados* del Imperio; más a la periferia los francos insistían en justificar su avance con títulos legitimados por donaciones imperiales. El Imperio, para todos, permanecía aún intacto, único e indivisible; bastaría, en momento oportuno, sacar provecho de los odios feroces que dividían a los germanos, para lograr que se destruyeran mutuamente. Al desaparecer los bárbaros, ya aniquilados, ya absorbidos por Roma, como lo fueron en siglos pasados galos y samnitas, los municipios latinos, ahora ahogados dentro de sus murallas, podrían vivir de nuevo con libertad, y la prosperidad y el comercio se restablecerían, como en tiempos de Trajano.



Procesión en Bizancio, con la tribuna del palacio imperial al fondo. El patriarca y su coadjutor llevan la cajita con reliquias a una iglesia de tres naves que se está construyendo. Sale a recibirlos una dama con la cruz, acaso Santa Elena. Relieve de marfil de la catedral de Tréveris.

El concepto actual de que el Imperio es una forma supermonárquica de gobierno que tiene por esencia un carácter de universalidad, estaba arraigado en las mentes latinas, acostumbradas al imperialismo romano. Hoy hablamos de Imperio de Oriente y de Occidente como de dos monarquías separadas; nos parece posible que una pudiera destacarse enteramente de la otra y que una — la de Occidente — pudiera ser un mosaico de naciones sin depender de la administración imperial única de Constantinopla. Pero este concepto era entonces políticamente absurdo. Como el Pontificado, el Imperio era absoluto y universal; podía ser regido por dos emperadores, uno en Constantinopla, con su colega en Roma, o viceversa, pero la idea imperial no permitía división. Por esto era inconcebible que las provincias occidentales, ocupadas por los bárbaros, pudieran emanciparse y separarse definitivamente del Imperio. Y los germanos, más familiarizados con la idea clásica de Imperio que nosotros, no se habían atrevido a vanagloriarse todavía claramente de una usurpación total de la soberanía en las tierras imperiales que ocupaban en el occidente de Europa.

El concepto, casi supersticioso, de la unidad del Imperio hubiera podido facilitar la reorganización de las provincias occidentales, con gobernadores bárbaros que hubieran sido elegidos por sus diversas naciones y refrendados por la administración de Constantinopla o de Ravena, no obstante lo dificultaban las costumbres teutónicas y su jurisprudencia peculiar.

Además, se encontraba un extraño entorpecimiento para facilitar la mutua cooperación entre el Imperio y sus *foederati* teutónicos: los bárbaros eran en su mayoría irreducibles arrianos, y en las provincias occidentales la mayoría de la población latina y los funcionarios imperiales eran decididamente católicos. El Papa, obispo de Roma, en muchas ocasiones tuvo que ejer-

cer funciones que de hecho correspondían al emperador, puesto que éste, residiendo en Constantinopla, a menudo carecía de energía y solicitud para ocuparse en los problemas que presentaba la situación de Occidente.

Por otra parte, es aún un enigma lo que constituía el arrianismo de los bárbaros teutónicos; pero los ostrogodos, visigodos, suevos, longobardos y sobre todo los vándalos sentían una feroz repugnancia por la jerarquía y usos de la Iglesia católica. Sospechamos que más que una convicción religiosa los movía a esta actitud díscola de semiarrianismo el empeño en permanecer independientes, sin la inspección, que empezaba a estar severamente organizada, de la Iglesia romana. Muchas de sus costumbres seculares hubieran sido tenidas por los católicos como incompatibles con el cristianismo, y además había el culto secreto de Odín (Wotan), que podía mantenerse al margen de un cristianismo arriano, pero no del católico.

En aquella época una sola cosa preocupaba grandemente a la administración imperial, siempre con una cabeza en Constantinopla, y a veces con otra en Roma o en Ravena: la pesadilla de cómo libertar de los vándalos las provincias de Africa. Los vándalos permanecieron tranquilos (con excepción de sus luchas con los suevos) en el sur de España. Allí fueron a hostigarles los visigodos, al servicio del Imperio, ya en tiempos de Ataúlfo y Walia; por fin, en 428, invitados por cierto conde llamado Bonifacio, pasaron el estrecho y ocuparon las provincias que hoy componen Argelia, Túnez y Trípoli. Esta ocupación de Africa por los vándalos fue una calamidad, sobre todo para Italia, porque Roma no recibía ya el grano de Egipto, que iba ahora a Constantinopla, sino el que se llevaba directamente de Cartago a Ostia. Además, los vándalos se habían hecho piratas y paralizaban la vida marítima del Mediterráneo.

Parece curiosa la extraña facultad de los teutones para dedicarse a la navegación en cuanto se les presenta una oportunidad para ello. Los vándalos hacía siglos que no habían navegado; habían recorrido Europa de un extremo al otro sin disponer más que de piraguas para atravesar los ríos, y al llegar al Africa, y encontrarse con que el desierto les cerraba el paso por el Sur, se convirtieron en marinos, con una maestría que parecé exigir siglos de experiencia. Claro está que el Mediterráneo forma una unidad, y los vándalos debieron de aprovecharse de pilotos griegos y latinos, que no preguntaban a quién servían, sino contra quién se dirigían sus embarcaciones. Los vándalos, por otra parte, no tenían objetivo determinado; no sentían por el Imperio ninguna simpatía, pues nunca habían estado alistados a su servicio, pero tampoco le odiaban. Los escritores contemporáneos, que estaban amedrentados por los vándalos, reconocen, empero, que eran castos, sencillos, inteligentes y valerosos. Su única pasión era el odio a los católicos; se sentían en esto empujados por la divinidad. El rey vándalo Genserico, habiéndole preguntado un día su piloto hacia dónde dirigían sus



Retrato de romanos del período de la reconquista bizantina en Italia.



Félix, cónsul romano del año 428.
Biblioteca Nacional. París.

buques de rapiña, le contestó: «Contra aquellos que Dios quiera castigar.» Todo lo demás lo fiaba a la voluntad del viento. Y los que Dios quería castigar, según los vándalos, eran naturalmente los *herejes* católicos.

Los vándalos habían conquistado las Baleares, Córcega y Cerdeña. Como los imperiales no tenían armadas en el Mediterráneo Occidental, los vándalos causaban los mismos estragos que siglos después los corsarios berberiscos, cuando desembarcaban en Sicilia, en Italia o en España. El año 455 saquearon a Roma y sólo logró contenerlos el Papa, quien, además, obtuvo de Genserico tres concesiones: que no se molestaría a los ciudadanos indefensos, que no se incendiarían los edificios públicos y no se torturaría a ningún cautivo. De todos modos, el saqueo de Roma por los vándalos duró días, tras los cuales regresaron impunemente al Africa. Como botín se llevaron, entre otras cosas, los tesoros del templo de Júpiter Capitolino, que habían respetado los otros invasores, con los vasos y candelabros del templo de Jerusalén, que Tito había traído a Roma. Tal estado de cosas no podía tolerarse, si el Imperio quería conservar una sombra de dignidad. Por esto, cada vez que en Oriente o en Occidente aparecía un gobernante católico, su primera preocupación consistía en organizar una expedición contra el Africa dominada por los bárbaros.

Pero el golpe de gracia a los vándalos vendría de las provincias orientales. Algunos detalles de la sucesión imperial en este período, en el Occidente. darán idea de la descomposición social que reinaba en Italia; además, revelarán al lector la mentalidad de las gentes romanas y bárbaras y su relativa manera de entender la idea del Imperio.

El año 455, Valentiniano III, descendiente del gran Teodosio, pero completamente incapaz, moría asesinado en Roma, en el campo de Marte. Una sombra de Senado aclamó emperador a un patricio rico, de costumbres fastuosas, llamado Petronio Máximo; éste, que había tomado parte en el asesinato de Valentiniano, quiso contraer matrimonio con la emperatriz viuda y que, a la vez, la hija de ésta se casara con su hijo. No es de extrañar, por ende, que a la llegada de los vándalos Petronio Máximo muriera arrastrado por el populacho de Roma, y que la emperatriz y su hija siguieran a Genserico, prefiriendo el Africa con sus bárbaros a la Roma del siglo v con sus patricios envilecidos.

El sucesor de Petronio Máximo fue un romano de provincias, impuesto por los visigodos de la Galia. Era aquel mismo Avito al que hemos visto, en el capítulo anterior, servir de agente de Aecio para conseguir que los visigodos lucharan al lado de los imperiales contra los hunos. Conocemos infinidad de detalles sobre la vida y posición de Avito en la Galia. Tenía una gran hacienda en Clermont-Ferrand y era poseedor de inmensa fortuna. Pero, cosa extraña: el culto gran señor de la Galia parece haber demostrado rudas maneras y costumbres licenciosas al llegar a Roma. Por esta y otras causas, el emperador, cliente de los visigodos, no duró más que un año. Un capitán de los bárbaros de Italia lo depuso, y no creyendo necesaria su muerte, le hizo tonsurar y lo envió a las Galias. El caudillo que así eliminaba a un emperador era de origen suevo, y llevaba sangre de estirpe real visigoda. Se llamaba Ricimero, y con el título de conde y patricio tomó en sus manos los destinos de Italia por espacio de veinte años. Sin embargo, tampoco Ricimero se hizo coronar emperador, sino que eligió como sucesor de Avito a un romano llamado Mayoriano, joven todavía, que ya se había distinguido al lado de Aecio en varias campañas. Esta elección fue ratificada por el emperador de Constantinopla, quien aceptó a Mayoriano como colega para las provincias occidentales. El gobierno de Mayoriano duró sólo cuatro años; en ellos hizo esfuerzos heroicos para restablecer el orden y, sobre todo, reconquistar el Africa. Primero trató de enterarse de las condiciones del país, y al efecto pasó a visitar a Genserico, disfrazado, como si fuese su propio embajador; después preparó una formidable armada, que se reunió en Cartagena de España. Sin embargo, Genserico, que tenía espías y traidores en los buques, logró que desertaran algunas de las naves y Mayoriano se vio obligado a renunciar a la expedición. Su fracaso en este asunto de Africa originó su pérdida; los soldados se amotinaron y Mayoriano murió en el campamento de una manera misteriosa. Ricimero, todavía ejerciendo su protectorado, se vio, pues, en la necesidad de buscar otro emperador.



El cónsul Basilio y, a su lado, Roma, llevando en la mano una tabla en la que se quieren simbolizar las murallas que Basilio mandó restaurar. Marfil del siglo VI.

Este fue un tal Severo, que duró también cuatro años, aunque con descontento de la corte oriental. Ricimero, mientras tanto, gobernaba de hecho, y para congraciarse con la corte imperial de Constantinopla, aceptó la idea de deponer a Severo y entronizar a otro Augusto que fuese del agrado de los orientales. El nuevo emperador, candidato de Constantinopla, llegó a Roma el 467; estaba emparentado con la familia reinante y se llamaba Antemio. Su primera

iniciativa fue concertar con Ricimero, y con la ayuda del Augusto de Oriente, la inevitable expedición contra los vándalos. Los bizantinos contribuyeron a ella con hombres y dinero; la cantidad entregada por el tesoro imperial de Constantinopla fue de veinticinco millones de pesos. Además se envió un almirante que se llamaba Basilisco y debía ser el generalísimo de la expedición. Todas las fuerzas que pudo movilizar el Occidente se sumaron a la empresa. Basilisco logró desembarcar a unos cuarenta kilómetros al este

Augusto del siglo V entre las dos figuras de Roma y Constantinopla. Biblioteca Nacional. París.



de Cartago, y si hubiese avanzado resueltamente, hubiera acabado con los vándalos; pero Genserico envióle emisarios, pidiendo que le diera una tregua de cinco días para proponer condiciones de paz, y entre tanto preparó la resistencia. Una noche en que el viento soplaba favorable, lanzó contra la armada de los imperiales varios navíos incendiados que les causaron grandes pérdidas. Esto desmoralizó al ejército de tal modo, que una parte de él regresó por tierra, siguiendo la ruta de la costa; otra parte regresó a Sicilia. Basilisco, con algunos navíos, llegó a Constantinopla, donde, caído en desgracia, sólo pudo librarse de la muerte refugiándose en un santuario como penitente.

Con excepción del azote de los vándalos, por algún tiempo pareció que el Occidente obtendría la paz. Ricimero habíase casado con la hija de Antemio; pero en 472 la discordia que venía fermentando entre éste y Ricimero convirtióse por fin en una guerra civil, y Ricimero entró en Roma, matando a Antemio con su propia espada. Poco después también moría Ricimero.

Aquí se impone que digamos algo del tipo nuevo que aparece en el escenario de la Historia con Ricimero; éste es el soldado de fortuna, el bárbaro sin patria, que se erige en cabecilla militar de un monarca que sólo cuida de cuestiones puramente civiles. Ricimero se hizo árbitro de Italia porque el ejército, y aun el pueblo, le prefirieron a los funcionarios romanos, que sólo se ocupaban de cobrar contribuciones. También en Bizancio un general bárbaro, llamado Aspar, había impuesto como emperador a un candidato suyo. Pero había más energías entonces en Oriente que en Occidente; en los cuadros del ejército bizantino hallamos muchos nombres armenios y persas, y éste era un material mucho más sano que el conjunto de romanos degradados y germanos desertores que vemos en Italia al finalizar el siglo v. Pero, ni aún así, Aspar se mantuvo tanto tiempo en Constantinopla como Ricimero, y los que le imitaron, en Occidente.



Interior de las fortificaciones vándalas y bizantinas de Tebesa. Argelia.

Desaparecido Antemio, cuatro emperadores se sucedieron, en cuatro años, en Occidente. El del año 472 fue propuesto nada menos que por los vándalos desde Africa; el del 473 fue candidato sugerido por el rey de los borgoñones; el del 474 vino otra vez de Constantinopla, y el del 475 fue un tal Rómulo Augústulo, aunque bajo estos pomposos nombres se escondía el hijo de uno de los antiguos servidores de Atila. El padre de Rómulo Augústulo era un romano de pura sangre, pero la historia empieza a mencionarlo como secretario del jefe de los hunos. Se llamaba Orestes y no debió de perder del todo sus maneras romanas, porque, a la muerte de Atila, Orestes regresó a Italia y se reincorporó al servicio del emperador Valentiniano. Los desórdenes del año 474 hallaron a Orestes ascendido al título de Maestro del Ejército y con una fácil insurrección consiguió hacer nombrar emperador romano a su hijo Rómulo Augústulo. Augústulo contaba solamente catorce años de edad; el hecho de que Orestes prefiriera hacer emperador a su hijo en vez de revestirse él mismo con la púrpura es otro síntoma del concepto puramente honorífico que se concedía a la dignidad imperial en Occidente.

El gobierno de Orestes y su hijo duró sólo

ocho meses. Lograron un tratado y la protección de Genserico, quien, desde Africa, era factor decisivo de la política de Occidente; en cambio Orestes no pudo resistir la presión de su propio ejército y fue asesinado. Los soldados pedían a Orestes la tercera parte de las tierras de Italia. Ya hemos visto que los visigodos se habían apropiado dos tercios de las tierras que ocupaban en la Galia; los borgoñones, además de los dos tercios de los campos, tomaron la mitad de los pastos y bosques; los vándalos no se habían contentado ni aun con eso... ¿Por qué no podían, pues, los bárbaros de Italia, que eran la mayoría de los veteranos del ejército, obtener una porción parecida, máxime cuando grandes partes de la península estaban abandonadas por haberse desvanecido los antiguos propietarios?

Retrato idealizado de Teodorico. Una de las estatuas en bronce que rodean el sepulcro del emperador Maximiliano en Innsbruck.



La resistencia de Orestes a esta demanda resultó fatal para él y para Italia. Si los veteranos de la península se hubiesen instalado en los antiguos predios deshabitados, algunos habrían conseguido arraigar y fundar así una nueva población agrícola, que tanta falta hacía en aquel tiempo.

El cabeza de motín de los soldados que depusieron a Orestes y a su hijo era un jefe de los hérulos llamado Odoacro, que iba a repetir la experiencia de Ricimero. Gobernó a Italia desde 476 hasta 493. La sola diferencia entre Odoacro y Ricimero es que este último siempre se valió de un emperador decorativo con quien justificar su usurpación, mientras que Odoacro se hizo coronar rey, levantándole los soldados sobre un escudo, según la costumbre germánica. Pero hasta Odoacro mantuvo el respeto a la idea del Imperio. He aquí el párrafo capital del documento que el Senado de Roma aprobó por unanimidad a propuesta de Odoacro: «El Senado y el Pueblo romano consienten en que la sede del Imperio *universal* sea transferida de Roma a Constantinopla y renuncian al derecho de elegir emperador, pues reconocen la inutilidad de la división en dos Imperios. La *república* confía en las virtudes y el valor de Odoacro, y humildemente requiere al emperador que le dé el título de patricio y consienta en que administre la *diócesis* de Italia.» Esta es la parte substancial de la misiva que los enviados del Senado de Roma entregaron al emperador Zenón en Constantinopla. ¡Qué vergüenza — aun para los que parecían ser los beneficiarios de esta abdicación de poderes — oír que el Pueblo y el Senado de Roma renunciaban a sus derechos!

Los nombres de *república* y de *Imperio universal* todavía suenan como vigentes: Italia es sólo una diócesis que puede ser

Estado actual de la tumba de Teodorico en Ravena.



gobernada por un caudillo, un soldado de fortuna, que ayer todavía iba vestido de pieles, como el rey de los francos de hecho gobernaba las Galias, el de los visigodos a España, y el de los vándalos el Africa. Resulta interesante igualmente la respuesta del emperador Zenón. Sin apresurarse a recoger esta sucesión de lo que equivocadamente se llama en la historia *Imperio de Occidente,* el Augusto de Constantinopla no envió más colegas a Roma y, en cambio, escribió una carta a Odoacro en la que le llamaba ya *patricio.*

Pero Italia está más cerca de Constantinopla que Francia y España, y Odoacro fue solicitado para entrar en una conspiración contra el emperador Zenón. La sospecha de que Odoacro había ofrecido su apoyo a los conjurados irritó terriblemente al viejo emperador, quien además quería deshacerse de una multitud de ostrogodos que habían rebasado las fronteras orientales. Eran los mismos ostrogodos que habían seguido a Atila hasta Orleáns, y que ahora sentían también el atractivo de las tierras del Sur. Iban guiados por un joven caudillo que había estado muchos años en Constantinopla, como rehén, y allí se había familiarizado con las ideas romanas. Se llamaba Teodorico y poseía en grado máximo todas las

cualidades de la raza germánica. En Constantinopla no se habían debilitado su espíritu aventurero ni su valor. Teodorico, modelo hasta hoy del héroe teutónico, peleaba personalmente; en muchas ocasiones los golpes de su espada decidieron el éxito de contiendas en las que luchaban pueblos enteros. Considerándole peligrosísimo como enemigo y muy útil como amigo, el emperador Zenón confió a Teodorico la empresa de libertar a Italia de los *confederados* que obedecían a Odoacro. Teodorico entró en Italia por el Norte. La destrucción de Odoacro no fue cosa fácil. Se dio la acostumbrada batalla preliminar junto al Isonzo, en los llanos delante de Aquilea. De allí Odoacro retrocedió a la línea del Adigio y una segunda batalla se desarrolló bajo los muros de Verona, donde Teodorico hizo verdaderos prodigios de valor, cantados todavía por las epopeyas germánicas. El Dietrich de Verna de los cantares de gesta es ni más ni menos que Teodorico de Verona. Por fin, Odoacro se refugió en Ravena y allí corrió a acorralarle el ostrogodo. Después de haber concertado una paz por la que se comprometieron a reinar juntos, Teodorico dio muerte a Odoacro; con un tajo de su espada, según la leyenda, lo partió en dos desde el cuello a la cintura. Asombrado de la eficacia de su propio golpe, dicen que Teodorico exclamó, al ver a Odoacro partido en dos mitades: «¡Pero este infeliz no tenía huesos en su cuerpo!»

Y ya desde este momento empieza el período del gobierno de Italia por Teodorico, que duró treinta y dos años. «Gobernó las dos naciones, ostrogodos y romanos — dice un biógrafo contemporáneo —, como si fueran un solo pueblo. Aunque era arriano de religión encargó la administración civil a los romanos y no hizo nada contra los católicos. Celebró fiestas en el circo y en el anfiteatro y repartió raciones de grano al pueblo, etc.»

Teodorico el ostrogodo trató, pues, de realizar en gran escala el propósito del visigodo Ataúlfo de romanizar a los germanos. Según las crónicas, Teodorico construyó edificios: un palacio en Pavía, el palacio y el acueducto de Ravena, termas y otro palacio en Verona, que parecen iniciativas impropias de un bárbaro ostrogodo. Dicen que la paz atraía a mercaderes a Italia y que la agricultura renacía bajo el paternal gobierno de Teodorico. Sin embargo, Teodorico no sabía leer ni escribir; para firmar se mandó hacer una pauta con agujeros, marcando sus letras en una tablilla de madera. Los guerreros ostrogodos que le rodeaban, y a quienes había confiado la guarda de los puntos estratégicos de Italia, eran todavía más rudos y bárbaros que él. Sobre todo, eran arrianos y no atacarían a los vándalos, y no podía intentarse una restauración del espíritu clásico mientras los vándalos conservaran las provincias de Africa. Teodorico, en realidad, no es más que un episodio curioso del período de las invasiones, un experimento interesante de adaptación; resulta, en sí mismo, un personaje heroico, pero no cambió el curso de la historia; no hizo más que repetir en mayor escala lo que ya habían hecho Ricimero y Odoacro. Es el caudillo germánico que, con sus compañeros de armas, trata de poner orden en la administración, pero sin iniciar definitivamente un nuevo régimen. Se mantuvo siempre como un agente de Constantinopla. Envió una embajada al emperador Zenón para solicitarle el uso del manto real, sin pretender por eso que le reconociera como colega. Su título era el de «Rey de los godos y los romanos en Italia».

Ya en su vejez, Teodorico comenzó a preocuparse por la sucesión. Dejaba sólo una hija, Amalasunta, y un nieto, Atalarico, de menor edad. Parece que algunos miembros demasiado activos del Senado romano iniciaron negociaciones con el emperador de Constantinopla para que se preparara a ejercer su soberanía en Italia a la muerte de Teodorico, sin contar con la nación ostrogoda. Esto tenía que irritar al gran caudillo, que había sido fiel al Imperio y creía que en Constantinopla debían aceptar a su nieto como sucesor. Que algunos patricios degenerados se entremetieran en estas altas

Palacio de Teodorico en Ravena.



cuestiones de gobierno, viviendo aún él, Teodorico, le exacerbó de tal manera, que mandó ajusticiar a los sospechosos. Entre ellos murió un tal Símaco, acendrado católico, aunque descendiente de aquel Símaco neopagano que no quiso admitir el fin del paganismo, y, sobre todo, pereció Boecio, a quien podría llamarse el último escritor clásico. Saturado de la literatura antigua, Boecio redacto en latín culto y elegante un tratado, *De consolación filosófica,* que fue el libro más popular de la Edad Media. Escrito en la cárcel, durante los meses que estuvo esperando el suplicio, el libro de Boecio es, en substancia, el diálogo entre un condenado a muerte y la personificación de la Filosofía. Esta, matrona todavía fuerte, va vestida con una vieja túnica en la que hay bordadas las letras *T* y *P,* iniciales de *Teoría* y *Práctica.* Ambos, el condenado y la intelectual matrona, discuten sobre la inconstancia de la fortuna y la estabilidad que, en cambio, existe en el Bien Supremo, todavía el *Summum Bonum* de Aristóteles. En el libro de Boecio no aparece una alusión al cristianismo, ni al misterio de la Redención, ni a la predicación de Jesús; pero el hecho de que un libro pagano, o al menos puramente filosófico, como el de Boecio, pudiese ser aceptado en las escuelas cristianas como un modelo edificante, demuestra el cambio enorme del espíritu de las gentes del siglo v.

A poco de la ejecución de Símaco y Boecio moría Teodorico de disentería a los setenta y dos años de edad. Era el 30 de agosto de 526, y fue enterrado por su hija Amalasunta en una tumba construida en la *pineta,* junto a Ravena. Todavía se conserva con pocos deterioros un mausoleo de plan-



Dos estrategos bizantinos. Relieve en marfil. Museo del Louvre.

ta decagonal terminado con una gigantesca losa de granito que tiene la forma de cúpula achatada, de diez metros de diámetro y formada por un solo bloque, que tuvo que alzarse valiéndose de anillos tallados en la misma piedra. La tumba tiene en el interior dos pisos; el inferior, vacío actualmente, serviría de depósito de armas y recuerdos del gran ostrogodo; en el superior hay todavía un sarcófago donde estaría el cuerpo embalsamado. Textos antiguos, poco dignos de fe, dicen que el sarcófago estaba sostenido por cuatro columnas de pórfido. A su alrededor, según dice Agnellus, el cronista de Ravena, había, haciendo guardia, estatuas metálicas de los doce apóstoles, hecho algo raro porque Teodorico fue siempre no sólo arriano, sino hasta adicto a la religión de Odín. En el mismo mausoleo hay una decoración tallada en un friso alto con el relieve de los espectros que van al Walhalla, aunque aparecen como seguidores de la cruz. La misma decoración se encuentra trazada en filigrana en la armazón de oro que sostenía la coraza de cuero del gran ostrogodo.

Ya, sin esta sombra del caudillo arriano en Italia, los imperiales de Constantinopla, resolvieron acabar de una vez con los vándalos de Africa. Sería el principio de la reconquista de Occidente, porque después seguiría la de Italia y, por fin, la de España y las Galias. Los bárbaros sólo habrían sido un paréntesis en la historia romana... Así debían de pensar, al menos, algunos del consejo imperial de Constantinopla. La cuestión se debatió delante del emperador Justiniano y de su esposa Teodora. El recuerdo del fracaso de la expedición de Basilisco y la pérdida enorme que ocasionó hacían terriblemente impopular toda iniciativa contra el Africa. El prefecto del Pretorio fue el portavoz de esta oposición: «El Africa, oh Augusto, dista ciento cuarenta días de Constantinopla. Para llegar a ella hay que cruzar grandes extensiones del mar, y si la empresa fracasa, tardaremos más de un año en saberlo. Además, aunque conquistemos el Africa, no podremos mantenernos en ella sin la Sicilia y la Italia, que se hallan en poder de los ostrogodos...» Pero los católicos no cesaron de aconsejar al emperador, incluso asegurándole que Dios les animaba en sueños, y sabemos que Justiniano se dejaba impresionar fácilmente por esta clase de advertencias. El hecho es que una armada de quinientos buques, algunos de setecientas toneladas, partió del Bósforo el 21 de junio del año 533. Mandaba la expedición el famoso Belisario, llevando éste como notario o secretario al historiador Procopio. Hasta para dar carácter novelesco a la expedición, acompañaba a Belisario su esposa Antonina, de más edad que él, la cual le ayudaba

con sus consejos y le amargaba la existencia con sus infidelidades.

La expedición, detenida por vientos contrarios, tardó dos meses en llegar a Sicilia. Allí fue recibida por los ostrogodos; Amalasunta comprendió que, en este caso, su interés estribaba en olvidarse de la cuestión religiosa y ponerse del lado de los imperiales; éstos sorprendieron a los vándalos desprevenidos, desembarcaron fácilmente y la batalla se dio trece días después, delante de Cartago. Acabó con la desbandada de los vándalos. Aquella misma noche Belisario se instalaba en el palacio de Gelimero, el nieto del abominado Genserico, y devolvía la catedral a los católicos.

Tuvo que lucharse otra vez, y Gelimero, de nuevo derrotado, se refugió en una montaña del Atlas. Desde allí pidió a los imperiales, que le perseguían, tres cosas, que dan idea del temple del alma del jefe vándalo: pan blanco, una esponja para lavarse los ojos enfermos y una lira para cantar la rapsodia que había compuesto de sus desgracias. Por fin, Gelimero fue capturado, y al hallarse en presencia de Belisario lanzó una gran carcajada. ¿Es que las calamidades habían debilitado su cerebro, o bien se reía de ver al general bizantino sentado en su propia silla? Tal vez el belicoso poeta tuviese algo de filósofo.

Los cautivos vándalos fueron llevados a Constantinopla, el Senado bizantino concedió a Belisario los honores del triunfo y Justiniano tomó el título de *vandálico*. Roma, o la Neo-Roma, como se llamaba a Constantinopla, subsistía en su nueva sede de los estrechos, entre Europa y Asia.

Al año siguiente de la caída del reino vándalo, Justiniano enviaba sus embajadores a Amalasunta, pidiendo, en apariencia, sólo las fortalezas de Sicilia para asegurar la protección del Africa, pero, de hecho, quería reclamar toda Italia. Las demandas eran tan onerosas, que la hija de Teodorico no quiso transigir, y, en el verano del 535, Belisario desembarcaba en Sicilia con 7.500 hombres. Pocos parecen para la gran empresa que les estaba confiada, y aun la mayoría de ellos eran hunos, árabes, armenios y gépidos; pero al final del año toda Sicilia estaba en poder de los imperiales.

En la primavera del año 536 atravesó Belisario el estrecho de Mesina. Como siempre ocurre para todo conquistador que penetra en Italia por el Sur, Belisario no encontró resistencia hasta llegar a Nápoles. El sitio de Nápoles fue largo y difícil. En cambio, Roma fue de momento abandonada por los ostrogodos, pero Belisario se vio de pronto sitiado dentro de la gran ciudad por una formidable aglomeración de más de cien mil guerreros. La resistencia de Belisario, sitiado en la antigua capital con unos pocos soldados bizantinos, es uno de los más estupendos hechos de la Historia. Al cabo de un año de ataques desesperados, los ostrogodos levantaron el sitio de Roma, y se retiraron al norte de Italia. Desde allí hicieron a Belisario varias proposiciones; la última fue la de que él, Belisario, gobernaría Italia, en nombre del emperador, con el título de *Rey de los ro-*

Justiniano en su vejez. Mosaico de San Apolinar el Nuevo. Ravena.





Justiniano con el obispo Maximiano y su séquito. Mosaico de San Vital. Ravena.

manos y de los godos... Belisario manifestó que aceptaba, y de este modo entró en Ravena sin resistencia; pero pronto, con doblez bizantina, se quitó la máscara y encarceló a los jefes ostrogodos. La guerra gótica parecía terminada y Belisario regresó a Constantinopla con los tesoros de Teodorico y su hija. A los patricios del Senado de Constantinopla se les permitió admirar las joyas de los bárbaros sólo en las grandes solemnidades; nunca se expusieron a la vista del pueblo, que oía hablar de estos tesoros como de cosas fabulosas. Así se daba a entender que la guerra, no sólo devolvía provincias a la Roma del Bósforo, sino que pagaba los gastos de las expediciones.

Esto explica que, cuando pocos años más tarde se hizo necesaria una segunda expedición de Belisario a Italia, hasta el emperador Justiniano hubo de poner por condición que el ejército se mantendría exclusivamente con los recursos que encontrase en el país. Eliminados los descendientes de Teodorico, los ostrogodos habían levantado sobre el pavés a un joven guerrero llamado Totila; éste, por espacio de once años, tenía que asombrar al mundo, tratando de restablecer el predominio de la nación ostrogoda en Italia. Totila reconquistó la mayor parte de la península y hasta entró en Roma tras un segundo sitio, que duró más de un año. Desgraciadamente para los imperiales, esta vez no tenían a Belisario dentro de Roma; ésta estaba defendida por un general llamado Besas, que trataba de enriquecerse vendiendo el poco grano de la intendencia a precios inauditos. Así no es de extrañar, pues, que en diciembre del año 546 los ostrogodos hallaran traidores que les abrieron las puertas de la antigua capital del mundo. Totila arengó a sus guerreros desde el Foro; subido a la tribuna desde donde hablaron Escipión y los Gracos, trató de explicar a los ostrogodos la causa

de las desgracias de su nación y el remedio de ellas, que, según Totila, consistía en esperar el favor del cielo luchando con justicia y sin atropellar a los pueblos itálicos. Después Totila pasó al Senado, y allí habló con tal enojo, que hizo enmudecer a los patricios. «Decidme, ¿qué daño habéis recibido de los ostrogodos? ¿Qué beneficios os han llegado de Justiniano el emperador, si no son sus recaudadores de contribuciones?...» Pero, casi al mismo tiempo, Totila enviaba una embajada a Constantinopla para pedirle a Justiniano que le permitiera continuar el sistema ya probado de gobernar él en Italia como Teodorico, en nombre del emperador. El Imperio, con su delegación de poderes, parecía aún, a mediados del siglo VI, la única forma de gobierno viable y legítima... para los bárbaros.

Pero Justiniano, y sobre todo Belisario, no se contentaban con una soberanía nominal y querían restablecer la autoridad imperial romana sin disminución en las provincias de Occidente. Año tras año Belisario, en campañas memorables que recuerdan las de César y Napoleón, fue acorralando a los ostrogodos. Sin embargo, no fue él, Belisario, quien les dio el golpe de gracia, sino un general ya octogenario y eunuco, llamado Narsés. Este acabó con Totila y su sucesor Tejas, y con los dispersos restos de la nación ostrogoda. Después, Italia pareció otra vez romana, si es que puede darse este nombre a su condición de provincia bizantina. Igual podría decirse del Africa y de las islas del Mediterráneo; hasta el sur de España fue recobrado por los ejércitos de Constantinopla. Es curioso recordar que cuando San Hermenegildo, huyendo de su padre, se refugió en estos territorios del sudeste de la península, que habían recobrado los imperiales, las crónicas contemporáneas dicen que se marchó a tierras de la *república*. ¡Constantinopla una república! ¡Qué sarcasmo! Pero hasta allí, en Constantinopla mismo, se tenía la obsesión de Roma; cada año se nombraban cónsules, aunque no sirviesen más que para contar los años... El Senado subsistía como un fantasma, había pretores y patricios, pero todo vacío, inerte.

¡Qué lección para nosotros esta tentativa de restauración de Justiniano! Es cierto que no se podía hacer revivir otra vez la Roma clásica, es evidente que el Imperio bizantino de Constantinopla no podía absorber en su seno a la gente bárbara, con una vitalidad superior, porque requería otra organización política. Pero, queriendo resucitar la Roma antigua, Justiniano prestó acaso el mayor servicio que un monarca haya hecho al mundo: codificó, o mandó codificar, el antiguo derecho romano. La legislación romana se había formado por acumulación de elementos muy diversos. Como núcleo tenía la ley de las Doce Tablas, arcaica,



La emperatriz Teodora con dos personajes de su séquito. Fragmento del mosaico de la iglesia de San Vital de Ravena.

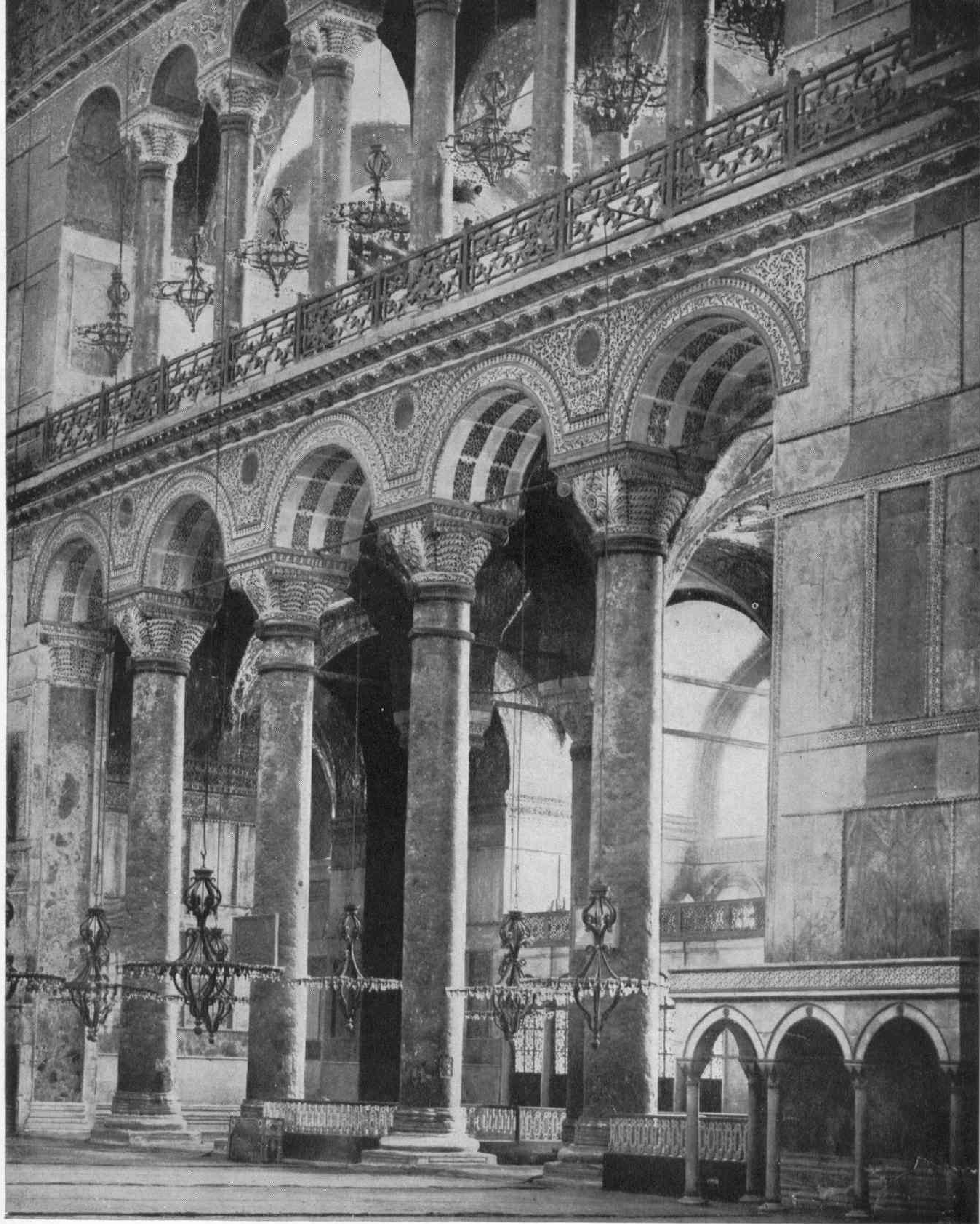
imposible, pero todavía mirada con singular veneración. A ésta hay que añadir las leyes aprobadas por el pueblo en los comicios republicanos; los senadoconsultos o decisiones del Senado, las ordenanzas municipales o edictos de los pretores, que cambiaban cada año; las decisiones de jurisconsultos célebres (que tenían el valor de nuestras sentencias del Tribunal Supremo), y, por fin, los rescriptos de los emperadores... Todo tenía fuerza de ley. Es sorprendente que esta enorme masa de legislación no fuera organizada y codificada hasta el siglo VI por Justiniano, cuando ya casi no precisaba. Porque hemos de recordar que, aunque Justiniano por su pensamiento deseaba ser un romano, en cambio, por la voluntad era un déspota oriental. En la misma codificación de derecho que él ordenó, se encuentra este párrafo de tanta significación: «La voluntad — el gusto — de un emperador tiene los efectos de ley, porque el pueblo romano ha delegado en su príncipe su poder absoluto y soberanía.»

Sin embargo, Justiniano, reservándose para él y sus sucesores este poder absoluto, que hacía casi innecesario un código de derecho, nombró la comisión que tenía que darnos, organizada y comprensible, toda la legislación romana. No sabemos exactamente la parte que el propio Justiniano tomó en las deliberaciones de la comisión codificadora. Justiniano era de origen dálmata y debía conocer el latín; había recibido lo que hoy llamaríamos educación universitaria, pero se rodeó de juristas expertos: el presidente de la comisión fue Triboniano, oriundo del Asia Menor, quien poseería gran imaginación. Hacía versos, comentaba a Homero y escribía de astronomía y matemáticas, cosas extrañas para un abogado. En cambio, Triboniano tenía mala reputación: era avaro, ateo y poco escrupuloso como juez. A este oriental asoció Justiniano nueve colaboradores, para organizar, primero, sólo los rescriptos imperiales desde Adriano hasta su tiempo. El trabajo necesitó catorce meses y se dividió en *doce tablas,* como recuerdo de las leyes de los decenviros. A la compilación se le dio el nombre de *Código de Justiniano* y se repartieron copias exactas de la misma a todos los magistrados del amplio Imperio.

Satisfecho de este experimento, Justiniano nombró una segunda comisión, también presidida por Triboniano, para codificar la legislación romana. Esta segunda comisión se componía de diecisiete técnicos y empleó tres años en redactar lo que llamamos hoy el *Digesto,* o las *Pandectas.* Triboniano, además de amasar una fortuna, poseería un tesoro de libros viejos, porque consta que fue de su librería particular de donde se sacaron la mayoría de los manuscritos estudiados por la comisión. El trabajo está hecho con un espíritu científico que no podemos menos de admirar; se ordenan las materias en capítulos y artículos, pero se conservan las referencias de los antiguos jurisconsultos romanos. Como los originales de que se valieron Triboniano y sus colegas han desaparecido, estas citas en las *Pandectas* tienen un valor histórico extraordinario. Por ellas podemos restaurar, en parte, los escritos de los últimos tiempos de la República y los primeros siglos del Imperio.

Por fin, Justiniano hizo ordenar un tratadito sumamente práctico, resumen del *Digesto,* llamado *Instituta,* y fundó escuelas de derecho en Roma, Constantinopla y Beirut. Sin embargo, pronto se advirtió que el esfuerzo de Justiniano sería más útil a las generaciones de un porvenir lejano que para su propio tiempo. Nada nos dará mejor idea de la inestabilidad de las cosas humanas que el pensar que el *Digesto* se ha salvado de la destrucción sólo por un único manuscrito... Un códice único, copiado el siglo VII en Constantinopla, llevado a Amalfi, donde estuvo ignorado varios siglos, llevado después a Pisa y hoy en Florencia, es el *original* del que se derivan todas las copias y ediciones de la gran compilación ordenada por Justiniano.

Justiniano fue un activo constructor. Reedificó edificios que estaban ya algo arruinados, o resultaban viejos para el gusto de la época, y a él debemos las suntuosas



Santa Sofía de Constantinopla. Iglesia mayor construida por Justiniano.

iglesias de Santa Sofía y de Santa Irene, en Constantinopla, que todavía subsisten, y las iglesias de San Vital, en Ravena, y Santa Sofía y San Demetrio, en Salónica, que son los más excelentes ejemplares del arte bizantino. Es sorprendente que quien hiciera edificar aquellos monumentos tratase de imponer el derecho consuetudinario romano. La codificación de las leyes de Roma y el estilo de Bizancio como arquitectura oficial están en franco contraste. Todo el Derecho Romano es razonable y razonado; el arte bizantino es el triunfo de la fantasía, con sus valores imaginarios.

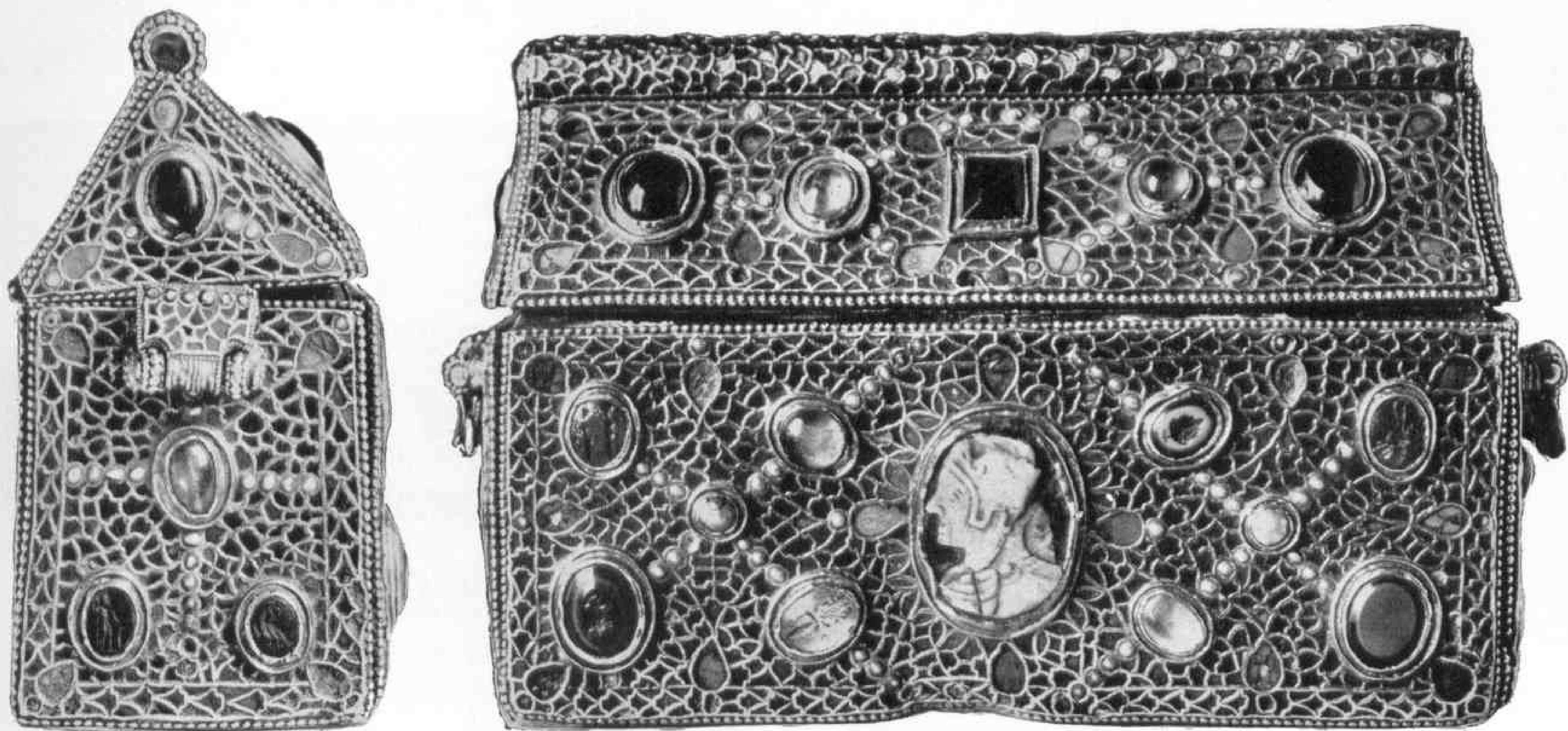
Mientras en materia de derecho y en la pauta de la organización del gobierno Justiniano se mantuvo hasta donde cabía dentro de la tradición imperial romana o latina, en arte, filosofía y literatura prefirió las novedades que podía recibir de las provincias orientales. La poesía clásica griega era preferida a la latina.

Para construir sus grandes edificios, el emperador bizantino importó arquitectos de Siria y Asia Menor, donde había una escuela de constructores basada en el sistema de cúpulas enteramente opuesto al clásico de columnas y arquitrabes. Para la Iglesia Mayor de Constantinopla hizo venir dos famosos arquitectos del Asia, Antemio de Tralles e Isidoro de Mileto, que levantaron el templo gigantesco que subsiste todavía, dedicado a Santa Sofía o sea la Divina Sabiduría. Se comenzó en 532; su inmensa cúpula tiene 33 metros de diámetro. De los dos arquitectos, Antemio era, además de constructor, famoso como médico y algo dado a la magia. Isidoro fue editor de las obras de Arquímedes y gran matemático.

Justiniano fue ayudado en sus empresas por Teodora, su esposa fiel. Le sirvió aconsejándole hasta su muerte, debida a un cáncer, en junio del 548. Había sido emperatriz más de veintiún años. Justiniano murió en noviembre del año 565. Había durado su reinado treinta y ocho años y siete meses.



El emperador Justiniano dando consejos al arquitecto. Miniatura del manuscrito *Las crónicas de Santa Sofía*. Vaticano.



Arca de reliquias para jurar. Tesoro de los borgoñones. San Mauricio del Valais.

12 LOS CODIGOS GERMANICOS

La efímera reconquista de parte de las provincias occidentales del Imperio por Belisario y Narsés, en tiempo de Justiniano, no alteró el curso de los acontecimientos. Sólo el Africa y las islas del Mediterráneo siguieron en poder de Bizancio hasta la irrupción de los árabes.

A mediados del siglo VI los pueblos teutónicos se agitaban de nuevo, sintiendo la presión de otra oleada de pueblos turanios, los llamados ávaros. Su nombre no suena tan áspero como el de los guerreros de Atila porque los ávaros no pasaron del Danubio. En cambio, en el Oriente los ávaros causaron no menos quebrantos que los hunos y con su empuje movieron a los pueblos teutónicos a desplazarse, ocasionando una nueva distribución de gentes germánicas en Francia, España e Italia. Por lo pronto, los francos, que al atravesar el Rin se habían conformado con las regiones del norte de Francia, a principios del siglo VI desalojaron a los visigodos del sur del Loira y les obligaron a establecerse al otro lado de los Pirineos. Así, pues, los visigodos, que parecían predestinados a formar el núcleo germánico de la nación francesa, con su corte en Tolosa y en posesión efectiva de los puertos del Mediterráneo, Narbona y Arles, acabaron por tener que hacer de España su patrimonio definitivo. Era tradicional en los visigodos su asociación con el Imperio: hacía más de un siglo que estaban instalados en el Occidente a la sombra de las águilas romanas. Parecía, pues, que nadie podría desalojarlos de la Galia y que ésta sería *gótica* para siempre. Pero eran arrianos, lo cual hacía que el Papa les mirase con sospecha; y el Papa, elegido con el beneplácito del emperador de Bizancio, correspondía aconsejando desde Roma a los que dirigían la política imperial. En cambio, los francos, al bautizarse, pasaron directamente del paganismo al catolicismo y en seguida fueron



Relieve de la época bárbara. Museo de Lyon.

mirados con simpatía por el Papa y el emperador. El augusto Anastasio envió a Clovis, o Clodoveo, primer rey cristiano de los francos, el nombramiento de cónsul para atraérselo a la influencia romana, y cuéntase que Clodoveo, al recibirlo, se paseó a caballo ante los pórticos de la basílica de San Martín, de Tours, vestido con la túnica de púrpura, la clámide y demás insignias del consulado. Pero no pasó de ahí. Bárbaro se conservó toda la vida; el arma de que se valía para su defensa, y en los combates, era la francisca, una especie de hacha. Cuéntase que en cierta ocasión consiguió que el hermano de un enemigo se lo trajera prisionero; en cuanto los tuvo delante, Clodoveo mató a los dos con el hacha, al uno por enemigo, al otro por traidor. A otros que vendieron a su príncipe les pagó con monedas de cobre en lugar de oro; falso con los falsos. Con estos procedimientos expeditivos conquistó toda la Galia.

Su mayor fuerza arrancaba de la Iglesia; desde que había sido bautizado, los obispos le miraban como el defensor de la fe. Clodoveo, que era sincero, ponía en su nueva concepción religiosa todo el fervor de su alma bárbara. Antes de convertirse, había perseguido a la Iglesia. Por esto, al bautizarse, San Remigio hubo de decirle: «Adora lo que quemabas y quema lo que antes adorabas.» Un día que San Remigio le leía la Pasión de Cristo, cuéntase que exclamó: «¡Ah, si yo hubiese estado allí con mis francos!» Con frecuencia tenía visiones, e impulsado por una de ellas, decidió avanzar contra los visigodos. Es posible que Clodoveo codiciara los territorios de los visigodos en la Galia, pero además los odiaba por ser herejes. El gran ostrogodo Teodorico, desde Ravena, comprendió que a él, como jefe de la liga arriana, le tocaba defender a los visigodos en la Galia, con cuyo rey le unían además relaciones de parentesco. Pero Clodoveo se le anticipó y el año 507, en la batalla de Vouillé, el rey franco dio muerte con su propia mano al rey visigodo. Lo único que pudo salvar Teodorico para sus protegidos fue el ángulo sur de la Galia, desde Arles hasta Narbona. Este sector, la Septimania o siete diócesis, permaneció unido a España hasta después de la conquista musulmana.

Todavía francos y visigodos se acometieron varias veces. La frontera de la Septimania era fácil de cruzar y los visigodos la atravesaron cuando les convino; los francos, por su parte, cruzaron también el Pirineo. En cambio, princesas visigodas casaron con príncipes del otro lado de la cordillera para contribuir, así, a mejorar las relaciones entre ambos pueblos. Los visigodos dieron a los francos la famosa Brunilda, una indómita e inteligente princesa hispánica que fue, durante medio siglo, la figura más relevante de la Galia. A su vez, los francos

enviaron a la península a la princesa Ingunda, que casó con San Hermenegildo y fue causa principal de la conversión de éste al catolicismo. La dote de estas princesas consistió tan sólo en joyas, pues el dominio político sobre tierras y ciudades eran tan vago, que los monarcas germánicos preferían contar más con sus tesoros que con sus Estados.

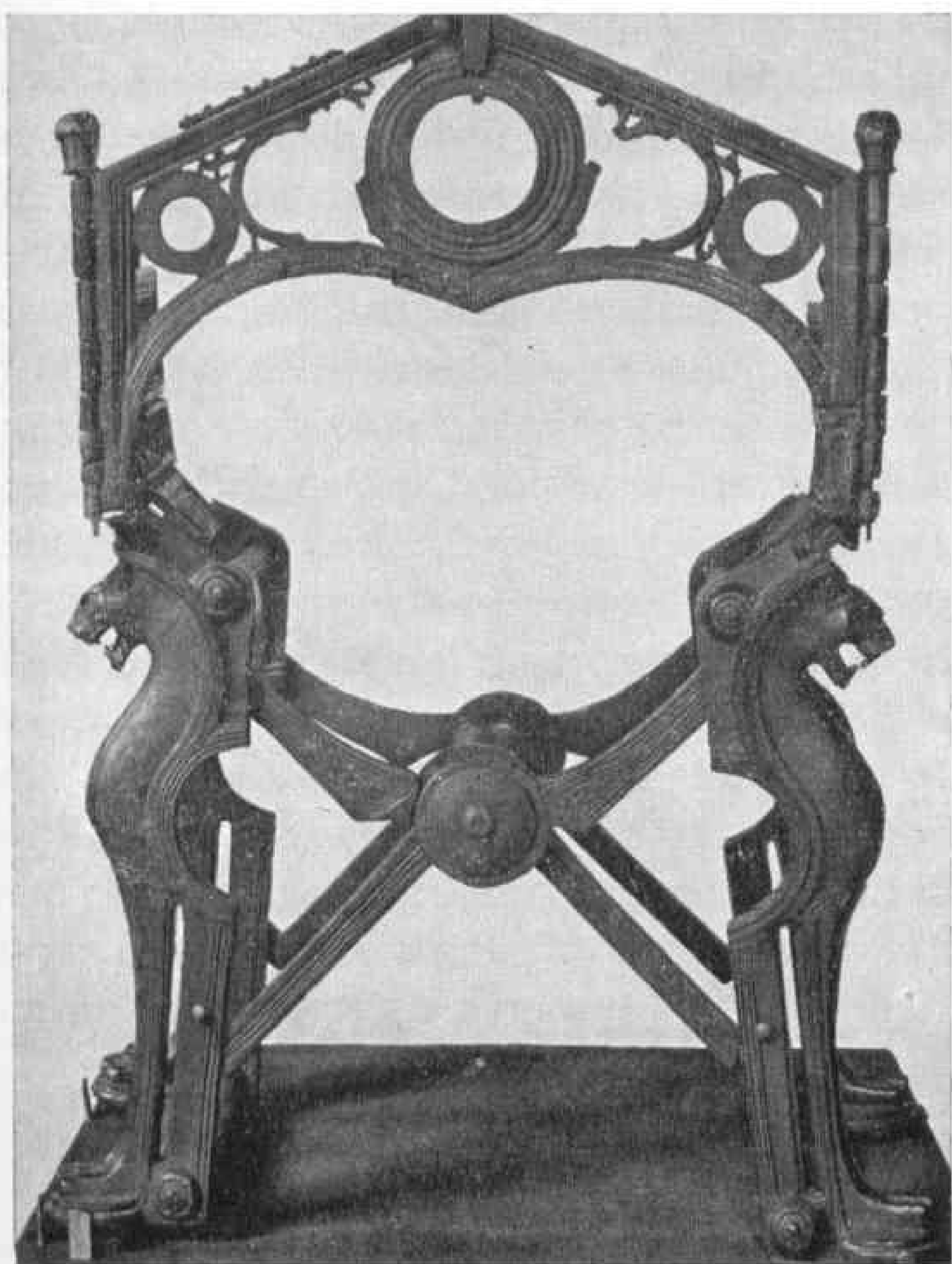
Difícil sería precisar hasta qué punto los monarcas francos y visigodos se sentían independientes del Imperio, pero es evidente que los emperadores y la administración imperial, centralizada en Constantinopla, nunca abdicaron su soberanía sobre Occidente. Aunque el dominio efectivo del Imperio en la Galia y España, en tiempos de las monarquías franca y visigoda, fuese nulo, los monarcas germánicos no mostraron gran empeño en que se les reconociera su independencia. Eran reyes de la nación visigoda o franca, pero consentían en recibir del emperador un trato que implicaba el reconocimiento de su superioridad. En prueba de esto, mientras los emperadores de Constantinopla se llamaban a sí mismos *Augustos,* los monarcas germánicos de las provincias de Occidente se honraban con el calificativo de *Flavios,* que se había convertido casi en un título honorífico.

Hoy nos parece imposible que nadie, en el siglo VI, creyese que el Imperio, con su capital en el Bósforo, podía pensar en restablecer los cuadros de la administración romana desde el Atlántico hasta el Eufrates. Pero ya hemos visto el éxito de las expediciones de Justiniano, y cabía la esperanza de que los bárbaros se destruyeran a sí mismos. El emperador y el Papa estuvieron siempre acechando la ocasión de encontrar un pueblo germánico más jóven y católico que se prestara a vencer a los arrianos. Los francos llenaban las dos condiciones; por esto fueron escogidos para esta misión purificadora. En un principio, el emperador les facilitó recursos en dinero, más adelante los pontífices obraron por su cuenta, y con ayuda de ellos reconquistaron gran parte de Italia. Porque los teutones que a últimos del siglo VI preocupaban al Papa y al empe-



Monarca visigodo sentado en una silla curul romana. Miniatura del siglo VI. Biblioteca Nacional. París.

Silla curul de un cónsul romano, que sirvió de trono a los reyes francos, sin el asiento de cuero en que se apoyaba el cuerpo del magistrado.





Dama romanolongobarda, con el tocado de la época, a la moda bizantina.

rador, ya no eran los visigodos de España, que habían abjurado el arrianismo, sino los longobardos, recién llegados de Germania. Estos entraron en la península italiana el 27 de abril del año 568. Cruzaron los Alpes vénetos por el Paso del Predil, y aún hoy los montañeses enseñan el picacho del Rey, desde donde Alboíno presenció el desfile de su horda de guerreros, protegiendo la marcha lenta de los carros donde iban mujeres y niños. Era una nación entera de 200.000 almas.

Los longobardos son ya mencionados por los escritores clásicos. Estrabón, Tácito y Tolomeo nos dicen que, al empezar la Era cristiana, los longobardos se hallaban ocupando la desembocadura del Elba. En tiempo de Marco Aurelio los encontramos en el valle del Danubio; después, por tres siglos, apenas hablan de ellos sus contemporáneos, hasta que, empujados por los ávaros, se decidieron a invadir Italia. Por este tiempo eran ya cristianos, de la secta arriana; llevaban el cabello cortado hasta la coronilla y lo dejaban caer en grandes mechones sobre las orejas. Mientras los francos no tenían más que unos cuantos pelos en la cara, parece que los longobardos eran barbudos, y acaso de aquí les venga su nombre, corrupción de *longasbarbas,* excepcionales entre las gentes nórdicas.

Cuéntase que, más tarde, los longobardos, ya romanizados, sonreían al ver en el palacio real de Monza los retratos de sus abuelos del tiempo de la invasión, con su aspecto *terrible* por sus guedejas, barbas y borceguíes, porque si bien los primitivos longobardos se cubrían con anchas túnicas de lino con cenefas tejidas de colores, lo que más les diferenciaba de los otros bárbaros eran sus borceguíes altos, atados con cintas blancas, que se arrollaban desde la punta del pie hasta la rodilla. Al entrar en Italia los longobardos eran de costumbres sumamente rudas, más salvajes aún que los mismos francos. Su jefe Alboíno bebía en una copa hecha con el cráneo del rey de los gépidos. Con esta copa macabra, instalado ya en Pavía, se hacía servir el vino por Rosmunda, que era la hija del muerto y que acabaría por envenenar a Alboíno.

Cuéntase también que al divisar Alboíno las tierras italianas de la frontera del Friul, propuso a su sobrino que se encargara de defenderlas, y éste aceptó a condición de que se le agregaran varios nobles de su raza. De este modo se formó el primer ducado longobardo. Otros grupos destacados con un jefe formaron ducados casi independientes, pero reconociendo la autoridad del monarca establecido en Pavía. Muchos *ducados* debieron de tener existencia efímera y fueron absorbidos luego por los más poderosos del Friul, Espoleto y Benevento. Los imperiales de Bizancio conservaron grandes extensiones de la península; por ejemplo, la Liguria estaba limpia de longobardos, así como la costa del Adriático desde Venecia a Ancona, con la capital en Ravena, donde residía el exarca o gobernador enviado por Constantinopla. El Papa se mantuvo largo tiempo fiel al Imperio, en Roma, y lo mismo

Nápoles y gran parte de la Italia del Sur. Como ya se comprenderá, el Papa y el exarca eran los dos enemigos naturales de los longobardos, y el secreto de su fuerza consistía en obrar de acuerdo y mantener asegurada la comunicación a lo largo de la vía Flaminia, que saliendo de Roma pasaba cerca de Ravena.

La balanza del poder, en Italia, osciló durante más de un siglo. Unas veces el Papa y el exarca se defendieron difícilmente de los longobardos; otras veces apretaron tanto a éstos, que parecía que su destino iba a ser el mismo que el de los ostrogodos: acabar destruidos por los ejércitos imperiales. Pero ya, en el siglo VII, la Nueva Roma del Bósforo no tenía un Belisario, ni un eunuco Narsés, para enviarlos contra la vieja Roma de Occidente. No quiere esto decir que no se hicieran esfuerzos para recobrar las grandes porciones de Italia que tenían los longobardos; hasta un emperador, Constancio II, quiso ir a dirigir él mismo la campaña, pero fracasó completamente. Constancio II pasó primero de Constantinopla a Atenas y allí se embarcó para Tarento. El objetivo principal era apoderarse del ducado de Benevento. Mas, poco afortunado en su primer ataque, decidió consolarse del fracaso sufrido visitando al Papa y los Santos Lugares. El día 5 de julio del 663 entró Constancio II en Roma. Permaneció sólo doce días en ella, pues tuvo que pasar a Sicilia para dirigir la campaña contra los sarracenos, quienes empezaban a correrse por el Africa del Norte. Era éste un nuevo enemigo, más peligroso que los longobardos, y fue el temor a los árabes lo que acabó de decidir al Papa a coronar al monarca franco como emperador de Occidente.

Hablando de los siglos VI y VII ya no podemos referirnos a emigraciones de pueblos teutónicos. Tres de sus grupos: francos, visigodos y longobardos, se sienten relativamente seguros en Francia, España e Italia, y pueden organizarse en cada país de una manera apropiada a su naturaleza. Sobre todo, en estos domicilios permanentes es donde los pueblos teutónicos codifican las leyes, que reflejan su modo de ser en el pasado y lo que han podido asimilar de las



Imagen de un rey (David). Díptico de marfil de los longobardos. Tesoro de Monza.

de los romanos durante un contacto de varios siglos.

Las gentes germánicas debían de estar muy celosas de sus costumbres ancestrales, que encarnan los códigos de esta época. Tenemos una prueba de ello en el caso de un grupo de veinte mil sajones que llegaron a Italia con los longobardos. Al instalarse en sus ducados, éstos pretendieron que los sajones que les acompañaban renunciaran a sus usos y costumbres y aceptaran los de los longobardos; pero los sajones prefirieron abandonar la tierra conquistada antes que abandonar sus tradiciones y se volvieron a Germania, donde les esperaban nuevas dificultades, porque otros germanos habían ocupado ya sus antiguas posesiones.

Todos los códigos germánicos tienen algo de común, pero en detalle manifiestan grandes diferencias, y no sólo difieren en las peculiaridades de cada nación, sino en el grado de contaminación de cultura grecorromana. Cuando la redacción definitiva del Fuero Juzgo, hacía ya más de tres siglos que los visigodos habitaban tierras del Imperio, mientras que al redactarse, en tiempo de Clodoveo, la Ley Sálica, no habían transcurrido doscientos años desde que los francos cruzaron el Rin, y al codificar sus costumbres los longobardos, el 643, hacía menos de un siglo que habían entrado en Italia. No es de extrañar, pues, que las leyes de los longobardos sean, por lo general, más primitivas en su espíritu, mientras que sólo algunas veces reaparece la índole teutónica de las selvas de la Germania prehistórica en los códigos de los francos y visigodos.

El código de los longobardos empieza con varios artículos acerca de la persona del rey y la paz del Estado. El que conspira contra el rey, el que excita a la rebelión y el traidor en el campo de batalla son castigados con la pena de muerte. En cambio, el que mata por orden del rey es inocente, «porque el corazón del rey está en la mano de Dios y nadie puede escapar de su sentencia». Siglos antes, Tácito describía las costumbres de los germanos; los reyes tenían carácter sagrado, pero con poder menos efectivo que el de los duques, elegidos en las asambleas para llevar a término las campañas. La autoridad real debió de consolidarse durante los largos períodos de emigración. Entre los francos el rey era también juez soberano, declaraba la guerra e imponía contribuciones; sus órdenes eran llamadas bandos o *banni*. El único recurso contra un rey tiránico era asesinarle. Algo parecido ocurría con los visigodos, pero el poder absoluto no está legalizado entre ellos como en el código de los longobardos, ni la necesidad del regicidio parece haber sido tan frecuente como entre los francos.

En teoría, los reyes eran elegidos por los nobles y así hicieron casi siempre los longobardos. Un canon del cuarto concilio de Toledo (año 633) insiste aún en que la monarquía visigoda debe ser electiva. Los reyes no eran ungidos con el óleo, como se



San Gregorio el Magno, el enemigo de los longobardos.



Cancela del tiempo de los longobardos. Santa María in Cosmedin. Roma.

hizo más tarde, sino que se les proclamaba alzándolos sobre el pavés. Poco a poco la monarquía se convirtió en hereditaria; en especial los reyes francos disponían de sus Estados como propiedad personal, dividiéndolos entre sus hijos, lo que ocasionaba guerras y trastornos. Las asambleas, que eran lo más esencialmente germánico, también perdieron su eficacia y casi desaparecieron durante los años de emigración, pero volvieron a reaparecer hacia la mitad del siglo VII. Los últimos reyes francos convocaron regularmente una asamblea por el mes de marzo, y de ahí el nombre de *Campus Martius* que se dio al lugar donde se celebraba la reunión. No tenemos datos concretos sobre las asambleas militares de los visigodos y longobardos, pero ciertos hechos políticos, como destronamientos y rebeliones, sugieren la existencia de acuerdos tramados por los magnates. En España, desde fines del siglo VI, los reyes visigodos convocaron y presidieron los concilios de Toledo. El rey iniciaba los debates leyendo el *tomo*, o discurso, donde se apuntaban los asuntos que deseaba que se tratasen en el concilio. Aunque la mayoría de los reunidos eran obispos, asistían también algunos laicos y los llamados condes palatinos, y se legislaba indistintamente sobre materias civiles y religiosas.

La administración del Estado, desorganizada e ineficaz, se había convertido en un servicio personal del monarca. En la residencia real de los francos, que a menudo tenía más de granja que de palacio, vivían los refrendarios, o secretarios, y los condes palatinos o jueces. Un sinnúmero de nobles que desempeñaban cargos secundarios formaban la corte: el *spatario*, o escudero, que cuidaba de las armas; el tesorero; el senescal o camarero mayor; los mariscales, que atendían a las caballerizas; el *princeps pincernarum*, que vigilaba el servicio de la mesa; médicos, músicos, cantores, etc. Para regir toda esta caterva de funcionarios hacía

falta un jefe, y de aquí al famoso *mayordomo de palacio*, cargo superior que no tiene ahora mejor paralelo que el de primer ministro. Este se encargaba de distribuir no sólo los empleos, sino también las tierras de la corona, que se daban a censo, casi a perpetuidad. Como es natural, los nobles que habían recibido beneficios estaban interesados en que el cargo de mayordomo de palacio fuese inamovible, y aun hereditario de padres a hijos, para asegurarse de que otro mayordomo no les desposeyera de sus tierras y prebendas. Esto trajo una comunidad de intereses entre los mayordomos de palacio y la nobleza, que, en los francos, motivó un cambio de dinastía; pero en mayor o menor escala la influencia excesiva del mayordomo de palacio se hizo enojosa en todas las cortes germánicas. Por otra parte, el rey no podía atender a los detalles de la administración; solía imponer su voluntad en los nombramientos de *duques* o gobernadores de comarcas importantes, pero en las concesiones de tierras de dominio público tenía que valerse de los refrendarios y del mayordomo. En la ambigua división territorial entre bárbaros y romanos, el rey no conocía exactamente lo que le había tocado de las tierras del Imperio y lo heredado de los que murieron sin sucesión e intestados. Además, era función real conceder audiencia a los peticionarios que acudían a la corte. El código longobardo señala una pena especial para los que ataquen a los nobles que van a visitar al rey.

A pesar de ser incompleto, como queda descrito, el cuadro del gobierno de los pueblos germánicos instalados en Occidente sólo por su rudeza difiere de la administración imperial bizantina. Por esta época el gobierno de Constantinopla era también una monarquía centralizada en el mismo palacio del soberano. Pero donde se manifiesta más la supervivencia de las ideas germánicas es en lo que hoy llamaríamos régimen civil. La familia constituía un vínculo casi indestructible, los parientes eran todos solidarios de la deuda o multa impuesta a uno de ellos. La ley sálica describe el método de traspasar la deuda a los allegados. El que era condenado a pagar una multa y no podía hacerlo, juraba que no le quedaba nada, «ni sobre la tierra ni debajo de ella», recogía un puñado de polvo en los cuatro ángulos de su casa y lo echaba sobre el pariente más cercano. Después, sin vestidos y descalzo, saltaba la cerca de la heredad, quedaba reconocido insolvente y los parientes atendían al pago.



Vaso griego para guardar reliquias, con montura del tiempo de los francos. San Mauricio del Valais.



Pavía. Capital de los longobardos en Italia.

En cambio, he aquí la manera de desligarse un individuo de los lazos de familia: debía presentarse ante el tribunal y romper entonces sobre su cabeza tres semillas de olmo, que arrojaba a los cuatro vientos. Así quedaba desligado de sus parientes, y si uno de ellos mataba a alguien o era asesinado, él no sufría las consecuencias de las composiciones o venganzas. En la sociedad germánica prehistórica un individuo desasociado de sus parientes no hubiera podido subsistir, pero en el siglo VI podía contar ya con la protección del Estado. De todos modos, se conservaba el *munt, o mundium,* que es la autoridad (y al mismo tiempo protección) que el jefe de familia ejercía no sólo sobre su esposa, hijos y parientes, sino también sobre libertos y esclavos.

La mujer germánica necesitaba más que nadie de este *mundium* o protección. El código de los longobardos dice textualmente: «No será legal para una hembra libre vivir según su propia voluntad, sino que permanecerá siempre sujeta al poder de un hombre, marido o pariente. No podrá tampoco traspasar su propiedad, mueble o inmueble, sin el consentimiento de aquel bajo cuya protección *(mundium)* vive.» La ley sálica impide a las mujeres heredar tierras; en cambio, entre los visigodos, las hijas recibían su parte como los hijos, y los longobardos no les impedían poseer, sino sólo enajenar. Era costumbre general entre los germanos que el marido, a la mañana siguiente de la noche de bodas, hiciera un regalo a su nueva esposa. Este presente tenía un nombre, *morning-gift,* o «donativo de la mañana», mientras que la dote se llamaba *father-fin* o «dinero del padre». La ley de los longobardos detalla la distribución de estos bienes de la esposa en caso de disolución del matrimonio, viudedad, segundas nupcias, etc.

La esposa vivía bajo el *mundium* o protección del marido, y al morir éste, del de su hijo mayor. Si no tenía ningún hijo, recaía bajo el *mundium* de su familia, y en caso de no tener pariente alguno, el rey le señalaba su *mundium* para defenderla; éste tenía que pelear en su favor si se la acusaba injustamente de brujería o adulterio.

Los bastardos tenían parte en la herencia del padre, aunque menor que los hijos legítimos; cuando había hijos legítimos, las hijas no heredaban. El padre no podía desheredar a los hijos ni hacer donación de sus



Cancela o antepecho del baptisterio longobardo de Cividale en el Friul. Con la cruz, entre árboles y candeleros, los símbolos de los cuatro evangelistas y pájaros y grifos comiendo y bebiendo lo que surge al pie de la cruz.

bienes. El acto de traspasar toda o parte de la propiedad a otro se llamaba *tingare* y debía efectuarse delante de testigos. Esto se hacía a veces para evitar que los bienes propios pasaran al dominio real en caso de morir sin sucesión.

Y ahora entremos a explicar la parte más interesante de estos códigos germánicos, que son las diversas maneras de probar los hechos en los juicios criminales y señalar los castigos o multas apropiados a cada ofensa. La primera forma de librarse de una acusación eran las llamadas *ordalías*. Se ponía a hervir agua en un caldero, y después de muchos exorcismos y plegarias, acusado y acusador tenían que introducir el brazo en el agua hirviente. El que no se escaldaba decía verdad. La prueba del fuego consistía en caminar descalzo sobre las brasas. Si el incriminado resultaba indemne después de semejante violencia, se le declaraba inocente y se castigaba al acusador, pero casi no quedan ya vestigios de este modo de enjuiciar en la legislación germánica. Sin embargo, emplearon todavía la prueba del fuego los cruzados en Palestina.

En cambio, las leyes de los longobardos aún prescribían que, si uno acusaba a una mujer libre de brujería o prostitución, debía probarlo defendiéndose en singular combate; éste era el método de evidencia llamado *kampfio*, de donde viene la palabra *campeón*. La ley prevenía que los que se exponían a este combate judicial no debían hallarse protegidos por ninguna clase de encantamientos. «Lleven sólo las armas estipuladas, y si hay sospecha de que uno tenga cosa de magia, que el juez lo vea y lo destruya. Y después de esta inspección, venga el mismo campeón y tocando la mano de su escudero diga que no tiene nada encantado en su persona. Y pase después al encuentro de su enemigo.» Este procedimiento de juicio parecía ser considerado como muy duro: por ejemplo, la mujer acusada de haber asesinado a su marido debía buscar un cam-

peón que la defendiese; en cambio, el hombre acusado de haber dado muerte a su mujer debía sólo manifestar su inocencia con el tercer método de prueba, llamado *sacramentum.*

El *sacramentum* consistía en jurar delante de testigos, acusado y acusador, sus respectivas afirmaciones. El juramento en asuntos muy importantes se hacía sobre los Evangelios, pero en las ofensas menos graves sobre las armas. Queda un recuerdo histórico de esta prueba entre los visigodos cuando el Cid hizo jurar sobre cuchillos y armas al rey Alfonso que no tuvo arte ni parte en la muerte de su hermano. Después de haber oído a ambas partes, los jueces y testigos juraban también al dar su opinión sobre el asunto. Si no había unanimidad, o una de las partes creía poder aducir más pruebas otro día, se suspendía el juicio para reanudarlo cuando fuese posible, y entonces el acusado, el acusador y defensor procedían a jurar de nuevo. Parece que semejante prueba debía forzosamente conducir a disputar y obstinarse unos y otros en sus juras; pero la raza germánica tenía un concepto de la veracidad que no es ingénito en los pueblos latinos.

Las injurias se castigaban con multas, que variaban según los diferentes códigos. La indemnización por el asesinato de un hombre libre dependía de las circunstancias atenuantes o agravantes. En la ley sálica, o de los francos, la vida de un hombre libre valía doscientos sueldos; en las leyes de los germanos establecidos en Inglaterra, se regulaba por el número de ovejas o vacas que el interfecto poseía. Para las heridas, las multas nos parecen hoy muy exiguas; así, por ejemplo, en la ley franca, por un golpe que produjese la rotura del cráneo, dejando al descubierto la masa encefálica, el culpable no paga más que treinta sueldos. La ley longobarda era más precisa: los golpes en la cabeza, que produzcan la rotura del cráneo, se pagarán a razón de doce sueldos por cada hueso. Y, con un candor que nos asombra, la ley añade: «...Pero los huesos deben ser tan grandes que, tirados contra un escudo, a cuatro pasos de distancia, se pueda oír el ruido que hacen al caer.» La pérdida de un ojo era castigada por los longobardos con una multa igual a la mitad de la que se imponía por un homicidio. Lo mismo se pagaba por cortarle a uno la nariz. Cada diente valía dieciséis sueldos, las muelas la mitad. Según la ley de los longobardos, se pagaba doble cantidad por el dedo mayor del pie que por los otros dedos, y hasta en otras leyes germánicas se señala la misma multa por el dedo mayor del pie que por el dedo pulgar de la mano.

El asesinato de una mujer embarazada se castigaba con una multa de cuantía cuatro veces mayor que el homicidio de un hombre libre. En cuanto al aborto, era castigado con cien sueldos, más de tres veces lo que se pagaba por romperle la cabeza a un guerrero.

La ley de los longobardos contiene una aclaración que se propone explicar el motivo de estas tarifas de castigos y que demuestra cierta vanidad de obra civilizadora:

Lápida del siglo VI con la inscripción *In Deo Vivas*. Decoración geométrica para evitar formas idolátricas.



«Por todas estas heridas y peleas que ocurren entre hombres libres, hemos ordenado composiciones más liberales que las que se usaban entre nuestros antepasados, para que se acabe el feudo *(faida)* o disputa y no se guarden rencores, sino que puedan vivir como amigos los que antes fueron contrarios.»

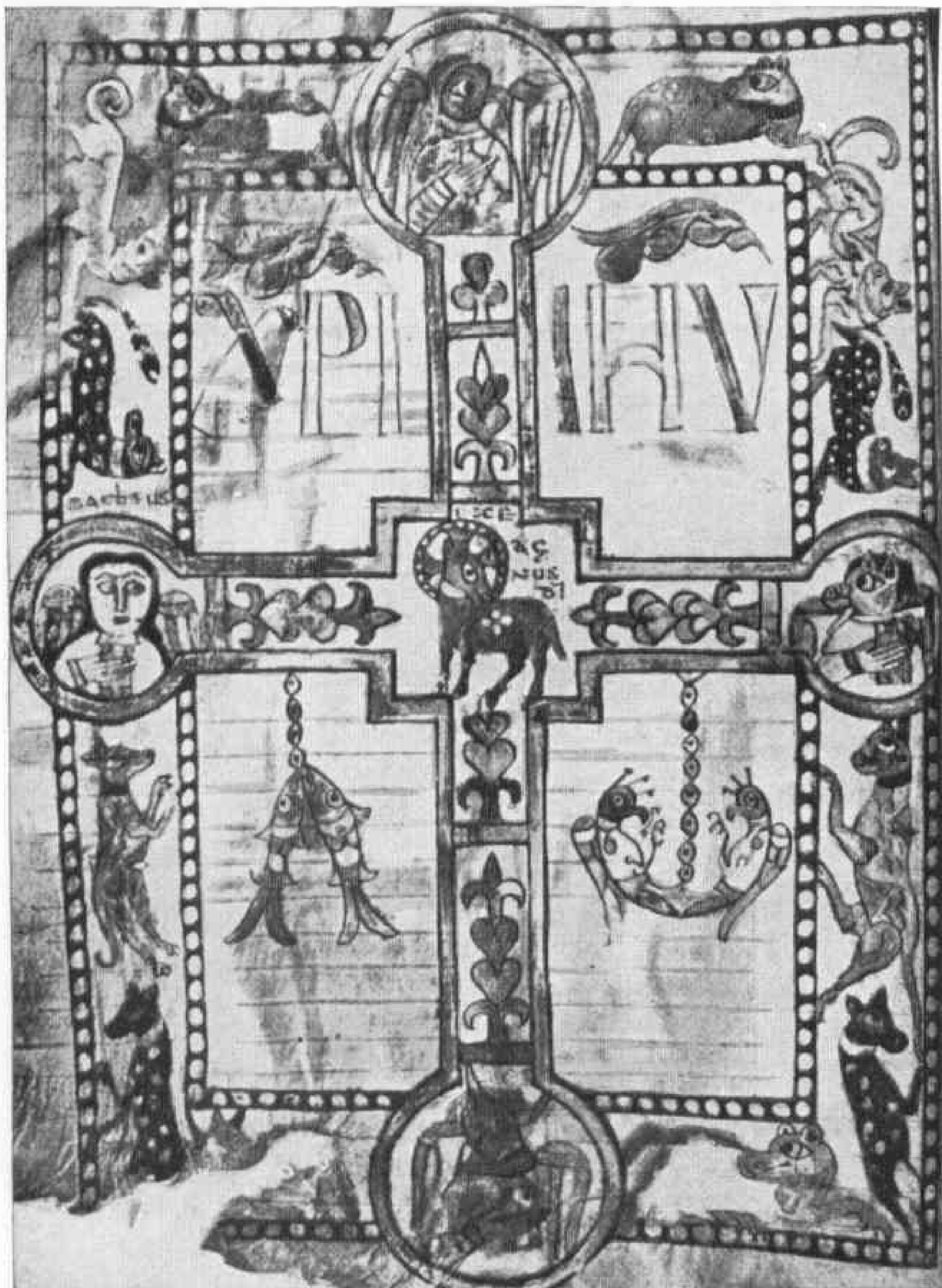
En las leyes germánicas los castigos consisten principalmente en la imposición de multas en metálico, que varían según la calidad de la persona injuriada. Por lo regular, los daños recibidos por un hombre libre, esto es, un noble de raza bárbara, se pagan doble que si el perjudicado es un vasallo de raza extraña, aunque pertenezca a las antiguas *gentes* romanas. En la ley de los francos encontramos estos dos artículos: «Si un romano ha agredido y robado a un franco, pagará sesenta y tres dineros. Si un franco ha robado a un romano, pagará treinta y cinco dineros.»

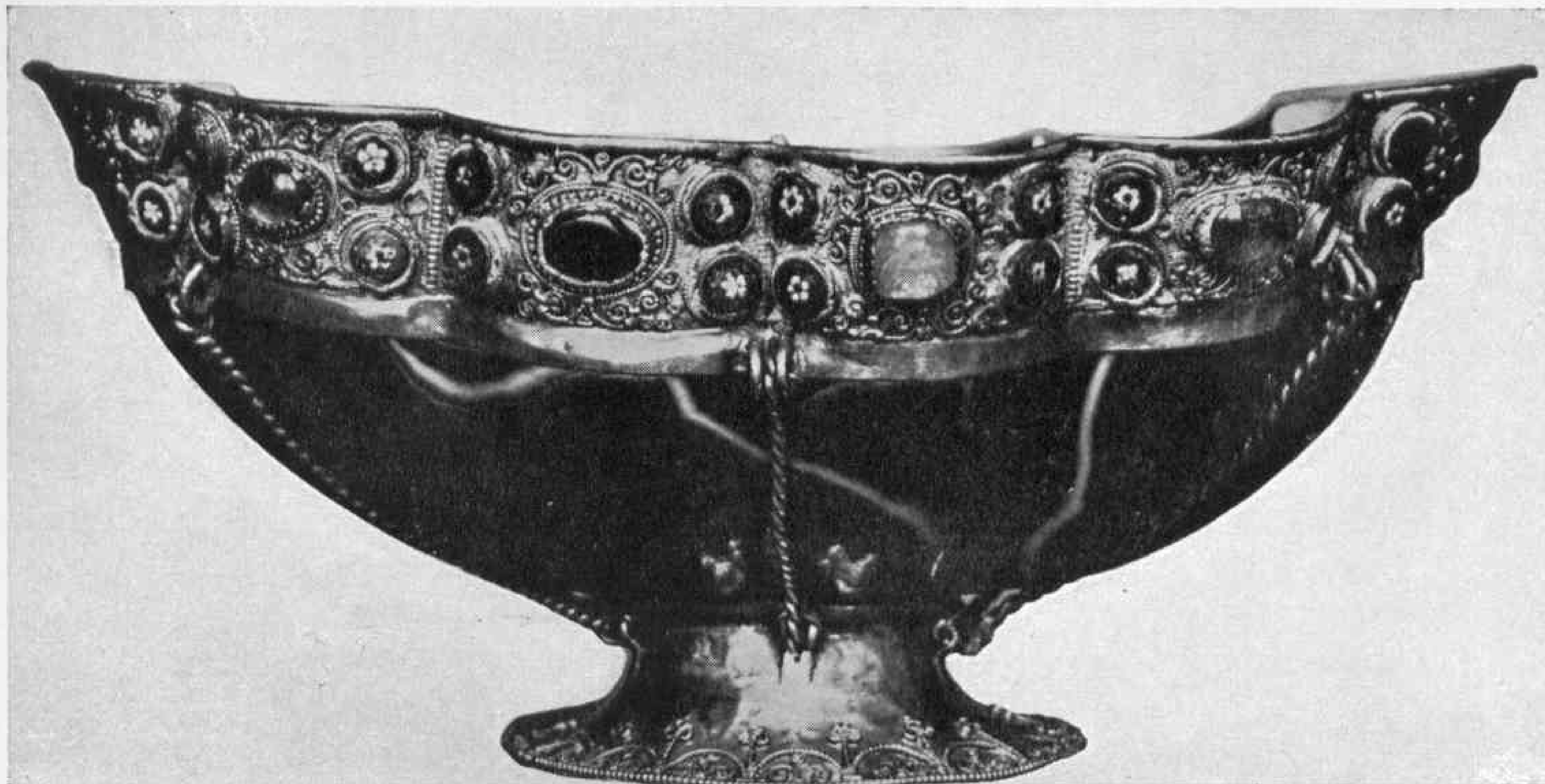
A veces hallamos mención de los castigos corporales, pero en general con referencia a esclavos. Así por la ley sálica, o de los francos, si un esclavo robaba algo, además de la restitución y la multa, se le obligaba a recibir ciento veinte golpes, y si lo que robaba valía más de cuarenta dineros, el castigo era la castración. Señálanse castigos por insultar a una mujer llamándola prostituta, o por llamar a un hombre zorro, o liebre, o espía, o mentiroso: el dictado de zorro o liebre cuesta sólo tres dineros, el insultar a un hombre llamándole mentiroso o perjuro cuesta quince.

A pesar de su barbarie, estas leyes germánicas revelan una mentalidad diferente y acaso superior a la que manifiesta la legislación romana. Ya hemos mencionado las penas contra el aborto, contra el falso juramento y la mentira; encontramos también otra prueba del horror que producía la falta en lo que hoy llamamos premeditación y alevosía. El romano sólo mira las consecuencias del acto; el bárbaro juzga por la intención. La ley sálica castiga el asesinato con una multa triple cuando el cadáver ha sido echado en un pozo o cubierto con ramas para que no se descubra el crimen. Señala también penas gravísimas por desenterrar los cadáveres.

Estas leyes nos dan, además, una visión incompleta, pero preciosa (porque no tenemos otra), de la compleja sociedad del occidente de Europa al comenzar la Edad Media. Los bárbaros todavía sienten la pasión por la caza, pues se castigan los robos de ciervas adiestradas, de que se valían para atraer los animales salvajes. Pero ya poseen grandes rebaños, y el que roba el toro de cría, o el cerdo macho, tiene que pagar multas muy fuertes. Se castigan también los daños hechos a cultivos y hasta a la viña, el romper las vallas y variar mojones, pero apenas se hace mención de los

Miniatura para ilustrar un manuscrito de la Francia del Norte en la época merovingia.





Naveta para óleos. Siglo VII. Tesoro de San Dionisio. París.

crímenes que suelen resultar de la vida en común en las ciudades. En el código de los longobardos hay dos leyes que se refieren a una corporación de albañiles, llamados *Magistri comacini*. Estas leyes son de *accidentes del trabajo* y establecen que, en caso de ocurrir una desgracia en una obra, el contratista será quien deberá satisfacer el daño, no el propietario de la casa.

En cambio, tanto en la ley sálica como en la ley de los longobardos reaparece el barquero, que desde tiempo inmemorial sirvió en Germania para pasar de una orilla a otra de los ríos a dioses, héroes y mercaderes. La ley sálica señala un castigo especial para el barquero que ayuda a robar una doncella, y por el código de los longobardos el barquero que pasa a un esclavo fugitivo tiene que pagar una multa de veinte sueldos.

Como ya era de esperar, dada su larga permanencia en las tierras del Imperio, el más romanizado de todos los códigos germánicos es el de los visigodos. Comenzando con Alarico II, que resumió la ley romana en un famoso *Breviario* o compendio, y con Eurico, que empezó ya la codificación de las leyes germánicas de los visigodos cuando estaban todavía instalados en la Galia, hasta los últimos reyes, todos o casi todos los monarcas visigodos demostraron el mismo interés en legislar. En su forma definitiva las leyes visigodas formaron el código llamado *Fuero Juzgo,* que aún es aceptado en España como legislación suplementaria en casos dudosos; pero, además, muchas costumbres germánicas reaparecen en los *Fueros* castellanos de la Edad Media, manifestando que, a pesar de los esfuerzos de romanización intentados por los concilios, las gentes visigodas conservaron sus usos y costumbres teutónicos sin extraordinaria variación.

Las leyes de los pueblos germánicos implican un esfuerzo mental muy respetable. Los mismos legisladores se alaban de ello; así, el código de los longobardos acaba con este párrafo: «Con el divino favor hemos perseverado en nuestra tarea de averiguar, acudiendo a los que recordaban las leyes de nuestros antepasados. Y hemos investigado aun de aquellas que no estaban escritas, y hemos añadido todavía muchas cosas que nos parecieron apropiadas para el bienestar de todos y de nuestra raza».

¿Por qué este extraño afán de legislar en gentes que continúan viviendo tan primitivamente, sin cambiar de costumbres? Carecen de literatura y de ciencia, pero quieren leyes. ¿Por qué esta rara afición a una jurisprudencia, aunque sea primitiva? Se han

dado de ello varias explicaciones; la más repetida es la de que las razas germánicas no eran sino un enjambre de pueblos diferentes; grupos numerosos de una nación se habían reunido con los de otras naciones durante los períodos de emigración. Un escritor franco de la época dice con manifiesta ironía que cuatro individuos que hablaran otras tantas lenguas obedecían a *cinco* distintas leyes.

Pero todo parece indicar que, una vez limitadas las posibilidades de lucubrar sobre cuestiones religiosas, la mente humana, que no puede permanecer ociosa, se empleó en los siglos VI y VII en este esfuerzo de codificar usos y costumbres. Veamos ahora lo que hicieron en arte.

Como arquitectura propia, diríamos nacional, de los longobardos no queda nada intacto en Italia. Sabemos que los reyes —mejor dicho, los jefes de los ducados feudatarios— construyeron iglesias y palacios en los alrededores de Milán, pero fueron tan reconstruidos en la época románica, que no podemos imaginarlos en toda su simplicidad primitiva. Lo que queda en Pavía, Monza y Verona de la época longobarda hace desear que pudiera completarse con los fragmentos que se han aprovechado en obras posteriores. Sin embargo, aquellos fragmentos revelan la afición por la decoración geométrica, sin aceptar formas vegetales más que muy estilizadas, y nada que sea representación historiada, incluso poco y muy abreviado, de la iconografía cristiana. Como estrictos arrianos odiaban las escenas evangélicas y del santoral. Lo que predomina es la cruz y los símbolos del bautismo y la redención. Los fragmentos longobardos en escultura son muy parecidos a los que se encuentran en Francia de la época merovingia, en España del tiempo de los visigodos y aun en Africa en la parte que ocuparon los vándalos.

Debía de haber, pues, un gusto común a todos los pueblos germánicos que influyó en toda la Europa Occidental al comenzar los que llamamos estilos románicos. Estos se caracterizan por conservar muchísimo de las técnicas romanas de construcción—bóvedas y cúpulas—, pero con el revestimiento de formas decorativas geométricas. Aunque vegetales y zoomórficas, estas formas decorativas están estilizadas hasta quedar reducidas a entrelazados difíciles de interpretar para nosotros, acostumbrados a las formas clásicas grecorromanas.

Las miniaturas de manuscritos de los longobardos, así como las de los francos y visigodos, traducen a su manera abstracta la versión del texto, pero en orlas y cabeceras abrevian los adornos para convertirlos en decoraciones casi absurdas, pues no manifiestan ninguna relación con lo que explica el libro sagrado que desean enriquecer con adornos en los márgenes.

Relieve con el disco imagen del Sol.
Epoca visigótica en Castilla. Quintanilla de las Viñas.





Entrada de Jesús en Jerusalén. Iglesia de Sant'Angelo in Formis, Capua.

13 DESENVOLVIMIENTO DEL CATOLICISMO. SAN AGUSTIN

HACIA la mitad del siglo IV después de Jesucristo la mayoría de los pueblos occidentales habían llegado a saturarse del conjunto de ideas que constituyen los puntos céntricos del dogma católico. Ya hemos visto en capítulos anteriores como, sufriendo persecuciones y combatiendo herejías, la Iglesia había logrado establecer que Jesús era Verbo encarnado, Hijo consubstancial del Padre.

La razón por la cual el Hijo de Dios quiso encarnarse para salvar a la Humanidad había sido ya claramente expuesta por San Pablo. El hombre nacía manchado de pecado a causa de la culpa de Adán, y sólo con un sacrificio divino podían expiarse esta transgresión y sus efectos en el linaje humano. San Pablo, cuya educación y cultura eran esencialmente judaicas, sabía bien que toda falta tenía que redimirse con ofrendas o sacrificios. Es un principio común a todas las religiones semíticas primitivas: un crimen, o una culpa, tienen que lavarse con sangre, o resarcirse con ofrendas proporcionadas al carácter de quien había recibido la ofensa. La ley antigua, o código de Moisés, fijaba las tarifas y reglamentaba los sacrificios expiatorios según la gravedad de las faltas, y tarifas y reglamentos análogos se encuentran en otros códigos religiosos de los semitas. Pero cuando el injuriado era el mismo Dios, como en el caso de Adán, no había en este mundo terrenal víctima ni oblación humana que pudiera redimir aquella falta. Sólo un Dios, sacrificándose, podía con su sangre borrar el pecado de Adán; por esto Dios se encarnó y murió, para purificar de una vez a la Huma-

nidad entera. Dios aceptó y consumó el sacrificio de su Hijo encarnado, y para que sufriera en la cruz le abandonó enteramente, pero también quiso que por su propia virtud resucitara, para demostrar así que aquel crucificado era ciertamente Dios. No debe preocuparnos el que tales verdades sean difíciles para el sentir puramente humano. San Pablo lo dijo concretamente: *Predicamos a Jesús crucificado, escándalo para los judíos y locura para los griegos;* y por griegos San Pablo entendía a los hombres de toda la gentilidad. Pero todos los que creen que la sangre de Jesús les ha redimido del pecado, éstos serán salvos y tendrán vida eterna: esto no ofrece duda para todos los doctores católicos y muchos protestantes.

Adán fue creado inmortal, pero por su culpa, por la culpa de uno, entró la muerte en la tierra; en cambio, dice San Pablo, por obra de otro, Jesús, la muerte fue vencida. La resurrección de Jesús no sólo fue la confirmación de su divinidad, sino una garantía de que la muerte es un estado anormal y transitorio, y que los hombres todos resucitarán. Manifiestan igual fe que San Pablo los discípulos de San Juan: el gran mártir San Policarpo de Esmirna y San Ignacio de Antioquía. En el Occidente, San Ireneo, discípulo de San Policarpo, llegó a la Galia con la misma fe. Decía así: «Jesús comenzó una nueva Humanidad; nos procuró la salvación, que habíamos perdido con Adán.» En el siglo IV San Anastasio de Alejandría, el enemigo mortal del arrianismo, expuso todavía más claramente el porqué de la Redención: «El hombre, creado perfecto, se hizo miserable por transgresión de Adán, y muere por ese pecado. Pero el Verbo perfecto de Dios se revistió de un cuerpo imperfecto, quiso pagar nuestra deuda y recuperar con su persona lo que faltaba al hombre, que era la inmortalidad y el camino del Paraíso.»

Este Paraíso, donde los redimidos por la sangre del Hijo de Dios, restablecidos en su condición de inmortales, gozan de la eternidad bienaventurada, comenzó a poblarse con los mártires y confesores. Y cada uno tuvo su conmemoración en un día fijo, por lo regular el del aniversario de su muerte. Así empezó el culto de los santos. En un principio sólo se les distinguió para representarlos como obispos, guerreros, ermitaños y confesores. Más tarde los atributos, trofeos y emblemas sirvieron para completar su identificación. Además, pronto se reconoció en la teología y la liturgia el lugar preeminente que correspondía a la Virgen y a los ángeles. San Ireneo, en la tercera generación cristiana, es uno de los primeros en definir con claridad el papel principalísimo que desempeñó la Virgen en la obra de la Redención: «El lazo con que nos ató Eva por su desobediencia, fue desatado por la obediencia de María. Lo que la Virgen Eva ató con su error, la Virgen María lo desató con su fe.» La preeminencia de María, que debía ser la figura celestial más popular de toda la Edad Media, no fue reconocida sin oposición. Un monje de Antioquía, Nestorio, ascendido a patriarca de Constantinopla, insistió en que el calificativo de Madre de Dios o *Theotokos,* para María, era peligroso, porque confundía las dos naturalezas, divina y humana, de Jesús. Nestorio prefería apellidar a la Virgen: *Christotokos,* o Madre de Cristo. La verdadera doctrina contra esta negación del título augusto de Madre de Dios fue sostenida admirablemente por el patriarca de Alejandría, Cirilo, y alrededor de los dos nombres de Teotocos y Cristotocos se peleó con una violencia que parecía iba a sacudir a la Iglesia y al Imperio, como las querellas suscitadas por el arrianismo. Pero Nestorio no tenía la capacidad ni la pasión de Arrio y pronto sucumbió; fue relevado de su dignidad patriarcal y desterrado a los desiertos del alto Egipto por el concilio de Efeso, el tercero ecuménico, que condenó su herejía y proclamó la dignidad de la Virgen, Madre de Dios, con gran entusiasmo de los fieles. Sin embargo, todavía hoy — en la China y en la India — hay monjes nestorianos, descendientes de los que huyeron al Oriente.



El Purgatorio y el Infierno. En lo más alto, la corteza terrestre con dos volcanes a los lados. En la zona intermedia un ángel ayuda a salir del Purgatorio, cuyas puertas están derribadas. En la zona inferior los demonios cogen a los condenados para llevarlos a Lucifer, el gran diablo, que reina en el Infierno. Miniatura en el *Comentario del Apocalipsis* de San Beato. Siglo X. Catedral de Gerona.



Adán y Eva arrojados del Paraíso, después del Pecado, por el ángel que guarda la puerta. Fresco de Sant'Angelo in Formis. Nápoles.

San Urso, obispo. Mosaico de San Apolinar in Classe. Ravena.



El culto a los ángeles tenía sus raíces en el judaísmo. San Pablo, en la epístola a los de Colosos, habla del culto de los ángeles como de algo misterioso y hasta peligroso en ciertos casos. Pero con la infiltración de las ideas platónicas en el cristianismo, que tuvo efecto sobre todo en Alejandría durante el siglo II, los seres angélicos ocuparon a menudo la atención de los Padres, si bien en los primeros siglos no fue muy precisa y concorde la teología acerca de los ángeles. Aunque su clasificación en ángeles, arcángeles, serafines, tronos, dominaciones, potestades, etc., tiene su fundamento en un texto atribuido a San Dionisio, tanto en la doctrina como en la práctica religiosa fue muy pronto unánime que los ángeles son nuestros intercesores y nos asisten con su protección. Empero, el sentimiento cristiano fue sólo vivamente atraído por la veneración a San Miguel, el cual, por su oficio de pesador de almas y su contienda con el demonio, obtuvo un culto verdaderamente popular. Ya Constantino construyó una iglesia en honor del arcángel en los alrededores de Constantinopla, y otra dedicada a él existía en Roma al comenzar el siglo V; su fiesta (29 de septiembre) fue una de las más celebradas por toda la cristiandad en la Edad Media. Al principio, las capillas dedicadas a San Miguel se edificaron en parajes aislados y solitarios; pero en el siglo VIII se le consideró como protector, portero o guardián de las iglesias y estaban sus capillas junto a la entrada de los templos.

Poco a poco las gentes cristianas fueron familiarizándose con la idea del Cielo, adonde iban las almas de los redimidos por la sangre de Cristo y donde se reunían con la Virgen María, los santos todos y la milicia angélica. La topografía de esta región paradisíaca no interesaba mucho a la imaginación de aquellos siglos, más dados a las luchas por los grandes problemas teológicos. Es uno de los más grandes méritos del Dante el haber concebido o expresado de modo genial, al final de la Edad Media, la posición relativa de las moradas del empíreo, así como también sus colores, su brillo, su grandeza.

El Cielo, sin embargo, no podía hallarse sino en lo alto; el Infierno, de topografía también muy confusa, se ubicó en el centro de la tierra, y allí los demonios cuidaban de infligir castigos, especialmente el del fuego, a los que estaban perdidos para siempre.

Algunos doctos, como Casiodoro, creían probar la existencia de este fuego infernal con los volcanes, y alguien creyó haber visto almas condenadas a entrar directamente por el cráter del Strómboli o del Etna. Con la misma vaguedad o indiferencia se habla de cosmografía. Un monje andariego llamado Cosmas, que llegó hasta Ceilán en el siglo VI, insiste en que la Tierra es llana, rectangular, con cuatro paredes que se levantan hasta la bóveda del cielo. El Sol se esconde cada noche porque hay una montaña muy alta que lo tapa.

Con este ideario, se comprende que debió despertarse en seguida gran ansiedad entre los cristianos por asegurarse la salvación. Según el Evangelio de San Marcos, Jesús, al despedirse de los apóstoles, había dicho: «El que cree y es bautizado, será salvo.» En el Evangelio de San Juan se dice también que, a «menos de que el hombre no renazca del agua y del espíritu, no entrará en el reino de Dios». No bastaba, pues, creer; era necesario un rito: el bautismo. Para el autor del tratadito *Hermas,* la Iglesia misma está edificada sobre las aguas. El bautismo, además del pecado de Adán, limpiaba de todos los demás pecados. Había, por lo tanto, gran interés en ser bautizado lo más pronto posible, para evitar el accidente de la muerte sin bautismo; pero algunos demoraban el rito bautismal. Así el emperador Constantino no recibió el bautismo hasta la vigilia de su muerte; en cambio otros, con piadosa impaciencia, bautizaban a los niños recién nacidos, y ésta acabó por ser la práctica general de la Iglesia. Orígenes atribuye los comienzos de esta costumbre a la época apostólica; San Cipriano la aprueba, y San Agustín lamenta que a él no le bautizaran tan pronto. Es muy probable que, en un principio, el bautismo se practicara por inmersión de todo el cuerpo en el agua; pero las pinturas de las catacumbas romanas nos enseñan que muchas veces la sumersión no era completa. En el famoso texto de la *Didaché* o *Doctrina de los Apóstoles,* encontramos estas recomendaciones, que debe

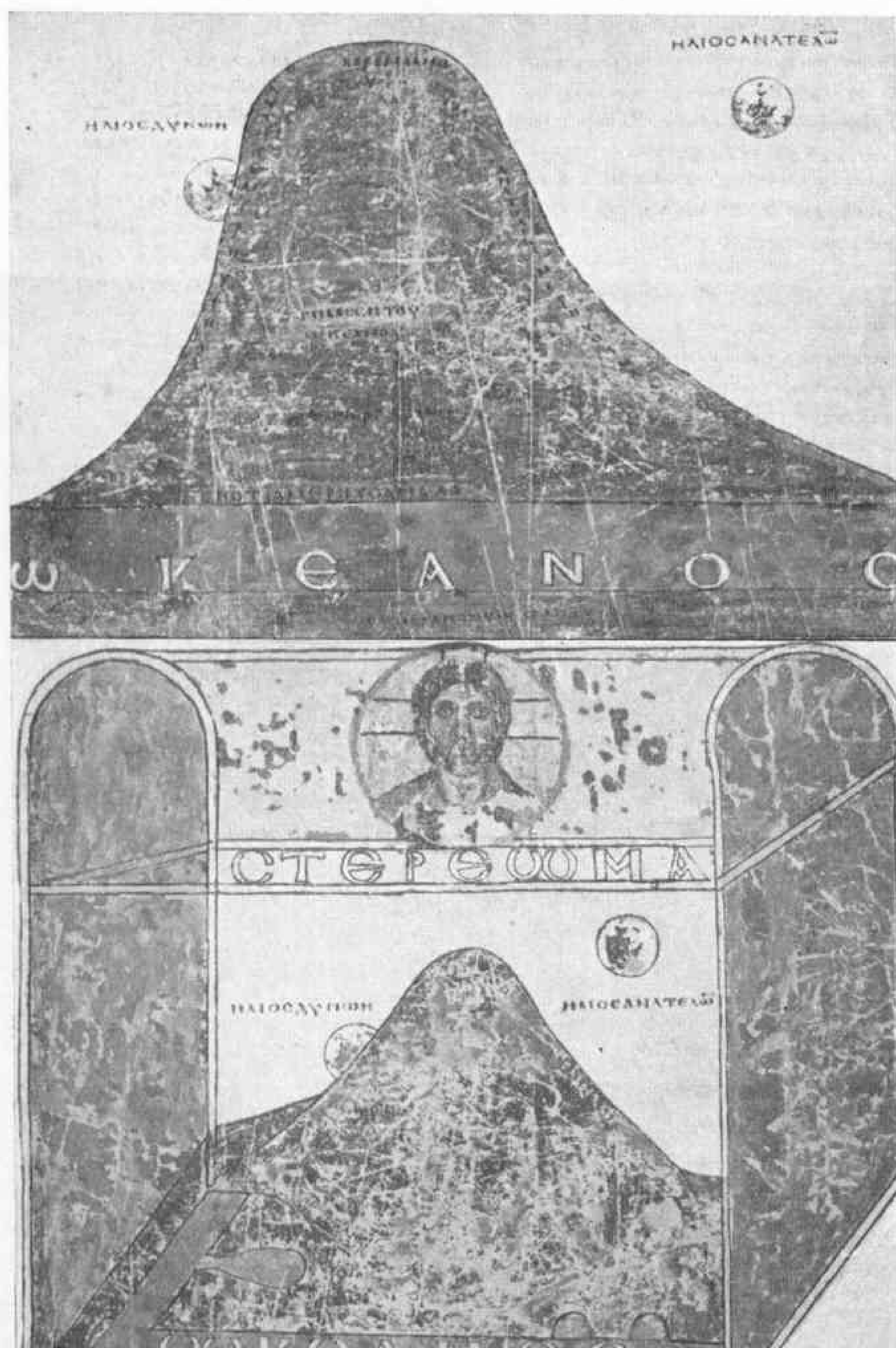


El Cristo con los Evangelios. Museo de Lyon.

creerse que se remontan al tiempo apostólico: «*Bautiza en agua corriente en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Pero si no tienes agua corriente, bautiza en agua estancada* (una piscina), *si es posible que sea fría; si no, tibia. Pero, si no, vierte agua en la cabeza tres veces...*» Un gradual empeño en facilitar el rito.

De este modo se autorizaba el bautismo por aspersión, pero ya se notará que la *Didaché* no lo prescribe, ni lo acepta como el mejor, sino como un recurso en caso de necesidad. Por esto el bautismo por inmersión prevaleció en Occidente hasta bien entrada la Edad Media y todavía se practica en la Iglesia oriental.

El Universo y el Mundo, según el monje egipcio Cosmas, que llegó hasta Ceilán. Siglo V.



Tertuliano nos describe el rito del bautismo tal como se administraba en Africa en su tiempo. Los postulantes empezaban con la declaración formal de renunciar al diablo y a sus obras. Se introducían tres veces en la piscina y al salir de ella probaban una mezcla de leche y miel, simbolizando así su condición de recién nacidos en Cristo. Después se les ungía con aceite, y el que bautizaba les imponía las manos para asegurar a los bautizados la recepción del Espíritu Santo. Así les confirmaba, a la vez que les bautizaba.

Para mantenerse en el estado de limpieza procurado por el bautismo, y crecer en la vida divina, los cristianos tenían la Eucaristía. La celebración en común de la Eucaristía fue, desde el principio, el centro de la vida cristiana; sin embargo, transcurrieron algunos siglos hasta que se llegó a la forma definitiva de la Misa según el ritual romano. Ya hemos visto en un capítulo anterior cuán simple aparece el rito eucarístico en las epístolas de San Pablo. Pocos años después la *didaché* es ya más explícita: «*Cada domingo os reuniréis para partir el pan y dar gracias* (que en griego es *eucaristía*), *habiendo antes confesado vuestros pecados, para que el sacrificio sea puro...*»

Esto en cuanto al primer siglo. Ya del siglo II tenemos un precioso texto, tocante a la Eucaristía, en la *Apología* escrita por San Justino para defender a los cristianos en tiempo de Antonino Pío. De ella se desprende que en Roma y en su época, hacia el año 150, la misa o el culto eucarístico era así: 1, lectura de textos bíblicos; 2, sermón por el obispo; 3, oración de todos los fieles; 4, ósculo de paz; 5, presentación del pan y el agua y el vino por los diáconos al obispo; 6, oración de gracias; 7, recuerdo de la Pasión del Señor; 8, consagración; 9, intercesión por el pueblo; 10, amén de los fieles; 11, comunión en las dos especies; 12, colecta para los pobres.

No sabemos si este orden era uniforme en toda la cristiandad. Se ha tratado de probarlo con el hecho de que, cuando San Policarpo de Esmirna fue a Roma, el año 150,



Miguel juzgando a las almas. A sus lados, los ángeles envían las ya juzgadas al cielo o al infierno. Sant'Angelo in Formis. Nápoles.

para llegar a un acuerdo con San Aniceto respecto a la celebración de la Pascua, el obispo de Roma invitó al de Esmirna a oficiar en su lugar, lo que éste no hubiera podido hacer si la liturgia oriental hubiese sido muy diferente de la romana. Pero de lo que no hay ninguna duda es de que las liturgias eucarísticas se fueron uniformando y que, en el siglo IV, ya no aparecen más que dos en el Este, la de Antioquía y la de Alejandría, y dos en el Oeste: la romana y la galicana. De esta última es una rama la liturgia española mozárabe.

Como se ve, la liturgia primitiva era un rito solemne y largo que debía impresionar por lo menos tanto como la misa actual. Además, los cristianos de estos primeros siglos se reunían en ágapes nocturnos y para visitar los cementerios en que había mártires enterrados, practicando una especie de comunión, llamada *leticia*, con vino, en honor del santo. Esto se prestaba a que se produjeran desórdenes y pronto fue prohibido; en cambio, se dio cada vez más importancia a las obras de caridad y sobre todo a la vida monástica.

Ya comprenderá el lector que no obstante todas las prácticas piadosas, no obstante la fe en los méritos de la sangre de Cristo, y no obstante el agua del bautismo, muchos fieles recaían en el error y en el pecado. Para los que se arrepentían debían de parecer un rayo de esperanza las palabras del Evangelio de San Juan, que dicen: «Si confesamos nuestros pecados, El es fiel y justo y nos los perdonará.» Pero, en cambio los mismos Evangelios hablan de pecados que no pueden ser perdonados. En la epístola de San Pablo a los hebreos se llega a decir que «los cristianos a veces con sus pecados crucifican otra vez al Hijo de Dios». Para Tertuliano, los pecados mortales eran siete: idolatría, blasfemia, muerte, adulterio, fornicación, falsos testimonios y fraude. He aquí otro gran problema que tuvo que resolver la Iglesia a principios del siglo III: ¿cómo y cuántas veces tenían que perdonarse los pecados mortales? Tertuliano nos da la impresión de que, en su tiempo, sólo se creía posible una absolución después del bautismo; la llama «la segunda protección contra el infierno, pero la última». En cambio, el papa Calixto, hacia el año 220, declaró resueltamente que debían absolverse los pecados de la carne cuantas veces fuera necesario, mientras se



Piscina bautismal para inmersión. Africa del Norte.

manifestase el pecador arrepentido y decidido a no pecar más. El arrepentimiento tenía que demostrarse públicamente y las decisiones de los concilios nos enteran de las penitencias impuestas en casos graves. Las actas del concilio de Elvira (Granada), del año 306, todavía prescribían la separación del pecador, por cierto tiempo, de la comunión con los fieles; en ocasiones se les excomulgaba hasta la hora de la muerte, en la que recibían el viático sólo para abrirles las puertas del Cielo.

San Ignacio de Antioquía, ya al comenzar el segundo siglo, aconseja también que, para que el matrimonio sea de acuerdo con el Señor y no por concupiscencia, conviene que los contrayentes se casen con beneplácito del obispo. Todo esto trajo una complicación de ministerios que reforzó la jerarquía eclesiástica. Poco a poco se va acentuando la diferencia entre los laicos y el clero. La palabra griega *kléroi* equivale a la latina *órdenes*, así es que clérigo quiere decir *ordenado*. La ordenación desde los tiempos apostólicos consistía primordialmente en la imposición de manos para conferir el carácter sacerdotal. Como no podía ser menos, había otras prácticas preparatorias y complementarias: la tonsura, la unción con óleos, el revestimiento con las insignias, el ósculo fraternal, etc. Para San Agustín, la ordenación es un sacramento y sólo pueden hacerla los obispos. La ordenación de un obispo reviste más solemnidad todavía y requiere, por lo menos, la presencia de tres colegas; la selección del obispo se hacía por los presbíteros, con la aprobación del episcopado vecino, y en su elección participaba la congregación de los fieles.

Por lo dicho se comprende que la fijación de estos ritos no se hizo sin dudas y controversias. La joven cristiandad estaba deseosa de hallar la regla de conducta más de acuerdo con las enseñanzas de Jesús. Cuando un punto estaba resuelto por una sentencia evangélica, ésta era definitiva. La autoridad del *Nuevo Testamento* se manifiesta ya en el año 110, al citar San Policarpo un texto de las epístolas de San Pablo. En el año 130, el llamado Barbasas cita un pasaje del Evangelio diciendo que es de *la Escritura*. Era, pues, indispensable establecer canónicamente cuáles eran los libros sagrados, máxime cuando a principios del siglo III aún no se advierte unanimidad sobre este punto. Un precioso fragmento de esta época, descubierto por Muratori, contiene, una lista de los libros que constituyen ahora el *Nuevo Testamento*, más un *Apocalipsis* de San Pedro, y en cambio, faltan la epístola de San Pablo a los hebreos y la epístola de San Jaime.

Por fin, siendo toda la Biblia inspirada por Dios, se hacía preciso fijar cuáles eran los libros de los judíos que podían aceptarse como canónicos. San Agustín llega a decir que «no hay nada más sabio, más casto, más religioso que las Escrituras que la Iglesia ha conservado con el nombre de *Antiguo Testamento*». En realidad, San Clemente el Romano cita el *Antiguo Testamento* como autoridad ya en el primer siglo.

El canon de los textos sagrados se hizo sin dificultad, pero no hasta el punto de que se considerase la Biblia la única fuente de revelación, como han hecho modernamente algunas sectas protestantes. La *bibliolatría*, o sea la adoración del libro santo, frecuentísima en otras religiones, que acaban por hacer de la letra del texto algo sobrenatural, como otro Dios, no se encuentra en los primeros cristianos. Ya San Pablo

amonestó contra este peligro: «No es la letra, es el espíritu el que da vida; la letra mata.»

Y el espíritu está en la Iglesia. La Iglesia es el cuerpo místico de Cristo, representado por los obispos y presbíteros. San Ignacio de Antioquía insiste en la misma idea de San Pablo: «Yo vivo, pero no soy yo quien vive, es el Cristo que vive en mí...» Y que él no es una excepción lo afirma así: «Hay que mirar al obispo como si fuera el mismo Jesús... Obedecerle como Jesús ha obedecido a su Padre. El que honra al obispo es honrado por Dios; aquel que hace algo sin el consentimiento del obispo, sacrifica al diablo.» Estas palabras revelan ya el establecimiento firme de una jerarquía eclesiástica, que está segura de seguir e interpretar las inspiraciones del Espíritu. Es más, la Iglesia, siendo el cuerpo de Cristo, sigue dándonos un criterio de fe y una norma de conducta con casi tanta autoridad como el Evangelio.

De esto no cabe duda; la cuestión estriba sólo en saber qué debemos entender por Iglesia. Desde el primer siglo empezamos a encontrar la palabra *católica* para designar a la Iglesia universal. La emplea el ya tantas veces mencionado San Ignacio de Antioquía, y reaparece en la carta dando cuenta del martirio de San Policarpo, datada el año 156; la palabra *católica,* para designar la Iglesia, era, pues, de uso común en las primeras generaciones cristianas. Los obispos, decidiendo, reunidos en sínodo, o concilio provincial, tenían que ser reconocidos como autoridad por los presbíteros y los fieles; y el conjunto de todos los obispos de la cristiandad reunidos en concilio *ecuménico,* o universal, era la autoridad suprema. Un concilio ecuménico puede decidir lo contrario de lo que ha decidido un concilio provincial, y hasta revocar, en materia disciplinaria, las decisiones de un concilio ecuménico anterior. San Agustín llega a decir que él no creería en el Evangelio si no estuviera avalado por la Iglesia: *Ego vero Evangelio non crederem, nisi me catholicæ Ecclesiæ commoveret auctoritas.* Claro está que, al decir esto, San Agustín piensa que es absolutamente imposible que exista el menor desacuerdo entre la *Católica* y el Evangelio.

Esta sistematización de la revelación por medio de los concilios, y no individual a cada uno de los fieles, ha originado varias escisiones del cuerpo de la Iglesia. La primera es la herejía llamada *montanismo,* del nombre de su fundador, Montano, que, antes de convertirse al cristianismo, había

Bautismo de Jesús por Juan. En el fondo, el Sol y la Luna, y en el agua, el genio del río Jordán. Museo de Lyon.



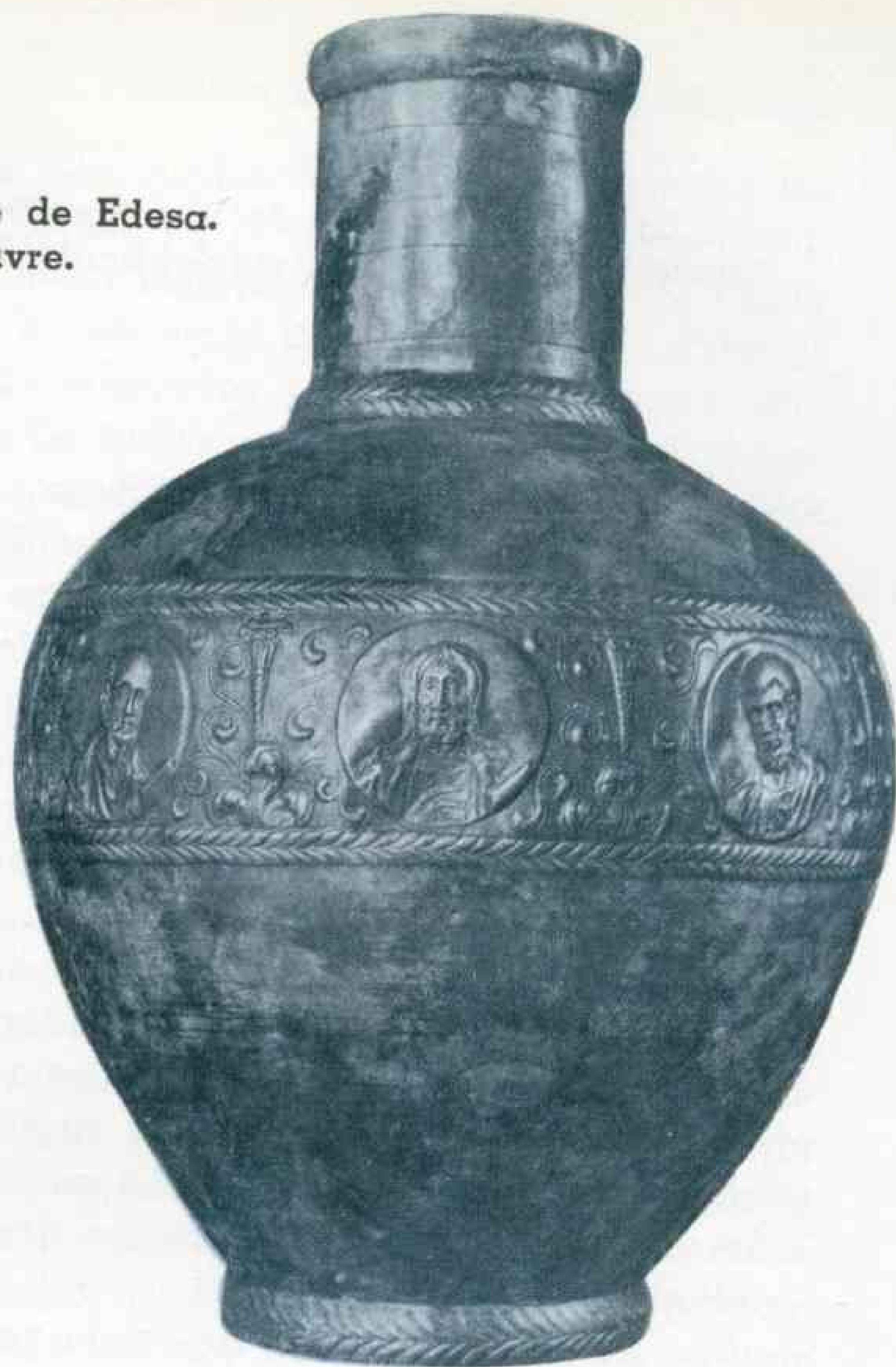
sido sacerdote del antiguo culto orgiástico de Cibeles.

Hacia el 150, en el Asia Menor, Montano insistió en que él y otros cristianos recibían revelaciones individuales, por lo que eran instrumentos de la Divina Sabiduría y por su boca hablaba el Espíritu Santo. Para recibir la inspiración de nuevas profecías se preparaban con riguroso ascetismo, guardando celibato y ayunando. Montano iba predicando el fin del mundo, acompañado de dos profetisas, Prisca y Maximina, que le sobrevivieron. El montanismo fue condenado en varios sínodos del año 160, pero continuó rebrotando en Africa, y hasta en Roma, mucho más tarde. En realidad, aparece como una herejía siempre latente en la historia de la Iglesia; los temperamentos agitados, propensos al éxtasis y al orgullo que engendra un misticismo a medias, pretenderán que se les reconozca el derecho de decidir por su cuenta en materias sobre las cuales la Iglesia ha dicho ya la última palabra.

Aunque la organización eclesiástica empezó en los tiempos apostólicos, puede decirse que no llegó a teorizarse en forma de doctrina hasta San Agustín. Es interesante que el campeón del *romanismo* fuese un doctor africano. San Agustín nació el año 354, en Tagaste, un villorrio llamado hoy Suk-Ahras, en Argelia. El padre de Agustín era un *colonial* irascible, algunas veces generoso, siempre sensual. Tuvo poca influencia sobre su hijo; en cambio, la madre, Santa Mónica, que le hizo criar por



Un arcángel. Fresco de Sant'Angelo in Formis. Nápoles.



Vaso eucarístico procedente de Edesa. Siria. Museo del Louvre.

una nodriza, cuidó después de su desarrollo espiritual. Después de estudiar las primeras letras en Tagaste y en la que hoy llamaríamos escuela secundaria de Madaura, treinta kilómetros más al Sur, por fin, a los dieciséis años, Agustín fue enviado a Cartago para completar su educación. Cartago era entonces la tercera ciudad del Imperio; había sido espléndidamente reconstruida por Augusto. Reinaba entonces en Cartago un verdadero furor por los juegos de circo, y por el teatro, donde se representaban las más obscenas pantomimas. Salviano, un presbítero de Marsella que visitó a Cartago por aquella época, la califica de «cloaca del Imperio». Allí, sin la salvaguardia de su madre, que había quedado en Tagaste, Agustín a los dieciocho años tenía ya una concubina y un hijo natural.

Sin embargo, precisamente en aquel período de su estancia en Cartago fue cuando leyó Agustín el libro (hoy perdido) de Cicerón titulado *Hortensio*. Este libro produjo en Agustín una primera mudanza, una conversión filosófica. Agustín aprendió en el *Hortensio* que debía buscar la verdad y vivir conforme a la moral si quería ser feliz. En cuanto a lo primero, esto es, al estudio, Agustín no regateó esfuerzos. De una manera poco científica, apasionada, Agustín trató de informarse de cuanto se había pensado antes de su tiempo; el año 373 hízose maniqueo, abandonó luego el maniqueísmo, pero cayó en un nuevo platonismo. Respecto a la moral, el mismo Agustín nos dice que rogaba a Dios que le hiciera casto, *¡pero todavía no!* «Porque tenía miedo, Señor, de que me escucharas y me curases del mal de la concupiscencia...»

Nueve años pasó Agustín, como estudiante, entre Tagaste y Cartago, hasta que el año 383 marchó a Roma. Allí consiguió por influencia del ya citado Símaco (el mismo que habló en pro del altar de la Victoria), un empleo de maestro en Milán. Por algún tiempo vivió Agustín en Milán con su madre, su concubina y su hijo, pero pronto pensó en casarse mejor y mandó al Africa a la madre del pequeño, reteniendo sólo al niño. A pesar de su reputación y sus amistades, Agustín no se encontraba bien en Milán. Por ello sin duda, y en su afán constante de perfección, comenzó a sentirse impresionado por los sermones de San Ambrosio y los relatos de la vida monástica, que empezaba a extenderse entre los cristianos de Oriente. Es impresionante la historia de esta alma. Nadie como él, en las *Confesiones,* ha alcanzado tan vívida expresión de los sentimientos en la lucha decisiva por la conversión. He aquí una de las confesiones explicando los sentimientos de su autor por aquella época: «Sufría y me torturaba, dando vueltas en las cadenas que no me retenían ya más que por un débil eslabón, pero que, sin embargo, me retenían, y yo me decía: — ¡Ea, no más retra-

La llamada nodriza de San Agustín.
Estatuilla del siglo V. Museo del Bardo. Túnez.



sos! —Me resolvía a comenzar y no comenzaba. Y volvía a caer en el abismo de mi vida pasada. Y cuanto más próximo estaba el inapreciable instante en que iba a cambiar mi ser, más me sobrecogía el terror. Y las fruslerías de las fruslerías, las vanidades de las vanidades, mis antiguas amistades me agarraban por la ropa de mi carne y me decían al oído: —¿Nos despides? ¡Cómo! ¿Desde ahora, para siempre, nunca podremos hacerte compañía?— Ya no me asaltaban de frente, como en otro tiempo, quejosas y atrevidas, sino con tímidos cuchicheos murmurados a mi oído. Y la violencia de la costumbre me decía: —¿Podrás vivir sin ellas?

»Mas del lado por donde yo temía pasar, se dejaba oír otra voz. La casta majestad de la continencia extendía hacia mí sus manos piadosas. Y me mostraba, desfilando ante mis ojos, niños, doncellas, viudas venerables, mujeres envejecidas en la virginidad, vírgenes de todas las edades. Y con un tono dulce y confortante ironía, parecía decirme: —¿Y qué? ¿No podrás tú lo que éstos y éstas? Vacilas porque te apoyas en ti mismo. Lánzate animosamente a tu Dios y no se apartará para dejarte caer.

»Esta lucha interior era como un duelo conmigo mismo. Llegaba al fondo del jardín, dejaba correr mis lágrimas, y exclamaba: —Señor, ¿hasta cuándo? ¿Hasta cuándo?... ¿Mañana?... ¿Mañana?... ¿Por qué no ahora?

»Decía y lloraba con toda la amargura de mi corazón roto. Y repentinamente, oigo salir de una casa vecina como una voz de niño, o doncella, que cantaba y repetía estas palabras: —*¡Toma y lee! ¡Toma y lee!* —Hice memoria para recordar si serían las palabras de un estribillo usado en algún juego infantil; de nada parecido me acordé. Volví al lugar donde antes me encontraba, y en donde había dejado el libro de las Epístolas de Pablo. Lo tomé, le abrí, y mis ojos vinieron a encontrarse con las siguientes palabras: "No viváis en orgías, en libertinaje... sino revestíos de Jesucristo." No tuve necesidad de leer más. Leídas apenas aquellas líneas, se difundió por mi corazón como una luz de seguridad que disipó las tinieblas de mi incertidumbre... Fui al punto a encontrar a mi madre. Le referí todo lo sucedido. Alegróse al escucharme. Triunfaba, y te bendecía, Señor, a Ti, que eres poderoso para concedernos más de lo que pedimos y pensamos.»

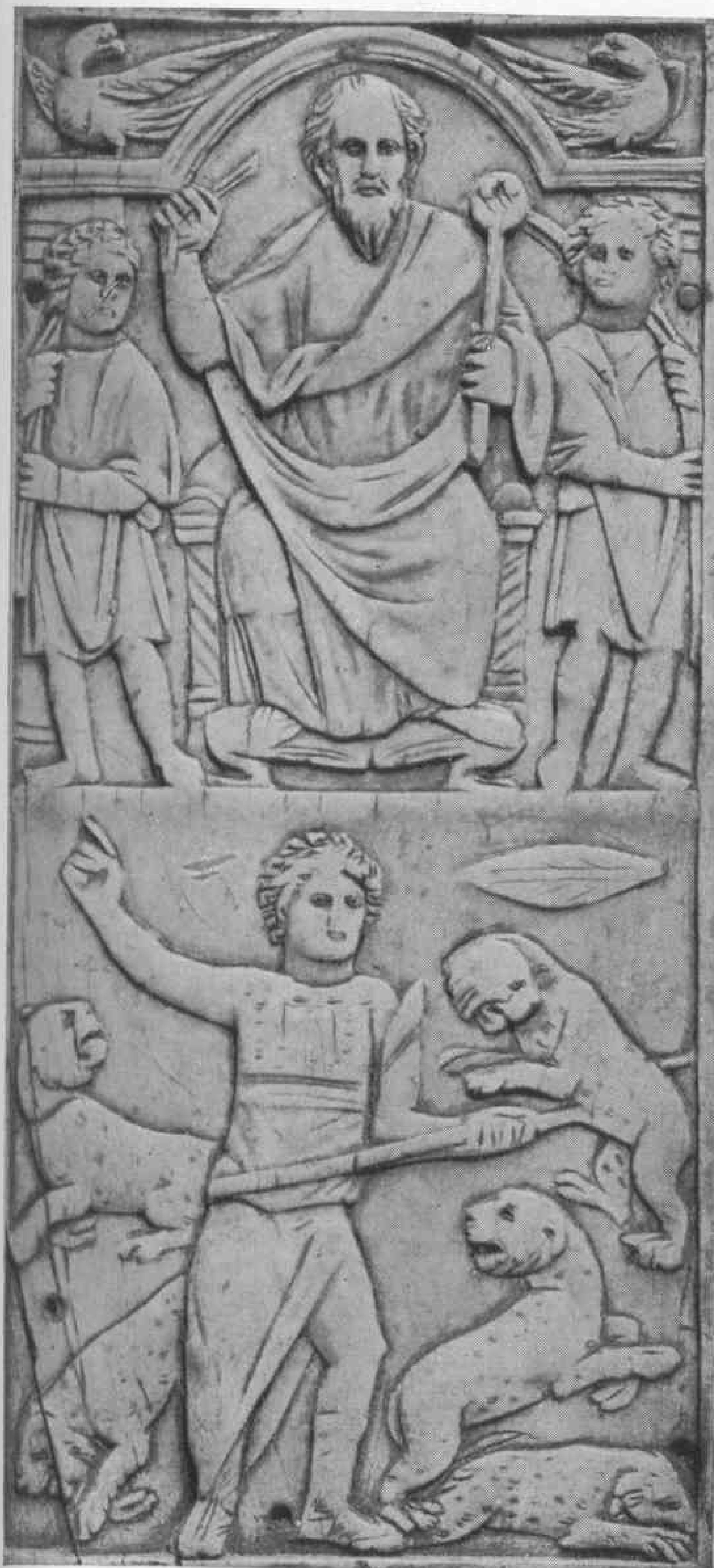
Era el verano de 386, y Agustín, sin más tardanza, renunció a sus cargos y se retiró a la granja de un amigo suyo en Cassiano, el moderno Casiago, cerca del lago Maggiore. En Milán había llegado a ser Agustín

la personalidad más eminente de un grupo de estudiosos de la filosofía. Algunos de ellos le acompañaron en su retiro. Agustín mismo nos ha transcrito las conversaciones sostenidas entre él y sus amigos en Casiago. Sorprende en gran manera que este nuevo converso se pasase tres días enteros comentando el *Hortensio*. Otros tres días se emplearon en discutir el *De Vita Beata*... Asuntos serios, dignos de un verdadero cristiano, pero no exclusivamente temas cristianos.

Por fin, después de haber sido bautizado por San Ambrosio, Agustín embarcó para el Africa, de la que ya no tenía que salir. Primero marchó a su pueblo natal, Tagaste, donde trató de establecer un centro de vida monástica con aquellos mismos amigos de Milán que le siguieron y otros conversos africanos. Allí pasó otros tres años (388 a 391) escribiendo tratados sobre la verdadera religión, sobre la música y contra las herejías. Ordenado sacerdote en 389, empieza a ser Agustín, no sólo un escritor filósofo, sino el doctor apologético y el gran batallador que será toda la vida...

Hacia 396, el obispo de Hipona, cerca de la actual Bona, Valerio, resolvió asociarse un coadjutor. La voz unánime del clero y de los fieles señaló a Agustín. Desde que fue ordenado sacerdote, se le había visto suplir a su venerable obispo en el ministerio de la predicación, combatir a los herejes, asistir a los concilios con autoridad, debatir sobre las cuestiones más arduas y actuales, y sobre todo, era bien conocida su vida ejemplarmente ascética. Un año más tarde, por muerte de Valerio, fue Agustín elegido obispo de Hipona. Agustín convirtió luego en un monasterio la casa episcopal y en ella permaneció siempre, excepto sus breves estancias en Cartago; no tuvo tiempo de viajar, como hicieron la mayoría de los eclesiásticos de la época, que iban a Palestina, a Egipto, a Roma, con cualquier pretexto; sus polémicas dogmáticas le absorbieron por completo. La Iglesia tampoco exigió más de él, ni llegó a ser obispo metropolitano. Una pequeña diócesis rural era lo único que estaba confiado a su directa vigilancia.

Pero Agustín hizo de su silla de Hipona una cátedra a la que todo el mundo cristiano acudió para escuchar sus enseñanzas. Enterado de todo sin tardanza, Agustín advirtió, contradijo, amonestó, con un celo que asombraba a sus mismos enemigos. Par-



Magistrado presidiendo los juegos del circo. Marfil del siglo V. Catedral de Burgos.



**Ruinas de Hipona,
con la basílica de San Agustín en la colina.**

ticipó en no pocas batallas que se daban a miles de leguas de donde él estaba. Su pluma, siempre pronta, no corría bastante; por eso dictaba al amanuense, que transcribía ligero con anotaciones taquigráficas. Su elocuencia es fulminante; escribiendo y hablando, su palabra nunca deja de ser clara, vívida y luminosa, irradiante de verdad y comunicativa de simpatía, la simpatía de emoción humana con que Agustín sabe hacer palpitantes los más difíciles temas teológicos.

Las gentes de este período mostraban una irascibilidad que revela el esfuerzo que hacían para enderezar un mundo ya torcido. San Agustín, en su rincón africano, halló aún la contienda de los donatistas, que querían hacer una Iglesia rival de la romana; conoció la herejía del maniqueísmo, y presenció desórdenes y supersticiones de todas clases. Contra todos combatió con sus sermones, cartas y tratados. Su labor literaria revela que aquella poderosa actividad mental piensa, medita, se esfuerza por encontrar soluciones para todos los problemas de mística, teología, política y moral. Parece imposible que, con una salud precaria, pudiera abarcar tanto. Es un caso de fortaleza del espíritu sobre un cuerpo frágil.

Desde el punto de vista literario la Humanidad debe a San Agustín dos preciosos libros: *Las Confesiones* y *La Ciudad de Dios,* que han pasado a ser clásicos. Los escritores admirarán siempre sus dotes polémicas, sobre todo sus cartas y sermones de controversia; la Iglesia católica encontró en San Agustín su más inspirado defensor; él aclaró las ideas, estableciendo prelación y orden en los esfuerzos anteriores de toda la cristiandad.

Hacia el final de su vida, la contienda de San Agustín contra Pelagio y el pelagianismo acabó por imponer el reconocimiento de la supremacía de la Sede Apostólica. El pelagianismo subsiste todavía en ciertas sectas cristianas, por lo que será necesario explicar su significado. Pelagio era un monje inglés, agigantado de estatura, pero de limitada capacidad para los problemas teológicos. Llegó a Roma el año 409 y fue grande su sorpresa cuando oyó allí, de labios de un obispo, una frase de San Agustín que le hizo reaccionar vivamente: «Dad, Señor, lo que mandáis, y mandad lo que queráis.» Con esto le pareció a Pelagio que se quitaba al hombre toda participación en la obra de su salvación. Por esto resolvió pasar al Africa para verse con Agustín. Pronto Pelagio fue acusado en Cartago de seis proposiciones erróneas, a las cuales se juntaron tres señaladas como sos-

Restos de la basílica cristiana de Madaura. Argelia.



tenidas en Sicilia por algunos fieles. Se le imputaba de haber afirmado: 1, que Adán fue creado mortal, y tanto si hubiese pecado como no, había de morir; 2, que su pecado le dañó a él solo, y no al género humano; 3, que los recién nacidos vienen al mundo como Adán, sin pecado; 4, que no es verdad que la muerte viniera al linaje humano por el pecado de Adán, ni que por la resurrección de Cristo todo el linaje de los hombres resucite; 5, que los recién nacidos que mueren sin bautismo van al cielo; 6, que antes del Cristo había gentes que morían sin pecado; 7, que la Ley de Moisés sirvió para alcanzar el reino de los cielos lo mismo que el Evangelio; 8, que el hombre, si quiere, puede vivir sin pecado; 9, que si los ricos bautizados no renuncian a todo, no se les imputa el bien que hagan, ni pueden alcanzar el reino de Dios.

Puede comprenderse qué inquietud despertarían en San Agustín estas afirmaciones. De momento no fue difícil lograr, en un concilio de obispos africanos, la condenación de Pelagio. Pero éste había puesto tierra de por medio y estaba ya en Palestina, donde fue recibido cordialmente. Hasta allí hubo de combatirle San Agustín con escritos y emisarios; uno de ellos fue el monje español llamado Pablo Orosio. Reunióse un sínodo en Jerusalén, pero, a pesar de los esfuerzos de Orosio y de San Jerónimo, que estaba allí y coincidía en el parecer de San Agustín, de aquella asamblea no pudo obtenerse la condenación de Pelagio por razón del apoyo que le daba el obispo de Jerusalén.

He aquí un caso que hacía evidente la necesidad de un fallo irrevocable, dictado por una autoridad suprema, que no podía ser otra que la Sede Apostólica. Un hereje o un perturbador, como Pelagio, sostenido por algunos obispos, persistía en su error y en el proselitismo, a pesar de la condenación de dos concilios provinciales, que hubieron de sucederse en pocos años. Ante este conflicto, los obispos africanos, y a su cabeza San Agustín, apelaron a Roma. El sucesor de los Apóstoles, después de maduro examen, dictaminó contra Pelagio y de acuerdo con San Agustín. Es tradición que al saberlo, éste pronunció las famosas palabras: *Roma locuta, causa finita* (Roma ha hablado, la causa ha terminado).

La disputa acerca del pelagianismo no sólo consolidó la autoridad del pontífice romano, sino que obligó a pensar más y más sobre la naturaleza del alma y el misterio de la salvación. Por lo pronto, ¿qué es el alma, cómo se crea y cómo está unida



San Agustín enseñando. Pintura del siglo XVI

San Agustín y sus discípulos. Anónimo del siglo XV. (Vaticano.)



al cuerpo? Para unos se engendraba ya contaminada en el instante de la generación. Otros insistían en que Dios, al crear las almas para cada hombre, las crea puras y se contaminan al nacer. Y por fin, otros, como Orígenes, creían en la preexistencia: las almas estaban creadas desde el principio de los tiempos, esperando la hora de encarnarse. La verdad es que el asunto era difícil, y no aparecía la solución. San Agustín lo reconoció y aun hizo notar que la Escritura no presta gran ayuda para resolver este problema, *lo cual quiere decir que no es necesario resolverlo, pues, si lo fuese, la Escritura ya hubiera hablado más claro*. Pero aunque a veces vacilara, San Agustín alcanzó a establecer la cuestión dogmática sobre el importante problema filosófico del origen del alma: cualquiera que fuese la opinión acerca de este punto, tenía que admitirse el hecho preliminar del pecado original, y su propagación a todo el linaje humano, que pecó en Adán, su cabeza.

Pero, en fin, una vez establecido que las almas de los hombres están contaminadas por el pecado de Adán, ¿cómo se explica que unas almas se purifiquen, logrando la salvación, y otras perseveren en el pecado? Aquí disentían también San Agustín y Pelagio. Para Agustín, la gracia de Dios es lo único que puede salvarnos; por aquella gracia reconocemos el error, sentimos los efectos del pecado y evitamos las penas eternas con el bautismo y los demás sacramentos. Según Pelagio, la salvación del hombre no dependía de la gracia de Dios, pues tiene la facultad de escoger el bien y el mal. Decía Pelagio que Dios creó al hombre dotándole de razón y libertad para decidir entre perderse o salvarse. Sin esta facultad de escoger, la salvación no tendría mérito, nos sería más bien impuesta que aceptada; así como basta al hombre su voluntad para estar sin pecado, así de él solo depende su salvación.

A lo que Agustín respondía que los hombres, antes de nacer, ya están predestinados para ir al Cielo o al Infierno; y su experiencia personal le demostraba cuán poco eficaces eran los esfuerzos para salvarse. ¡De cuán poca utilidad le habían sido a él los consejos de su madre, las lecturas, los sermones! Dios hizo, en un instante, lo que tantos y tan santos no habían conseguido en veinte años de lucha espiritual. Era inconcebible, para San Agustín, que Dios creara al hombre a ciegas, sin

saber si cada alma tenía que ser, después de la muerte, un ser bienaventurado o un condenado..., lo cual era aceptar a medias la idea de la predestinación.

Para San Agustín, el concurso de Dios envuelve y penetra al hombre en su acción, en su vida y en su ser, lo mismo en el orden natural que en el orden sobrenatural: la gracia es necesaria para la fe, necesaria para la práctica, necesaria para la perseverancia. La voluntad del hombre, sin embargo, no queda anulada en modo alguno, ni siquiera minorada, por esta acción de la gracia. La conciencia de la libre elección, la conciencia del mérito y del demérito, según Agustín, son hechos psicológicos indudables. Para San Agustín la vida espiritual es la cooperación libre de la voluntad humana con la gracia divina. Esta cooperación, empero, no escapa al misterio. San Agustín, que tan genialmente ha utilizado la potencia intelectual, no ha sido superado en su humildad para reconocer que las explicaciones no agotan la verdad, y que el misterio divino no puede ser abarcado por completo en las fórmulas humanas.

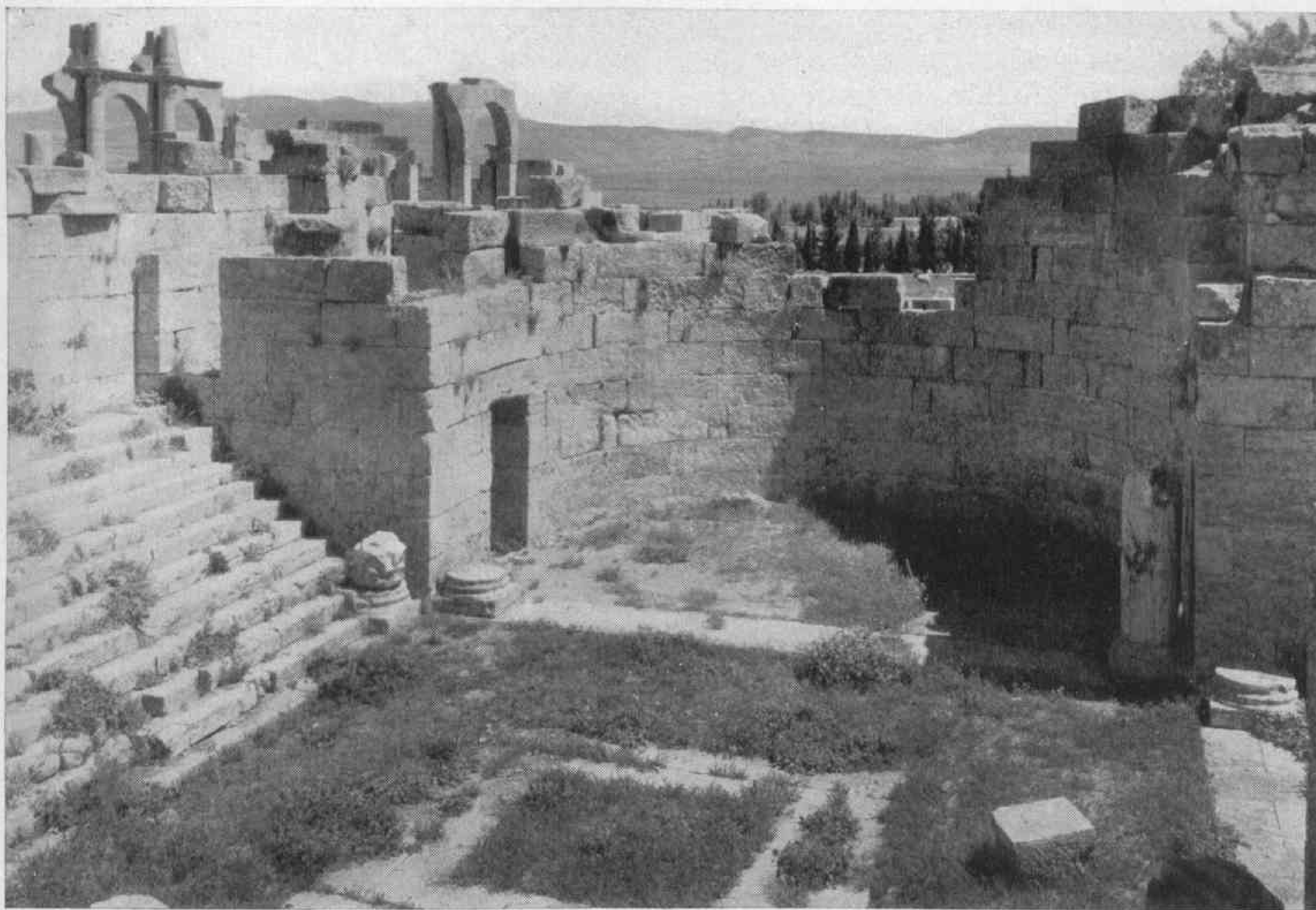


La Theotokos o Madre de Dios. Siglo V. Mosaico de Santa Sofía. Salónica.

Deben bastarnos estas insinuaciones para vislumbrar la hondura de tan trascendentales problemas, y el valor enorme que para aclararlos tuvo la posición de San Agustín frente a la herejía pelagiana. En el ardor de la polémica y en las dificultades que encontró para dilucidar un tema rodeado de tanta obscuridad, pudo ciertamente San Agustín tener sus puntos flacos, y nadie ha de maravillarse de que en algún aspecto parcial haya vacilado o exagerado la expresión y aun la doctrina. Pero mientras en el protestantismo no faltan sectas que insisten en una predestinación lesiva a la vez de la dignidad de Dios y de la libertad humana, y todavía resuena en algunas capillas protestantes el eco de las palabras de Lutero: «Dios, en su divina gracia, consiente que algunas almas se pierdan, porque esto redunda en su mayor gloria», la Iglesia católica ha recogido el fondo armonioso de la teología agustiniana sobre el pecado original, la gracia, la libertad y la predestinación, y lo ha pasado a sus fórmulas dogmáticas.

A San Agustín puede llamársele el verdadero fundador de la antropología cristiana, entendiendo por antropología la ciencia del hombre, y no sólo como cuerpo orgánico, sino como compuesto de un elemento espiritual y el animal. Así definida, la antropología sería anatomía junto con filosofía y psicología. Sin embargo, San Agustín dio más importancia a la última parte.

Cuéntase que en cierta ocasión hubieron de preguntarle: «¿Qué es lo que te interesa más?—¡Dios!—¿Y después?—¡El alma! —¿Y después de Dios y el alma? — ¡Nada más!» Dios y el alma son los temas centrales de la filosofía de San Agustín que le ha-



Basílica cristiana. Tebesa. Túnez.

bían inquietado desde su juventud. Vamos al primero. Para aclarar y explicar la naturaleza de Dios, había estudiado a los pensadores clásicos y no había encontrado más que dudas y diversidad de pareceres; se había entregado a las cosas y no le habían ofrecido ningún apoyo. Le quedaba un camino: la reflexión sobre sí mismo. Se decía: «En el interior del hombre habita la verdad. Por esta vía, sobre la misma duda se puede edificar el pensamiento verdadero, porque el que duda sabe algo con certeza. Conoces tu existencia y el hecho de tu conciencia. Ahora bien, la experiencia íntima nos presenta dos tipos de conocimiento: el de las cosas sensibles, contingentes y mudables, origen de opiniones; y el de los principios no sensibles, fuente de certeza y ciencia.»

Para él, el verdadero Ser está constituido por este mundo suprasensible que llega a nosotros, no por medio de los sentidos, sino de un modo directo, por una luz incorpórea que nos permite intuir las ideas. Pero así como Platón cree en una existencia independiente de las ideas, para San Agustín las ideas son los pensamientos eternos de la razón divina, los ejemplares originales que informan lo creado. El conocimiento es, pues, un camino para llegar a Dios. No podría existir la verdad en nosotros si la Verdad no existiera. Reconociendo en nosotros por lo menos alguna verdad, tendremos que aceptar la existencia de la Verdad, que es Dios. El darnos cuenta de su existencia no quiere decir que le conozcamos; Dios rebasa nuestro lenguaje y nuestro pensamiento. Por esto la ciencia de Dios es una cien-

cia del no saber. Sólo podemos decir de El que *es*. Es el ser mismo, sin mezcla del no ser, superior e inmutable. El segundo problema, el del alma, puede resolverse por el mismo método de reflexión interior. Cuando el ser humano se observa a sí mismo, halla que es substancia espiritual. Observa que su ser real no tiene ninguna semejanza con el cuerpo (ni masa, ni color, ni movimiento espacial). Es incorpóreo y simple. Tanto por estos caracteres como por su íntima relación con las verdades eternas, ha de ser imperecedero. Aunque en el hombre aparenten estar reunidos alma y cuerpo, el cuerpo no influye para nada sobre el alma, sino que es dirigido por ella.

Por lo que toca al conocimiento de lo sensible, dice San Agustín que es necesario poseer la verdad; pero la sola contemplación por la inteligencia no es una verdadera posesión. Sólo se posee perfectamente lo que se ama, y el amor de las cosas más altas que el entendimiento nos da a conocer lo que proporciona al hombre su perfección y beatitud. Este amor transforma nuestro ser y es la medida de nuestra perfección. El que ama lo perecedero, perece; el que ama lo eterno, se eterniza: *Terram diligis? Terra eris... Deum diligis? Deus eris* (¿Amas la tierra? Serás tierra... ¿Amas a Dios? Serás Dios).

A salvar, cuidar y mejorar esta alma, único elemento precioso del ser humano, se dirigieron todos los esfuerzos a lo largo de toda la Edad Media.



Muchacho cristiano. Vidrio del siglo V. Museo del Louvre.



La abadía de Montecassino, casa matriz de la orden de San Benito en Occidente, reconstruida después de su destrucción en la segunda Guerra Mundial.

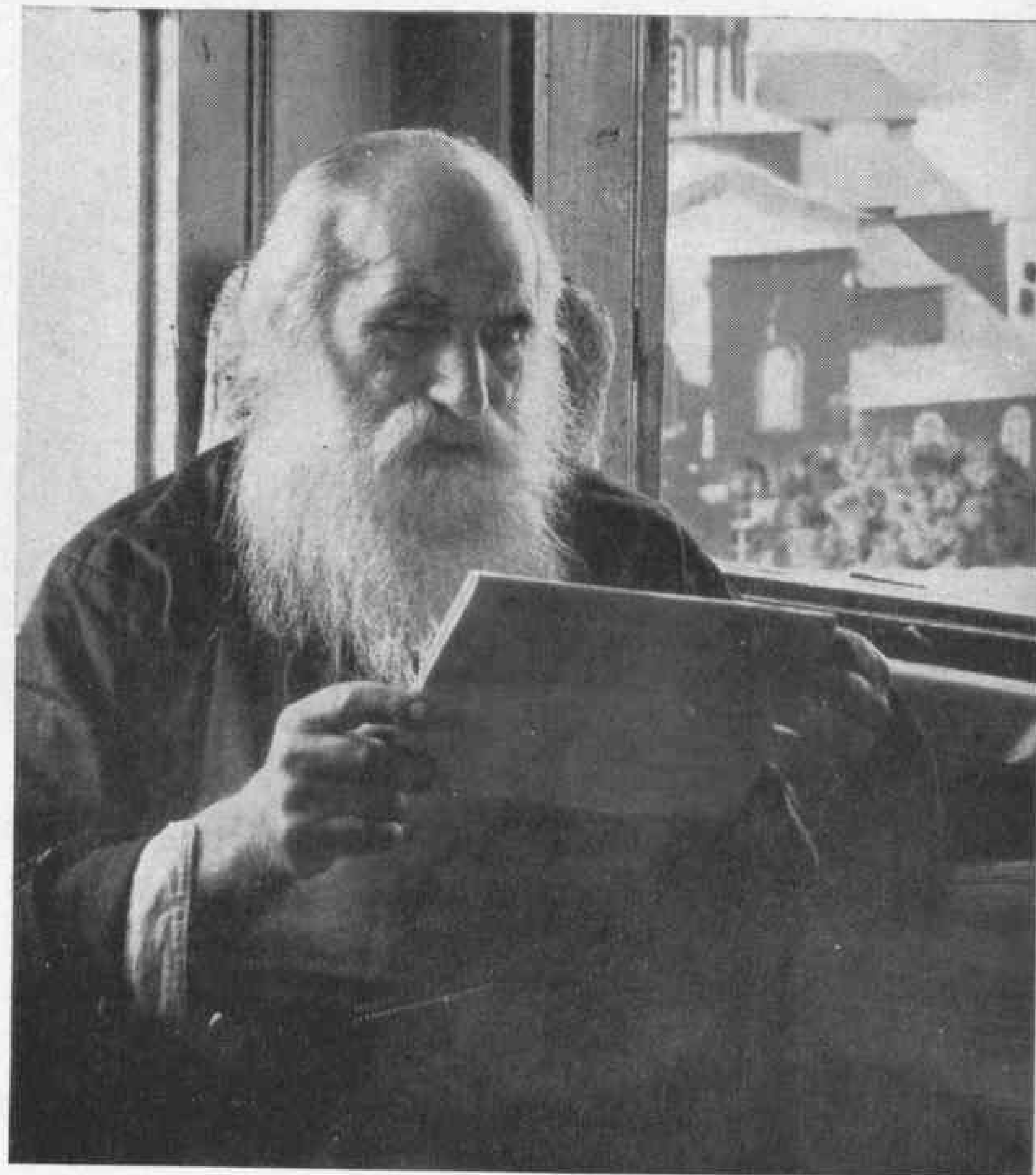
14 LOS PRIMEROS MONJES CRISTIANOS. SAN BASILIO. SAN JERONIMO. SAN BENITO

Los comienzos de la vida monástica en el cristianismo están envueltos en una neblina difícil de desvanecer. El ascetismo monástico fluye espontáneamente de los llamados consejos evangélicos, invitación suprema de Jesús a la perfección espiritual; pero el Cristo no fue un asceta, ni dijo que el ascetismo fuese la sola manera perfecta de vivir, como lo predicó el Buda. No se concibe el budismo sin la vida conventual; en cambio, pasaron para el cristianismo más de dos siglos sin que se sintiera gran necesidad de organizar el retiro monástico. No quiere esto decir que el cristianismo aprendiera nada del budismo, ni que la vida monástica ni el principio de renunciación llegaran a la cristiandad desde la India lejana. Es cierto que en Alejandría y en Antioquía se hablaba de los monjes budistas y se conocía de la India más de lo que nos figuramos, pero no hacía falta el ejemplo del budismo para estimular a los cristianos del siglo IV a retirarse al desierto para hacer vida de anacoreta. Leyendas indias se infiltraron en el santoral cristiano; San Jerónimo habla del nacimiento del Buda de una virgen-madre; habla de los monjes budistas, *gimnosofistas,* que quiere decir *anacoretas,* filósofos del bosque; pero todo esto no trascendió hasta provocar curiosidad ni espíritu de emulación entre las gentes cristianas.

Más derechos tendrían a presentarse como antecesores de los monjes cristianos los esenios y terapeutas judíos. Estos últimos sobre todo se habían establecido al otro lado de la laguna Mareotis, detrás de Alejandría, y en aquella comarca aparecen las primeras colonias de anacoretas cristianos de la montaña de Nitria; Eusebio los tuvo por monjes de la primitiva Iglesia de Alejandría. Pero no hay que buscar antecedentes históricos al monasticismo cristiano; el afán de soledad, el goce en la contempla-

ción lejos del bullicio mundano se manifiestan espontáneamente en los individuos que se hallan dotados de una mediana capacidad espiritual. El alma insiste en imponer el retiro y la quietud, más favorables para elevarse hasta el Esposo, imagen de Jesús, y que en la mística cristiana ha servido siempre para expresar las más altas relaciones espirituales de la unión con Dios por el amor.

Jesús lo había explicado claramente en la parábola de las vírgenes fatuas y las prudentes; recordó a Marta, la hacendosa, que María tenía la mejor parte, e hizo el elogio del celibato cuando dijo que hay quienes se hacen eunucos a sí mismos por ganar el reino de los cielos. San Pablo insiste en la superior condición de la virginidad, y lo mismo hacen Orígenes, Tertuliano y la mayoría de los Padres de los siglos I y II. Así ya no es de extrañar que las actas de los mártires nos presenten tantos casos de jóvenes santas que hacen alarde de su virginidad, sin haber tenido otra protección que el retiro que ellas mismas se procuraron en la casa paterna. En el concilio de Elvira (año 306) se delibera acerca de las *vírgenes consagradas al Señor*. San Atanasio las llama ninfas, o esposas de Cristo, y, a lo que parece, vivían en comunidad en Alejandría. Pero no se habla todavía de monjes asociados para la vida en común.



Abad de un monasterio de monjes del Athos leyendo la *Regla* de San Basilio.

La pasión por la vida monástica no se manifestó en el cristianismo hasta después de la paz de la Iglesia. Mientras duraron las persecuciones se creía cobardía escapar al desierto. En las grandes capitales era donde los cristianos estaban más vigilados y perseguidos, y allí debían permanecer las personas piadosas para dar testimonio de su fe, al lado del obispo.

Con las donaciones de Constantino, y con las disputas teológicas del arrianismo, la atmósfera de las iglesias se hizo irrespirable para muchos. Los cargos eclesiásticos, acom-



Monje basilio en su celda.

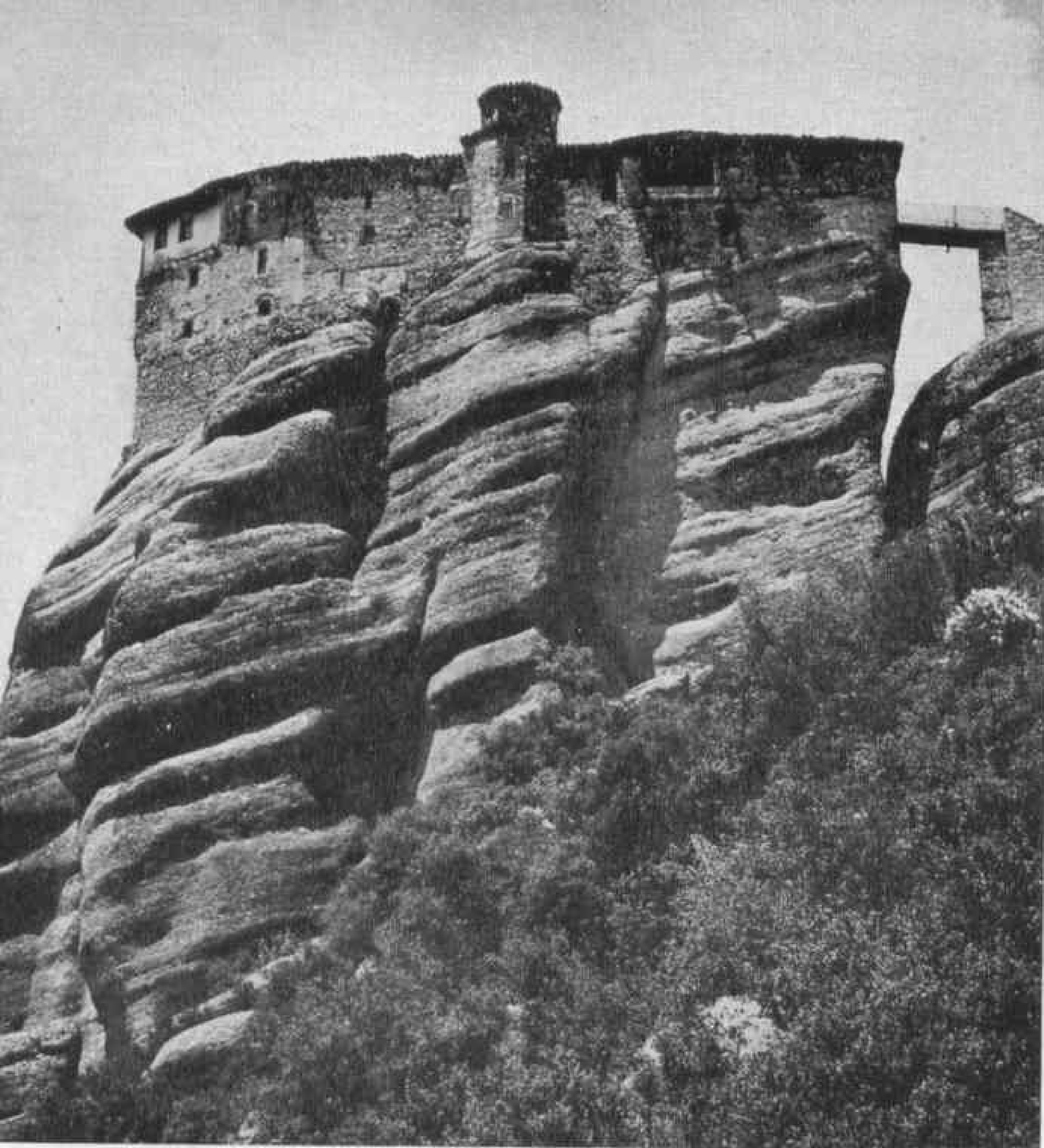


Refectorio de un monasterio de basilios. El abad con los monjes letrados, que comen a su mesa.

pañados de honores públicos y donativos, no eran siempre a propósito para mantener a los beneficiados en una piadosa austeridad. Empezó pronto a notarse entre clérigos y laicos este mal humor que en algunos aspectos perdura hasta nuestros días. San Pacomio, el fundador de la primera regla de monjes, aconseja a sus discípulos que eviten el trato de las mujeres, así como el de los obispos. En cambio, San Agustín afirma que entre los monjes ha encontrado los mejores y los peores cristianos.

La historia de los monjes cristianos se hace siempre empezar por San Pablo, ermitaño, y San Antonio. El primero, ermitaño egipcio, se supone que huyó al desierto cuando la persecución de Decio, el año 250. Allí fue a visitarlo, el año 340, San Antonio, clérigo de Alejandría. Pese a su soledad, de casi un siglo, el ermitaño mostró su curiosidad preguntándole al recién llegado: «¿Qué hacen los hombres? ¿Hay todavía ciudades? ¿Quién gobierna el mundo? ¿Quedan aún gentes para ser presa del demonio?...» Un cuervo trájole aquel día doble ración de pan, y confortados por una larga conversación, San Antonio se despidió de San Pablo. Cuando volvía a visitarle, por el camino tuvo la inspiración de que había muerto. Halló helado su cadáver, pero con las manos extendidas aún hacia lo alto; unos leones excavaron la fosa, y San Antonio se llevó como reliquia la túnica de palma del ermitaño. Esto es cuanto sabemos de San Pablo.

San Antonio, en cambio, es una personalidad de gran relieve. Nació de familia poderosa del Alto Egipto; sólo hablaba la lengua copta. No tuvo educación literaria ni quería libros, pero se sabía de memoria las textos bíblicos. A los que le reprochaban su ignorancia, les contestaba: «¿Qué fue primero, la inteligencia o la ciencia?... Mi libro es la Creación, que puedo leer siem-



Monasterio en el monte Meteoros. Grecia.

pre que quiero.» A un monje ciego le consolaba diciendo: «Hasta las moscas pueden ver con los ojos de su cuerpo; pero con los ojos del alma, sólo nosotros, y los ángeles, que ven a Dios.» San Antonio repartió sus bienes entre los vecinos de su pueblo y se marchó de allí para instalar su morada en uno de los sepulcros tallados en la roca que tan abundantes son en la Tebaida. Después pasó veinte años solo, en las ruinas de un castillo egipcio. De allí marchó al árido desierto entre el Nilo y el mar Rojo, comiendo dátiles y pan, que le daban de limosna los beduinos. Hasta allí iban los demonios, para tentarle con imágenes obscenas, o amedrentarle con dragones y fieras; pero «el demonio acaba las fuerzas si se le combate con oración, penitencia y ayuno».

San Antonio fue dos veces a Alejandría: la primera el año 311, para consolar y dar ánimos a los que sufrían la persecución de Maximino. La segunda vez que bajó por el Nilo hasta la capital fue en el año 351. Quiso confortar a San Atanasio en su contienda contra la reacción arriana. Tenía entonces San Antonio más de cien años; San Atanasio salió a recibirle a la puerta de la ciudad, y cuéntase que allí el monje centenario realizó varios milagros. Con todo, San Antonio no era propiamente un taumaturgo: «No os alegréis de que los espíritus os obedezcan, sino de que vuestros nombres lleguen a estar escritos en el cielo.» Lo esencial para San Antonio era la vida contemplativa en la soledad del desierto. Decía siempre: «Como muere el pez fuera del agua, perece el monje fuera del desierto.»

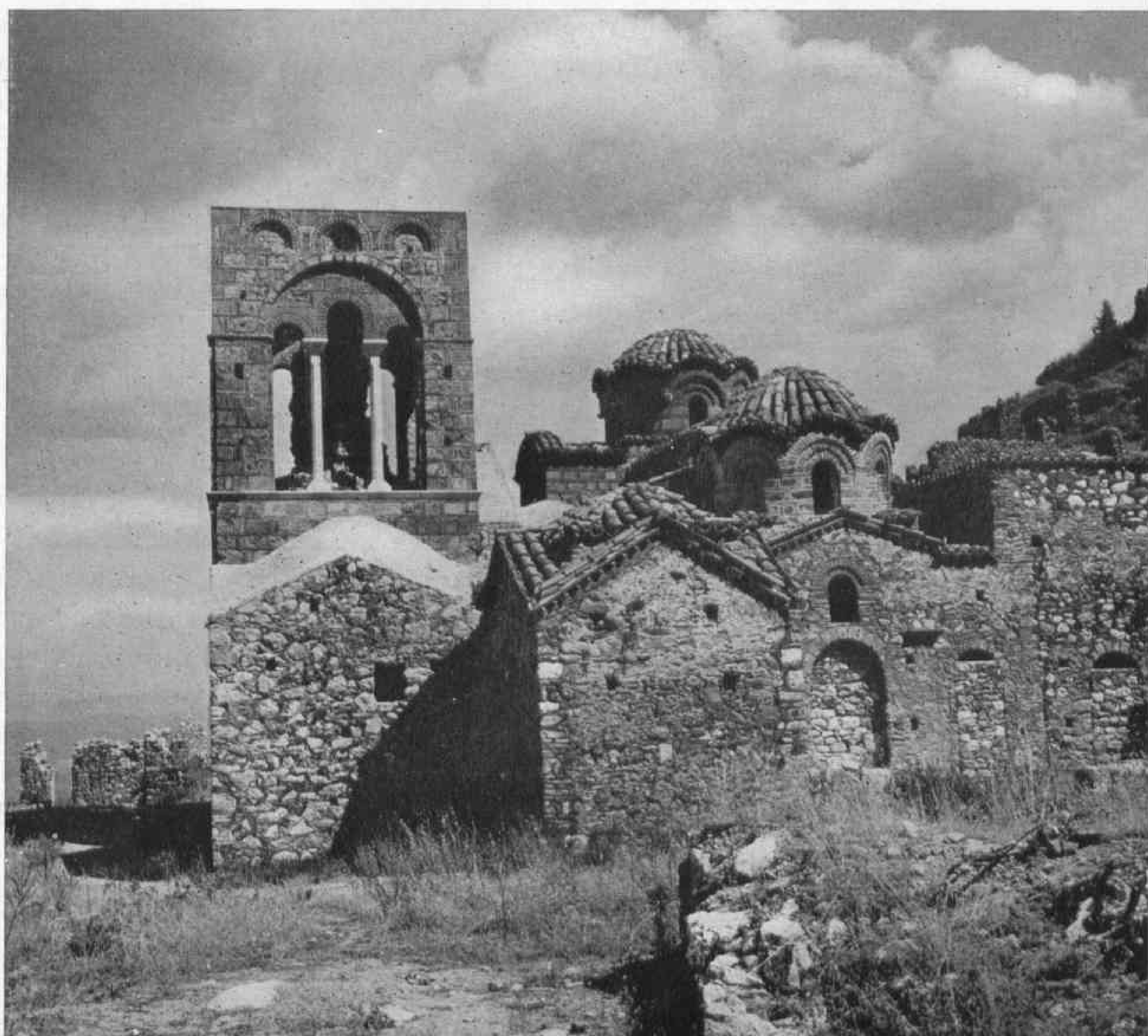
San Antonio no llegó a organizar una comunidad, con su regla monástica, pero ya no vivió completamente solo. Tenía a su alrededor varios discípulos y comunicaba con ellos, y aun celebraban juntos los divinos oficios, reservando para la Pascua y Pentecostés la túnica de hojas de palma que heredara de San Pablo el ermitaño.

El primer organizador de las sociedades monásticas, el verdadero padre de la vida cenobítica, es San Pacomio, otro egipcio (n. en 292), que había sido soldado. Acaso el recuerdo de la disciplina militar le estimuló a organizar a los monjes. La palabra *monje* viene de la griega *monacós*, que quiere decir solitario. Pero Pacomio comprendió ya que el retiro perfecto sólo podía obtenerse en comunidad. La leyenda supone que un ángel dictó a San Pacomio, su *regla* que es la primera reglamentación de la vida monástica cristiana. Según ella, los postulantes eran admitidos después de siete días de esperar junto a la puerta del monasterio o vivienda común. El noviciado duraba tres años; en cambio, los votos no eran estrictamente irrevocables. Los trabajos manuales eran los propios del Alto Egipto: labranza, construcción de barcas, cestería y esterería. Los monjes vivían tres en cada celda, comían juntos, pero con la cabeza cubierta por la capucha, quizá para demostrar que les disgustaba verse forzados a comer para vivir, y, desde luego, a fin de que sus mortificaciones no fuesen conocidas de los otros. También estaba prohibido hablar; sólo en casos excepcionales, los monjes de San Pacomio debían expresarse con sig-

nos. Los monjes contumaces de rebeldía recibían golpes, administrados por el superior. A pesar de su rigidez espiritual, la organización cundió rápidamente; antes de morir Pacomio se contaban ya nueve monasterios de su regla en la Tebaida, y un siglo después sus monjes habían llegado a la cifra de cincuenta mil. En cambio, no tuvo seguidores fuera de Egipto. La regla de San Pacomio tiene algo de rudo y violento que causa extrañeza en otras regiones de clima espiritual más templado.

Por esto el Oriente mira a San Basilio, llamado *el Grande,* como al fundador monástico por excelencia. San Basilio es algo posterior a San Pacomio; nació el año 329 en Capadocia, en las tierras altas del Asia que lindan con el mar Negro. A la edad de veintidós años fue enviado a la Universidad de Atenas, que se hallaba ya en el ocaso, pero gozaba todavía de cierta reputación. Allí se encontró con San Gregorio Nacianceno, su compañero entrañable desde entonces, y otro condiscípulo suyo en la Universidad fue el propio sobrino de Constantino, que después tenía que ser Juliano el Apóstata. Terminados los estudios académicos, que imprimieron profunda huella en su carácter, Basilio acabó su preparación viajando por Palestina y Egipto. Allí vio a los monjes, la gran novedad de la época, cuya vida estudió a fondo, y los clasificó en cuatro clases, a saber: los anacoretas solitarios; los que viven en grupos; los que viven en comunidad, y, por fin, los ascetas itinerantes, sin morada fija, célibes y en peregrinación constante de iglesia en iglesia. Para San Basilio la vida monástica perfecta (¡quién sabe si no influirían en él los recuerdos de la Academia de Platón!) era la sociedad de personas espirituales, cuyas relaciones han sido fijadas de antemano por medio de reglamentos perpetuos, razonados, hoy diríamos científicos.

San Basilio empezó por retirarse a la heredad paterna, en Capadocia, que describe en estos términos: «Una alta montaña, cubierta de bosques, nos envía varias corrien-



Monasterio basilio en Mistra. Grecia.



La Gran Laura. Monasterio de monjes basilios en el monte Athos.

tes de agua fresca y transparente. Estas aguas enriquecen el llano, embellecido por grupos de espesos árboles que superan en belleza a los de la isla de Calipso, cantada por Homero.» Hasta en sus escritos más piadosos, Basilio recuerda con gusto a los clásicos, poetas, dramaturgos y filósofos. Continuando la descripción de su heredad añade: «El lugar parece una isla, porque está encerrado entre barrancos, y el río, después de precipitarse en cascada sobre el valle, forma una corriente imposible de vadear... Allí yo soy el dueño y señor. Detrás de mi casa, una cañada va subiendo hasta la cresta, desde donde se ve todo el llano. El río, después de correr desbocado, acaba en un plácido lago... ¿Cómo encarecer el perfume de la tierra, las brisas del aire, la multitud de flores y el canto de los pájaros? Sin embargo, el mejor elogio del lugar es que, siendo a propósito para producir toda clase de frutos, produce el más dulce para mí, o sea la quietud.» En este lugar predilecto, a las márgenes del Iris, implantó San Basilio su primera colonia de monjes regulares. Su hermana Macrina se reservó la casa paterna, al otro lado del río, para un monasterio de religiosas.

Allí vivió Basilio sólo tres años con su amigo Gregorio y algunos otros que se les fueron asociando. Demasiado pronto, tanto él como San Gregorio, fueron arrancados de aquel retiro para servir a la Iglesia como obispos. Pero, a pesar de sus ocupaciones episcopales, San Basilio supo disponer de tiempo para escribir las dos colecciones de *Reglas* que rigen todavía la vida monástica en Oriente. Y recordemos que el propio Basilio dice que por Oriente hemos de entender las tierras que van desde la Dalmacia hasta Egipto.

Las dos colecciones de *Reglas* de San Basilio no guardan la codificación sistemática que encontramos más tarde en la *Regla* de San Benito. Las llamadas *Reglas largas*, de San Basilio, están escritas en cincuenta y tres preguntas y respuestas, confirmadas con citas de las Sagradas Escrituras. Las llamadas *Reglas cortas* resuelven trescientos trece casos que pueden presentarse en la vida diaria del monje que vive en comunidad. Aunque resulta bien claro el espíritu de las *Reglas,* y en Oriente han servido hasta hoy, a los occidentales nos sorprende la falta de organización y método de aquel catecismo monástico. Sin embargo, una vez más se comprueba que lo que importa es la sinceridad, la fe, el buen deseo, que no le faltaban a Basilio.

La vida ascética era para él ni más ni menos que el cristianismo en toda su pureza. El monje es el mejor cristiano. Por lo tanto, el monje procurará imitar a Jesús y a los Apóstoles hasta en las más pequeñas cosas. Los monjes deben estudiar las Escrituras, pero sólo los que estén preparados y

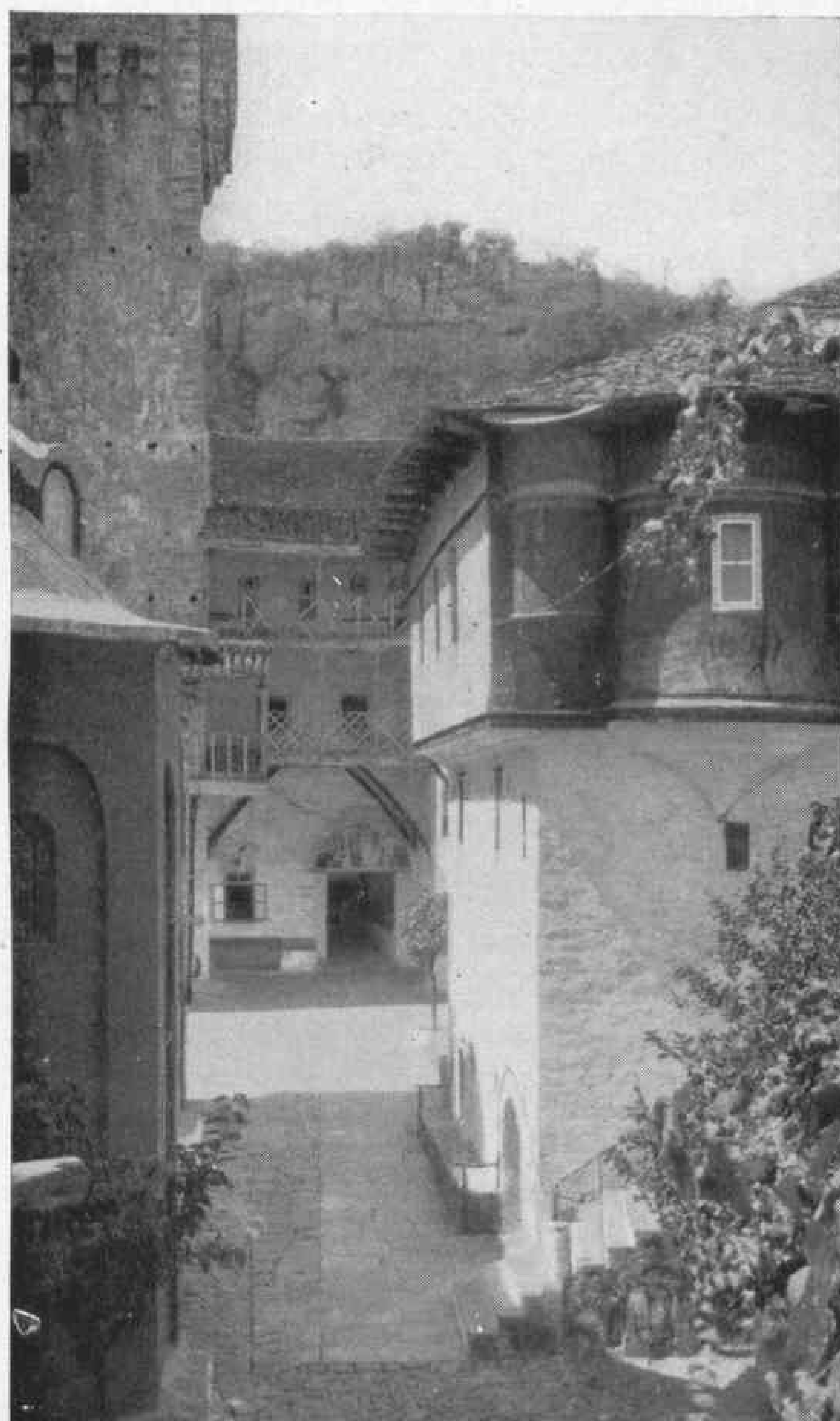
debidamente escogidos por el superior. Estos monjes, versados en los textos bíblicos, forman un consejo, que es el que elige al superior y puede amonestarlo en caso de error grave. A este mismo consejo puede apelar el monje que se crea injustamente tratado por el superior. Pero este consejo no es ejecutivo: «Debemos impedir — dice Basilio (*Regla larga,* 37) — que se desarrolle un régimen democrático.» Cuando falta el superior, uno de los monjes letrados gobierna en su lugar. Hay que combatir «la tendencia a la turbulencia», dice San Gregorio Nacianceno, refiriéndose a los monasterios. Por esto se da tanta importancia al cargo de superior; ya San Pacomio, en Egipto, había experimentado visiones en las que los ángeles ayudaban a los superiores de sus monasterios.

Los monjes basilios debían siempre humildemente obedecer al superior. Los casos de indisciplina se trataban primeramente como una enfermedad, enviando a los díscolos al hospital. El superior era como un médico para los que sufren. «Busca cuidadosamente tu guía; escoge uno que sea rico en virtudes, que ame a Dios y esté versado en las Escrituras... Si encuentras un hombre así, obedécele sin discutir.» «En realidad, todo el bien del monasterio proviene del superior.» Si el tratamiento de la enfermedad de rebeldía no ha curado al monje, «será necesario considerarle como un miembro corrompido e inútil y extirparlo del cuerpo de la comunidad». Esto es, será expulsado del monasterio, porque «insubordinación y desconfianza son consecuencia de una multitud de pecados, fe dudosa, esperanza escasa, orgullo y mala conducta.»

Los monjes se reunirán ocho veces al día para la oración; San Basilio describe poéticamente el color místico de cada una de estas ocho horas. Pero no por esto los monjes estaban dispensados de trabajar y los oficios más apropiados para ellos eran las faenas del campo, tejer lana, hacer zapatos, obras de albañilería, carpintería y herrería. La *Regla larga* repite las palabras de San Pablo: «El que quiera comer, que trabaje.» Gregorio, el amigo de Basilio, y que ya hemos dicho que estuvo a su lado en los primeros meses de la fundación de su monasterio, le recuerda cómo ambos trabajaban en el huerto. «¡Ah, si pudiésemos volver a aquellos días en que trabajábamos de la mañana a la tarde! A veces cortando leña, otras desbastando sillares, plantando árboles, o arrastrando juntos la pesada carreta, llegábamos a la noche con callos en las manos que duraban muchos días.»

Los monjes basilios pueden viajar para asuntos importantes, pero han de ir dos en compañía; pueden tener bienes personales, y pueden hasta vivir aislados en el monasterio. El objetivo no es establecer un modelo de comunidad, sino procurar el mayor desarrollo espiritual de cada uno. Por esto hay cierta laxitud en las *Reglas,* cierto respeto de conciencia que impidió la sistematización en los escritos de San Basilio, pero

Monasterio llamado de *la Karries,* en el monte Athos.





Marfil representando a San Juan Crisóstomo como monje predicador y como patriarca.

es también una prueba de flojedad, que puede en parte explicar cómo, sin una recia disciplina espiritual, se ha llegado a la triste condición presente de los monjes orientales. Con raras excepciones, los monasterios de monjes rusos, griegos y sirios que siguen aún la regla basiliana no son sino lugares de retiro, donde se hace una vida obscura y perezosa. Ninguno de ellos puede compararse con los grandes centros de educación y enseñanza de algunas casas monásticas de Occidente.

Y llegamos ahora al otro punto todavía obscuro. ¿Cómo empezó el monacato en Occidente? ¿Vinieron monjes orientales a la Galia y a España, o fueron las gentes piadosas de las diócesis del Oeste a aprender a Egipto, a Palestina y a Siria? Muy probablemente, ambas cosas. Ya hemos visto a San Agustín ensayar la vida de comunidad en Casiago; pero recordemos también que lo hizo movido de entusiasmo al oír explicar las *hazañas* de los anacoretas y ermitaños egipcios. El monaquismo se respiraba como un romanticismo místico que sentían muchos cristianos. Y como en otras épocas románticas de la Europa Occidental, se creía entonces también que el Oriente era la tierra ideal, el lugar más indicado y más libre para todo lo que se aparta de la rutina de la vida práctica.

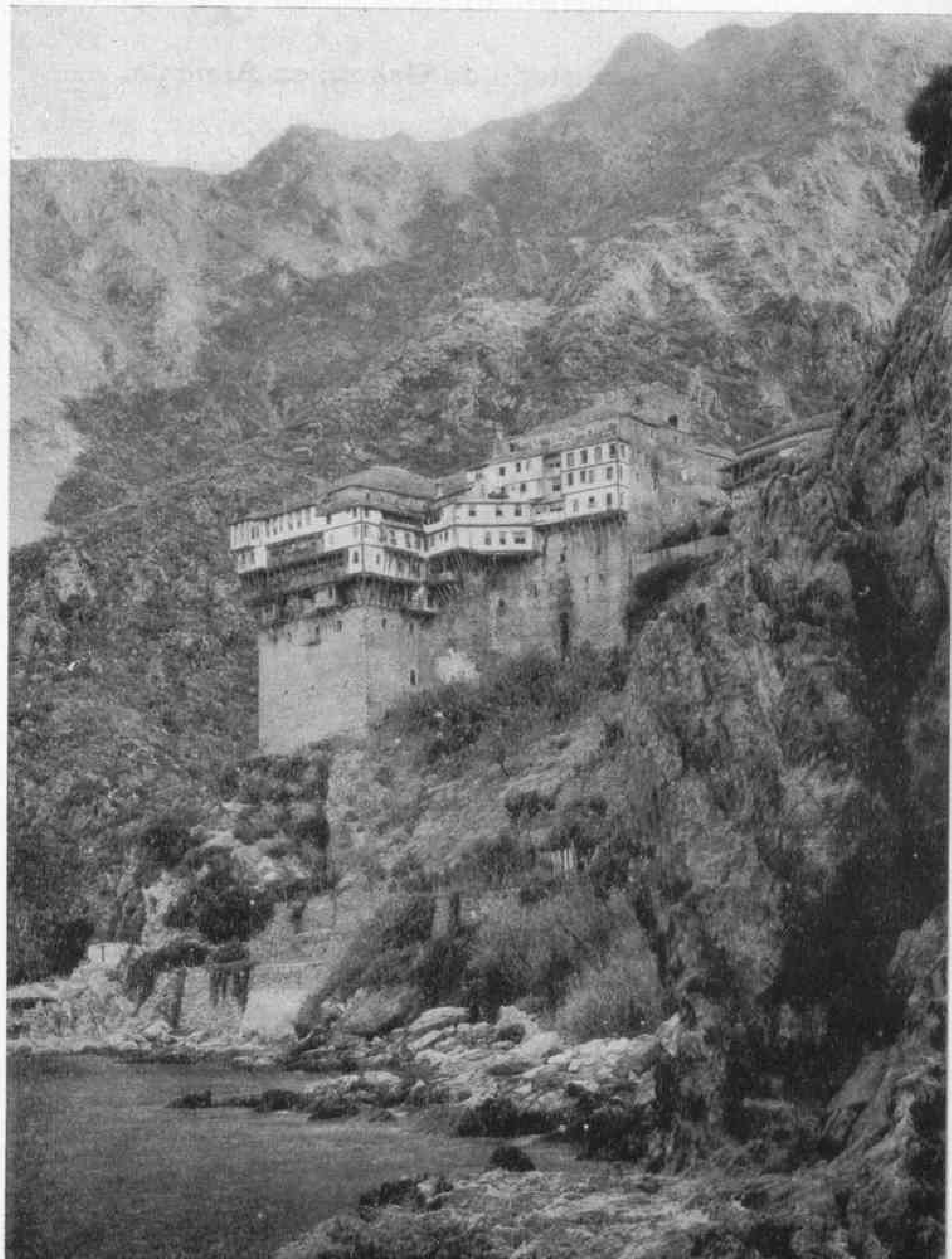
Además, vemos a monjes orientales (es decir, más o menos orientales, ya que el Oriente «va de la Dalmacia a Egipto») infiltrarse en Occidente. Por ejemplo, generalmente se habla de San Martín de Tours como el iniciador de la vida monástica en la Galia; pero San Martín procedía de Panonia, la región que hoy llamamos Hungría, y casi puede considerarse oriental. Educado en Italia, después de servir tres años en la milicia, a los dieciocho fue bautizado, vivió primero como ermitaño, después fundó un monasterio cerca de Poitiers, el primero de la Galia. Igual que San Basilio, también Martín fue sacado del cenobio para ser obispo; pero en Tours, a pesar de su dignidad episcopal, vivió hasta la muerte en un monasterio, rodeado de ochenta monjes. Uno de ellos, llamado Sulpicio Severo, escribió la interesante vida del santo fundador, en la cual nos entera de que no pasó hora sin que Martín hiciese oración; de que nadie le vio enfadado, ni tampoco alegre o triste, aunque lloraba a menudo por sus enemigos, y que éstos eran obispos, sólo obispos. San Martín curaba enfermos hasta por carta y resucitó tres muertos. Cuando iba a Tréveris, donde se hallaba la corte, la emperatriz en persona le servía en la mesa. Martín fue el gran debelador de la superstición pagana; abatió las encinas sagradas de los drui-

das, pero también combatió, como San Agustín, los yerros y las supersticiones en que caían los propios cristianos. Sulpicio Severo cuenta que, cerca del monasterio, había un altar en honor de un mártir. Algo preocupado San Martín acerca de su autenticidad, rogó al Señor que le revelase quien era el que allí estaba enterrado. Después de rezar con gran fervor, San Martín levantó la cabeza y vio ante sí el espectro del muerto, mandado por Dios para decirle que había sido bandolero y decapitado por no tener nada de santo. Por consiguiente, el obispo ordenó demoler aquella tumba y convenció al pueblo de su error.

La vida de San Martín está llena de fervor monástico, pero sin el prurito de ascetismo que caracterizaba a los monjes egipcios. Nos encontramos ahora con que el romanticismo místico va tomando necesariamente un aspecto más práctico trasplantado a Occidente. Por desgracia, San Martín murió sin dejar una regla escrita que sirviera para las otras comunidades que fueron estableciéndose en la Galia. Las más importantes son las del sur de Francia, en la isla de Lerins y en Marsella. Pero, ¿no es Marsella también la puerta de Oriente?

En una de las islas a la vista de Cannes, un noble romano de familia consular, San Honorato, fundó a principios del siglo v el monasterio de Lerins. San Honorato, dice su discípulo y biógrafo, era un padre, una familia, una patria para sus monjes. En el cenobio de Lerins se vivía realmente en comunidad, la verdadera comunidad de pensamiento y amor, que hace milagros. En este monasterio de la Provenza se renuevan los prodigios de austeridad de la Tebaida. De él saldrán, como de un seminario, obispos y santos que extenderán la fe y la civilización por toda la Galia, Irlanda e Inglaterra. Con el tiempo será una célebre escuela de teología y filosofía cristianas; el *Commonitorium* o regla de Vicente de Lerins contiene fórmulas afortunadas de doctrina católica, que la Iglesia adoptará para siempre. De los monjes de Lerins, empero, salió el semipelagianismo, que si por un lado prolongó un tiempo todavía el error condenado de Pelagio con nuevas controversias, ayudó, no obstante, a que fuese moderado el sentido demasiado absoluto de algunas fórmulas con que San Agustín, en su ardor contra la herejía, expuso el poder de la gracia.

Algo más tarde, otro oriental, Casiano *(de natione scytha)*, fundó el famoso cenobio de San Víctor, de Marsella. Casiano es ya realmente un fundador, y ha sido llamado, con razón, legislador de la vida monástica. Además de un libro muy razonable contra Nestorio, en el que de soslayo introdujo también la cuestión pelagiana, escribió dos libros maravillosos acerca de la vida de



Monasterio de San Dionisio, en el monte Athos.

los monjes. Casiano, para enterarse *de visu* pasó a Palestina y Egipto. En uno de aquéllos, el titulado *Collationes,* o *Conferencias,* nos da casi al dictado las conversaciones que sostuvo con los prelados egipcios; tiene por objeto todo lo que se refiere a la vida interior de los monjes. El otro, llamado *Instituta,* contiene instrucciones y recomendaciones derivadas de sus visitas a los monasterios orientales y está dedicado a exponer cuestiones de disciplina de los monasterios. Es curioso que Casiano considera como una de las virtudes del monje la discreción. Cita ejemplos de monjes, egipcios naturalmente, que se condenaron por pedir demasiado; dice de uno de ellos que llegó a creer que había adquirido tanta santidad, que pensó que podía tirarse dentro de un pozo sin hacerse daño alguno.

Conatos de vida monástica aparecieron también en España, y hasta algunos fundadores de cenobios escribieron *Reglas.* La de San Valerio, en el Bierzo, es otro interesante esfuerzo para encauzar el misticismo ascético que también se dejaba sentir en la Península Ibérica. Un ejemplo de los peligros que había en no organizar el ascetismo, en España, fue la dolorosa experiencia de Prisciliano y sus secuaces; en cambio, en España, y en la misma ciudad de Barcelona, San Paulino de Nola abandonó el mundo agitado y sus empleos, para recluirse en vida monástica al lado del sepulcro de San Félix, cerca de Nápoles.

Puerta del monasterio de Gehart, en Armenia.



Pero el que se menciona siempre en la historia del monaquismo cristiano como espíritu intermedio entre Occidente y Oriente es San Jerónimo. La patria de este santo fue Estridón, en las costas del Adriático, aunque pronto se convirtió en una figura internacional; él mismo se define: *Filósofo, retórico, gramático, dialéctico, trilingüe...* ¡Qué profesiones, especialmente la de dialéctico, que en el caso de Jerónimo a veces significa polemista, pendenciero y batallador! Lo de trilingüe será porque conocía a la perfección el latín, el griego y el hebreo. La gramática la estudió en Roma con Donato, autor de un célebre tratado de gramática latina. San Jerónimo debió de nacer hacia el año 340, se hizo bautizar hacia el 365 y poco después, en el desierto de Calcidia, donde hacía penitencia, tuvo su celebradísimo sueño, durante el cual se creyó transportado en espíritu ante el tribunal del Juez Supremo. «Y una voz me preguntó quién era. — Soy cristiano, respondí. — *Mentiris, Ciceronianus es, non Christianus,* replicó el Soberano Juez. Tú eres un ciceroniano y no un cristiano. Donde está tu tesoro, allí está tu corazón.» Esto le decidió: «¿Qué tienen que ver Cristo con Belial, los Salmos con Horacio, los Evangelios con Virgilio? No podemos beber la copa del Señor y la de los demonios al mismo tiempo.» De aquí su magna obra, la traducción latina de la Biblia por San Jerónimo, que es la llamada *Vulgata,* o corriente, en la Iglesia católica.

Pero lo que más nos interesa ahora de



Monasterio de Santa Escolástica, hermana de San Benito, en Subiaco, Italia.

San Jerónimo es su intervención en fomentar el ideal monástico en Occidente. Jerónimo era, por naturaleza y convicción, un monje del tipo itinerante. El 380 estaba en Constantinopla, el 382 volvió a Roma, donde actuó como consejero y secretario del papa Dámaso. Este cargo le puso en relación con lo mejor de la sociedad romana, y de ello se aprovechó para decidir a muchas almas vacilantes a aceptar su dirección y proyectos de un casi monasticismo.

La mayoría de los patricios convertidos por San Jerónimo eran mujeres; viudas como Marcela, Albina, Furia, Salvina, Fabiola, Melania y Paula, o vírgenes como Eustaquia, Apela, Marcelina, Asela, Felicidad y Demetria. Para ellas, Jerónimo no sólo era el confesor y el santo, sino el sabio, el oráculo y el escritor que debía inmortalizarlas con sus cartas y biografías. A veces exagera algo; por ejemplo, a Paula la llama *suegra de Dios,* porque su hija se había desposado con Cristo. Sin embargo, cuando Santa Paula murió, San Jerónimo, en su epitafio, recordó que ella era descendiente de los Gracos, de Escipión y hasta de Agamenón... ¡Ciceroniano todavía!

Con todo, influidos por San Jerónimo, muchos patricios romanos vendieron sus haciendas y marcharon al desierto; él mismo, con la citada Santa Paula y su hija Eustaquia, partió para Oriente el año 385 y ya no regresó. Tras un período de aprendizaje monástico en Egipto, la piadosa familia acabó por establecerse en Belén, donde Paula fundó un monasterio para mujeres y Jerónimo otro para hombres. Desde allí continuó escribiendo a sus amigos de Roma, interviniendo en todas las disputas, sufriendo ataques teológicos y literarios, y por fin una invasión de monjes pelagianos, que le quemaron el convento, etc. ¡Qué alma tan diferente de la de San Basilio!, pero ¡qué grande también, pese a su exceso de celo muchas veces!

De todo lo dicho se desprende que el Occidente necesitaba de un *fundador* para regular tantos experimentos privados de vida monástica. Hacia el año 480, más de un siglo después que San Basilio, nació Benito

de Norcia, *Benedictus,* que quiere decir Bendito, y a quien la Humanidad bendice todavía con unánime veneración. Benito era de la noble familia de los Anicios, de la ciudad de Norcia, en Umbría, la misma tierra en que debía nacer más tarde San Francisco de Asís. Siendo muchacho, fue enviado a Roma para estudiar, pero ya a la edad de quince años huyó a Subiaco para hacerse ermitaño. En una cueva de Subiaco, en la garganta que hace allá el río Aniene, Benito, joven todavía, sufrió las tentaciones de la carne. Vivía de lo que, por caridad, le llevaban los pastores. Pronto se le asociaron otros monjes, y como el sitio no era muy a propósito (acaso demasiado cerca de Roma), la gente del país comenzó a molestar a los ermitaños. El peor enemigo de San Benito en su primera etapa de vida monástica en Subiaco fue un clérigo, un enemigo eclesiástico, como los que tenía San Martín. Tan molesto se hizo el clérigo, que los monjes decidieron emigrar más al Sur, buscando la soledad tan deseada.

El lugar escogido fue un espolón montañoso del Apenino a mitad del camino que de Roma se dirige a Nápoles. Allí había existido un templo dedicado a Apolo, cuyas piedras ruinosas aprovechó San Benito para su monasterio. Desde el año 529, en que el santo se instaló en aquel paraje, llamado Montecassino, se ha convertido en verdad en lugar sagrado; empero, el fundador vivió en Montecassino sólo dieciocho años, pues murió en el de 547, dícese que estando de pie, después de haber recibido la comunión y rodeado de sus monjes.

Pero no es su muerte admirable, ni su vida milagrosa lo que ha inmortalizado a San Benito; lo que produce todavía en todos los hombres civilizados tanta sensación de gratitud es un librito de pocas páginas, la *Regla,* que es todo lo que escribió el fundador. ¿Por qué? Porque la *Regla benedictina* no es un centón ambiguo de recomendaciones, como las *Instituta* de Casiano; no son enseñanzas dispersas, como las de las *Reglas* de Basilio, sino algo mucho más breve, práctico, casi inevitable. San Benito recuerda y recomienda la lectura de las reglas de *nuestro santo Padre Basilio;* se ve que él se aprovecha de experiencias anteriores, alumbra con luz que ha encendido en las antorchas de Pacomio, Basilio, Jerónimo, Casiano y Agustín, pero su Regla no es un esfuerzo de erudito, sino la obra de un creyente. Tiene, además, la elocuencia y la concisión de todas las obras inspiradas.

Empieza así: «Escuchad, oh hijos, la voz del Maestro, y recibid alegres las amonestaciones de un Padre piadoso, para que, por la obediencia, podáis volver a Aquel de quien os habéis separado por negligencia o desobediencia...» ¡Qué acento paternal tan dulce ya desde el principio! Acaso es sólo negligencia, no hay que desesperar. Algo más adelante dice del *abad* o superior: «Será digno de regir un monasterio aquel que recuerde que el nombre de *abad* quiere decir *padre* y lo pruebe con sus actos...» Y a esto siguen varias recomendaciones al abad: que sea justo, estricto y hábil. Por ejemplo, a los discípulos avanzados debe exponerles los mandamientos de Dios con textos, con palabras; a los discípulos sencillos y atrasados debe inculcarles los preceptos divinos con sus actos, sin mucha doctrina. San Benito recuerda las palabras de San Pablo: el abad debe *corregir, condenar, exhortar;* pero, cosa menos extraña en aquellas duras edades, hallamos todavía en la *Regla* de San Benito el uso de las disciplinas para casos de contumaz rebeldía. «¿Por ventura — dice — no leemos en los *Proverbios* de Salomón: — Pega a tu hijo con bastón y así salvarás su alma de la muerte?»

La *Regla* de San Benito dispone que el abad convoque a todos los monjes del monasterio para consultarles en casos extraordinarios. «Pero, después de escuchar la opinión de sus hermanos, el abad decidirá lo que crea más oportuno.» En cambio, «todos los monjes deben ser convocados para dar consejo, porque a veces el Señor revela al más joven lo que es más conveniente para la comunidad». He aquí la democracia tan temida de San Basilio, con su abad responsable y una asamblea puramente consulti-



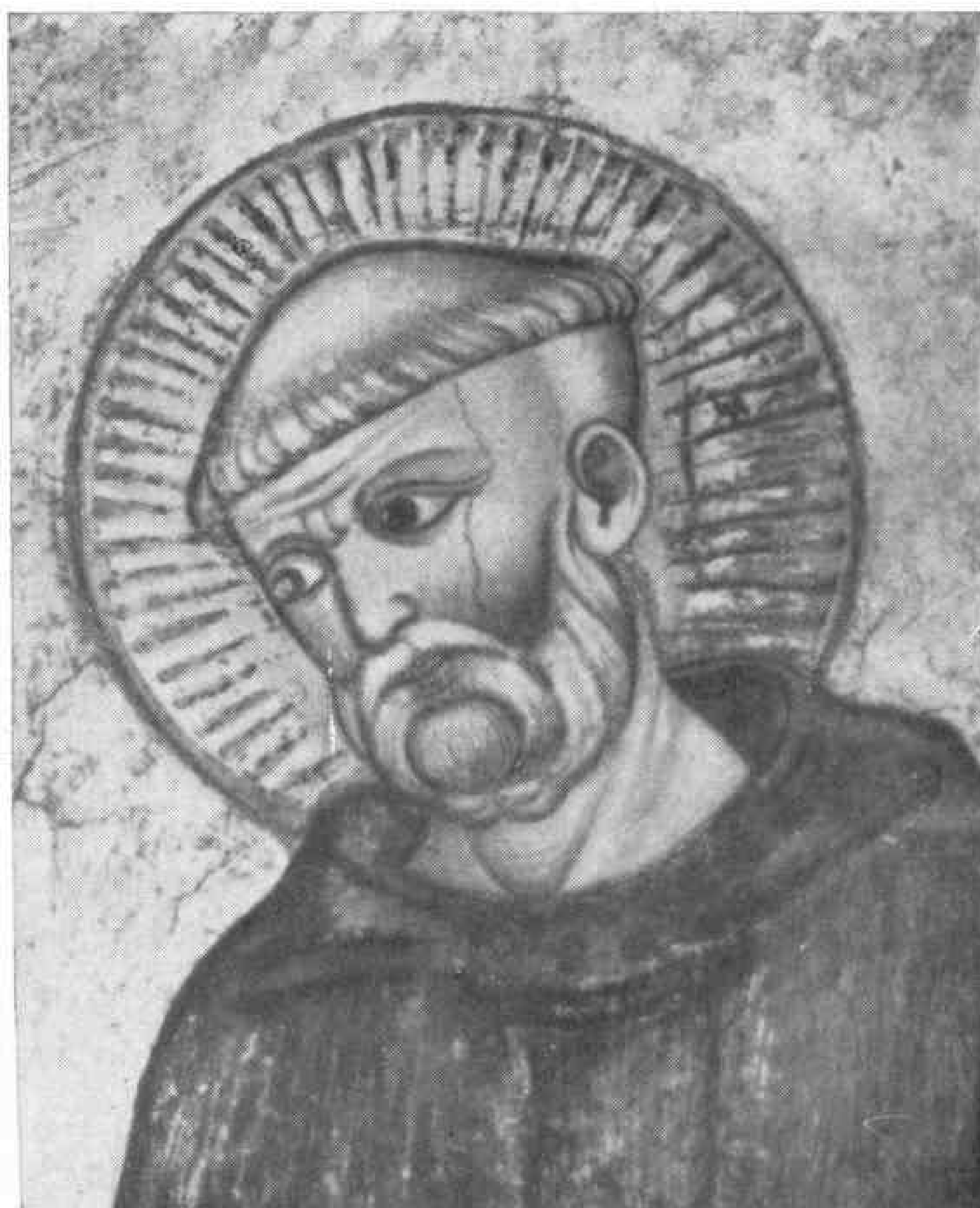
Abadía de San Miguel. Monticchio. Italia.

va, que nombra a su presidente o abad. Sin embargo, la regla añade que, «en el caso de elegir la congregación un abad incapaz, el obispo de la diócesis donde se halle el monasterio, o los abades de monasterios vecinos, pueden nombrar a un procurador digno de regir la casa de Dios».

Las virtudes propias de los monjes son las universales para toda la cristiandad, pero además se recomiendan la obediencia, el silencio y la humildad. Los servicios divinos, el *Opus Dei,* según los llamaba San Benito, se regulan estrictamente con los salmos y cánticos que hay que rezar para cada hora del día. Nada se deja sin precisar, se insiste varias veces en que el canto debe ser llano, y hasta hay un artículo especial acerca del modo de cantar, «porque si creemos en la presencia divina, y que los ojos del Señor miran todo lo que es bueno o malo, mucho más debemos creerle presente en la hora de servirle». Las melodías usadas eran las del tipo llamado canto gregoriano. Un artículo de la Regla insiste en que los monjes benedictinos no deben tener nada de propiedad personal. Han de dormir en camas separadas, pero todos en la misma sala, con una vela encendida toda la noche en el dormitorio. Los jóvenes dormirán alternados con los más viejos y todos vestidos, con los cinturones puestos, para que, al sonar la señal, puedan acudir sin dilación a los servicios. La comida consistirá en dos platos ligeros, y si es posible obtener manzanas y verduras, se añadirán éstas a los dos platos reglamentarios; pero nada de carne, excepto para los débiles o enfermos. Con cierta vacilación, San Benito concede un cuartillo de vino diario a sus monjes. «Pero los que se abstengan, encontrarán su recompensa.» Respecto al trabajo manual, la regla de San Benito señala el número de horas según las estaciones, y en otro artículo hace hincapié en que, a los artistas que

pueda haber en el monasterio, se les permitirá practicar su arte si lo hacen con humildad. Estos venderán sus obras por cuenta del monasterio, pero cuidando siempre de pedir por ellas algo menos de lo que piden los laicos o seglares por las suyas, «para que Dios sea glorificado en esto como en todas las cosas».

La participación de los monjes basilios y benedictinos en el arte y la cultura de la Edad Media no hace falta recordarla ahora; ellos salvaron los textos clásicos en las bibliotecas monacales, y con sus establecimientos y granjas roturaron grandes extensiones de la Europa Occidental. Su actuación respecto al progreso científico queda fijada por estas frases de San Basilio: «Todo hombre razonable convendrá en que, de los bienes a nuestro alcance, la ciencia es el principal. Y no me refiero a esta ciencia más noble, que es la nuestra (la ciencia divina), sino a la ciencia exterior, que muchos cristianos desprecian como pérfida, dañosa y propia para alejarnos de Dios. De ésta hemos conservado lo que concierne al conocimiento y contemplación de lo verdadero. El saber no es, pues, merecedor de ser condenado, como a algunos les place decir; los que sostienen esto son, por el contrario, ciegos e ignorantes, que quisieran que todo el mundo se les pareciese, para ocultar entre la masa su insuficiencia personal.» Y de éstos existen todavía en nuestros tiempos muchos que ni tienen la excusa de decir, como San Antonio, que su libro es la Creación y que leen con los ojos del alma.



San Benito. Iglesia del Sacro Speco. Subiaco. Italia.



Mosaico en el ábside de la iglesia de Santa Inés en Roma. La Santa entre el papa Símaco (514) y el papa Honorio (635).

15 FORMACION DEL ESTADO PONTIFICIO. SAN GREGORIO MAGNO

A la muerte de Teodorico, los ostrogodos, que habían conseguido formar un reino ligado al Imperio bizantino y estaban casi romanizados, no lograron mantener la posición alcanzada con su gran caudillo, y fueron aniquilados por los ejércitos enviados desde Constantinopla para recabar la completa autoridad imperial sobre toda Italia. Por algunos años, la administración de la península y de las islas se dirigió desde la nueva capital Ravena, donde había establecido su corte Teodorico. Fue un período de paz: *erat tota Italia gaudens,* como dice un cronista de la época. Pero duró pocos años: la horda longobarda vino a sobreponerse al régimen semicivilizado de los ostrogodos. Ya hemos dicho que el caudillo de la nación longobarda, Alboíno, estableció a su sobrino Gisulfo como primer duque del territorio del Friul, al pie de los Alpes, que acababan de atravesar. Alboíno, con el resto de su gente fue avanzando; ocupó a Milán, que le abrió las puertas, y fijó su capital en la vecina Monza, donde Teodorico había construido un palacio. Monza quedó como sede de la monarquía longobarda, sin que el exarca o gobernador bizantino se atreviera a atacarle desde Ravena. Pero otros destacamentos del enjambre longobardo fundaron ducados casi independientes en otras regiones de la península, con poca sujeción al monarca de Monza y menos aún al gobernador de Ravena, siempre enviado por Constantinopla.

La situación de Italia ocupada por los longobardos fue muy diferente de la de Ita-

lia bajo los ostrogodos y regida por Teodorico. Este se había educado como rehén en Constantinopla y desde joven había admirado la cultura antigua, romano-bizantina; en cambio, lo poco que Alboíno y sus sucesores en Monza absorbieron de la civilización clásica lo recibieron estando ya en Italia. Entre los ducados longobardos quedó casi intacta Roma y la región circundante del Lazio, que ni ostrogodos ni longobardos osaron ocupar. Teodorico fue a Roma, y en su estancia en ella, que duró tres meses, admiró la grandeza de la gran metrópoli y vivió todavía en el palacio de los césares en el Palatino. En cambio, cuando destacamentos de longobardos entraron en Roma, ya no hicieron más que daño a las ruinas que aún se mantenían en pie.

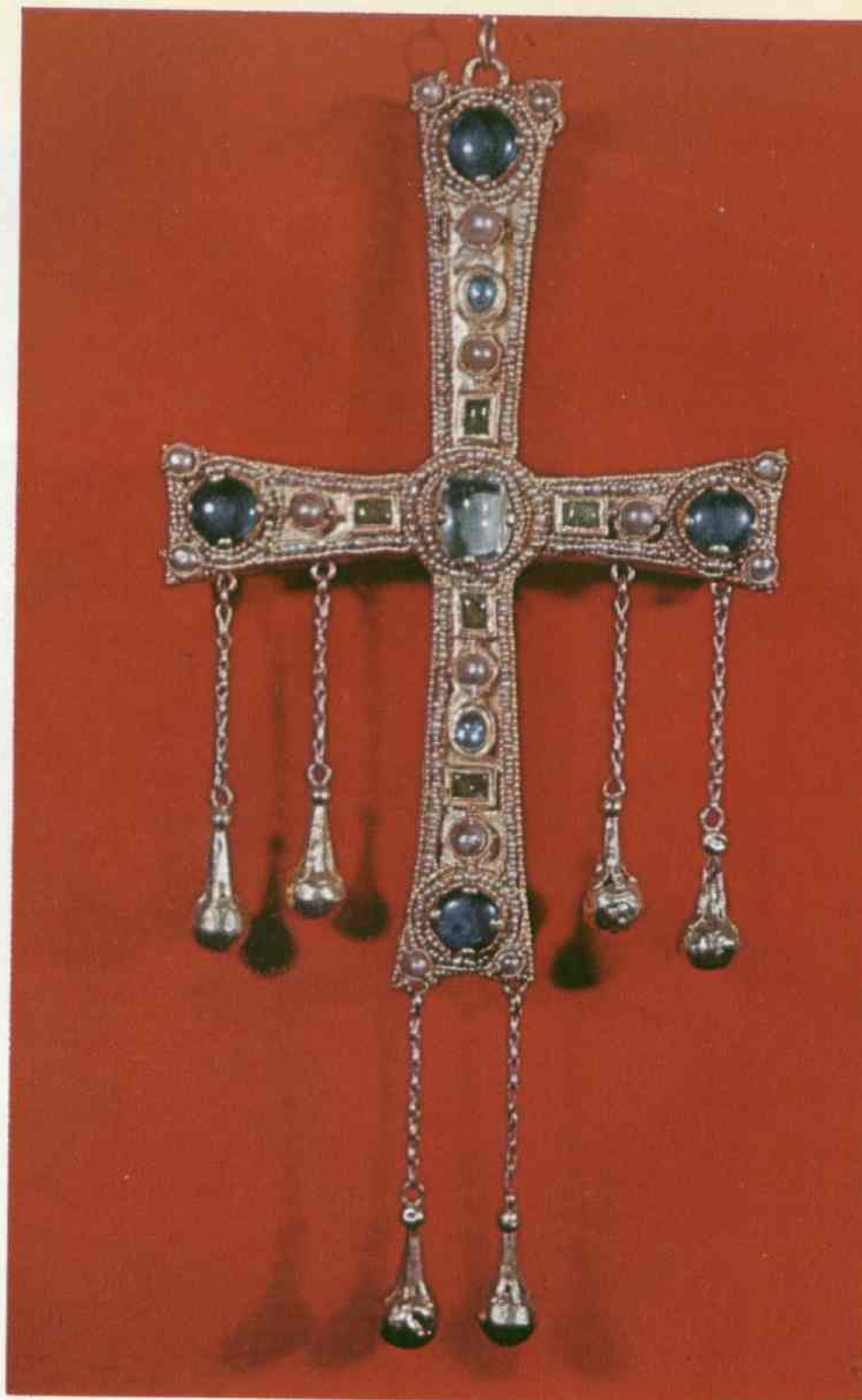
La ciudad de Roma quedó con un régimen que pretendía continuar el gobierno de la época imperial. Había una sombra de senado con sus cónsules, nombrados por un *prefectus urbis;* éste a la vez estaba vigilado por el *magister militum* o jefe militar, enviado por Constantinopla, y todo supeditado, más o menos en apariencia, al exarca o gobernador de Ravena, que se extendía directamente con el emperador. Los duques longobardos, en plena posesión de los territorios que se habían adjudicado, dejaban a los escasos ciudadanos que quedaban en Roma que continuaran su vida a la manera clásica, contribuyendo sólo con un mínimo de servicios y algunas cantidades en metálico.

Favorecía un estado de tolerable paz el que los longobardos, que eran arrianos, no pretendieran intervenir en los asuntos religiosos. La Iglesia mantenía su división de diócesis y los obispos eran, sin intervención de nadie, nombrados por el Papa. Toda



La gallina de oro. Alusión a la reina longobarda Teodelinda, rodeada de polluelos, que representan los ducados.

Cruz de Agilulfo. Siglo VI.
(Tesoro de la catedral de Monza.)



la red del episcopado católico reconocía la suprema autoridad del obispo de Roma, en quien se veía sin discusión al sucesor del apóstol San Pedro.

La supremacía apostólica y casi política de Roma se confirmó por la gran personalidad del papa San Gregorio. Este fue el verdadero fundador del Estado pontificio, imponiendo por sus méritos la autoridad universal no sólo en Italia, sino en todo el Occidente de Europa. Era de antigua familia patricia y sus antepasados habían participado en el gobierno municipal de Roma. Pero, aunque fue por algún tiempo *prefectus urbis,* Gregorio no tenía deseos de asumir responsabilidades políticas. Después de una educación que fue lo más esmerada posible en la Roma decaída de fines del siglo VI, Gregorio prefirió concentrarse en la contemplación y el estudio, escogiendo para su retiro la heredad paterna en el montículo que avanza entre el Capitolio y el Quirinal: el Clivo Scauro. Allí fundó un monasterio que todavía subsiste. Pero el papa Pelagio II (579 a 590) le ordenó a Gregorio que fuera a Constantinopla como *apocrisiario* o su representante en la corte imperial.

En Constantinopla, Gregorio pudo apreciar un gobierno mucho más complejo que el que había tenido ocasión de observar cuando era un magistrado de la *república* romana, gobierno que contrastaba más aún con el despotismo de los duques longobardos. En aquella ciudad, que era entonces la capital del mundo, vivía en el palacio Placidio, dedicado a residencia privada del apocrisiario. Gregorio, al llegar, no conocía el griego, que era la lengua de la mayoría de los habitantes de Constantinopla; pero en el Palacio Sagrado se hablaba todavía latín y Gregorio pudo establecer buena amistad con muchos de los funcionarios y grandes personajes de la corte. En la colección de sus cartas, todas en latín, hay muchas para los personajes y magistrados de la corte imperial. Uno de ellos era San Leandro, hermano de San Isidoro de Sevilla, que estaba entonces en Constantinopla para contribuir a la conversión de los visigodos todavía arrianos.

A la muerte de Pelagio II, el apocrisiario tuvo que abandonar a Constantinopla para ir a Roma y allí fue aclamado como papa por el pueblo, que conservaba recuerdo de su caridad y de sus virtudes. En seguida Gregorio trató de poner orden en la administración del gobierno eclesiástico



Corona de hierro de los longobardos. Un anillo de puro hierro en el interior (que se creía hecho con uno de los clavos de la Pasión), rodeado de un círculo de oro con pedrerías. Tesoro de Monza.

nombrando un *vicedominus,* especie de vicario, como en los monasterios había un *prepositus* para ayudar al abad. El vicedominus tenía a su cargo los servicios domésticos del palacio. Fue nombrado en presencia de notarios y de todo el clero, en la *basílica áurea,* dedicada entonces al Salvador y después a San Juan de Letrán. Gregorio escogió para este cargo no a un clérigo de categoría, sino a un simple diácono llamado Anatolio. En las ceremonias, a pie o a caballo, iba directamente delante del Papa. Tenía confiada la intendencia soberana del *episcopium,* que era el nombre que se daba entonces al conjunto del palacio. Posteriormente se llamó el *patriarcado.* Al servicio del Papa se encontraban también muchos laicos que formaban coros para cantar en la misa pontifical; Gregorio los substituyó por clérigos o monjes. Se atribuye a esta disposición el principio de la música sacra gregoriana.

La jerarquía eclesiástica, con la autoridad indiscutible del obispo de Roma, fue propuesta por el papa Esteban (254-257); discutida por San Cipriano, fue confirmada en dos concilios (Sárdica-Sofía en 343 y Calcedonia en 451) e impuesta sin discusión por el papa León el Grande para terminar de una vez con el peligro de que fuera jefe absoluto de la cristiandad el patriarca de Constantinopla. San Gregorio ejerció su cargo con tal voluntad y juicio, que acabó por ser reconocido por todos los obispos del Occidente. Para establecer sus derechos compuso un tratado, *De regula pastoralis,* en que expuso las cualidades que deben caracterizar a los obispos y los métodos del justo gobierno episcopal, condenando sobre todo la simonía, o sea el comprar y vender cargos eclesiásticos. La *Regula pastoralis* obtuvo muchísimo éxito en el episcopado de la época y fue traducida al griego en Constantinopla, lo cual pone de manifiesto la autoridad que entonces iba adquiriendo la sede de Roma.

Casi simultáneamente el Papa escribió un libro de carácter teológico a instancias de su amigo San Leandro. Trata de explicar de manera simbólica el texto de Job en la Biblia. San Gregorio se excusa en el prólogo, en forma de carta a San Leandro, de no tener un estilo literario gramaticalmente perfecto, sino de haber atendido a su inspiración. Se estableció la leyenda de que una paloma iba dictándole el texto junto a su oído. El libro *De Moralia* o comentario del de Job, escrito para satisfacer el deseo de San Leandro, y el prólogo que le precede, son muestras del buen afecto que conser-

vaba San Gregorio hacia el obispo de Sevilla. El resultado de esta correspondencia fue la abjuración del arrianismo de Recaredo y de toda la nación visigoda. De esta manera, San Gregorio contribuía a la unificación del cristianismo haciéndolo cada vez más romano.

Quedaban, sin embargo, en el centro del mundo clásico los invasores longobardos que mantenían el arrianismo. Para ayudar a su conversión, San Gregorio compuso el tercero de sus libros, acumulando ejemplos de milagros que habían hecho y todavía hacían los devotos católicos. El libro, de carácter popular, trata de reunir los casos de sucesos extraordinarios que ha presenciado o le han explicado al Papa. Ocurrieron por intercesión de santas personas, algunas humildísimas. Nada parecido pueden presentar los herejes arrianos. El libro

mediterráneo



San Gregorio recibiendo el dictado de una paloma para escribir el libro *De Moralia* o explicación del libro de Job. (Museo de Arte Industrial. Viena.)

fue escrito en forma de *Diálogos* del Santo y su diácono Pedro, que le pide le cuente lo que sabe de hechos milagrosos. Empieza así: «Un día que estaba agobiado por las demandas de muchos feligreses laicos que habían pedido que les hiciera pagar deudas que yo no creía que fueran justas, se me presenta mi fiel diácono que, viendo la angustia que llenaba mi corazón, me dijo: — ¿Es que tienes alguna pena mayor que las que te afligen de costumbre?»... Y aquí continúa con una sarta de relatos de hechos milagrosos, algunos de ellos casi inexplicables. Así por ejemplo:

«Había en el monasterio de Clivo Scauro un monje que tenía capacidad como médico. Al morir declaró a un hermano que había cobrado por sus curas (contra la regla) y que conservaba tres monedas de oro. El monje-curandero fue enterrado con su oro en un montón de basura. Al enterarse San Gregorio del castigo, creyó que era excesivo y ordenó que se hicieran exequias solemnes al muerto durante treinta días. Al terminar este plazo, el difunto se apareció a su hermano diciendo que había sufrido grandes penas, pero que aquel día habían acabado.»

Con tales historietas que cuenta Gregorio



Catedral de Aquilea, sede del patriarca católico del Friul.



Interior de la catedral de Aquilea.

a su diácono Pedro — que nos parecen sobremanera ingenuas — termina la actividad literaria del gran Papa. No pueden compararse con los escritos de San Agustín, San Cipriano, San Leandro. No pretenden imponer un dogma o hacer teología; son como picotazos de la gallina católica a la tortuga arriana. Pero con su correspondencia y su actividad incesante contribuyó a dos obras que han hecho que se le considere como un bienhechor de la humanidad. Una fue la organización del Estado pontificio como una gran monarquía con inmensas posesiones. La otra es la evangelización de Inglaterra, de que hablaremos al final de este capítulo.

Los bienes de la Iglesia romana eran los que se habían reunido por concesiones imperiales después de Constantino, por herencia o por abandono de los grandes terratenientes. Eran predios autónomos, que el Papa logró beneficiar enviando a aquellos

Abjuración de Recaredo de la herejía arriana en Toledo. Palacio del Senado. Madrid.

lugares remotos, como Sicilia, unos apoderados llamados *rectores*. Cada uno tenía que jurar sobre el sepulcro de San Pedro, antes de partir para su destino, que administraría según las órdenes recibidas del Papa, las llamadas *capitularia*.

En cada propiedad el rector establecía sus gerentes —*conductores*—. El rector había aportado de Roma un personal de diáconos, notarios, inspectores o *defensores*. Era un sistema de intervención con el que se obtenía una contabilidad casi perfecta. Los colonos o cultivadores tenían derecho de apelar contra la injusticia al rector y hasta al Papa. Con este régimen logró San Gregorio acumular recursos enormes y hacer frente a las necesidades de los católicos con limosnas y pagar las imposiciones de los duques longobardos.

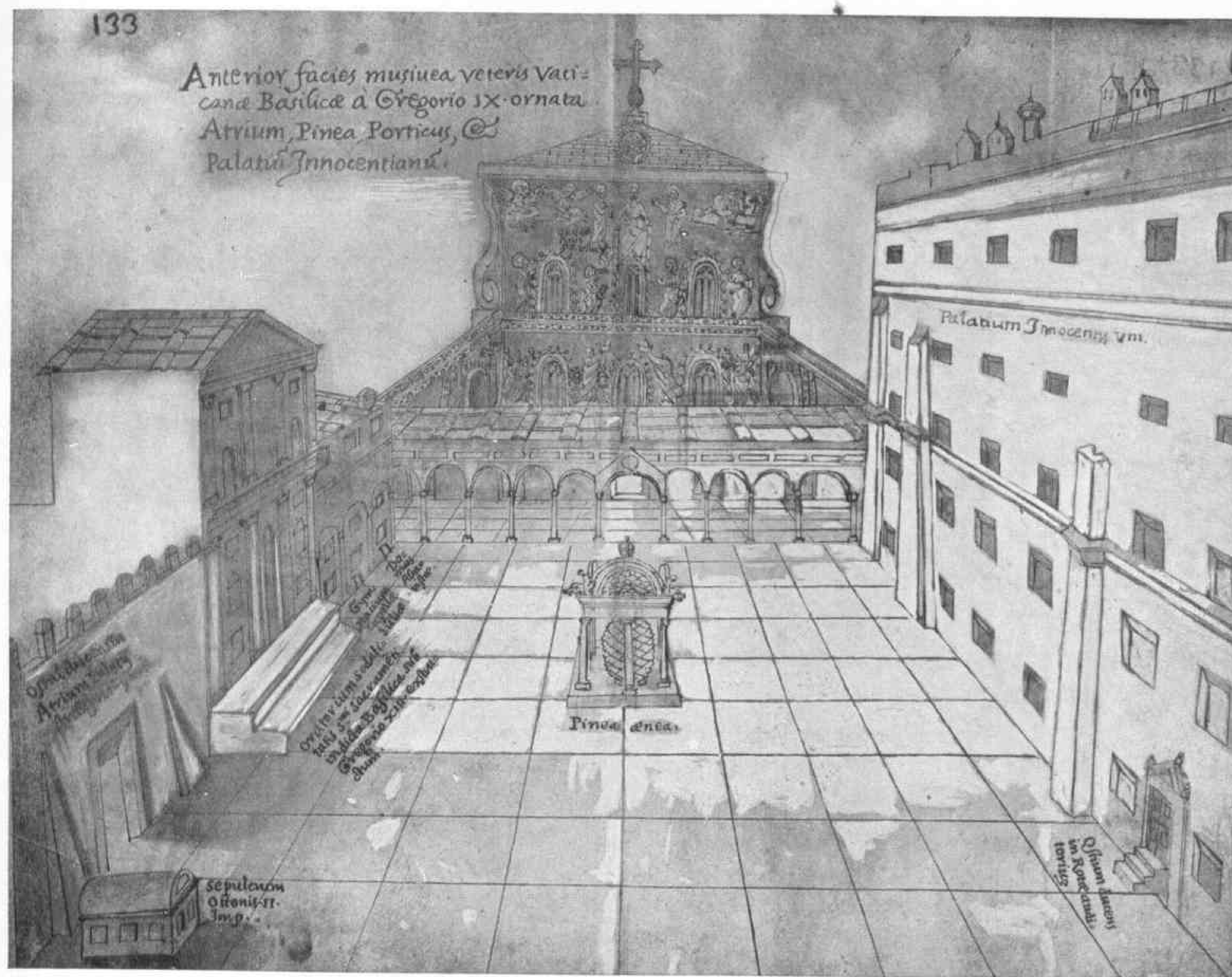
Por fin, hay que explicar las iniciativas en la evangelización de Inglaterra. La Gran Bretaña había visto llegar las primeras misiones católicas cuando era todavía una



Caricatura del diablo arriano.

provincia imperial romana. Pero al retirarse las legiones, los misioneros católicos abandonaron la obra de conversión comenzada y los anglosajones cayeron en un paganismo de carácter prehistórico, con los cultos primitivos de piedras y árboles sagrados que procuraban beneficios. Otro intento de penetración de las ideas cristianas lo habían iniciado los monjes celtas de Irlanda. Estos conservaban algo de los antiguos cultos de la nación celta; habían fundado monasterios en Inglaterra, aunque fuera con un catolicismo algo peculiar. No podían ni querían considerarse como católicos romanos. San Gregorio, evidente conocedor de la situación de la gran isla, siendo los anglos y sajones todavía paganos y los celtas adoctrinados en el rito irlandés como disidentes, determinó enviar misioneros de la Iglesia pontificia.

Escogió doce monjes de su monasterio en Clivo Scauro y envió con un jefe o capitán a la pequeña hueste de misioneros a Inglaterra. Entonces la Gran Bretaña estaba dividida en pequeños Estados independientes y todos adictos a cultos locales paganos. Pero en Essex, en la desembocadura del Támesis, la reina, de origen francés y por tanto católica, practicaba con autorización del marido el rito católico en una pequeña capilla que fue el origen de la diócesis metropolitana de Canterbury. Allí se instalaron los



Patio delante del Palacio y la Basílica Vaticana, donde fue enterrado San Gregorio.

monjes misioneros enviados por San Gregorio. El rey, inspirado por su esposa, se convirtió, y a su ejemplo, lo mismo hicieron los reyezuelos vecinos.

La más grave dificultad fue la de cooperar con los monjes celtas ya establecidos allí, que contaban con importantes centros de cultura y estaban aferrados a las tradiciones de la iglesia de Irlanda. Parecen hoy de poca monta, como la fecha de la Pascua, la tonsura, el hábito o sayal de franjas coloreadas... pero los católicos llegados de Roma no quisieron transigir con estas particularidades y hubo que convocar un sínodo o concilio local en Whitby, un lugar neutral donde acabó por aceptarse la manera romana.

El pontificado de San Gregorio había durado por espacio de quince años. Enfermo, casi inválido, en este lapso de tiempo había efectuado la organización del Estado pontificio, había conseguido la conversión de los visigodos y los anglosajones, y mantenido correspondencia con los monarcas francos y los patriarcas orientales. Los católicos le confieren el título de Grande porque reforzó el poder y el prestigio de los Papas, y haber extendido el catolicismo por todo el Occidente; en cambio, no ha sido tan admirado por los protestantes.



Fresco representando al patriarca Poppo acompañado de los santos patronos de Aquilea (1044).



Palacio de Cosroes II en Ctesifonte, o más bien apeadero de caza junto al Tigris.

16 LA PERSIA SASÁNIDA. EL SHAH-NAMAH DE FIRDUSI

Un siglo antes de que Constantino promulgara la libertad de cultos y estableciera la nueva capital en el Bósforo, se estaba fraguando un imperio que debía durar tres siglos al otro lado del Eufrates. Allí había mantenido prestigio y poder la coalición de los partos, que había producido serias dificultades a los últimos emperadores romanos. Pero en el ángulo más al sur de lo que había sido la Persia antigua, un gobernador de pura raza, que se consideraba sucesor de los descendientes de Darío, se rebelaba contra el gobierno o despotismo parto. Su nombre era Ardashir, que parece ser traducción o corrupción de Artajerjes. El abuelo de Ardashir se llamaba Sasán, y sólo sabemos de él que era sacerdote de Ahura-Mazda. En realidad fue Ardashir el que creó el Imperio sasánida, venciendo a Artabán, el último monarca parto, y declarándose su sucesor.

Ardashir impuso su autoridad a lo que quedaba todavía sujeto a los partos y suprimió la religión de los magos, que aqué-



Relieve en Tak-i-Bostán, representando la escena de pasar Ardashir la corona a su hijo Sapor, con Ahura-Mazda protegiéndole.

llos mantenían con otras muchas idolatrías propagadas desde Armenia. En cambio, dispuso como culto nacional el del fuego y la religión de Ahura-Mazda, señor de la Luz y la Verdad. Un relieve en Nash-i-Rustem, el acantilado cerca de Persépolis, muestra como Ahura-Mazda, a caballo, entrega la corona a Ardashir. Ambos pisotean a sus enemigos. El corcel de Ahura-Mazda pisotea a Arimán, el dios de las tinieblas y de la mentira, y el de Ardashir a Artabán, el último monarca parto.

El hijo de Ardashir extendió los límites del Imperio sasánida, que alcanzaron desde el Eufrates al Himalaya. Fue el gran Sapor I, que mandó continuar la compilación del texto sagrado, el Avesta, o lo que quedaba, muy mutilado después del incendio de Persépolis. Hizo que se le añadieran, traducidos al persa, fragmentos de tratados griegos de medicina, astronomía y metafísica. De este modo resultó, aumentado y mal traducido, el Zend-Avesta que conservamos actualmente.

Sapor construyó una nueva capital, que todavía se conserva en ruinas. Decidido a cumplir lo prometido a su padre Ardashir: vencer y obligar a entrar en la mar, o sea, a limpiar el Asia anterior de griegos y romanos, en una campaña llegó hasta Antioquía y, en 260, perseguido por el emperador Valeriano, lo venció e hizo prisionero. Valeriano sirvió de escabel al trono de Sapor, y cuando el emperador romano murió, todavía empajado sirvió de taburete al mismo monarca sasánida. Las campañas de Sapor lo llevaron a sojuzgar a Armenia y a extender la nueva Persia sasánida hasta la frontera de la India.

Los sucesores de Sapor fueron todos mediocres hasta que apareció Ormuz. Estableció nuevos tribunales de justicia para favorecer a los pobres, que muchas veces presidió él personalmente. Murió combatiendo a los árabes. Su hijo se significó por sus crueldades, que le costaron la vida. Los nobles impusieron como rey a su hijo, que no había nacido todavía. Confiados en

que sería varón, le llamaron, ya antes de nacer, Sapor II, y colocaron la corona en el vientre de la futura madre. El reinado de Sapor II fue el más largo de la historia de Asia, desde 309 a 379. Así que pudo, comenzó de nuevo las campañas de su abuelo. Cuando murió Sapor II, Persia estaba en el apogeo de su prosperidad.

Más tarde, en 531, aparece el primer Cosroes, que recibió el calificativo de *Gloria Bella*. Habiendo sospechado que sus hermanos conspiraban para suplantarle, los hizo matar, lo mismo que a los hijos de aquéllos, conservando sólo uno. Procopio, el historiador bizantino, que lo conoció, dice que era hábil en disimular, pero un escritor persa, Al-Tabarí, lo alaba por su inteligencia y prudencia. El primer Cosroes reorganizó el gobierno y se preocupó de dar una instrucción modelo a su sucesor. Estableció un ejército regular, construyó diques y canales para proveer a las ciudades de agua potable, cosa que ha sido siempre el problema de Persia. Impuso el matrimonio a los célibes para tener soldados en el ejército. Cuidó de los huérfanos de los pobres, manteniéndolos con el dinero del Tesoro. Reunió a filósofos y sabios de la India y Grecia. A veces discutían problemas de erudición: «¿Cuál es la mayor miseria?», preguntó Cosroes. Un filósofo griego dijo: «Llegar a la vejez pobre y tonto.» Un sabio indio dijo: «Conservar la inteligencia en un cuerpo enfermo.» Por último, el visir de Cosroes dio la respuesta más admirada: «Llegar a viejo sin haber practicado la virtud.» He aquí lo que se debatía en la cámara real de Cosroes, mientras en Bizancio los teólogos se enzarzaban en interminables disputas.

No eran sólo juegos de pensamiento las diversiones de los monarcas sasánidas. Su principal distracción era la caza de animales salvajes, que abundaban todavía en el desierto entre el Eufrates y el Tigris.

Toda la corte participaba en aquel deporte, a veces peligroso. Las princesas o hijas de magnates feudatarios eran compañía necesaria para los cazadores. Los monarcas sasánidas obligaban a que las jóvenes de las grandes familias se educaran en su harén. En la Persia sasánida, la principal escuela era la de montar a caballo y participar con toda la corte en descubrir las fieras que remataría el monarca. Algunos episodios de estas cacerías se representan en relieves de plata repujada de forma de taza. Es sorprendente la cantidad de estas joyas que se han conservado. Son el honor de los más importantes museos de Europa, pero en particular hay una colección asombrosa en el Ermitage, en Leningrado.

La comitiva de cazadores se repartía en parejas a caballo. La soledad del desierto originaba románticas aventuras. Se recordaban después en el folklore y se reproducían en miniaturas, platos metálicos y cerámicas. El más famoso es el episodio de Varahan y Azada. La favorita iba montada a la grupa. El monarca sasánida, encontrándose con un tropel de gacelas, las fue derribando sin detenerse a recoger las víctimas. Azada, la favorita, le criticó por su crueldad

Monedas de Ardashir y Sapor I. La inscripción de la cara dice: *Ardashir o Sapor, rey de reyes, adorador de Mazda.* En el reverso dice: *El Fuego de Ardashir o de Sapor.* Cabinet des Medailles. París.



y Varahan preguntó qué podía hacer a caballo, más que asestar golpes mortales. Azada le sugiere entonces cuatro cosas: Primera, que quite los cuernos a una gacela sin desmontar, lo que hace Vaharan con dos flechas; segunda, que haga salir los cuernos a una gacela joven, cosa que Vaharan consigue clavando dos flechas en la cabeza de uno de aquellos animales; tercera, que obligue a una gacela a andar con la mirada hacia atrás, lo que realiza clavando una oreja a la nuca con otra flecha, y cuarta, que una gacela ande con cinco patas; la quinta pata es otra flecha. Después, Vaharan, enojado de estas pruebas de habilidad inútil, se deshace de Azada tirándola del caballo.

Al regreso, después de un día de merodear y galopar por el desierto, los cazadores se reunían en uno de los refugios establecidos cerca del río. En la velada se contaban historias de los grandes monarcas de la dinastía, especialmente del fundador Ardashir, que era un personaje casi mitológico. Los consejos de Ardashir a su hijo Sapor se conservan todavía. Así, por ejemplo: «Un Estado no puede subsistir sin religión», «la suerte de un pueblo depende de la conducta de sus gobernantes», etc. Algunas de estas sentencias van intercaladas con textos árabes en las *Mil y una noches*. Su recitado se acompañaba con el laúd.

Otros monarcas sasánidas se hicieron célebres por su amor fiel a una favorita. Todos tenían harén numeroso, con bellezas escogidas en las diversas provincias de su vasto imperio, pero algunos fueron devotos de una sola mujer. Tal fue el caso de Cosroes, gran cazador y aun gran guerrero, entregado al amor de la bella Sirin. Esta era de una familia del Norte, probablemente armenia. Un día la vio bañándose en un ojo de agua del desierto el mejor escultor y, deseándola locamente, la pidió a Cosroes. Este consintió en regalársela si llegaba a perforar con un túnel la roca de Behistún, que impedía el paso de las aguas. El escultor trabajó durante años, día y noche, y cuando llegó a terminar el túnel, Cosroes le engañó diciéndole que Sirin había ya muerto. Entonces el escultor se lanzó desde lo alto de la roca y todavía, a veces, se oye el nombre de Sirin que el escultor gritaba al caer.

La poética leyenda de Sirin se completa con su muerte. La bella concubina quiso ver a su regio amante cuando ya era cadáver, pero se había envenenado de antemano y cayó muerta al contemplarlo. Así lo explica Firdusi en el *Shah-Namah* o Libro de los Reyes.

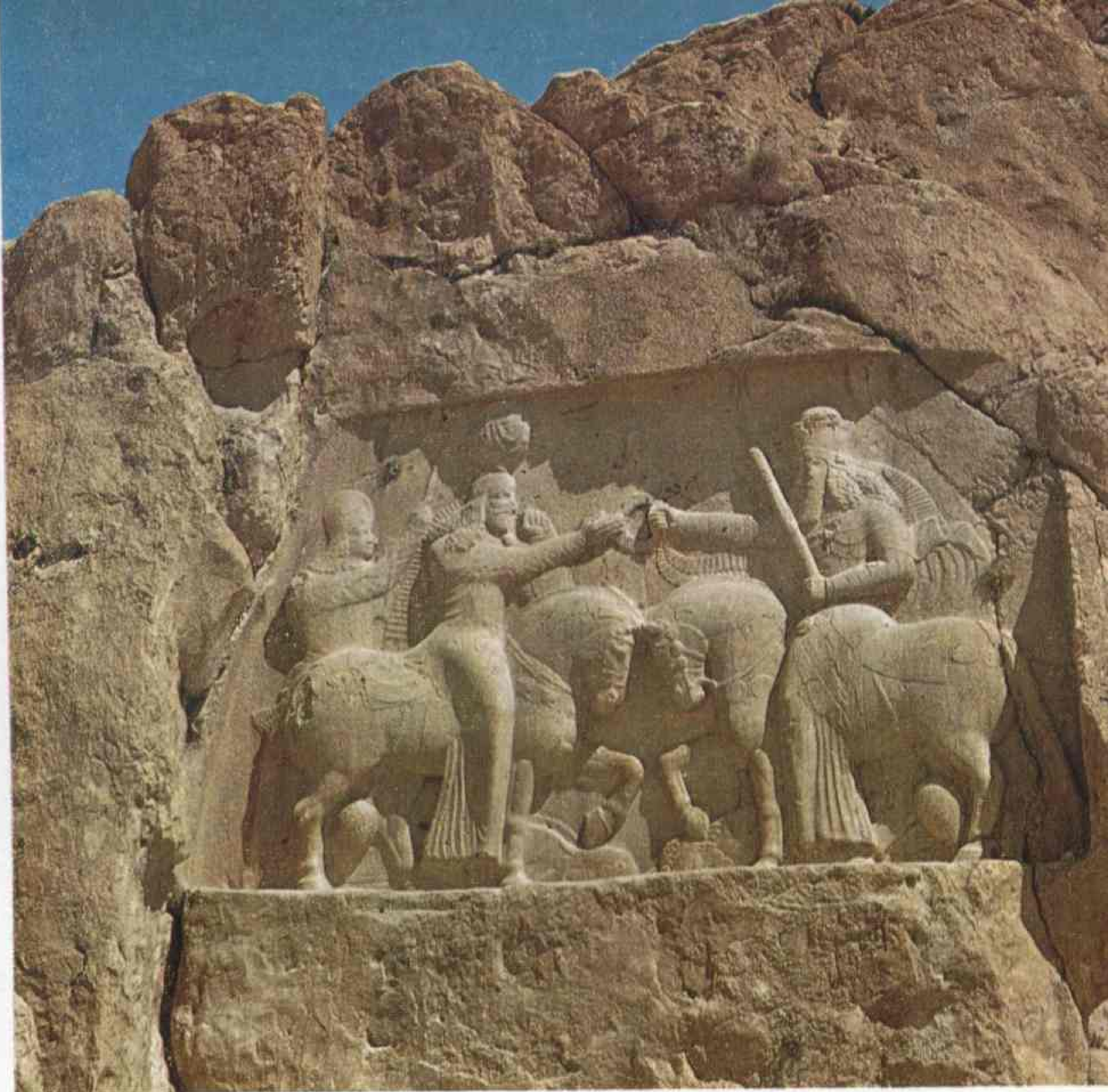
Cosroes II fue un gran cazador, cuyas hazañas cinegéticas están representadas en relieves junto al monumento tallado para su gloria en la roca. Allí está él mismo esculpido a caballo y empuñando una larga lanza, alusión a sus campañas. En una rápida razzia invadió a Siria, llegando hasta Jerusalén. De allí se llevó la más preciada reliquia de la cristiandad: la Vera Cruz, pero tuvo que devolverla al emperador Heraclio poco después. Heraclio, desde Constantinopla, repartió trozos del Santo Madero a las más importantes iglesias del Occidente.

Cosroes fue el constructor del gigantesco



Monarca sasánida cazando leones. Con la corona almenada y el parecido de Sapor I. Museo del Ermitage.

Ardashir, el primer rey de la dinastía sasánida, recibiendo la corona de Ahura-Mazda. Relieve en Nash-i-Rustem, cerca de Persépolis.



apeadero de caza de Ctesifonte, que, aun muy mutilado, es la ruina más monumental del desierto. Era en principio una sala de 23 metros de ancho con bóveda parabólica. A cada lado había las crujías para aposento de los principales de la corte. Es un monumento sin par en el mundo grecorromano. Es muy posible que otros restos de palacios persas, como Firuz Abad y Sarvistán, sean del tiempo de Cosroes. Se caracterizan por sus grandes cúpulas centrales, mayores que las romanas.

El amor fidelísimo de Cosroes por Sirin debió de aparecer en otras ocasiones. Una bandeja de plata dorada muestra a un monarca sasánida sentado al lado de una esposa en el trono, a la que cede el anillo mágico y el sello del Estado. La monarquía sasánida permitía la libertad en materias religiosas y había en el harén real muchas concubinas que eran cristianas, pero la idea dominante fue siempre el culto del Fuego sagrado y los principios de Ahura-Mazda expuestos en el Avesta. Así, se reconocía la división del Mundo en los cuatro elementos Fuego, Aire, Tierra y Agua, que con su combinación, en cantidades variables, crean la materia y la forma. El conjunto estaba representado por un ser fantástico llamado Sigmurd, que aparece tanto en la mayoría de objetos sasánidas de orfebrería como en las telas. El Sigmurd arroja Fuego, vuela por el Aire, anda por la Tierra y nada en el Agua. No hay nada parecido en otras religiones: es la Física elevada a Metafísica y Moral.

Lo que más caracteriza la cultura sasánida es su urbanidad. Estos últimos persas respetaron la decencia y los modales mucho más que bizantinos y romanos. Se cuenta de un príncipe real que llegó tarde a una fiesta y fue castigado severamente por su padre. El refinamiento de los monarcas sasánidas fue reconocido incluso en Bizancio. El



Monarca sasánida, acaso Sapor I, matando un ciervo en una cacería. Museo del Ermitage.

emperador Arcadio, hijo de Teodosio, quiso encargar la educación del heredero al sasánida Isdegerd. Para indemnizarlo de los cuidados que le procuraría la tutoría, le dejó en testamento 1.000 libras de oro. Ambos, Arcadio e Isdegerd, habían tenido dificultades y luchado por causa de la frontera de Armenia, pero el bizantino pretendía que el persa debía aceptar el encargo como prueba de amistad fraternal.

El sentimentalismo romántico de los sasánidas fue estimado por los árabes y después imitado en la España musulmana y en la poesía de los trovadores provenzales. Y esto nos lleva a hablar, aunque sea muy posterior, de la figura de Firdusi, el máximo poeta del Irán. Todo lo que hemos explicado de los persas sasánidas y mucho más se encuentra poetizado en el *Shah-Namah* o *Libro de los Reyes.*

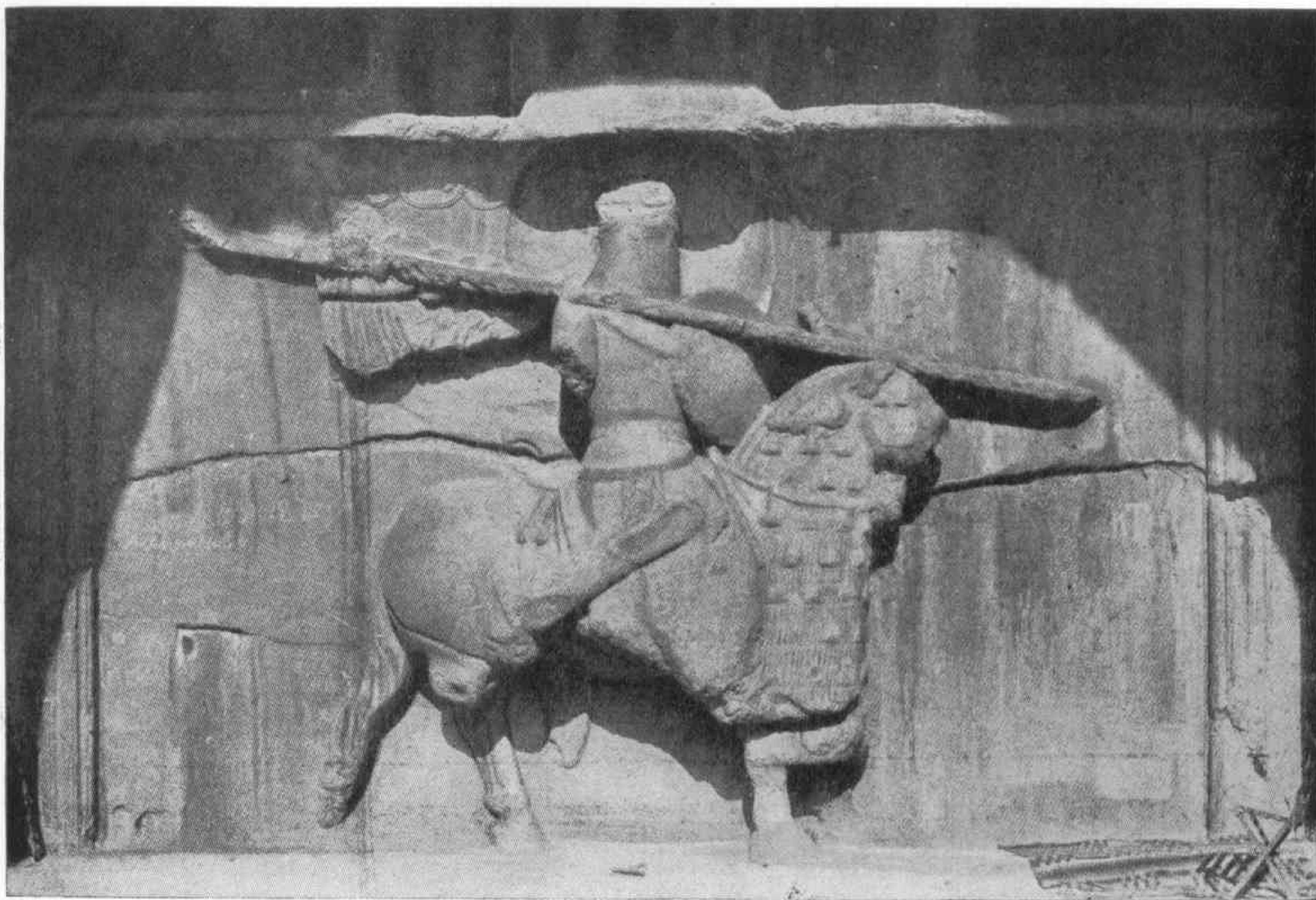
Abu-al-Kassim-Mansur, que nosotros llamamos Firdusi, nació en una aldea cerca de Tus, en la frontera del Turquestán. Por los datos que da en su poema, que resultan biográficos, puede asegurarse que nació el año 329 de la Hégira, casi el 1000 de nuestra Era. El padre de Firdusi, propietario de feraces tierras junto a un canal, pudo darle una buena educación; sobre todo, Firdusi conocía varias lenguas orientales. Con esta base, en su juventud pudo leer antiguos textos históricos, a los que a menudo hace referencia en su poema. El gobernador de Tus, admirado de las poesías de Firdusi, quiso presentarlo a Mammud, reyezuelo de la parte oriental de Persia, y éste, complacido del genio extraordinario del poeta, ofreció pagarle un dinero de oro por cada dístico rimado si llegaba a componer un poema épico que relatara los episodios heroicos que habían tenido por protagonistas a los reyes de la Persia antigua.

Alentado Firdusi con la esperanza de tan grande recompensa empezó el *Libro de los Reyes* o *Shah-Namah,* al que dedicó toda su vida. Murió octogenario en Tus, y se vio defraudado por Mammud, quien le envió el número de monedas convenido, sólo que en lugar de oro eran de plata. Firdusi rehusó esta cantidad y, pobre y amargado, marchó como peregrino con el bastón de derviche.

El gran poema épico de Firdusi se ha comparado a las epopeyas de Homero. Tiene el mismo valor cultural, estético e histórico, pero mientras la *Ilíada* y la *Odisea* se

Copa sasánida de plata. (Museo Arqueológico de Teherán.)

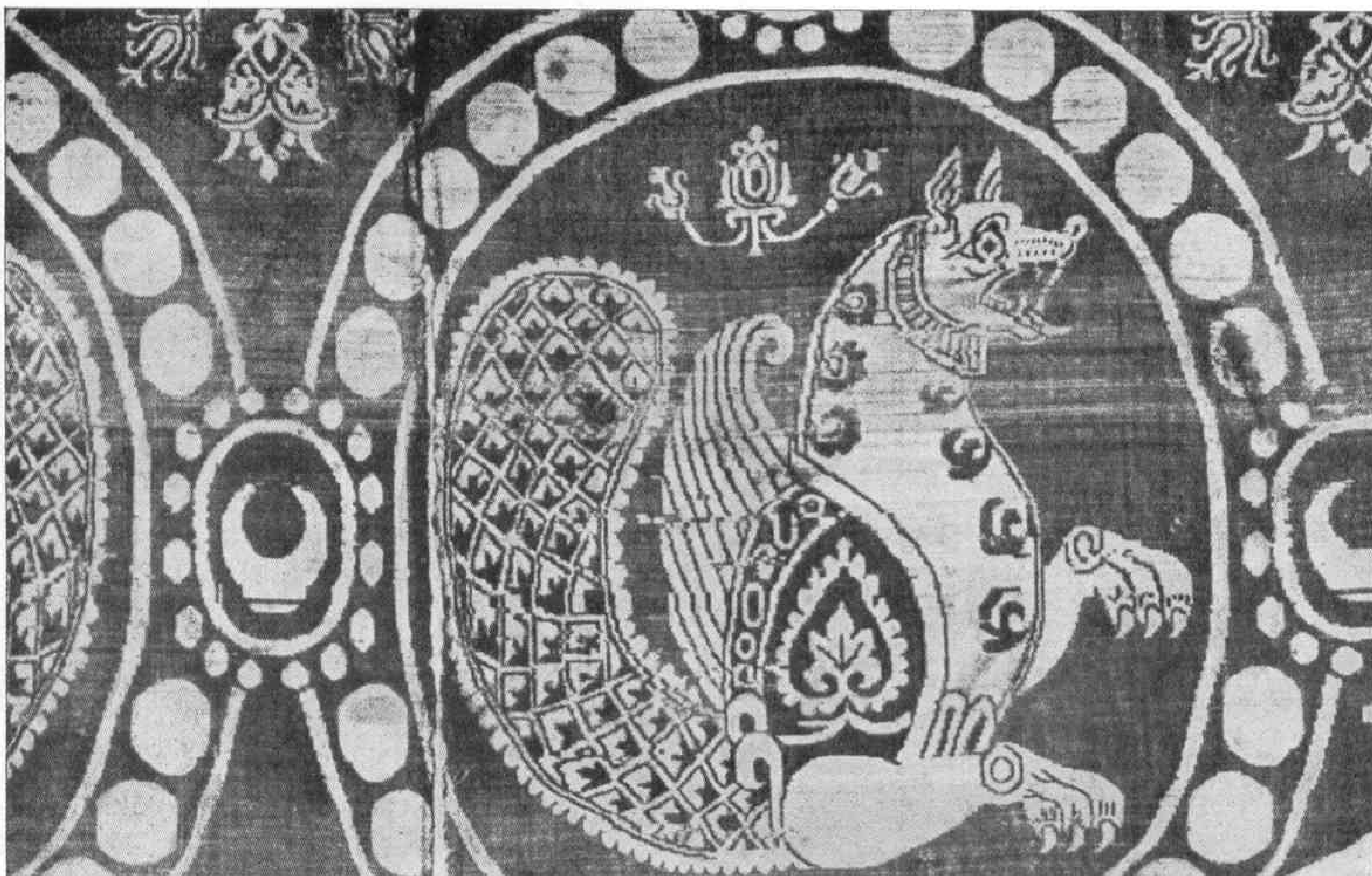




Cosroes II en su corcel favorito, Shab-Diz, negro como la noche.

desarrollan en el período de una generación, el *Shah-Namah* abarca toda la historia de Persia y empieza con un resumen mitológico de la Creación. Siguen monografías de monarcas fabulosos, algunos de los cuales reinaron pocos años, pero otros alcanzaron hasta mil. Sus hazañas son maravillosas; pelean con ejércitos de elefantes y caballos para vencer a enemigos formidables, especialmente a los vecinos turanios, hombres de otra raza que se oponen siempre a los arios de Persia.

Algunos de los episodios tienen por asunto personajes reales, como el de Cosroes y Sirin, que ya hemos mencionado. Otros, como el de Al-Iskander, o sea Alejandro, conservan detalles de la verdadera vida del biografiado, aunque a veces Firdusi altera los hechos hasta hacer una novela fabulosa de aventuras. Al-Iskander es hijo de Pheilekous (Filipo, el macedonio) y de una mujer de raza rumi (romana o bizantina) que despedía un olor desagradable, pero el hijo, Alejandro, exhalaba en cambio un perfume delicioso. Este es, pues, un detalle verdadero que se conservaría por tradición. Recuerda también Firdusi el afecto que Iskander alimentó por su madre toda la vida, lo mismo que la atención con que recibía los consejos de Aristatalis (Aristóteles), «un hombre ilustre en el Roum (entre los romanos o griegos), muy inteligente, prudente y de gran ambición». Ambos, la madre y el maestro, estaban en Babilonia, según cree Firdusi, cuando la muerte del héroe. Firdusi explica con muchos pormenores el embalsamamiento y la disputa que motivó el decidir el lugar para depositar definitiva-



Tela sasánida con la representación del sigmurd, animal que sintetiza los cuatro elementos. Como dragón arroja fuego; como pájaro con alas, vuela por el aire; como grifo con garras, anda por la Tierra; como pez con escamas, nada en el agua.

mente el cadáver. Por fin «un sabio de la montaña» pronunció esta sentencia: «¿Por qué conservar tanto tiempo el cuerpo de Alejandro? Su tierra es Iskenderieh (Alejandría), la que él creó cuando estaba vivo.»

La leyenda de Al-Iskander, o Alejandro, forma la décima parte del *Shah-Namah*. No hay que extrañarlo, porque todavía hoy es Iskander el héroe más recordado en todo el Oriente. Pero las proezas de este rey conquistador son de una fantasía que supera a cuantas ha atribuido a otros reyes mitológicos. Alejandro, por su deseo de conocer, viaja por todo el mundo. Va al Occidente, hasta llegar al borde de la tierra donde empieza el mar. Ve multitudes de pueblos, algunos todos negros, «que sólo tienen blancos los dientes»; lugares donde las gentes tienen sólo una pierna; llega al país de las amazonas y consigue penetrar en su ciudad, pues quiere saber cómo viven y cómo se procuran descendencia; atraviesa cordilleras cuya altura llega hasta el cielo. Va a Usir (Egipto), a la India y hace preguntas a los brahmanes, admirando su sabiduría; por el Oriente llega al fin a Gog y Magog, donde construye una muralla infranqueable. Todo este recorrido lo hace acompañado de su ejército de miles de soldados y elefantes con los que gana batallas terribles. El poema de Firdusi acaba con el asesinato de Jezdegird, último rey sasánida, y la ocupación de Persia por los árabes enviados por Omar. Firdusi, que es chiíta, siente gran admiración por Alí y el Profeta, y es de los que creen que Mahoma dijo: «Yo soy la voz, pero Alí es el que me

dicta la revelación.» Pero en el fondo alienta siempre el mazdeísta o adorador del fuego.

El *Shah-Namah* termina con estas líneas, que constituyen, en realidad, una especie de confesión:

«Sesenta y cinco años han pasado desde que con espíritu triste empecé a buscar la historia de los reyes» (se refiere a un libro de historia perdido). Recuerda a los que le ayudaron en la investigación de los materiales que formaron la base de su epopeya. «Durante treinta y cinco años me consumí en esfuerzos inútiles de búsqueda. Ahora, cuando mi vida toca a su fin, a los ochenta años, termino la historia con la muerte de Jezdegird, cuando ya habían transcurrido cinco veces ochenta años desde la Hégira (o sea el mes de febrero de 1010 después de Jesucristo)...» «¡Que el trono de Mammud sea siempre verde y que él goce de juventud y alegría! Que conserve el entendimiento, el saber y la nobleza, que sea la luz de los persas y los árabes... Yo le dejo este gran poema que consta de seis veces diez mil dísticos (o pareados). Será mi gloria; yo no moriré, mi nombre será inmortal. Yo he enseñado la manera de escribir bien. Los hombres inteligentes bendecirán mi memoria cuando yo ya no exista.» «Envío mil bendiciones y elogios al Profeta elegido por Dios y a los miembros de la familia, por respeto a la religión.» De esta manera y con estas palabras Firdusi se declara mahometano, aunque sin dejar de pertenecer a la secta de los chiítas.

A pesar de esta declaración final, tan categórica de fe musulmana, Firdusi, a lo largo del poema, introduce a menudo sabios filósofos del mazdeísmo sasánida, sacerdotes laicos, independientes, que aconsejan a los héroes y reyes: los llamados *moheds*. Uno de ellos, el Gran Mohed, debía de tener categoría de patriarca, pero no se percibe que los moheds formasen una comunidad religiosa. Debían de conservar muchos princi-



Combate de Rustem con Isfandiyar.

pios del Zend-Avesta y cuidar del fuego en los templos, pero además tendrían una filosofía propia, porque vemos aparecer símbolos como el Sigmurd (síntesis de los elementos fuego, aire, agua y tierra), de que ya hablamos antes.

Ya en tiempo de Firdusi, el cristianismo había hecho prosélitos en Persia. En el *Shah-Namah* se da cuenta de monjes que viven en buenas relaciones con los moheds y grandes personajes del mazdeísmo. Es deplorable que los árabes destruyeran textos que seguramente poseerían en los que se explicaría el sentido de las tres religiones que se asociaron en Persia, la de Zoroastro, la de Cristo y la del Islam, sin contar la de los magos.

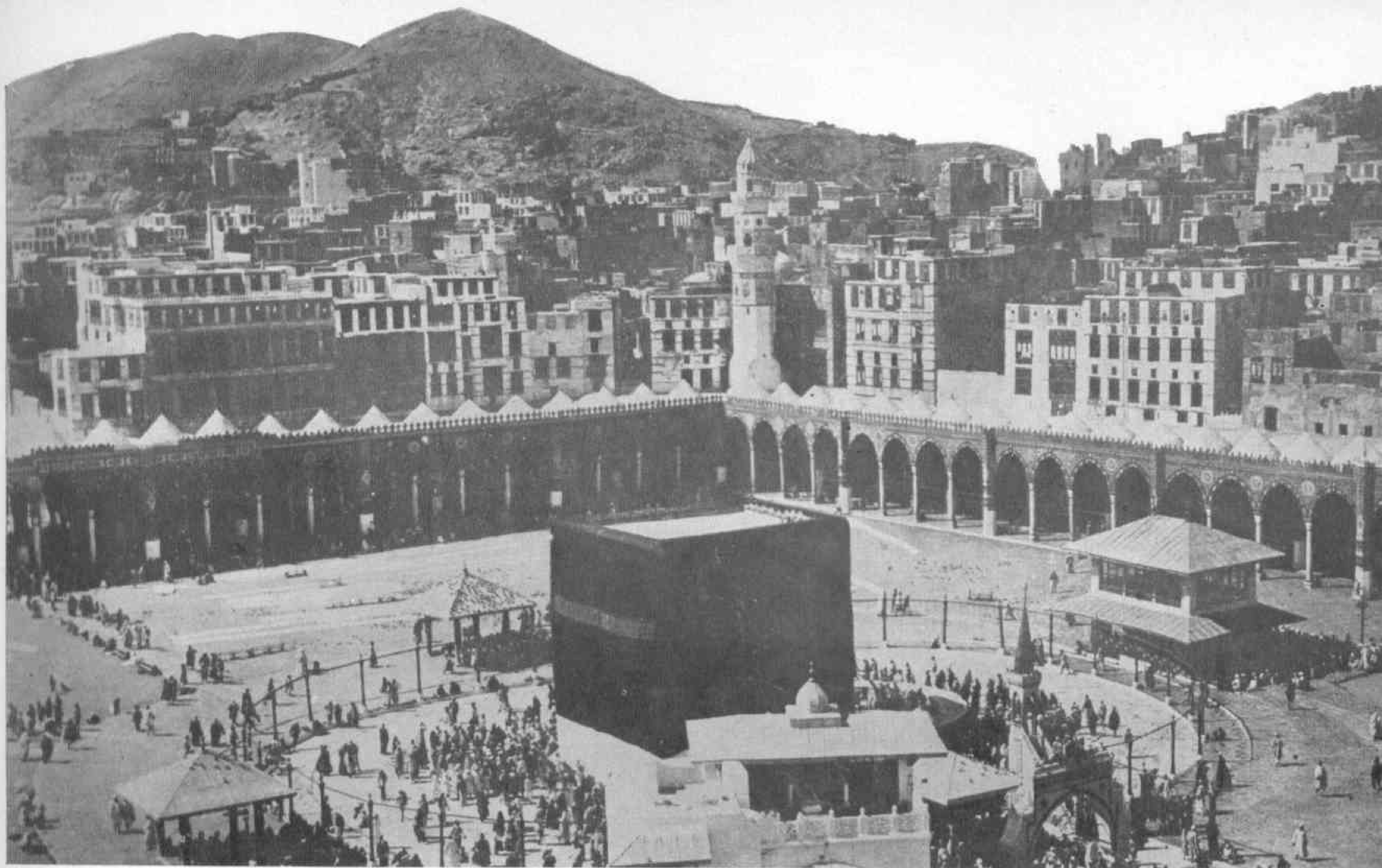
En el *Shah-Namah* es muy frecuente que los protagonistas de las historias vayan a Roum, que es Constantinopla. Algunos residen allí largo tiempo y son huéspedes de Zar (César), que es el emperador. Hasta parece como si durante el tiempo de su permanencia en la capital de Roum se contaminaran de cristianismo, pero para recaer en su mazdeísmo nacional en cuanto regresan a Persia.

Algunos episodios se refieren también a las relaciones con el Khakan o emperador de la China, pero en conjunto la Persia antigua, la de Firdusi, se inclina más hacia el Occidente, o sea Bizancio, que hacia la China.

En el poema, los personajes escriben sus cartas en telas de China, estiman sus tejidos, sus brocados, sus armas, pero no se entusiasman por la cultura de aquel inmenso país en pleno dominio del confucianismo.



El escultor enamorado llevando sobre sus hombros a la bella Sirin y a su caballo para atravesar un vado.

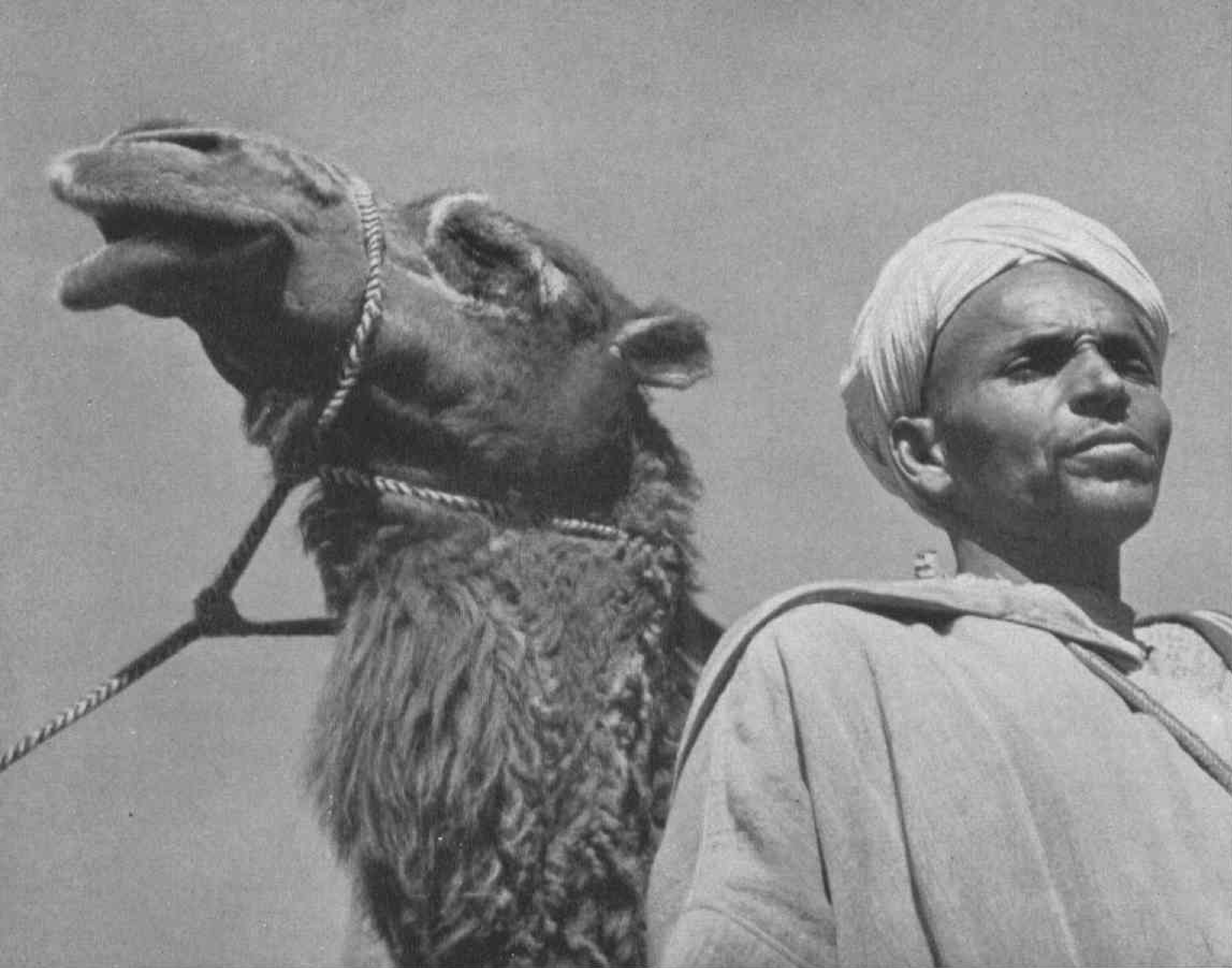


Vista de La Meca con la Kaaba en el centro.

17 MAHOMA

Mahoma nació en La Meca, el verano del año 570 después de Jesucristo. El padre de Mahoma murió en un viaje, tres meses antes de nacer el niño, y la madre lo dio a criar a una nodriza beduina de la tribu de los Beni-Asad. Esta mujer lo destetó a los dos años y sólo entonces lo llevó a la madre para que viera cuán robusto crecía. La tradición cuenta que la madre, algo histérica, dijo a la nodriza: «Toma el niño otra vez y vuelve al desierto, no sea cosa que vaya a enfermar con el aire malsano de La Meca.» Así permaneció Mahoma otros tres años en la tienda de los beduinos que le criaron, y con ellos aprendió la lengua algo arcaica de los árabes primitivos, que da tanto valor a sus palabras. «Yo soy un árabe de pies a cabeza — acostumbraba a decir más tarde—; desciendo de los Koríes de La Meca y hablo la lengua de los Beni-Asad.» Durante los cinco años de su vida en el desierto, Mahoma debió de comenzar a impresionarse con los grandes espectáculos de la Naturaleza, ante los cuales quedó siempre conmovido; los vendavales que levantan las arenas y tronchan las palmeras, el resplandor que ciega del sol del mediodía, el rayar del alba y el brillo de los astros por la noche, el golpear de los cascos de los caballos, el largo beber de los camellos, y tantas otras cosas de la vida nómada que aparecen en el Corán.

Al llegar a los cinco años la nodriza devolvió el muchacho a la madre, en La Meca; pero ésta murió ocho meses después y el niño hubo de pasar a casa de su abuelo paterno. También éste murió tres años más tarde, y Mahoma fue entonces definiti-



Camellero del desierto, profesión que ejerció Mahoma en su juventud.

vamente adoptado por su tío Abu-Talib. El futuro profeta del Islam conoció, pues, las angustias de la orfandad; falto de los mimos maternales, debió de percibir su condición de advenedizo entre los demás miembros de la familia de su tío. Por esto en el Corán se hace tanto hincapié en la generosidad que debe tenerse con los huérfanos; es una falta gravísima el robar su hacienda, y moralmente es un pecado, castigado por Dios con el fuego del infierno.

La familia de Mahoma no era rica; su padre, al morir, no dejó más fortuna que cinco camellos y un esclavo. El tío de Mahoma, Abu-Talib, tenía ya un rebaño de cabras y ovejas, y enviaba a su sobrino a guardar este exiguo ganado en las áridas alturas de los alrededores de La Meca. Mahoma insiste en que no ha habido ningún profeta que no haya sido pastor, lo que confirma que él había ejercido este oficio.

Las gentes de La Meca, rodeadas de tierras pedregosas, escasísimas en manantiales, vivían del comercio y de la superstición, vinculada a un antiguo edificio con ídolos llamado *la Kaaba*. Esta atraía peregrinos y era ya, en tiempos de Mahoma, la fuente más saneada de ingresos de los habitantes del lugar. Pero éstos, además, buscaban otros beneficios traficando con almizcle, incienso y especias, que compraban a los árabes del Sur, o a los abisinios, del otro lado del mar Rojo, y vendían a los sirios y griegos de Bassora y Damasco. A veces, las caravanas eran empresas colectivas en las que participaban casi todos los habitantes de La Meca; pero particulares algo aventureros se lanzaban también a este comercio por su cuenta. El tío de Mahoma, Abu-Talib, estuvo dos veces en Siria para traficar, llevándose a su sobrino, y la primera vez cuando éste contaba solamente doce años.

Después, viendo Abu-Talib que sus ganancias no le permitían mantener una boca más en la casa, aconsejó a Mahoma que se alistase en las caravanas que enviaba una viuda llamada Khadidja. He aquí, pues, a Mahoma, desde los doce años hasta los veinticinco, en que casó con Khadidja, marchando otra vez por las rutas del desierto, y durante las horas de vela, por la noche, observando la bóveda estrellada, o siguiendo el curso de los planetas *que viajan en dirección contraria.*

Todo esto reaparece en el Corán. Se dan, además, allí prescripciones para los viajeros; parece que Mahoma considera el viajar como la condición casi normal para sus prosélitos. «Haréis esto — dice — en tal o cual caso, pero si vais de viaje haréis tal otra cosa», generalmente compatible con las condiciones en que se halla el que camina por el desierto. Por ejemplo, las abluciones, cuando hay tierra limpia o arena, como en el desierto, pueden hacerse, a falta de agua, con esta arena.

Camellero, o mozo de mulas en el desierto, se manifiesta también Mahoma con las interjecciones y juramentos que usaba para maldecir. El único juramento prohibido a los mahometanos es el de jurar en falso por el nombre de Dios; pero los capítulos del Corán muy a menudo empiezan así: Juro por la caída de la tarde... Juro por el Sol y el resplandor del cenit; juro por la Luna, que le va siguiendo; juro por el Día, que revela toda su gloria; por la Noche, que le amortaja...

Así llegó Mahoma a los veinticinco años, sin más educación que la necesaria para jurar y distinguir las cosas que van de una en una, o a pares. Esto nos da una idea

Maestro árabe en el desierto, escribiendo en la arena el *No hay más Dios que Alá.*



de las matemáticas de Mahoma, que se asombra al ver que hay cosas que van de dos en dos. Por lo que toca a fortuna, cuando Khadidja le preguntó, para enamorarle, por qué no se casaba, Mahoma contestó: «No puedo casarme, no poseo nada para mantener una familia.»

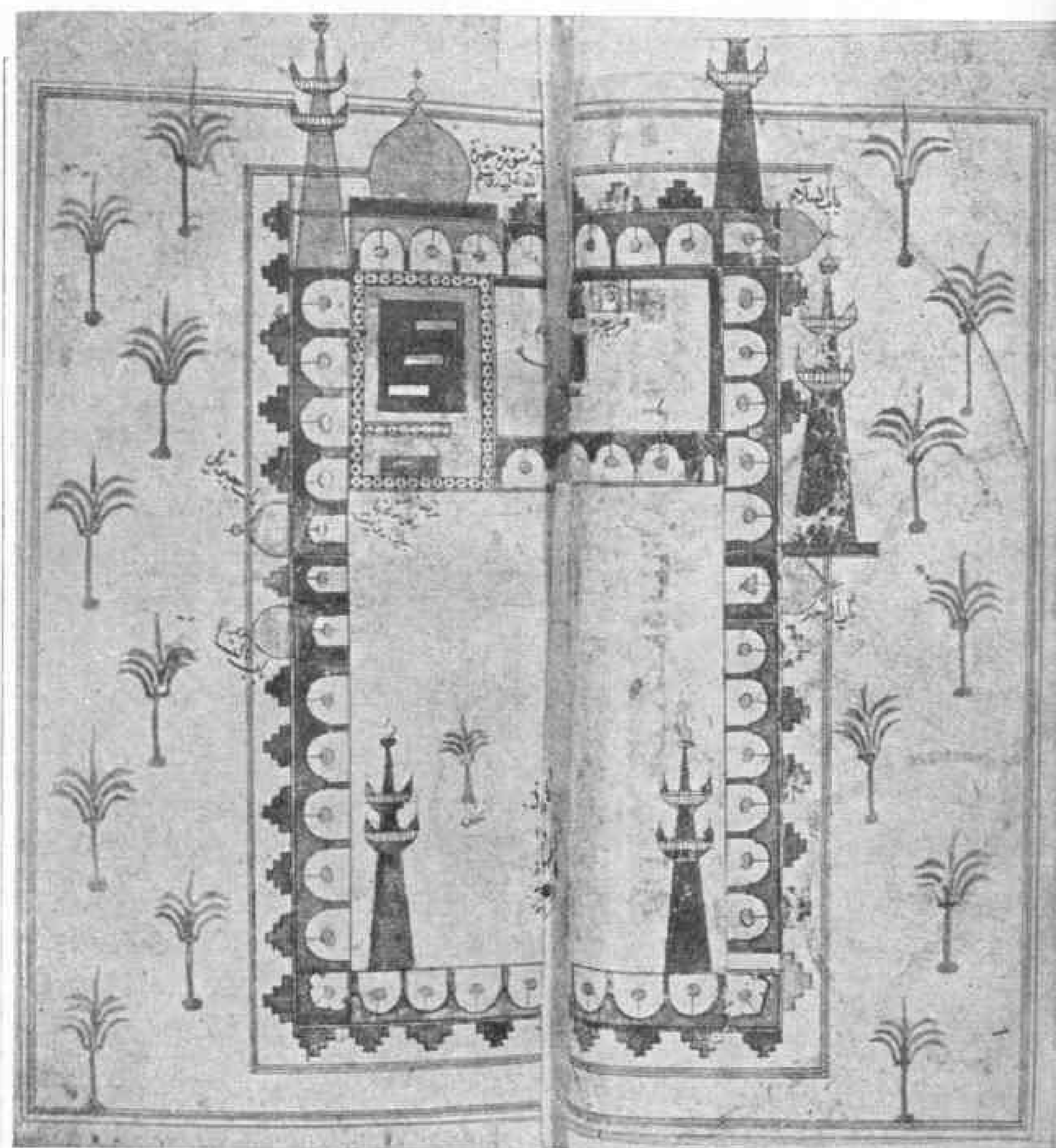
Khadidja tenía entonces cuarenta años, había enviudado dos veces, y esto le daba discreción bastante para comprender que aquel mozo de caravana haría un marido excelente. No tenemos ningún retrato de Mahoma; siempre se le representa con la cara velada. Las descripciones nos dicen que era de estatura mediana, ancho de espaldas, cuello largo y frente despejada; de cabello negrísimo, algo rizado, que le caía en bucles detrás de las orejas. Sus ojos, también negrísimos, a veces estaban algo congestionados. Tenía los dientes espaciados, y en ocasiones reía tan fuerte que se retenía las ijadas y enseñaba hasta las muelas. Pero era característico de Mahoma el volverse con toda su persona, al hablar o al escuchar, como hombre sin doblez.

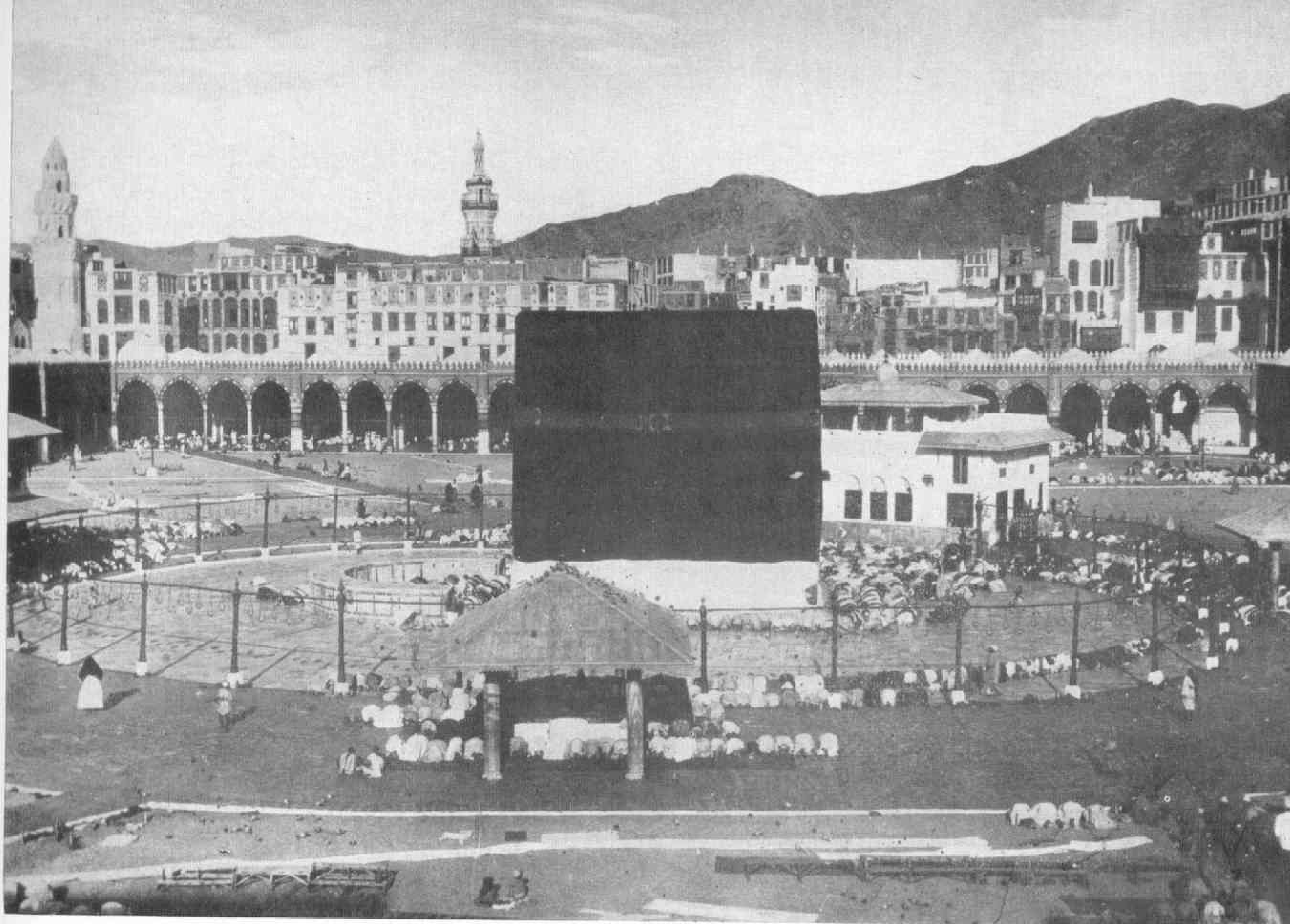
Y Khadidja (la leyenda dice que era una viuda rica) ciertamente procuró a Mahoma el reposo que necesitaba para poder prestar atención a las revelaciones que empezaban a inquietarle; pero no se desprende de los acontecimientos que Mahoma pudiera disponer de una gran fortuna, ni aun después de casado. Khadidja dio, en cambio, a Mahoma dos hijos y cuatro hijas, aunque sólo una hija, la célebre Fátima, sobrevivió a su padre.

La tradición supone que hasta los cuarenta años no tuvo Mahoma la primera *revelación.* Esto es difícil de aceptar, porque Mahoma no era de temperamento normal y ya desde niño tuvo ataques que alarmaron a su nodriza. Sin embargo, los musulmanes insisten en que hasta el año 609 (esto es, al frisar en los cuarenta) Mahoma no tuvo la aparición inicial que le obligó a hablar como profeta. Se hallaba completamente solo, meditando al pie de una de las colinas que rodean La Meca, cuando distinguió de pronto, a una distancia de dos pasos (a dos medidas de arco flechero), al ángel Gabriel, que le dictó estas palabras:

1) Recita: «*En el nombre de Dios, criador,* — 2) *que crió al hombre de sangre coagulada.* — 3) Recita: *Porque tu Señor es bondadoso;* — 4) *él es quien ha enseñado la escritura;*—5) *él es quien ha enseñado lo que no sabíamos.* — 6) *En verdad el hombre es insolente* — 7) *así que consigue riquezas,* — 8) *cuando al Señor lo debemos todo.*—9) *¿Qué piensas de los que retienen*— 10) *de rezar al Siervo de Dios?* — 11) *¿Han escuchado bien?* — 12) *¿No has visto cómo rehúsan prestar atención a la verdad?* — 13) *¡Cómo puede ser! ¡No saben ellos que Dios lo ve todo!* — 14) *En verdad, si no se enmiendan los arrastraremos por el mechón de la frente.* — 15) *¡A los mentirosos y pecadores, por el mechón de la frente!* — 16) *¡Dejar que llamen a sus compañeros! Nosotros llamaremos a las guardias del infierno.* — 17) *¡No, no os sometáis!* — 18) *Adorad y acercaos al Señor.*» Esta extraña muestra literaria, dictada por el ángel, está actualmente incluida en el Corán; forma el

Plano de los santuarios de La Meca. Museo de Munich.





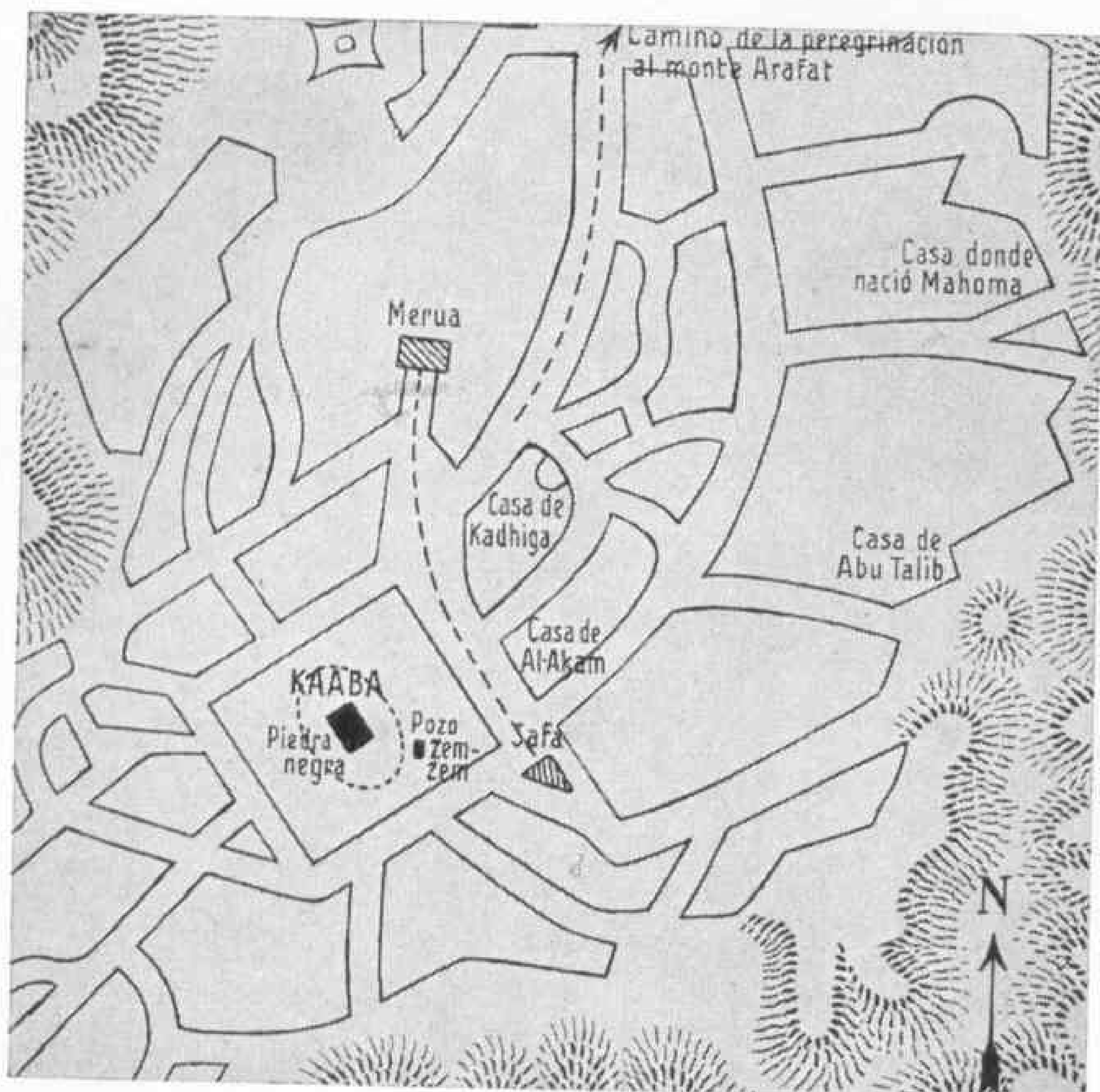
Vista de la Kaaba, con el paño negro que se le envía todos los años desde Egipto.

capítulo corto número 96. Pero en las versiones que pretenden restaurar el orden cronológico de la revelación, el capítulo 96 pasa a ser el primero.

Vamos a analizar su contenido. Por lo pronto, el ángel obliga a *recitar*; por esto la palabra *Kor'an* o *Qur'an*, quiere decir salmodia, recitación. El Corán no se canta, ni se lee; se recita. Su estilo es de una incoherencia que sorprende a los occidentales; por esto los doctores musulmanes dicen que el Corán sólo puede ser comprendido por los creyentes. Es posible; pero los infieles vemos, en esta primera revelación (o *Sura*), sólo un espíritu religioso en forma más o menos profética, aunque muy basto... Los ricos son los que impiden al creyente el acercarse al verdadero Dios con la oración. Son ellos, los descreídos, quienes impiden al siervo que adore al Señor; son ellos los que serán castigados y arrastrados al infierno por el mechón de pelo de su frente... Esto es todo lo que sacamos en claro los que no podemos gozar de la belleza del texto, que unánimemente ha sido reconocido como de un lenguaje exquisito por todos los arabistas.

Pero volviendo al proceso de la formación del Corán, resulta todavía dudoso si esta *Sura* (que quiere decir *revelación*) es o no es la primera manifestación de una fuerza profética que actuara en Mahoma. Pero hay en el Corán *suras* más cortas aún, que manifiestan una fe más simple y parecen preliminares poéticos de la revelación religiosa. He aquí, por ejemplo, una *sura* que tiene sólo cinco versos:

Sura 103. «Mi refugio es el Señor del



Plano del centro de La Meca. Los peregrinos tienen que dar siete vueltas alrededor de la Kaaba, rezando, besar luego la piedra negra y beber agua del pozo Zemzem. Han de salvar la distancia entre Merua y Safa y visitar el monte Arafat, algunas millas al norte de La Meca, donde escuchan un sermón. De regreso a La Meca tienen que apedrear los tres pilares de *los diablos* y sacrificar un cordero.

Alba, — contra los males que nos rodean, — contra los males de las tinieblas, — contra las brujerías de mujeres, — contra la maledicencia del envidioso.»

Consta, además, que, para evitar la pesadilla de las visiones, o para estar más atento a lo que creía oír, Mahoma, al principio, se envolvía con su manto cuando notaba que se le acercaba el espasmo de la revelación. Algunas de las primeras *suras* (aunque ahora están puestas al final del Corán) empiezan así:

Sura 74: «¡Oh tú, envuelto en el manto: levántate y amonesta! — ¡Glorifica al Señor! — ¡Purifica tus vestidos! — ¡Huye de la abominación!...», etc.

Sura 73: «¡Oh tú, cubierto con el manto! — ¡Levántate y vela toda la noche, o parte de ella, para rezar! — Y en tono mesurado salmodia el Corán, — que te revelaremos con palabras profundas...», etc.

La costumbre de envolverse en un manto para profetizar no era exclusiva de Mahoma. Ibn-Kaldún cita el caso de un contemporáneo de Mahoma, un mozo epiléptico, judío de Medina, que *profetizaba* canturreando envuelto en sus andrajos. Sorprendido Mahoma de la similitud de su caso con el del muchacho judío, le puso a prueba, haciéndole adivinar el pensamiento, lo que el otro hizo a su satisfacción. Mahoma entonces sospechó si aquel muchacho no sería el Anticristo, y esto confirma que creía en la autenticidad de su revelación.

Las primeras revelaciones de Mahoma no debían de parecer extraordinarias a las gentes de La Meca. Hablar autoritariamente, en una crisis de inspiración, no era cosa rara en los árabes. Muchos episodios del tiempo de la predicación del Corán nos presentan ejemplos de estro poético aplicados a regular las decisiones de una tribu o un ejército en peligro. Los que profetizaban no eran necesariamente profesionales en la materia; pero, en ciertos casos, este don les absorbía por completo y eran llamados *kahins*. A su canturreo melódico se le llamaba *saj*, que es la misma palabra que se usa para expresar el arrullo de las palomas.

Por ejemplo, el día antes de la batalla decisiva para el Islam, que se dio en el prado de Bedr, un guerrero inspirado, que adivinaba por medio de flechas, salmodió una profecía que resultó cierta. En la batalla de Ohod las mujeres se adelantaron con panderetas, improvisando cánticos como éste: «Somos hijas de los bravos; — os esperamos en alfombras; — avanzad y os abrazaremos, — retroceded y os despreciaremos.»

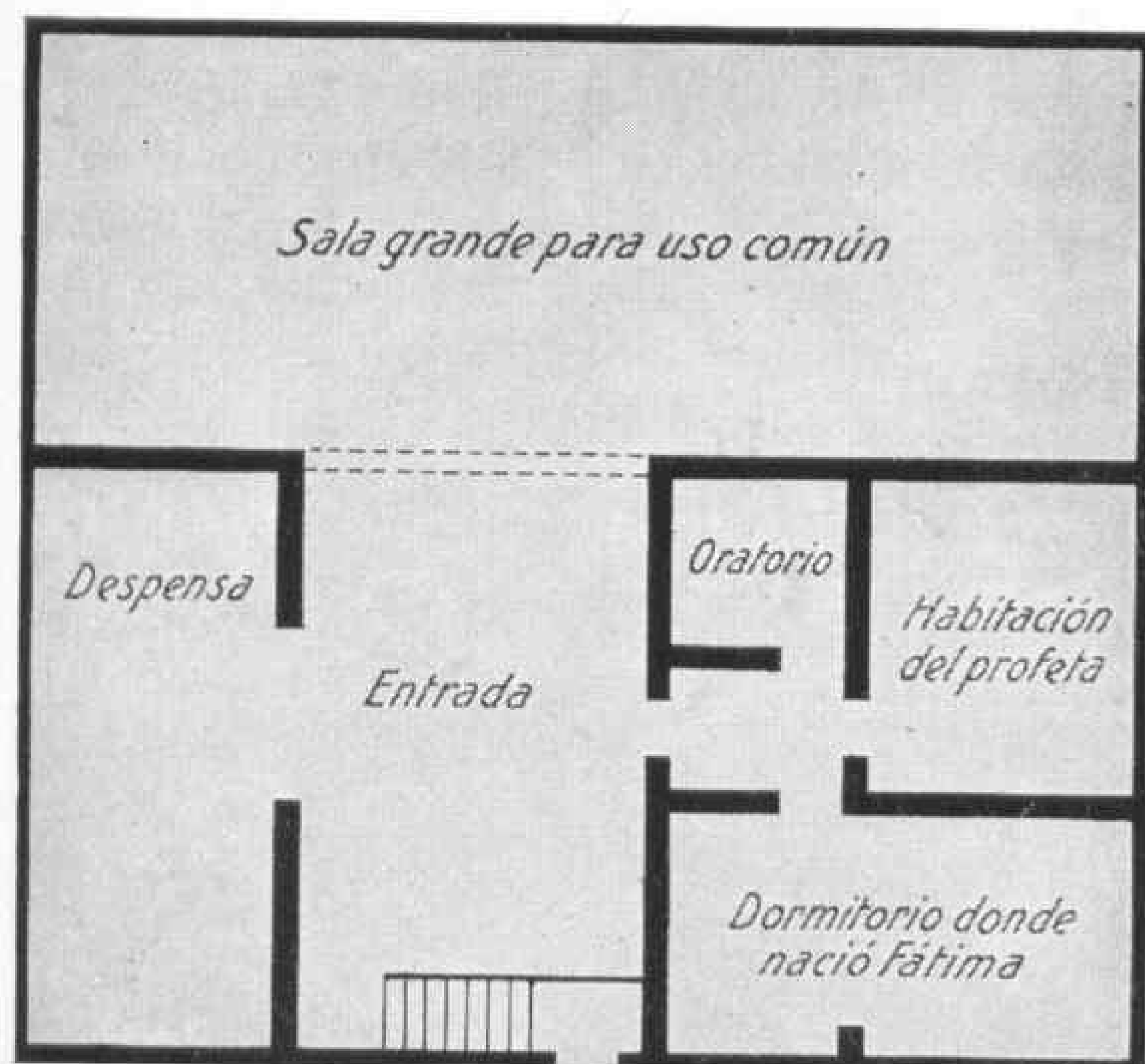
Poesía y profecía eran, pues, cosa corriente en tiempos de Mahoma, y es fácil que, al principio, sus compatriotas le dejasen salmodiar en público sin que ello produjera escándalo. Fue él, el mismo profeta, quien se alarmó. ¿Y si las visiones que tenía y los discursos que oía no fueran más que engaños diabólicos? O en otros términos, cabía que fuesen obra de los *ginn*, o genios, en

los que Mahoma, como todo árabe, creía sin vacilar. El ser poseído por un *ginn* le hubiese hecho un brujo, no un profeta, y a Mahoma le horrorizaba la idea de ser el instrumento del ser maligno. La poesía propiamente dicha se creía inspirada por los *ginn,* que se aparecían en ocasiones a las gentes; y aun las *ginn* hembras casaban con sus favorecidos y procreaban de ellos. Hassán-ben-Tabit, que fue el poeta áulico de Mahoma en sus últimos años, había empezado a versificar un día que, inesperadamente, fue cogido por una *ginn* en una calle de Medina. Esta hembra-genio lo derribó de un golpe y le dictó tres versos; desde entonces, Hassán hubo de considerarse hermano de los *ginn.*

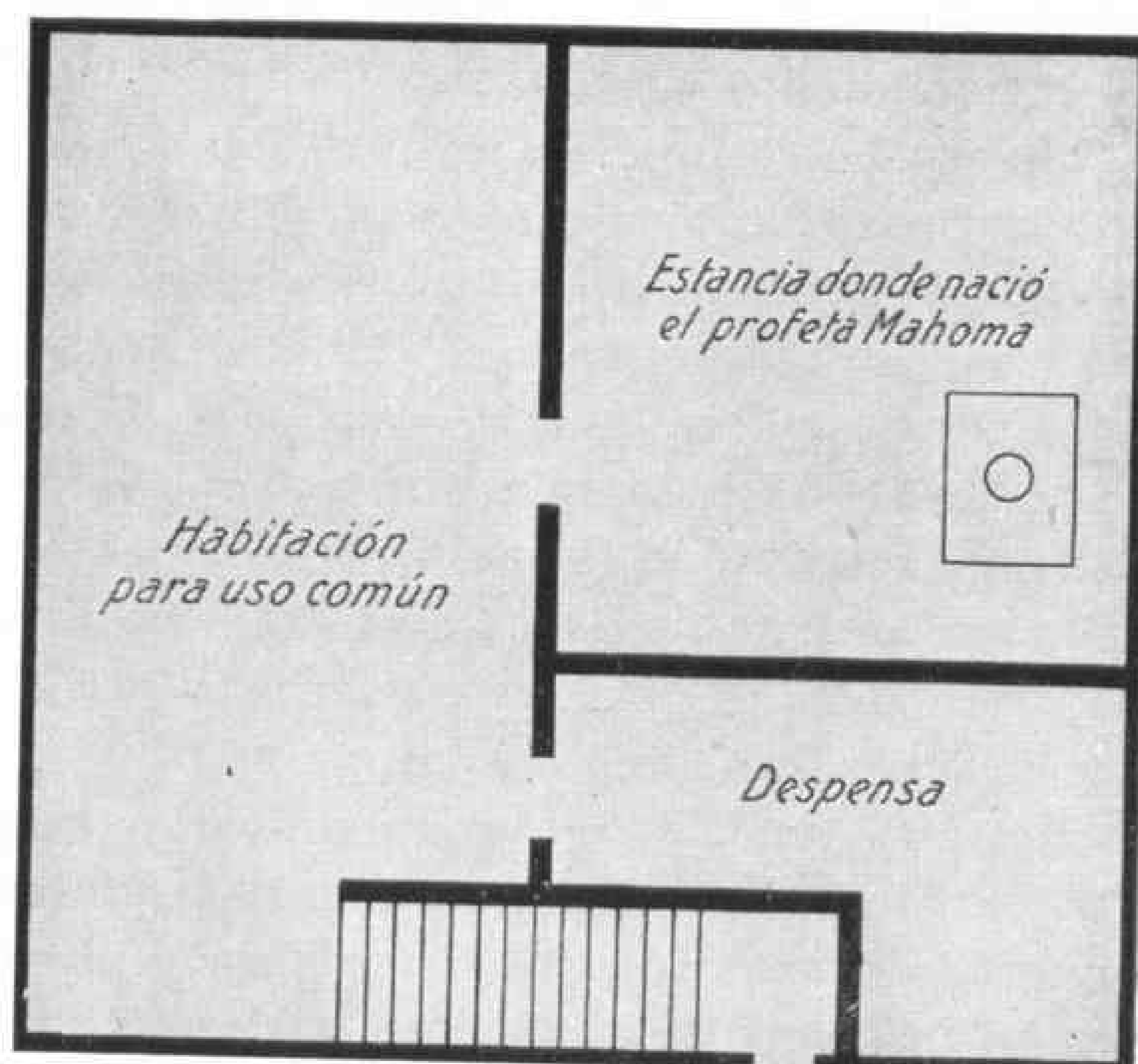
La leyenda explica varias pruebas que hizo Mahoma para convencerse de que sus primeras revelaciones eran realmente de origen celestial. Es de creer también que se sintiera animado por la confianza que desde un principio le manifestó Khadidja, para quien no había duda que el emisario que veía Mahoma era un ángel y no un *ginn.* Los ángeles habían sido creados por Dios de la luz; los *ginn,* del fuego; y había gran diferencia entre unos y otros. Los *ginn,* lo mismo que los hombres, corrían la alternativa de ir al cielo o al infierno, según sus merecimientos aquí en la tierra.

No siempre la revelación era dictada por el ángel, y el mismo Mahoma decía: «Me llega a veces como el ruido de una campana, y lo más penoso para mí es que se pierda y he de retener lo que dice. En ocasiones el ángel se me presenta como un hombre que viene a hablarme, y recuerdo sus palabras.» El acto de la revelación era sumamente penoso para Mahoma: en días de frío intenso empezaba a sudar a mares y dábase de cabezadas. Con inocencia infantil, el profeta no comía ajo, para que su olor no ofendiera al ángel. Hasta su camella favorita notaba que a su amo iba a ocurrirle algo raro. Parece que Mahoma no hablaba nunca durante el *ataque;* acaso por experiencia sabía que, en el acto de la transmisión, corría peligro de añadir algo postizo a lo que le era estrictamente revelado. El mismo Corán alude a esto, cuando Alá advierte al profeta, diciéndole las siguientes palabras:

Sura 75: «...No muevas, Mahoma, tu



Planta de la casa de Khadidja, esposa de Mahoma, en La Meca.



Planta de la casa donde la tradición supone que nació Mahoma, en La Meca.



Una escena de la vida de Mahoma, según un manuscrito árabe de la Bib. Nacional de París.

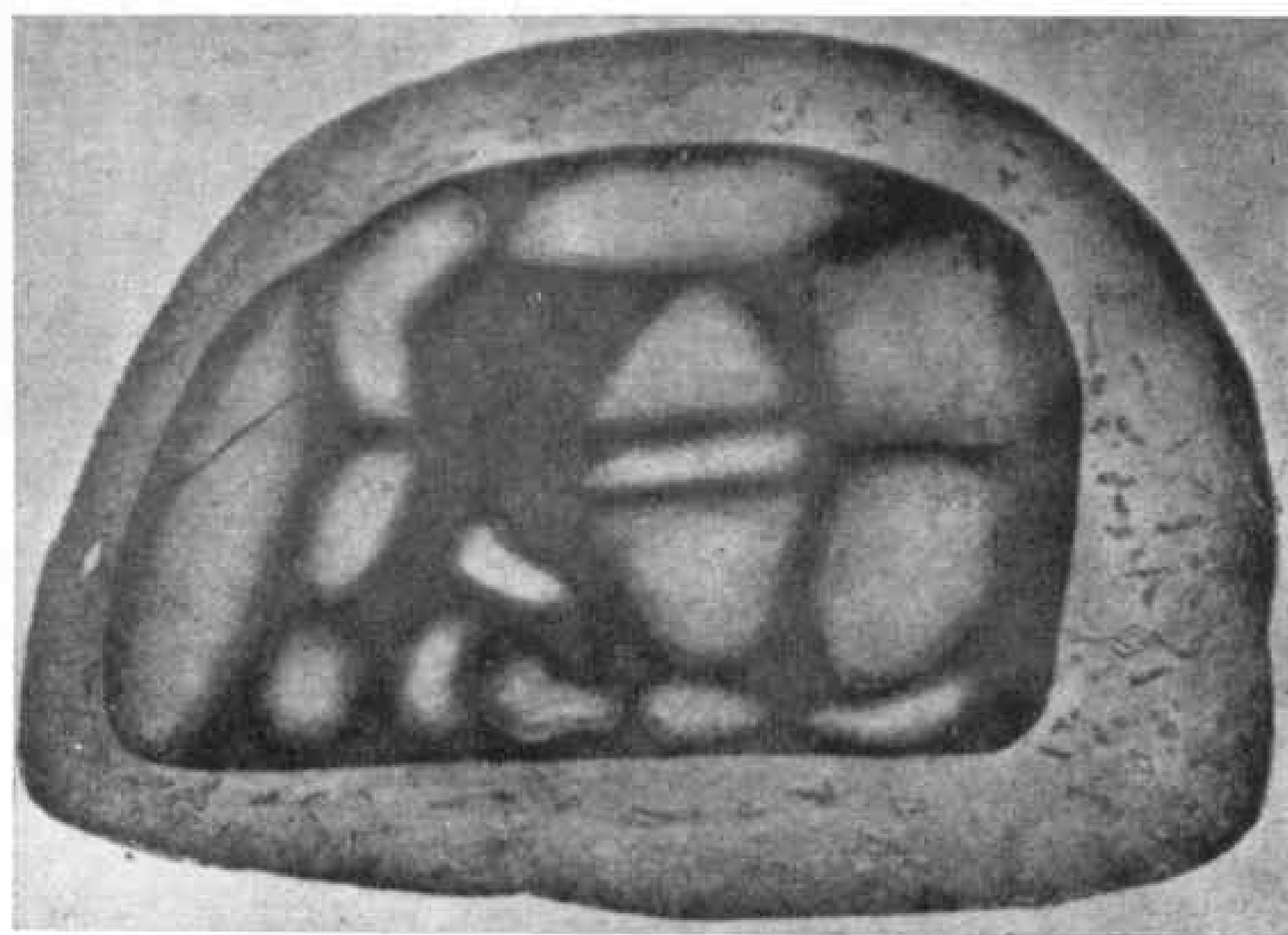
lengua para repetir, antes de que él acabe, las revelaciones que te trae el ángel Gabriel por creer que, repitiéndolas, podrás retenerlas mejor en la memoria; el acumular el Corán en tu mente y el enseñarte sus verdaderas palabras es cosa enteramente de nuestra incumbencia, no de la tuya.»

Sura 20: «...Hemos hecho descender un Corán en lengua árabe... No te precipites a recitarlo mientras la revelación sea incompleta. Di, más bien: — Señor, auméntame el conocimiento.»

He aquí otra preocupación de Mahoma: los árabes no habían tenido un *Corán,* una revelación, como los judíos y los cristianos. Es una de las razones que daba al principio para justificar el *descubrimiento* de las *suras* de La Meca; tenía que haber una escritura árabe, como la tenían otros pueblos. El valor universal de su revelación para la Humanidad entera no se presentó a Mahoma hasta más tarde, en Medina.

Bastante trabajo tuvo para conseguir que en La Meca le escucharan algunos de sus conciudadanos. He aquí frases bien explícitas en las *suras* de La Meca: «Dicen de ti, Mahoma: — Este no es más que un hombre que busca desviarnos de los dioses que nuestros padres adoraron. Y dicen del Corán: — No es más que una mentira hecha con blasfemias...» «Os juro por el Corán» (recordemos que es Alá quien habla) «que tú, Mahoma, no eres más que uno de los mensajeros de Dios». Este último párrafo declara que Mahoma no quería ser un endemoniado; pero tampoco pretendía ser otra cosa que *uno más* de los profetas, a quienes Dios ha concedido la revelación. ¿Y quiénes son estos otros?... En un principio, Mahoma no lo precisó; después fue declarando que eran Adán, quien, según Mahoma, recibió revelaciones de Dios en diez libros; Set, que recibió cincuenta libros; Enoch,

La piedra negra de la Kaaba.





Mahoma montado en la yegua Alborac. Manuscrito de la Biblioteca Nacional de París.

treinta; Abraham, diez; Moisés, uno (o sea la Ley del Pentateuco); David, uno, o sean los Salmos, y Jesús, otro, o sea el Evangelio. Todos éstos, con el último, o sea el *Corán,* suman ciento cuatro libros que Dios *hizo descender de los cielos.* Pero todos están irremediablemente perdidos, excepto los cuatro últimos: la Ley, los Salmos, el Evangelio y el Corán. Aún hay más, según Mahoma: ciertas partes de tres de las últimas escrituras están corrompidas; judíos y cristianos han desfigurado los textos, de otro modo no se explicarían sus desavenencias con las instrucciones del Corán.

Dios es único, y, según el Corán, compasivo y bondadoso. Para Mahoma es absurdo suponer que Dios pueda tener hijo o hija de ninguna clase. Hay una alusión a Jesucristo en el grito: *No hay más Dios que Alá.* Dios está rodeado de ángeles que hablan y raciocinan. Según Mahoma, hay cuatro arcángeles: Gabriel, que revela la verdad; Miguel, que es el patrón de los judíos; Israfil, que hará sonar la trompeta el día del Juicio, e Israil, que aparece cuando se acerca la muerte. Cada persona tiene dos ángeles para su guarda, uno que apunta las buenas acciones y otro las malas. Este último se halla siempre al lado izquierdo; por esto aconseja Mahoma que, al escupir, se haga siempre de aquel lado, para no ensuciar al ángel bueno, que está en el lado derecho.

Al principio del Corán hay una oración que sería sacrilegio comparar con el *Padrenuestro* enseñado por Jesucristo, pero que por su concisión y dignidad habla muy alto en favor de Mahoma. Es la famosa *Fatiha,* que deben repetir los mahometanos por lo menos cinco veces al día y es como sigue:

«En nombre de Dios, compasivo y bondadoso. — Bendito seas, Dios, Señor de los cielos, — que reinarás el día del Juicio. — A Ti servimos, y a Ti pedimos ayuda. — Guíanos por el buen camino, — el camino de aquellos a quienes has concedido tu gracia, — y apártanos del camino de aquellos con quienes estás enojado y de los que van perdidos.»

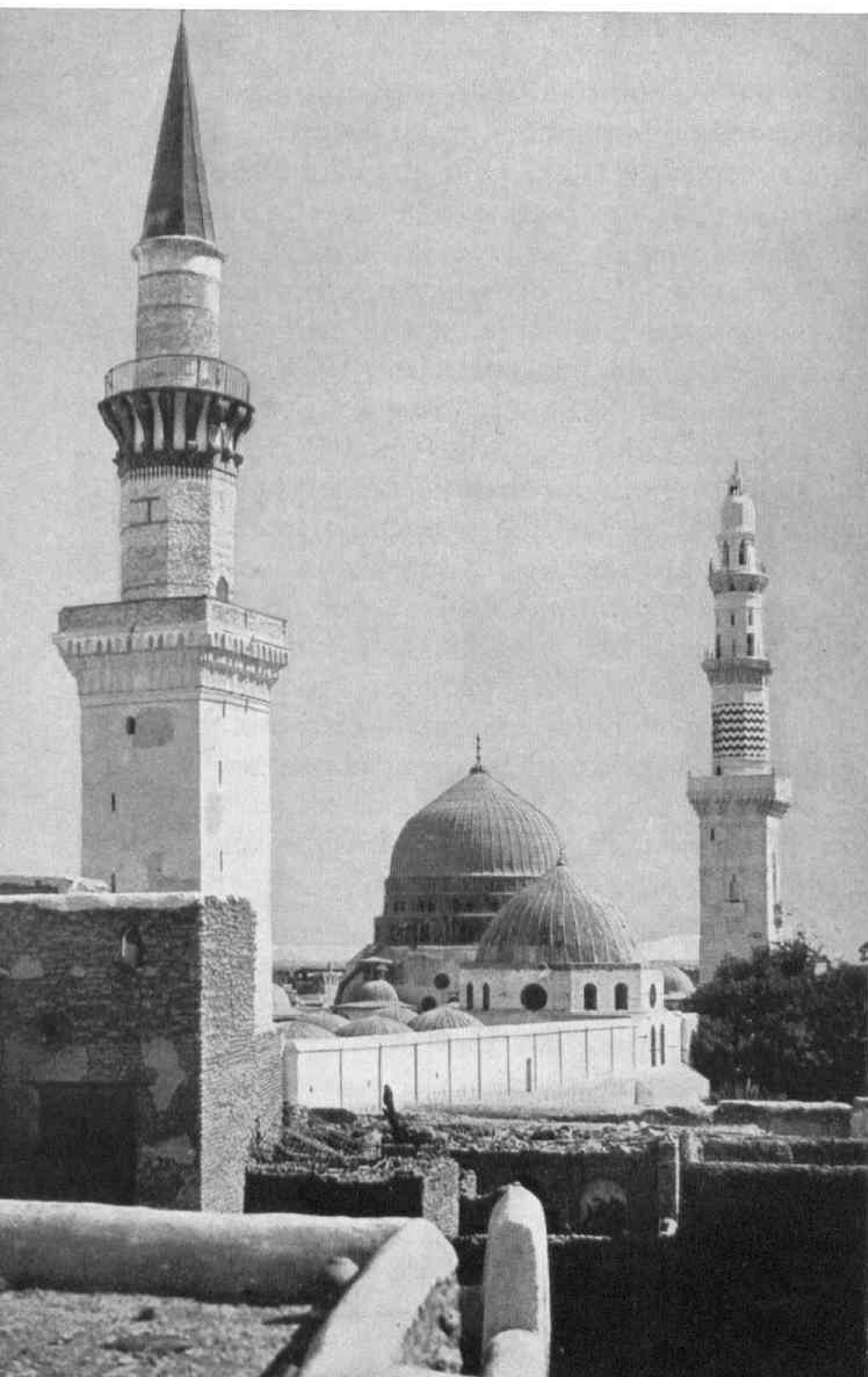
Como se ve, el día del Juicio ocupa parte muy principal en la predicación de Mahoma. Sólo hemos copiado breves trozos del Corán, y ha aparecido ya dos veces. Será anunciado con la trompeta del arcángel; los cielos se arrollarán, la tierra se quebrará y el mar levantará montañas de espuma.

Lloverá antes por espacio de cuarenta días y esto impregnará la substancia del *sacrum,* un hueso que contiene el germen de un segundo cuerpo. Rejuvenecidos los creyentes, irán con su propia carne al Paraíso — un jardín de delicias, con camas, mesas y fuentes de vino —. Las huríes, siempre vírgenes, siempre jóvenes, de ojos negros, recios senos y esbeltas, concederán sus caricias a los bienaventurados. El número de las huríes, según el teólogo y místico Al-Gazel, será de quinientas para cada musulmán, y lo más curioso es que, según el Corán, estas huríes serán estimadas por las propias esposas... No habrá celos, ni querellas domésticas para los de la mano derecha.

En cuanto a los de la mano izquierda (esto es, los no creyentes, o condenados), irán a un infierno, según dice el Corán, *terrible de mirar.* Entre hálitos corrompidos y aguas putrefactas, beberán pus y líquidos hirvientes; quemados por el fuego, su piel volverá a crecer en seguida para poder sufrir indefinidamente el terrible tormento de las llamas.

La manera de obtener la salvación, esto es, de ir al cielo después de la muerte, es, según Mahoma, en primer término, la fe: creer en Dios, en sus ángeles, en los profetas, en el Corán y en el Juicio final. Después de la fe, Mahoma prescribe las obras de caridad; la protección al huérfano y a la viuda, las limosnas a los pobres y el diezmo o contribución para el Islam. No hay, en la religión islámica, nada parecido a la Redención por el sacrificio sangriento de una víctima divina. Mahoma insistió en que ésta es una de las partes que los cristianos cambiaron de la Escritura. Todavía los musulmanes creen que Jesús fue librado de la cruz antes de morir; que volverá a la Tierra para reinar cuarenta y cinco años, se casará, tendrá hijos y será sepultado en el espacio que está reservado para él entre las tumbas de Omar y de Fátima. Estos primeros puntos de la predicación de Mahoma, que continúan siendo capitales en el Islam, no alarmaron grandemente a los ciudadanos de La Meca. Con su vida respetable, de familia pobre, pero aristocrática, Mahoma bien podía desahogarse en violentas interjecciones, predicando el Juicio final y la devoción a Alá. ¿No era Alá uno de sus dioses? ¿No era el Juicio final, al fin y al cabo, un cataclismo por entonces sólo en la mente de Mahoma?

En La Meca había, desde tiempo inmemorial, un edificio sencillísimo, construido



Medina. La Cúpula Verde de la tumba del profeta y dos de sus cinco alminares.



**Mahoma con su hija Fátima,
su yerno Alí y sus nietos los imanes mártires Al-Hussén y Al-Hassán.**

con piedras escuadradas, con una sola puerta y una sola cámara, y sin ventanas. Este edificio, llamado *la Kaaba,* estaba en medio de un espacio libre, donde acampaban los peregrinos. Apoyados en las paredes algunos, otros plantados como menhires, había alrededor de la Kaaba hasta 360 ídolos de las diferentes tribus que venían a practicar sus devociones. Aunque Alá era considerado como el mayor de estos dioses, ya mucho antes de que Mahoma le ennobleciera con su concepto de Dios creador, los que allí acudían en peregrinación repartían los sacrificios, una parte para Alá y el resto para los ídolos favoritos. Durante cierto tiempo, Mahoma no se impacientó mucho con la superstición de los 360 dioses menores del santuario de La Meca. Vivía tan absorbido por sus revelaciones que, cuando iba a la explanada donde se erguía la Kaaba, parecía más un visionario que un predicador. Una leyenda de esta época cuenta que, por el año 605, una tromba de agua produjo un torrente que derribó aquel edificio. Pasado el temporal, los burgueses de La Meca empezaron la restauración del santuario, pero llegaron a un punto en que no podían proseguir aquel trabajo sin pelearse. En el ángulo oriental de la Kaaba hubo siempre un aerolito que los devotos besaban con especial veneración: era la famosa *piedra negra* que adoran todavía hoy los peregrinos. Al procederse a las obras de restauración, las cuatro familias más antiguas de

La Meca se disputaron el honor de reponer en su lugar aquel fetiche, pero decidieron aceptar el juicio del primero que entrase en aquel recinto. Diose, empero, el caso de que el primero que acertó a entrar fue Mahoma. Su resolución fue tender su manto en el suelo y allí depositar la piedra negra, que no mide más de un palmo, y después, levantando el manto por sus cuatro puntas un individuo de cada una de las cuatro tribus, poner otra vez en su lugar la piedra negra.

Esta leyenda revela que, por aquel tiempo, Mahoma aún era considerado digno de decidir en materias relacionadas con los cultos ancestrales.

Pero pronto Mahoma empezó a alarmar a sus conciudadanos al hacer prosélitos. El primero fue su esposa Khadidja; el segundo su esclavo Zeid, de origen sirio, hijo de cristianos, a quien adoptó por hijo. Es posible que en ambos casos (tanto en Khadidja como en Zeid) el afecto que tanto la esposa como el esclavo sentían hacia el profeta fuese mayor que su convicción.

El tercer converso fue Alí, un hijo de Abu-Talib, que también Mahoma había adoptado. El cuarto fue Abu-Béker; mercader como Mahoma, había viajado y deploraba como él la ignorancia y superstición de las gentes de La Meca. Tenía dos años menos que el profeta, era pequeño, delgado, con los ojos hundidos en las órbitas, y de tez blanca, en la que se dibujaban las líneas de las venas. Al convertirse, Abu-Béker tenía cuarenta mil monedas de plata; sin embargo, este dinero apenas fue suficiente para redimir al gran número de esclavos creyentes que eran maltratados por sus amos.

La conversión de Abu-Béker estimuló la de otros cinco. Dos de ellos eran jóvenes, sin gran representación todavía; pero los otros tres, Talha, Abderramán y Otmán, eran ricos mercaderes. Este último, Otmán, fue califa, como Abu-Béker. Abderramán arrastró a otros cuatro. Uno de los esclavos redimidos por Abu-Béker fue el negro Bilal, que tenía una voz estentórea, y Mahoma empleóle después, en Medina, como *muezín* para llamar a oración.

Aunque, como hemos dicho al principio, los ciudadanos de La Meca no se alarmaron por la predicación de Mahoma, empezaron a preocuparse al ver que los prosélitos se reunían, no en lugar apartado, como era la casa de Khadidja, sino en la de un converso llamado Al-Arkam. Esta casa tenía su puerta delante mismo del ángulo oriental de la Kaaba, donde estaba la piedra negra, y desde allí podían ver a los peregrinos haciendo sus devociones, y hasta es probable que Mahoma les interpelara o por lo menos les distrajera con las salmodias del Corán.

Además, Mahoma empezó a precisar sus opiniones respecto a los cultos que se habían reunido en aquella explanada. Por lo pronto, Alá era el Creador y Juez; la Kaaba era también un santo templo, ocupaba el mismo lugar adonde llegaron, muriéndose de sed, Agar e Ismael, en su marcha errante por el desierto. Alá, compadecido, les hizo descubrir el pozo Zemzem, cuya agua santa beben todavía los peregrinos. Más tarde, Abraham e Ismael construyeron la Kaaba, siguiendo instrucciones recibidas del propio Alá. La piedra negra había caído del cielo; era, pues, también santa. ¿Pero qué podía decirse de los otros trescientos sesenta ídolos, uno para cada día del año? Estos eran ciertamente fetiches y su culto una abominable superstición.

Es de creer que se hubiera podido llegar a un acuerdo con los burgueses de La Meca si Mahoma hubiese querido hacer una excepción para dos o tres de los fetiches. Parece que Mahoma tuvo un momento de vacilación. Viendo que arreciaban las persecuciones, y que algunos de sus prosélitos habían tenido ya que emigrar a Abisinia, un día se sintió inspirado y declamó el siguiente pasaje (sura 53):

«Veo otra vez al ángel Gabriel — cerca del árbol que está en el límite del Paraíso... — ¿Qué piensas de Al-Lat y de Al-Ozza — y también de Manat? — Ellas son altas hembras — a las que podéis pedir intercesión.»



Escena de la vida del Profeta. Miniatura de un manuscrito árabe.

Para entender bien el efecto que podían producir estos versos, hay que saber que Al-Lat, Al-Ozza y Manat eran ángeles femeninos, cuyas groseras estatuas no sólo se veneraban junto a la Kaaba, sino también en otros santuarios de las tribus vecinas. Si Mahoma hubiese transigido con estos tres ídolos, es fácil que sus ciudadanos hubieran destruido los demás. Pero Mahoma aquella misma noche tuvo otra revelación del ángel y cambió los versos de la sura 53 en la forma en que están hoy:

«¿Qué piensas de Al-Lat y de Al-Ozza — y también de Manat? — ¿Cómo? ¿Vosotros tendríais hijos y Dios tendría hijas? —Esto sería injusto. — No son más que nombres inventados por vuestros padres...»

La suerte estaba echada. El profeta y sus conciudadanos comprendieron que nunca llegarían a un acuerdo. Los de La Meca juraron no contraer matrimonio con los que seguían a Mahoma, ni venderles nada; lo cual, para las mentes primitivas, quería decir que los consideraban enemigos de su raza. Por su parte, Mahoma y los suyos abandonaron sus casas y fueron a refugiarse en la casona del tío de Mahoma, Abu-Talib, que vivía en los suburbios. Allí pasaron tres años, desterrados en su propia ciudad, sin atreverse a salir, y a menudo careciendo de lo necesario. En esta época terrible murieron Khadidja y Abu-Talib. Tanto antagonismo debía traer, como consecuencia, forzosamente dos cosas: la primera, un recrudecimiento de simpatía por parte de los que no eran partidarios de Mahoma, aunque tampoco aprobaban las persecuciones. Los conversos de esta época son, no solamente fanáticos y valientes, como los que primero se convirtieron, sino también almas generosas a las que ofendía tanto la injusticia como la persecución.

El segundo efecto que, con el tiempo, produjo el ostracismo de Mahoma y sus secuaces fue su emigración a Medina. ¿Para qué permanecer en La Meca, donde ni aun les estaba permitido ocupar sus propias casas?

En cambio, Mahoma tenía parientes en Medina; hasta algunas gentes de Medina habían demostrado cierto interés por sus predicaciones. Mahoma no había enviado misioneros, ni había pensado en organizar la difusión de su doctrina. Pero los árabes, desde tiempo inmemorial, tenían períodos de tregua cada año, en los que hubiera sido sacrilegio atacar a sus contrarios. En estos meses de tregua santa, Mahoma salía de su refugio, y marchaba a predicar en las ferias de los alrededores. Conversos de Medina vinieron a visitarle, y con ellos Mahoma organizó la *hégira*, o huida de La Meca, el día 20 de junio de 622 de nuestra Era, que es el primero para los mahometanos.

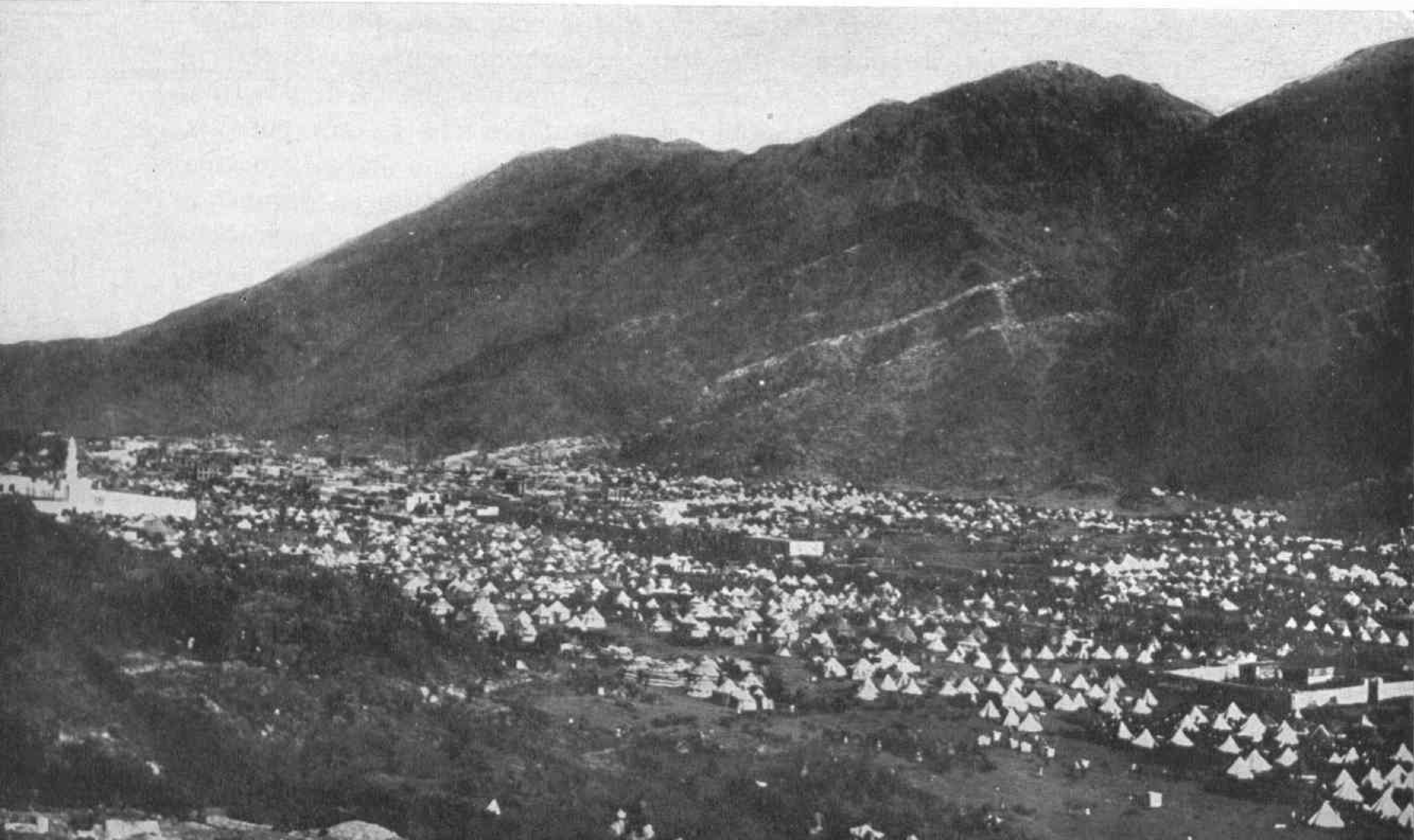
Al-Medina quiere decir «la ciudad», y se

le dio este nombre porque es la ciudad por excelencia para los mahometanos, pero antes de la hégira se llamaba Jathrib. Medina está al norte de La Meca y a una distancia en que generalmente se emplean once días de marcha. Mahoma y su compañero Abu-Béker, en su huida, salvaron esta distancia de La Meca a Medina en ocho días. Era lunes cuando llegaron a un suburbio llamado *Koba* y allí descansaron para esperar el curso de los acontecimientos. Por fin, el viernes, creyendo asegurada una buena acogida, entraron en Medina. Mahoma iba montado en su camella favorita, con Abu-Béker en la grupa; detrás seguíanle sus prosélitos, huidos de La Meca también, y que sumaban un centenar. Antes de entrar en el caserío, Mahoma practicó sus devociones en un lugar donde hoy está la mezquita llamada *del Viernes.* Y del hecho que se hiciese la primera oración en Medina un viernes, se sigue la costumbre de los mahometanos de santificar aquel día, como los judíos celebran el sábado y los cristianos el domingo.

Las gentes de Medina recibieron a Mahoma con palmas y gritos de júbilo: «Apéate, profeta, quédate con nosotros; tenemos lugar para ti y armas para defenderte.» Mahoma contestó que dejaba a la decisión de su camello el lugar en que él se detendría. El camello se detuvo delante del patio de una casa donde había tres o cuatro palmeras. Mahoma, más tarde mandó edificar allí la primera mezquita del Islam.

Medina no era una ciudad de población homogénea, estrictamente árabe, como La Meca. Varias tribus de judíos se habían establecido allí de antiguo, pero haciendo vida aparte. La llegada de los fugitivos de La Meca contribuyó a dividir más la población. Pronto hubo tres grupos: los llamados *ciudadanos,* los *refugiados* y los *judíos.* Esta división favoreció a los mahometanos, o refugiados; con la fuerza que les daban la personalidad de Mahoma y las nuevas conversiones, que siempre se producen tras la aparición de un profeta, pronto fueron el elemento predominante.

Campamento de peregrinos al pie del monte Arafat.



Y ahora entramos en otra etapa de la carrera de Mahoma. Hasta los cuarenta años fue mercader, más o menos espiritualizado; de los cuarenta a los cincuenta y tres fue profeta perseguido y predicador maltratado en su patria. Y ahora, desde los cincuenta y tres hasta los sesenta y tres, en que muere en Medina, Mahoma es, principalmente, político, organizador religioso y guerrero. Durante los dos primeros años de su estancia en Medina, Mahoma consolidó el Islam como un gobierno teocrático. Atacó sin piedad a sus antiguos enemigos de La Meca, les cerró el paso de las caravanas, les acechó en emboscadas y hasta peleó personalmente; él, Mahoma, el visionario, empuñó las armas, cayó herido, fue vencido, triunfó luego, mostró crueldad excesiva para aniquilar a los que le resistían; vio correr la sangre de centenares de prisioneros decapitados, vio morir a sus enemigos en combate singular, y ordenó campañas de exterminio contra gentes que no le habían hecho ningún daño.

Hasta parece haberle entrado un furor erótico, que, tras los años de matrimonio con Khadidja, estalla violento en su senectud. En sus últimos trece años contrae nupcias doce veces, y algunas con la agravante de ser la desposada una tierna criatura, o una judía, o su propia nuera la mujer de Zeid, quien se divorcia al saber que Mahoma la codiciaba. Incluso hácese autorizar por revelaciones su gran sensualidad, que no se detuvo ni ante las costumbres árabes, ni ante la misma ley coránica.

Las *suras* o revelaciones de esta época de Medina revisten otro carácter que las *suras* de La Meca. Hoy ambos grupos se incluyen, con el mayor desorden, en el Corán. Pero aunque los compiladores de este texto, después de la muerte de Mahoma, no hubiesen cuidado de poner, al lado de cada *sura*, el lugar (Medina o La Meca) donde fueron reveladas, podríamos distinguirlas por su estilo. Las *suras* de Medina están llenas de recomendaciones técnicas para fijar un ritual; además forman un código de ley civil que es inapelable para los mahometanos. Algunas disposiciones para la vida práctica, y algunos de los castigos para las infracciones, se contradicen en diferentes *suras*, pero los doctores del Islam lo explican diciendo que una revelación posterior aclara o corrige otra primera.

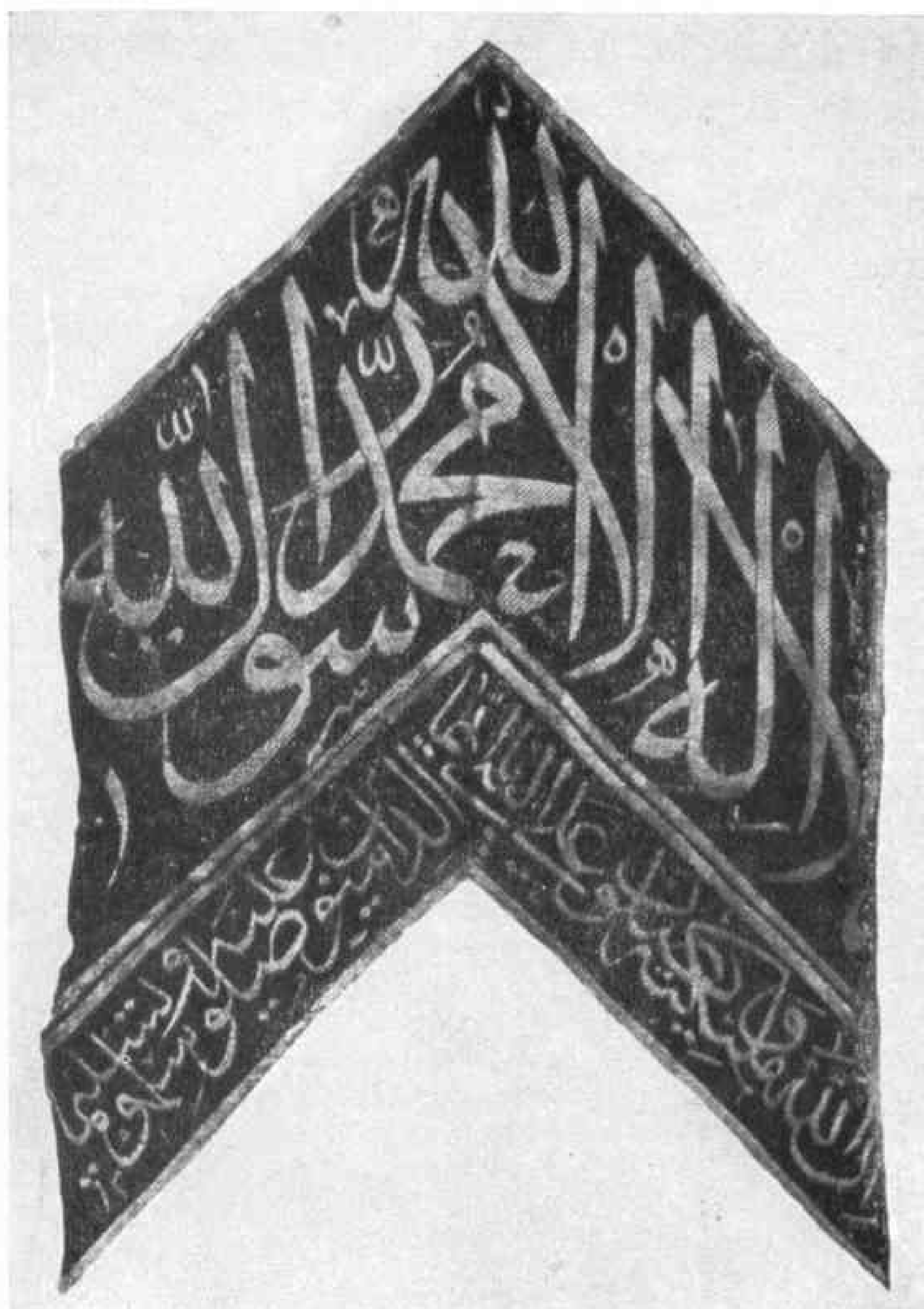


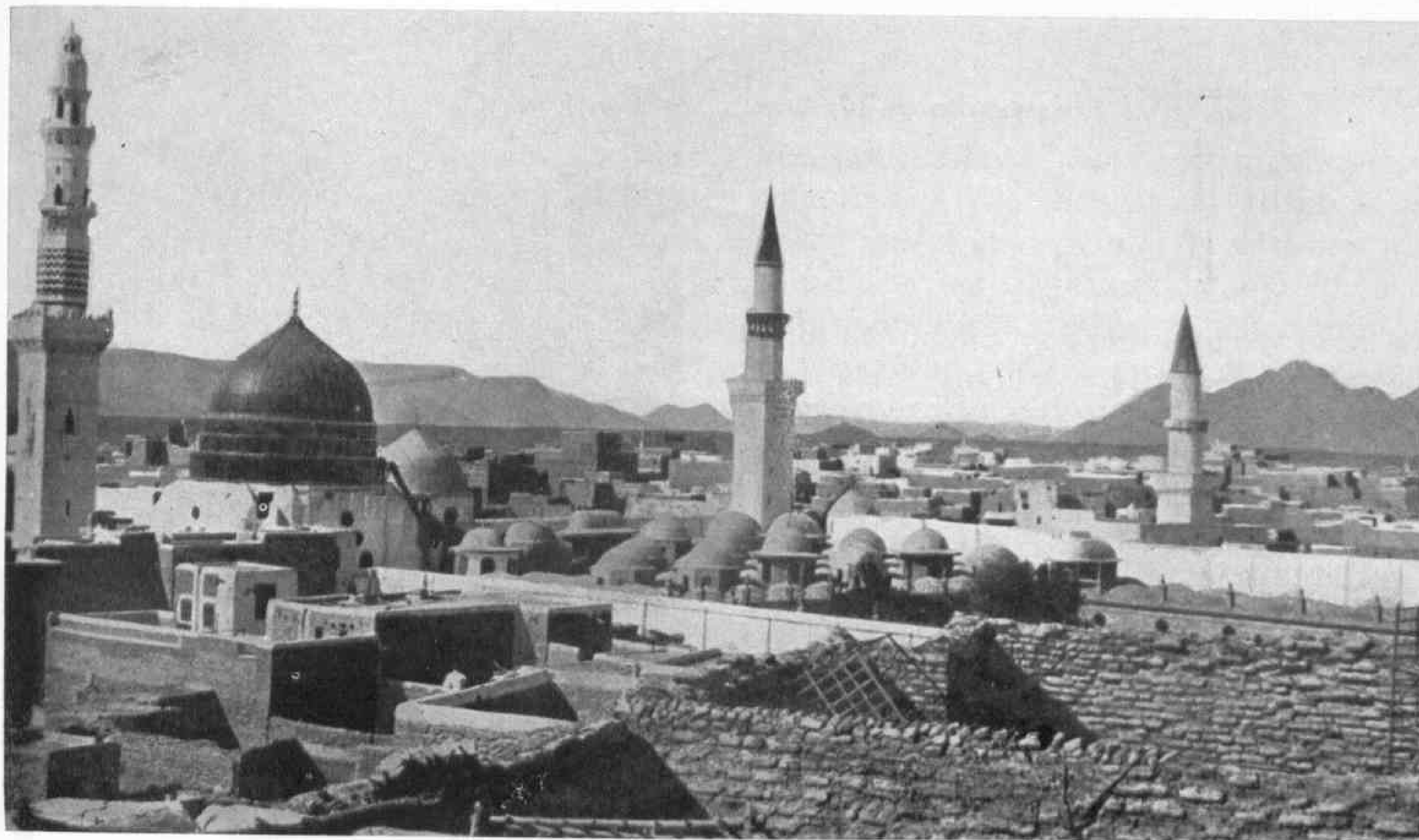
Ascensión de Mahoma al cielo, montado en su yegua Alborac, de cabeza humana. La cara del profeta está cubierta con un velo, porque nadie puede ver a Dios-Alá cara a cara.

Pero el hecho es que, con la fe de Mahoma, sus secuaces combatieron a los otros árabes y hacia el final de la vida del profeta casi toda la Arabia había aceptado el Corán. La más sensacional de sus victorias fue la conquista de La Meca el año octavo de la hégira, el 630 de la Era cristiana. Los burgueses de La Meca no opusieron resis-

tencia: Mahoma se presentaba seguido de un ejército de diez mil creyentes y aliados. Sin ir a visitar las tumbas de Khadidja y Abu-Talib, ni tan sólo entrar en su casa, Mahoma marchó directamente a la explanada de la Kaaba para destruir los 360 ídolos abominables erigidos a su alrededor. Montaba la misma camella con la que había huido de la ciudad ocho años antes, y, sin apearse, fue señalando con su bastón uno por uno los fetiches. Los mahometanos aseguran que, a esta señal, cayeron derribados como por milagro... Después Mahoma efectuó la famosa peregrinación o visita de los lugares santos de los alrededores de La Meca, visita que desde entonces tienen que practicar todos los creyentes. El año 12 emprendió Abu-Béker su peregrinación, acaso para ver personalmente, ya en calidad del más allegado al profeta, cómo seguían las cosas en La Meca. El año 13 Mahoma efectuó una última visita a la Kaaba y los lugares santos: es la que se llama «peregrinación de despedida». Pocos meses después murió, en una de las casas de adobes y techos de hojas de palma que había mandado construir para sus esposas, a uno de los lados de la mezquita de Medina. Antes de morir, Alá le envió el ángel para que le preguntara si quería continuar viviendo. Mahoma respondió que prefería lo que Dios quisiera. Murió tendido en el suelo desnudo de aquella choza, con la pobreza en que había vivido siempre. Mahoma pudo perder, con el tiempo, algo del fuego de la fe de los primeros años de su revelación, pero nunca sintió ambiciones mezquinas ni deseo de riquezas. Apenas tenía servidumbre; en el apogeo de su poder, él mismo se sacudía los parásitos de su manto, él mismo aparejaba su camella, y comía, como un pobre árabe, dátiles y leche cuajada. Sus últimas palabras fueron: «¡Señor, perdóname y reúneme contigo en el cielo!... ¡La eternidad en el Paraíso!... ¡Perdón! ¡Tu compañía bendita allá en lo alto!...»

Parte del manto que cubre la tumba de Mahoma.





Vista general de Medina, con las cúpulas de las tumbas de los primeros califas.

18 LOS PRIMEROS CALIFATOS

CUANDO Mahoma abandonó La Meca iban sólo con él, a Medina, unas cien personas. Dos años después, en el llano de Bedr, ya combatieron trescientas ocho a su lado. Y el año noveno de la hégira, regresó a La Meca seguido de diez mil creyentes y aliados. A su muerte toda la Arabia le obedecía y las rápidas conquistas de la Mesopotamia, Siria, Persia y Egipto se hicieron con ejércitos de árabes y beduinos, todos creyentes.

La prodigiosa expansión del Islam se explica a menudo recordando las querellas de Bizancio, las costumbres afeminadas de los persas, el descontento de la población indígena de Egipto, el cansancio teológico de Siria, y, sobre todo, la potencia ardiente de Arabia, exaltada por su nacionalismo religioso. ¡Pero no! Hay algo más que todo eso; hay algo positivo, algo activo por parte del Islam. Este algo positivo y activo es la fe: una fe absoluta y sincera, que no se hallaba en muchas partes del Oriente cristiano ni en el Asia, a mediados del siglo VII. Mahoma fue un inculto visionario; pero de su buena fe y sinceridad, a lo menos en sus comienzos, no puede dudarse. Vamos, ahora, a ver esta misma fe obrando en sus compañeros, sobre todo en las almas escogidas de los cuatro primeros califas y de sus colaboradores.

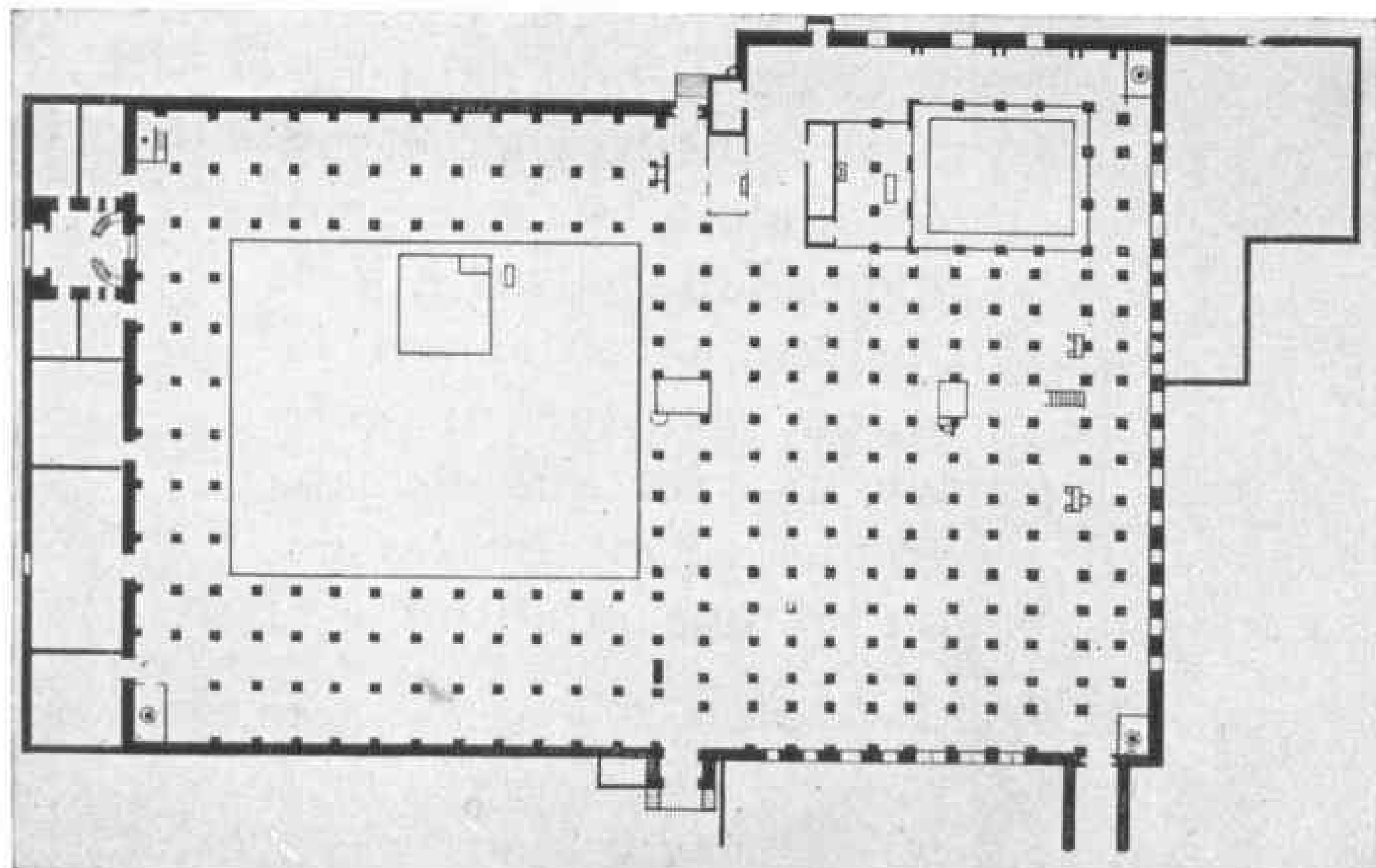
Mahoma murió sin dejar sucesión masculina. Los hijos de Fátima, su hija, y de Alí, los únicos directos descendientes del profeta, eran todavía muy jóvenes cuando él murió; además, parece dudoso que aun en el caso de haber tenido Mahoma un hijo le hubiese confiado la sucesión. Mahoma insistía en que él no era más que un profeta, un amonestador, una voz que clamaba en el desierto; sólo que, en su caso, las arenas se convirtieron en una multitud y el

Entrada de la mezquita de Medina.



eco de su voz levantó aquel pueblo en torno suyo. Como profeta, Mahoma sabía muy bien que sus facultades eran intransmisibles, y habiendo muerto sin dejar linaje masculino, se limitó a pronunciar este oráculo: «Dios da la soberanía a quien le place.» Por unas horas los burgueses de Medina creyeron que, muerto Mahoma, les tocaba ahora elegir al sucesor. Sin embargo, cuando Omar propuso a Abu Béker nadie opuso resistencia. Abu-Béker era sólo dos años más joven que Mahoma, y había sido el primer creyente extraño a la familia del profeta. Montados en el mismo camello, Mahoma y Abu-Béker habían hecho el viaje de la huida, o *hégira,* de La Meca a Medina, y, por último, Aicha, la hija de Abu-Béker, era la favorita del profeta. No había nadie con mejores derechos para suceder a Mahoma en sus funciones de jefe de Estado; pero sólo en esto, no como profeta. Ningún cargo del Islam lleva unido el don de dogmatizar y hasta los que tienen el espíritu *profético* lo pierden al llegar a Medina.

Planta de la mezquita de Medina. El patio tiene todavía el púlpito en el mismo lugar donde predicó por varios años el profeta. Las naves de la derecha son aditamentos posteriores. En las cámaras de la izquierda, donde tuvo sus habitaciones Mahoma, están hoy las tumbas de éste y de sus sucesores.



Las primeras palabras de Abu-Béker, después de la muerte del profeta, también revelan su rectitud de carácter: «Sepan los que adoren a Mahoma que Mahoma ha muerto; pero los que adoran a Dios saben que Dios vive y no puede morir.» Esta sentencia cortó de raíz la superstición de adorar la tumba o las reliquias del profeta, que tanto asustó en vida a Mahoma. Aquella misma noche se lavó el cadáver y fue sepultado en el suelo, sin embaldosar, de la cámara de Aicha, donde había muerto. Todavía hoy los mahometanos visitan, en su peregrinación a Medina, el humilde mausoleo que cubre la tumba del profeta, pero no se practica allí un culto especial ni se veneran sus restos, ni se le invoca como intercesor con Alá.

Abu-Béker fue aclamado jefe de los creyentes con el nombre de *califa,* que quiere decir *sucesor,* título muy modesto, aunque más tarde recibió el sentido de jefe del

Islam. La palabra *Islam* quiere decir fe, pero se la hace derivar de *salam,* que significa paz y contentamiento interior, porque la fe es la que procura esta paz y contentamiento a los que creen.

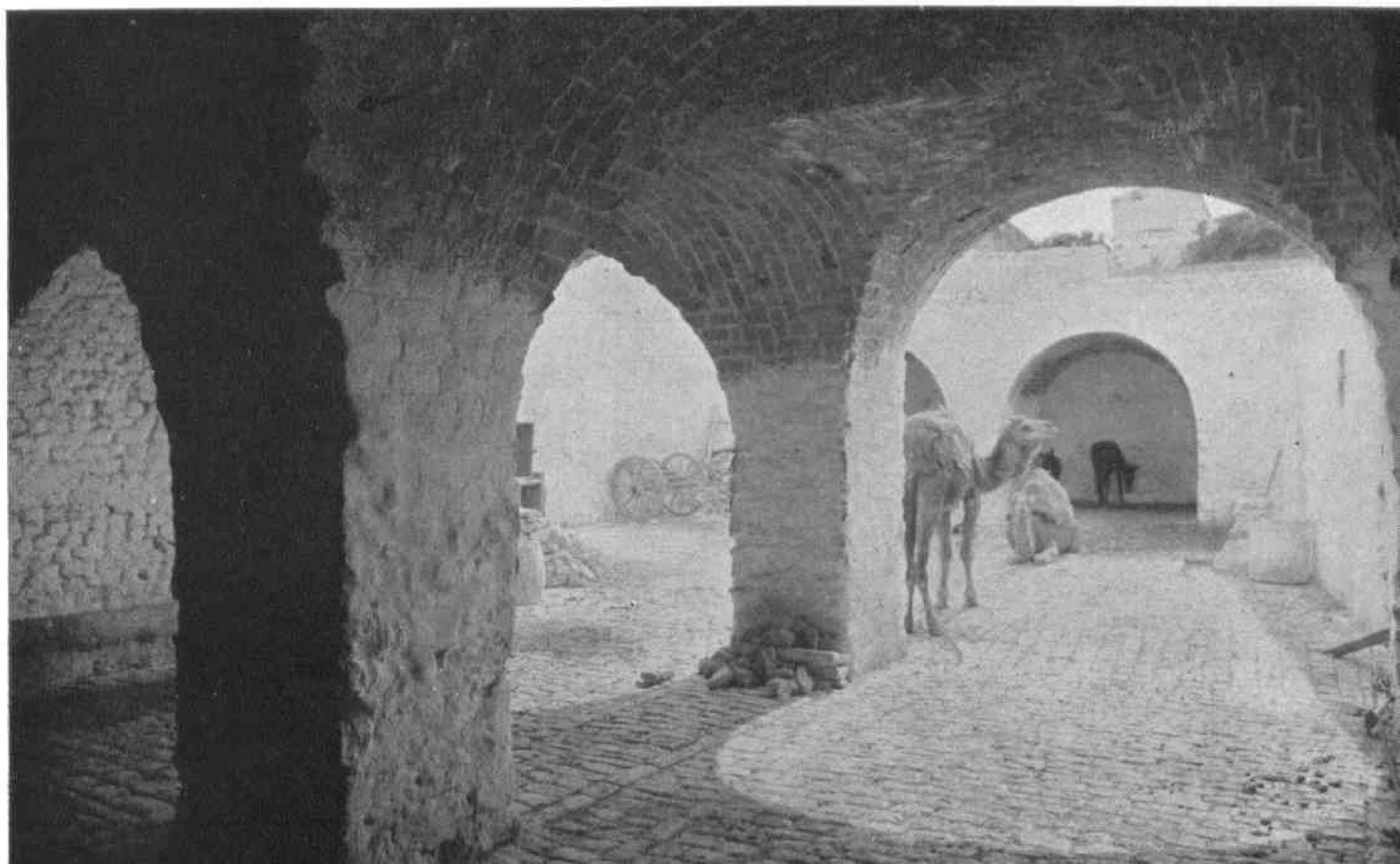
El primer año del califato de Abu-Béker fue empleado en reprimir varios conatos de insurrección entre las tribus de la Arabia. En algunos casos el motivo de la revuelta era la aparición de otros profetas; y no siempre se trataba de embaucadores, sino de espíritus mediocres y de inspiración muy intermitente; por ejemplo, un tal Toleïha, quien afirmaba que también veía al ángel Gabriel y había conseguido hacerlo creer a la tribu de los Beni-Asad.

Otro profeta, llamado Museilima, que había comenzado a manifestarse en tiempos de Mahoma, al enterarse de su muerte se levantó con otra tribu y hubo que reducirle en batalla campal. Incluso profetisas hacían valer sus oráculos para gobernar. Todo demuestra que, aun tras la muerte de Mahoma, quedó en el ambiente de las tribus de Arabia aquel fermento de profecía y de visión que tanto favorecieron la predicación del Corán. Y es de creer que si Mahoma y sus sucesores, los primeros califas, no se hubieran lanzado a una acción enérgica de conquista y proselitismo, el Islam se habría diluido en espasmos proféticos; pero Abu-Béker, en su primer sermón como califa, había dicho: «Cuando un pueblo deja de pelear por las vías del Señor, es el Señor quien se desentiende de este pueblo.»

Así es que, no bien quedó pacificada Arabia, Abu-Béker lanzó a Kalid, *el acero de Dios,* contra Caldea primero y después contra Siria. Abu-Béker desafiaba a la vez a dos formidables colosos. Parecía una locura que un Estado recién constituido, como era la comunidad religiosa de Medina, se atreviera a hostigar al antiguo Imperio de los persas, que se extendía desde Caldea hasta el Himalaya, y atacara al Imperio, todavía *romano,* de Constantinopla, que dominaba desde Siria hasta el estrecho de Gibraltar.

Pero he aquí las órdenes que dio Abu-Béker a los que partían para Siria: «Tengo diez mandamientos que confiaros: No engañéis ni robéis. No hagáis traición. No mutiléis a nadie. No matéis niños, ni mujeres, ni ancianos. No queméis los palmares. No cortéis los árboles frutales. No destruyáis las cosechas. No matéis ganado ni camellos, a menos que sea para sustentaros. Sacrificad

Caravasar o albergue árabe en Damasco.



a los monjes de cabeza rapada. Dejad en paz a los ermitaños.»

Ciertamente no habrían sido éstos los consejos que hubiera dado Heraclio, el emperador de Constantinopla, ni Cosroes, el rey de los persas, a sus soldados. Mutilaciones y destrucción eran la secuela inevitable de las guerras del Asia. Pero Abu-Béker recordaba las palabras de Mahoma, en su última peregrinación al monte Arafat, en La Meca:

«Todos los musulmanes son hermanos. Forman una hermandad. Nada que sea del uno puede ser del otro a menos que se lo dé de buena gana. Guardaos de cometer injusticias.»

Este, que se llama el sermón de la Montaña del Islam, había penetrado en el corazón de los que lo escucharon. Por esto Abu-Béker, que por su edad no podía ir en persona a la conquista de Siria, quiso acompañar el ejército al salir de Medina, para caminar un poco por *las vías del Señor*, ya que no podía pelear en ellas.

En un principio, Abu-Béker trató de gobernar sin percibir nada por su cargo de califa. Después juzgó que debía asignarse un salario de seis mil pesos al año; pero al morir dispuso que se vendiera su hacienda y se reintegrara todo lo que él había percibido.

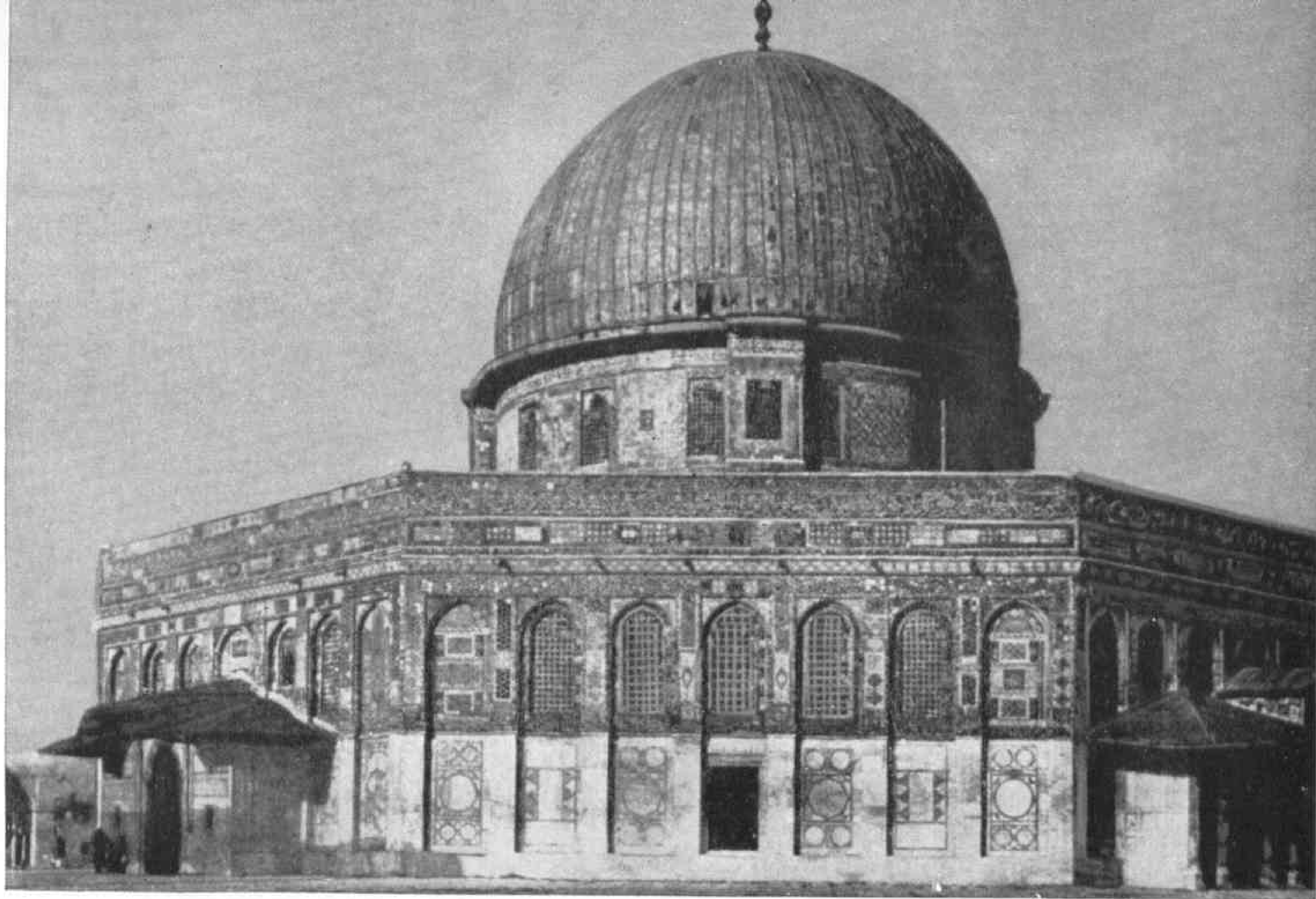
Abu-Béker, antes de morir, eligió como sucesor (o *califa*) a Omar. Es cierto que había otros *compañeros* más antiguos que éste, como Alí, Talha y Otmán, pero Abu-Béker había dicho, en el momento de la agonía, que cuando compareciese delante de Alá le diría que había escogido al mejor por jefe de su pueblo, y que el mejor era Omar.

Omar había sido mercader en su juventud y sólo se había convertido al ver la injusticia con que los mercaderes de La Meca perseguían a Mahoma. Era de carácter recto y severo, convencido como estaba de que tenía que ser obedecido porque él no podía ordenar sino cosas justas. Su primer sermón de la mezquita de Medina contiene esta frase: «Los árabes son como un camello turbulento que hay que saber gobernar. Por el Dios de la Kaaba yo os juro que os llevaré por donde tenéis que ir.»

Y, en verdad, Omar no sólo consolidó las victorias conseguidas durante el califato de Abu-Béker, en Siria y Caldea, sino que en su tiempo se conquistaron Persia y Egipto. El califa dirigía la política general desde Medina; sus generales Talid, Saad, Amrú, luchaban por su cuenta, pero Omar hizo una excepción cuando los árabes tomaron a Jerusalén. El califa entró en la ciudad santa montado en un camello y con el mismo manto de pelo que había usado todo el viaje. El patriarca le ofreció una túnica de lino, que aceptó hasta que se lavara su manto. Visitó la ciudad acompañado del patriarca y éste le invitó a rezar en la iglesia del Santo Sepulcro, donde se había puesto una alfombra para el califa. Aunque sentía gran devoción para con Jesús, Omar no podía rezar donde se recordase algo referente a su muerte, pues los mahometanos creen que Jesús fue arrebatado



Mesón árabe en Siria.



La llamada Mezquita de Omar, construida por Abd-el-Malik.

de la cruz antes de morir y ha de reaparecer un día u otro. Empero, la respuesta de Omar al patriarca da idea de la discreción de los caballeros del desierto. El mismo que había dicho que los árabes eran como un camello turbulento, tuvo ingenio suficiente para replicar que él no podía rezar en la iglesia del Santo Sepulcro, porque sus correligionarios vendrían tras él a rezar también y esto produciría dificultades.

En cambio, Omar visitó luego a Belén, y allí sí que rezó en la iglesia de la Natividad, dejándole al patriarca un rescripto en el cual ordenaba que los mahometanos sólo podrían entrar en aquel lugar de uno en uno, reconociendo así la prioridad de los cristianos para acercarse al sitio donde nació Jesús. Mas los otros lugares relacionados con la tradición de Abraham fueron reservados para el culto de los conquistadores. Sobre la roca donde se supone que Abraham se dispuso a sacrificar a su hijo, se levantó después la famosa mezquita que lleva todavía el nombre de Omar, y donde estuvo el templo de Salomón se edificó la mezquita de Al-Aksa.

Los escritores bizantinos se valen de figuras retóricas para lamentar la pérdida de Sión y de los santos lugares. Pero he aquí el texto auténtico del tratado de la capitulación de Jerusalén, firmado por Talid, Amrú, Abderramán y Moavia, los generales del califa Omar en Siria:

«En el nombre del compasivo Dios:

»Este es el tratado para las gentes de Jerusalén. El Servidor de Dios, el Jefe de los Creyentes, el Comandante de los Fieles asegura a las gentes de Jerusalén la conservación de sus vidas y propiedades, sus iglesias, sus cruces, y todo lo que las rodea para honrarlas. Sus iglesias no serán destruidas, ni transformadas, ni confiscadas, ni las cruces, ni las propiedades de los ciudadanos. Nadie será obligado a abandonar su religión, ni molestado por ella. Los judíos habitarán Jerusalén y, lo mismo que los cristianos, sólo tendrán que pagar las contribuciones que pagan en las otras ciudades,

pero nadie tendrá que satisfacer estos tributos hasta que haya recogido una cosecha. Si algunos quieren marchar, llevándose sus bienes muebles y abandonando sus iglesias y cruces, recibirán un salvoconducto para que puedan llegar a lugar seguro...»

Y que este benigno tratamiento no era una excepción, concedida teniendo en cuenta la santidad de Jerusalén, lo prueba el siguiente tratado de la capitulación de Damasco: «Este es el tratado que Kalid, hijo de Al-Welid, concede a los habitantes de Damasco al entrar en la ciudad. Les asegura sus vidas y posesiones, les permite retener sus iglesias y las murallas. A nadie se le quitará ni derribará la casa. Así lo asegura por la misericordia de Dios y la protección del profeta, de su califa y de los creyentes.» Para comprender mejor aún la benignidad de este tratado, el lector debe tener en cuenta que Damasco había sido tomada tras largo sitio y entrando por una brecha. Como detalle curioso sabemos que la capitulación se firmó en una iglesia. Naturalmente, también en Damasco los conquistadores construyeron pronto un lugar para su culto, y aún más tarde se expropió a los cristianos la antigua basílica de San Juan Bautista, a quien también veneran los mahometanos. Esta basílica bizantina, con muy pocos cambios, ha servido de mezquita hasta nuestros días. Observemos, empero, que estos tratados permiten retener o conservar las iglesias, mas no dicen nada sobre construir otras nuevas. Así no es de extrañar que, con el tiempo, los conquistadores se aprovecharan de las deficiencias de los tratados y prohibiesen edificar nuevos templos cristianos.

Pero el proselitismo por terror y las conversiones impuestas por la espada son cosas contrarias al espíritu del Islam: «No os peleéis por cosas divinas, practicad buenas obras y ellas os llevarán a Dios; El entonces os explicará vuestras dificultades.» «No obliguéis a nadie en materias de religión», había dicho Mahoma (Sura 2). «Si Dios lo hubiese querido, ya todos los hombres creerían lo mismo.» A estas enseñanzas se atuvieron los primeros califas, y si más tarde algunos musulmanes fanáticos impusieron su religión a los pueblos que conquistaron, no se puede hacer responsable de ello al Islam, y mucho menos al profeta. De esto hay que hacer la excepción de los árabes no creyentes; ellos no tenían que cambiar de religión para aceptar el Corán, sino volver a su fe primitiva. El Islam tenía que ser la fe de la Arabia: «No ha de haber en ella otra religión», había dicho Mahoma al morir, y por esto prohibió que los no creyentes fueran con los peregrinos a La Meca, y también por esto los primeros califas expulsaron de la Arabia a todos los que no eran musulmanes.

Los *pueblos de la Escritura,* o sean los judíos y los cristianos, fueron tratados con gran benevolencia por los primeros califas. He aquí las llamadas *doce condiciones* que, según la tradición, impuso Omar a los pueblos sometidos. Seis de las condiciones, sólo seis, son necesarias; las otras seis son deseables. Las seis necesarias son: No hacer escarnio del Corán ni de Mahoma. No casarse con mujeres musulmanas. No tratar de convertir a un musulmán. No herirle ni robarle. No ayudar al enemigo ni a sus espías. Las seis condiciones deseables, que algunos musulmanes creen demasido duras para poderlas atribuir a un espíritu tan noble como Omar, son: Llevar los no creyentes un vestido especial, por lo menos una marca amarilla en el traje. No construir casas más altas que las de los musulmanes. No tocar las campanas ni leer sus Escrituras en voz alta. No beber vino públicamente. Esconder los puercos de la vista de los creyentes. No montar a caballo, sino en mulos y asnos.

Pese a este benévolo tratamiento, se comprende que las poblaciones judías y cristianas se sentirían molestadas por los árabes, cuya fe primitiva venía a veces sobrecargada con el furor del neófito. Esto explica que muchas poblaciones de Siria se hallen abandonadas y parezcan hoy como colmenas vacías. Lo mismo ocurrió más tarde en Africa del Norte. Por su parte, los

Mezquita de Al-Aksa, donde estuvo el templo de Salomón.



árabes también deseaban estar solos; de aquí la fundación de Al-Bosra y Al-Kufa, en Mesopotamia, y Al-Fustat, en Egipto, ciudades nuevas que empezaron siendo campos militares, pero que llegaron a tener doscientas o trescientas mil almas. La creación de estos campos fue también idea de Omar; él comprendía la necesidad de mantener guarniciones fuertes en los países conquistados, pero también veía el peligro de introducirlas en las viejas ciudades del mundo antiguo, donde civilizaciones milenarias parecían haberse esforzado sólo en corromper la Humanidad con idolatrías y supersticiones. Se escogían sitios nuevos, sanos, con agua abundante; allí los veteranos de las guerras del Islam recordaban los consejos, parábolas, frases y sentencias de Mahoma y de sus compañeros. En las que hoy llamaríamos colonias militares de Al-Kufa y de Al-Bosra se formó, tanto o más que en Medina, la llamada *tradición,* o colecciones de dichos y hechos de los primeros días del Islam, que es una fuente de información suplementaria del Corán tanto para la teología como para la moral y la jurisprudencia.

Las compilaciones de la *tradición* de Al-Kufa y Al-Bosra son muy voluminosas y algo contradictorias. Su estilo es singular: todos llevan al principio una filiación o genealogía que establece el origen, derivado de la boca del profeta o de uno de sus compañeros. Por ejemplo: «Oí decir a mi padre, que lo sabía de su abuelo, quien lo había oído de Fulano, que éste oyó decir a Mengano que el Profeta, la última vez que entró en la Kaaba, dijo: —Siento haber entrado aquí, porque desearán imitarme todos los peregrinos y no habrá lugar para tantos...» Y miles y miles de *tradiciones* por este tenor.

En las grandes ciudades militares de Al-Bosra, Al-Kufa y Al-Fustat, los veteranos ponían un empeño casi romántico en conservar en toda su pureza su condición de árabes del desierto. Florecía la poesía de temas patriarcales, y también la sátira política, que había dado tantos disgustos a Mahoma; pero sobre todo se conservaban las costumbres militares y la disciplina. Un día la guarnición de Al-Fustat, en Egipto, invitó a las poblaciones vecinas a visitar el campamento. Delante de los griegos y egipcios, consumidos por la molicie, los árabes comieron su asado frugal de camello, hechas las porciones de carne según la cos-



Extensión del Islam hacia el año 725.

tumbre del desierto, que manda sacrificar un camello para cada noventa personas. Al día siguiente los invitados vieron cómo los árabes hacían asimismo buena acogida a un banquete de platos refinados. Por fin, la lección terminó con una parada y ejercicio militar que dejó estupefactos a los griegos y egipcios. Cuando contaron al califa, en Medina, esta estratagema de sus guerreros de Egipto, la aprobó diciendo: «La suerte de la guerra depende tanto de la decisión y del arte como de la fuerza.»

A Omar se debe también la organización elemental, pero efectiva, de los recursos del Islam. Como éste, según Mahoma, era una fraternidad, los musulmanes no pagaban tributos; no debían dar más que un diezmo para las obras de caridad, a las que proveía el Estado. El gobierno o el califa, desde Medina, repartía este diezmo, o *zahat,* para beneficencia. El *zahat* se paga aún; es una de las cinco prácticas rituales que debe hacer todo musulmán, pero el tanto por ciento ha variado mucho según las sectas y las épocas.

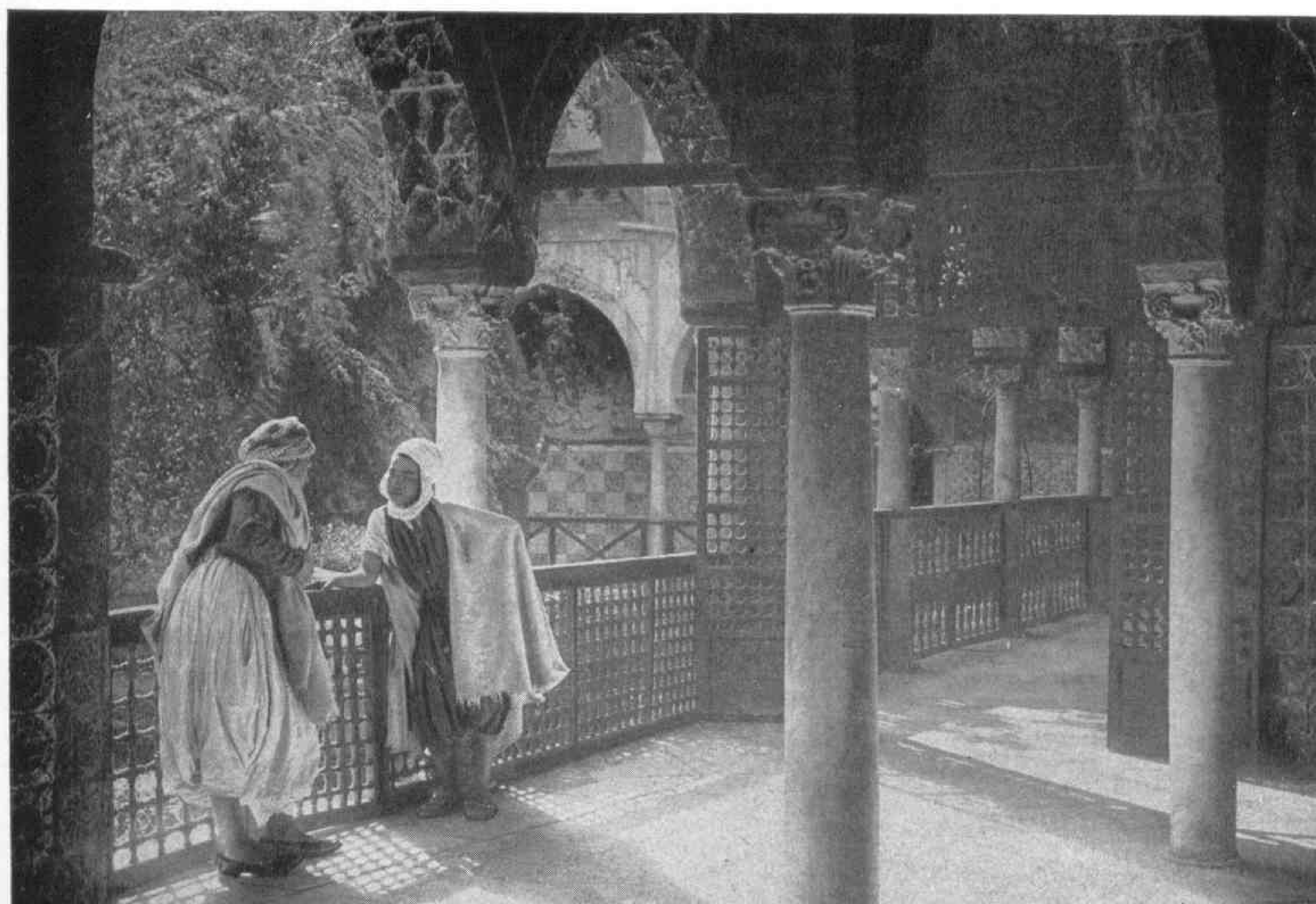
Los pueblos puestos bajo la protección del Islam, esto es, las poblaciones de los países conquistados, debían pagar dos clases de tributos: uno, según los ingresos, y otro, personal, por cada hombre hábil. El primer tributo era sobre la tierra de cultivo, y el segundo, un encabezamiento igual por persona, del que sólo estaban excluidos mujeres, viejos y niños. Los juristas mahometanos consideraban este tributo como un rescate de guerra; por esto todos pagaban igual, porque la vida era la misma para todos; pero las personas inútiles para la guerra no debían pagar tampoco este tributo, porque según las prácticas del Islam no habrían caído prisioneros. Era el mismo concepto romano de la esclavitud.

Además, el Islam cultivaba como una explotación del Estado los grandes predios comunales de los antiguos imperios conquistados, y en la Mesopotamia se habían roturado grandes extensiones de los inmensos parques de caza de los magnates persas. Los ingresos de estas empresas agrícolas iban directamente a Medina y servían para

pagar a los veteranos. Esta simple organización casi comunista se hizo cada vez más difícil por dos razones. La primera, porque el Islam no disponía de técnicos para dirigir explotaciones en gran escala: tenía que valerse de griegos, coptos y caldeos, que miraban a veces a los árabes con desprecio. La segunda razón, acaso la más importante, porque el privilegio de los creyentes de no tener que pagar tributos, y de vivir casi a costa del Estado, llevó a muchos recalcitrantes a aceptar el Corán. Conversiones de pueblos en masa no son exclusivas de esta época, pues más tarde se vio como ocurría lo mismo cuando la Reforma y en América. Pero, en este caso, las ventajas — no pagar tributos — eran tan manifiestas, que coptos, caldeos, sirios, persas y bereberes se convirtieron sin vacilar. Por esta causa pronto hubo más creyentes que infieles en tierras del Islam y fue preciso procurarse, con tributos de los creyentes, la contribución que antes sólo pagaban los infieles. Pero, en fin, la organización que dio Omar a la parte administrativa del Estado hubo de dejar rastro para siempre.

También se debe a Omar la compilación del Corán, que hasta entonces se recitaba de memoria. Omar encargó a un escriba, que había sido amigo de Mahoma, llamado Zeid-ibn-Thabit, una redacción escrita, que es poco más o menos (fue revisada después, en tiempo de Otmán) la que todavía tenemos. Zeid encontró buen número de capítulos cuya redacción había sido ya definitivamente establecida, pues eran recitados sin variación desde los tiempos de Mahoma. Pero había otras *suras,* o revelaciones, menos populares, que se conservaban escritas en hojas de palma, en pedazos de cuero, en piedras, en huesos de camello, o *en el corazón de los creyentes.* Zeid, con gran respeto, lo incluyó todo en un manuscrito que se confió al cuidado de Hafsa, la hija de Omar que estuvo casada con Mahoma. La formalidad de Zeid se revela en el hecho de no querer ordenar las suras del Corán cronológicamente; puso las más largas al

Repitiendo la *tradición* (Hadith) o leyenda de los primeros años de la hégira.

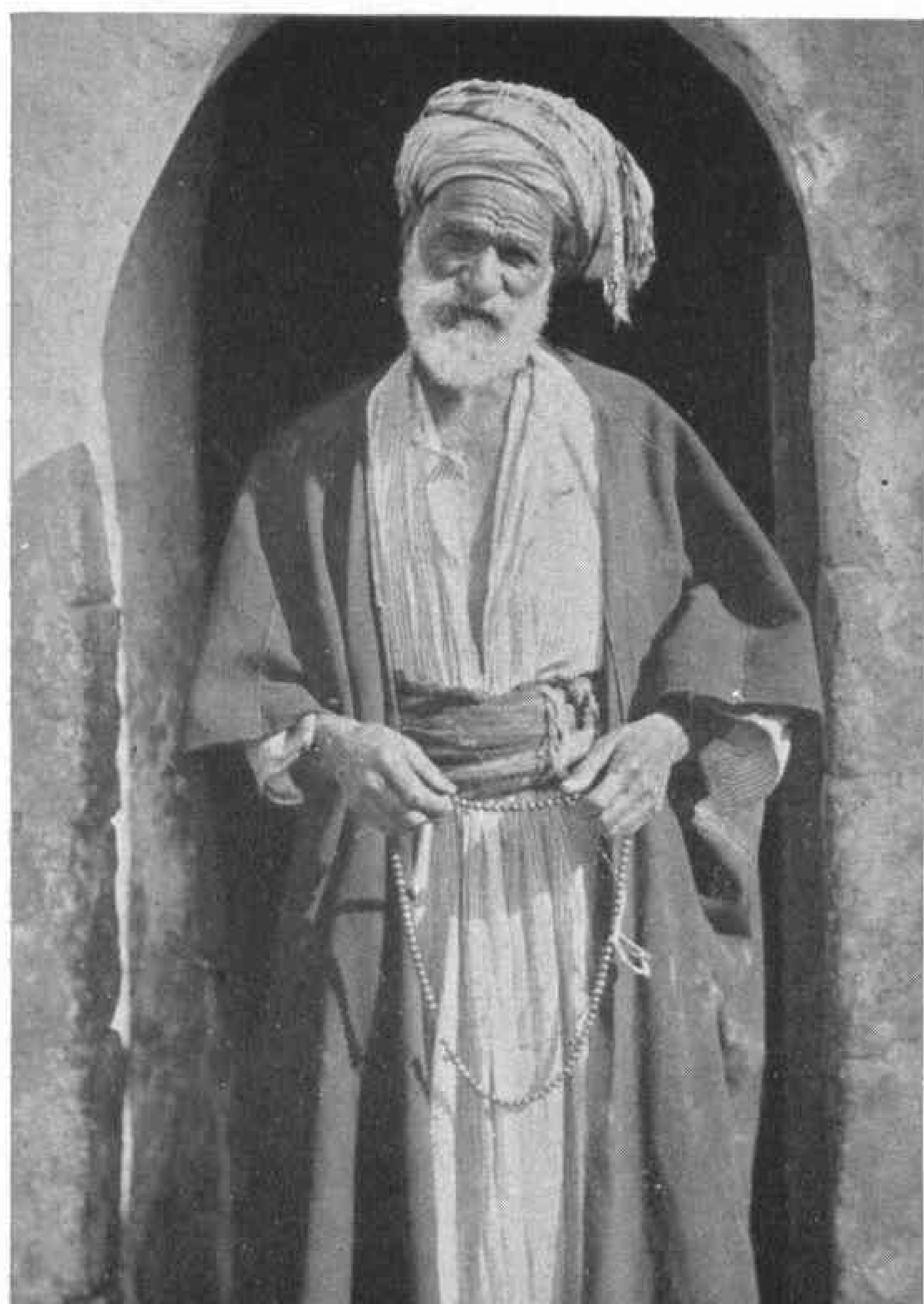


principio y las más cortas al final, pero conservó el precioso detalle del lugar donde habían sido inspiradas, o *descendidas*, a Mahoma; cada sura lleva el epígrafe de *revelada en La Meca*, o *revelada en Medina*.

El califato de Omar duró diez años; el 23 de la hégira fue asesinado por un esclavo persa, descontento porque le habían traído a Medina. Herido de muerte, su agonía se prolongó varios días, durante los cuales pudo tratar con sus compañeros del asunto de su sucesión. Por fin, confió el encargo de escoger el nuevo califa a Alí, Talha, Abderramán, Otmán, Az-Zubeir y Sad. Una vez enterrado Omar al lado de Abu-Béker y de Mahoma, los compromisarios acordaron aceptar al que propusiese Abderramán; éste proclamó a Otmán, postergando a Alí, el otro candidato.

Otmán era más viejo que Alí, pertenecía a la familia de los llamados omeyas, porque descendían de un tal Omeya. Los omeyas habían sido los peores enemigos de Mahoma entre los mercaderes de La Meca, con la sola excepción de este Otmán, que se había convertido poco después que Abu-Béker. Otmán era, pues, más antiguo creyente que Omar y había demostrado la sinceridad de su fe contra los de su familia peleando desde los primeros días al lado del profeta. Pero no podían compararse sus derechos a los de Alí, el primer converso, hijo adoptivo de Mahoma y, además, casado con su hija Fátima. Todavía quedaba la duda de si Otmán, cuando fuera califa, no querría proteger a sus parientes, que sólo se convirtieron después de la toma de La Meca. Y esto fue lo que pasó. Un sobrino de Otmán, llamado Maruán, actuando de consejero, hizo tan impopular al califa, protegiendo a los omeyas, que los veteranos de las colonias militares de Al-Kufa, Al-Bosra y Al-Fustat enviaron varias comisiones a Medina para pedir a Otmán un cambio de política. Lo que ocurrió entonces en Medina denota la simplicidad de costumbres de los primeros califas. Otmán no tenía guardia personal, ni había en Medina una guarnición que pudiera hacer oficios de policía para imponer orden a los sediciosos.

Las discusiones entre el califa, completamente indefenso en Medina, y las diputaciones de los veteranos, cada vez más envalentonados, acabaron con el asesinato de Otmán en su propia casa. Se le había tenido allí sitiado varias semanas, pidiéndole que abdicara. Otmán no quiso hacerlo, alegando la santidad de su cargo. Nadie le defendió. Por fin los revoltosos apuñalaron un día al viejo califa mientras estaba leyendo el Corán. Otmán murió, si no como un héroe, por lo menos convencido de que era el sucesor legítimo del profeta y el elegido por Dios como jefe de los creyentes, y que ni él podía abdicar ni nadie podía destituirle. Su califato había durado doce años. Tenía ya ochenta y dos cuando fue asesinado, pero la dignidad con que supo



Santón sunnita con su rosario, recitando los noventa y nueve nombres de Alá.



Anciano árabe del norte de Africa.

morir y el respeto que demostró en sus funciones de califa en sus últimos días, prueban que había sido justa su elección.

Por fin llegaba la hora para Alí; parecía que sólo él, con el prestigio que le daba su parentesco con el profeta, podía dominar la situación. Con todo, aun entonces vaciló; con la humildad, que fue su defecto y su virtud capital, hizo protestas de obedecer a cualquiera de los compañeros, en especial a Talha, o Az-Zubeir, si éstos hubieran sido elegidos, pero los sediciosos y los ciudadanos de Medina aclamaron a Alí y no tuvo más remedio que aceptar el califato.

Alí, en su juventud, había sido un gran guerrero; de natural más bien flojo y contemplativo, en los combates se le despertaba un furor bélico que le llevaba a acabar con su enemigo. Al envejecer, había engordado, pero durante su califato volvió a ser capaz de grandes energías. Levantó varios ejércitos para someter a los sediciosos, pero no dejó de enfrentarse con sus adversarios con la magnanimidad que era de esperar del pariente más próximo del profeta.

Alí empezó por trasladarse a Al-Kufa, donde tenía más partidarios. Hay que recordar que había muchos omeyas en Al-Bosra y en Al-Fustat, a los que hubo de eliminar con una primera campaña. Pero, además, Siria estaba gobernada por un pariente de Otmán, el mismo Moavia que hemos encontrado ya firmando la capitulación de Jerusalén. Moavia no era un ambicioso vulgar, aunque nadie podía olvidar que era hijo de Abu-Sufián, el omeya que había sido jefe de los que persiguieron a Mahoma. Abu-Sufián peleó contra los creyentes en todas las acciones en que se decidió la suerte del Islam y se asegura que en la batalla de Ohod, una de las mujeres de Abu-Sufián, precisamente la madre de Moavia, se ensañó con los cadáveres de los creyentes. Era proverbial entre los musulmanes recordar este acto de la madre de Moavia como ejemplo de ferocidad.

No obstante, después de la toma de La Meca por Mahoma, Abu-Sufián aceptó el Corán, y su hijo Moavia, en Medina, fue algunas veces empleado por el profeta como amanuense. Moavia hizo su aprendizaje militar al lado de Talid y fue Omar, no Otmán, quien algunos años más tarde le confió un cargo tan importante como el de gobernador de Siria.

Pero Moavia, como buen omeya, se indignó por el asesinato de Otmán y manifestó no quererse convencer de la inocencia de Alí, quien se hallaba en Medina durante los días trágicos de la sedición y no hizo nada para proteger al viejo califa. Pronto el descontento de Moavia tomó caracteres de una abierta rebelión y Alí tuvo que pasar a Siria para combatirle.

Así empezó la primera y más penosa guerra civil del Islam. De un lado estaba Alí, considerado como el califa legítimo por sus títulos y proclamación, y del otro Moavia,

el gobernador rebelde de Siria, que se presentaba como vengador del califa asesinado. Alí derivaba sus fuerzas de Medina y de toda la Arabia, y además tenía a su lado las guarniciones de Al-Kufa y Al-Bosra, con multitud de árabes beduinos. Moavia disponía, no sólo de los ejércitos de Siria, sino también de todos los partidarios de los omeyas, y contaba con la solidaridad del gobernador de Egipto.

La batalla decisiva, famosa en los anales del Islam, se dio en el vado del Eufrates, en Suffru. Tras unas negociaciones que duraron dos meses, mientras los ejércitos estaban acampados uno enfrente del otro, viendo Moavia que no había posibilidad de llegar a un acuerdo, pensó que *las espadas decidirían*. La batalla duró tres días, desde el 29 al 31 de julio del año 658 (el 36 de la hégira). Los partidarios de Moavia, al tercer día, parecían llevar la peor parte, cuando se les ocurrió una estratagema que paralizó a los partidarios de Alí. Pusieron el Corán, que cada uno llevaba, en la punta de sus lanzas, pidiendo entonces a gritos que fuese el Libro y no las espadas las que decidieran. Ante tal intimación, sabían que Alí, dado su carácter piadoso, no podría por menos de conceder una tregua y demorar la solución, que pronto hubiera resultado clara con el éxito de la batalla.

Alí y Moavia nombraron un representante cada uno; éstos tenían que decidir, en el término de seis meses, quién sería el califa. En la expectativa, Moavia regresó a Damasco y Alí a Al-Kufa. Ambos habían perdido muchos de sus combatientes, pero además Alí había perdido el prestigio que le daba su título de califa indiscutible. Nadie, en su campo, habría soñado antes de la batalla en que Alí podía ser destituido, y ahora sus derechos estaban a merced de unos compromisarios. Para mayor desgracia, éstos no pudieron hallar una solución dentro de los seis meses. Todo parecía augurar una nueva campaña de Alí contra Moavia cuando ambos fueron heridos casi a la misma hora, un viernes, al llegar a la mezquita de Damasco y de Al-Kufa, respectivamente. La herida de Moavia, aunque envenenada, no fue mortal, pero Alí murió pocos días después. Interrogados los asesinos, dijeron se habían juramentado, en el recinto de la Kaaba, para asesinar a ambos, Alí y Moavia, como la mejor solución para mantener unido el Islam. El asesino de Alí añadió el pintoresco detalle de que le había costado mil pesos el veneno de que había impregnado el puñal. Más aún, al enterarse de que Moavia no había muerto, ofreció que si le dejaban en libertad se comprometía a ir a Damasco para matar a Moavia, jurando que después volvería a Al-Kufa para ser ajusticiado por la muerte de Alí.

Los que premeditaron los asesinatos de Alí y de Moavia formaban parte del grupo de los llamados *kavari,* o intransigentes. Para el sentir de los *kavari,* el Islam tiene



Persa chiíta o descendiente de Alí, con su turbante verde, leyendo las escrituras.



Mezquita de los Omeyas.
Damasco.

que ser una fraternidad gobernada por Dios, esto es, una cofradía religiosa, manejada a lo sumo por un grupo elegido por los creyentes, de ninguna manera un gobierno monárquico presidido por un déspota. Pero al poco tiempo Moavia se proclamó a sí mismo califa e hizo reconocer a su hijo como sucesor. De este modo quedaba iniciada la dinastía de los califas omeyas de Damasco, la cual duró desde el año 41 hasta el 127 de la hégira (662 a 749 de Jesucristo).

La incertidumbre de la sucesión creó en el Islam una serie de partidos, que son hoy verdaderas sectas religiosas. Ya hemos citado el de los *kavari;* también es evidente que el de los partidarios de Alí tenía que originar otra escisión; al fin y al cabo, Alí había muerto como un mártir y sus hijos eran nietos de Mahoma. Uno de ellos, Al-Hassán, fue elegido en seguida califa en Al-Kufa, como si tuviera que suceder a su padre y continuar la lucha con los omeyas; pero de natural místico, abdicó en favor de Moavia y se retiró a Medina, donde murió envenenado por una esclava. Dejó muchos hijos, los cuales forman la aristocracia del Islam; se distinguen entre los mahometanos por llevar turbante verde.

Veinte años más tarde, habiendo muerto ya Moavia, otro hijo de Alí viose tentado a dejar su retiro de Medina y presentarse en Al-Kufa con el fin de reclamar el califato. Al llegar a Al-Kufa, después de tres semanas de fatigosa marcha por el desierto, encontróse con que la guarnición no estaba muy dispuesta a recibirle. Al-Husseín solo, con un grupo de setenta personas de su familia, mujeres, niños y criados, se encontró en Kerbela con el ejército que el hijo de Moa-

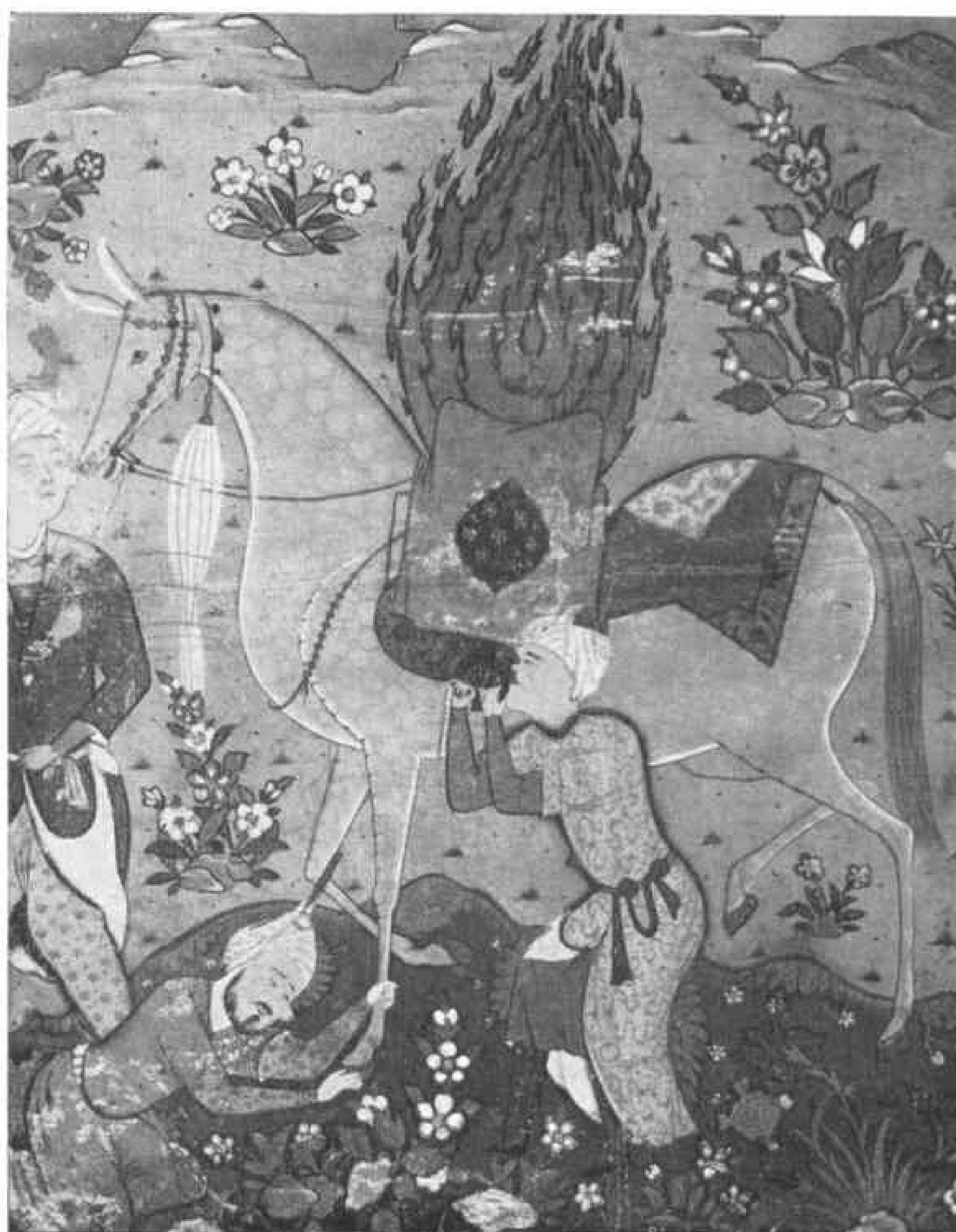
via enviaba precisamente para combatirle. Eran setenta con Al-Husseín, y fueron todos sacrificados ferozmente por los omeyas el 10 de octubre del año 680.

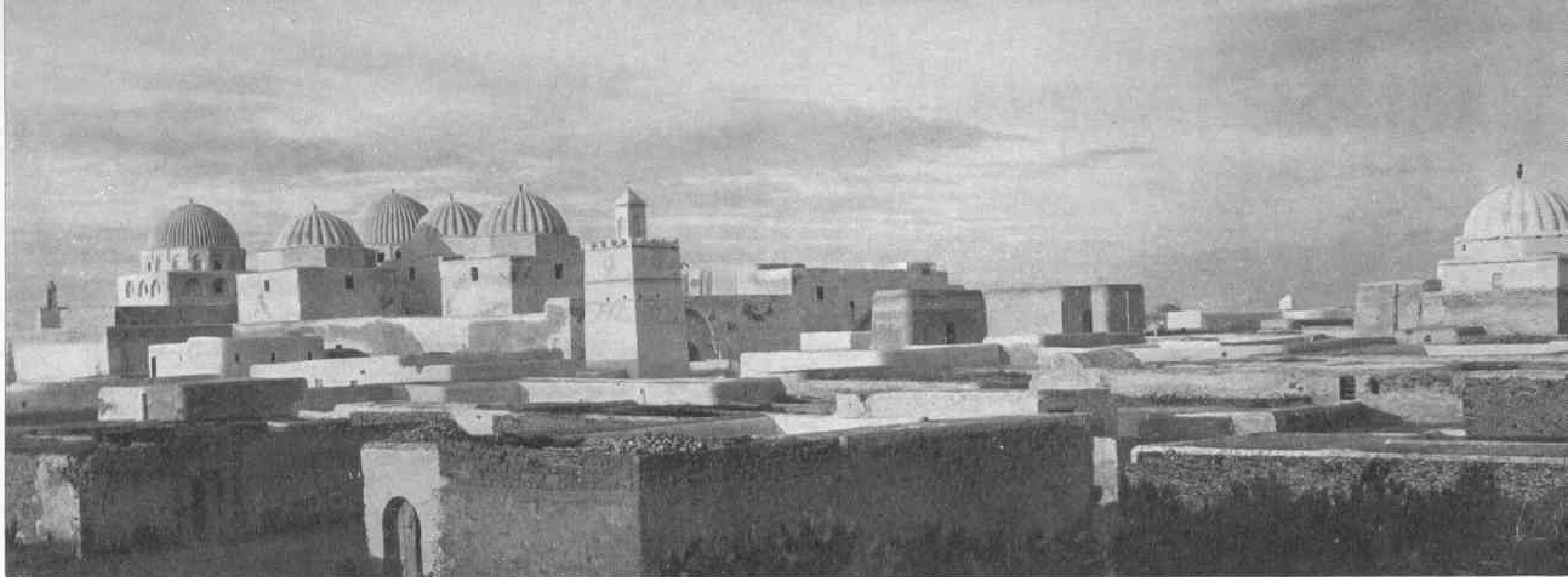
Cada aniversario de aquel día nefasto los mahometanos del mundo entero recuerdan con horror el martirio que sufrió la pequeña banda de Kerbela. En el lugar mismo, cerca del Eufrates, se representa al vivo el exterminio de los parientes de Alí, y se va a Kerbela en peregrinación como a La Meca. Viene a ser una especie de drama que dura por espacio de varios días.

Esta catástrofe de Alí y de los suyos, que entre otras gentes se hubiera convertido en una cuestión de legitimismo, tomó en el Islam un singular matiz religioso. La humildad de Alí, la condescendencia de Al-Hassán, el sacrificio de Al-Husseín, pronto fueron más que santidad... fueron cualidades divinas que no había poseído el mismo profeta. Alí y sus hijos y descendientes se transformaron en *imanes*, o encarnaciones de la sabiduría divina. Mahoma, el profeta, no había hecho más que hablar como un portavoz, inspirado por Alá, mientras que a su lado el *imán*, o sea Alí, callaba presenciando sin decir nada la revelación de algo que era él mismo. Esta fantástica teoría del *imanado* divide todavía hoy al Islam en dos grandes ramas. La primera es la de los *sunnitas*, que aceptan a Alí como un santo, hijo adoptivo de Mahoma y nada más. La otra rama, que comprende toda la Persia y gran parte de los musulmanes del Asia y de Egipto, es la de los llamados *chiítas*, que quiere decir *separados*. Los chiítas insisten en que Alí fue más que el hijo adoptivo de Mahoma; fue un imán escondido e ignorado, que no se reveló como tal hasta su muerte. Otro imán, naturalmente, es Al-Husseín, el mártir de Kerbela; más tarde, otro imán, viéndose perseguido, se escondió en una gruta entre Medina y Bagdad, de la que se espera que salga todavía. ¡Quién hubiera podido esperar tales extravíos de la fe racionalista de Mahoma y sus compañeros!

imán

Llama representando el espíritu de Alí, a caballo, con fieles chiítas que besan el estribo y la pata del corcel.





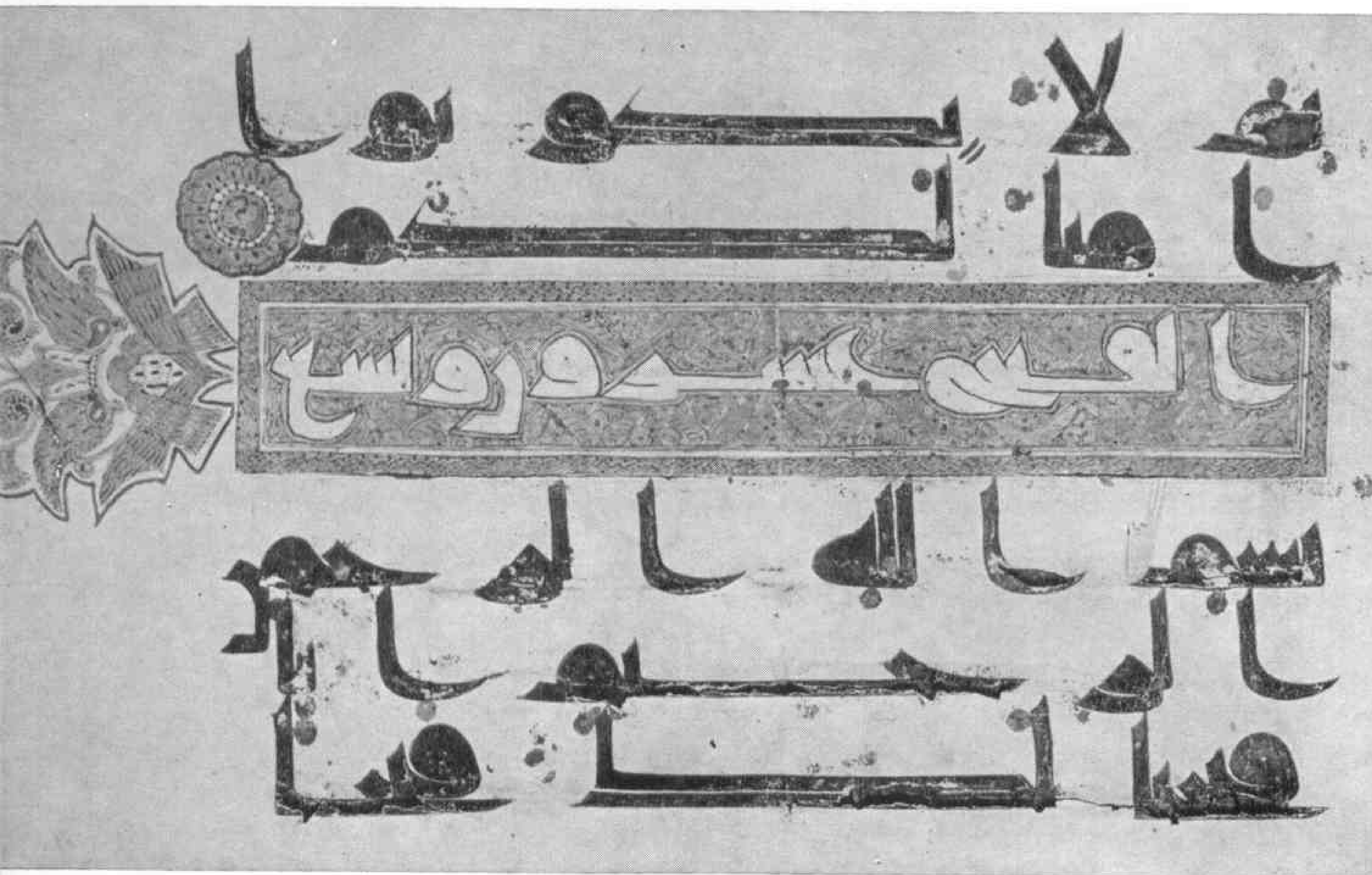
Vista general de la mezquita de Kairuán en Túnez.

19 LA CIENCIA ARABE. AVICENA, ALGAZEL Y AVERROES

Mientras en el Occidente el Papa y el emperador esforzábanse en dar forma a la organización social de los nuevos pueblos cristianos, en el Oriente islámico la gran oleada del pensamiento avanzaba y subía como en las horas más críticas de la Humanidad. Hemos dicho el Oriente islámico y la frase no es exacta: en todo caso, el Oriente llegaba entonces hasta el Atlántico. Recordemos que el Islam, con su califa en Damasco o en Bagdad, se extendía desde los Pirineos hasta el Himalaya, y las provincias más ricas del Imperio romano, Africa, Egipto, Sicilia y Siria, eran musulmanas. Más allá de Mesopotamia, Persia había tenido que aceptar el Corán, y las tierras casi vírgenes de Bokhara, Samarkanda, Meru y Balk participaban de la vida del Islam con un ardor de neófito.

En los siglos IX y X el contraste no era entre el Occidente latino y el Imperio de Constantinopla, sino que ambos, griegos y latinos, estaban en pugna con los musulmanes. Porque, en esta época, los árabes no sólo tuvieron una cultura más moderna que la del Occidente, sino que, además, la conocemos mejor. Mientras los monjes latinos nos han dejado sólo cronicones con listas monótonas de sucesos, y los retóricos griegos de Bizancio no escribieron más que comentarios de querellas ya caducas, los pensadores del Islam volvieron a proponerse los problemas del origen de la materia, de la creación directa de las cosas por Dios, por sí mismo o por medio de agentes suyos, del porqué de las causas y los secretos de la vida, del origen del bien y del mal, organizando sus conocimientos en tratados sistemáticos que continuaban la ciencia antigua y anticipaban el Renacimiento. Y todo esto, si no a base del Corán, a lo menos con el intento de armonizar con él el pensamiento filosófico. Pero el hecho de que el Islam no tenga magisterio jerárquico facilitó el que la filosofía de los árabes, como explicación del mundo, tuviera un sentido muy autónomo. Cuando se habla de fe ortodoxa en el Islam se quiere decir sólo la secta a que pertenece el califa reinante. No hay una Iglesia que pueda decidir en concilio, ni existe tampoco nadie, en el Islam, que esté investido de autoridad doctrinal decisiva.

Y no es que los problemas que llamaría-



Corán con letras cúficas, la caligrafía adoptada en Al-Kufa.

mos dogmáticos no preocuparan a los musulmanes; al contrario, la teología y el derecho son las dos únicas especulaciones que los *creyentes* consideran dignas de poner en ellas toda su atención. La teología y la mística enseñarán cómo podremos ascender a Dios, mientras que la tradición *(Hadith)* y el Corán, nos muestran cómo proceder rectamente con nuestros semejantes. Causa sorpresa que la fuente de estas ciencias fundamentales pueda encontrarse en un libro tan poco ordenado como el Corán, pero más sorpresa causa que la *tradición* atribuya a Mahoma estas palabras: «Al que busca conocimiento, Dios le muestra el camino del Paraíso. Estudiar es un acto de piedad. La tinta del sabio es más santa que la sangre de los mártires.» Parece como si a veces Mahoma se doliera de la ignorancia de su pueblo, de la que él era también víctima. Es dudoso que Mahoma supiera leer y escribir; de continuo muestra su amargura por conocer sólo a medias lo que sabían *los pueblos de la Escritura,* o sean cristianos y judíos.

Dado el fatalismo original de la raza árabe, se comprende que lo primero que debía hacer pensar a los musulmanes sería el problema de la salvación. Mahoma había dicho en el Corán: «Esta vida es un sueño, despertamos cuando morimos.» (Sura 50, 21). Convenía, pues, preocuparse del despertar. ¿Es Dios quien nos salva, o somos nosotros los que, por la piedad y la caridad, alcanzamos la salvación? Y sin demora vemos en el Islam repetirse, en cierto modo, la controversia de la predestinación y el libre albedrío, que habían discutido dos siglos antes San Agustín y Pelagio. Podríamos citar a centenares de textos del Corán en los que Dios declara obrar como un monarca absoluto, quien decide arbitrariamente el curso de los acontecimientos; pero en la mayor parte de las ocasiones, la voluntad de Dios parece ser la ley de la naturaleza, y por añadidura hay también textos como éste: «El que se pierde es responsable de su error.» (Sura 10, 108). Era, pues, inevitable que sin una autoridad que estableciera un criterio dogmático, el Islam se dividiera en este punto

en tantas opiniones como matices son posibles entre los dos extremos: predestinación y libre albedrío. Aquellos que sentían mayor apasionamiento por esta segunda solución llegaron a decir: «Si estamos predestinados de antemano a pecar, Dios es tan pecador como nosotros y cómplice de cada pecado que cometemos».

Un corolario de este problema de la salvación es saber si los castigos serán eternos para los musulmanes, y también si empezarán inmediatamente después de la muerte o el día del Juicio, como parece significar el Corán. En estos dos puntos se dividieron también las sectas musulmanas. Por fin predominó la idea de que un día u otro acabarán los castigos de los creyentes que han pecado, pero no apostatado, de manera que el infierno viene a ser como un purgatorio para los que mueren fieles al Islam.

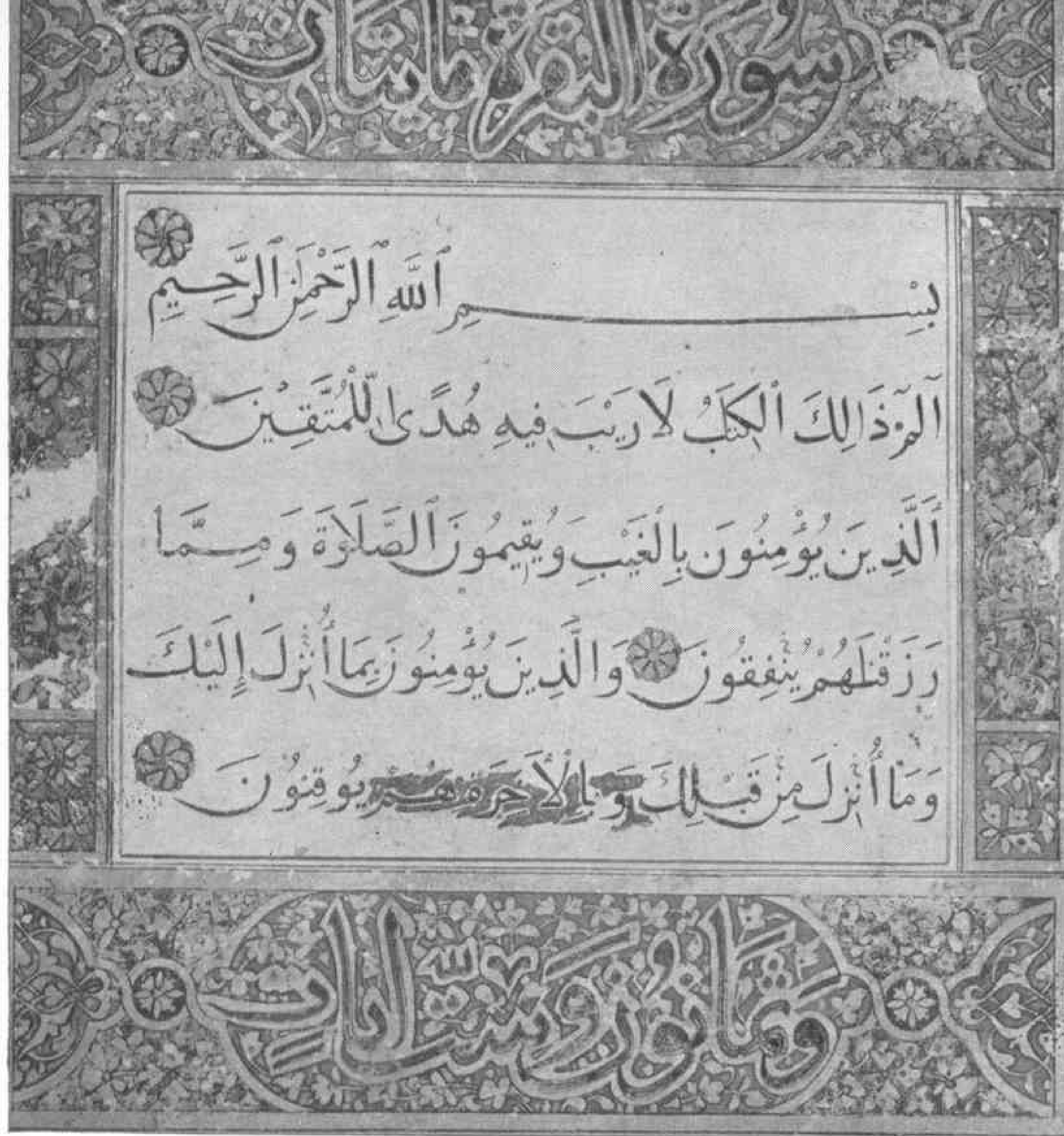
El segundo problema que contribuyó a dividir a los musulmanes fue el del antropomorfismo de Dios, o sea si Dios tenía figura humana y atributos. El Corán habla del trono de Dios y de sus manos, encomia mil veces su poder, su bondad, su grandeza, su fuerza. Pero ya el califa Alí, según la tradición, había dicho: «Dios no se parece a nada de lo que puede concebir la inteligencia humana; no puede incorporársele ningún atributo que tenga el menor parecido a ninguna cualidad que podamos percibir en los objetos materiales... Nadie puede ver a Dios. No ocupa lugar, tiempo ni medida, etc.» Parece dudoso que estas palabras, atribuidas a Alí, sean auténticas, pero por lo menos demuestran que la secta que de él deriva, o sea la de los chiítas, se inclina ya a condenar ambas cosas: predestinación y antropomorfismo. Sin embargo, otras escuelas musulmanas, influidas por la filosofía griega, discutieron las propiedades y realidad de los atributos de Dios. Algunas llegaron hasta a afirmar la existencia independiente de las ideas de Bondad, Fuerza, Amor, Sabiduría... y a Dios se le llama Causa de las Causas. En cambio, otras objetaron que la personificación de las ideas, o atributos de Dios, entrañaba el peligro de destruir la unidad de la esencia divina; si las Ideas forman parte de Dios, el Ser Supremo tiene partes y no es único e indivisible.

Por fin, dentro del orden teológico, la tercera gran controversia del Islam fue la de la eternidad del Corán. Nadie disputa la revelación del Libro, nadie vacila en afirmar que fue Dios quien lo reveló a Mahoma, pero subsiste la duda de si el Corán estaba, palabra por palabra, en la mente de Dios *desde los siglos de los siglos*, y si no será sacrilegio leerlo traducido.

Estas primordiales cuestiones teológicas empezaron ya a ser debatidas en Medina por los *compañeros* del profeta. La llamada escuela de Medina es el punto inicial de toda la ciencia islámica; después, durante los califatos de los omeyas, el centro intelectual del Islam no fue Damasco, sino Al-Kufa, la ciudad-campamento del delta del

Inscripción cúfica con los palos de las letras terminados en birrete de derviche, significando la santidad del texto.





Primera página de un Corán en caligrafía nashky, con orla, adoptada en Medina.

Eufrates. Los omeyas eran puros árabes y, en materias de norma de conducta y salvación, completamente fatalistas. No mostraron gran interés en elucidar la naturaleza de Dios o la eternidad del Corán: lo único que les apasionó fue la poesía. Y no hay duda de que este desdén por las especulaciones teológicas, con el recuerdo de su crimen inicial, el martirio, en Kerbela, del segundo hijo de Alí, acabó por hacer tan impopulares a los odiados omeyas, que se hizo inevitable un cambio de dinastía.

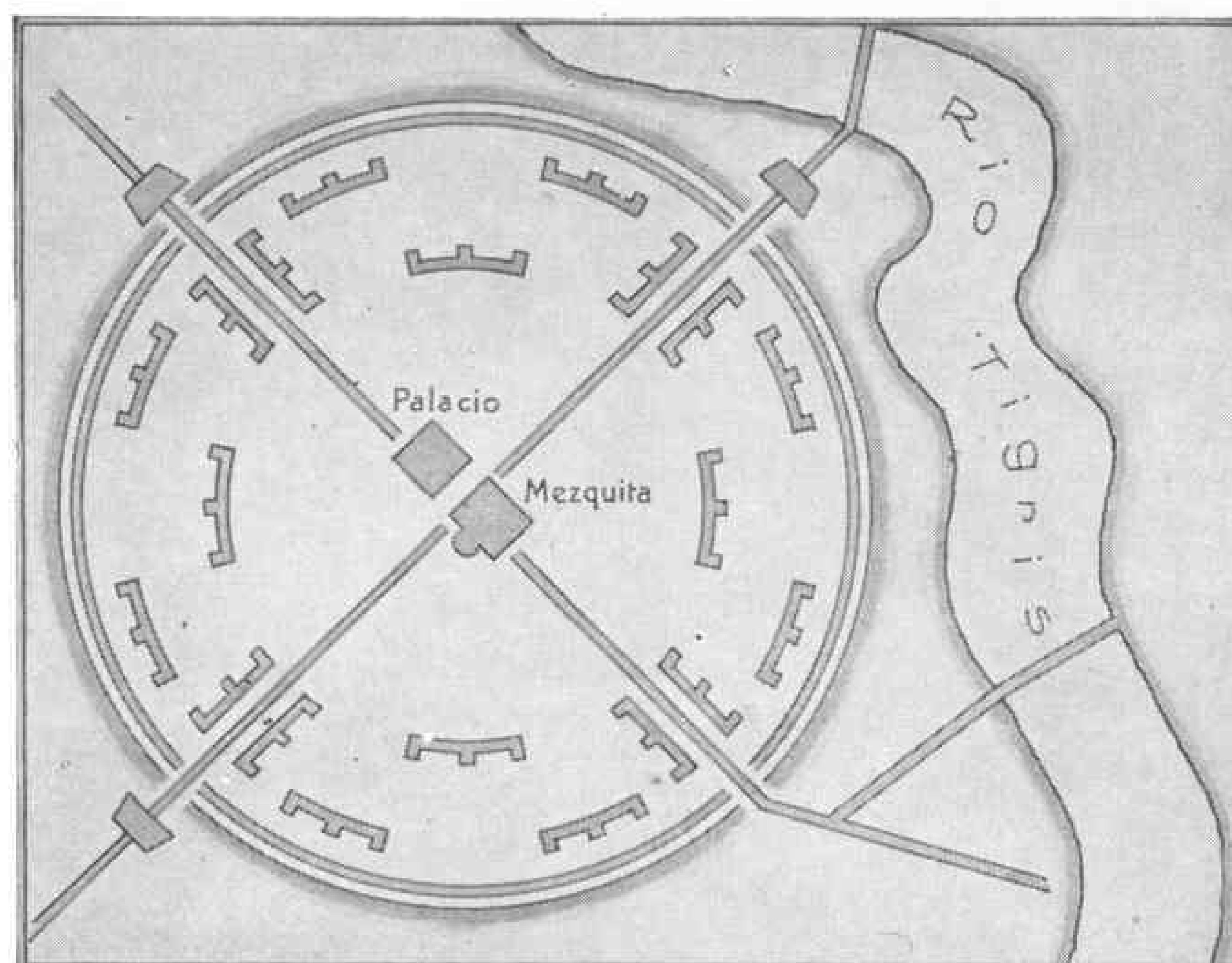
La revolución la prepararon los descendientes de Abul-Abbás, un tío del profeta. Abbás no aceptó el Corán hasta que era inminente la conquista de La Meca por Mahoma, pero los hijos de Abbás fueron mahometanos de corazón y adictos a su primo Alí, quien les inició en el Corán y en los problemas de jurisprudencia y teología de la escuela de Medina. Las relaciones de los abasidas con los descendientes de Alí y de Fátima, o sean alidas y fatimitas, se mantuvieron tradicionales por varios siglos. Por esto, cuando, después de casi un siglo de despotismo omeya, los abasidas empezaron a conspirar, lo hicieron como descendientes de Alí y se manifestaron contrarios a las ideas de predestinación y antropomorfismo divino que parecían preferir los omeyas de Damasco.

Como en todas las revoluciones, los primeros fracasos prepararon los espíritus, y por fin, los abasidas triunfaron el año 127 de la hégira (año 749 después de J. C.). El golpe de Estado se concertó en Mesopotamia, pero estalló en el Oriente, en Meru, entre Persia y el Turquestán. Pronto Al-Kufa, con sus veteranos teólogos, se declaró contra los omeyas de Damasco e hizo su caída inevitable. Así es que en Al-Kufa se aclamó por califa a Abul-Abbás, el primero de los abasidas. Su hermano Al-Mansur, que le sucedió el año 136-754, ya no se contentó con la vida casi de campamento que se llevaba en Al-Kufa y fundó a Bagdad, la nueva capital, en la ribera del Tigris.

Bagdad, para la cultura islámica, no fue

sólo una capital más céntrica que Damasco, sino que además recogió la herencia de las antiguas civilizaciones del Asia, que habían acabado por refugiarse en Persia. En las fronteras de Persia había comenzado la revolución que dio el califato; era, pues, de esperar que la nueva dinastía sería más abierta, menos estrictamente semítica que la de los omeyas.

Mientras los omeyas de Damasco, bebiendo vino como renegados, habían crucificado a los que negaban la predestinación o la eternidad del Corán, los abasidas de Bagdad publicaron decretos, cuyo texto se conserva, aconsejando no insistir sobre la eternidad del libro santo, *porque entonces* (dicen) *estableceríamos la igualdad entre el Corán y Dios.*



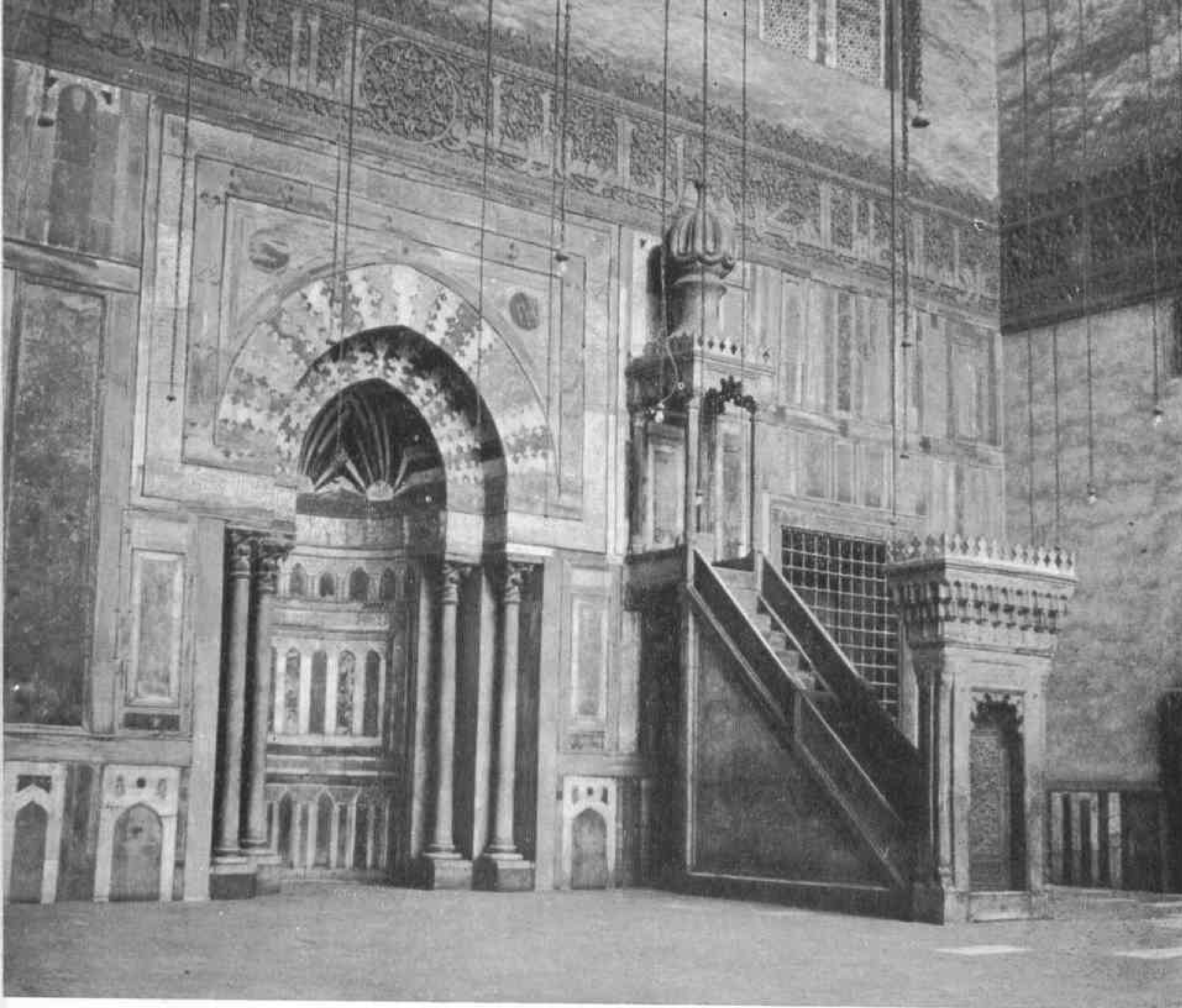
Plano de Bagdad, entre los años 150 al 300 de la hégira.

El contraste entre omeyas y abasidas lo encontramos otra vez en España: cuando Abderrahmen, el último de los omeyas, se escapó de la degollina de su familia y fundó en Córdoba un Estado independiente, tanto él como sus sucesores, dogmáticos y obscurantistas, insistieron en perseguir ferozmente a los filósofos, crucificándolos u obligándoles a emigrar. Fue sólo hacia el año 300 de la hégira (922 de Jesucristo), al declararse califa Abderrahmen III, cuando Córdoba se convirtió en un centro de cultura que casi podía competir ventajosamente con Bagdad.

Pero, durante más de un siglo, Bagdad pareció ser, no sólo la metrópoli de la cultura islámica, sino un lugar de estudio único en el mundo. Ya antes los árabes se habían hecho traducir, por coptos y sirios, algunos de los más importantes libros de la filosofía griega; tenían, pues, materiales para trabajar. Con ideas aristotélicas y neoplatónicas trataron de interpretar el Co-



Un doctor chiíta del Islam, con turbante verde.



Mihrab y almimbar de la mezquita del sultán Hasán, en El Cairo.

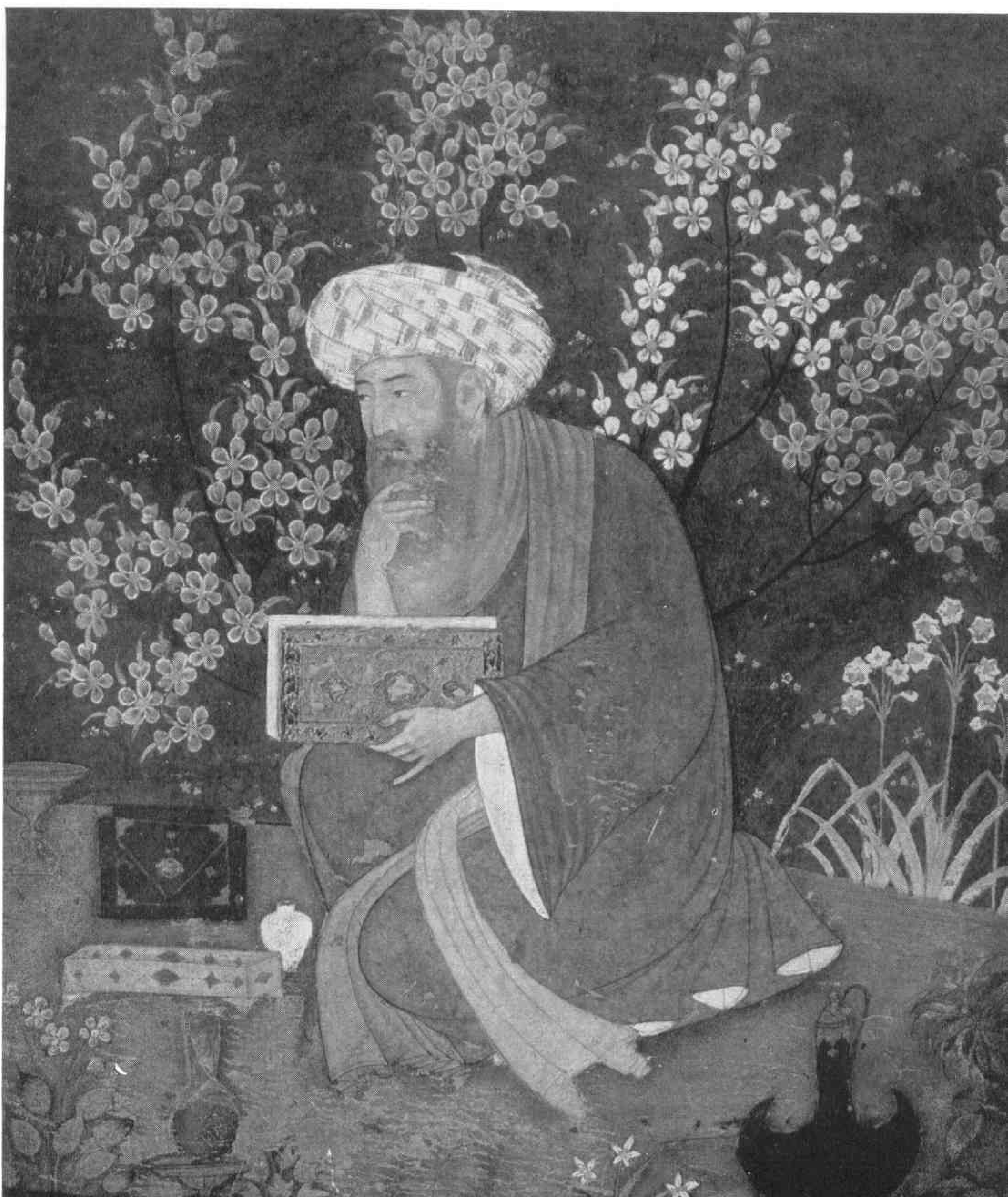
rán, o más bien, de comentar la filosofía griega sin excluir por completo el libro santo. Desde luego hubo entre los árabes escépticos y ateos, pero ninguno de sus grandes pensadores mostróse impío. Por ejemplo, cuando el Corán habla del trono de Dios, para los más avanzados quería decir la materia prima, para otros era la voluntad divina, para otros, no tan atrevidos, era el firmamento, el último cielo o esfera lunar. Todos insistieron en las devociones coránicas para mejorar el intelecto y ser más capaces de reconocer la verdad. La mayor gloria y el mayor peligro para los pensadores árabes es el misticismo, que sin duda les espera al final de sus días y al que llegarán repitiendo millares y millares de veces los nombres de los atributos de Dios o las suras del Corán. Este, empero, no les privó de leer a Aristóteles y otros filósofos griegos, aunque en malas traducciones, y para mayor desgracia, tratados apócrifos acabaron de dificultar la comprensión de los originales.

Avicena, por ejemplo, dice que tuvo que leer la *Metafísica,* de Aristóteles, cuarenta veces para llegar a comprenderla, y confiesa que para él fue un libro dificilísimo de entender. Por otra parte, también nos dice que, cuando en sus estudios hallaba alguna dificultad grave, iba a la mezquita y tras una ablución se postraba dos veces, rogando a Alá que le iluminara sobre aquel punto dudoso. Hoy creeríamos más bien que el agua fresca con que Avicena se lavaba, en el patio de la mezquita y acaso el ejercicio hecho para llegar hasta ella, serían los medios de que se valdría Alá para despertar la inteligencia del filósofo. Y queda la duda de si también pensaba así Avicena, pues pese a estar algo inclinado al misticismo, le gustaban la buena vida y el vino, que decía que le estimulaba el pensamiento.

Avicena nació en la región de Bokhara, el año 370 de la hégira. Su padre era el gobernador del lugar y pudo darle al muchacho un maestro, que hasta los quince años le enseñó el Corán y la poesía. Después, en aquel rincón de Oriente, Avicena continuó sus estudios, con la *Lógica* de Aristóteles, la *Geometría* de Euclides y la *Geografía* de Tolomeo. Probablemente para tener una

profesión con que sustentarse, Avicena se dedicó a la medicina. Su reputación de médico le hizo viajar, y hasta ejerció el cargo de visir, o primer ministro, del emir de Hamadán. Fue en esta época de prosperidad cuando empezó a componer sus grandes obras, pero ya ni la desgracia ni las persecuciones que sufrió después pudieron detener aquella mente. Hacia el final de su vida Avicena fue acogido por el emir de Ispahán, aficionado también a estudios filosóficos. Avicena murió yendo de viaje, probablemente del tifus, el año 1050 de Jesucristo; tenía cincuenta y ocho años y dejaba una colección de escritos que asombran todavía; trata en ellos de todas las materias imaginables, desde Dios hasta los átomos; su estilo es claro, preciso, contundente, sin filigranas retóricas. El libro más popular de Avicena en Occidente fue el

Un poeta comentarista del Islam.



Canon, o tratado de medicina. Se tradujo pronto al latín y hasta hace poco más de un siglo seguía estudiándose en la facultad de medicina de Montpellier. En el siglo XVI se imprimió ocho veces, en Venecia, Padua, Basilea y Roma.

Avicena no cree en la posibilidad del vacío absoluto, y tampoco cree que el Universo sea infinito; existe un punto en que se acaba la materia, más allá hay el no ser, que no es exactamente el vacío. Aunque no lo dice bien claro, Avicena cree que el mundo es eterno y existe por necesidad; Dios da forma a las cosas, las anima y sostiene, pero por un intermediario, la inteligencia, que hoy llamaríamos espíritu. El Corán facilita esta solución cuando dice que *lo primero que Dios creó es la Inteligencia,* y de ella se derivan, para Avicena, casi matemáticamente todas las cosas.

Maestro del Corán con su característico albornoz. Libia.



Las opiniones de Avicena y de otros *filósofos,* que en el Islam se llaman *motakálimes,* produjeron una generación más tarde la réplica de un gran teólogo musulmán, el famoso Algazel. Este nació en la villa de Tus (Persia) el año 450 de la hégira (1072 de J. C.). El padre de Algazel era hilador de lana, y de aquí su nombre, derivado de *gazala,* que quiere decir hilar. Algazel aprendió los principios del Derecho en su villa natal y los lugares vecinos, ejercitándose también en la lógica y la dialéctica, que tanto le sirvieron después para refutar a los *filósofos.* Algazel demuestra un conocimiento profundo de los autores griegos; no los cita de oídas, sino que se ve que los ha estudiado y comprendido mejor que muchos otros doctores de su raza. El 485 de la hégira Algazel fue nombrado profesor de la Academia o escuela de Bagdad.

Allí no enseñó más que unos tres años. El 488 se veía rodeado de discípulos que le querían y gozaba de una reputación envidiable, pero aquel gran doctor del Islam abandonó a Bagdad pretextando una peregrinación a La Meca, aunque, en realidad, para esconderse donde pudiera meditar sin ningún testigo. Primero fue a encerrarse en una torre de la mezquita de Damasco. Después hizo lo mismo en la mezquita de Omar, en Jerusalén, y, por fin, en Hebrón, en el lugar donde la tradición señala el sepulcro de Abraham. Con estas mortificaciones, Algazel se sintió preparado para efectuar la visita a los lugares santos de Medina y La Meca. Al regresar de Arabia pasó a Egipto, donde pensaba embarcarse para Marruecos, pero fue invitado por el califa a volver a Bagdad y continuar sus enseñanzas. Hacia el final de su vida, Algazel volvió a Tus, su pueblo natal, donde fundó una escuela de Derecho y un hospital para peregrinos. Murió allí a los cincuenta y cinco años, el 505 de la hégira.

Algazel nos ha dejado sus *confesiones* en el libro: *Al-munquid,* o *Preservativo del error,* que es una de las más preciosas autobiografías que conserva la humanidad. En ella nos explica que, ya en su juventud, le

preocupó el ver que las gentes creían lo que se les enseñaba sin molestarse, por su parte, en averiguar la verdad. Los hijos de los cristianos eran cristianos porque sus padres los hacían cristianos, como los judíos hacían judíos a sus hijos. Esto concuerda con lo que, según la tradición, ya Mahoma había dicho, que todos los hombres nacen musulmanes; son los padres los que estropean a sus hijos. Esta verdad natural, la verdad innata al hombre, y que para Mahoma era el Corán, era lo que preocupaba a Algazel. ¿Cómo encontrarla? No con los sentidos; la sombra parece fija y, al cabo de un rato, vemos que se ha movido; las estrellas parecen puntitos de luz, y la geometría nos dice que son mayores que la Tierra. Algazel busca la certeza en los entes dotados de razón y le ocurre lo mismo: «¿Acaso lo que vemos y pensamos en sueños, no creemos ser tan cierto como dos y dos son cuatro?...» Y aquí sigue un párrafo maravilloso, que copiaremos para enseñar al lector qué espíritus pueden encontrarse entre los mahometanos, a veces tan despreciados: «Por fin Dios me curó de mi escepticismo, y mi alma recobró la salud y la paz necesarias para entender la verdad; ésta no vino con pruebas, sino con un rayo de luz que Dios envió a mi corazón. Tal es la luz, llave del conocimiento, y el que cree que la puerta puede abrirse con discursos, empequeñece a Dios. Cuando preguntaron a Mahoma qué quería significar la palabra *abrir* en el versículo del Corán: "Aquel a quien Dios guía, abre su corazón al Islam", respondió: "Abrir quiere decir hacer luz en el corazón." Y cuando le preguntaron: "¿Cómo vamos a conocer esta luz?", respondió: "Dejando el lugar de engaño y volviendo a la eterna realidad." La verdad fundamental está dentro de nosotros, y si buscamos lo que ya tenemos, no sólo no lo encontraremos, sino que lo perderemos. El que busca esta verdad, que no se debe buscar, no puede quejarse si no encuentra lo que busca.»

A continuación, Algazel nos dice que observó que los buscadores de la verdad se dividían en cuatro clases: la primera los teólogos, que se decían guiados por la fe y la razón. Después venían los *alegoristas*, que se creían en posesión de un secreto sentido que les había revelado un ser infalible. Había después los filósofos, que decían aceptar sólo pruebas lógicas y absolutas y, por fin, los místicos, quienes aseguraban que ellos llegaban a la presencia de Dios y te-



Casas viejas de El Cairo.

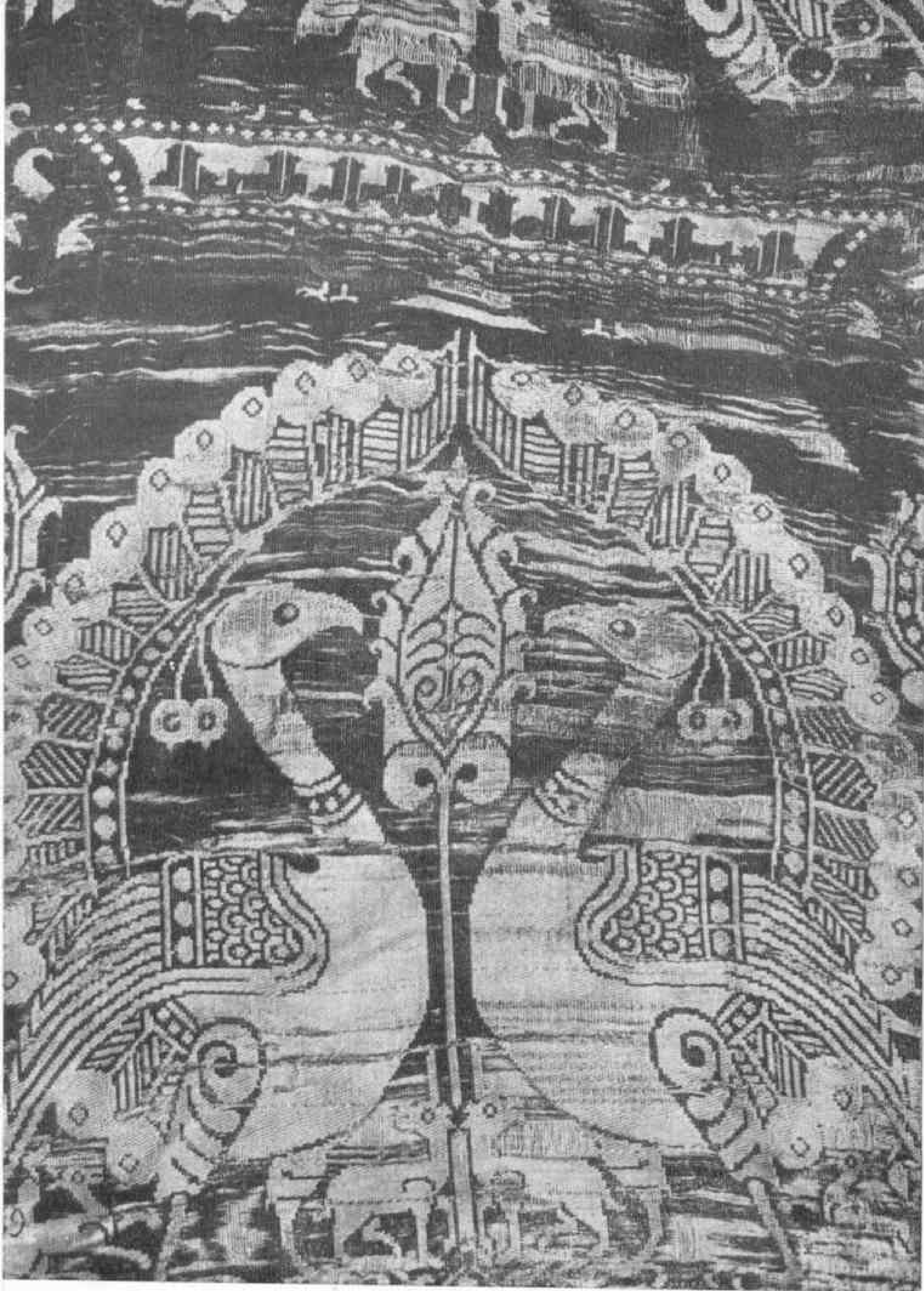
nían una directa e inmediata percepción de la verdad.

Algazel, cosa extraña, se afilió a estos últimos, dejó en paz a teólogos y *alegoristas,* y empleó todas las energías que le dejaban sus éxtasis y enseñanzas para combatir a los filósofos. Su libro: *Tehafut,* o *Destrucción de los filósofos,* es la refutación de veinte proposiciones como éstas: 1.ª Falsedad de la opinión de los filósofos acerca de la eternidad del mundo. 2.ª Falsedad de las opiniones sobre la perpetuidad de la materia, del tiempo y del movimiento, en las que se propone sobre todo combatir a Avicena y Aristóteles. Pero otras son de carácter más musulmán, como que Dios no tiene cuerpo, que Dios no se conoce a sí mismo, que no habrá juicio final, etc. Algazel presenta bien claras, a veces excesivamente, las opiniones que otros han enunciado con salvedades, y que él se dispone a combatir. Su principal enemigo, para él el más peligroso de los *filósofos,* es Avicena. He aquí, por ejemplo, algunos de los argumentos de Algazel en el *Tehafut.* La cuestión de la eternidad de la materia la resuelve valiéndose de la misma opinión de Avicena, que el mundo es limitado en espacio. «Si, según Avicena, hay un *lugar* donde no hay nada, también pudo haber un *tiempo* en que no había nada.» Algazel no nos convence, pero por lo menos descubre un punto flaco de las ideas de Avicena. Si sus adversarios le dicen que de este modo Dios podía crear al mundo uno, dos, tres, varios años antes, Algazel responde que sí, y que podía haberlo hecho una, dos, tres veces más grande. Esto trae naturalmente el gran problema de lo posible y lo real, que tanto había preocupado a los musulmanes. Según los filósofos, lo posible ya es para Dios, y hasta ya es para la inteligencia; por lo tanto, si este mundo podía ser más viejo y más grande, debe serlo para Dios y también para la inteligencia. «Os equivocáis — dice Algazel —; yo puedo imaginar una cosa de color blanco o negro, y es posible que la cosa sea negra o blanca, pero el negro, o el blanco, sin la cosa, no son posibles.» Según Algazel, los *filósofos* replicaban: «Y si todos los hombres murieran, y la inteligencia que piensa estas posibilidades desapareciera, ¿creéis que desaparecerían las ideas de blanco y negro?» Algazel responde con un sí rotundo: «Las ideas generales sólo existen en el espíritu, como posibilidades, y necesitan de un objeto para incorporarse en él.» A un pensador como Algazel el problema de los atributos de Dios no había de arredrarle. Algazel no se espanta de la multiplicidad de cualidades que la inteligencia humana descubre en Dios; éstas no le deshacen en partes, su unidad es espiritual, no geométrica y divisible. Hasta Avicena reconoció que Dios conoce la Creación, su propia obra, y este conocimiento ya es algo que no es El mismo, está en El sin dividirle; por lo tanto, podrá decirse lo mismo de los atributos de fuerza, poder, bondad, justicia, belleza, etc.

Capa pluvial realizada en tejido musulmán de Sicilia, siglo XIII. Detalle.

Por fin, Algazel se propone refutar a los filósofos en esta cuestión siempre candente: Cuestión 17. Que es imposible probar que el alma del hombre sea una substancia espiritual, y que subsiste sin el cuerpo. Las razones que da Algazel son tradicionales en la filosofía árabe; el alma es indivisible, no puede ser un cuerpo; en cambio, el cuerpo es divisible hasta el infinito. En cuarenta años no queda ni una partícula del cuerpo que nació de la madre; los sentidos no se dan cuenta de sí mismos, ven, tocan, sienten, pero no se sienten ellos; en cambio, el conocimiento se conoce a sí mismo. Más todavía, los *filósofos* dicen que el cuerpo cambia continuamente; en cambio, el alma sigue siendo la misma. Pero Algazel cree que la difusión de la materia nueva en la materia vieja deja siempre un residuo de lo original. Además, el alma se da cuenta de las ideas universales, de conceptos que no son los cuerpos mismos; verá una mano corta y blanca, y una mano grande y





Tejido sirio con la inscripción cúfica: Bendición completa. Siglo X.

negra, y ambas le darán la idea general de los cinco dedos, con sus uñas, de la flexibilidad de la mano, que no es la larga ni la corta, etc.

Más importante acaso que el *Tehafut*, de Algazel, es su gran tratado escolástico: *Ihya*, o *Renovación de las ciencias religiosas*, que fue para los musulmanes lo que la *Summa Theologica*, de Santo Tomás de Aquino, fue más tarde para los católicos. La *Ihya* incluye en realidad todos los aspectos de la vida religiosa. Pero Algazel nunca renegó de la ciencia: «El sabio— dice — es aquel que te ayuda cuando le necesitas, y, en cambio, él nunca necesita ayuda de nadie.» Para Algazel, en sus postrimerías, la verdadera ciencia es la de los *sufíes*, o místicos árabes. Hace una gran distinción entre el *Imán* o prácticas religiosas, y el *Islam*, o entrega completa del alma a Dios. Algazel parece aceptar la peligrosa división de los creyentes en dos clases: la de los que pueden llegar a conocer sólo algunas verdades elementales y recitar el texto del Corán literalmente, y la de los que pueden penetrar cada vez más en las profundidades de la religión predicada por Mahoma.

A la muerte de Algazel, el Islam pasaba por una crisis terrible en Oriente. Jerusalén había sido ya tomada por los cruzados, y los mongoles, aún no mahometanos, ocupaban las provincias del Asia. No es de extrañar, pues, que el que se atrevió a defender a los *filósofos* contra los ataques de Algazel naciese ya en España, el año 1126 de nuestra Era; éste es el famoso Ibn Rochd, conocido en las escuelas cristianas con el nombre españolizado de Averroes. Su padre y su abuelo habían sido cadíes, o jueces, de Córdoba y habían escrito obras importantes de Derecho. Con estos antecedentes ya no sorprende que Averroes estudiara teología, medicina y jurisprudencia.

Gobernaba entonces la mayor parte de la España árabe el emir almohade Yusuf y era gran amigo de éste el filósofo Aben-Tofail. Averroes fue presentado al emir por Aben-Tofail y la primera pregunta que los dos le hicieron fue si el cielo era creado o eterno. Aben-Tofail no era ni un aficionado ni un aprendiz; había escrito poco antes un libro místico-enciclopédico en el que contaba cómo un muchacho, abandonado en una isla desierta, descubría poco a poco, sin ayuda ajena, toda la ciencia, todo el saber, hasta las verdades del Corán y las prácticas de los sufíes. El emir, para animar a Averroes, empezó a discutir la misma cuestión de la eternidad de los cielos con Aben-Tofail, dejando admirado al joven filósofo, que no esperaba encontrar tanta erudición en un gobernante de tanta importancia. «Otro día—añade Averroes — Aben-Tofail

me llamó para decirme que el emir se lamentaba de la obscuridad del texto de Aristóteles y de sus comentadores. Deseaba que Dios enviara alguien que pudiese llegar a comentar los libros de Aristóteles y explicar su sentido, para hacerlos asequibles a las gentes. — Tú tienes la preparación necesaria para hacer este trabajo — dijo Aben-Tofail—; yo quisiera hacerlo, pero me lo impiden mi avanzada edad y la atención que debo prestar al servicio del emir.» Desde aquel momento Averroes no dejó de dedicarse a la tarea que le había propuesto Aben-Tofail, y de aquí sus comentarios de Aristóteles.

Esta anécdota da más importancia, acaso, a Aben-Tofail que su propia novela del Robinsón musulmán autodidacto que ya hemos mencionado. No sólo Aben-Tofail supo descubrir a Averroes para la obra gigantesca de comentar a Aristóteles, sino que él mismo dice que se sentía capaz de hacerlo, y lo hubiera hecho de no impedírselo sus años y sus otras ocupaciones. Aben-Tofail muy probablemente contribuyó a que el emir confiara a Averroes el cargo de juez de Sevilla, que desempeñó del 1169 al 1171. Alguna otra misión oficial obligaría poco después a Averroes a viajar, porque el 1178 escribió en Marruecos uno de sus libros, el 1179 estaba de regreso en Sevilla y el 1182 pasó de nuevo a Marruecos. Allí sirvió a Yusuf como médico de cámara, en lugar de Aben-Tofail. Más tarde le encontramos ejerciendo de gran cadí de Córdoba. La buena fortuna de Averroes duró hasta su vejez; cuatro años antes de morir, los reaccionarios de la corte conspiraron contra el gran pensador y consiguieron que fuese desterrado a la villa de Lucena. Pero Averroes, hacia el final de su vida, recobró el favor del emir Yacub-Almanzor, hijo de Yusuf, y regresó a Marruecos, donde murió el año 1198 (el 576 de la hégira).

Como se ve, Averroes es esencialmente un pensador del Islam occidental. Toda su vida discurrió entre España y Marruecos, y ni aun fue a Oriente para efectuar la casi indispensable visita a los santos lugares. Una leyenda se ha formado sobre Averroes que le presenta como hombre impío y peligroso; los escolásticos, así cristianos como musulmanes, lo consideraron como su mayor enemigo. Muchas veces, en la Edad Media, se representó a la Teología como una matrona sentada que tiene a Averroes aplastado bajo sus pies. Uno de los principales esfuerzos de la escolástica fue el de combatir el averroísmo. La actividad intelectual de Averroes es verdaderamente pasmosa. El *cadí de Córdoba* tuvo tiempo para escribir un centenar de libros y folletos, entre los que hay tratados de medicina, jurisprudencia y astronomía. Sin embargo, lo más importante de la



Un halcón. Manuscrito árabe-persa del siglo XII. Museo de Bellas Artes. Boston.

obra de Averroes son sus comentarios sobre Aristóteles, a quien llama «el más sabio de los griegos; el que Dios ha predestinado a la perfección; el que Dios ha elevado al más alto grado de excelencia humana». Averroes dice que la doctrina de Aristóteles es la verdad soberana, y su inteligencia el límite de la inteligencia humana, etc.

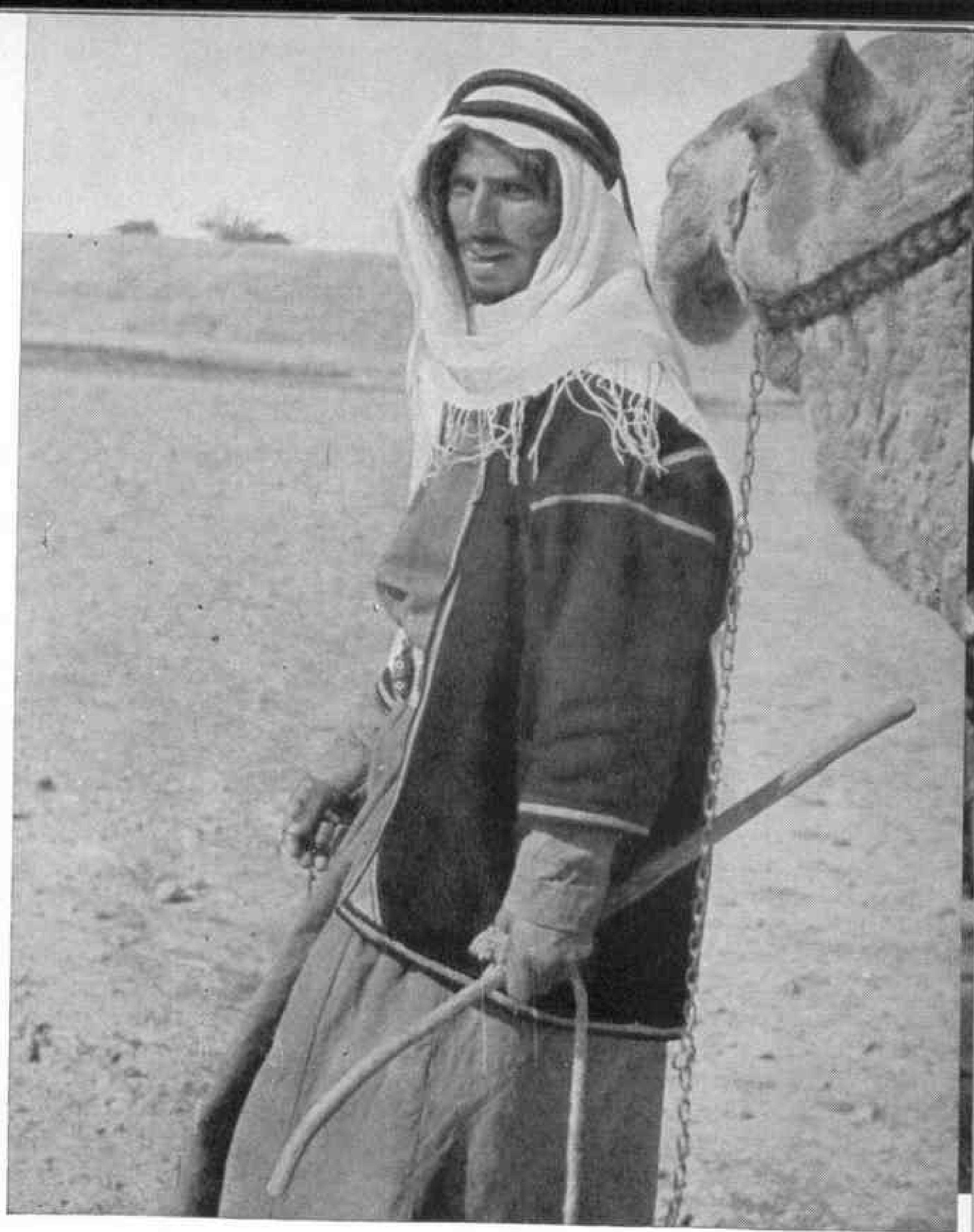
Averroes comentó tres veces a Aristóteles, en los grandes comentarios, los medianos y los pequeños. Su estilo, a veces algo difuso, tiene muchos toques de carácter personal; no es el discurso lacónico, fibroso, de Avicena, ni la claridad elegante de Algazel, pero si Averroes se lee con dificultad, se medita con provecho. También se ha acusado a Averroes de esconder sus verdaderas intenciones para darnos, encubierta con un ropaje de piedad coránica, la doctrina del más completo escepticismo filosófico. Pero esto no es verdad: Averroes pudo ser un hereje, nunca un hipócrita. Se lanzó a combatir al gran Algazel con un tratado que llamó: *Tehafut el-tehafut*, o *Destrucción de la Destrucción,* para rebatir el ataque de Algazel llamado *Destrucción de los filósofos.* «Aun a riesgo de exponernos a la ira de los perseguidores de nuestra madre, la filosofía, vamos a describir el veneno escondido en el *Tehafut* de Algazel», dice Averroes en su prólogo. Y esto se tenía que pagar caro; atacar a Algazel, en el Islam, era combatir al más alto representante de su teología ortodoxa.

Averroes, comentando a Aristóteles, reivindicó algunas de las ideas de Avicena que había querido *destruir* Algazel. Aunque Averroes no siente por Avicena una gran admiración, pues le encontraría tímido, transigente, acomodaticio con su mística final, le sigue en algunas de sus opiniones. Para Averroes, como para Aristóteles y Avicena, la materia es eterna. «Según Aristóteles —dice Averroes—, nada sale de la nada. Si Dios pudiese hacer pasar algo de la nada al ser, también haría pasar las cosas del ser a la nada.» La materia no ha sido engendrada, es incorruptible; si hubiese sido creada, habría habido un tiempo en que fuese posible que no existiera. Y para lo Eterno, todo lo posible ya es. Dios no conoce las cosas particulares, los individuos; conoce sólo las leyes generales; si conociese lo individual, conocería el mal de cada uno y sus cambios; El cambiaría también. Averroes, como Aristóteles, cree que las formas son el resultado del movimiento de la materia. El movimiento ocasiona el tiempo y las formas. Toda creación se reduce a movimiento, y como el movimiento es una sucesión de estados, esta sucesión origina el tiempo. Si no se moviera nada, no habría tiempo, y así el gran argumento de Algazel contra la eternidad de la materia cae por su base. Si la materia es eterna, es eterno el movimiento, y lo es también el tiempo pasado y el tiempo por venir.

Falta todavía explicar cómo Dios da movimiento y, por lo tanto, forma a la materia eterna. Para Aristóteles, Dios, alejado de la Creación, es como un imán al que van, atraídas por el amor, todas las cosas. A El aspiran, hacia El se mueven, las atrae sin conocerlas, es como un rey que da órdenes sin conocer a sus súbditos. Pero Aristóteles había dado a Dios el calificativo de *Suma Inteligencia,* y estas palabras, mal entendidas por los árabes, les llevaron a imaginar una primera causa intermedia entre Dios y lo creado, que es la Inteligencia, que conoce y mueve la materia. Y he aquí el inevitable intermediario, casi como el Verbo divino, que los musulmanes tenían tanto empeño en evitar... Dios, la Inteligencia y las leyes del Universo, como causas, encadenadas una con otra, sin límite, sin fin... mueven la materia y le dan forma.

Acostumbrados la mayoría de nosotros a la teología escolástica, según la cual Dios es un artífice que creó al mundo de la nada, se nos hace difícil entender esta *creación aristotélica* del cadí de Córdoba. Pero las gentes de la Edad Media, tanto musulmanes, como judíos, como cristianos, eran muy dados a la especulación, y no se arredraban por el desarrollo lógico de los problemas. Como lo ha hecho notar Asín, hasta Santo Tomás de Aquino, en su opúsculo *De*

Camellero árabe.



æternitate mundi, reconoce que lógicamente el mundo podía haber sido eterno, siendo al mismo tiempo una obra de Dios. Sólo se opone a ello la revelación. Pero Averroes, que no tenía este freno, considera la creación directa por Dios tan absurda que el entendimiento la acepta sólo por hábito, como los que se acostumbran a una droga pueden seguir tomándola sin que les dañe. Y por estos caminos de su especial explicación del mundo, Averroes llegó a la tesis central de su filosofía, el monismo del intelecto humano y la negación de la inmortalidad personal, en torno a la cual hubo una de las más grandes controversias de la ciencia filosófica y en que más se espació el genio especulativo de la Edad Media.

Creemos que el lector estará ya fatigado de tanta escolástica, y más si por añadidura ésta es árabe. Pero le hemos hecho gracia de varias otras sutilezas teológicas en las que Averroes dio la nota definitiva para los espíritus racionalistas de todas las edades; por ejemplo, Averroes cree que la religión del sabio debe ser el estudio y la contemplación de las leyes de la Naturaleza. Si Dios es inmóvil, y no conoce siquiera lo creado, que se agita y tiende hacia El, casi no puede esperarse que el hombre sienta lo que llamaríamos amor hacia el Sumo Bien.

«El culto más sublime que puede darse a Dios — dice Averroes — es el conocimiento de sus obras, que nos conduce a conocerlo en toda su realidad; éste es el más noble de los actos humanos, mientras que el más vil sería llamar error y presunción al culto del sabio, la mejor de las religiones.» Averroes distingue entre la parte de razón y la parte de lo que él llama *profecía* que contienen todas las religiones. Esta segunda parte, *la profecía,* aparece en los ritos, las oraciones y los sacrificios, y tiene por objeto conducir a las gentes a la práctica de la virtud. Pero si Averroes transige con esta religión del vulgo, es porque espera también que transijan con su misticismo racionalista. Su mayor mérito es, por lo menos, el haber hablado claro; sería grave injusticia llamarle impostor.

Las ideas de Averroes fueron tomadas muy en serio, casi como una religión. Renan copia una anécdota de la *Historia de los filósofos,* por Al-Kifti, muy expresiva en este sentido. Dos filósofos, uno judío y otro árabe, ambos contaminados de averroísmo, se prometieron que, el que muriera primero, procuraría comunicar al otro sus aventuras de ultratumba. El judío murió, y el árabe le vio entre sueños, oyendo que le decía: «Lo universal se ha reunido al universo y lo particular ha entrado en la parte...», lo que, en el vocabulario teológico de la época, significaba que el alma había ingresado en el universo mientras que el cuerpo había sido devuelto a la tierra.

Aunque poco, en otras ciencias los musulmanes todavía hicieron algo más que las gentes de Occidente, adormecidas por esta época. Ya se comprende que con sus forzo-

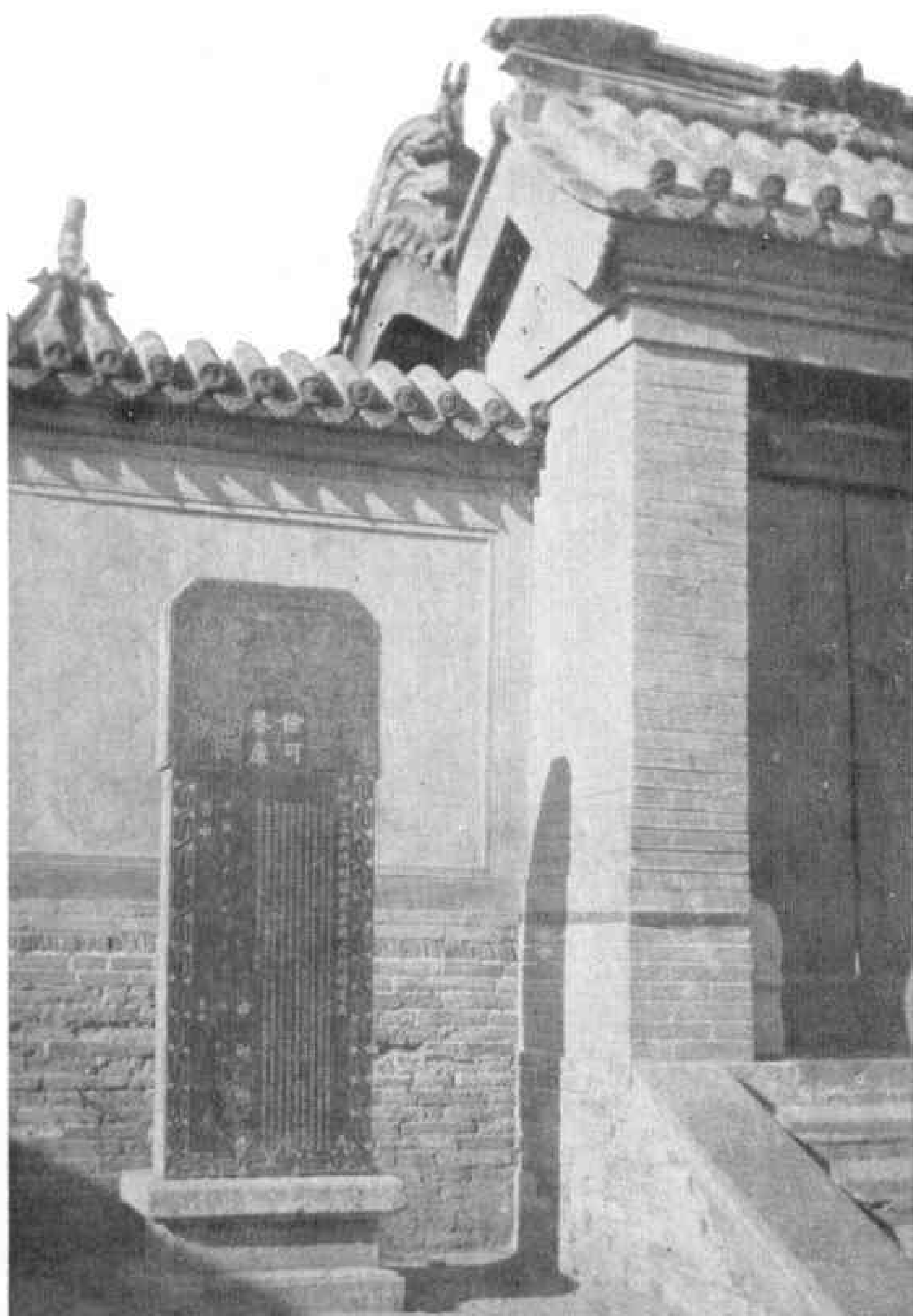
sos viajes a La Meca, y el carácter internacional del Islam, los conocimientos geográficos debían de ser considerados casi como de utilidad religiosa. Por esto los árabes llamaron El Maestro, *Al-Magest,* a la Geografía de Tolomeo. Admiraban los mapas en color que acompañaban sus manuscritos antiguos y casi todos los tradujeron al árabe al comenzar el siglo III de la hégira.

El más popular de los geógrafos musulmanes es Al-Edrisí. Nació en Ceuta el año 493-1115. Viajó por el Occidente más que por el Asia y resumió su saber en un libro que se titula *Placer de los que desean,* nombre algo pintoresco para un tratado de geografía. Pero Edrisí, en sus viajes por el norte de Europa, se fijó ya en que las mareas ocurren en las noches 14 y 15 de cada mes lunar.

Otro geógrafo, Abul-Feda, insiste en la esfericidad de la Tierra: «Los astrónomos han demostrado que una montaña de tres mil metros de altura sería para la Tierra como un grano de arena en una bola de un codo de diámetro.» Abul-Feda comprendió ya que, dando la vuelta al mundo en la dirección del Sol, se ganaría un día en el viaje. La medida de la Tierra preocupó también a los árabes. Se hicieron varias mediciones de un grado de meridiano por cuenta de los califas de Bagdad; los resultados fueron de 56 a 58 millas por grado. Generalmente se atribuye a los árabes la introducción de la brújula en Europa, pero las propiedades de las piedras magnéticas y su facultad de comunicar el magnetismo a los metales por contacto eran ya conocidas de los antiguos griegos. Se trata de un fenómeno que no podía escapar a la atención de las gentes; los chinos lo conocieron, y lo usaron para orientarse en sus viajes, desde el siglo II de nuestra Era. Sin embargo, el empleo de la aguja imanada flotando en un vaso, para dirigir la navegación, no se encuentra mencionado por los escritores árabes hasta el siglo XIII.

Como el Islam lindaba por Oriente con la India y la China, no es de extrañar que los árabes se interesaran por estos países lejanos. Los viajes son casi una necesidad para los que han empezado las peregrinaciones; después de La Meca y de Medina se iba a Kerbela y luego más lejos aún. Este es el caso de Aben-Batuta, el Marco Polo de los musulmanes. Nació en Tánger el año 703-1325 y su viaje duró veintinueve años; residió en La Meca todo un año. Describió los monumentos de Egipto, las mezquitas de Damasco y Alepo; pasó a Tartaria, a la India y la China. De regreso en Tánger, no pudo ya estarse quieto, quiso ir a Tombuctú y al Níger, y sólo después dictó el relato de sus viajes, que es mucho más ameno e instructivo que el de Marco Polo.

Gran viajero también fue Al-Biruni, aunque éste casi siempre viajaba con propósitos científicos. Era persa y recorrió toda la India, donde dice que residió más de cuarenta años. Al-Biruni atribuye la invención de los números, que llamamos arábigos, a los hindúes, pero esta cuestión no parece tan claramente resuelta hoy como lo parecía hace algunos años. Hasta hace poco creíamos que



Mezquita de Pekín en el confín oriental del islamismo.



Mezquita de Córdoba, en el extremo occidental del Islam.

Occidente había aprendido el uso de los números de los árabes de España, y se citaba al monje Gerberto, que más tarde fue Papa con el nombre de Silvestre II, como el que introdujo las cifras arábigas, después de un viaje a Córdoba. Estas cifras aparecen ya en códices de la abadía de Ripoll, en Cataluña, muchos años antes de la venida de Gerberto a España. Es cierto que los antiguos usaron, para sus cálculos, letras, que tenían valor numeral, pero es posible que hubiese una notación en Occidente parecida a los numerales arábigos y usada como taquigrafía sólo por algunos iniciados. Boecio, en el siglo VI, habla de cifras en un párrafo misterioso. No sería de extrañar que fuera un secreto de los discípulos de Pitágoras, no divulgado hasta la Edad Media.

En álgebra, los árabes llegaron a resolver ecuaciones de segundo grado, como ésta: $x^2 + ax = b$. Al-Biruni se ocupó en el problema de ir doblando los granos que se van poniendo en cada cuadro de un tablero de ajedrez. El número de granos de cada cuadro es igual a la suma de los que hay en los cuadros anteriores, menos uno. Por ejemplo: $1+2+4+8+16+32=63$, o sean $64-1$. También debemos a los árabes el uso de la letra x para significar la incógnita. Viene de la palabra *chei,* que quiere decir *desconocido.* Los españoles la leyeron *xei,* y por abreviación se empleó la x.

En geometría, los árabes aprendieron de los hindúes el *seno* y la *tangente* y se preocuparon otra vez del valor de π, o sea la relación de la circunferencia al diámetro. Durante la Edad Media algunos musulmanes y sus discípulos judíos fueron reputados como grandes médicos: ya hemos dicho que Avicena y Averroes se dedicaron a esta profesión. Pero no queremos repetir sus consejos; la medicina, en realidad, no estaba más atrasada en la Edad Media que las demás ciencias; sólo causa más angustia porque la víctima no es el investigador, sino el pobre enfermo. Como los árabes tenían los mismos prejuicios que los antiguos acer-

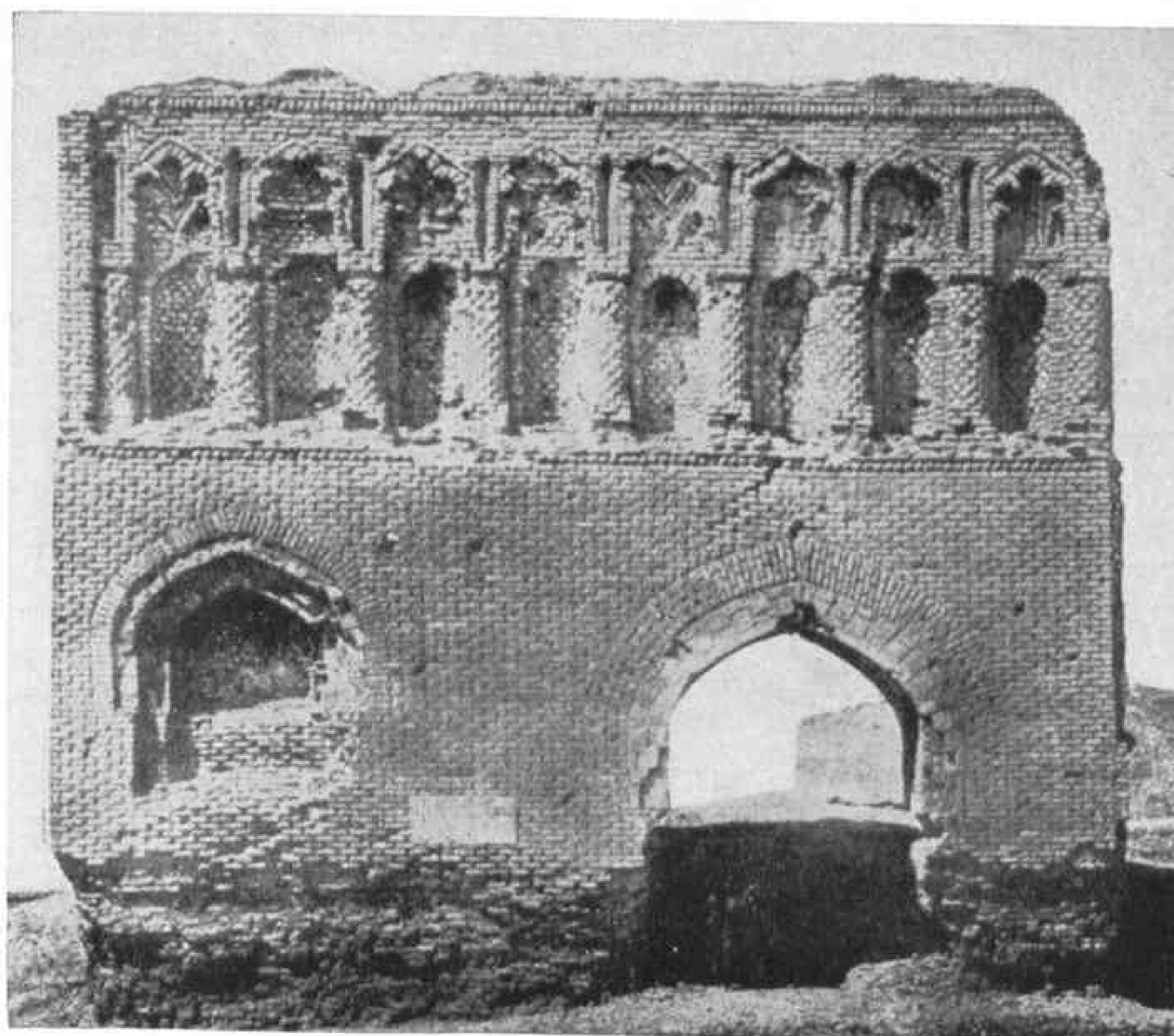
ca de la disección, no es de extrañar que cometan graves errores en materia de anatomía y fisiología. Según Avicena, la sangre se fabrica en el hígado; en cambio, según Razes, el encéfalo es el asiento de la sensibilidad y el centro locomotor.

Los árabes tienen escritos especiales de agricultura y su afición al arte de la cetrería les llevó a estudiar las costumbres de los halcones y los pájaros. Pero compilaron también verdaderos tratados de historia natural, describiendo una por una las especies.

Es materialmente imposible dar cuenta, en un libro como éste, de sus innumerables colecciones de sentencias y libros de historia y mística, que, por lo que llevamos dicho, ya se comprenderá que serían los estudios preferidos de los musulmanes; pero fuera injusticia imperdonable no mencionar siquiera los *Prolegómenos* de Ibn-Khaldún, que preceden a su historia de los musulmanes del Africa del Norte. Ibn-Khaldún nació en Túnez, ya en el siglo XV, y viajó por el Oriente; es una personalidad refinada, noble, dotada de una curiosidad análoga a la de las gentes del Renacimiento italiano. Los *Prolegómenos* forman un verdadero tratado de filosofía de la historia. Ibn-Khaldún se pregunta el porqué de la superioridad de ciertas razas, la razón de ser de las sociedades humanas, el lugar que ocupa cada industria en la economía del Estado, y analiza hasta las más elevadas especulaciones del alma; sus *Prolegómenos* acaban siendo un estudio de psicología, con sus ramificaciones hacia el hipnotismo, la inspiración poética y toda la variedad de fenómenos que hoy llamamos psíquicos.

La cultura musulmana sirvió de intermediario entre el Occidente y las viejas literaturas orientales. Algunas de las compilaciones de relatos prodigiosos de la India y Persia llegaron a España por medio del Islam y se tradujeron pronto al latín. De esta manera llegó el famoso libro *Kalila y Dimma,* con fábulas de animales que encierran una filosofía popular antiquísima. *Las mil y una noches* debieron de ser compuestas en Bagdad en el siglo IX, pero también se aprovecharon para este libro apólogos zurcidos con una trama tan sutil como la historia de Scheherazada.

Puerta de la ciudad de Rakka, donde se retiró a su vejez Harún al-Raschid.





El papa Esteban acudiendo a pedir protección a Pipino, rey de los francos, con su cortejo de obispos. Mosaicos de Santa Sabina. Roma.

20 CARLOMAGNO

DURANTE el califato de Moavia, primero de los omeyas, un general del ejército de Egipto, llamado Okba, conquistó a Túnez y llevó a sus árabes hasta las playas del Atlántico. Okba fundó al sur de Túnez la metrópoli religiosa y campamento militar del Africa, como lo eran Al-Kufa y Al-Fustat para Mesopotamia y Egipto. Se llamó Kairuán; la tradición asegura que los reptiles y las fieras abandonaron aquel paraje, obedeciendo a Okba. Pero los bereberes, que entonces podían más que los romanos o los bizantinos en el norte de Africa, no se sometieron tan fácilmente.

Un jefe bereber, llamado Kuseíla, que había fingido convertirse al Islam, maltratado por un árabe, se rebeló y batió a Okba, que murió en el combate. Kuseíla ocupó a Kairuán, pero vencido a su vez por otra invasión de musulmanes de Egipto, fue substituido por una profetisa bereber, que mantuvo varios años a los indígenas soliviantados contra los árabes. Estas dificultades enseñaron a los conquistadores a obrar con más tacto y se procedió a una sistemática educación y conversión de los bereberes. Para ello se crearon los llamados *lectores,* misioneros y maestros del Corán. Y con esta ayuda, cuando el año 89 de la hégira (708 de Jesucristo) Muza fue nombrado gobernador del Africa del Norte, las sublevaciones bereberes parecían terminadas.

Muza era un árabe del Yemen y dependía del gobernador de Egipto, Abdelazis, que era tío del califa de Damasco. La gran hazaña de Muza fue la conquista de España por su lugarteniente Tarik, al frente de doce mil árabes y bereberes. Después de una pri-

mera batalla cerca de Jerez, Tarik y Muza, que había llegado para participar de la victoria, no encontraron más resistencia que la de algunas ciudades amuralladas. El botín fue enorme. El tesoro de los visigodos había despertado ya las ambiciones de los monarcas francos, pero nunca éstos habían podido llegar hasta Toledo, donde se guardaba. Muza se lo llevó a Egipto en un largo convoy. En El Cairo, donde se detuvo poco tiempo, repartió algunas joyas entre la familia del gobernador Abdelazis, quien le había dado la oportunidad de conquistar a España. Pero al llegar a Damasco el resto del tesoro de los visigodos fue secuestrado por el califa y Muza murió en la indigencia.

La conquista de España resultó fácil por las mismas razones que hicieron fáciles la conquista de Siria y de Egipto. Judíos y arrianos debían de alegrarse con el radical monoteísmo de los árabes, que parecía favorecerles. Los califas de Damasco insistían en este aspecto del Islam para hacer propaganda política. Las inscripciones de las primeras monedas árabes ciertamente tienen un alcance algo más que económico. Los dinares de oro, de Damasco, llevan estos versículos del Corán: «No hay más Dios que Dios. No tiene igual ni compañero, Dios es único y eterno. No creó a ningún otro Dios ni nadie le creó a El.»

La conducta de los árabes en España fue análoga a la que habían seguido en Siria y Egipto. Los *pueblos de la Escritura,* o sea los judíos y cristianos, fueron tratados con respeto. Las ciudades se entregaron mediante capitulaciones que les garantizaban la libertad de su culto. Sólo los oportunistas aceptaron el Corán.

Una vez establecidos en la Península, los árabes pretendieron continuar avanzando al otro lado de los Pirineos. Tenían ya un pie en Francia, pues el territorio de los visigodos llegaba hasta Narbona y Arles; además, creyeron que podrían aprovecharse de la rebelión de los duques de Aquitania, que desde su capital, la ciudad de Tolosa, se habían hecho independientes de los monarcas francos.

Los árabes avanzaron sin dificultades hasta Poitiers. Pero allí fueron detenidos por la barrera infranqueable y el valor sereno de los guerreros nórdicos. Dice el Cronicón Pacense: *Gentes septentrionales in ictu oculi ut paries inmobiles permanentes sicut et zona rigoris glacialis manent adstricti, Arabes gladiis enecant.* Era el año 732, el 114 de la hégira. Desde este momento los árabes ya no cesaron de retroceder por el Oeste. El 116 tuvieron que hacer frente a un levantamiento general de los bereberes en Africa del Norte, y la batalla del Campo de los Idolos, cerca de Kairuán, es más famosa en los anales del Islam que su fracaso de Poitiers, donde el rigor *glacial* de los francos les detuvo junto al Loira.

Sin embargo, la fracasada conquista de Francia por los árabes había reforzado no poco el valimiento del mayordomo de palacio, Carlos Martel; tanto, que a la larga justificó un cambio de dinastía importantísimo para los sucesivos acontecimientos. Porque mientras en España los nobles visigodos, descontentos antes de la llegada de los árabes, se habían debilitado en continuas luchas entre varios pretendientes para recabar el derecho a la corona, en Francia se había mantenido al *roi fainéant,* o rey holgazán. He aquí cómo describe Eginardo, el secretario de Carlomagno, la vida de uno de estos últimos reyes merovingios: «No le quedaba de rey más que el nombre, sus largas melenas y su luenga barba. Sentado en el trono, daba audiencia y contestaba a los embajadores con respuestas que le habían hecho aprender. El mayordomo pagaba al rey una pensión, le conservaba su título de monarca y le permitía vivir en una pequeña residencia con unos pocos servidores. El rey viajaba en el histórico carro de los antiguos caudillos francos, tirado por bueyes, que mejor parecía la carreta de un campesino que el carro real.» Desde luego, con esta clase de reyes solamente no se hubiera podido resistir la presión del Islam.

Afortunadamente para Francia, al lado del *roi fainéant,* merovingio, se hallaba el

Estatua ecuestre de un monarca carolingio, tradicionalmente considerado como Carlomagno. Museo del Louvre. París.



mayordomo de palacio. Ya hemos dicho en uno de los capítulos anteriores que el título de *mayordomo de palacio* hízose hereditario entre los francos para asegurar a la nobleza cierta estabilidad en la provisión de cargos y en la distribución de tierras, que concedía el rey a través de su mayordomo. Si el mayordomo se hubiese cambiado cada vez que un parricidio, o fratricidio, cambiaba al titular de la corona, nadie en Francia hubiese podido tener la seguridad de permanecer en su empleo muchos años. La familia que había conseguido hacerse vincular en sus miembros el cargo de mayordomo de palacio de los reyes francos arrancaba de un santo obispo de Metz y había producido ya varias generaciones de hombres de Estado, pero sólo uno se había atrevido a deponer al rey legítimo y pagó cara su rebeldía, porque pereció víctima de su impaciencia. Los espíritus no estaban aún preparados para el cambio.

Sin embargo, parecía que Carlos Martel, habiendo vencido la rebelión del duque de Aquitania y detenido a los árabes en Poitiers, podía coronarse de derecho, como ya lo era de hecho, rey de los francos. Pero se contentó con traspasar su crédito a sus hijos, y el que le sucedió como mayordomo de palacio, Pipino, comenzó llamándose en los documentos «aquel a quien Dios ha confiado el gobierno», aunque sin tomar el título real. Pronto los árabes dieron oportunidades a Pipino de pelear otra vez en Septimania, y otra rebelión de la Aquitania le hizo tan necesario para los francos como lo había sido su padre Carlos Martel. Pero, además, las aguas revueltas de la política italiana procuraron a Pipino un aliado, que no habían tenido sus antecesores. Este aliado fue el Papa. Pipino envió una embajada a Roma para preguntarle si era conveniente que una persona llevara el nombre de rey mientras que otra gobernaba en su lugar. Los enviados regresaron con la respuesta de que el Papa autorizaba a Pipino para ceñir la corona. Poco después, en una asamblea de magnates reunida en Soissons, Pipino comunicó su propósito y el asentimiento del Papa, y fue elegido rey por aclamación y ungido inmediatamente por el legado pontificio.

No le había de ser difícil al Obispo de Roma el comprender la situación de Pipino. Hacía varios años que el Papa se encontraba en las mismas condiciones que el mayordomo del rey franco. Gobernaba de hecho las tierras del Imperio en Occidente, por cuenta del emperador de Constantino-

pla, quien, estrechado en Anatolia por los árabes, había retirado sus guarniciones de Italia. El Papa tenía que reclutar ejércitos y defenderse, a la vez, de los musulmanes y de los longobardos. Los árabes habían conquistado ya a Sicilia y a Cerdeña, y amenazaban con otros desembarcos en la península. Y los longobardos, que retenían grandes porciones, los llamados ducados, de la tierra clásica, sin la presión de los ejércitos imperiales se mostraban cada vez más exigentes. No se necesitaba gran perspicacia para comprender que, ayudándose mutuamente, el mayordomo de palacio de los reyes francos y el Obispo de Roma podían ambos desembarazarse de las tutelas enojosas de un rey holgazán y de un emperador ausente, y combatir luego asociados a los enemigos comunes. Por otra parte, razones más elevadas, de orden civilizador, debían favorecer tales hechos. El acercamiento del Pontificado y del reino franco había sido preparado por la grande obra apostólica y civilizadora de San Bonifacio, en el territorio que había de ser el

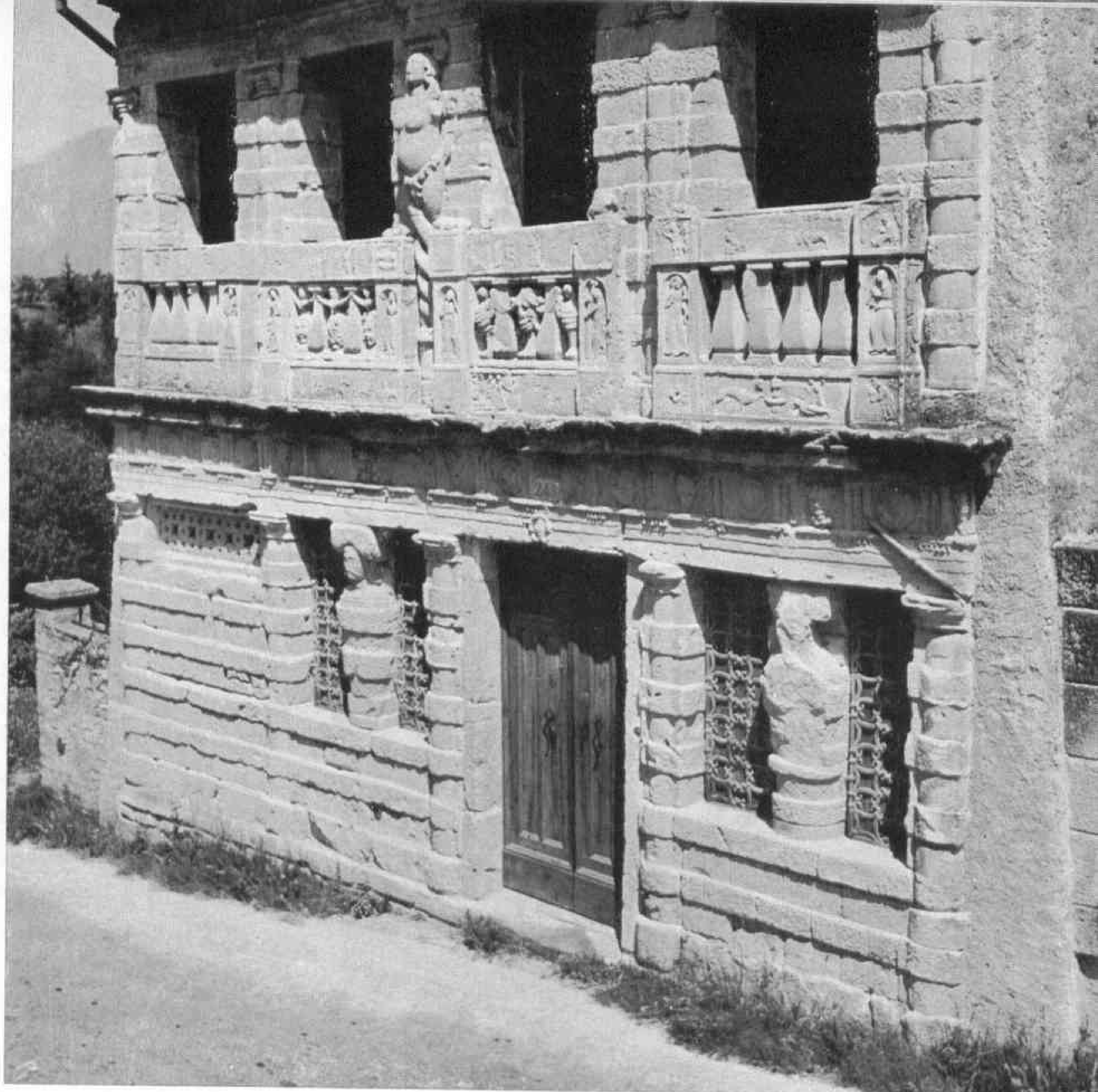


Guerreros carolingios. Del relicario de San Cándido. Tesoro de San Mauricio del Valais.

imperio de Carlomagno. La obra de evangelización de la Germania, por San Bonifacio, es en realidad imponente. Y en esta empresa de conquista y de reforma Bonifacio obró siempre con el auxilio y la concordia del franco y del Papa, y de ambos fue a la vez consejero e instrumento de unión. Por esta misión de San Bonifacio puede decirse que Roma comenzó a ver en los reyes francos sus protectores futuros, mientras éstos aprendían a conocer la grandeza del Pontificado. Faltaba nada más una situación apremiante para que fuese definitiva la alianza de los reyes carolingios y el Papa, y la provocaron las osadas gestas de Astolfo, jefe longobardo, con unas consecuencias que nadie podía prever.

El rey de los longobardos se había apoderado de la mayor parte de los dominios del emperador de Oriente en Italia y amenazaba a Roma. El emperador acudió al Papa para que intercediese ante Astolfo. Esteban II determinó presentarse a Astolfo, acompañado de los legados bizantinos, para suplicarle la libertad del pueblo romano y que restituyera a su señor legítimo, el emperador de Constantinopla, las tierras reconquistadas por Belisario. Rechazado por el jefe de los longobardos, el Papa, no ya como representante del emperador, sino fiado sólo en su calidad de sucesor de San Pedro, cruzó los Alpes y apeló al rey franco, recurso único que le quedaba para salvar *la causa de San Pedro y la República de los romanos,* intercediendo también por los derechos del emperador. Pipino aceptó, y prometió todo lo que le pedía el Papa. Esteban II renovó en la basílica de San Dionisio la ceremonia de la unción, y al rey y sus hijos Carlos y Carlomán declarólos *patricios de los romanos.* Así quedaba confirmada la legitimidad de la nueva dinastía franca, elevándola por encima de las otras realezas de Europa. Por su parte, el Papa había adquirido para Roma y la causa de San Pedro un poderoso defensor. Tal fue la realidad de los hechos y el sentido trascendental del llamado *pacto de Ponthion* entre el Papa y el rey franco (754). El pacto

Casa longobarda conservada en Asolo (Venecia).



entre Pipino y el Papa no produjo dificultades por lo que toca a la corona de Francia. El último monarca holgazán fue tonsurado. Los cabellos no se los dejaban los monarcas como un adorno de su persona, sino que eran todavía una prueba de su carácter sagrado y tradición de los días, ya lejanos, en que los germanos no usaban tijeras. Otro ejemplo de esta supervivencia de ritos prehistóricos se reconoce en la necesidad de tener que usar tijeras de bronce algunos funcionarios sagrados de la Roma republicana, a los que contaminaba el uso del hierro. De todos modos, el monarca legítimo ingresó en un convento y Pipino comenzó a firmar desde aquel momento con los títulos de rey de los francos y patricio romano.

Por lo que toca a las tierras del Imperio en Italia, hubo mayores dificultades. Su posesor legítimo era el emperador de Constantinopla, pero estaba entonces ocupado con los árabes y con la famosa prohibición del culto de las imágenes, reflejo de la vecindad del Islam. Pero aunque el emperador hubiese querido, no hubiera logrado hacer valer sus derechos: los longobardos eran mucho más primitivos que los otros bárbaros, y sólo para librarse de éstos el Papa había buscado un aliado en el rey de los francos.

Pipino empezó a ejercer su misión y promesa de protector del Papado. Por medio de embajadas y de ofrendas, intentó primero que Astolfo, rey de los longobardos, abandonara su actitud de conquista. Pero Astolfo no cedió. No sólo hizo cuanto pudo para complicar más la situación política, sino que llegó a sitiar a Roma. Entonces el Papa hizo un llamamiento angustioso, supremo, al rey y a la nación franca. Pipino, que ya había descendido otra vez a Italia



San Pedro entrega el palio al papa León III y la bandera de la Iglesia a Carlomagno. Mosaico de la Escala Santa. Roma.

para poner freno a Astolfo, volvió con un poderoso ejército y no paró hasta que le hubo vencido totalmente.

Como obsequio al rey por su auxilio, el Pontífice envió a Pipino libros de gramática y geometría, himnarios con música y las obras de Aristóteles y Dionisio. Entre los regalos del Pontífice al primer rey carolingio había también un *horologium nocturnum,* esto es, un reloj para la noche; probablemente se trataría de un reloj con luces, que pudiera contar el tiempo cuando no hubiese sol.

De todos modos, Pipino no consiguió expulsar completamente de Italia a los longobardos porque, en los últimos años de su reinado, tuvo otra vez grandes dificultades en el Sur. La Aquitania, que es lo que hoy llamaríamos Gascuña, se había rebelado otra vez, y año tras año, desde el 760 al 768, Pipino tuvo que combatir al duque Gadifer: el Gaiferos, de quien se cantan todavía romances en España.

Durante el sitio de Pavía por Pipino se le presentó otra embajada bizantina, pidiéndole con insistencia la restitución de las tierras del Imperio. Pipino respondió: «No me he armado sino por amor a San Pedro y la remisión de mis pecados», lo que era una manera de declarar caducados los derechos del imperio de Constantinopla sobre las tierras de Italia. Luego hizo redactar la famosa *donación,* por la que transfería al pontífice romano, representante del Príncipe de los Apóstoles, la mayoría de las tierras tomadas a los longobardos, suyas por derecho de conquista. Por el *Liber Pontificalis* sabemos que Pipino donó al Estado de San Pedro casi todas las ciudades conquistadas por él a los longobardos: las tierras del Imperio, Roma y la Pentápolis, o sea el ducado de Rímini.

Así quedaba legitimado un nuevo Estado en el teatro internacional de Europa. Las actas pontificias empiezan a llamarle *Sanctæ Ecclesiæ Respublica.* Tal fue el origen del poder temporal de la Santa Sede. Más tarde se trató de explicarlo con un documento apócrifo, redactado en el siglo VIII o IX, llamado *la Donación de Constantino,* según el cual, éste, al trasladarse a Bizancio, agradecido al papa Silvestre por haberle curado de la lepra, le abandonó *Roma, Italia y el Occidente entero.* Pero la formación de la soberanía papal fue debida a la concurrencia de hechos diversos. De un lado, «alrededor del santuario apostólico formábase como una jurisdicción especial»; de ahí el *dominio sagrado* propiamente dicho, el *Estado de San Pedro.* Por otro lado, «en una época en que no se era tan celoso como en la presente en fijar con precisión los límites de lo espiritual y lo temporal — dice Duchesne —, el Papa intervenía con frecuencia en asuntos temporales, en negociaciones de tratados, en nombramientos de funcionarios, en la custodia de la hacienda del Estado, en intereses de orden municipal. Veíasele intervenir en asuntos políticos y

militares en Ravena y Nápoles. Hablaba, más allá de las fronteras, con visigodos, anglosajones, francos y bárbaros». Y esto, a petición de pueblos y reyes; ante urgencias del bien común, en Roma y la península italiana.

Ante tales hechos, que habían creado una realidad concreta y un ambiente general de predominio pontificio, debíase ponderar la situación de Italia, cada día más abandonada por los emperadores bizantinos, los cuales, al negligir sus deberes, habían abdicado de hecho su autoridad. Pero, como tantas veces ocurre, el verdadero hombre de acción, el fundador del poder temporal de los Papas había sido, casi dos siglos antes, San Gregorio Magno, quien por necesidad tuvo que suplir al emperador y organizar toda una administración civil, y aún la misma defensa militar de Roma y diversas regiones de Italia. Si atendemos a la opresión longobarda, es certísimo lo que dice el citado Duchesne: «El poder temporal nació de la repugnancia de los romanos a hacerse longobardos y de la imposibilidad en que se hallaban para conservar su autonomía sin que el Papa fuese soberano. Un protector se impuso desde el origen; el Estado romano tenía necesidad de él para defenderse contra los enemigos del exterior, longobardos, griegos, sarracenos.» Con tales precedentes se comprenderá que la obra de Pipino y la actitud del Papa eran de una necesidad política innegable. En este sentido no es absurdo ninguno el interpretar el tacto de cesión de Pipino como una *restitución.* «La revolución que substituyó al exarca bizantino por el Papa — observa C. Diehl — afectaba más a las formas teóricas que al estado real de las cosas.»

Antes de morir, Pipino dividió sus Estados entre el primogénito, Carlos, que la Historia apellida Carlomagno, y otro hijo, llamado Carlomán. La Aquitania, para mayor seguridad, la partió Pipino entre sus dos sucesores, pero pronto se rebeló, por lo menos una mitad de ella, la que pertenecía a Carlomagno, y Carlomán no quiso ayudar a su hermano. Con esto empezó a comprender Carlomagno la necesidad de unificar otra vez los Estados de los francos, y la repentina muerte de Carlomán, el año 771, facilitó la solución. La viuda de Carlomán, con sus hijos, menores de edad todavía, corrió a buscar refugio entre los longobardos, que aún seguían poderosos en el norte de Italia. Las suertes estaban, pues, echadas. Carlos tenía que continuar la política de su padre, que fue la de apoyar al Papa y combatir a los longobardos, o éstos se presentarían a no tardar en Francia con la excusa de hacer valer los derechos de los hijos de Carlomán. Por esto, sin esperarle, y llamado por el papa Adriano, que volvía a sufrir la presión del rey de los longobardos, en el verano del año 773 Carlomagno cruzó otra vez el Monte Cenis y ocupó a Pavía y Verona, ciudades del norte de Italia y llaves de la Lombardía.



Monedas de Carlomagno, joven, con los títulos de Magnus y Augustus.

Como rey de los francos y patricio romano.



Mientras duraba aún el sitio de Pavía, Carlos pasó a Roma para confirmar la alianza de los francos con el Papa. Subió los peldaños de la antigua basílica de San Pedro besándolos uno a uno, abrazó al Papa, que le esperaba en la puerta, y entró en el templo a su diestra, como un simple patricio bizantino. Pero después el rey y el Pontífice bajaron a la cripta donde está el sepulcro del Pescador, y allí solos, con juramento solemne, se comprometieron a ayudarse contra los longobardos, musulmanes y bizantinos, o cualesquiera otros que fuesen enemigos de los francos y de la Iglesia. Cuatro días más tarde, el Papa leyó a Carlos y a los caudillos francos que le acompañaban la donación que su padre, el rey Pipino, y el mismo Carlos y su hermano Carlomán habían hecho al papa Esteban. Carlos y sus nobles la refrendaron con sus firmas sobre el altar de San Pedro y se sacaron de ella tres copias: una que se depositó en el sepulcro del Apóstol, otra que se guardó en el archivo pontificio, y la tercera que se llevó consigo Carlos al volver a su país. La nueva donación era más amplia que la de Pipino. Esto ocurría el año 774, y hasta el 800 no fue Carlomagno aclamado emperador de los romanos. La razón de esta demora es que, si bien desde un principio Carlomagno demostró las cualidades que aún le reconocemos, carecía entonces de la reputación necesaria para considerarle digno sucesor de Augusto, Trajano y Constantino. Con todo, tras esta primera campaña victoriosa, tomó ya el título de rey de los longobardos.

Pero durante el último cuarto del siglo VIII, Carlos se convirtió en la figura capital de toda la cristiandad, y no tanto por sus esfuerzos en mantener a raya a los longobardos de la Italia del Sur, como por sus guerras contra los paganos: sajones, ávaros y sarracenos. Los sajones eran tribus de germanos que quedaban sin cristianizar entre el Elba y el Rin, y no se sometieron sino después de varias campañas dificilísimas. Carlos, como hombre de Estado moderno, concedía a los sajones todos los derechos de que gozaban sus súbditos francos, con tal que le prestaran homenaje y, sobre todo, abandonaran sus supersticiones prehistóricas. Al final de cada campaña, Carlos convocaba por lo regular una dieta, o parlamento, en el que eran admitidos fraternalmente los sajones vencidos. Allí se legislaba con aparente armonía, pero al cabo de uno o dos años, el rescoldo del espíritu nacional se encendía otra vez y con nuevo vigor los sajones se lanzaban a la rebelión. Conocemos las leyes que Carlomagno promulgó para estos *ingratos sajones.*



Imagen de la Santa Fe, del tiempo de Carlomagno. Tesoro de Conques.



Un guerrero franco. Tesoro de San Mauricio del Valais.

Las *Capitulationes de partibus Saxoniæ* empiezan así: «Es conveniente que las iglesias que ahora se construyen en Sajonia sean honradas, por lo menos, tanto como los santuarios de los ídolos.» Los artículos dos y tres se refieren al privilegio de asilo y a la protección de la propiedad de las iglesias. El artículo cuarto parece hoy un poco fuerte: «Si alguno, para mofarse de la cristiandad, come carne durante la cuaresma, sea castigado con la pena capital.» Observemos, sin embargo, que sólo se trata de los casos de befa, y aun se da al acusado la oportunidad de defenderse explicando sus razones a un clérigo. Por el artículo quinto se impone pena de muerte al que mata a un obispo, clérigo o deán. El sexto castiga a los brujos que comen carne humana; el séptimo, a los que queman los cadáveres, según el rito pagano; el octavo, a los que hacen alarde de no querer bautizarse; el noveno, a los que hacen sacrificios humanos con carácter propiciatorio a los demonios, según dice Carlomagno, aunque por demonios debemos entender los dioses antiguos; el artículo décimo castiga a los que conspiran contra los cristianos, nombre con el cual señala a los francos; el undécimo, a los traidores al rey; el duodécimo, al que viole la hija del señor, y el decimotercio, al que mate a su amo.

Todos éstos, sin excepción, son castigados con pena de muerte, a menos que se hayan presentado arrepentidos y por su propia voluntad a un clérigo, confesado su crimen y aceptado la penitencia, caso en el cual las *Capitulaciones* dicen que se les perdonará la vida, dejándonos entender que el clérigo señalará el castigo que su discreción le aconseje.

Más tarde, por la capitular sajona del año 797, elaborada en Aquisgrán, Carlomagno abolió la pena de muerte en la mayoría de los casos en que estaba prescrita, y la reemplazó por las tasas de compensación que se hallaban en uso entre los francos desde muy antiguo.

Siguen todavía los que se llaman capítulos menores, para faltas que se condonan con multas. Por ejemplo, el que tardaba más de un año en bautizar a un recién nacido pagaba, si era noble, una multa de 120 dineros; si era hombre libre, 60, y si era siervo, 30. Los que hacían promesas a ídolos, árboles, pozos o fuentes, pagaban también multas. Hay un artículo, el 23, entre estos capítulos menores, que dice: «Los brujos y adivinos se darán a las iglesias y clérigos para que los guarden.» Otro capítulo, el 33, dice así: «El perjurio se castigará según la antigua ley sajona», que era pena de muerte. Es curioso encontrar aquí a Carlomagno escudándose en la tradición para justificar su rigor. En cambio, el último capítulo, el 34, prohíbe las asambleas públicas, es decir, suspende el derecho de reunión entre los sajones, por considerarlos todavía propensos a hacer mal uso de esta libertad. Carlomagno combatió también en las regiones que hoy llamamos Hungría y Bohemia, donde habían peleado seis siglos antes Trajano y Marco Aurelio Los bárbaros que allí fue a subyugar Carlomagno eran los ávaros, pueblos de raza turania que habían llegado en seguimiento de los hunos. Vivían



Aguamanil de oro y esmalte, tal vez regalado por Harún al-Raschid a Carlomagno. Tesoro de San Mauricio del Valais.

entonces atrincherados en inmensos campamentos, defendidos por varios círculos de empalizadas. El mayor de estos campamentos, tal como lo describe Eginardo, tenía un diámetro como de Zurich hasta Constanza. El muro exterior, de estacas y tierra, era de 6 metros de ancho por 6 de alto. Dentro del círculo había grupos de cabañas no muy distantes. Otros terraplenes de defensa, también circulares y concéntricos, hasta nueve, se hallaban esparcidos a una distancia de 35 kilómetros el uno del otro. El *khan* de los ávaros vivía en el mayor de estos campamentos, cerca del río Raab, y aunque ejercía sólo una autoridad nominal en tiempo de paz, como buen turanio, era obedecido ciegamente en las operaciones de guerra. Que los ávaros podían ser un peligro si se *civilizaban,* lo prueba una capitular de Carlomagno que dice así: «Por lo que toca a los mercaderes que van a las tierras de los esclavos y ávaros... no llevarán armas para vender, y si se les descubren se confiscarán, la mitad para el rey y la otra mitad para el gobernador del lugar y el espía...» Lo cual nos permite deducir que había un contrabando de armas.

Carlomagno empleó contra los ávaros su estrategia predilecta, que consistía en atacar al enemigo por diferentes puntos a la vez. Un hijo suyo llegó con un ejército por la parte de Italia; otro ejército franco entró en las tierras de los ávaros por Bohemia, y Carlomagno en persona, con un tercer ejército, remontó la margen derecha del Danubio. Los ávaros, desconcertados, abandonaron sus tierras y desaparecieron del campo de la Historia. Consta que una parte del botín fue enviado a Roma, como regalo al Papa. De todos modos, la campaña no resultó muy agradable. Leyendas y poemas épicos nos han desfigurado a Carlomagno de tal manera, que no parece posible que experimentase las dificultades que hubieron de aquejar a otros heroicos capitanes; pero consta que en esta guerra contra los ávaros los caballos de los francos perecieron misteriosamente. Se ha conservado también una carta escrita por el propio Carlomagno a su esposa Fastrada, durante la expedición contra los ávaros, y en ella se queja de no haber recibido noticias suyas y habla con ternura que sorprende en un héroe de su tiempo.

Pero lo que ha acabado de dar a Carlomagno la aureola de paladín de la cristiandad con que le glorifica la epopeya medieval son sus campañas contra los sarracenos. Eran éstos sus vecinos por el Sur. Es probable que Carlomagno, ocupado con los sajones y longobardos, no hubiera pensado en atacarles de no haber sido solicitado por los mismos musulmanes. El año 777,

cuando Carlomagno, con sus francos, estaba legislando en Paderborn para los sajones, vio llegar al valí de Zaragoza con otros dos emisarios para pedirle auxilio contra Abderrahmen, el flamante Emir de Córdoba. En la seguridad, pues, de hallar auxiliares al otro lado de los Pirineos, hubiérales parecido un crimen a los francos no intervenir en España, la tierra ambicionada por sus abuelos. En la primavera del 778 los francos pasaron los puertos, atacando, como tenían costumbre, por dos puntos a la vez. Un ejército mandado por Carlos en persona entró en Roncesvalles y tomó a Pamplona, mientras que otro, guiado por el duque Bernardo, entraba por el collado de la Clusa y ocupaba a Gerona. Muy probablemente, Carlomagno tendría proyectado reunir sus dos ejércitos en Zaragoza para desde allí marchar sobre Córdoba con sus aliados, cristianos y musulmanes, pero Zaragoza resistió los asaltos de los francos y, por otra parte, el ejército de Cataluña comprendería que no era cosa fácil pasar de la cuenca del Ter a la del Ebro a lo largo del Pirineo. Lo más prudente era, pues, retroceder.

Carlomagno deshizo el camino, acaso pensando en volver, y al menos para que no pudieran detenerle, desmanteló la fortaleza de Pamplona. Al atravesar, de regreso, el puerto de Roncesvalles el ejército franco fue severamente castigado por alguien que aún no se ha puesto en claro si eran árabes, o tal vez vascos, o los visigodos de Asturias, descontentos de la alianza que su rey Alfonso había pactado con Carlomagno. Los romances reflejan este odio contra los francos, que los castellanos heredaron de los visigodos, y Eginardo, en cambio, se jacta de que Alfonso era el *hombre,* como si dijéramos el súbdito, del rey franco. Por lo que toca a Roncesvalles, he aquí la única información contemporánea de la derrota, que es la de Eginardo en su *Vida de Carlos:* «Mientras el ejército iba marchando en fila por el estrecho paso, los *gascones,* que estaban emboscados entre los árboles de la montaña, descendieron, llevando la confusión y el desorden a la retaguardia y a los convoyes. En la batalla que resultó del encuentro, los *gascones* (léase vascones) mataron hasta el último de sus enemigos. Tomaron los bagajes, y, aprovechándose de la obscuridad de la noche, se desparramaron en todas direcciones. Favoreció a los *gascones* el ir sin armaduras, y la misma naturaleza del terreno en que tuvo efecto la acción. Murieron en la refriega el mayordomo Aggiardo, el conde Anselmo y el gobernador de la Bretaña, Rolando.» Esta descripción de Roncesvalles, escrita por el propio secretario de Carlomagno, se reproduce siempre con el comentario de su brevedad comparada con el raudal de poesía que originó durante toda la Edad Media. En el capítulo de las guerras de Carlomagno, el fragmento que hemos copiado toma casi una décima parte. Es la única acción



Monarca carolingio. Miniatura del Evangeliario de Lotario (fragmento). Biblioteca Nacional. París.

de armas que cuenta en detalle el cronista Eginardo, con alardes topográficos, mencionando los árboles y el terreno escabroso, donde los *gascones,* que no llevaban impedimenta, se movían más fácilmente que los francos. No hay duda de que la *Chanson de Roland,* y otros poemas que debieron de precederla, fueron resultado de la impresión que la rota de Roncesvalles produjo en los contemporáneos.

Lo que había ocurrido en España enseñaría a Carlomagno que no podía contar allí con fieles aliados. Renunció, pues, a su sueño, si es que alguna vez lo tuvo, de limpiar de sarracenos la Península y se contentó con la ocupación de la parte norte de Cataluña, que formó la Marca Hispánica. Pero incluso por este lado fue difícil contener la presión de los musulmanes. Los árabes reconquistaron varias veces este ángulo de la península y penetraron en Septimania. El que ejercía el cargo de gobernador de la Aquitania por esta época, llamado conde Guillermo, debió de hacer prodigios de valor contra los árabes, porque los poemas épicos no se cansan de atribuirle nuevas hazañas. El animoso conde acabó sus días en el desierto de Aniane, cerca de Montpellier, donde fundó un cenobio. La Iglesia le ha canonizado. Pero no fue sólo por sus árabes por lo que España causó preocupaciones a Carlomagno. De allí salió una herejía que era tanto más peligrosa cuanto que parecía enlazarse con movimientos importantes de la época. Nos referimos al *adopcionismo,* esto es, la doctrina que supone que Cristo tuvo sólo una naturaleza humana al nacer, pero fue pronto adoptado Hijo de Dios, recibiendo por esta adopción la misma naturaleza divina del Padre.

Esta no era herejía nueva en la Iglesia, pues había sido condenada con mucha anterioridad, pero sorprende verla renacer en España, en los territorios ocupados por los árabes. Dos obispos españoles, Elipando, de Toledo, y Félix, de Urgel, abrazaron el adopcionismo, con la agravante de prohibir el culto de las imágenes. Ambas cosas, sin embargo, reflejan el fanatismo iconoclasta de los árabes y el monoteísmo extremado del Corán.

Para comprender las razones que pudieron mover a Elipando y a Félix a desviarse del catolicismo trinitario, hay que tener presente que, si bien los musulmanes per-

Miniatura que representa a Terencio recitando. Muestra de supervivencia clásica.





Princesas y damas de la corte en la escuela del palacio de Carlomagno. Biblia de Carlos el Calvo. Biblioteca Nacional. París.

mitieron a los cristianos conservar sus iglesias y sus obispos, debía de ser muy difícil evitar que apostataran los fieles en gran número, atraídos por la exención de tributos en cuanto se hacían mahometanos, y por la simplicidad religiosa del Islam. Tal vez a aquellos obispos españoles el adopcionismo y la prohibición del culto de las imágenes les pareciera una buena manera de atraerse a los árabes, aunque, si tal hubiese sido su intento, más torpe sería su actitud. Mahoma había reconocido a Jesús como profeta; la sola dificultad estribaba en su divinidad; si ésta, en vez de ser por naturaleza, era obtenida por adopción, se simplificaba mucho la controversia. Varias sectas musulmanas empezaban a considerar a Mahoma y el Corán como algo que, sin ser Dios, estaba en la mente de Dios desde el principio de los tiempos. Alí y los otros imanes tenían un carácter casi divino para ciertos doctores islámicos. De esto a una adopción, para un profeta como Jesús, el tránsito les sería menos difícil. Pero Carlomagno, acaso recordando los conflictos que en Oriente había motivado la prohibición del culto de las imágenes, cortó por lo sano, y en un concilio reunido en Francfort (año 794) fueron condenados Elipando y Félix y no se volvió a hablar del adopcionismo.

Las expediciones de Carlomagno contra los árabes de España debieron de interesar muchísimo a los califas de Bagdad, quienes consideraban a los omeyas de Córdoba como rebeldes. Acaso esta circunstancia de tener un enemigo común en España sería la principal razón de la amistad entre Carlomagno y el califa de Bagdad, que tanto dio que hablar en las crónicas carolingias. Parece que Carlomagno, que gustaba no poco de gentes y cosas exóticas, *amabat peregrinos,* empezó por enviar una embajada al califa, pidiéndole protección para los Santos Lugares. El califa Harún al-Raschid contestó enviando otra embajada, que no llegó a Aquisgrán hasta el año 801. Entre los presentes para el rey de los francos, los árabes llevaban armas, un reloj de agua, bálsamos, monos y un elefante, que se llamaba Abú-Abbás, que quiere decir *hijo de padre,* nombre algo cómico aun para una bestia. Las crónicas nos enteran de que el pobre animal murió cuando lo llevaban a pelear contra los daneses. Otros embajadores del rey de Mauritania regalaron a Carlomagno un oso de Numidia, un león, acero de España y púrpura de Tiro. El monje de Sant Gall

nos entera de lo que Carlomagno pudo ofrecer a sus amigos orientales a cambio de estos presentes. A Harún al-Raschid le envió mulas de España, telas de Frisia, que debían de ser de lino, y, sobre todo, perros de caza, que el califa estimó mucho.

La superioridad de Carlomagno a fines del siglo VIII era, pues, tan indiscutible, que actuaba ya como el monarca supremo de Occidente. Hasta los reyezuelos teutónicos y celtas de las islas Británicas le reconocían como el jefe político de la cristiandad. Sólo le faltaba la consagración oficial, o sea el título de emperador; éste le fue impuesto por el papa León III, casi por la fuerza. Parece que a este Papa le fue bastante difícil hacer prevalecer su autoridad sobre los romanos, especialmente por los manejos de una facción perturbadora. Había sido vejado, insultado y herido durante un motín, por lo que tomó la determinación de acudir en son de queja, personalmente, a Carlomagno, que se hallaba en Paderborn; éste se presentó en Roma al año siguiente. El temor al castigo del rey franco, o la natural volubilidad de los romanos, les hizo recibir a Carlomagno con grandes manifestaciones de entusiasmo. En una asamblea pública de obispos fue declarada la inocencia del Pontífice y confundida la villanía de los perturbadores. Durante la misa del día de Navidad del año 800, cuando el monarca franco se adelantó para rezar junto al sepulcro de San Pedro, el Papa le colocó una corona en la cabeza, y el pueblo, prevenido sin duda para el caso, le aclamó gritando: «¡A Carlos el Augusto, coronado por Dios, el grande y pacífico emperador de los romanos, vida y victoria!» Inmediatamente, el Papa se postró de hinojos ante el nuevo Augusto, como era costumbre hacerlo con el emperador de Constantinopla.

Todos los cronistas de la época hacen el relato de este acontecimiento, como si se dieran cuenta de que por él se comenzaba un nuevo período en la historia del Occidente cristiano con la fundación del sacro Imperio romano y germánico. Pero, por otra parte, resulta de los documentos contemporáneos, sin discrepancia alguna, que Carlos no manifestó satisfacción o alegría ni antes ni después de la coronación. Es dudoso, dado su carácter, que esto fuese debido al temor de no sentirse capaz de ostentar el nuevo título, ni porque tuviese miedo de ofender al emperador de Constantinopla. Lo más probable es que hubiese preferido demorarlo, esperando el resultado de sus negociaciones con Bizancio, o que le molestara la idea de tener que dar una explicación lógica, o teológica, a lo que venía haciendo como buen teutón, sin preocuparse de sus razones ni de su derecho. ¿No era cristiano? ¿Para qué, pues, darle a él, Carlomagno, el árbitro del Oeste, otro nombre y abrumarlo con el peso incierto de una corona imperial? Pero empezó a acuñar moneda con el título de César Augusto.

Carlomagno trató, sin embargo, de legitimar su posición, haciéndose reconocer por Bizancio. Lo más expedito era el matrimonio, y en cuanto vio que el trono imperial estaba ocupado por una mujer no casada, la emperatriz Irene, Carlomagno dio los primeros pasos para casarse con ella. Pero Irene fue destronada el año 802 por haberse mostrado partidaria del culto de las imágenes, y Carlomagno hubo de pensar en otro enlace, el de uno de sus hijos con una princesa bizantina más joven. Por fin, el asunto se arregló sin parentesco de familia. El año 812 los embajadores de Constantinopla ya saludaron a Carlos, en Aquisgrán, con el título de *Basileos*. Y por si esto no fuese bastante, el emperador León V aceptó el hecho consumado y redactó un tratado que, si bien llegó cuando Carlomagno acababa de morir, sirvió para reconocer a su hijo.

Así, pues, por una simple iniciativa del Papa, preparada no obstante por hechos importantes que la justificaban, se estableció un nuevo emperador en Occidente. No

Interior de la iglesia de Aquisgrán, donde fue sepultado Carlomagno.



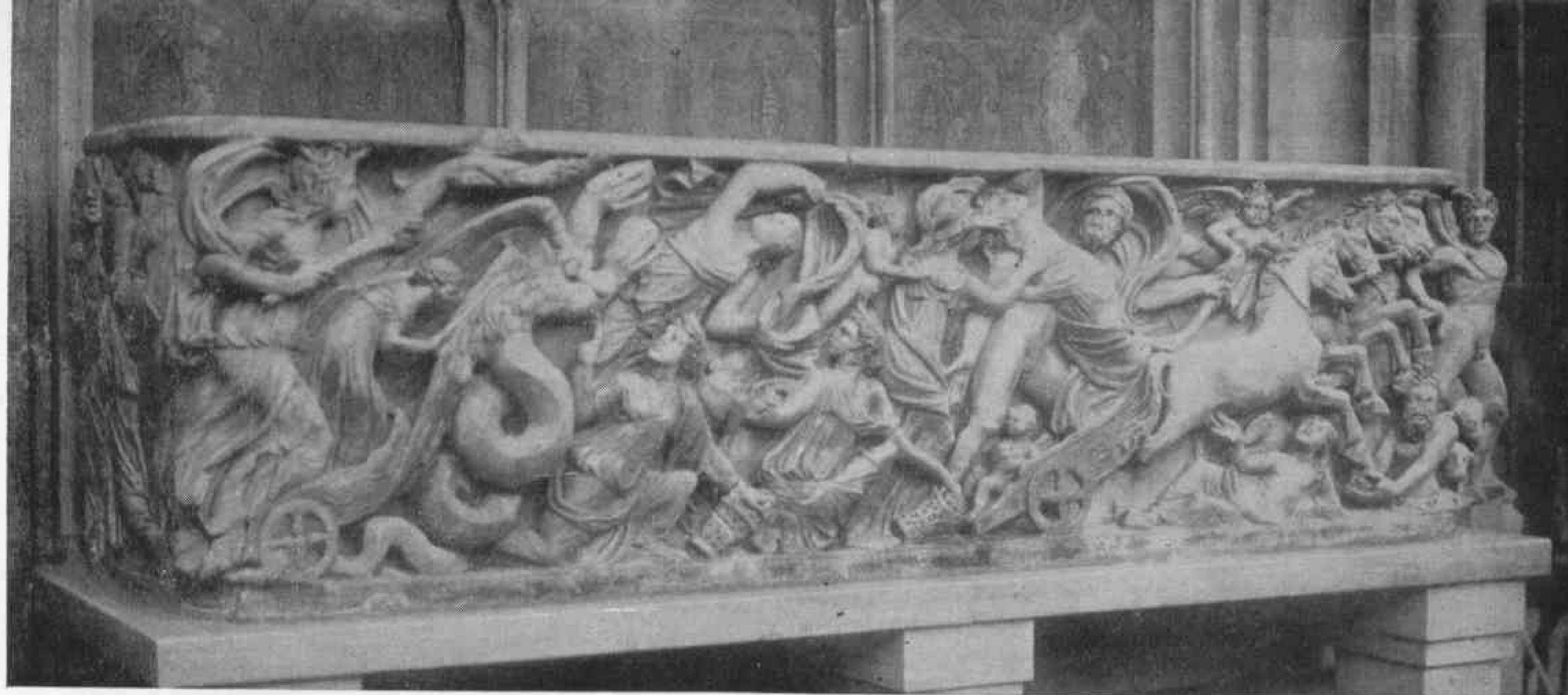
era un colega del de Bizancio, sino que dependía sólo de Dios. El emperador, a su vez, nombraba a su sucesor; el Papa, o su delegado, podía ungirle, pero ya el mismo Carlos había recomendado a su hijo que, en el acto de la coronación, tomara la corona del altar y se la pusiera él mismo en las sienes. De todos modos, resultaban ambiguos los derechos del emperador de Occidente sobre Italia. El fortalecimiento de la situación de los Papas con las donaciones de las tierras de San Pedro a primera vista no parece fa-

vorecido por la aclamación de un nuevo Augusto, del que teóricamente debían depender, aunque no fuera más que como reyes de Roma. Esta ambigüedad dio lugar a grandes dificultades durante toda la Edad Media. Los sucesores de Carlomagno y los pontífices se miraron como enemigos muchas veces, por no haber procurado deslindar sus atribuciones desde un principio. Sin embargo, Alcuino, el consejero de Carlomagno, no dejó de fijar bien los caracteres distintos del poder temporal y del espiritual, con verdadera visión de lo que había de ser la cristiandad, conducida por el Papa y el Emperador.

Contribuyó mucho a mantener la dominación de Carlomagno su valor personal. Eginardo, su secretario, nos lo describe así: «Su cuerpo era grande y fornido; tenía más de siete pies de alto. Su cráneo era redondo, la mirada penetrante; su expresión era animada, de manera que, tanto de pie como sentado, producía un efecto imponente. Aunque tenía el cuello algo corto, esto no se notaba por la maravillosa proporción de todo lo demás. Caminaba con lentitud y firmeza; su voz era clara, aunque algo chillona. Tuvo una salud de hierro hasta el final de su vida, cuando empezó a sufrir de calentura, y al final andaba algo cojo de un pie. Hasta en esto siguió sus propias convicciones, porque los médicos (a quienes detestaba) le decían que no comiera carne asada, sino hervida. Hacía constantemente ejercicio, montando a caballo o cazando... Le gustaba bañarse y nadar, especialmente en aguas termales, y por esto construyó su palacio en Aquisgrán, para estar cerca de las fuentes...» «Comía mucho y bebía poco, detestaba la borrachera tanto para sí mismo como para sus amigos. Raramente daba banquetes; en sus comidas se le servían sólo cuatro platos, además del asado de venado, que era su manjar favorito. Mientras comía, quería que le leyesen historias y hechos de armas de grandes hombres. Le gustaban también los libros de San Agustín, especialmente el que se titula *La Ciudad de Dios*. Dormía una siesta, en verano, de dos o tres horas, desnudándose como por la noche. Tenía el sueño ligero, y en ocasiones se levantaba cuatro o cinco veces durante la noche. Recibía a sus amigos mientras se estaba vistiendo, pero si se le decía que había una disputa pendiente, hacía entrar a los litigantes aunque se hallara a medio vestir ..»

Eginardo continúa enterándonos de estos maravillosos detalles: «Puso la mayor atención en las artes liberales y manifestó el mayor respeto por los hombres cultos de su tiempo. Estudió gramática con un maestro anciano, Pedro de Pisa, y en las otras ciencias aprendió de Alcuino de York. Carlos pasó mucho tiempo con él, estudiando retórica, dialéctica y astronomía. Con el mismo Alcuino aprendió el arte de contar y de seguir el curso de los astros. Carlos trató de aprender a leer, y con este objeto acostumbraba llevar consigo unas pautas y recado de escribir, que ponía debajo de su almohada para continuar ejercitándose durante la noche, dibujando letras. Pero avanzó muy poco en esta extraña disciplina, que empezó acaso demasiado viejo.»

Sigue explicándonos Eginardo el vivo interés de Carlomagno por las obras públicas, sus construcciones en Aquisgrán, el palacio y la catedral, un puente sobre el Rin, en Maguncia, y hasta conocemos sus planes de poner en comunicación el Rin con el Danubio por medio de un canal. Mas a pesar de cuanto se dice a este respecto, Carlomagno aparece como una naturaleza bárbara todavía. Es cierto que sus incesantes viajes le obligaron a aprender el latín, que sabía a medias el griego y deseaba aprender más. Es cierto que dictaba disposiciones para que en los monasterios se fundaran escuelas, y se recogieran las reliquias de la cultura antigua, cuya luz casi extinguida sólo brillaba débilmente entre los monjes ingleses. Es cierto que de entre ellos hizo salir a los hombres más eminentes de la época para que dirigieran la escuela de su palacio y las de los monasterios más importantes de Francia. Es cierto que hubo un positivo renacimiento de las letras y las artes en tiempo de Car-



Sarcófago romano con el rapto de Proserpina, en el que fue sepultado Carlomagno.

lomagno, pero él no pasó de ser un teutón a medio civilizar.

Y no lo decimos sólo por el detalle de no haber llegado a aprender a escribir, sino por sus relaciones de familia y su manera de vivir, cazando o peleando siempre, sin tener apenas domicilio fijo. Tuvo seis o siete esposas o concubinas, con hijos, y sobre todo hijas, que no fueron modelo de honestidad. Todas permanecieron solteras, pero una de ellas sabemos que tuvo un hijo de cierto conde palatino, y de otra que tuvo dos hijos de un maestro llamado Angilberto. Los biógrafos de Carlos insisten en que el padre no consintió que se casaran, prefiriendo tenerlas a su lado, sin decirnos si lo hizo para alegrar su vejez o porque no quería, con los matrimonios de sus hijas, establecer nuevos derechos a la corona. Pero que estas princesas no debieron de ser muy recatadas lo prueba que, cuando el sucesor de Alcuino entró a ocupar su puesto de director de la escuela de palacio, el propio Alcuino, ya retirado en el monasterio de Tours, advierte a su sucesor que tenga cuidado con *las palomas coronadas que vuelan por las cámaras de palacio y reaparecen por las ventanas*. Otra prueba palpable de la inmodestia de las hijas de Carlomagno es que, inmediatamente después de morir éste, su hijo y sucesor Luis el Piadoso obliga a todas sus hermanas a tomar el velo y hacerse monjas.

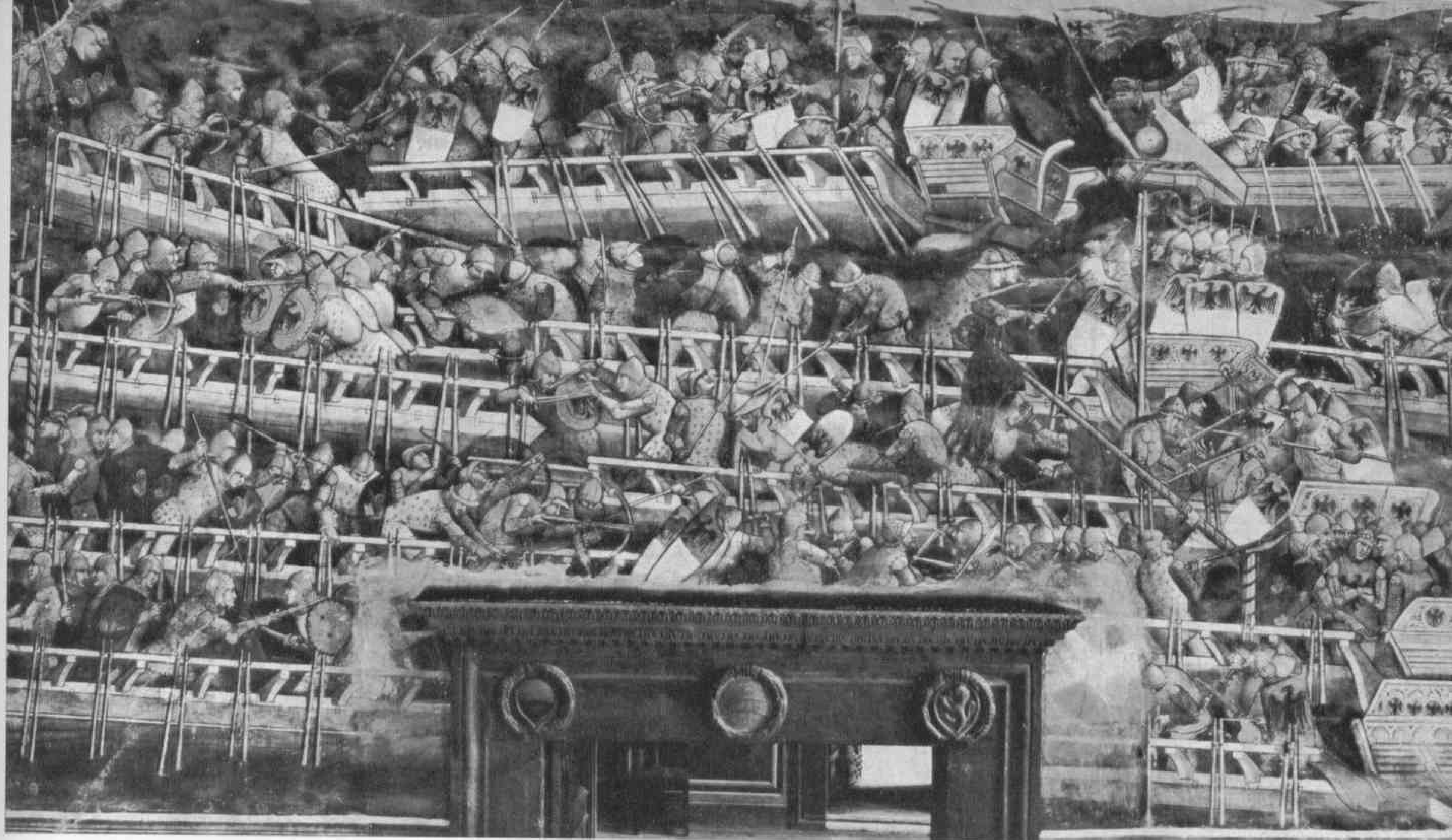
A pesar de estos hechos y de los desórdenes de su vida privada, debe reconocerse la potencia enorme y la gran extensión de la obra de Carlomagno, cuyo ideal escribió a León III con estas palabras: «Defender por las armas a la Santa Iglesia de Cristo, al exterior, contra las incursiones de los paganos y las devastaciones de los infieles, y fortificar el interior por el conocimiento de la fe católica.» Un sentido admirable de unidad presidió su labor de reorganización civil y eclesiástica del Imperio franco, y su interés civilizador se extendió a todo: a la cultura popular, a las letras y artes, a la misma perfección religiosa; pocas veces se vio un impulso personal tan poderoso en un monarca para promover la obra de los concilios y dar eficacia al gobierno y a una legislación concreta y viviente. A Pablo Diácono le encarga una colección de homilías para dar más eficacia al ministerio de la predicación; extiende el Sacramentario gregoriano y las melodías sagradas a fin de que el culto tome por doquier la forma romana; promulga una ley para que todo padre de familia envíe sus hijos a la escuela y los deje allí hasta que estén bien instruidos. Inspira sus capitulares en los cánones eclesiásticos y encauza la conciencia jurídica contra la barbarie con su edicto: *Non occidatur homo nisi lege iubente*. Pudo durar poco el Imperio carolingio, pero el Occidente recibió de Carlomagno la iniciación

en una sólida organización social, el avance de la fusión de los elementos romano, germánico y cristiano, y el primer ensayo de gobernarse en forma política la cristiandad, direcciones fecundas que informarán toda la pujanza de la Edad Media.

Carlomagno murió, probablemente de pulmonía, el 28 de enero del 814. Había cazado demasiado y sintióse venir la fiebre, que quiso curar sólo con ayunos. Pero Eginardo dice que la fiebre *se complicó* con los dolores *que los griegos llaman pleuresía,* y siete días después murió, habiendo recibido los sacramentos. Tenía setenta y dos años, y había reinado cuarenta y siete. Su cuerpo, *lavado y tratado con las ceremonias habituales,* dice Eginardo, fue depositado en un antiguo sarcófago romano de la capilla de Aquisgrán. No faltaron prodigios y milagros, que Eginardo copia acaso con más placer que el epitafio, que probablemente él mismo, como secretario, redactó y empezaba con los siguientes términos: «En esta tumba descansa el cuerpo de Carlos, el grande y ortodoxo emperador, que noblemente extendió el reino de los francos...»



Busto de Carlomagno. Aquisgrán.



Combate naval entre los venecianos y Otón, hijo de Federico Barbarroja. Fresco en el Palacio Comunal de Siena.

21 LUCHA ENTRE EL PONTIFICADO Y EL IMPERIO. LAS TRES PRIMERAS CRUZADAS

La fácil exaltación de Carlomagno a emperador romano, llevada a cabo por el Papa, no solucionó los males del Occidente latino. Por de pronto, los sucesores de Carlos fueron manifiestamente incapaces. Sus mismos sobrenombres los condenan. El hijo de Carlomagno fue llamado *el Pío;* su nieto, *el Calvo;* otro sucesor, *el Tartamudo;* otro, *el Simple,* y el último, *el Gordo.* Ya se comprende que, con gobernantes así, las fronteras del Imperio, en lugar de ensancharse, debían retroceder; ni había que pensar en imponer la disciplina católica al Imperio bizantino. Ninguno de estos soberanos carolingios supo hacerse cargo de lo que representaba la idea del Imperio; prueba de ello es que continuaron dividiendo el Estado entre sus hijos, como lo habían hecho los reyes francos, y sólo con muertes prematuras y revoluciones se reintegró algunas veces el territorio imperial. Sin embargo, una familia poderosa que venía gobernando la Francia central, con el título de condes de París, por varias generaciones, se apoderó del trono de Francia, expulsando a los últimos carolingios, y en 987 el conde Hugo Capeto fue ungido rey, comenzando la dinastía de los monarcas franceses.

Del lado de Alemania, la situación se estabilizó porque había el precedente de que

dos monarcas carolingios juraron en Estrasburgo respetar la frontera y mantenerse en buena amistad ellos y sus sucesores. La fórmula del juramento fue pronunciada ya en dos lenguas diferentes: francés y alemán. Los monarcas alemanes recogieron, a pesar de la separación de Francia, la herencia del Imperio. Pero este Imperio tenía planteados dos problemas casi insolubles. Uno de ellos era la autoridad en Italia, que no había quedado bien definida al establecer Carlomagno sus acuerdos con el Papa. El emperador era, de derecho, soberano de la península (con la excepción del Estado pontificio), pero su dignidad sólo era reconocida por los descontentos de aquellos que de hecho gobernaban a Italia. Los partidarios del emperador eran, por lo general, revoltosos que le llamaban, ofreciéndole fidelidad, para abandonarle así que veían satisfechas sus ambiciones.

El otro problema era el de las relaciones del Imperio con el Pontificado. Los papas no podían olvidar que este Imperio occidental se había fraguado en la curia romana. Por su parte, los emperadores se consideraban independientes del Papa, por lo menos en las cuestiones puramente políticas. Sin embargo, el conflicto no estalló con toda su violencia hasta mediados del siglo XI. En este momento, la Iglesia se esforzaba por acabar con la violación del celibato en los eclesiásticos y la venta de obispados y abadías, que los nobles y señores consideraban como una de las rentas más provechosas de sus Estados. Para una reforma así, se necesitaba del auxilio del emperador, pues la Iglesia no podía directamente imponer su sanción a los recalcitrantes.

El matrimonio de los clérigos había sido condenado por el concilio de Nicea, y varios otros sínodos y concilios insistieron en la misma prohibición; sin embargo, a principios del siglo XI había aún muchos clérigos casados y la Iglesia tenía que legislar acerca del estado civil de los hijos de eclesiásticos. Este era el abuso que se trataba de corregir desde Roma, y para acabar con él, no sólo se declaraban ilícitos los sacramentos administrados por eclesiásticos casados, sino que incluso se prohibía a éstos que entraran en las iglesias. Ciertas regiones se resistían a obedecer: Milán, por ejemplo, ciudad imperial y enemiga secular de Roma, acudía al emperador contra lo que llamaba usurpaciones del pontífice.

La venta de las dignidades eclesiásticas era, sin embargo, el pecado original de donde se derivaban todos los demás desórdenes. ¿Y cómo impedir que un príncipe que tenía derecho a proveer un obispado, no lo concediera, en caso de necesidad, o por codicia, al mejor postor? Los obispos que habían comprado su mitra no era de extrañar

Fragmento del Juramento de Estrasburgo, prestado en el año 842.

que quisieran resarcirse vendiendo las iglesias y ordenando clérigos a cambio de dinero. El sabio Gerberto, que después fue el papa Silvestre II, decía: «Dan oro y reciben una mitra, pero ordenan luego un clérigo y reciben otra vez su oro; hacen un diácono y reciben un montón de plata.» Desiderio, abad de Montecassino, que también fue Papa con el nombre de Víctor III, definía así la condición de la Iglesia en Italia por aquel tiempo: «La clerecía, y en primer lugar los pontífices romanos, desafiaban toda ley y autoridad. Pocos prelados se conservaban limpios de simonía, menos todavía guardaban los mandamientos y servían a Dios con recto corazón.» Elegidos por estos obispos, hasta los papas o antipapas a veces compraban la elección. Algunos eran elegidos para servir los intereses de un partido, otros por asambleas tumultuosas, otros por caciques romanos, o cuando estaban lejos de Roma, por príncipes y eclesiásticos reunidos en concilio convocado por los poderes civiles.

La reforma de costumbres, y la depuración de los procedimientos electorales, que nunca habían estado bien determinados, se hacían inevitables. Los papas que iniciaron la reforma eran franceses y alemanes, pero el que dirigía entonces la política de la Iglesia era un diácono italiano, el famosísimo monje Hildebrando que fue después Gregorio VII. Los decretos contra el matrimonio de los eclesiásticos y las condenas en casos de simonía se repetían año tras año. Por fin, Nicolás II estableció el régimen electoral para el pontificado romano; es del año 1059. La elección debía ser hecha por los cardenales y aprobada por la clerecía y el pueblo de Roma. El elegido debía pertenecer a la iglesia romana, a menos que no hubiese en ella un candidato capaz, en cuyo caso se acudiría a otras iglesias. Y cualquiera que fuese elegido, consagrado y entronizado Papa sin reunir estas condiciones, incurriría en anatema.

Del mismo modo se fue legislando para la elección de obispos y clérigos. En el sínodo de Reims (1049), presidido por el papa León IX, se decretó que nadie podría conseguir un obispado a no ser por elección de la clerecía y los fieles. En los sínodos de Vienne y Tours (1060) se prescribió la necesidad de la aprobación del prelado para los nombramientos eclesiásticos. Con todo, el clero gozaba de grandes rentas y poderes; muchas veces los obispos eran vasallos feudatarios, casi independientes, del emperador; era dificilísimo separar su carácter de jefe político de su condición de pastor de almas, y de esto tomaba pie el

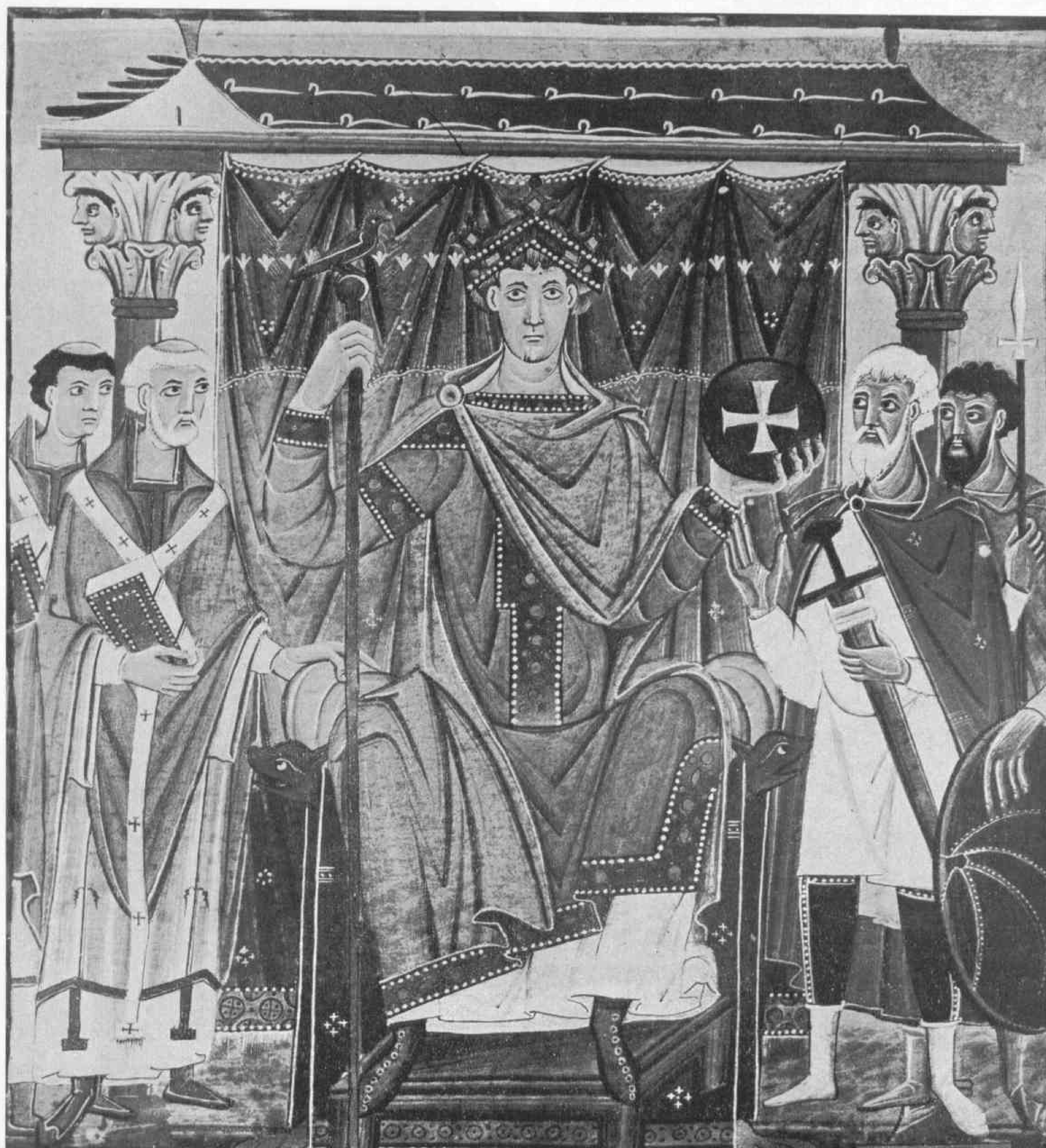


Fragmento del Arca de las reliquias de la Legión Tebana en San Mauricio del Valais.

poder imperial para dominar a la Iglesia, aun en la elección de Papa.

El conflicto tenía que estallar en toda su violencia al ser elegido papa Hildebrando el año 1073; éste, como hemos dicho, había sido, durante varios pontificados, el personaje de más capacidad y más influencia de la curia romana; al ser elegido contaba más de cincuenta años y muy pronto mostróse persuadido de la independencia que exigía su condición de representante de San Pedro en la Tierra. La idea no era nueva pero Hildebrando, que ya era ahora papa Gregorio VII, la hizo sentir al mundo cristiano con un acento vivísimo. El Papa representa a San Pedro, de quien es sucesor. Hildebrando, en sus escritos, hablaba en nombre de San Pedro con entera convicción, exhortaba a los poderosos de la tierra a obedecer al Apóstol, a escucharle cuando hablaba por su boca. Y si San Pedro, según el Evangelio, tenía poderes para atar y desatar aquí en la tierra, la autoridad del Papa era suprema; representante de Dios, el

Otón III con sus consejeros, uno de ellos Gerberto.



Papa lógicamente estaba por encima del emperador; igual que el profeta Samuel, podía deponer al rey Saúl y elevar al trono, en su lugar, al rey David, si así convenía a intereses más altos. Según Hildebrando, lo temporal estaba subordinado a lo espiritual. Pero el Papa y el Emperador eran necesarios al mundo cristiano, decía, a la manera que los ojos presiden las acciones del cuerpo humano.

Gregorio VII, al disponerse resueltamente a realizar esta doctrina, no tenía en su favor más aliados que la condesa Matilde de Toscana y los prelados que, como él, eran partidarios de la reforma de la Iglesia. Hildebrando, o sea Gregorio VII, era hombre en apariencia insignificante, pequeño, de voz atiplada, y de cultura inferior a muchos de sus contemporáneos. En sus escritos cita sólo la Biblia y ciertos lugares comunes de San Ambrosio y San Agustín; pero, como hemos dicho, tenía gran fe en su carácter apostólico, y, además, la nueva disciplina eclesiástica, que él deseaba implantar ardientemente, podía ser algo prematura, pero era necesaria si la Iglesia quería consolidarse como institución religiosa.

Enfrente del viejo pontífice, el emperador era casi un niño. Enrique IV de Franconia había nacido en 1050 y a los seis años quedó huérfano de padre; durante su menor edad, los nobles se habían acostumbrado a obrar en todo con una licencia que tendía a debilitar el poder imperial. Así es que, cuando en 1073, con motivo de la vieja querella de Milán, el Papa amenazó con la excomunión a Enrique IV, no tuvo más remedio que humillarse, escribiendo una carta al Papa en que se reconocía culpable y expresaba sus deseos de una cooperación armónica entre ambos. Esta carta del emperador era más bien una retirada estratégica que una *sumisión*, pero Hildebrando, aunque tenaz, era algo ingenuo, y pareció creer en la sinceridad de Enrique IV. En su respuesta llegó a confiar que, obrando de acuerdo el pontífice y el emperador podrían organizar una expedición para proteger a los cristianos de Oriente, y hasta hacer entrar dentro de la ortodoxia católica a los cismáticos de Bizancio. Poco antes el emperador de Constantinopla, Miguel VII, se había ofrecido al pontífice para la cruzada y le había prometido la reunión de la Iglesia griega a la Santa Sede. Era la primera idea de cruzada, con el detalle de que el mismo Papa dirigiría en persona la expedición, mientras el emperador quedaría, como vicario, cuidando de los intereses de la Iglesia y del Imperio.



Ruinas del castillo de la condesa Matilde en Canossa.

Por lo que toca a la reforma, Hildebrando, en el sínodo romano de 1074, prescribió lo siguiente: «Los que, por simonía, han recibido un oficio eclesiástico, no pueden ejercerlo. Los que por dinero han llegado a la posesión de una iglesia, la perderán, y nadie puede, en lo sucesivo, comprarla ni venderla. Los clérigos incontinentes no pueden celebrar la misa ni servir en el altar.» Por medio de legados y de escritos, Gregorio VII hizo conocer por doquiera tales prescripciones. Al principio Enrique IV pareció aceptarlas, y aun apartó de su lado a sus cinco consejeros que ya antes habían sido excomulgados. Pero además de los clérigos incontinentes y de la simonía, exis-



El emperador Enrique IV, en Canossa, impetrando la intercesión de la condesa Matilde. Va acompañado del abad de Cluny. Miniatura de un manuscrito del Vaticano.

tía el abuso de la provisión de las dignidades eclesiásticas, y en esto tampoco cabía transigir. El Papa comprendía bien que no podía dejarse a las autoridades civiles la elección de párrocos y obispos; no podía tolerarse más la creciente opresión de los príncipes, de cuyas manos obispos y abades recibían solemnemente, no sólo tierras y bienes, sino también el báculo y el anillo, símbolos del poder espiritual. Gregorio VII decretó decididamente contra la investidura laica en el sínodo romano del año 1075: «Si, en lo sucesivo, alguien recibe un obispado o una abadía de manos de un laico, le retiramos el favor de San Pedro y le prohibimos la entrada en cualquier iglesia hasta que, verdaderamente arrepentido, haya devuelto el obispado o la abadía. Y si un emperador, rey, duque, marqués, conde, o cualquiera otro revestido de poder, osare otorgar la investidura de un obispado, o de cualquiera otra dignidad eclesiástica, sufrirá la misma pena.» La oposición a este decreto por parte de los príncipes fue intensa. Enrique IV pensó que había llegado el momento de oponerse a lo que consideraba un exceso de celo por parte del Pontificado. El emperador convocó, pues, un conciliábulo en Worms y consiguió que veinticuatro obispos subscribieran una carta calumniosa, acusando al pontífice de adúltero y perjuro, y repudiando su autoridad apostólica. Al mismo tiempo, Enrique IV escribió personalmente a Hildebrando, reclamando sus derechos como emperador ungido por Dios y superior en dignidad a los demás poderes de la Tierra. El mismo Papa debía renunciar a su cargo y dejar el puesto a otro más capaz, si, a juicio del emperador, era necesario para el bien público. La carta insolente de Enrique IV comenzaba así: «Enrique, rey, no por usurpación, sino por la voluntad de Dios, a Hildebrando, que ya no es Papa, sino tan sólo un monje fingido.» Y al terminar, exclamaba con tono patético: «Y ahora, puesto que has quedado condenado por nuestro juicio y por el de nuestros obispos, desciende de la Sede Apostólica que has usurpado, desciende, desciende tú, que estás condenado para siempre.»

La respuesta de Hildebrando no se hizo esperar; en una carta al obispo de Metz, que se había reconciliado con el Papa, reivindicó los derechos pontificales por el poder dado a San Pedro, con citas de la Escritura y de los Santos Padres. Para Gregorio VII no cabía duda que el poder espiritual era superior al poder temporal y su autoridad se extendía a los reyes y gobernantes. Como consecuencia, el Papa lanzó contra el emperador un decreto de excomunión y dispensó a sus súbditos del juramento de fidelidad, lo cual, en el derecho medieval, era la consecuencia jurídica de la excomunión, ya que dejaba inhábil para el desempeño de cualquier función pública.

La excomunión fue mucho más eficaz de lo que Enrique IV, y aun puede que el mismo Papa, sin duda esperaban. Todos los obispos se apartaron de la causa del poder temporal y la mayor parte de los magnates feudatarios se mantuvieron a la expectati-

va. Mientras el Papa se esforzaba por volver al buen camino al emperador, el levantamiento de los señores alemanes manifestóse en la dieta de Tribur, en la cual, debido a la mediación moderadora de los legados pontificios, fue acordado que la causa del rey sería juzgada en una gran dieta nacional en Augsburgo, bajo la presidencia del Papa, y que sólo se procedería a nueva elección en el caso de negarse Enrique a todo arreglo; los príncipes exigieron, además, que si en el término de un año no estaba levantada la excomunión, Enrique sería privado de todo derecho sobre el Imperio. Tales condiciones fueron admitidas por el Papa y el Emperador. Pero éste no quiso esperar la dieta de Augsburgo, y para adelantar los acontecimientos, tomó la determinación de ir a presentarse al Papa como penitente arrepentido. En el rigor del invierno cruzó los Alpes por el paso del Mont-Cenis, acompañado sólo de su joven esposa, que llevaba en los brazos un tierno infante. En Milán los enemigos del pontífice quisieron atraérselo a su causa, pero Enrique desoyó sus consejos y marchó hacia el Sur, para encontrarse con el Papa, que viajaba en dirección contraria hacia Alemania para asistir a la dieta de Augsburgo. Las dos comitivas se encontraron en el castillo de Canossa (Toscana), donde estaban también la condesa Matilde y el abad Hugo de Cluny, que intercedieron por el emperador, pero Gregorio VII tardó tres días en acceder a escuchar las excusas de Enrique IV. Por tres días y tres noches el emperador permaneció descalzo, y vestido con la túnica gris de los penitentes, junto a los muros del castillo de Canossa, cuyas puertas continuaron cerradas por orden del Papa. Por fin éste levantóle la excomunión, y aparentemente reconciliado con la Iglesia, el emperador regresó al otro lado de los Alpes para restablecer su autoridad.

El efecto de lo que en la Historia se llama simplemente *la penitencia de Canossa* fue enorme y todavía se recuerda como la prueba más severa a que tuvo que someterse el poder civil en su contienda con el Pontificado. Un poeta de la época, Alfano, había profetizado la victoria de Hildebrando en unos versos que dicen: «Tú conoces la gloria de los que defienden la república... ¡Cuán grande es el poder del anatema! Los triunfos que Mario y César consiguieron sacrificando legiones, tú los consigues, oh Hildebrando, con tu voz flaca. ¡Roma te debe más a ti que a los Escipiones y los Quírites!» Esto en el siglo XI; todavía en el pasado siglo Bismarck decía: *Zu Canossa gehen wir nicht!* (¡No podemos ir a Canossa!)

Sobre los diversos episodios de Canossa



Interior de la catedral de Clermont-Ferrand, donde Urbano II predicó la primera cruzada.

y sobre su significación, hay que confesar de todos modos que se ha fantaseado excesivamente. No debe acusarse de crueldad a Gregorio VII si difirió el perdón durante tres días. De los documentos contemporáneos se desprende que la causa del retardo fue la perplejidad del Papa ante el compromiso público y solemnemente contraído de que la causa del rey había de ser juzgada únicamente en Augsburgo. Por lo que toca a Enrique IV, la escena de Canossa fue un paso de comedia; el emperador acudió a Canossa, no por la absolución, sino para buscar una salida al laberinto político en que se había metido.

Efectivamente, el emperador, en cuanto hubo regresado a Alemania, se rebeló otra vez, y, ya con más experiencia, valiéndose de algunos obispos ambiciosos, convocó un concilio y eligió como antipapa a Guiberto, obispo de Ravena. Entretanto, los enemigos del emperador se habían confabulado contra él y habían elegido rey a Rodolfo de Suabia. El Papa, en situación tan angustiosa, hubo de resolverse, y condicionó su adhesión a Rodolfo a que salvaguardara los derechos de la Iglesia en la cuestión de las investiduras. La guerra civil fue durísima en Alemania, y en la batalla en que fue vencido Enrique, murió Rodolfo de Suabia. Entonces el emperador, libre de su rival, y tenaz en deponer a Gregorio VII, invadió a Italia y luchó hasta que, dueño al fin de Roma, pudo instalar a su antipapa en San Pedro.

Buscando otras espadas que le socorrieran, pues la excomunión ya no era bastante, el Papa se alió con los normandos del sur de Italia, y éstos entraron en Roma, la saquearon y se llevaron prisionero al pontífice, al parecer su aliado. Hildebrando murió en Salerno, el año 1085, parafraseando las palabras del Salmista: «Amé la rectitud y detesté la iniquidad... por esto muero en el destierro.» La Iglesia le honra como uno de sus más intrépidos defensores. Enrique IV murió el año 1106, sin tener un momento de paz en su largo reinado; hasta su propio hijo se le rebeló, y de su trágica lucha contra el Pontificado sólo resultó el retardo en resolver la querella de las investiduras, cuya solución armónica hubiera traído al Imperio bienes no inferiores a los que el Papa esperaba para la Iglesia.

A la muerte de Gregorio VII el Pontificado parecía amenazado de las mayores calamidades. El antipapa Guiberto vivía aún y contaba con muchos partidarios; pero la Iglesia católica, que ha sabido siempre sacar provecho de sus victorias, ha sabido también hallar ventajas en las derrotas. Tras el breve pontificado de Víctor III, fue elegido Papa el verdadero sucesor de Gregorio VII, un cardenal francés llamado Odón, ex prior de Cluny y legado pontificio en Alemania. Era de buena presencia, de cultura excepcional y muy elocuente. Tomó el nombre de Urbano II. Sin retroceder en teoría de la posición intransigente de Hildebrando, Urbano II concedió que los reyes, como *cabezas de sus pueblos*, tenían derecho a tomar parte en las elecciones de eclesiásticos, con tal que quedara a salvo el carácter autónomo de la potestad espiritual en su origen y en la investidura.

Así, a través de diversas vicisitudes, la querella terminó por prácticos acomodamientos que llamamos aún *concordatos*. En 1107 convínose un verdadero concordato entre Enrique I de Inglaterra y el papa Pascual II, y en 1122, otro concordato entre Enrique V de Alemania y Calixto II. Según estos concordatos, el príncipe daba a los prelados sólo la investidura del poder temporal; en vez del báculo y el anillo, símbolos exclusivos de potestad espiritual, daba el cetro, emblema del poder terrenal. Reservándose lo fundamental, la Iglesia, con los concordatos, consentía en oportunas transacciones en las que solía obtener la mejor parte. Ya, en medio de la gran contienda, el propio Gregorio VII había dicho: «Costumbre es de la Iglesia romana tolerar ciertas cosas y disimular otras; he aquí por qué hemos creído deber nuestro templar el rigor de los cánones por la dulzura de la discreción.»

Finalmente, para pacificar a la cristian-



Combate de caballeros del tiempo de las Cruzadas. Catedral de Angulema.

dad, orientando sus energías guerreras en una ofensiva general contra el Islam, y para tomar la dirección de los pueblos, que pretendía para sí el rey germánico, Urbano II tuvo la inspiración de resucitar el proyecto de Hildebrando y predicar una cruzada para la reconquista de la Tierra Santa, que había caído en poder de los turcos. Foucher, uno de los cronistas de la primera cruzada, pone al principio de su relato los siguientes párrafos, que confirman esta idea: «Después de la muerte de Hildebrando, elegido legalmente papa Urbano, fue consagrado por los cardenales y aceptado por la mayoría de los fieles. Guiberto, confiando en el emperador, mantuvo a Urbano alejado de Roma y de la iglesia de San Pedro... Sólo cuando los francos (los cruzados) pasaron por Roma, camino de Jerusalén, Urbano obtuvo la completa posesión del territorio pontificio. Pero Guiberto se marchó a Alemania sin renunciar; de manera que había dos Papas, y muchos no sabían todavía a cuál obedecer... Era necesario, pues, acabar con estos males, y para ello, de acuerdo con el plan sugerido por el papa Urbano, los cristianos decidieron emplear contra los infieles las fuerzas que malgastaban peleando unos con otros.»

La primera proposición de la cruzada la hizo Urbano II en el concilio de Piacenza, en marzo de 1095, pero no expuso completamente sus ideas hasta el noviembre del mismo año, en el concilio de Clermont, al cual asistieron 264 obispos y 400 abades. Es probable que entonces contara ya con la adhesión de varios príncipes, entre ellos el conde de Tolosa, pero el sermón de Urbano II, en Clermont, ha sido considerado siempre como el punto inicial de las cruzadas. Tenemos de este sermón cuatro versiones diferentes, que sólo coinciden en algunos detalles. He aquí los más importantes: Primero. El Papa otorgaba la remisión de la pena temporal de sus pecados confesados a los que fuesen a la cruzada. Segundo. Durante la ausencia de los cruzados, sus familias, bienes y propiedades estarían bajo la protección de la Iglesia y se establecería una tregua entre los enemigos. Tercero. Jerusalén es el ombligo del mundo, la tierra allí destila miel y leche, mientras que «la vuestra (Francia), rodeada por el mar y altas montañas, es estrecha para su población, no es rica, y con dificultad puede alimentar a los que la cultivan.» Cuarto. Carlomagno y su hijo Luis consiguieron de los sarracenos la posesión del Santo Sepulcro, pero una raza maldita (los turcos) lo ha profanado; «cuando peleéis contra los enemigos de Dios, gritad sólo como los soldados del Altísimo: ¡Dios lo quiere! ¡Dios lo quiere!»

Urbano II no se propuso dirigir él mismo la cruzada, como hubiera hecho Hildebrando, sino imitar a Moisés y a Aarón, rogando al cielo por el buen fin de esta lucha contra el nuevo Amalec. Pero que la Iglesia se consideraba no sólo la iniciadora, sino también la directora de la cruzada, lo revela la elección de Ademar, obispo del Puy, como jefe de la expedición, en el mismo concilio de Clermont. Una enorme conmoción pasó por gran parte de Europa, y el entusiasmo popular fue más allá de los planes de Urbano II, que había pensado en

una expedición organizada con prudencia y fuertemente disciplinada. Formáronse grupos diversos y se pusieron en marcha en gran número, pero sin orientación. Unos, inspirados por una piedad ingenua, alentados por la tradición de las antiguas peregrinaciones a Jerusalén, sólo pensaban en sufrir por Cristo y ganar el cielo. Otros, menos generosos, se precipitaban hacia los peligros con la perspectiva de escapar a la vida miserable que les habían creado el hambre y la ruina de las guerras. Y no faltaban otros que se mezclaron con la masa para dedicarse por el camino al pillaje y correr después las aventuras con que siempre hizo soñar el prestigio secular del distante Oriente. El único grupo de la cruzada popular que respondió a las miras del Papa fue el que juntó Pedro el Ermitaño, el más ardiente idealista de la expedición. Pero la gran multiud que le siguió fue más bien una tropa de peregrinos que dio el ejemplo de un gran arranque de fe, pero a la que hubo de perder su falta de disciplina. Diezmados por el hambre y por los turcos, pocos de ellos llegaron a Jerusalén.

El verdadero ejército regular de la primera cruzada, dirigido por el legado pontificio Ademar de Puy, marchó por tierra en varios grupos, que se habían dado cita en Constantinopla. Sus principales jefes eran: Raimundo, conde de Tolosa; Godofredo de Bouillon, duque de la Baja Lorena, con sus dos hermanos Balduino y Eustaquio; Roberto, conde de Flandes, y, por fin, los príncipes normandos de Italia, Bohemundo de Tarento y su sobrino Tancredo. Ni el emperador, que era todavía Enrique IV, y, por lo tanto, enemigo del Papa, ni el rey de Francia, también excomulgado por Urbano II a causa de sus desórdenes, podían tomar parte en la cruzada. En realidad, iban sólo en ella los amigos del Papa, con sus aliados los normandos del sur de Italia, o los enemigos del emperador, como Godofredo de Bouillon, o los desafectos al rey de Francia, como el conde de Tolosa y el conde de Flandes.

Antes de partir de Constantinopla, en el año 1097, los cruzados tuvieron que resolver la espinosa cuestión de la soberanía de las tierras que iban a conquistar. Siria, Fenicia y Palestina, que eran su final objetivo, habían pertenecido al emperador de Constantinopla y, en los últimos cien años, los ejércitos bizantinos habían intentado varias veces su reconquista, llegando en ocasiones hasta Antioquía y Alepo. Después de largas disputas, los cruzados consintieron en reconocer al emperador de Constantinopla como su señor y ser ellos, por consiguiente, feudatarios del Imperio bizantino si lograban establecerse en Tierra Santa. El que más se resistió fue el conde de Tolosa, probablemente porque el legado pontificio, Ademar de Puy, era obispo de una de sus diócesis y se encontraba con él en la cruzada. El emperador de Constantinopla, en cambio, se comprometió a ayudarles con provisiones y máquinas de guerra.

Concertado este pacto, los cruzados se internaron en el Asia, conquistando a Nicea sin dificultad. Ya fue algo más difícil el paso a través del Asia Menor, defendida por los sultanes turcos de Iconium, pero al fin llegaron a Siria y pusieron cerco a Antioquía. Las operaciones del sitio fueron dirigidas por Bohemundo de Tarento, a quien los cruzados convinieron en reconocer por jefe de los diversos grupos, pero sólo para esta acción de guerra. Hasta el legado del Papa peleó a sus órdenes delante de los muros de Antioquía, donde murió poco después.

Tan larga resistencia, el calor y las privaciones que tuvieron que sufrir los cruzados, hostigados por las guerrillas de sarracenos, sembraron el terror en sus filas. Pero la visión de un sacerdote provenzal, a quien San Andrés mostró el lugar donde se hallaba la Santa Lanza, y el descubrimiento de esta reliquia, levantó los ánimos y se logró la victoria. Sin embargo, como muchos de los cruzados dudaran todavía de la autenticidad de la lanza, se instruyó un proceso en el que, todos los que habían tenido revelaciones acerca de la reliquia, declararon los fenómenos sobrenaturales de que

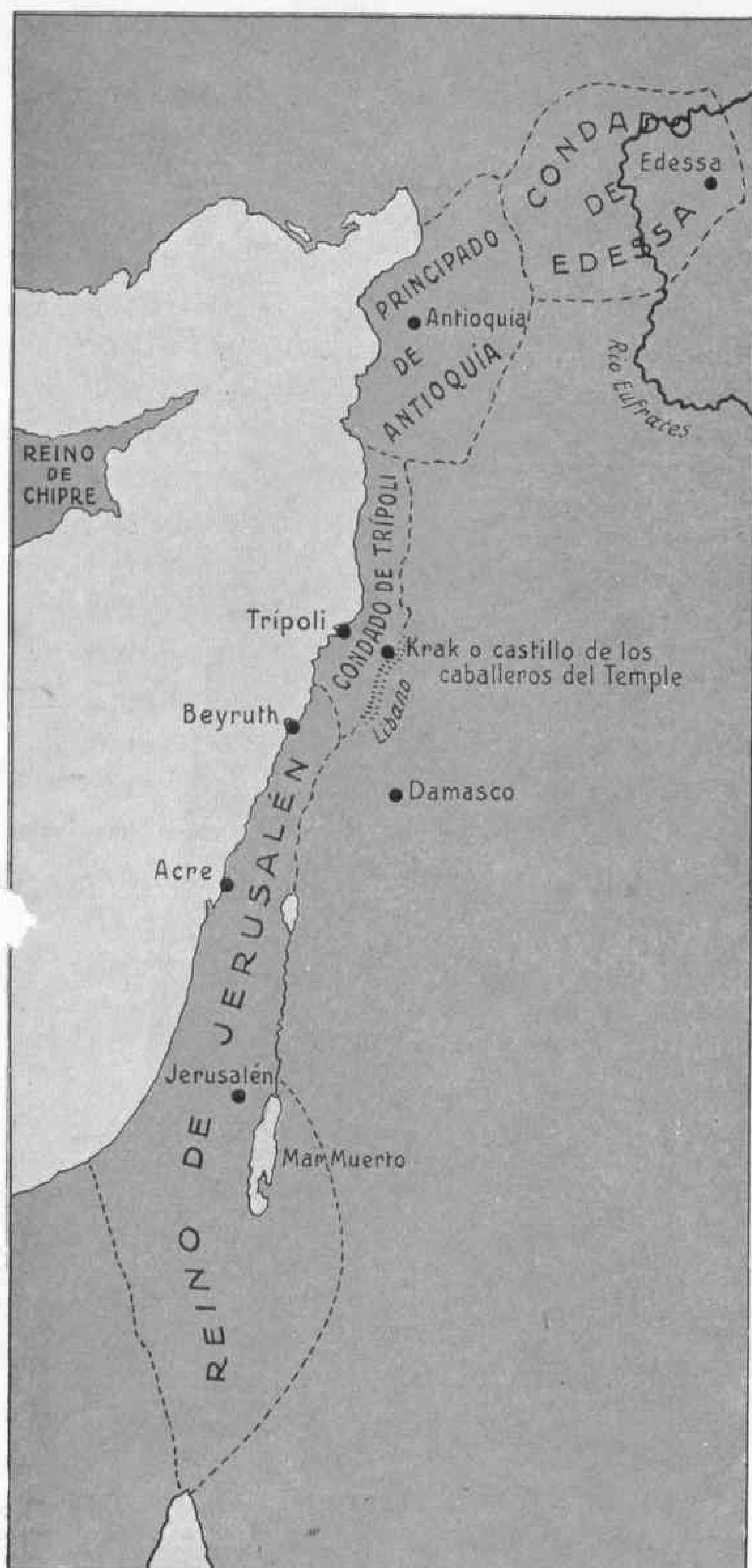
habían sido testigos; una de ellas merece ser reproducida: cierto clérigo, llamado Desiderio, dijo que había visto al legado del Papa, ya difunto, acompañado de San Nicolás. El legado manifestó a Desiderio que estaba en el infierno porque había dudado de la lanza del Señor, y que allí el fuego le había quemado los cabellos del lado derecho y la barba, y que en el infierno estaría esperando la hora de ir al cielo, que no sería hasta que le creciesen otra vez los cabellos y el pelo de la cara. Pese a las deposiciones favorables, los jefes de la cruzada, instigados por el capellán del conde de Tolosa, decidieron que el descubridor de la lanza de Longinos se sometiera a la prueba del fuego, cruzando con la lanza en la mano una hoguera de ramas secas de olivo. Las fajinas ardiendo ocupaban un espacio de diez varas; el clérigo no llevaba más que su ropilla interior. Se le vio atravesar las llamas, pararse un instante en medio de ellas y salir de la hoguera con ligeras quemaduras, según unos, pero, según otros, tan lastimado, que murió doce días después. Los que continuaron creyendo en la veracidad del hallazgo explicaron la muerte del clérigo, no por quemaduras, sino porque fue atropellado al salir de la hoguera. Dijeron que la multitud quiso arrebatarle, como reliquia, pedazos de la ropilla que llevaba. Lo cierto es que el clérigo murió, pero la lanza fue la reliquia de la Pasión menos discutida por los cruzados.

He aquí el relato de otra visión: «Ved mis heridas—dijo el Cristo a uno de los cruzados, delante de Antioquía—; son cinco heridas, cinco categorías. La primera es la de los que no temen dardos, espadas ni máquinas de guerra. Yo fui como ellos a Jerusalén sin temer las lanzas, las espadas ni la cruz. Los que mueran así por Mí, como Yo morí por ellos, vendrán a mi diestra y se sentarán a mi lado después de la resurrección. La segunda llaga o categoría, es la de los que ayudan a los primeros, como los apóstoles, que me siguieron y comieron conmigo. La tercera es la de los que llevan piedras y dardos a los primeros, como los que, al pie de la cruz, confesaron el mal que me habían hecho. La cuarta es la de los que continúan en sus casas y en sus negocios, creyendo que la victoria no se debe a Mí, sino al valor de los guerreros; éstos son como los que gritaban: ¡Crucificadle, porque se hace a Sí mismo rey y dice que es Hijo de Dios! Por fin, la quinta es la de los que no quieren correr los peligros de la batalla, ni para ayudarme a Mí ni para ayudar a sus hermanos. Ellos son como el traidor Judas y el juez Poncio Pilatos.»

Todo ello revela el intenso ambiente espiritual de la cruzada, y hasta qué grado había llegado en algunos la exaltación mística, que no es exactamente lo mismo que



Relicario del brazo de San Bernardo. Tesoro de San Mauricio.



Los Estados latinos en Siria y Palestina.

el fervor religioso que pedía la Iglesia. De todos modos, ayudó enormemente a los cruzados, y después de inevitables querellas acerca de la dirección suprema de la hueste, a raíz de la muerte del legado, por fin vieron realizadas sus esperanzas y la suspirada Jerusalén se les apareció un martes, el 7 de junio de 1099. Su conquista fue mucho más fácil que la de Antioquía. Después de dos asaltos infructuosos, por fin la ciudad santa fue tomada el 15 de julio. Lo que hizo sufrir más durante el sitio fue la falta de agua; las crónicas explican cómo los cruzados la llevaban al campamento en odres de piel, y desde largas distancias; cuentan la saña con que se atropellaban unos a otros al tratar de obtener la poca o mucha agua que manaba cada tres días de la fuente intermitente del pozo de Siloé, en las afueras de Jerusalén.

La degollina de mahometanos, que acompañó al saqueo de Jerusalén por los cruzados, contrasta con la humanidad con que trató a los cristianos el califa Omar al conquistar los árabes la ciudad santa, cuatro siglos antes. Claro que los tiempos eran otros, y en las creencias de cristianos y musulmanes no cabía ya la tolerancia. Copiamos de las crónicas latinas contemporáneas los siguientes párrafos. Dice la *Gesta:* «Nuestras gentes cogieron indistintamente hombres y mujeres, matándolos o conservándolos cautivos. Algunos *paganos* de ambos sexos, que se refugiaron en el tejado del Templo, fueron puestos bajo la protección de Tancredo. El ejército, desparramándose por toda la ciudad, se apoderó del oro y de la plata, de caballos y mulas, y de los objetos muebles de las casas. Después, todos fueron al Sepulcro del Señor, llorando de alegría y ofreciendo donativos. Pero a la mañana siguiente subieron al tejado y atacaron a los sarracenos allí refugiados, hombres y mujeres, decapitándolos con las espadas, excepto a los que buscaron ellos mismos la muerte arrojándose desde lo alto. Y cuando Tancredo se enteró de esto, se enfureció terriblemente.» La *Crónica* de Raimundo de Puy, que fue testigo ocular de la matanza, contiene estos párrafos: «Montones de cabezas, de manos y pies, se veían por las calles... Dejadme decir que, en el área del Templo de Salomón, la sangre llegaba hasta las rodillas. Fue justo y especial castigo de Dios que aquel lugar fuese cubierto con la sangre de los infieles que por tanto tiempo habían acudido allí a blasfemar.» En cambio «el primer cuidado de Godofredo—dice el cronista Alberto de

Aix —, fue el de despojarse de su armadura, y revestido con la túnica de lana de los penitentes, irse a postrar ante el sepulcro del Salvador. Y fueron no pocos los que le siguieron». Así la primera cruzada terminaba como había comenzado, por la manifestación de una fe fervorosa, y de pasiones violentas mal comprimidas por esta fe. La barbarie desaforada iba de par con el heroísmo más puro. Había entre los cruzados un partido, dirigido por el conde de Tolosa, que deseaba establecer en Jerusalén un Estado regido por religiosos, bajo la soberanía del Papa. Pero hasta los mismos provenzales, súbditos del conde, le abandonaron en este proyecto y fue elegido jefe del reino de Jerusalén Godofredo de Bouillon. Por respeto a la santidad del lugar, no quiso el duque tomar otro título que el de Defensor del Santo Sepulcro *(Advocatus Sancti Sepulcri);* prescindió también de la corona real, «porque no quiso llevar corona de oro — dice el libro de Juan d'Ibelin — allí donde el Rey de los Reyes, Jesucristo, Hijo de Dios, llevó corona de espinas el día de la Pasión». En cambio, sus sucesores se hicieron coronar reyes, y por esto se suele llamar a Godofredo el primer soberano del reino de Jerusalén.

Al enterarse de la toma de la ciudad santa, Bohemundo de Tarento y Balduino, hermano de Godofredo, que habían quedado

Antiguas murallas de Jerusalén.





Un guerrero del siglo XI. Relicario de San Segismundo. Tesoro de San Mauricio.

atrás, gobernando Antioquía y Edessa, vinieron en peregrinación a Jerusalén. Allí reconocieron a Godofredo como soberano y ellos quedaron como feudatarios en Siria, príncipe de Antioquía Bohemundo y conde de Edessa Balduino. Más tarde el conde de Tolosa se contentó con la región costera de Fenicia, con el título de conde de Trípoli. Estos tres Estados feudatarios, Antioquía, Edessa y Trípoli, reconocieron la supremacía del rey de Jerusalén, quien tenía que protegerles, y ellos debían acudir en su auxilio cuando fueran demandados. Los *Assises* de Jerusalén, o *Lettres du Sépulcre,* forman el código de leyes más perfecto del tipo de organización feudal. El lenguaje oficial de lo que desde este momento se llamó el *Oriente latino* fue el francés, ya que los cuatro príncipes, incluso el normando Bohemundo de Tarento, hablaban la lengua francesa. El nombre de *francos* substituyó en Oriente al de *rumí,* o romanos, que se daba a los bizantinos.

Los Estados francos en Siria y Palestina se mantuvieron con diversa suerte. El primero en caer fue el más avanzado, o sea Edessa, en 1144. Ello hizo ver el peligro de que la Tierra Santa pasara otra vez a poder de los musulmanes. San Bernardo predicó una segunda cruzada y consiguió interesar al emperador Conrado III y al rey de Francia Luis VII. Ambos marcharon al Oriente con ejércitos bien organizados; pero, además de sus rencillas personales, existía el recelo con que los cristianos ya establecidos en Siria y Palestina miraban a estos recién llegados. La expedición fue un completo fracaso. San Bernardo decía que había sido un escándalo tal, que podía juzgarse afortunado el que no había tomado parte en la cruzada.

Se necesitó la toma de Jerusalén por los turcos de Egipto, el año 1187, para reanimar el fervor de la cristiandad. El emperador Federico Barbarroja, el rey de Francia Felipe II Augusto y el rey de Inglaterra Ricardo Corazón de León fueron los principales caudillos de la llamada tercera cruzada. El emperador Federico murió pronto, víctima de una congestión al bañarse en un río. Quedaron, pues, como jefes los reyes de Francia e Inglaterra. Ambos, especialmente Ricardo, eran prototipos excelsos de lo mejor que podía producir la vida caballeresca y cristiana; pero, como dice un inglés que acompañaba a su soberano, «los dos reyes y los dos pueblos hicieron menos, juntos, de lo que podían haber hecho cada uno por separado». Ricardo, por lo menos, en su viaje de ida a Tierra Santa se detuvo en la isla de Chipre, que conquistó y dio después al desposeído rey de Jerusalén, Guy de Lusignan. La dinastía de los Lusignan, de Chipre, subsistió por mucho tiempo; fue una avanzada de la civilización francesa en Oriente; cuando ya no quedaban rastros de la ocupación franca en Siria y Palestina, todavía Chipre era *latino*.



Mausoleo de Saladino en Damasco.

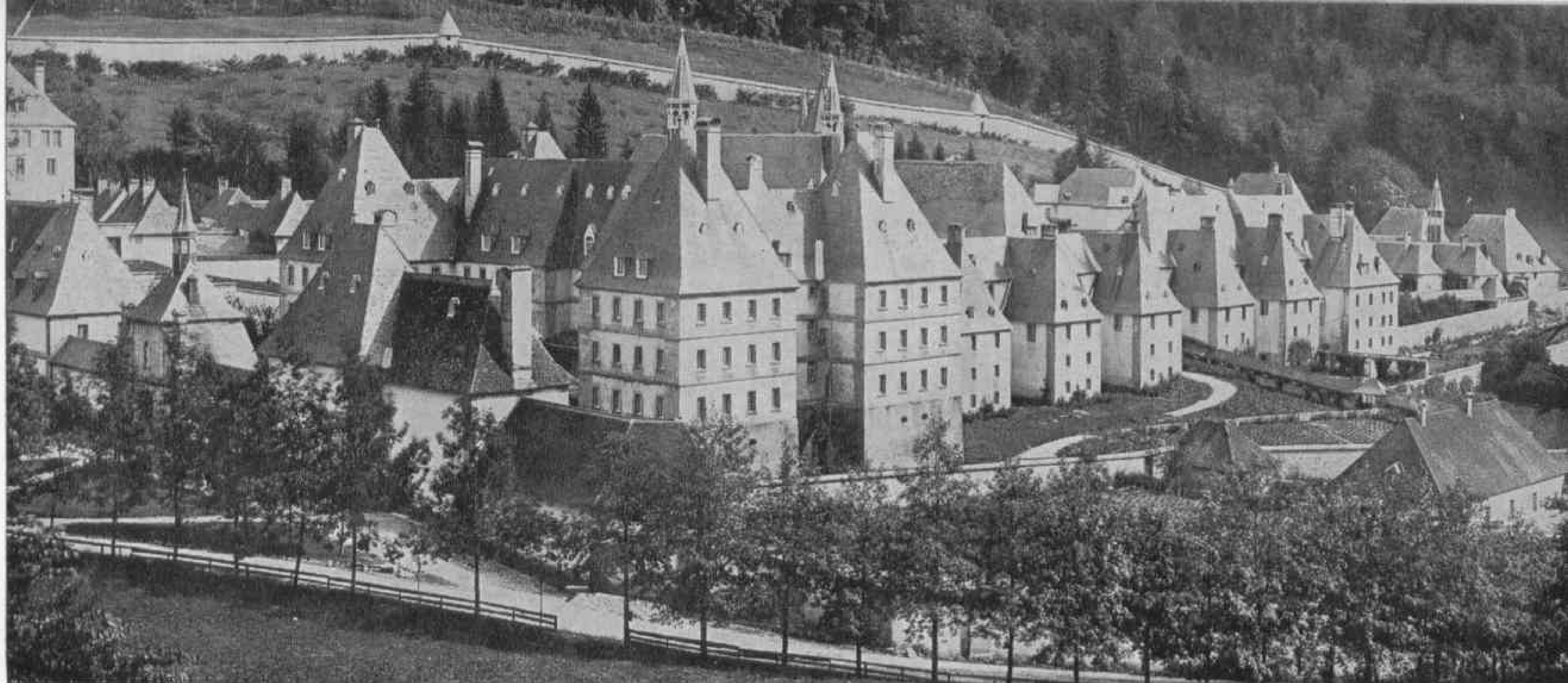
Causa pena inmensa leer las crónicas de esta tercera cruzada. Toda la fuerza que pudo movilizar la cristiandad fue detenida por el sultán turco de Egipto, Saladino, delante de los muros de San Juan de Acre. Los cristianos trataban de conquistar a Acre, que les hubiera facilitado el puerto de mar, en Palestina, tan necesario para desembarcar sus abastecimientos y refuerzos. Mientras los cristianos sitiaban a Acre, ellos, a su vez, eran sitiados por el ejército de Saladino, acampado a su alrededor. Por fin, habiendo conseguido derrotar a Saladino, se rindió la fortaleza; pero el ejército cruzado estaba tan agotado por el largo sitio, que sus ulteriores movimientos no fueron sino una agonía de marchas y contramarchas, siempre asediados por los turcos. Sin embargo, es acaso en esta tercera cruzada donde el que podríamos llamar *espíritu de cruzada* se manifestó con más intensidad. El Redentor pone a prueba estas almas creyentes con desastres sin cuento porque son pecadoras. ¿Cómo era posible que El permitiera que hasta su Cruz, paladio invulnerable, sostenida por dos obispos, cayera en poder de los turcos? ¿Cómo era posible que los defensores de la fe sufrieran derrota tras derrota, mientras que los sarracenos triunfaban? La muerte de tantos capitanes, las pestes y sufrimientos sin cuento, ¿por qué, por qué... para los que iban a redimir el Sepulcro de Cristo?... La respuesta forzosamente tenía que ser siempre la misma: son los pecados, los pecados de los cruzados y de toda la cristiandad, que mueven el Señor a ira y le hacen afligir a los que quieren ser sus servidores con tantas pruebas y desastres. La explicación de la época nos la proporciona San

Bernardo, el cual, de esta suerte, supo sacar su lección del fracaso de la segunda cruzada: «Prometimos el éxito y hemos sido derrotados. Marchamos con confianza a las órdenes del Pontífice Supremo, o sea a las órdenes del mismo Dios, y Dios ha permitido que la cruzada fracasara lamentablemente... ¿A quién haremos, pues, responsable de semejante desastre? Hay un hecho que no ignora ninguno de nosotros. Moisés había prometido a los hebreos conducirles a la tierra de Canaán, y ninguno de ellos entró, en vida suya, en la tierra prometida. Los hebreos, me diréis, fueron incrédulos y rebeldes. Pero, ¿qué han sido los cruzados? Preguntádselo. ¿A qué repetir lo que ellos mismos confiesan? En un caso como en otro, las promesas de Dios no prescriben contra los derechos de su justicia.»

Hay que tener en cuenta también que en el siglo XII el Islam tenía un caudillo de tanto valor moral como los cruzados. Saladino, que fue quien desbarató el empuje de la tercera cruzada, era un espíritu tan noble, que ha quedado tradicional en la cristiandad como modelo del perfecto caballero. Los jefes de los cruzados reconocían en él a un hermano de armas; luchaban contra él admirándole, y más por su generosidad que por su valor. Pero cuando una guerra de conquista, que esto al fin y al cabo eran las cruzadas, se encuentra con enemigos a quienes admira en lugar de aborrecerlos, la fuerza moral decae y el conquistador pasa a ser el conquistado. Algo de esto ocurrió con los caballeros de la Cruz, que volvieron de Oriente impregnados de un romanticismo y una caballerosidad que los hacía inadaptables para la Europa del siglo XIII, que empezaba a industrializarse. Las elocuentes palabras de San Bernardo sólo explican una de las causas del fracaso; hay que recordar que Saladino era también, a su manera, un *cruzado*, porque Jerusalén es una ciudad santa para los árabes y él era un piadosísimo guerrero.



Relicario que guarda la cabeza del mártir San Víctor y representa un guerrero del siglo XII. Tesoro de San Mauricio.



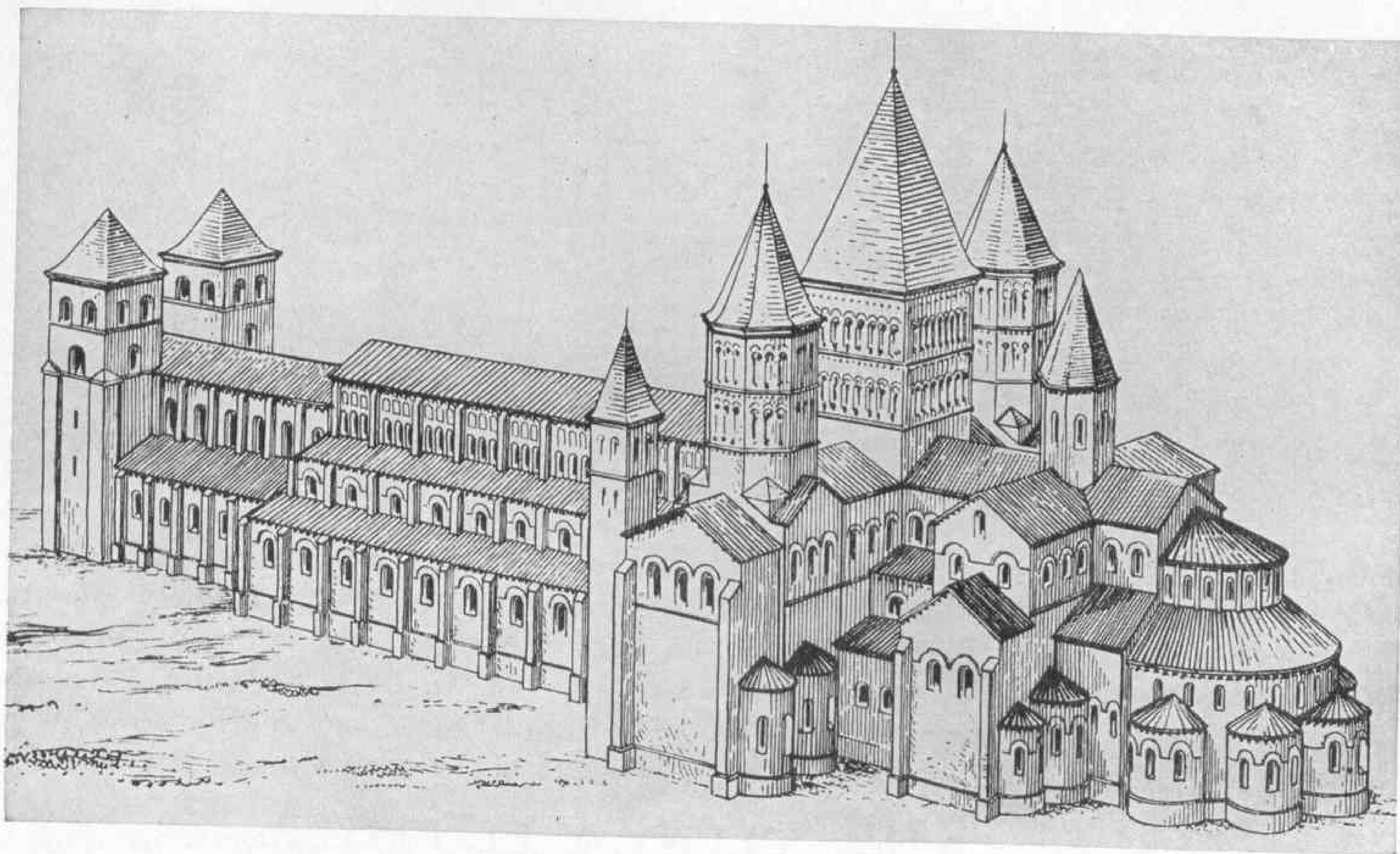
Vista de la Gran Cartuja. Grenoble.

22 CLUNY Y EL CISTER. LAS ORDENES MENDICANTES

LA reforma llevada a cabo por los Papas (Hildebrando y sus sucesores de los siglos XII y XIII) no hubiera sido eficaz si no se hubiese producido un movimiento popular favorable, que colaboró con las altas jerarquías eclesiásticas del modo más inesperado. Sin el evangélico entusiasmo que acompañó a la fundación de las llamadas órdenes mendicantes (franciscanos y dominicos) la Iglesia hubiera reincidido pronto en sus desórdenes condenados. Recordemos que la reforma hildebrandina consistió en el restablecimiento de la disciplina eclesiástica y en negar a las autoridades civiles el derecho de nombrar obispos y abades. Pero estas *reformas* tendían sólo a corregir abusos con castigos y excomuniones; no procedían como una sacudida espiritual que, transformando las almas, las hiciese capaces de sentir ellas, por su cuenta, los beneficios de una vida religiosa.

Además, todo el sector de la Iglesia militante representado por los monjes sentía menos directamente la influencia reformadora de los Papas o de sus legados. Y los monasterios habían acumulado posesiones vastísimas; debían de ser, pues, codiciados. Los yermos donde se habían establecido los monjes siglos atrás eran ahora fértiles llanuras; donativos y herencias habían multiplicado los bienes de las casas de los religiosos de un modo inaudito. Como, de acuerdo con la regla benedictina, cada monasterio era una entidad independiente, la casa madre de Montecassino no podía arrogarse más que una dignidad primacial puramente honorífica. Sin la vigilancia de una autoridad central, y tentados por la sed de riquezas, los monjes caerían a menudo en los excesos que originan la ociosidad y la abundancia. Una comunidad relajada debía elegir un abad poco virtuoso, y éste, necesariamente, habría de tolerar los mayores desórdenes. Y así no es de extrañar que algunas personas desearan algo más que el perezoso retiro que podía encontrarse en muchas casas de benedictinos después de la muerte del fundador.

La evolución que representa la fundación de nuevas órdenes religiosas hubo de estar



Reconstrucción de la iglesia y monasterio de Cluny.

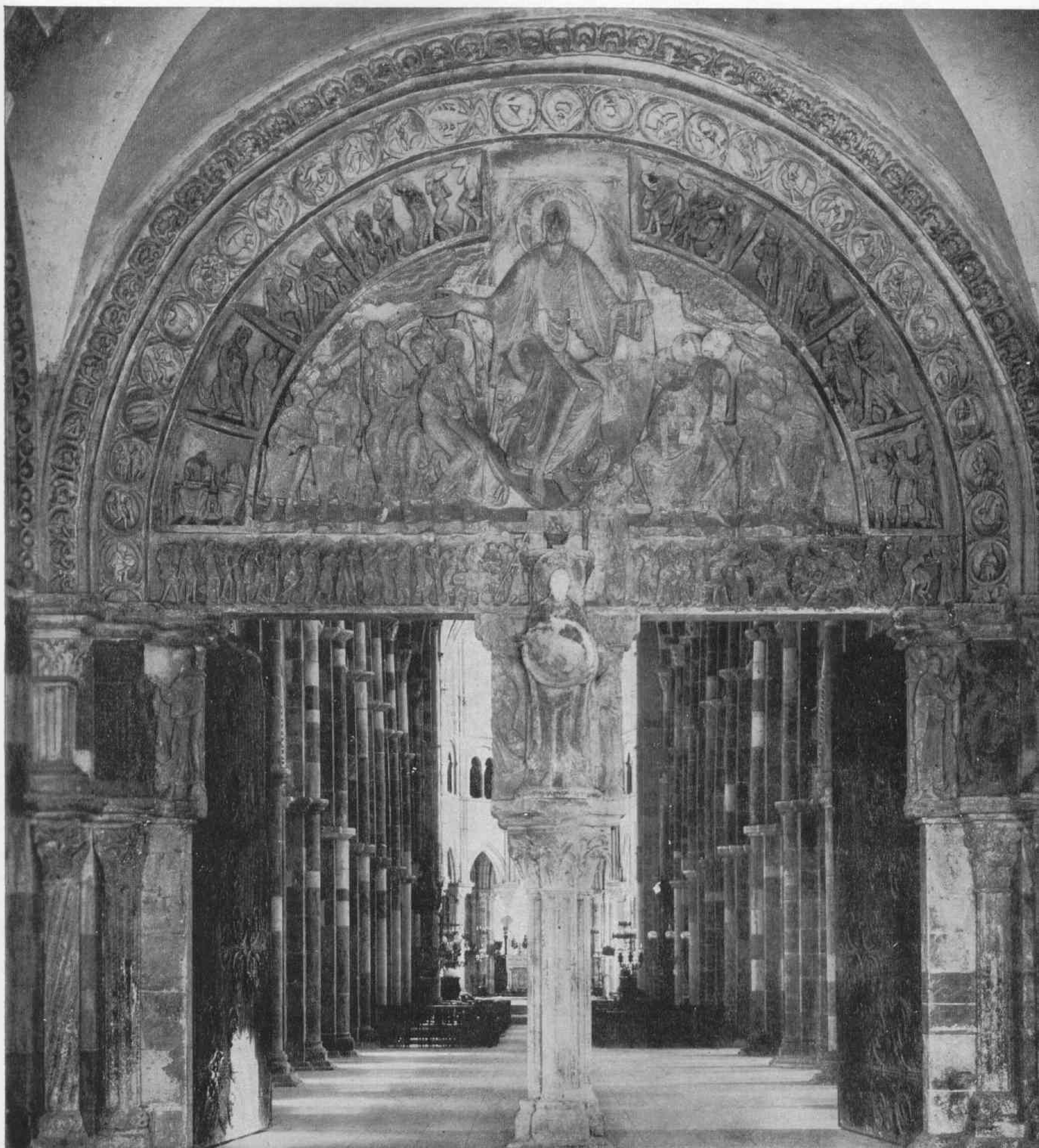
Puerta de la iglesia cluniacense de Santa María Magdalena, de Vézelay. Francia.

precedida, como todos los grandes esfuerzos espirituales, de tanteos y ensayos, preparando la tremenda enunciación de la nueva verdad. Parece como si algo se resistiera a la presión del Espíritu y que sólo después de varios ataques éste lograra forzar el paso hacia un estado superior, que muchos anhelaban sin conocerlo. Ya en el período carolingio se hizo la primera tentativa de renovación de la orden benedictina, volviendo a la severidad de sus primeros días. Un noble, monje del monasterio de Saint-Seine, descontento con la rutina viciosa de la casa, pidió y consiguió retirarse a una de sus tierras, Aniano, en el sur de Francia, para fundar allí un monasterio según sus deseos. Se llamaba Benito y se le conoce en la historia por Benito de Aniano. Monjes suyos pasaron a colonizar otros monasterios para dar ejemplo con su celo en aquellos donde se había perdido la tradición benedictina. El mismo Benito de Aniano marchó a Alemania para fundar otra casa cerca de Aquisgrán y allí murió el año 822.

Para Benito de Aniano, el remedio contra el desorden y la relajación que reinaban en muchas casas benedictinas de su tiempo era reglamentar la vida de los monjes, prohibiéndoles interpretar la *Regla* según su gusto y medida. Para conseguirlo redactó un *Codex Regularum* y una concordancia o comentario de la *Regla* de San Benito. Emperadores como Carlomagno y Luis, magnates como Guillermo, duque de Aquitania, apoyaron a Benito de Aniano con toda su autoridad, pero la reforma no tuvo consecuencias porque faltaba lo esencial, que era la aplicación de la disciplina por una autoridad superior, ajena a la comunidad. Los monasterios benedictinos continuaban siendo a modo de células del todo indepen-

dientes y pronto volvieron a caer en su anterior degradación.

Más trascendental y duradera fue la reforma iniciada con la fundación del monasterio de Cluny, el año 910. Desde el primer día fue Cluny el heredero de los esfuerzos de Benito de Aniano, aunque su segundo abad, Odón, consiguió llegar mucho más allá. Lo que se necesitaba era asociar los monasterios y que éstos no fueran autónomos, sino regidos por alguien nombrado desde fuera. Esto lo comprendió Odón de



Cluny, que dio a la orden benedictina un nuevo carácter, pero insistiendo en la austeridad y piedad prescritas por la *Regla* de San Benito. A la muerte de Odón y de su digno sucesor, Mayolo, muchos de los antiguos cenobios franceses ya dependían de Cluny, y hasta algunos de Italia y Alemania reconocían la supremacía de la joven comunidad cluniacense. En realidad, los monasterios incluidos en la reforma perdieron una independencia de la que no eran dignos; muchos quedaron convertidos en simples prioratos de Cluny; algunos pocos conservaron sus abades, elegidos ya desde ahora con el beneplácito de la casa central. Para la administración de esta vasta red de monasterios se dividió la orden en diez provincias y, para cada provincia, se elegían dos visitadores, o inspectores, en el concilio general que se celebraba anualmente. Los visitadores dependían del abad de Cluny, no habiendo posibilidad de desviarse poco ni mucho de su obediencia. La gigantesca organización internacional de los monjes cluniacenses se consolidó, aunque parezca extraño, con la ayuda que prestaron a la reforma los gobernantes de todos los países. Esto sólo indica la desmoralización a que debían haber llegado las casas benedictinas hacia el año 1000, ya que el abad Odón había obtenido el privilegio de que Cluny y sus sucursales no estuvieran sujetas a ningún poder civil ni eclesiástico, más que al del Papa. Por otra parte, sus abades supieron mantener vigorosamente su personalidad y el carácter y disciplina de esta institución poderosa, que en los siglos XI y XII fue el mejor instrumento de la obra de los Papas en la reacción civilizadora del Occidente. La independencia de Cluny, en la lucha del Imperio con el papado, dio lugar a velados reproches y quejas por parte de Hildebrando en sus cartas al abad Hugo; pero acaso su misma independencia aumentó el crédito de la confederación de los monasterios cluniacenses que de él dependían. El papa Urbano II fue elegido posiblemente porque había sido prior de Cluny. El que le sucedió en la silla pontificia, Pascual II, también era cluniacense; su sucesor, Gelasio II, fue a morir a Cluny, y Calixto II fue elegido en la misma abadía. Son, pues, cuatro pontificados, que van del 1088 al 1124, en los que la influencia de Cluny aparece predominante en la Iglesia romana. Poco a poco, su misma pujanza hubo de perjudicarle; ésta inevitablemente iba aparejada con riquezas, abundancia y aun poder político, cosas poco favorables a la vida espiritual, y más deplorables aún porque Cluny entonces representaba a casi toda la orden benedictina, la única todavía en Occidente.

Así no es, pues, de extrañar que los espíritus verdaderamente deseosos de quietud y soledad se fuesen a vivir otra vez a los yermos para consagrarse a prácticas que recuerdan las de los primeros monjes cristianos. Varias fundaciones de los siglos XI y XII revelan este mismo furor ascético. De estas fundaciones ha sobrevivido, llegando con singular renombre a nuestros días, la Orden de los cartujos, fundada por San Bruno. A últimos del siglo XI se retiró éste al desierto de la Gran Cartuja, en un rellano de los Alpes, porque lo consideró bastante apartado y con un clima bastante frío para no tentar a los que no tuvieran firme vocación de penitencia. Pero hasta de allí se marchó porque resultaba demasiado accesible y fue a morir en la tierra caliente del talón de Italia, en un lugar cerca de Squilace, que el sol y la sequedad hacen más ingrato que la helada planicie de la Gran Cartuja. Las *Consuetudines*, o Reglas de los cartujos, no se redactaron hasta el año 1125, unos veinte años después de la muerte de San Bruno. En las *Consuetudines*, el número de monjes se limita a doce por monasterio, con dieciséis conversos y algunos pastores y labriegos. Así se evitan las peligrosas aglomeraciones de los cluniacenses, y sobre todo la pobreza individual de cada monje debe ser absoluta; total la abstención de carne; soledad y silencio son las virtudes capitales de los cartujos.

No es posible considerar la fundación de la Cartuja como algo que pueda interesar a la humanidad entera. Algunas almas ex-



Sala capitular de la abadía cisterciense de Fontenay (Côte d'Or).

tremadas preferirán siempre estos retiros del mundo, donde no llega a haber ni fraternidad entre los monjes, pero la mayoría de las gentes encontrarán la perfección dejándose llevar por el amor cristiano que siente cada hombre naturalmente por sus semejantes. Hubo que esperar todavía otro siglo hasta llegar a este santo equilibrio en tre el amor a Dios y el amor a sus criaturas... Y éste es el siglo que va de San Bruno a San Francisco de Asís.

Durante este siglo la tendencia hacia algo más perfecto se manifestó en el propósito de reformar otra vez la Orden benedictina. El año 1098 el abad del monasterio de Molesmes, Roberto, con seis de sus monjes, descontentos de la manera de interpretar la *Regla* de San Benito los otros monjes de su casa, marcharon al desierto del Cister y se aposentaron en humildes refugios de madera. Al cabo de un año el abad de Molesmes fue llamado otra vez a su puesto y le sucedió Alberico, quien obtuvo del Papa la aprobación de la nueva orden, si es que así puede llamarse a la reforma del Cister. Por esta época, Alberico y sus monjes no se proponían más que vivir según la letra y el espíritu de la regla de San Benito, pero el tercer abad del Cister, que fue un monje inglés llamado Esteban Harding, dio a la orden en 1119 la constitución conocida por *Carta Charitatis,* que realmente cambió el carácter de los benedictinos de sus monasterios.

Como de la casa madre habían salido ya el 1119 cuatro grupos de monjes para fundar cuatro casas: las de Ferté, Pontigny, Clairvaux y Morimond, se les reconoció a sus abades especial preeminencia en los capítulos de la orden, pero hasta estos cuatro dependían del abad del Cister. Ellos, a su vez, tenían autoridad sobre las casas filiales que se habían formado con monjes salidos de sus monasterios y los abades de éstos tenían



Casa de Asís donde nació San Francisco, convertida hoy en iglesia.

autoridad sobre los que ellos hubiesen a su vez fundado. Esta autoridad no era absoluta, como la que ejercía el abad de Cluny por medio de sus visitadores. El abad del Cister tenía derecho a *visitar* Pontigny y Clairvaux y sus dos hermanas, pero el abad de Clairvaux era visitador de Trois-Fontaines y de Fontenay, y el abad de Trois-Fontaines visitaba un gran número de filiales. Hasta el abad del Cister estaba amenazado de la visita del grupo de los cuatro abades de sus cuatro primeras colonias. El único privilegio verdaderamente importante que estaba vinculado a la casa madre del Cister era que allí debían reunirse los capítulos anuales de la orden.

Con el sistema de la gradación de jerarquías del Cister se pretendió evitar la falta de iniciativa y libertad de acción a que conducía el régimen centralizado de Cluny. El Cister, además, insistía en condenar el lujo y el fausto de las casas cluniacenses. Los cistercienses debían manifestar su desdén por los ornamentos: las cruces serían de madera pintada, los candelabros de hierro, los campanarios de madera y sin alturas presuntuosas; nada de vidrieras de colores en las iglesias de los monasterios. Estas debían estar todas dedicadas a la Virgen María, porque Ella era la patrona de la casa de Molesmes, donde se había iniciado el Cister, y también para evitar cultos fantásticos, una de las causas de la corrupción de Cluny: una abadía cluniacense francesa creía poseer el cuerpo de San Lázaro, otra se preciaba de guardar el de la Magdalena... y allí acudían los peregrinos y se acumulaban las riquezas.

Los monasterios del Cister no necesitaban de donativos, porque estaban rodeados de granjas que los monjes dirigían y administraban. En cada granja vivía una familia de labriegos, y los monjes acudían allí, sólo de día, para cuidar de que los trabajos del campo fuesen ejecutados debidamente; pero no se toleraban iglesias ni cementerios en las granjas para evitar que la comunidad se desparramara por estos sitios. ¡Qué interesantes resultan hoy estos experimentos de vida *contemplativa!* En nuestros días, cuando estamos deseosos de una organización social que acabe con el individualismo feroz de lo que se llama «lucha por la existencia», los esfuerzos de estos monjes cristianos para vivir en común sin perjudicar a nadie, parecen más modernos que el maquinismo cruel, que, abusando de la palabra libertad, trata de justificar los atropellos del más fuerte. Pero observemos que no hay en la reforma del Cister ninguna nueva fuerza espiritual verdaderamente en acción; sus constituciones, y hasta su historia, nos dejan fríos, como las iglesias descarnadas con que los monjes cistercienses trataban de hacer alarde de pobreza. Ni la poderosa influencia de San Bernardo, que fue monje de Trois-Fontaines, ni las restricciones ascéticas y la parsimonia en el arte eclesiástico, pudieron evitar la prosperidad

a que tenía que conducirles su sabia organización. Las casas del Cister, con sus granjas, producían mucho y consumían poco; su número se había multiplicado: en 1153 había 343 monasterios cistercienses esparcidos por toda Europa, y un siglo después ya eran más del doble. Pero entonces la decadencia espiritual resultaba palpable, las riquezas habían obrado también en ellos sus efectos corrosivos.

Además, el mundo había recibido un nuevo hálito del Espíritu y las gentes ingenuas y devotas no se hacían ya cistercienses, sino franciscanos o dominicos. Se habían roto las vallas y forzado las barreras de las conveniencias, de los prejuicios y de la misma tradición monástica; el Evangelio se había predicado otra vez a todas las gentes con un ímpetu y simplicidad que a todo el mundo inflamaba. Nada de poner el vino nuevo en odres viejos, nada de mejorar instituciones ya caducas, sino la enunciación de las simples verdades evangélicas, eternas e imprescriptibles. Las grandes novedades fueron que mientras cistercienses y cartujos residían en monasterios en despoblados, los frailes mendicantes instalaban sus conventos dentro de las ciudades. Los frailes ya no cultivaban las tierras, sino que vivían de sus servicios y sus enseñanzas.

El primer exponente, el portavoz de este gran movimiento de espíritu fue el *Pobrecito* de Asís: San Francisco. Debió de nacer hacia el 1182, aunque no sabemos la fecha exacta; lo demás de su vida es bien conocido: sus discípulos nos dejaron biografías casi contemporáneas. Su padre, Pedro Bernardone, era un mercader de tejidos, y el niño, hijo único, nació cuando él se hallaba en París, viajando por sus negocios. La madre bautizó al muchacho con el nombre de Juan, pero su padre, al llegar, le llamó *el francés,* Francesco, porque había nacido mientras él estaba en Francia. La juventud



Iglesia alta de San Francisco de Asís.

de Francesco, o Francisco, no fue muy diferente de la de los otros muchachos de su clase en Asís. A los veinte años, en una de las guerras entre ciudad y ciudad tan frecuentes en Italia, fue hecho prisionero y permaneció cautivo un año en Perusa, la ciudad rival de Asís, al otro lado del llano. Es de creer que en la cárcel de Perusa tuviera Francisco sus primeras revelaciones. Cuentan que decía a sus carceleros: «Algún día todo el mundo me respetará.»

Después de rescatado, Francisco volvió por corto tiempo a su vida anterior de distracción y placeres, pero una segunda prueba, una grave enfermedad, le obligó a meditar nuevamente. Ya en la convalecencia propúsose emplear su vida en algo heroico. Asís parecía pequeño para él y marchó a alistarse en la tropa de un guerrillero famoso, pero recayó en su enfermedad y se vio obligado a regresar a su casa. Desde este momento el carácter de su revelación se manifestó claro: para impedir que se ahogara con distracciones, Francisco recluíase en lugares escondidos; como un enamorado, decían las gentes. «Sí — respondía él —, y pronto veréis a mi esposa, más bella y más pura de cuanto podéis imaginar.»

Su esposa iba a ser *Madonna Povertà*, como llamaba Francisco a la pobreza evangélica. En esta época de iniciación y pruebas, Francisco hizo su primer viaje a Roma. La leyenda cuenta muchas anécdotas de su visita a las tumbas de los Apóstoles, y a los hospitales y leproserías, pero lo más interesante es que, en esta ocasión, Francisco no perdiera su confianza en las instituciones eclesiásticas. Vería grandes abusos y sentiría la necesidad de corregirlos; pero en lugar de alzarse con ideas de reforma, Francisco comprendió que la verdadera reforma debía ser la de las conciencias y que su misión era imitar al Cristo, no como Juez, sino como Buen Pastor. Y he aquí ya salvado un primer peligro: hubiera podido ser un Juan Huss, o un Juan Knox, un *protestante*, pero no... fue Francesco, el pobrecito de Asís, y apoyó a la Iglesia que tambaleaba. Cuando más tarde el *Poverello* se presentó con un reducido número de frailes menores a Inocencio III, éste exclamó: «Verdaderamente éste es el hombre llamado a sostener y reparar la Iglesia de Dios.» Y en justificación de tales palabras, el Papa explicó que, un tiempo atrás, un día en que los males de la Iglesia tenían abatido su ánimo, había visto, como en sueños, a un mendicante sosteniendo la basílica de Letrán, que se tambaleaba desde sus cimientos y amenazaba desplomarse.

A su regreso a Asís, Francisco empezó por dar pruebas de esta convicción suya, poniéndose a restaurar iglesias y capillas que amenazaban ruina. Pedía piedras, las llevaba en serones, y con ellas reconstruía el templo de Dios, una humilde capilla al lado del camino, San Damián, que después fue convento. Esta devoción, y su extraño afán por vestirse de andrajos, irritaron a su padre y le hicieron objeto de la burla de los muchachos de la ciudad. Pero, en cambio, el crucifijo de la capilla de San Damián le miraba con ojos compasivos. El recuerdo de la pasión de Cristo le llenaba de angustia: «Yo debería ir por el mundo — decía Francisco — llorando por la pasión y muerte del Señor.» Y éste fue el segundo peligro: convertirse en un *Piagnone*, o llorón, disciplinándose como un penitente, o encerrándose para meditar, como había hecho San Bruno... Pero tampoco llegó a ser eso Francesco, sino mucho menos, y, por tanto, mucho más.

Su padre renegó de él y Francisco se presentó en la plaza desnudo: «Escuchad — gritó —: hasta ahora he llamado padre a Pedro Bernardone... desde este momento nadie será mi padre más que el Padre nuestro que está en los cielos.» Por fin, un día, en otra capilla del llano, al pie de Asís, llamada *la Porciúncula*, oyó a un clérigo recitar estos versículos del Evangelio, que confirmaron su dirección: «Id y predicad

Retrato de San Francisco casi contemporáneo, mostrando las llagas. Fresco de Cimabue.





Las tres iglesias de San Francisco. Asís.

que el reino de los cielos está cercano. Curad a los enfermos, resucitad a los muertos, limpiad a los leprosos y echad a los demonios; hacedlo de gracia, como de gracia lo habéis recibido. No llevéis oro ni plata, ni cobre, en los bolsillos. Ni dos túnicas, ni zapatos ni cayado, porque el trabajador merece su sustento...» Y «pedid y se os dará». La pobreza absoluta, la confianza en que el que da de comer a los pájaros y viste a los lirios del campo cuidará de nosotros, fue la *buena nueva,* el *reino* que San Francisco tenía que anunciar. Predicó la pobreza toda su vida, la practicó, y la hizo practicar siempre que pudo, siempre que se halló rodeado de almas cristianas como la suya... que no siempre lo estuvo. Habrá otras virtudes franciscanas, como la humildad, la mansedumbre, la paciencia, pero la pobreza es más que una virtud, es la compañera fiel, la guía y la esposa del alma de Francisco, que no transigió nunca en este punto fundamental del Evangelio. Muy probablemente, Francisco hubiese preferido que sus discípulos vivieran sin morada fija, en celdas provisionales hechas de barro y cañas, y caminando siempre de dos en dos, pidiendo limosna. Podían predicar, con el consentimiento de las autoridades eclesiásticas, pero la mejor predicación debía ser su conducta y su ejemplo. Más tarde, cuando se hizo necesario el convento, Francisco insistió en que la pobreza absoluta debía ser, no sólo individual, sino que la comunidad entera no debía poseer nada. Cada noche debía repartirse entre los pobres cuanto había quedado de dinero o provisiones en el convento; por la mañana, Dios enviaría sin falta el regular sustento. Y, en verdad, nunca faltaba la providencial limosna por la mañana: a veces llegaba por caminos que *el mundo* considerará maravillosos, pero que para Francisco, como para su maestro Jesús, eran el régimen natural de las cosas del Padre. ¡Un padre no dará una serpiente al hijo que le pide pan!

Hasta personas *espirituales,* que protegían y admiraban a Francisco, dudaban de la posibilidad de mantenerse sin reservas para los que se llaman *casos de necesidad.* El año 1216, Santo Domingo de Guzmán, que por entonces andaba preocupado en la organización de la recién fundada Orden de dominicos, asistió al primer capítulo de los

franciscanos, llamado «el capítulo de las esteras» porque asistieron cinco mil frailes y, como no había camas para tantos, durmieron en el suelo sobre esteras. Se cuenta que lo que más sorprendió a Santo Domingo, del capítulo famoso, fue el régimen de la falta de régimen, esto es, la pobreza: el ver cómo llegaban los alimentos, cómo los campesinos acudían de largas distancias con mulos cargados de vituallas de todas clases, «pan y vino, panales de miel, queso y otras cosas buenas de comer, para los pobres de Cristo», dice el relato llamado *Las florecillas,* evidentemente complaciéndose de aquellas golosinas que llegaban para los frailes. «Los cuales — continúa aquel antiguo relato —, no decían nada vulgar, ni una broma, ni una gracia, sino que confesaban los pecados o discurrían acerca de su salvación.» Y tanto impresionó este régimen a Santo Domingo que aceptó igualmente la disciplina de la pobreza. San Francisco predicó en el capítulo de las esteras como sigue: «Yo os ordeno por la Santa Obediencia que ninguno de vosotros se preocupe o piense en lo que necesita para comer o para las otras necesidades del cuerpo, sino en rogar y alabar a Dios y El cuidará tiernamente de lo que haga falta.»

Santo Domingo quedó tan admirado de la humildad de San Francisco, que le suplicó que le hiciera presente de su cordón, y con él se ciñó hasta la muerte. Ambos santos se abrazaron, y Domingo dijo: «Hermano Francisco, yo quisiera que nuestras órdenes se reunieran y que trabajasen en común dentro de la Iglesia...» Pero esta fusión no se llevó a cabo y cada orden fue acentuando cada vez más su carácter: la de Francisco fue llamada de los minoritas, los ínfimos, los últimos; la de Domingo fue la orden de los predicadores, los *Domini cani* o perros del Señor.

Mucho se ha discutido si San Francisco



Vista parcial de la vieja ciudad de Gubbio, en Umbría, donde, según tradición, San Francisco amansó al lobo.

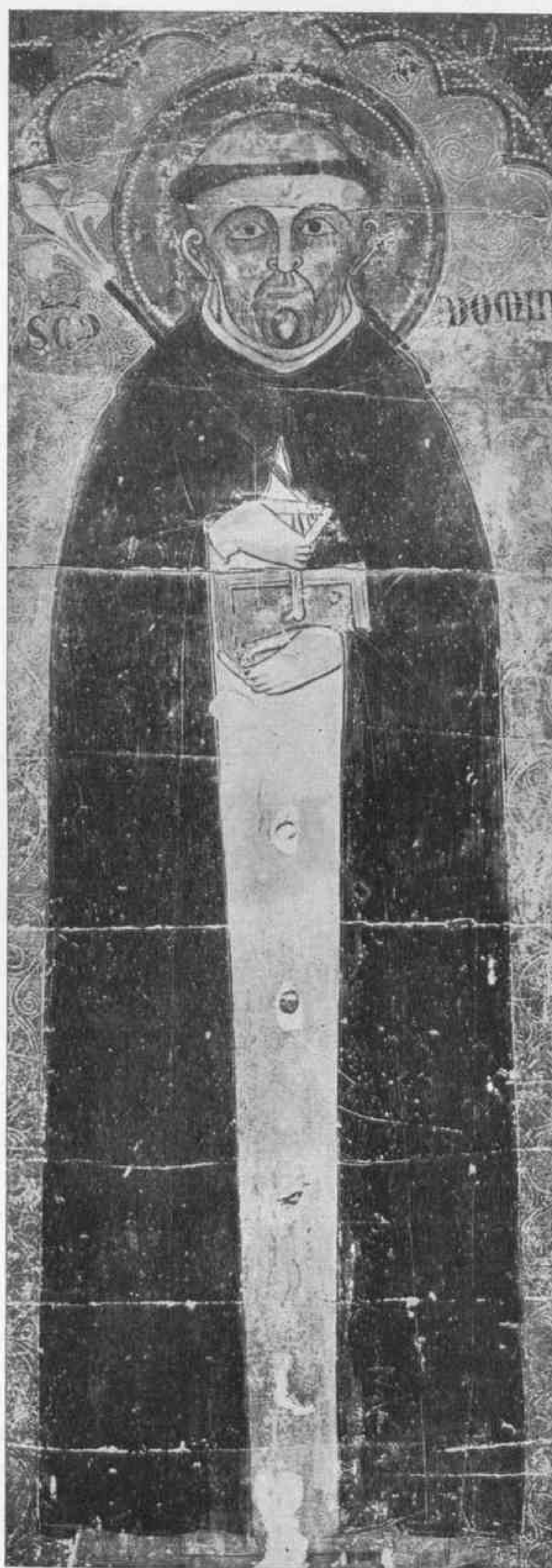
cambió sus opiniones sobre la pobreza corporativa al crecer la orden y hacerse patentes los peligros de vivir *del aire del cielo.*

Francisco no quiso transigir, pero fue lo bastante humilde para no imponer su opinión. En el capítulo de 1218 el cardenal patrono de la orden se hizo eco de la opinión contraria, que empezaba a tener partidarios entre algunos preeminentes discípulos de Francisco. La respuesta del santo asombra, dado su carácter, generalmente dulce. Dijo: «Hermanos, el Señor me ha escogido para que enseñe los caminos de la simplicidad y la humildad. Por estos caminos yo he enseñado la verdad. No me vengáis ahora a hablar de la regla de San Benito, ni de la de San Agustín, ni del Cister, sino sólo de aquella que Dios se ha dignado mostrarme y por la cual El me prometió que haría una alianza nueva con el mundo y no quiere que tengamos ninguna otra.» ¿Y qué quería decir Francisco con humildad y simplicidad sino pobreza? Cuál era la nueva alianza que Dios, por ellas, le había prometido, lo dicen los párrafos que vamos a copiar de la *Regla* de los franciscanos, aprobada en 1223 por el papa Honorio III: Cap. IV: «Ordeno sin ambages y con toda mi fuerza que los frailes no deben recibir monedas de ninguna clase, sólo con la excepción de subvenir a las necesidades de los enfermos.» Capítulo VI: «Los frailes no poseerán tierras, ni granjas, ni otra cosa alguna; vivirán como peregrinos y extraños en este mundo, pidiendo caridad con alegría, porque el Señor quiso también hacerse pobre entre las gentes.»

En su testamento, dictado pocas horas antes de morir, ciego y agobiado por enfermedades, Francisco tuvo lucidez para resumir su criterio, y entre las recomendaciones que hizo hay estas dos: «Quisimos vivir en iglesias arruinadas y fuimos ignorantes y sumisos con todo el mundo. Trabajamos con nuestras propias manos, y desearíamos que todos los frailes se ocuparan en un oficio honorable. Procuren aprender un oficio los que no lo tienen, y no para ganar dinero con él, sino para huir de la ociosidad y dar buen ejemplo. Y cuando no les paguen por su trabajo, acudan a la mesa del Señor, que es pedir el pan de puerta en puerta. El Señor me reveló el saludo para pedir: —La paz de Dios sea con vosotros.»

«Cuidad, hermanos, de no aceptar iglesias, ni casas, ni nada para vosotros, excepto lo que esté de acuerdo con el voto de la Santa Pobreza de nuestra *Regla,* y no aceptéis hospitalidad de nadie sino como extraños y peregrinos.» La pobreza no era para Francisco una cosa dura, sino como la desposada jovial que satisface todos nuestros deseos. Otros, como *los pobres de Lyon,* habían predicado y practicado la pobreza, pero era para castigarse a sí mismos, para repudiar los bienes del cuerpo, lo que es casi una herejía. En cambio, para Francisco, la Señora Pobreza debía infundir alegría, pues, como toda virtud viviente, es la suprema delicia. «El servidor del Altísimo —dijo Francisco un día —debe cuidar de las necesidades del cuerpo con discreción, para que el Hermano Cuerpo no pueda quejarse diciendo: —Ya no puedo tenerme derecho, ni rogar, ni resistir las dificultades, ni hacer buenas obras. —En cambio, si el Hermano Cuerpo fuese negligente, debería castigársele como a una mula perezosa, porque pide comida y no quiere llevar la carga.»

San Francisco no condenaba la ciencia, el estudio, pero no creía que fuese el ejercicio adecuado para sus frailes. «Estos frailes míos, que van llevados de la curiosidad de conocer, llegarán al día del Juicio con las manos vacías.» El hubiera preferido ver a sus hermanos ir por el mundo cantando como juglares, más bien que predicando como doctores. Para animarles por este camino, Francisco, en sus últimos años, compuso un himno de alabanza a Dios y a las criaturas, que quería que sus frailes cantaran después de cada sermón. ¡Qué efecto no haría todavía hoy, si después de predicar un franciscano el amor y la pobreza, acabara entonando este cántico!: «Altísimo, Poderoso y Bondadoso Señor: —Vayan a Ti las alabanzas y la Gloria y el Honor. Todas las bendiciones vienen de Ti, ¡oh Altísimo!, —y nadie es digno ni de



Santo Domingo de Guzmán. De un altar aragonés casi contemporáneo. Museo de Barcelona.

pronunciar tu nombre. — Alabado seas, Señor, por tus criaturas, — y sobre todo por el Hermano Sol, este gran Señor — que nos ilumina desde el alba hasta la noche. — ¡Qué bello es y brillante! Y con su resplandor — manifiesta tu gloria, ¡oh, Altísimo! — Alabado seas, Señor, por la Hermana Luna, — y las Estrellas que has puesto en los cielos; — ¡qué bellas son, y preciosas y claras! — Alabado seas, Señor por el Hermano Viento, — y el Aire y las Nubes, y el Azul del Cielo,—y la Lluvia y el Tiempo,— con que provees por tus criaturas. — Alabado seas, Señor, por la Hermana Agua; — ¡qué útil es, y humilde, y preciosa, y casta! — Alabado seas, Señor, por el Hermano Fuego, — que alumbra las tinieblas, — y es útil y alegre y hábil, — y tan fuerte. — Alabado seas, Señor, por la Hermana Tierra, nuestra madre, — que nos mantiene y regocija — con abundancia de frutos y flores — de todos matices, y con la hierba verde...»

Desde los tiempos de Aken-Atón y de los Salmos no se había hablado así. Pero mientras en el Himno del Sol, de Aken-Atón, el astro es el creador de donde manan todas las bendiciones, en el Cántico al Sol, de Francisco, el Altísimo es el que rige los luminares del cielo, como en los Salmos, pero, además, los elementos amigos del hombre son nuestros hermanos. El antropomorfismo de la Creación, en el cántico de San Francisco, es tan equilibrado y palpitante porque no hace al hombre centro del Universo; el Hombre es como el Sol y la Luna, y el Agua y el Viento, todos iguales, hijos de Dios. Difícil es predecir lo que hubiera ocurrido si Francisco hubiese insistido en que sus frailes fueran todos como él en la cuestión de la pobreza. La organización conventual de los franciscanos tenía muchos otros problemas además del sustento. Había el de la disciplina jerárquica, el de la admisión de nuevos frailes con noviciado o sin él, el criterio que convenía adoptar con los frailes que habían abandonado la orden y querían reconciliarse con ella después; había el de la orden paralela de mujeres, etcétera. Por esto Francisco renunció a su cargo de superior ya el año 1220, seis años antes de morir. Postrándose en el suelo delante de su sucesor, Pedro de Catania, Francisco dijo en voz alta, para que le oyeran los allí presentes: «Desde ahora estoy muerto

para vosotros; he aquí al Hermano Pedro, a quien obedeceremos.»

Esta renuncia de Francisco es acaso su mayor gloria. No la hizo para evitar disputas ni gozarse en una mística paz, *a solas, sin testigos.* Francisco creía en su régimen *franciscano,* y tenía bastante prestigio para imponerlo hasta su muerte, pero salvó también este tercer gran peligro: la soberbia de la verdad. Si Francisco hubiese sido tenaz con su ideal de pobreza, hoy tendríamos en él un ejemplo más de idea fija. Renunciando con mansedumbre hasta a *Madonna Povertà,* hoy tenemos una orden franciscana a poca diferencia como las demás, pero tenemos a Francisco, pobre hasta el punto de no querer tener voluntad ni criterio... más que para alabar a Dios.

En la breve exposición de la vida y las ideas de San Francisco ha aparecido, casi sin quererlo, la figura de Santo Domingo de Guzmán, el fundador de la Orden de los dominicos. San Francisco y Santo Domingo en la historia van siempre aparejados. Murieron casi dentro del mismo año, aunque Domingo era de más edad, pues había nacido el 1170, doce años antes que Francisco. Si hemos de creer a los que más tarde escribieron su vida, Domingo era de familia ilustre de Castilla la Vieja. Nació en Calahorra y estudió en la escuela catedralicia de Palencia. A los veinticinco años, en 1195, Santo Domingo recibió órdenes sagradas y pronto fue nombrado canónigo de Osma. Del año 1195 al 1203 los historiógrafos hacen ir a Santo Domingo a predicar a los moros de España, pero no hay gran seguridad en ello.

La primera data cierta de la actividad internacional de Santo Domingo es un viaje que hizo con su obispo, el año 1203, a *las Marcas.* Cuáles eran estas Marcas ha quedado sin precisar; se ha supuesto que sería Dinamarca, adonde el obispo de Osma y su canónigo Domingo irían para concertar el matrimonio del rey de Castilla con una princesa escandinava; pero podía muy bien ser que no llegaran más que a la Marca de España, o de Francia, o de Italia, pues que *marca* quiere decir únicamente «país de frontera». Lo positivo es que en este viaje atravesaron el sur de Francia y allí el obispo de Osma y su acompañante se demoraron más de lo que habían calculado. La región estaba desolada, destrozándose sus habitantes en una querella religiosa. Si Santo Domingo había ido antes a predicar a los moros de España, le parecería ahora que los mahometanos eran mil veces más sensatos que los herejes del sur de Francia. Hasta hace poco creíamos que la rebeldía de los albigenses era un anticipo del protestantismo, una reivindicación de los derechos de las iglesias locales, y aun de la interpretación individual de la Escritura, en oposición al romanismo, esta vez aliado con los monarcas franceses. Pero la publicación de textos y documentos ha evidenciado que los albigenses, sin tener en cuenta la autoridad suprema de la Iglesia, se habían desviado torpemente y comenzaron a disparatar, aceptando dos principios divinos, uno para el bien y otro para el mal, extraña reaparición del maniqueísmo. El cuerpo, la materia para los albigenses, era la creación del principio malo y debía procurarse su desaparición, impidiendo el nacimiento de los hijos y hasta preconizando el suicidio. No hay que decir que tales extravíos debieron de preocupar al obispo de Osma y a Domingo, quien dio pruebas más tarde de ser un temperamento sensato y equilibrado.

El obispo y su compañero se lanzaron a predicar a los albigenses, pero pronto el prelado de Osma tuvo que regresar a su diócesis, concediendo, empero, permiso a Domingo para continuar solo su predicación en el sur de Francia. Estos fueron los grandes años de Santo Domingo, los años de pruebas, de trabajos, de visiones... Viajaba solo por una región llena de herejes, que le odiaban; iba a pie, descalzo siempre, predicaba en las encrucijadas de los caminos, en las iglesias, en los castillos, a los labriegos y soldados, clérigos y letrados. A menudo consentía en disputar con los herejes, refutando uno por uno sus argumentos; en una ocasión aceptó la prueba del fuego,

en esta forma: los escritos de los albigenses, y su refutación, fueron al mismo tiempo echados a la hoguera. Según los hagiógrafos, los del santo salieron inmunes de las llamas. Domingo, como buen español, resistía las mayores privaciones y miserias, era sincero y apasionado en hacer el bien, pero cuando se irritaba también era extremado. Se cuenta que un día, predicando su último sermón a los herejes, díjoles como sigue: «Por espacio de muchos años os he exhortado con cariño y enseñado con ruegos y lágrimas; pero ahora os diré un proverbio de mi tierra; en España decimos: *Donde no llegan bendiciones, caen tempestades.* Yo voy a armar contra vosotros a los príncipes y prelados y vendrán para castigaros.» Estas palabras se han tomado como una prueba de haber organizado Domingo la cruzada contra los albigenses, dirigida por Simón de Montfort, en la que tantos perecieron, así fieles como herejes. Pero la cruzada fue mucho antes; cuando la expedición de Simón de Montfort, Domingo no era más que un clérigo, andariego y extranjero. Pero también es cierto que Domingo presenció los horrores de la cruzada y debió de comprender que, por herejes que fueran, los albigenses tenían derecho a un trato más humano del que infligieron a los habitantes de la región los defensores del dogma. Es de suponer que más tarde hablara con horror de esta gran tragedia a sus hermanos dominicos y que, de su inspiración, se originase el Santo Oficio, cuya misión capital fue juzgar según el dogma y la razón a los herejes; pero Santo Domingo no fundó la Inquisición, así como tampoco predicó ni pudo predicar aquella cruzada.

De todos modos, el espectáculo de desorden y atropellos que Santo Domingo presenció en los años que estuvo en el sur de Francia, hubo de demostrarle dos cosas. Fue la primera: que las órdenes religiosas establecidas en el país, con su régimen monástico de cluniacenses, cistercienses y cartujos, no eran eficaces para prevenir y remediar un grave conflicto en el seno de la Iglesia, como fue la herejía de los albigenses. Segunda: que el clero secular, ocupado en los servicios del culto y obras de caridad, difícilmente podía atender a la misión constante y elevada de mantener la pureza del dogma. La Iglesia militante necesitaba, pues, de un tercer organismo, que serían sus frailes predicadores. Santo Domingo empezó por asociarse con varios clérigos del sur de Francia que compartían el mismo ideal, y en 1215 el obispo de Tolosa les entregó una iglesia y una casa en la ciudad, que puede considerarse como el primer convento de dominicos. Por este mismo año Domingo pasó a Roma para obtener del Papa la autorización de fundar una nueva orden; pero el pontífice se resistió y acon-

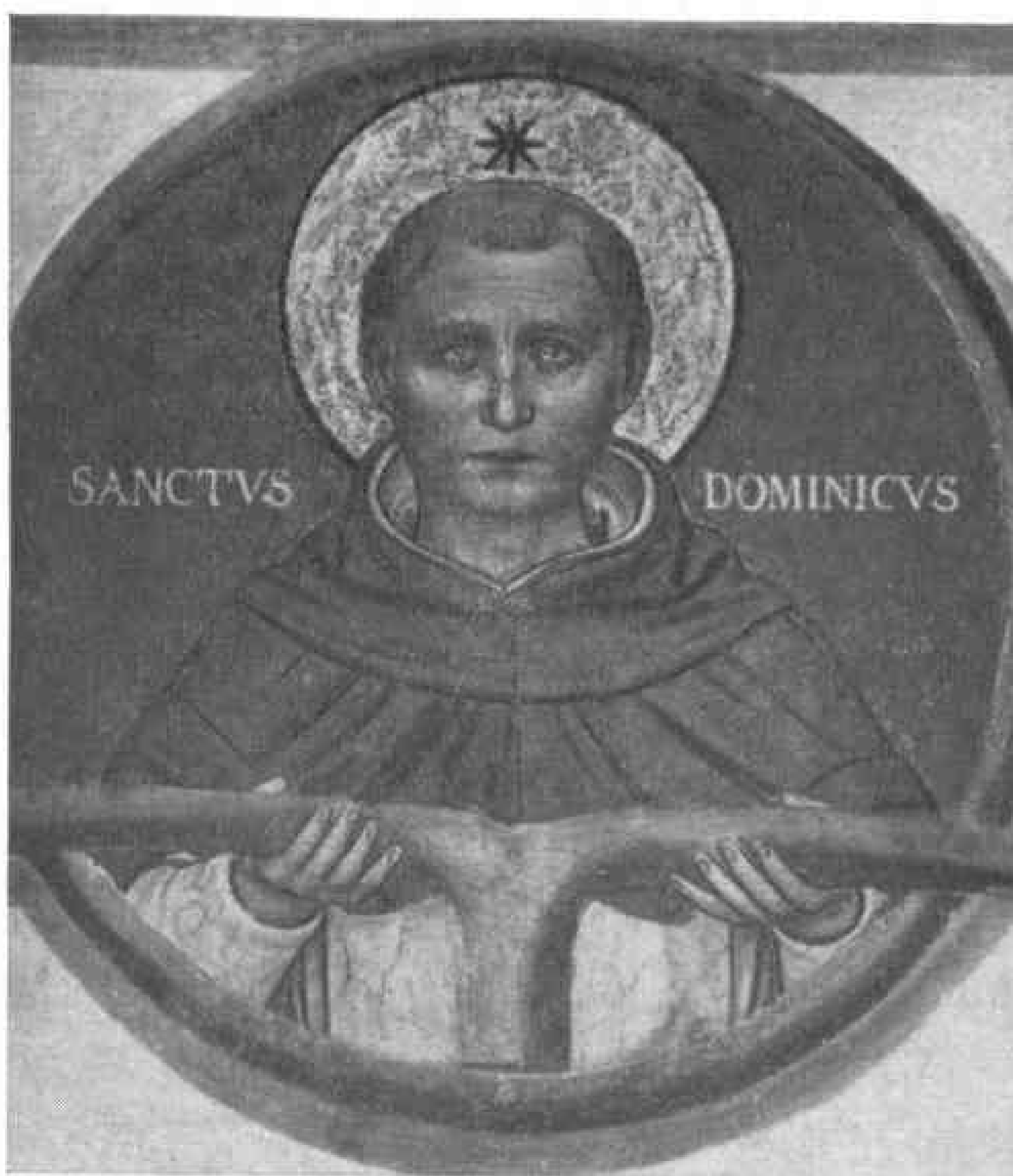


Santo Domingo penitente, interpretación debida a Luis Tristán. (Museo del Greco. Toledo.)

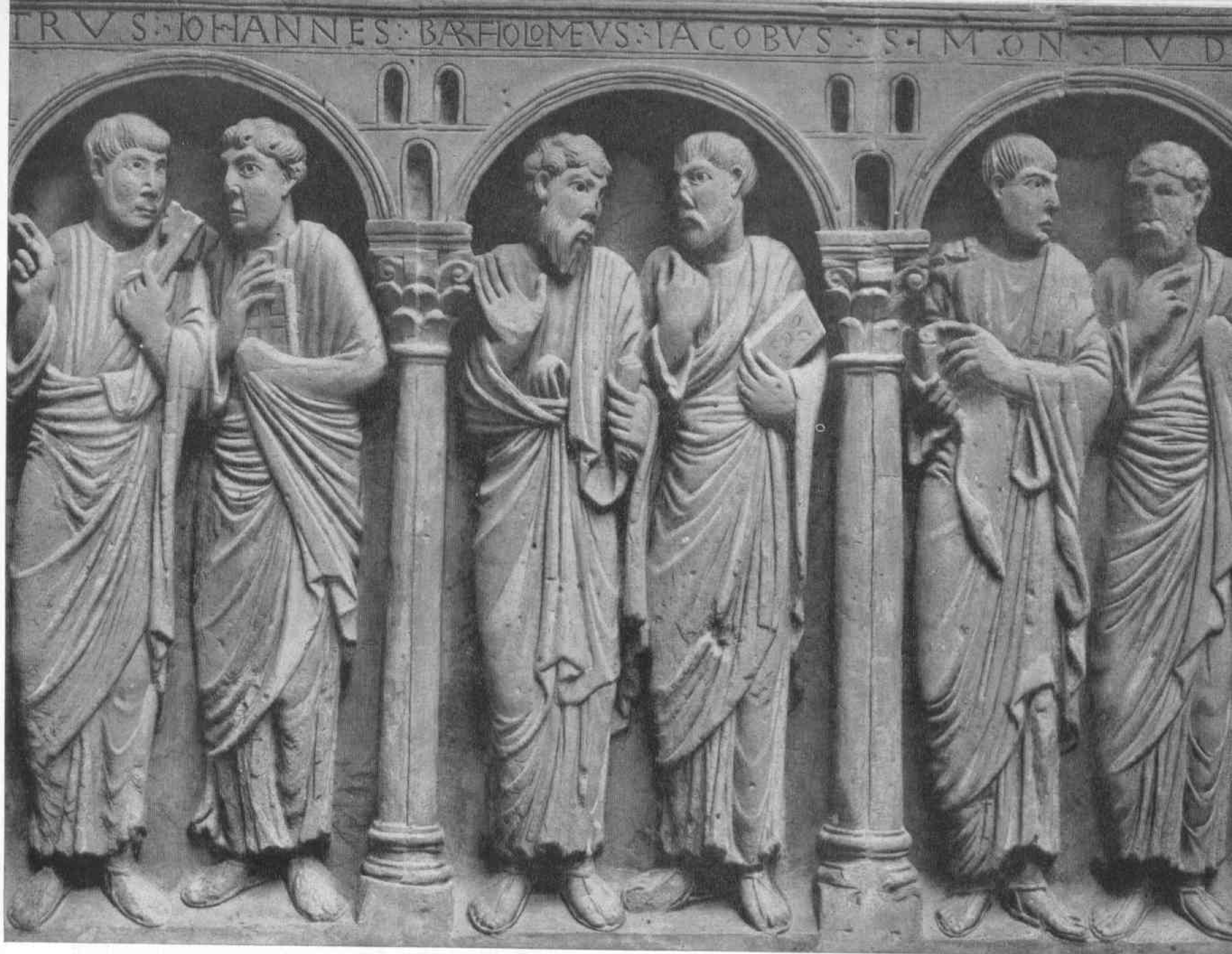
sejó a Domingo que tratara de conseguir lo que se proponía con la regla de San Benito, o de San Agustín, o del Cister. Fue la misma resistencia que encontraba Francisco por aquellos mismos años, y hay que tener en cuenta que las autoridades eclesiásticas se oponían a las nuevas fundaciones, no sólo por el recelo que causa todo lo nuevo, sino también porque en los concilios se había legislado ya contra ellas para prevenir, desde luego, que todo el que se sintiera en desacuerdo con lo estatuido por la suya, saliese de ella con la pretensión de *fundar* otra orden para él solo.

Pero pronto los pontífices reconocieron que tanto San Francisco como Santo Domingo eran merecedores de lo que reclamaban. El año 1216 Santo Domingo obtuvo del papa Honorio III el permiso que había solicitado para fundar su orden, y le entregó además la iglesia de Santa Sabina, en el Aventino, donde se estableció el primer convento de dominicos en Roma. Domingo vivió sólo cinco años más; fueron cinco años de gran actividad y de viajes por Francia, Italia y España. Al morir en 1221 el santo fundador, existían más de sesenta conventos, repartidos en diez provincias, y poco después sus frailes se habían multiplicado prodigiosamente.

Las nuevas comunidades de franciscanos y dominicos tuvieron una eficacia social. Llegaron a transformar la vida de las ciudades. En cada ciudad los nuevos frailes construyeron grandes iglesias dentro del recinto de las murallas, donde se celebraban oficios y fiestas en honor de los grandes santos locales. Los dominicos causaban emoción con elocuentes sermones, y se especializaban en la defensa del dogma. Daban carácter religioso a las escuelas seglares que empezaban a formarse. Los franciscanos establecían contacto con los burgueses y artesanos, visitando las casas y aconsejando en casos de moral familiar. ¡Qué diferencia entre los monasterios y monjes benedictinos, silenciosos y en despoblado, y los conventos de frailes animando la vida ciudadana con procesiones, misas solemnes cantadas y cortejos por las calles!



Santo Domingo. Museo de San Marcos. Florencia.



Seis apóstoles. Fragmento de la mesa del altar mayor de la catedral de Basilea. Siglo XI.

23 LA ESCOLASTICA CRISTIANA

A mediados del siglo XII empezó a manifestarse en el Occidente cristiano un deseo de explicar racionalmente el mecanismo de la Creación de acuerdo con la fe. Durante más de mil años la Iglesia había venido aclarando puntos obscuros del dogma y fijando conceptos sobre el origen, mantenimiento y fin de los cielos y de la tierra, esto es, del Macrocosmos, o sea el empíreo con las personas divinas, y del Microcosmos, o sea el hombre con su pecado original, su redención y sus esperanzas para la vida futura. El plan de Dios aparecía claro, o a lo menos en símbolo, desde las primeras páginas de la Biblia. En ésta había información suficiente para entender lo que había ocurrido, ocurría y tenía que ocurrir por toda la eternidad. Pero a veces la divina revelación resultaba algo velada, para animar sin duda a los hombres a pensar en Dios y amarle más aún tras haber llegado a conocer sus altos designios con fervor y devoción.



El Macrocosmos, dios creador, rodeado de los signos del Zodíaco. Manuscrito del siglo XI. Biblioteca Nacional. París.

cia de Dios. Vamos a ver, pues, el proceso ideológico e histórico de estas tres etapas de la escolástica.

La primera etapa, que hemos dicho era puntualizar el sentido místico de la Biblia, había sido ya la preocupación de los Padres de la Iglesia. Tres cosas se tendía a discernir: la *historia,* o sentido textual de los relatos bíblicos; la *alegoría,* o enseñanza doctrinal; la *tropología,* o enseñanza moral. Aun los personajes y hechos de dudosa edificación, que se hallan en los libros del Antiguo Testamento, entraron en este movimiento de interpretación espiritual. Pronto se comprendió, por ejemplo, que Adán era una figura profética de Jesús, puesto que si

Representación de la Trinidad según la concebían los discípulos de Abelardo. Manuscrito del siglo XII. Lucca.

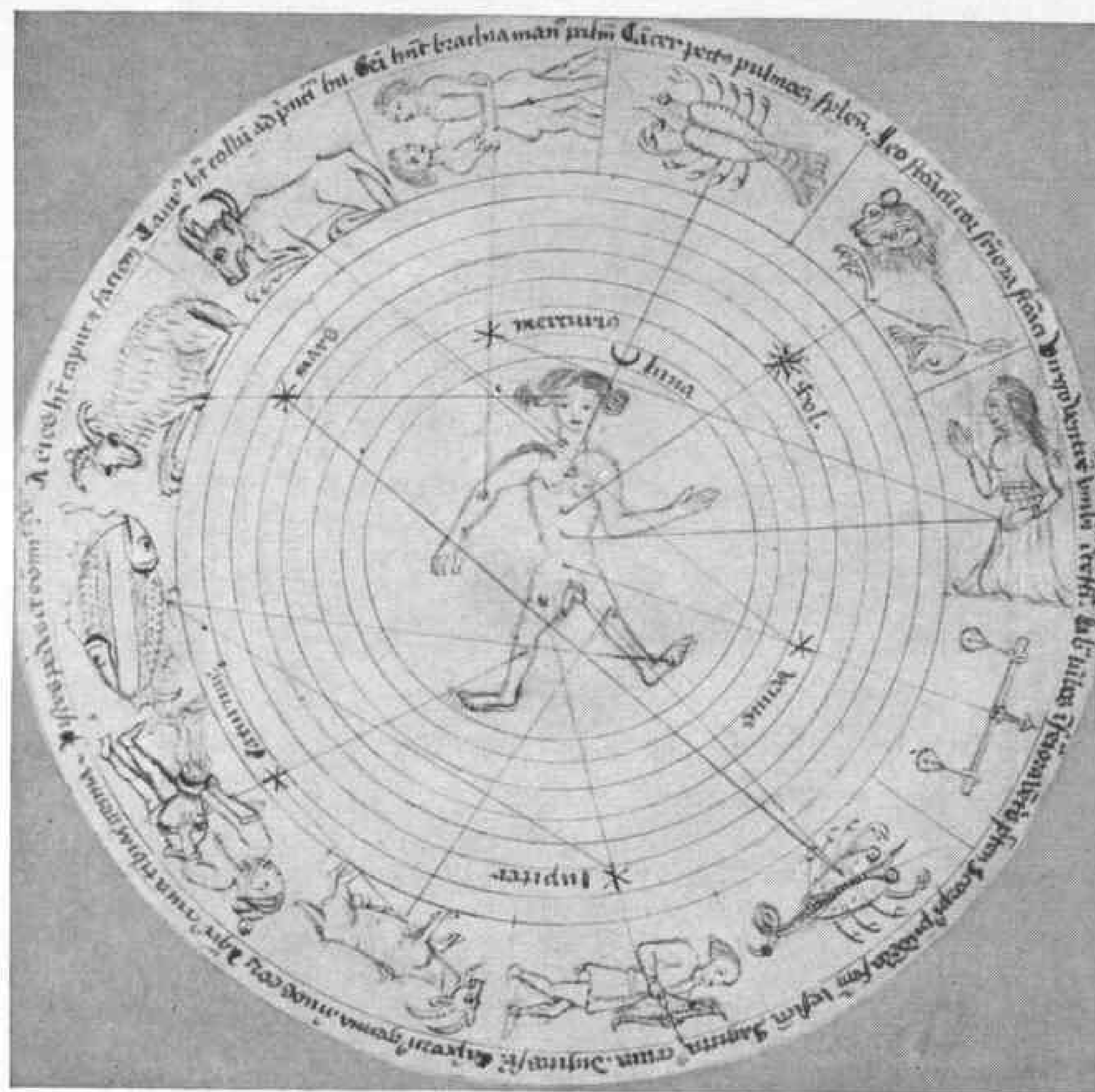


La Biblia podía servir para explicar el funcionamiento de todo lo creado y aun de lo increado, o sea Dios, pero la Iglesia reconocía también la utilidad y autoridad de los escritos de los Santos Padres. Lo que la Iglesia había venido afirmando por tradición no interrumpida debía considerarse tan sobrenaturalmente revelado como lo que quedaba establecido por los textos bíblicos. Así es que una frase de San Agustín o San Jerónimo, en cuanto expresaba esta tradición, tenía un valor paralelo al de una sentencia de la Escritura. Ya se comprende, pues, que al querer teorizar el plan de la naturaleza, o creación, de acuerdo con la revelación divina, era preciso, ante todo, descifrar los símbolos y alegorías de los relatos bíblicos. Después seguiría el inventario de las doctrinas contenidas en los escritos de los Santos Padres, y, por fin, con este andamio de información previa, la razón construiría el castillo de la teología cristiana, que no abomina de la claridad del entendimiento ni excluye la ayuda de la gra-

todos los humanos descienden de Adán por la carne, por la sangre de Cristo nacen otra vez y restablecen su perfecta humanidad. Figuras proféticas son también Abel, Melquisedec, David, etc. Pero en el siglo XII se llegó mucho más allá; se creyó adivinar un sentido metafórico o alegórico en toda la Creación. El alma había sido creada por Dios y para Dios; el cuerpo había sido creado para el alma, la tierra para sustentar al cuerpo: el hombre era, pues, la criatura cuyo fin justificaba la existencia de todo lo demás. El simbolismo de la Creación era, pues, teocéntrico y antropológico.

Quien puede decirse que resumió este concepto simbólico del Universo fue el llamado Hugo de San Víctor, cuyos escritos se consideraron indispensables en todas las bibliotecas de la Edad Media. Hugo era de origen alemán, pero tenía sólo veinte años cuando, en 1115, entró en el monasterio de San Víctor, de París. En esta época París empezaba a ser la ciudad de los filósofos, como la llamará Alberto el Magno, y el centro internacional del pensamiento con sus escuelas, de las que se formará el *Studium generale,* o sea la Universidad. Por lo que toca a Hugo de San Víctor, él mismo nos explica su pasión por los estudios: «Nunca desdeñé de aprender... hice prácticas de memoria... revisé mis notas cada día... me propuse problemas de matemáticas... dibujé a menudo con carbón figuras geométricas en el suelo... en las noches de invierno examinaba la posición de las estrellas y hacía sonar el arpa para distinguir el valor de las notas y gozar de la dulzura de la música.» «Ocupaciones *pueriles,* aunque no del todo inútiles», dice Hugo, casi excusándose de su curiosidad.

Para él las siete artes liberales, lo que hoy llamaríamos ciencias, actuarán como servidores para la ciencia primordial, que es la teología; él no acomete todavía su estudio con decisión. Hugo escribe libros *(De Arca Noë moralis* y de *Arca Noë mystica)* para enseñarnos que el arca de Noé simboliza la Iglesia y el pueblo escogido. Compone un gran tratado acerca de los sacramentos, de los que ve *sombras,* como anticipos, en la misma Naturaleza. ¿Quién podrá mirar el agua y no pensar en el bautismo? Símbolo y alegoría rodean al hombre en todos sus pasos: la historia no es más que una lección; esta vida, una pálida imagen de la vida futura.



El Microcosmos rodeado de los planetas y los signos del Zodíaco, influyendo cada uno en una parte del cuerpo humano. Manuscrito del siglo XIII. Biblioteca Nacional. París.

La segunda etapa preliminar de la escolástica es la compilación de *sentencias,* donde debía incorporarse la doctrina contenida en los escritos de los Santos Padres. También había antecedentes de estos trabajos de sistemático inventario; San Isidoro de Sevilla, por ejemplo, había compuesto siglos antes un libro de *Sentencias.* Pero en esta época los dictados de los Padres se intercalan, más bien que copian, en tratados que desenvuelven un plan orgánico, dando en ellos el autor su opinión personal. Traducimos como muestra un párrafo del voluminoso libro de *Sentencias,* de Pedro Lombardo; éste era de origen italiano, pero llegó a ser obispo de París: «El punto en discusión es si Dios consiente el pecado o el mal existe sin El quererlo. Hay diversas



La caída del primer hombre arrastrado por el espíritu del Mal y sumergido en el Infierno. Miniatura del año 1180. Wiesbaden.

opiniones, que parecen contradecirse, porque algunos dicen que Dios consiente el pecado, pero no lo quiere, etc.» Al fin, Pedro Lombardo corta por lo sano con varias sentencias de San Agustín, y acaba diciendo: «Dejando estas discusiones y decidiéndonos por lo que creen los Santos Padres, diremos que Dios no crea el mal, ni deja de crear el mal, y que no lo desea.»

Y, por último, llegamos a la verdadera escolástica. Esta se propone la tarea de explicar teológicamente el Universo, tanto en el orden físico como en el orden moral. Es difícil precisar aún hasta qué punto la escolástica cristiana viose estimulada en su origen por la escolástica mahometana, que la precedió. Los árabes conocieron a Aristóteles antes que el Occidente latino, y el problema que se propusieron los escolásticos del Islam es prácticamente el mismo que se propusieron los doctores cristianos: aclarar en lo posible los misterios de la Revelación con ayuda de la *Lógica* y la *Metafísica* de Aristóteles.

Es seguro que en el siglo XII los teólogos cristianos no se dieron cuenta de que en esto iban más o menos a remolque de los árabes; hasta es fácil que fuera pura coincidencia, y que el *clima espiritual* de aquel siglo originase la misma predisposición intelectual tanto en París como en Damasco. Pero aunque el espíritu humano obra con unidad sorprendente, y aparecen ideas análogas en centros de cultura completamente separados, casi no se puede creer que no llegara cierta influencia árabe al Occidente para estimular la aparición de aquella ciencia nueva. Por lo menos, las otras explicaciones que se han dado hasta ahora son mucho menos satisfactorias todavía.

Es evidente que algunas de las escuelas que Carlomagno y sus colaboradores establecieron en las catedrales y monasterios continuaban progresando vigorosamente, y que estas escuelas estaban cada día más abiertas a los laicos; es innegable también que los estudiantes de estas escuelas eran cada día más numerosos, pero no se ha explicado aún satisfactoriamente por qué se manifestó un nuevo afán de aprender a principios del siglo XI, y, sobre todo, por qué los métodos y los problemas que se estudiaban eran tan completamente nuevos. Pero también es cierto que la apari-

ción de la escolástica cristiana venía preparada por este desenvolvimiento del saber, sobre todo en las escuelas episcopales como las de Chartres, Colonia y York, y que el conocimiento de los Padres era un estimulante generador de un más amplio pensamiento teológico y filosófico que más o menos tarde había de generalizarse.

Las obras de San Agustín y San Dionisio, con sus irradiaciones platónicas y su misticismo; las *Categorías* de Aristóteles, traducidas fielmente al latín a mediados del siglo x, y la Biblia, comentada y explicada por los Padres, habían de provocar algún día una curiosidad y un afán de sistematización científica que forzosamente habría de restablecer la continuidad del pensamiento clásico. Por ejemplo, cuando Abelardo llegó de Bretaña a París hacia el año 1100, había más de cinco mil estudiantes en la ciudad. Enseñaba entonces en la escuela de la catedral de *Notre-Dame* un tal Guillermo de Champeaux. Este sostenía que los *universales*, esto es, las ideas generales, los conceptos abstractos, tienen existencia independiente, son formas substanciales, como los ángeles y otros seres celestes. ¿Y por qué? ¿Qué necesidad había de crear estos entes de razón: la Señora Bondad, la Señora Justicia, el Señor Amor y mi Señora Piedad? Estas cualidades entran, en más o en menos, en todas las cosas creadas; tal cosa es menos buena, aunque más bella; tal otra tiene más de Grandeza y menos de Piedad, pero nadie por esto se sentiría inclinado a imaginar personificaciones con existencia real de la Grandeza, Bondad, Piedad, etc. Con todo, los libros sagrados hablan de Dios como si estuvieran en El completamente estos atributos que, en las cosas creadas, están en más o en menos. Las Escrituras dicen que Dios es justo, que es bueno y misericordioso, y es imposible entender estas frases al pie de la letra, ya que en Dios no hay cantidad, no tiene más o menos de nada, todo en El es absoluto... Pero bueno, misericordioso y justo son adjetivos que indican cualidades que sólo pueden aparecer de la comparación con otra cosa que tenga más o menos de ellas.

Ya los últimos filósofos neoplatónicos se dieron cuenta de esta dificultad y la resolvieron suponiendo emanaciones de Dios,



La restauración del orden. El Cielo y la Tierra renovados por la Trinidad. Miniatura de un manuscrito. Wiesbaden.



La Filosofía práctica y la Especulativa teniendo a sus pies, sentados, a Boecio y Pedro Lombardo. Detalle del fresco de Santa María la Nueva. Florencia.

que son las ideas universales, y al descubrir los árabes la filosofía antigua, algunos de ellos se valieron de esta solución para interpretar el Corán. Dios es el que es, nada le puede aumentar o quitar nada, pero en El caben las ideas de la Bondad absoluta, de la Justicia absoluta, del Amor, del Triángulo, de la Esfera, de lo Blanco, de lo Puro, y estas ideas se incorporan para dar, con su más y su menos, individualidad a todo lo creado.

Esto es lo que se discutía en París al llegar allí Abelardo, lo que enseñaba Guillermo de Champeaux, partidario de la existencia real de los *universales*. He aquí cómo describe Abelardo los primeros días

de su vida de estudiante de París, al comenzar el siglo XII:

«Cuando llegué a París, hacía ya tiempo que Guillermo de Champeaux enseñaba dialéctica, siendo considerado como el mejor maestro de esta Ciencia. Permanecí algún tiempo en su escuela, y, aunque al principio me recibió con afecto, pronto se enfadó conmigo porque persistí en refutarle algunas de sus doctrinas. Mi audacia me hizo también odioso a mis condiscípulos, que se consideraban superiores a mí, el más joven y recién llegado de los estudiantes.»

Este párrafo nos enseña que los discípulos de la escuela de la catedral podían, en el siglo XII, entablar polémicas con el maestro, y que Abelardo habría recibido una sólida preparación en *provincias* cuando, a los veinte años, esgrimía argumentos contra el mejor maestro de París. Abelardo continúa explicándonos sus experiencias escolásticas y nos entera de su disputa acerca de los *universales*, que acabó con la reputación de Champeaux. Sus argumentos son como sigue: Los universales son sólo conceptos de nuestra mente. De la suma de las ideas que tenemos de todos los hombres, resulta el concepto de Humanidad. Prueba: los universales no pueden dividirse, lo que puede dividirse ya no es universal. Además, esto llevaría a una abominable conclusión: si Sócrates y Judas son hombres, tienen ambos el universal *humanidad*, y como esta idea no puede dividirse y está también en Dios, Sócrates y Judas son idénticos y ambos participan de Dios. La doctrina de la realidad de los universales, para Abelardo, no era sólo un error, sino también una herejía. Ya no es, pues, de extrañar que, al ver aparecer este peligro, Champeaux abandonara su cátedra y se retirara al oficio más tranquilo de obispo de Châlons.

Por lo que toca a Abelardo, continuó aprendiendo y disputando por las diversas escuelas catedralicias de Francia, hasta que, en 1117, regresó a París, donde le ocurrió su encuentro con Eloísa; ésta era la sobrina de un canónigo y había recibido una educación preparatoria en el convento de Ar-

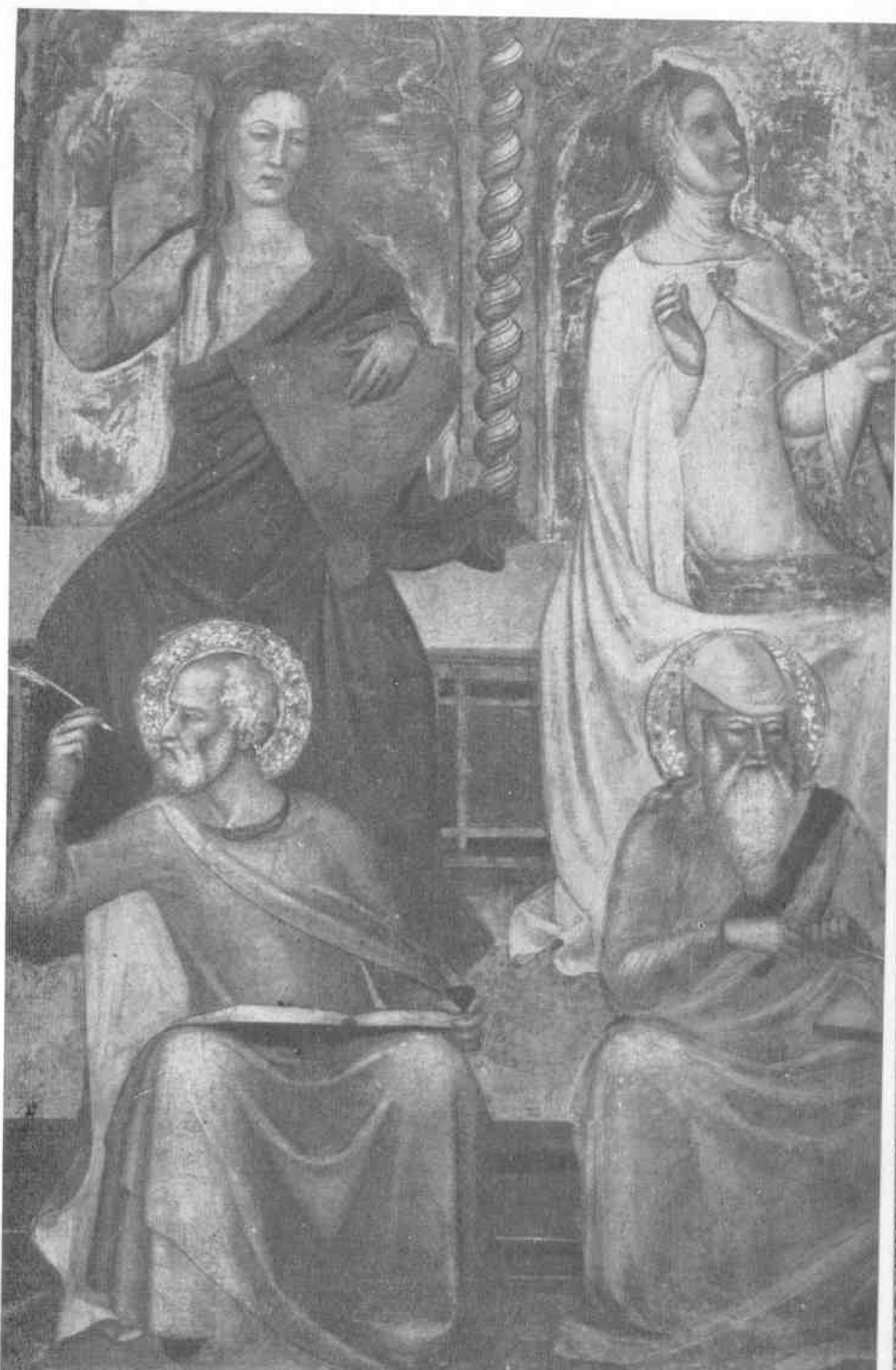
genteuil. Pero su buen tío quiso que Eloísa tomara lecciones de Abelardo; «con excesiva simplicidad, confió un corderillo a un lobo famélico». «Sin duda — añade Abelardo — se equivocó por lo mucho que amaba a su sobrina, y fiando en mi buena reputación... Las caricias del amor eran nuevas para entrambos y no nos saciábamos jamás. Cada día daba yo menos tiempo a la escuela y a la filosofía. ¡Cuán pesadas se me hicieron! Perdí originalidad; sólo repetía a los estudiantes mis viejas explicaciones.»

Siguiendo su narración: *Historia calamitatis*, Abelardo nos entera de cómo raptó a la sobrina del canónigo y de cómo Eloísa se resistió a casarse, para no perjudicar a su maestro. He aquí, según Abelardo, las propias palabras de Eloísa: «¡Qué complicación!: estudiantes y criadas, copistas y niñeras, el tintero y la rueca. Los que están absorbidos por meditaciones filosóficas, no pueden soportar el llanto de los niños ni los gritos de las nodrizas para calmarlos...» Eloísa recordaba a Abelardo los disgustos de Sócrates con Xantipa, y de Cicerón con Terencia, y lo que dijeron San Agustín, San Jerónimo y otros doctores sobre este punto. Por lo visto, Eloísa había aprendido filosofía.

Pero había nacido un hijo, y Eloísa transigió en casarse con tal que el matrimonio se mantuviera secreto, porque, decía ella, «quien tenía el talento de Abelardo, no podía ser de una mujer. Los discípulos de seguro preferirían un maestro soltero, con una amante, a un maestro casado, con preocupaciones domésticas.» El canónigo y sus parientes no se contentaron con saber que Abelardo y Eloísa se habían casado en secreto. Enfurecidos porque el maestro escondía su matrimonio, una noche tomaron venganza irreparable. Entraron en la habitación de Abelardo, cuando dormía, y lo hicieron eunuco. Todo París se conmovió, y en especial los estudiantes lamentaban la desgracia del maestro, quien, según él dice, sufría más de vergüenza que de dolor.

De momento, Eloísa se retiró al convento de Argenteuil y Abelardo a la abadía real de San Dionisio. Pero pronto Abelardo empezó a agraviar a los monjes, probándoles que aquel San Dionisio cuyas reliquias creían poseer no era el doctor ateniense, amigo de San Pablo. Acaso Abelardo tuviera razón, pero no eran buenos los tiempos para discutir la autenticidad de las reliquias. Más improcedente fue todavía escribir un tratado *De Unitate et Trinitate divina*. Abelardo se excusó diciendo que «los discípulos pedían pruebas filosóficas de la Trinidad, querían argumentos inteligi-

La Dogmática y la Mística, con Dionisio Areopagita y San Juan Damasceno a los pies. Detalle del fresco de Santa María la Nueva. Florencia.



bles y no palabrería». Repetían que estaban hartos de discursos que nadie podía entender, que es imposible creer lo que no se entiende, y que es ridículo tratar de enseñar lo que ni el maestro ni los discípulos pueden concebir racionalmente *(intellectu cápere).* Esta última parte es verdad, pero Abelardo no tenía razón al decir que no se puede creer lo que no se entiende. Abelardo estuvo más desacertado aún en sus esfuerzos para explicar la Trinidad; confundió al Hijo con la *Lógica* y al Espíritu Santo con el *ánima mundi,* y el libro, naturalmente, fue quemado. Abelardo no insistió, pero se retiró a un yermo, llamado el *Paráclito,* murmurando: «¡Ciegos, guías de ciegos!»

También allí le siguieron sus discípulos y pronto escribió otro libro. Su título ya es sospechoso: *Sic et non,* que podría traducirse: *No, pero...* El prólogo tiene párrafos alarmantes: «Decidimos coleccionar las opiniones de los Santos Padres para que su aparente contradicción excite a los tiernos lectores *(téneros lectores)* a descubrir por sí mismos la verdad, afinando su sentido crítico. Porque la llave de la sabiduría es curiosidad incesante. Dudando, pasamos a investigar, e investigando, descubrimos la verdad.» Abelardo añade que debemos desconfiar de libros apócrifos; que los Santos Padres, San Agustín, por ejemplo, a veces se retractaron de sus propias opiniones, y más que nada, debemos distinguir el verdadero significado de las palabras, etc. No hace falta ningún comentario...

El contenido del *Sic et non* es realmente espinoso. Abelardo escoge extractos de los escritos de los filósofos paganos y cristianos, poniendo títulos irónicos a los puntos en discusión, y en ocasiones dejándolos sin refutar. Por ejemplo: de que Dios es libre, y su contra; de que Dios crea el pecado, y su contra, etc. Se llega a sospechar si Abelardo se proponía, más que nada, desorientar a los lectores novicios con estos pros y estos contras. Con todo, Abelardo era sincero; acaso su misma sinceridad le impulsaba a probar racionalmente los misterios de la fe. Por ello pedía la libertad de discusión y afirmaba que había que convertir a los incrédulos con razones y no a la fuerza. Para ayudar a esta obra escribió una *Disputa entre el Filósofo, el Judío y el Cristiano,* que pasó sin consecuencias. Asimismo se lanzó sin protesta a aventuradas afirmaciones en su *Etica,* que tituló: *Conócete a ti mismo.* Abelardo propone ya que un crimen, o pecado, sólo será crimen, o pecado, si el que lo comete tiene conciencia de su falta. Los que torturaron a los mártires cristianos, según Abelardo, no pecaron, porque cometiendo este pecado creían servir a su Dios. Son, pues, consideraciones de la naturaleza humana, y no sólo la ley de Dios, las que han de servir, según él, para fijar las normas de conducta. Parece imposible que ideas tan *modernas,* en el siglo XII, pasaran sin grave escándalo. Pero cuando Abelardo quiso reincidir, con una *Teología,* en las mismas opiniones que en su libro de la Trinidad, la Iglesia de Francia, otra vez reunida en concilio, condenó su tratado. Abelardo apeló al Papa, pero murió en el viaje cuando se dirigía a Roma, huésped del monasterio de Cluny (1142). Fue enterrado en una tumba que Eloísa, que le sobrevivió veintiún años, hizo disponer para los dos.

Acaso el lector creerá que hemos concedido demasiada atención a este *pensador* singular, cuya reputación, entre el vulgo, proviene más de la historia de sus desventuras y de las cartas de Eloísa que de sus libros de teología y moral. Abelardo vivió y murió respetando sólo en apariencia la autoridad de la Iglesia, que socavaba con sus escritos. En ocasiones, más que un filósofo atrevido, parece un desesperado melancólico, sujeto a morbosas exageraciones; pero lo positivo es que por sus mismas desgracias se le toleraron impertinencias que no se hubieran sufrido de un hombre normal. Y así, su obra, aunque disparatada, fue utilísima; con sus extravíos descubrió el nuevo camino que debían seguir, un siglo más tarde, con gran prudencia, San Alberto el Magno y Santo Tomás.

Sobre todo, entre Abelardo y los grandes

escolásticos del siglo XIII se produce el hecho de recobrar a Aristóteles el Occidente latino. Los primeros libros de Aristóteles, traducidos por Jaime de Venecia en el año 1128, fueron los tratados de Lógica y Dialéctica, que forman el famoso *Organum*, y de éstos parece que Abelardo llegó a tener conocimiento. Pero durante los últimos años del siglo XII, y a principios del XIII, empezaron a circular versiones latinas de las traducciones árabes de Aristóteles. Las mejores de estas traducciones se hicieron en Toledo, donde el arzobispo Raimundo había establecido un grupo de traductores dirigidos por el maestro Domingo Gundisalvi. Pero pronto se cayó en la cuenta de que en Constantinopla debían encontrarse los textos griegos de Aristóteles, y, al llegar éstos, se empezó en seguida a preparar una traducción directa del original. El primero en acometer esta labor fue el inglés Roberto Grosseteste, quien trabajó, según dice su discípulo Rogerio Bacón, «con la ayuda de griegos que invitó a venir al Occidente y valiéndose de libros de gramática que pidió a Grecia y a otras partes».

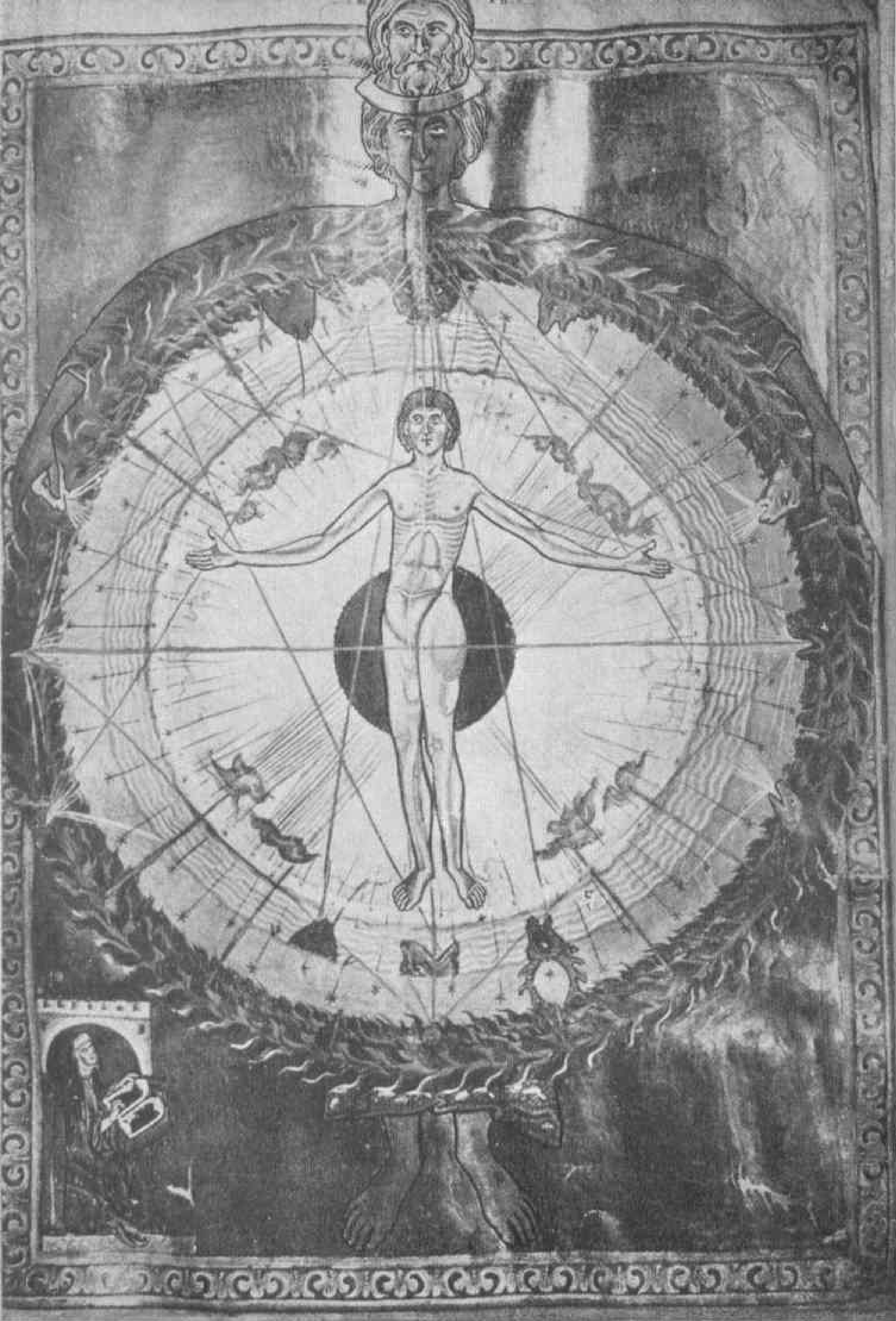
De las traducciones de Gundisalvi y de Grosseteste se sirvió San Alberto el Magno para hacer sus monumentales comentarios de Aristóteles. Alberto era alemán, de una familia noble de Suabia; muy joven viajó por Italia y estudió en Padua, pero pronto, como todos los escolásticos de su tiempo, pasó a París, donde quedaban aún sucesores del espíritu inquieto e investigador de Abelardo. Una calle inmediata a la catedral de Nuestra Señora se llama todavía hoy *rue de Maître Albert*, en recuerdo de haber enseñado allí el sabio alemán. Alberto era fraile de la orden de Santo Domingo, y para obedecer a sus superiores tuvo que regresar a Alemania, con la misión de fundar una escuela en Colonia. Alberto permaneció en Colonia, escribiendo y enseñando, desde 1228 a 1245, fecha en la cual regresó a París, en donde se le asoció luego un obeso y callado estudiante dominico a quien sus condiscípulos motejaban con el apodo de *el buey mudo de Sicilia*. Se llamaba Tomás



Estatuas yacentes de Eloísa y Abelardo en su sepulcro del cementerio del Père Lachaise. París.

y era hijo de los condes de Aquino, cerca de Nápoles.

Tomás acompañó luego a su maestro a Alemania, donde Alberto volvió a enseñar en Colonia, exceptuando los períodos en que tuvo que desempeñar, contra su voluntad, cargos oficiales, como el de provincial de la orden, o el de obispo de Ratisbona. Sólo volvió a París por una corta temporada en 1277 y únicamente para defender la memoria y las doctrinas de aquel discípulo taciturno, que, por fin, había hablado, asom-



El Macrocosmos y el Microcosmos envueltos por la Trinidad. El Hijo, representado como puro Hombre-Dios, el Espíritu Santo con cara algo borrosa, y el Padre como el Anciano de los tiempos.

brando al mundo con sus escritos. Tomás había muerto en 1274 y Alberto le siguió a la tumba en 1280. La tradición nos ha conservado pocos detalles personales de San Alberto el Magno. No sabemos sino que era de pequeña estatura, y, como dominico de las primeras generaciones, viajaba descalzo. Consecuente con el voto de pobreza, rehusaba hasta la propiedad de los manuscritos de sus propias obras: éstas llenan hoy veintiún volúmenes. Los primeros de ellos contienen los comentarios de Aristóteles que le han dado tanto prestigio. Aristóteles empezaba a ser, más que un gran filósofo, *el Filósofo* por excelencia. Dante le llama *maestro de todos los que saben; preside la filosófica familia; todos le miran, todos le acatan.* Por esto Alberto el Magno, que compartía la misma admiración, se ve obligado a declarar que nunca se equivocó hasta el punto de creer que Aristóteles era un dios, y conviene en que, como hombre que era, ciertamente pudo errar. Además, la ciencia no se acabó con Aristóteles: *sed plures restant adhuc inveniendæ.* Mucho queda todavía por descubrir, dice Alberto el Magno.

Por fin, Alberto declara que no va a comentar sólo lo que propone Aristóteles, sino que va a hacer *digresiones* para explicar lo que queda obscuro en el filósofo. Por ejemplo, al comentar la Metafísica y al encontrarse con la causa primera, motora de todo lo creado, Alberto el Magno se excusa de participar en tales ideas con este párrafo: «En lo que voy a decir, nadie tiene que pensar que sea ésta nuestra opinión... No voy más que a hacer una exposición de las opiniones de Aristóteles y su escuela, dejando a los demás el juzgar de lo que haya de verdad o error en sus doctrinas.»

Pero lo verdaderamente importante es que Alberto el Magno nos da el texto de Aristóteles completo, o casi completo, y los numerosos escritos de ciencias físicas y naturales del Filósofo entran a compartir la atención que hasta entonces habían merecido la lógica y la dialéctica en el Occidente latino. Empezamos a oír hablar de animales y plantas, de respiración, de generación y corrupción, de sueño y vigilia, de *minerálibus*... que, aun en el latín teutónico de Alberto, suena dulce después de tantos siglos de no pensar más que en cuestiones teológicas. Alberto tiene frases como ésta: «Conviene probar los experimentos, no sólo de un modo, sino en todas las circunstancias posibles.» Su tratado de *Botánica* inaugura esta ciencia en los tiempos modernos. Naturalmente, quiere dilucidar si las plantas sienten y desean, si tie-

nen alma, si duermen, si pueden propagarse sin tener el sexo diferenciado, etc. Pero también las clasifica según el color y forma de las hojas, la naturaleza de las flores, sus matices todos y su estructura. El mismo esfuerzo de descripción de lo que hoy llamamos *especies* se encuentra en su enorme tratado *De animálibus.* Algunas veces trata de *corregir* a Aristóteles, con poco éxito; en cambio, admite todas las leyendas y supersticiones acerca del poder medicinal y mágico de algunos animales. Para Alberto, las venas son nervios, ciertos gusanos nacen de pelos de caballo; ha visto pelos convertirse en gusanos en el agua estancada. Es evidente que se refiere a los *gordios,* y esta vez ha visto demasiado; pero es buena señal que diga que él, con sus propios ojos, lo haya observado y no se fíe de un texto o de un raciocinio puramente escolástico.



Donato escribiendo su gramática. Puerta de la catedral de Chartres.

Aristóteles escribiendo sus obras. Puerta de la catedral de Chartres.



Sin embargo, los comentarios de Aristóteles por Alberto el Magno forman sólo la quinta parte de sus escritos. Lo demás son paráfrasis de los Salmos y Profetas, de las *Sentencias* de Pedro Lombardo, *Laudes* a la Virgen y *Sermones.* Dos volúmenes forman una *Summa Theologica,* la más exacta de todas las ciencias, porque no está constituida de cosas sensibles o materiales; según Alberto el Magno, la teología es la suprema ciencia, ya que el intelecto divino es la luz y causa de todo lo inteligible y ella origina directamente la teología. De todos modos, en teología, Alberto el Magno no es más que un precursor; Tomás, en el cielo, le dice así a Dante: «Este que a mi diestra está vecino, — mi hermano y mi maestro Alberto, — fue de Colonia, yo nací en Aquino.» Alberto, por su parte, vivió bastante para defender la obra de su discípulo de las acusaciones de herejía. Es raro que, con tal amistad, Tomás no sintiese el interés que manifestó su maestro por las ciencias naturales. Tomás es esencialmente un



**La Música afinando los sonidos.
Puerta de la catedral de Chartres.**

teólogo; se le llamó *el Doctor Angélico* porque se ocupó principalmente en las cosas divinas; Alberto, en cambio, es el Doctor *Universalis.*

Tomás nació en Italia, el año 1224. Su padre se creía descendiente de los emperadores alemanes y su madre de los príncipes normandos de Sicilia. Debía de haber habido entronques con gentes latinas en su familia porque la latinidad de Tomás aparece, no sólo en la belleza de sus escritos, sino también en la transparencia de sus conceptos. *La Rocca,* o castillo de los condes de Aquino, se distingue todavía en ruinas a mitad del camino de Roma a Nápoles. Cerca del lugar avanza la cresta montañosa donde está situada la casa madre de los benedictinos: el monasterio de Montecasino. Allí recibió Tomás su primera educación, dirigida por el abad Sinibaldo, que era su tío carnal. El año 1239 marchó a Nápoles para estudiar las artes liberales con un maestro llamado Martín, acaso francés, y otro irlandés, *Petrus Hibernus,* quien ya por entonces se arriesgaba a explicar Aristóteles. El año 1244 vistió Tomás el hábito de Santo Domingo. Desde el 1245 al 1248 estudió con Alberto el Magno, en París y en Colonia. En 1252, cuando era bachiller, empezó a comentar, en la Universidad de París, las *Sentencias* de Pedro Lombardo, y tres años después recibió el grado de maestro en teología, cabalmente el mismo día en que se graduaba su amigo el franciscano San Buenaventura. De París salió en 1259, con propósito de organizar el plan de estudios para los frailes de su orden. Hacia esta fecha Tomás empezó a escribir su primera compilación teológica, *Summa contra gentiles,* a instancias del gran dominico catalán San Raimundo de Peñafort. Tomás comprendía, como Raimundo, que a los judíos y mahometanos no se les podía convencer con citas de los Santos Padres, cuya autoridad no reconocían. La *Summa contra gentiles* es, pues, *filosófica* para uso de misioneros, como eran los dominicos españoles que iban predicando en país de infieles.

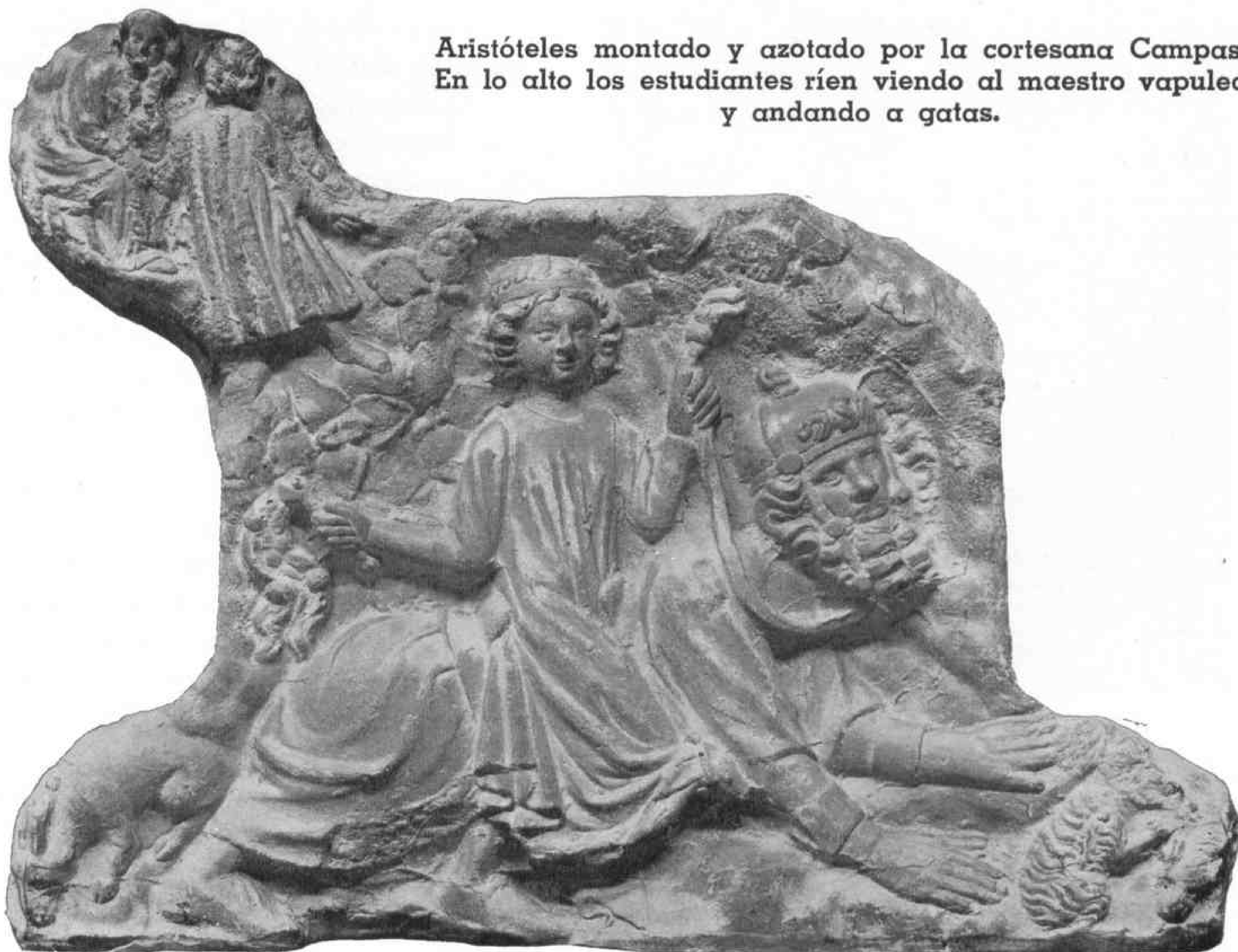
Por espacio de nueve años, desde el 1259 al 1268, Tomás permaneció en Roma, trabajando en su obra más famosa, la *Summa Theologica,* y varios comentarios de Aristóteles. Fue en Roma donde, acaso a instancias de su viejo maestro Alberto, consiguió procurarse una traducción al fin aceptable de los escritos del Filósofo. Tomás sabía algo de griego y escribía el latín a la perfección, pero el verdadero traductor fue un eclesiástico holandés, Guillermo de Moerbeke, quien, por su educación y sus lar-

gas residencias en Oriente, se hallaba preparado para tan magna empresa.

Antes de morir, todavía enseñó Tomás otros cuatro años en la Universidad de París y dos en la de Nápoles. Murió en 1274, en el monasterio cisterciense de Fossanova, cerca de Roma, cuando se encaminaba a Lyon, adonde iba para asistir a un concilio. Su muerte fue la de un santo. Su última confesión, en el acto de recibir el Viático, la hizo en esta forma: «Te recibo a Ti, Redentor de mi alma. Por amor a Ti he estudiado, he velado y me he esforzado en enseñar a rezar. No creo haber dicho nada en contra tuya, pero si me hubiese expresado erróneamente, me someto al juicio de la Iglesia romana, dentro de cuya obediencia dejo este mundo.» Tomás, al morir, tenía sólo cincuenta años. La Universidad de París se condolió por su pérdida y pidió su cuerpo al capítulo general de los dominicos para enterrarlo en París, *que lo había nutrido y que, a su vez, había recibido tanto bien con sus enseñanzas.* La petición de la Facultad no fue atendida; los restos de Tomás, después de varias traslaciones, fueron depositados en la iglesia de Saint Sernin de Tolosa, en Francia.

No tenemos, en realidad, una biografía contemporánea de este gran maestro que satisfaga nuestra curiosidad moderna. La *Vida* de Tomás, por su amigo y discípulo Guillermo de Tocco, es desgraciada, corta y confusa. Al canonizarle la Iglesia, en el año 1323, se realizó una investigación y entonces se hicieron algunas declaraciones interesantes. Por lo visto, Tomás dio a los que le rodeaban la impresión de poseer una inteligencia poderosa, completamente absorbida por los problemas escolásticos. Se cuenta que en cierta ocasión, en París, estando comiendo, en palacio, junto con San Luis y sus hijos, rompió el silencio con esta exclamación: «¡Ahora sí que he hallado un argumento definitivo para explicar el origen del mal!»

He aquí otra anécdota del acta de su canonización: «Un día el hermano Tomás regresaba a París desde San Dionisio, con varios dominicos. Uno de ellos, al observar



Aristóteles montado y azotado por la cortesana Campaspe. En lo alto los estudiantes ríen viendo al maestro vapuleado y andando a gatas.

el panorama de la ciudad desplegándose a lo lejos, dicen que exclamó: — ¡Cuán hermosa es esta ciudad de París! — El hermano Tomás contestó: — En verdad que es hermosa. — El otro añadió: — ¡Ojalá fuese tuya, qué fortuna! — ¿Y qué haría yo con ella? — repuso Tomás. — Podrías venderla al rey de Francia y, con el dinero, edificar conventos por todo el mundo...—Buena cosa — díjole Tomás —, pero yo prefiero tener las *Homilías* de San Juan Crisóstomo sobre el Evangelio de San Mateo.»



La Dialéctica comparando el animal y el vegetal. Alto relieve en la catedral de Chartres.

Para comprender esta predilección de Tomás por un libro, hay que recordar que muchas veces en ellos encontraba, no sólo belleza y ciencia, sino la confirmación de la revelación. La leyenda supone a Tomás una inteligencia formidable, y él casi se envanecía diciendo que nunca había encontrado un libro que no pudiera entender. Esto explica que Tomás fuese una enciclopedia viviente. Además de la Escritura y los Padres de la Iglesia, Tomás cita a menudo al Filósofo (Aristóteles) y a Boecio; a los árabes: Averroes y Avicena. En cambio, Tomás desconocía a Algazel, su hermano gemelo de la escolástica árabe, pero cita muy a menudo a San Juan de Damasco, un doctor cristiano del siglo VII que escribió en tierras del Islam, y aunque su principal objetivo era combatir a los mahometanos, no dejó de recibir inconscientemente influencias árabes. Tomás también conocía los libros de los judíos Abencebrol y Maimónides y de todos los primeros escolásticos: Abelardo, Hugo, Pedro Lombardo, y muchos otros en los que había infiltraciones islámicas. Esto no debe escandalizarnos; Dante puso a Averroes y Avicena entre los justos que no conocieron la revelación cristiana, pero fuera del infierno. Tomás cita a Virgilio, Ovidio, Horacio, César, Salustio, Cicerón, Séneca, Terencio, Livio, Estrabón y Valerio Máximo, a veces dándoles autoridad en cosas religiosas, porque dice que, cuando se encuentran argumentos favorables a la fe en los escritos de los paganos, hay que aceptar sus razones sin escrúpulos.

Lo que más sorprende de la obra de Santo Tomás es su lucidez de exposición y su maravillosa organización. Se ha comparado la *Suma Teológica* con una catedral gótica, y ciertamente está planeada con una extraordinaria capacidad geométrica para distribuir los asuntos, apoyando los argumentos uno sobre otro, como las piedras de un magnífico y complicado edificio, pero, sobre todo, el estilo es de una claridad y transparencia casi inexplicables: los párrafos son cortos, precisos, sin adjetivos, llegan rectos como rayos de luz. Estamos se-

guros de que al lector le sorprenderá este elogio, y más si añadimos que la *Suma* de Santo Tomás es un libro ameno y que, bien traducido, los hombres de cultura media de nuestro siglo lo leerían sin fatiga. Al abrir la primera página, ya uno se queda atónito al leer el prólogo, en el que Tomás asegura que sólo se propone hacer una obra de vulgarización. Dice así: «Siendo conveniente que el maestro de las verdades católicas instruya, no sólo a los que están ya preparados, sino también a los que empiezan, pues, según dijo el Apóstol a los corintios, "como niños en Cristo os he criado con leche, y no con carne", nos hemos propuesto con esta obra enseñar las cosas de la religión cristiana en estilo apropiado para los principiantes.

»Porque hemos observado que los novicios de este estudio se han visto muchas veces detenidos por escritos llenos de discusiones superfluas, artículos y pruebas innecesarias; otras veces, porque las cosas necesarias no son tratadas con el orden que este estudio requiere, y, finalmente, por la fatiga que producen en los oyentes las constantes repeticiones. Queriendo, pues, evitar estas y aquellas faltas, probaremos de exponer, con la ayuda divina, lo que atañe a la sagrada doctrina con toda la brevedad y claridad que consiente esta materia.»

Y si hay algo obscuro en la *Suma* de Santo Tomás, proviene de la materia, no del estilo. La idea de Dios es el fundamento de la obra de Tomás. Para él, «casi toda la filosofía nos lleva al conocimiento de Dios». Esto lo dice a los gentiles, pero en la *Suma Teológica* ya precisa más: «Dios es el objeto de la teología... En esta ciencia todo se contempla desde el punto de vista de Dios. Parte de esta ciencia trata de Dios y habla de las otras cosas tal como fueron ordenadas por Dios, desde su principio y hasta su fin.» Su universo es, también, teocéntrico, y concienzudamente Tomás pasa a probar la existencia de Dios con cinco razones, las cuales se pueden esquematizar de la manera siguiente: Primera: las cosas se mueven, si alguien las mueve... y éste ha de ser Dios. La segunda razón es: que las cosas tienen causa, y esta causa otra causa, hasta que llegamos a la causa primera, que llamamos Dios. Tercera: las cosas pueden ser o dejar de ser, pero ha de haber algo que sea y no pueda dejar de ser, y éste es Dios. La cuarta es: que las cosas tienen su más y su menos, unas son mejores que otras, pero ha de



Triunfo de Santo Tomás. En lo alto, los cuatro Evangelistas con Moisés y San Pablo: Santo Tomás entre Aristóteles y Platón, y, a sus pies, Averroes derribado. Fresco de Traini. Pisa.

haber una que sea el Ser Supremo, causa de toda bondad, perfección, etc., y éste es Dios. Finalmente: todas las cosas tienden a un fin, y el fin del universo entero es Dios. Claro está que estas razones hoy no convencerán a todo el mundo, pero precisa reconocer que, tal como él las desarrolla, son de una potencia admirable. Bien satisfecho de haber probado que Dios existe, Tomás se pregunta: ¿Qué es Dios? Para Tomás la esencia de Dios es su existencia; es el que existe por sí mismo, y lo que relaciona a Dios con el mundo es su acto de creación y su conservación, porque Dios no sólo lo crea todo, sino que lo conserva y dirige a su fin. Dios se conoce a sí mismo y conoce su creación. El solo hecho de conocerse a sí mismo implica ya el conocimiento de todo lo que de El depende. «El conocimiento de Dios es la causa ejemplar de todas las cosas, como el conocimiento del artista es causa de las obras que produce. Dios origina las cosas conociendo, porque su ser es conocer.» Dios conoce cosas que no existen todavía, porque su conocimiento incluye eternidad, y eternidad abarca todas las cosas. Dios conoce también el mal, «porque el que conoce algo perfectamente, debe conocer todo lo que puede ocurrirle; y como hay cosas buenas que pueden corromperse por el mal, Dios no las conocería perfectamente si no conociera también estos males». Respecto a los *universales,* Tomás escribe: «Es necesario poner las ideas en la mente de Dios. *Idea* es la palabra griega *Forma.* Por ideas debemos entender, pues, las formas de las cosas que existen independientemente de las cosas.»

Pero Dios conoce también a los individuos y las cosas una por una. Porque «nosotros conocemos más los individuos cuanto más perfectos somos. Las perfecciones de las criaturas deben también existir en Dios. Por lo tanto, Dios debe conocer las cosas individuales». Y añade Tomás con evidente satisfacción: «Esto ya lo dijo el Filósofo (Aristóteles); que nosotros conociéramos lo que Dios no puede conocer, sería una aberración.»

Después de Dios, Tomás nos explica cómo son los ángeles, cómo piensan o conocen, etcétera. Pero su mayor atención la pone en el alma humana, la *forma* del hombre, lo que hace al hombre ser lo que es. El alma humana está toda en todas las partes del cuerpo, pues, como espiritual, es indivisible; es inmortal, pues que desea ser eterna, y esto en sí ya es una prueba, y por el alma, el ser humano se halla en el borde entre lo material y lo espiritual. Tomás no cree que el hombre sea exclusivamente un alma condenada a llevar el lastre del cuerpo. El hombre es un compuesto de cuerpo y alma, porque las percepciones de los sentidos son ciertamente actividades humanas, y no son funciones del alma, sino de ambos, cuerpo y alma. Lo único que no depende del cuerpo, según Aristóteles y Santo Tomás, es la actividad intelectual; por consiguiente, «el alma racional es la *forma* substancial del cuerpo humano». Recordemos que *forma* quiere decir *idea,* prototipo, modelo, y ya no nos extrañará que, para Tomás, lo más importante y precioso en el hombre sea su entendimiento, su facultad de pensar y de conocer. Asimismo el hombre es libre de escoger entre los objetos individuales que se le presentan. Tomás reconoce la existencia de una ley natural, *lex æterna,* que aparece en el plan del mundo y se origina en la sabiduría divina. Todas las leyes derivan de esta idea eterna del gobierno divino del mundo, que las criaturas irracionales siguen por instinto, o cumpliendo leyes físicas, mientras que el hombre, por su racional libre albedrío, lleva esta ley escrita en el fondo de su corazón y sabe que, en conformidad con ella, debe buscar el bien y evitar el mal.

En política, Tomás es monárquico, porque *en la naturaleza todo procede con unidad;* en el cuerpo todos los miembros se mueven dirigidos por uno, que es el corazón, y en el alma la razón gobierna todas las demás facultades. Tomás menciona a las abejas, pero en lo que más insiste es en que el universo entero tiene un solo Dios, creador y monarca. Juzga, empero, Tomás,



La escuela de Santo Tomás. A un lado, el rey San Luis; a sus pies, Sabelio, Averroes y Guillermo de Saint-Amour. Tabla del Beato Angélico. Florencia.

que, así como el gobierno legítimo y justo de uno solo es la mejor forma de gobierno, así la tiranía, que es el gobierno perverso de uno solo, es la peor de todas. En consecuencia de todo esto, Tomás defiende la constitución monárquica moderada, en la cual han de tener su representación el elemento aristocrático y el democrático, o sean los nobles y burgueses.

Tomás cree que la beatitud, que es el final postrero del hombre, se encuentra en la contemplación de la verdad. Recuerda a este propósito el versículo del Evangelio de San Juan: «Y ésta es la vida eterna, que ellos te conozcan a Ti, el verdadero Dios.» Observemos que no es por amor, sino por acto intelectual, como Tomás quiere alcanzar el fin supremo. Y para que no queden dudas, arguye sobre esto largamente: «Digo que beatitud no puede consistir en un acto de la voluntad... porque el deseo de poseer no es el final de la acción, sino un movimiento hacia la cosa deseada...» «La beatitud consiste en la acción de la razón especulativa más bien que del intelecto práctico (voluntad), por tres razones: la beatitud debería ser la mejor acción del hombre... Pero la mejor acción es el uso de su mejor facultad aplicada al mejor objeto. Y la mejor facultad es la inteligencia, y el mejor objeto el bien divino, etc.»

Es dudoso que Tomás pensara así hacia el fin de su vida. Acaso por esta duda la *Summa Theologica* quedó sin concluir. Dícese que un día, celebrando la misa, Tomás tuvo una revelación que nunca quiso declarar; pero terminado el santo oficio, entró en su celda y escondió la pluma y el tintero, y nunca más escribió. Se añade que dijo: «Después de lo que me ha sido revelado, todo lo que he escrito y enseñado me parece despreciable; quiera Dios que mi vida termine pronto, como han terminado ya mis días de maestro.» Al fin había vislumbrado que la beatitud puede obtenerse por vías más expeditas que el conocimiento.

Dante, que, por lo general, se manifiesta en su obra como *tomista,* al llegar en su viaje a las más altas esferas del Paraíso para contemplar la divina esencia, no va

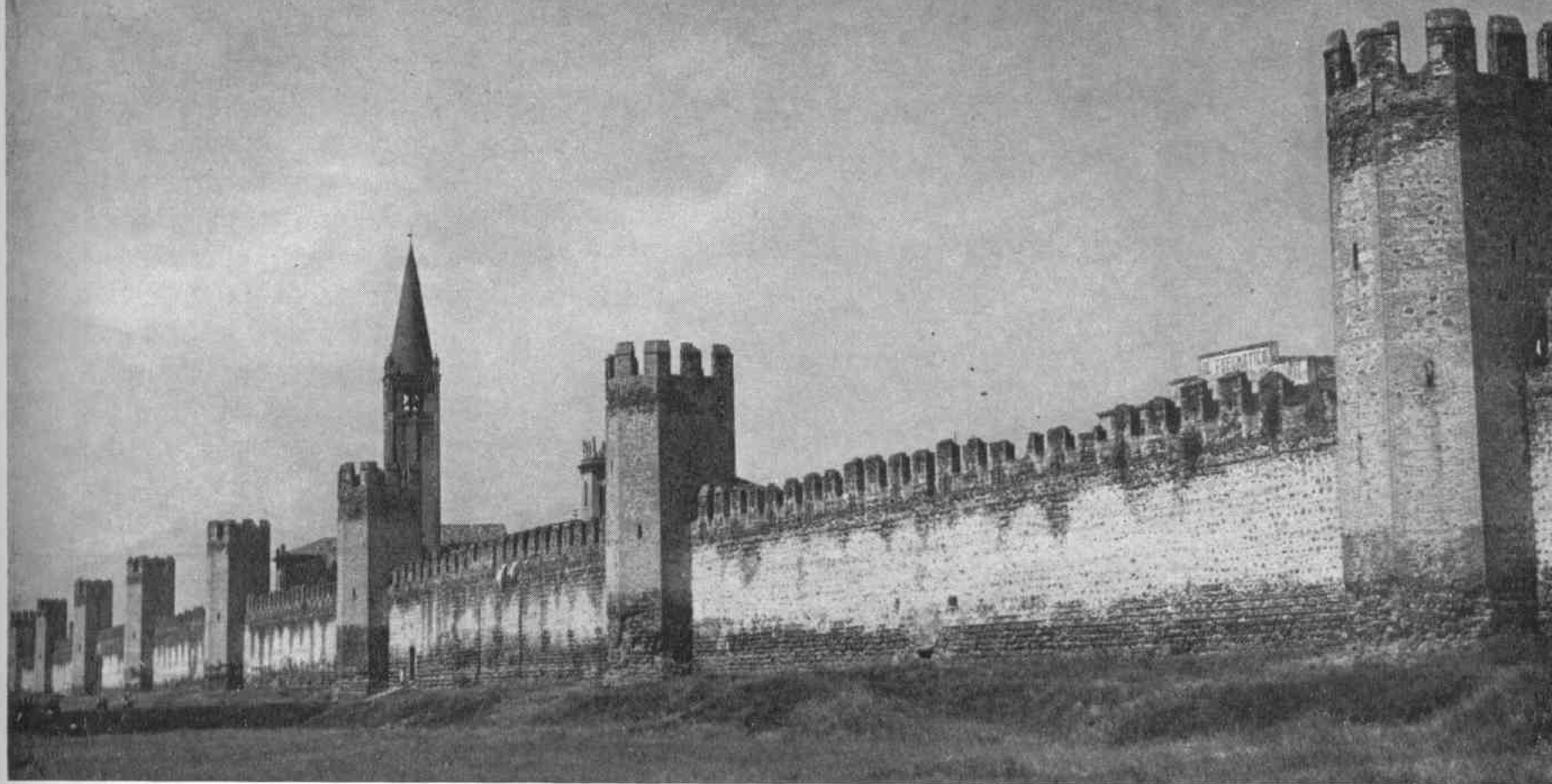
ya guiado por Beatriz, que representa a la Teología, sino por el Doctor místico, o sea San Bernardo de Claraval.

Otro místico de la época es San Buenaventura, a quien ya hemos encontrado en París, condiscípulo de Tomás, y enseñando con él, en la Universidad, poco después. Su vida no fue tan tranquila como la de su amigo; Buenaventura era franciscano y tuvo que aceptar el cargo de general de su orden; al morir era cardenal. Tomás nunca quiso ni pretendió ser más que un fraile y un maestro.

Pero San Buenaventura, en medio de sus ocupaciones, como todo hombre de acción, encontró preferible el camino del amor (deseo) al del conocimiento (entendimiento) para llegar a la beatitud. San Buenaventura escribió también unos *Comentarios* a las *Sentencias* de Pedro Lombardo, que es otra Teología; escribió un resumen, *Breviloquio,* también teológico, y un *Itinerario* para llegar a Dios, impregnados de amor por todas las criaturas. San Buenaventura, en el *Itinerario,* dice que el alma tiene seis grados o fuerzas, a saber: sentidos, imaginación, razón, intelecto, inteligencia y *apex mentis seu synderesis scintilla.* No intentaremos explicar este *apex mentis,* apogeo mental, cuya chispa está tres veces por encima de la razón, pero es la percepción de lo inefable intuido por amor.



El gran Arquitecto dando forma y medida a todas las cosas. Miniatura del siglo XII.



Murallas medievales de Montagnana, en el Véneto.

24 DEL FEUDALISMO A LA MONARQUIA. LA CARTA MAGNA. BOUVINES. LOS PARLAMENTOS

A mediados del siglo x se ve al Occidente latino organizarse según lo que llamamos el régimen feudal. Como de la mayoría de las cosas que surgen espontáneamente de las necesidades mismas de la vida, la gente no se dio cuenta de su existencia hasta que estaba ya caduco. No se teorizó ni legisló sobre el régimen feudal hasta el siglo xii. Para mayor confusión, el código feudal que se dieron a sí mismos los cruzados tras la conquista de Tierra Santa no ha llegado hasta nosotros más que en una redacción tardía. Hay que reconstruir el régimen feudal con lo que nos enseñan documentos que a veces no corresponden más que a costumbres locales. Pero el feudalismo es casi un estado natural, fatal en toda sociedad que carece de un poder fuerte o de un gobierno popular: lo hallamos en el Japón, en países musulmanes y en la China; ha de ser fácil, pues, conocer por lo menos los abusos y ventajas que se derivan de esta organización.

Sin embargo, es difícil explicarse cómo y cuándo el occidente latino cayó en el régimen feudal; la anarquía en que quedaron las provincias del Imperio romano no justifica algunas peculiaridades del feudalismo europeo. Se han querido encontrar sus antecedentes en ciertas formas de patronazgo romano, en la posesión de la tierra que se llama *a precario*, en el *compadrazgo* germánico, con sus *cómites* o compañeros formando un séquito al mando del jefe, como los feudatarios deben ser fieles al señor; se ha querido ver al feudalismo naciendo de la tendencia de los funcionarios a hacerse independientes al debilitarse la autoridad imperial, usurpando derechos del Estado, primero, y convirtiendo sus cargos en here-

ditarios después. Acaso el feudalismo no sea la consecuencia de una sola de tales causas, sino de todas juntas.

El régimen feudal no era sólo una organización política, sino, además, un sistema económico bien diferenciado. Ya a primera vista lo que caracterizaba al régimen feudal no era tanto la gradación de jerarquías, por lo que toca a la autoridad, como el carácter ambiguo de la propiedad de la tierra; aunque ya veremos que el feudalismo todavía era algo más que esto, o por lo menos era esto, con una complicación extraordinaria de derechos y obligaciones.

Teóricamente, en el régimen feudal, el monarca era el propietario único de todas las tierras del reino, y él las había distribuido en usufructo perpetuo e inalienable entre sus grandes vasallos, los llamados duques y condes; éstos, con las reservas de los derechos reales, habían aparcelado sus tierras a otros, los barones, o simplemente nobles, reservándose sólo señoríos o derechos feudales. Los nobles y barones, para cultivarlas, habían otorgado las tierras en arrendamiento perpetuo e inalienable a sus vasallos, y de ellos recibían sólo una parte de la cosecha, con algunas prestaciones o servicios. El vasallo raramente pagaba en metálico, pero se comprometía a trabajar cierto número de días al año para el señor, al que, en determinadas comarcas, debía darle cierto número de pollos el día de San Martín y varias docenas de huevos por Pentecostés, tantas medidas de grano, etc. Pero con estas bien estipuladas excepciones las cosechas eran para el vasallo, que legalmente no podía ser desposeído de su granja o de sus campos por el señor, ni aun en el caso de atrasarse en sus obligaciones. Lo único que podía hacer el señor, en caso de atraso de pagos, era privar al vasallo del uso de sus tierras por un año y un día. Teóricamente, el vasallo feudal estaba mejor protegido que el arrendatario moderno, siempre amenazado de desahucio para conseguir un aumento de alquiler.

La escala feudal podía ser muy larga; en general había más de dos señores entre el rey y el vasallo; esto no obsta para que el rey no tuviese también tierras en propiedad—dominio real—, con sus vasallos, ni tampoco para que algunos terratenientes, pocos primero y muchos después, no obtuvieran títulos de propiedad *en alodio*, o sea sin restricciones ni señoríos sobre las tierras que cultivaban. Pero en pleno régimen feudal, con sus guerras incesantes, los pequeños propietarios tenían que sufrir muchas incomodidades. A menudo reconocían a un señor con la finalidad de contar con su protección a cambio del vasallaje.

La ceremonia de prestar vasallaje era casi uniforme en todos los países. El futuro vasallo se arrodillaba, sin armas y con la cabeza descubierta, delante del señor, y ponía sus manos entre las de éste, que le levantaba del suelo y le besaba, jurando ambos cumplir cada uno lo pactado: el vasallo, servir fielmente al señor, y el señor, defender al vasallo de todo ataque; éste, por lo regular, estaba exento del servicio de armas, que era de incumbencia exclusiva de los señores. Inferiores a estos vasallos, con tierras adjudicadas según la *costumbre* local,

Escena de homenaje: el vasallo entregando sus manos al señor. Miniatura del libro de los Feudos. Archivo de la Corona de Aragón. Barcelona.





Castillo de Guimaraes (Portugal). Siglo X.

había aún los siervos, *remensas,* puros labriegos, sujetos al señor sin derechos de ninguna clase, y casi considerados como propiedad personal, como los antiguos esclavos.

La intrincada organización feudal se prestaba a mil matices de soberanía para los señores y de sujeción para los vasallos. A veces un rey, por herencia o casamiento, pasaba a ser vasallo de otro monarca, o de uno de sus súbditos; por ejemplo, los reyes de Inglaterra — como condes de Anjou y duques de Normandía — eran feudatarios del rey de Francia; el mismo príncipe heredero de la corona, por los territorios que se le habían asignado, sólo reconocía a su padre como otro de sus pares.

Los feudatarios fronterizos muy a menudo debían homenaje a dos señores. Así, el conde de Champagne, por alguno de sus señoríos, era feudatario del rey de Francia y, por otros feudos, dependía del emperador de Alemania. A mediados del siglo XII las regiones de Francia estaban disgregadas en unos cuarenta grupos feudales casi independientes; algo parecido ocurría en Alemania y en Inglaterra; los reinos españoles estaban menos *feudalizados* porque la Reconquista tendía a fortalecer el poder real.

Según la jurisprudencia o costumbre feudal, cada individuo tenía que ser juzgado por los de su misma categoría o estamento, presididos por el señor de quien directamente dependían. Los grandes feudatarios, duques o condes, en materias de disciplina eran juzgados por un tribunal de sus pares, presidido por el rey, pero el monarca teóricamente no podía hacer más que ejecutar la sentencia de su *Curia* o consejo. Menos aún, el rey o sus delegados no podían intervenir en las disputas intestinas de los barones, pero éstos debían ser juzgados también por sus pares, presididos a lo más por el

inmediato superior, duque, conde o lo que fuere, e igual absolutamente ocurría con los vasallos, siendo una de sus obligaciones acudir al *consejo* cuantas veces fueran llamados por su señor, tanto para ayudarle a decidir en casos de justicia, como para aconsejarle en asuntos de común interés. Hablamos en términos generales y sólo para un feudalismo teórico, que acaso nunca existió, pero se desprende de los documentos la obligación de los vasallos de asistir *in consilium* a su señor, y del procedimiento judicial en las clases superiores hay evidencia histórica en los muchos feudatarios que insisten en ser juzgados sólo por sus pares. La *corte* o *curia real* decidía el castigo, y en caso de no comparecencia, desposeía al culpable de sus tierras y derechos.

En los estamentos inferiores, cada señorío fijaba la tarifa de los castigos, especialmente para las injurias menores. Pero generalmente el señor se reservaba el derecho de condenar a muerte y a otras penas de importancia. Por esto se le llama «señor de horca y cuchillo», porque el método de ejecución era casi uniformemente, para los hombres, la horca; las mujeres podían ser enterradas vivas. Beaumanoir, sin embargo, que teorizó sobre el régimen feudal en el siglo XIII, dice: «No hay dos señores en Francia que tengan las mismas *costumbres*», y añade: «Nadie puede entremeterse entre el señor y su vasallo.» Las sentencias, a menos de grave escándalo, no tenían apelación.

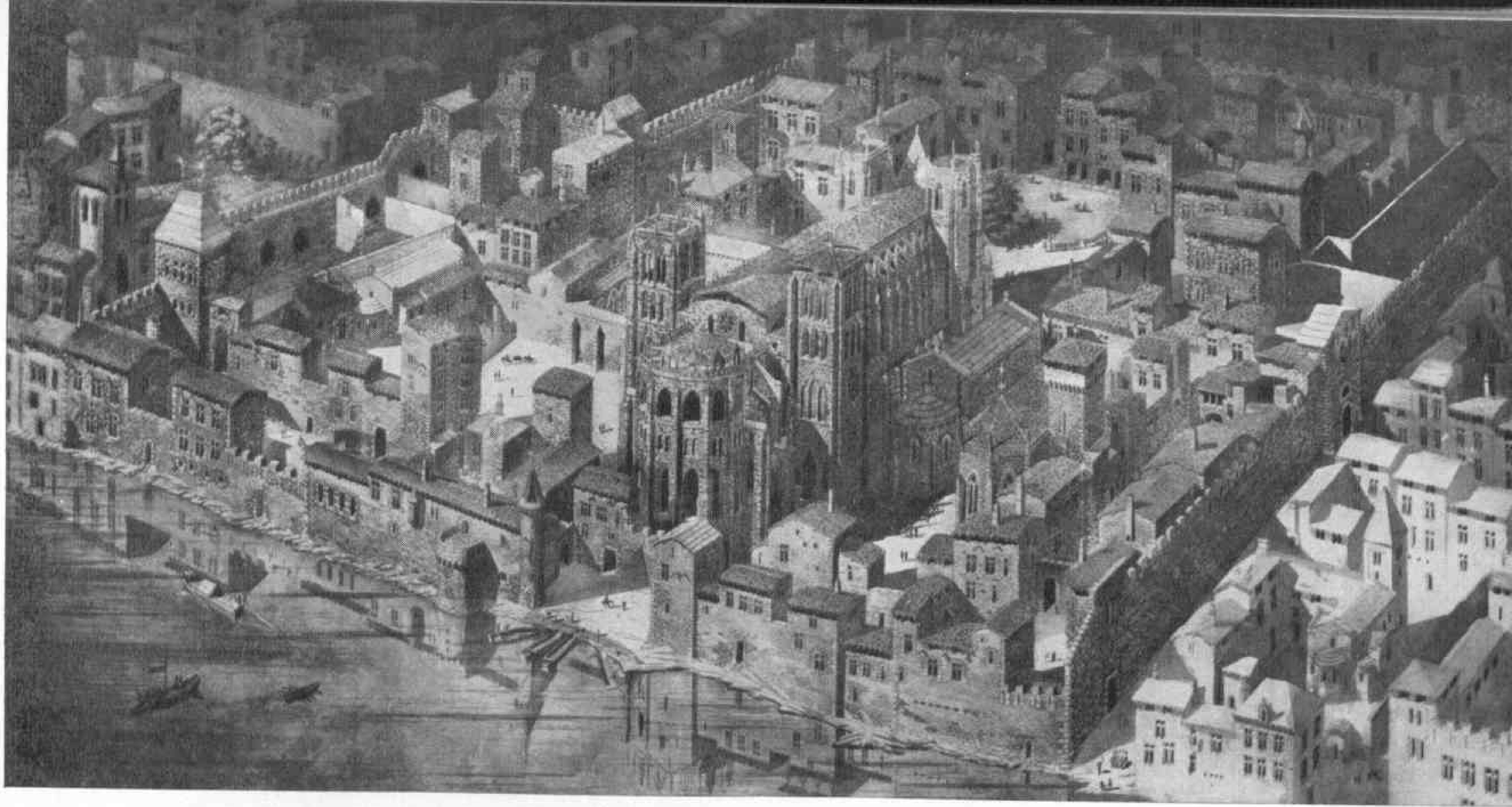
Asalto a una ciudad. Miniatura de las Crónicas de Froissart. Biblioteca Nacional. París.



El procedimiento para decidir los jueces podía ser de tres clases: por pruebas — según la antigua manera romana —, por juras y por duelo, o por el juicio de Dios. La justicia al modo romano obligaba al llamado juez a investigar si el acusado era culpable o no, y la Iglesia prefería este método en sus enjuiciamientos. Pero ya se comprende que, durante el período feudal, muy pocos debían de aceptar el derecho de sus pares a decidir, y preferían los otros métodos más *caballerescos*. Ya hemos visto lo que era el método de las juras en los códigos germánicos; en los *Usatges*, de Barcelona, aún se dice: «La jura no es una prueba, pero a falta de otra evidencia, el juez aceptará la jura del acusador o del acusado, según le parezca.»

El duelo era ya, en realidad, un juicio de Dios. Iba precedido de una serie de ceremonias sacramentales, y los detalles de los combates eran reglamentados con fastidiosa minuciosidad. Las mujeres podían hacerse representar por un substituto, que peleaba por ellas. A veces se decidía por duelo la sucesión de una herencia, y Alfonso X quiso hacer decidir por duelo materias tan extrañas como lo era el saber si debía introducirse el derecho romano en Castilla. Sin embargo, el verdadero *juicio de Dios* era el sistema de descubrir la verdad con las pruebas germánicas, llamadas *ordalías:* por ejemplo, meter la mano en un caldero de agua hirviendo, levantar hierros candentes, atravesar las llamas de una hoguera, etc., sin experimentar daño alguno.

Como se ve, la autoridad personal y uniforme del monarca había desaparecido. En la literatura de la época feudal, sobre todo en las canciones de gesta o epopeyas de los

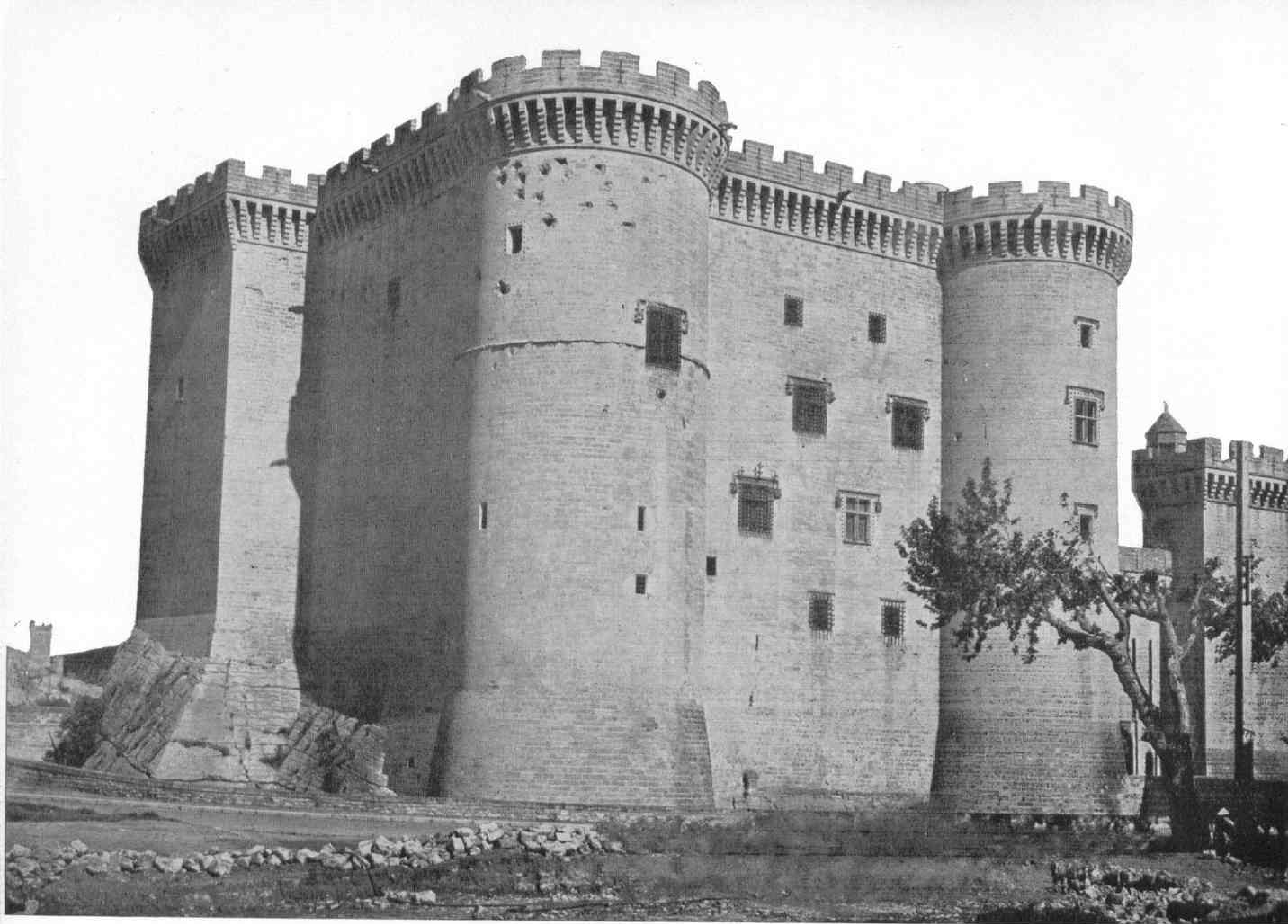


La ciudad episcopal de Lyon, con la catedral antigua y las murallas que rodeaban todo el territorio episcopal.

siglos XI y XII, se aludía a menudo al monarca con frases desdeñosas; era perezoso, lento en resolver, injusto. Sus pares se mofaban de él, aunque reconocían que tenía derechos sobre ellos y que, cuando se decidía a salir de su sopor, era terrible en sus acciones. El rey era un león dormido que roncaba, pero que, si despertaba, con un zarpazo o con su espada cortaría en dos mitades a un guerrero y su caballo, doblaría cuatro herraduras con sólo cerrar la mano, y se comería una pierna de carnero o dos gallinas para cenar... Se nota en las canciones de gesta que la realeza es un estorbo y un peligro, pero no se atreven los altos feudatarios a eliminarla por miedo de sus propios celos y ambiciones.

Los grandes feudatarios empezaban atrincherándose en castillos, residencias casi inexpugnables, como bloques cerrados. Para darles más seguridad se rodeaban de una muralla protegida por torres, y quedando el núcleo central como torre del homenaje en el centro. Poco a poco se iban añadiendo reductos y baluartes.

Ni los grandes feudatarios, ni sus barones, ni sus vasallos contribuían a los gastos del Estado. El rey atendía a las necesidades de la corona con lo que producía el dominio real y otros ingresos no regulares; por ejemplo, percibía tributos de los judíos y, en cambio, se obligaba a protegerlos; recibía los beneficios de las mitras vacantes y claro que procuraría que quedaran por largo tiempo sin proveer; percibía los derechos señoriales de aquellos que habían sido desposeídos en corte, y claro está que demoraría la devolución de las tierras al usufructuario o su heredero. Por fin, el rey obtenía ingresos muy saneados vendiendo cargos eclesiásticos, especialmente antes de la reforma hildebrandina; pero esto era todo, con su derecho de decidir en casos de paz y guerra. Los altos feudatarios podían aconsejar en política internacional, aunque el rey era árbitro en este asunto; sus *pares* eran aliados obligatorios, no podían eludir el servicio militar y tenían que agregarse al ejército real con sus barones y vasallos. Era, pues, de interés para la corona mantenerse en estado de guerra; la realeza no podía perder, a menos que se atacara al dominio real, que generalmente estaba en el corazón del territorio. Los feudatarios eran culpables de traición si no acudían al llamamiento del monarca, y si no prestaban



Castillo del rey Renato de Anjou. Tarascón.

excusa suficiente, su deserción era castigada con la expoliación del feudo, que la corte otorgaba a otro noble o se agregaba al dominio real, porque el rey era también uno de los pares. Así creció la realeza, sin darse cuenta los altos feudatarios de que, fortaleciendo al rey, fraguaban su propia destrucción. Pero la corona se fortaleció también por otras vías. En el régimen feudal, los pequeños, atropellados por los grandes, reclamaban auxilio de esta autoridad central, que podía defenderles; los hombres libres, del campo y las ciudades, no tenían otra protección que la monarquía.

No bien los reyes se dieron cuenta del auxilio que podían recibir de las ciudades, empezaron a apoyar sus rebeliones y a fomentar la creación de villas nuevas. Hemos dicho rebeliones porque, teóricamente, según el régimen feudal, las ciudades debían también depender de un señor, y éste solía ser el obispo. Desde luego sería fácil para el rey intervenir en las disputas entre los obispos y sus vasallos, y aun recibir, por mutuo acuerdo, derechos que la mitra no podía hacer valer. En la transacción que se impuso tras la reforma hildebrandina, o sea que la Iglesia, independiente en las cosas espirituales, se desentendería en lo posible de las temporales, la supervivencia de obispados con soberanía feudal ocasionaba graves conflictos. Pero muchas otras ciudades, no episcopales, crecieron y entraron en lo que podríamos llamar su *mayor edad* por causas puramente económicas.

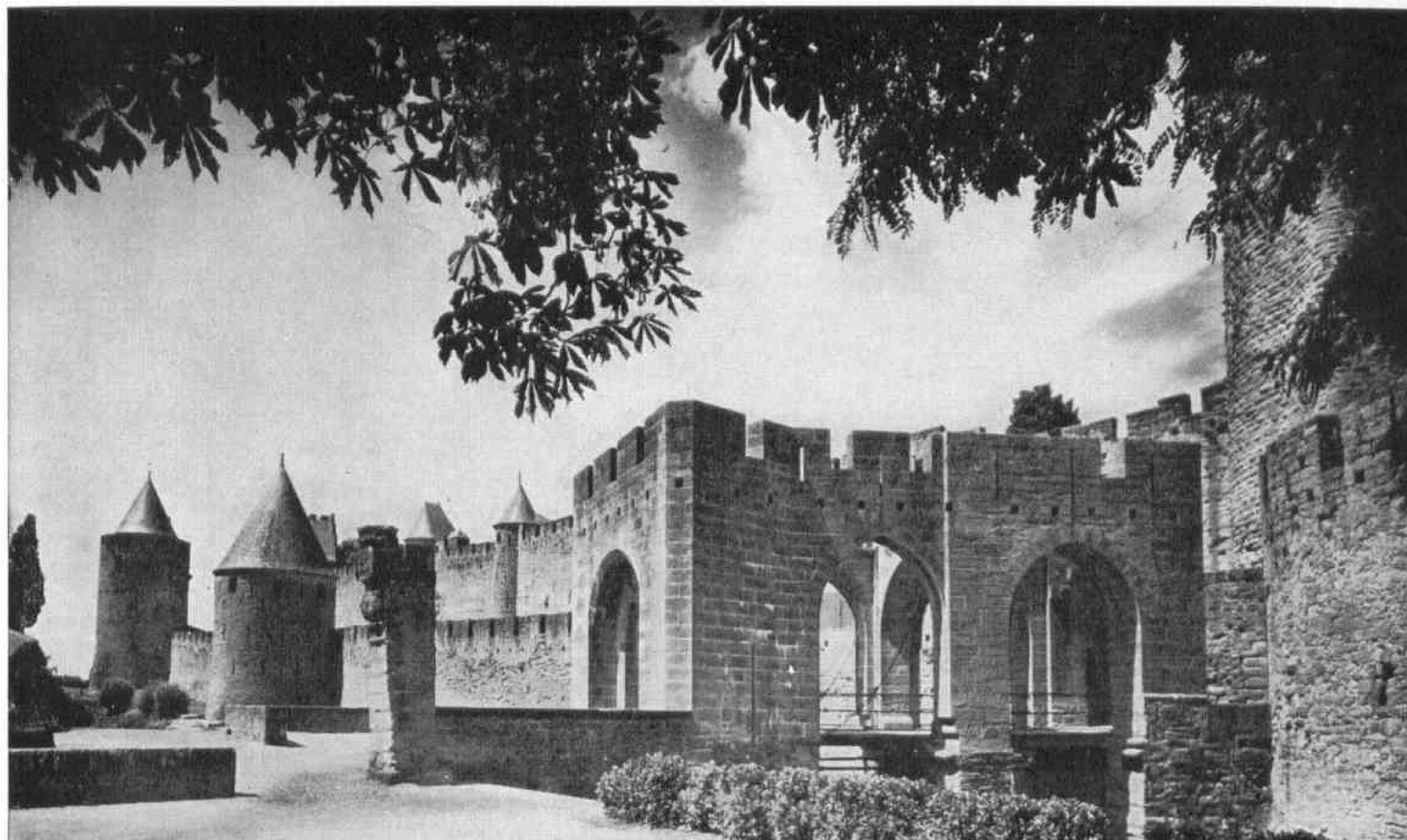
El feudalismo, aunque bárbaro por mu-

chos conceptos, convertía a Europa en un mosaico internacional de señoríos; la reforma eclesiástica, y luego las cruzadas, tendían a la misma internacionalización; hubiera sido más fácil hacer entonces unos Estados Unidos de Europa que después que el nacionalismo infectó a las gentes de orgullo local. Hacia mediados del siglo XI el comercio empezó a florecer, aumentó la circulación de numerario y hubo mayor seguridad para asistir a las ferias y mercados de las ciudades.

Los burgueses, cada día más ricos, pudieron pagar al rey en metálico — había pasado el tiempo de las prestaciones y los pagos en especie —; estaban, pues, al margen del sistema feudal. El rey recibía de los burgueses lo que más le convenía: metales para acuñar, y los burgueses recibían del rey lo que más les podía enriquecer: privilegios para comerciar.

Algunos de los altos feudatarios concedieron también fueros a las villas enclavadas en sus señoríos, pero el crecimiento paralelo del poder real y de las ciudades se ha explicado siempre por el mutuo apoyo que se prestaron el rey y los consejos comunales en la lucha contra el poder feudal. El feudalismo no transigió; los altos feudatarios de Aragón le decían al rey, al coronarle: «Cada uno de nosotros vale tanto como vos, y todos juntos, más que vos.» Legendaria o real, la campana de Huesca simboliza ejecuciones en masa. Al sentir la presión de la realeza, al empezar a despertarse el león dormido, que roncaba, los altos feudatarios se asociaron para luchar, formándose lo que llamaron *uniones.* En realidad, con la *unión* los nobles pretendían mantener sus derechos feudales, que muchas veces no eran sino usurpaciones de la autoridad real. ¿Quién les había dado aquel derecho a los feudatarios?... Los altos feudatarios se sentían inconscientemente culpables delante del monarca, cuyo derecho divino a gobernar nadie disputaba. Por esto algunos grandes señores, como el conde de Tolosa, el duque de Lorena y el conde de Flandes, partieron con los cruzados a Oriente, deseosos de no volver; allí, sus señoríos, si conseguían alguno, no serían disputados ni regateados como en Europa, donde la promiscuidad de la realeza con la burguesía iba a imponer un monarquismo absoluto.

Fortaleza feudal de Carcasona. Francia.



La *unión* venció sólo en Inglaterra, porque el rey, algo incapaz, llamado Juan sin Tierra, no fue lo bastante hábil para buscar el apoyo de las ciudades, y los barones, más perspicaces, tuvieron la táctica de anticipársele a su alianza con la burguesía. Con la famosa *Carta Magna* los señores de Inglaterra no intentaban un progreso hacia un nuevo régimen, sino la conservación del régimen feudal contra los intentos de reforzar el poder monárquico. No obstante, por necesidad, o por ese instinto natural de justicia de que se muestran tan vanidosos los ingleses, en la *Carta Magna* se hicieron concesiones a la Iglesia y a la burguesía. Lo que firmó Juan sin Tierra en 1215 consistía esencialmente en tres puntos: los derechos de la nobleza fueron confirmados; al clero se le dio la seguridad de que los cargos eclesiásticos no serían intervenidos por el poder real, y la burguesía recibió la protección de la corona, lo que quería decir independencia de los señoríos. Las ciudades, las villas, en especial Londres, vieron garantizados sus privilegios; en cambio, el rey ya no sería árbitro absoluto para decidir en casos de paz y de guerra, a lo menos no tendría derecho a reunir un ejército sin consultar primero a una asamblea de nobles y prelados, convocada con cuarenta días de anticipación.

La *Carta* llama a esta asamblea *commune concilium regni nostri,* pero los burgueses no fueron admitidos en ella hasta más tarde. La *Carta Magna,* que se ha presentado siempre como el documento inicial de las libertades inglesas, y aun de las libertades de toda Europa, tiene muchos resabios de feudalismo. El primero de sus 63 artículos ya establece que la Iglesia de Inglaterra será libre y tendrá libertad para elegir sus dignatarios. Los siguientes



Castillo de Chillon, a orillas del lago Leman. Suiza.



Representación de un torneo. Marfil del siglo XIII. A los lados, las damas cubren con yelmos a sus caballeros. En el centro el combate, con lanzas carentes de punta. Museo de Ravena.

regulan la protección de viudas y menores, los traspasos de herencias y otras fuentes de ingresos para la corona. Los artículos diez y once tienen que ver con el rey y los judíos, sus protegidos. El dinero prestado por los judíos no devengará interés cuando los deudores sean menores de edad, y cuando haya varios acreedores, los judíos no cobrarán hasta que se haya satisfecho a los demás. ¡Pobres hijos de Israel!

En materias de justicia, la *Carta Magna* confirma el régimen feudal, o sea: que en cada estamento el acusado será juzgado sólo por sus iguales. Pero aparecen disposiciones para los procedimientos y las sentencias que hacen aún honor a Inglaterra. Una de ellas dice así: «Ningún hombre libre será detenido, encarcelado, sacado de su casa o deportado, sino por sentencia de sus iguales y de acuerdo con las leyes o costumbres del reino.» Otro artículo humanitario de la *Carta Magna* es que nadie puede ser desposeído, ni por multas ni por deudas, de sus útiles de labranza, o de cualesquiera otro oficio que necesite para ganarse la vida.

La historia de los acontecimientos en Inglaterra, después de firmada la *Carta Magna,* es muy edificante. La *Carta* se firmó en junio, y, ya en agosto, Juan sin Tierra trató de cancelarla, con ayuda del Papa. Inocencio III publicó una bula anulando la *Carta,* pretextando haber sido firmada con violencia; el Papa, además, excomulgó a los barones, pero éstos se rebelaron y poco después la legitimidad de la *Carta* era indiscutible.

Sin embargo, como ya hemos dicho, quedaba por fijar la participación de los burgueses en el consejo real, que debía convertirse más tarde en el Parlamento inglés. Esta reforma democrática fue propuesta, o mejor dicho, impuesta, por el conde de Leicester, hijo de aquel terrible Simón de Montfort que había destrozado a los albigenses. Con idéntica buena fe, con la misma eficacia con que su padre había organi-



Adivina quién te dio. **Juego de la época feudal. Marfil del siglo XIV. Museo de Lyon.**

zado feudalmente los territorios de los herejes del sur de Francia, el segundo Simón de Montfort ayudó a los burgueses de Inglaterra para escalar el poder. Es la defección de un sector de los conservadores lo que hace siempre triunfar la revolución; ya hemos visto en Atenas a Clístenes y Pericles, ambos alcmeónidas, proponiendo reformas democráticas, y la misma defección encontraremos en Francia a fines del siglo XVIII, donde un grupo de aristócratas se unirá románticamente a la demagogia para acabar con el absolutismo. En Inglaterra, a fines del siglo XIII, la coalición capitaneada por Simón de Montfort, hijo, comprendía una parte del clero, las ciudades y otra fuerza nueva: las universidades. La exigencia de los coligados era que debían agregarse al consejo real, no sólo los obispos y barones, sino también dos representantes de cada villa importante. El rey, con sus obispos y sus nobles, fue vencido y tuvo que aceptar el plan de Simón de Montfort sin restricciones, y ya en el año 1265 se convocó un Parlamento en Londres para la *octava de San Hilario,* y las ciudades fueron requeridas para enviar cada una dos *discretos, leales y honestos* diputados. Todavía el rey trató de deshacer la obra de Simón de Montfort, y éste fue vencido y muerto en el campo de batalla de Evesham sólo meses después. Pero, como dicen las canciones contemporáneas, *con su muerte el conde Montfort conquistó la victoria... Salve, Symon Montis Fortis, protector gentis Angliæ.* La gente atribuyó milagros a las reliquias del democrático conde, y el rey tuvo que asentir otra vez a lo que él pedía desde la tumba, convocando por fin el Parlamento del año 1295, llamado *el Parlamento modelo.*

Desde esta fecha puede decirse que funciona la Cámara inglesa. Es interesante que los beneficiarios, o sean los comunes, no manifestaran al principio gran impaciencia por hacer valer sus nuevos derechos. Para ellos, asistir al Parlamento parecía un gasto y una pérdida de tiempo; los burgueses se sentían como avergonzados al encontrarse delante de los grandes feudatarios, que habían sido sus señores; no iban a conseguir ventaja alguna deliberando con sus antiguos amos, y su presencia en la Cámara real autorizaría nuevas contribuciones, que anteriormente, por lo menos, podían decir que les eran impuestas sin su consentimiento. Sin embargo, como buenos ingleses, tuvieron paciencia y la intervención de los *comunes* en el Parlamento vino a ser de cada día más eficaz.

Pero ya hemos dicho que Inglaterra fue una excepción en la manera de solucionar el feudalismo; los otros países cayeron en la monarquía absoluta, porque invariablemente fue el rey quien abandonó la causa de los nobles, procurándose aliados en los pequeños señoríos y ciudades. Tanto en Francia como en España fueron los reyes

quienes ocasionaron, a mediados del siglo XIII, la progresiva debilitación del régimen feudal en provecho de la monarquía. Y no es que realmente fueran los monarcas enemigos sistemáticos del feudalismo; muchos de ellos, después de combatir toda su vida a los grandes feudatarios, legaban nuevos feudos a sus segundones y bastardos. Parece como si no supieran qué hacer con los bienes confiscados. Entonces, como ahora, los poderosos no habían encontrado todavía nada mejor que la *concesión* que representaba un feudo.

Pero, aun para este tejer y destejer, la corona necesitaba fortalecer su alianza con las ciudades, y éstas, en cambio, se hacían recompensar con nuevos privilegios. Además, los feudatarios creados en el siglo XIII y el XIV sabían que su posición la debían a la generosidad de la corona, mientras que los que habían heredado feudos de los siglos IX y X se creían iguales al rey y con derechos incompatibles con la unidad nacional.

Sobre todo en Francia el peligro grave era el de que los grandes feudatarios, unidos con el emperador de Alemania — que aún se llamaba *sacro* y *romano* —, no le hiciesen comprender al rey que él, a su vez, era sólo un feudatario del imperio de Carlomagno. Si las ideas de la monarquía universal que Dante popularizó más tarde se hubiesen difundido con claridad dos siglos antes, el mosaico feudal hubiera podido ser la pauta para aquella unificación de la Europa de que hablábamos antes. La célula social hubiera sido el pequeño señorío, con su burgo y su castillo, sus pastos comunales, y sus tierras de labranza repartidas entre los vasallos. Los señores de estos pequeños feudos formarían otro grupo — la provincia —, con un gran feudatario para presidirlos, y éstos — pares del rey —, en la cámara real aconsejarían en asuntos de paz y de guerra, contribuciones, levas, etc., y por fin los reyes, satélites del sacro emperador romano, como en una liga de naciones, resolverían los supremos intereses de la raza. Pero esta fantástica solución llegaba demasiado tarde.

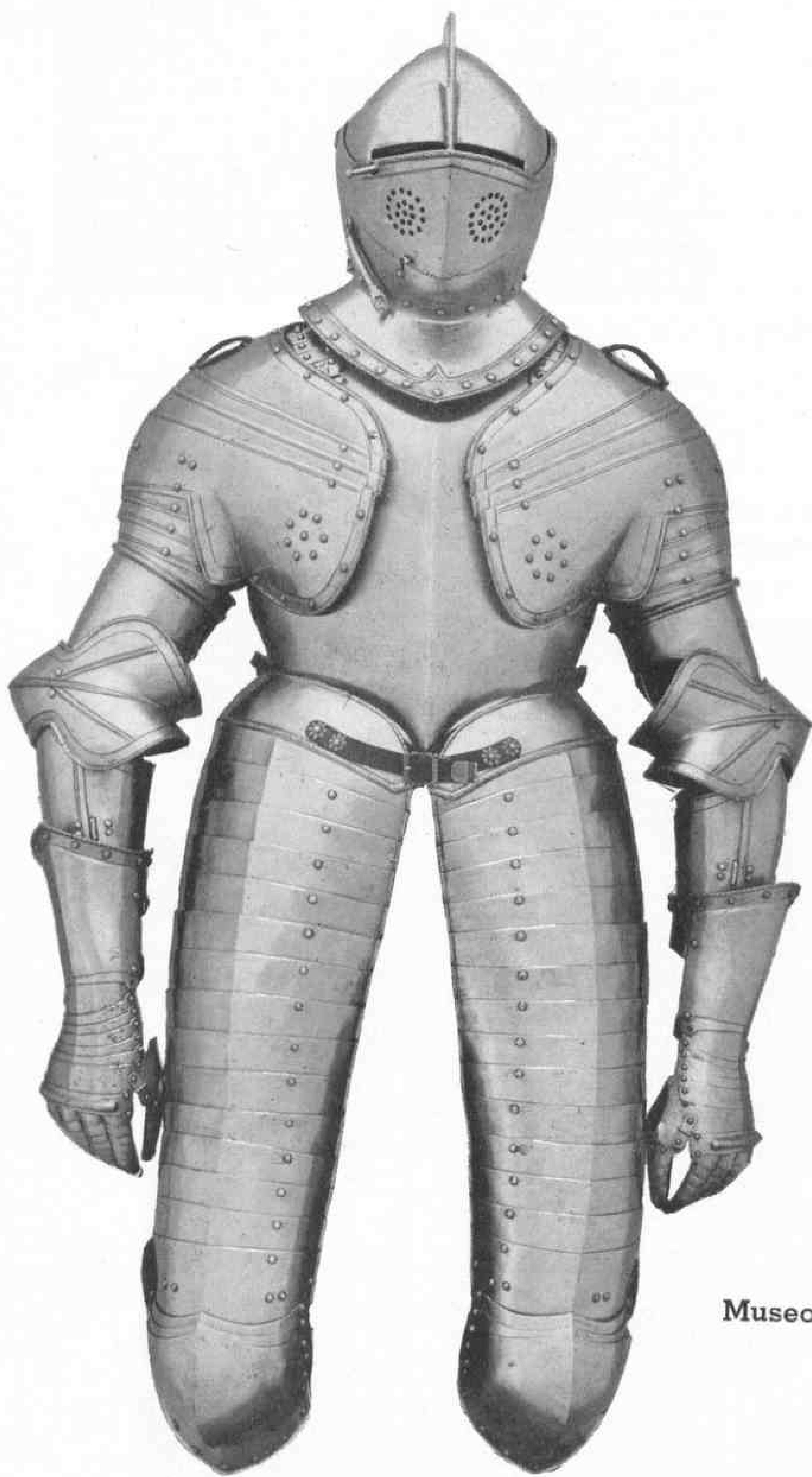
Campamento para un torneo.
Miniatura del manuscrito *Cœur d'amour épris*. Biblioteca de Viena.



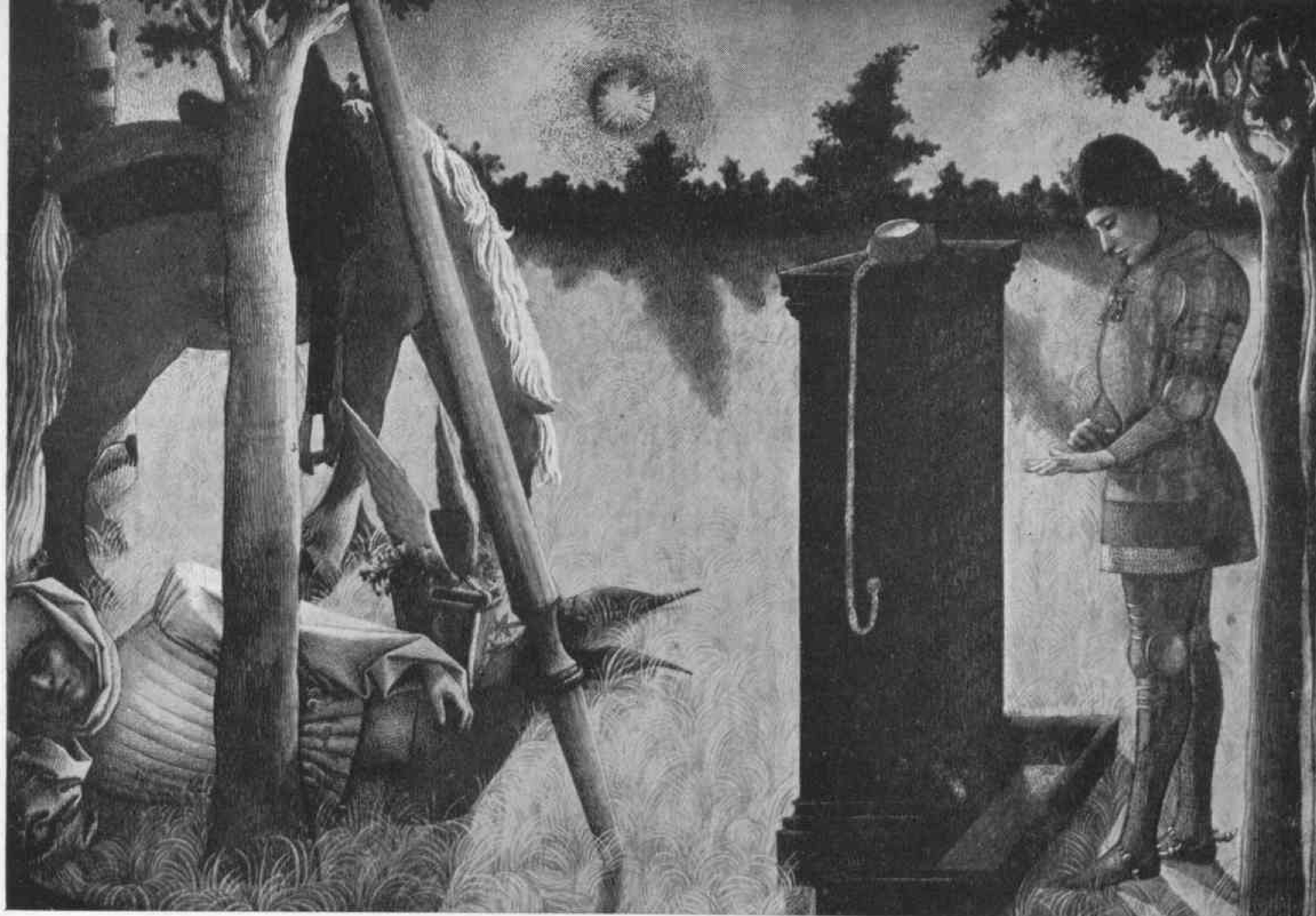
El estudio del derecho romano, que empezó a ser comentado por la Escuela de Bolonia a mediados del siglo XII, enseñaba que las *Pandectas* dicen: *Quod principi placuit, legis habet vigorem;* el príncipe era, pues, superior a la costumbre, y entonces el príncipe era el emperador Justiniano. Pero los primeros reyes no habían sido *príncipes* en el sentido romano, sino feudatarios imperiales que se habían hecho independientes. Esta dificultad nunca fue resuelta; en tiempos de Enrique IV y de Luis XIII, todavía los jurisconsultos franceses trataban de demostrar que el rey de Francia era independiente del emperador, porque el papa Inocencio III había declarado: *Rex Franciæ superiorem in temporálibus minime recognoscit.*

Cuando, en el siglo XIII, los legistas y pensadores se dieron cuenta de las posibilidades del régimen feudal bien entendido, ya las monarquías se habían captado el favor del pueblo y las gentes veían en la corona la personificación del Estado. Además, la Iglesia prefería ver a Europa dividida en naciones que organizada feudalmente, con el emperador y los reyes manejando *lo temporal.* Algunos de estos reyes, el de Aragón, el de Inglaterra, el de Sicilia, se habían hecho feudatarios del Pontífice, y en Italia el partido güelfo prefería el Papa al Emperador. La Iglesia había teorizado también su feudalismo; el prelado francés Adalberón, de Tours, decía: «Algunos creen que la casa de Dios es sólo un templo, pero unos ruegan en ella, otros pelean por ella y otros trabajan para ella.»

De todos modos, que la alianza del emperador con los grandes feudatarios podía ser peligrosísima, se vio claramente en Francia al comenzar el siglo XIII. Entonces el monarca francés, Felipe Augusto, era un príncipe inteligente y enérgico que, sin contemplaciones, iba reduciendo los altos feudatarios a una posición de dependencia de la corona. Por esto, en 1214—un año antes de firmarse la *Carta Magna* en Inglaterra —, Felipe Augusto se vio amenazado por la coalición de los señores del norte y del este de Francia, con el emperador Otón a la cabeza. Hasta el rey de Inglaterra, Juan sin Tierra, que por sus señoríos en Normandía y Anjou era vasallo del rey francés, se había unido a los otros feudatarios traidores. Felipe Augusto tuvo la fortuna de sorprender y derrotar a los ingleses en el Loira, antes de que pudieran juntarse con sus co-



Armadura del siglo XIV.
Museo Metropolitano de Nueva York.



Caballero velando cerca de una fuente, con su escudero dormido. Miniatura del manuscrito *Cœur d'amour épris*. Biblioteca de Viena.

ligados en el Este; en seguida marchó contra los imperiales y los derrotó también en Bouvines, entre Tournai y Lille. La batalla de Bouvines ha sido considerada siempre como uno de los hechos de armas decisivos para la historia de Francia y aun de la humanidad entera. Los imperiales formaban un ejército de 80.000 hombres, de los que 15.000 eran caballeros. Felipe Augusto no disponía más que de 25.000 hombres, de ellos sólo 500 a caballo. El rey francés estaba en el centro rodeado de las milicias comunales, los burgueses de las ciudades, que defendían el estandarte real, rojo con flores de lis blancas. A cada lado tenía los destacamentos de sus barones fieles.

En el centro enemigo se veía al emperador, rodeado de su escolta de caballeros sajones, y cuatro grandes feudatarios alemanes con sus milicias; éstas defendían el carro, tirado por caballos blancos, donde estaba la enseña del Imperio. Carromatos así simbólicos eran con frecuencia llevados a los campos de batalla; los florentinos perdieron el suyo en la batalla de Montaperti, y los castellanos, en sus primeros tiempos, llevaban uno con la estatua de Fernán González, porque aún no tenían enseña propia. A la derecha del emperador y su *carroccio* se hallaban el *traidor* conde de Boulogne y algunos destacamentos ingleses, que se habían anticipado, con el conde de Salisbury; a la izquierda, otro feudatario francés también traidor, el conde de Flandes y los holandeses.

La descripción que tenemos de la batalla de Bouvines, por testigos oculares, dará una idea al lector del modo de pelear de la época. Los franceses de la derecha, que tenían mayor número de caballos, se lanzaron primero contra el conde de Flandes, quien los recibió solo, tratando de reventar los corceles. Después de esta primera escaramuza, tres caballeros flamencos avanzaron en el campo libre, gritando: «¡Mueran los franceses!» Su provocación hizo salir tres contrarios y hubo el duelo preliminar de las batallas feudales. Uno de los flamencos per-

dió la vida y los otros dos fueron hechos prisioneros. Esto dio ánimos al ala derecha francesa, que cargó nuevamente y ya no perdió el contacto con los enemigos. Al cabo de tres horas de combatir cuerpo a cuerpo, en espantosa confusión de hombres y caballos, los franceses llegaron hasta donde estaba el conde de Flandes, que, cubierto de heridas, fue derribado del caballo y hecho prisionero.

Mientras esto ocurría en el ala derecha, el centro francés resistía el ataque de los imperiales. Hubo un momento en que el rey de Francia, Felipe Augusto, se vio rodeado de alemanes con largas picas que acabaron por arrancarle de la silla. Ya en el suelo, los enemigos inútilmente buscaban una rendija de la armadura real, para introducir por ella una arma con que darle muerte, cuando llegaron refuerzos, y varios caballeros consiguieron levantar al monarca caído, que continuó peleando. En cambio, otro grupo de franceses llegaba hasta el emperador Otón, y tras una carga terrible para separarle de su escolta, lograron coger su caballo por la brida. También al emperador le salvó su armadura; los franceses llegaron a cogerle por la nuca, pero los puñales resbalaban sin hallar dónde poder herir. Sólo uno de los golpes vació un ojo del caballo, y éste, encabritado por el dolor, se desbocó, salvando al emperador. Despojado Otón de los atributos de su altísima dignidad, huyó sin detenerse hasta Valenciennes. Se dice que, al verle correr desde lejos, Felipe Augusto exclamó: «¡Ya no veremos más a ese pájaro esta tarde!»

En el ala izquierda, los franceses hacían todo lo posible para coger prisionero al conde de Boulogne, el más detestado de los grandes feudatarios traidores; éste había formado en torno suyo una muralla viva con infantes armados de picas, y desde allí hacía salidas, acompañado de lo más selecto de sus vasallos; se veía de lejos su brillante armadura, coronada la celada de un plumaje negro sostenido con ballenas. Por fin, en una salida con seis caballeros, un sargento francés consiguió llegar hasta debajo de su caballo y pudo reventarlo. Caído en tierra el conde, con la visera rota, los franceses no pudieron hacer más que desfigurarle con tajos la cara; no hallaron tampoco juntura que dejase pasar un cuchillo, por lo que, subido en un caballo, lo condujeron prisionero ante Felipe Augusto.

Había sido un día de verano muy caluroso y se cuenta que, antes de empezar la batalla, Felipe Augusto no había comido más que unas sopas de vino, sentado en un poyo de la puerta de la iglesia de Bouvines. Por la noche, todo fueron cantos y regocijos; había tantos prisioneros que el monarca francés ordenó cesara la persecución de los fugitivos. Cuando llegaron los vencedores de Bouvines a París, dice la crónica que «los burgueses y los estudiantes, el clero y el pueblo, salieron a recibir al rey entonando himnos de triunfo y dándole testimonio de su alegría, gesticulando y aplaudiendo. Durante siete días la ciudad hizo tantas luminarias que la noche parecía día. Los estudiantes, sobre todo, no cesaban de banquetear, de cantar y de danzar, como si fuera aquélla su propia victoria».

Al lado de Felipe Augusto hallamos al clero, la burguesía y los estudiantes, o sea la Universidad, los mismos elementos que luchaban en Inglaterra contra el rey para arrancarle la *Carta Magna*. En el fondo, en ambos países se iba a la unificación, sólo que en Francia, con monarcas como Felipe Augusto y su nieto San Luis, el rey acabaría por personificar al Estado, mientras que en Inglaterra la soberanía, con reyes como Juan sin Tierra, acabaría por radicar en el Parlamento. Estos dos episodios de la *Carta Magna* y la batalla de Bouvines son como dos prototipos de lo que ocurrió en los demás países de Europa; en todos, a fines del siglo XIII, la corona gobierna la nación unificada y se aconseja con el Parlamento.

Mucho se ha discutido —se discute aún— sobre el origen de los parlamentos europeos; acaso la dificultad en resolver este punto provenga de que no hemos empezado por definir lo que realmente entendemos por Parlamento. Si por tal queremos desig-



La vida cortesana. *L'offrande du cœur*, tapiz de los siglos XV-XVI de los talleres de las orillas del Loira.

nar un consejo deliberante, presidido por el monarca y compuesto de prelados y barones, con la misión principal de administrar justicia junto con el rey, sin duda pueden hallarse precedentes en la Cámara real *(curia regis)*, que tenía diferentes nombres en los varios países; así el Parlamento sería tan antiguo como la realeza. Pero lo que caracteriza al Parlamento en el sentido moderno es el sistema representativo, o sea que de él forman parte algunos que no tienen asiento en la Cámara por derecho propio, sino por haber sido escogidos para representar las ciudades, o universidades, o el clero. El Parlamento no es ya una *corte* de pares, sino que integra los diversos estamentos del reino; tiene, además, definidos sus poderes, sobre todo el de aprobar las contribuciones o levas. Reapareció la contribución directa romana, desaparecida en el régimen feudal; el rey, como el antiguo emperador romano, volvió a cobrar impuestos por cabeza *(capitatio)*, para «el provecho común del reino», como decían los jurisconsultos.

Otra función feudal que tuvo que establecerse sobre bases completamente nuevas fue la administración de justicia. Este servicio se dividió también entre el Parlamento y la corona. En Francia vemos al rey San Luis, como otro nuevo Salomón, sentado al pie de un árbol del bosque de Vincennes o en la puerta de su palacio. Su fama de equidad hizo que los barones ingleses que seguían a Simón de Montfort, o al rey de Inglaterra, consintieran en tomar a San Luis como árbitro de sus disputas.

Pero el rey tuvo que delegar esta función primordial en sus *bailes* o funcionarios locales, de cuyas sentencias se podía apelar al mismo rey o al Parlamento, que en Francia tuvo un carácter casi exclusivamente judicial; la asamblea representativa, que nunca alcanzó el poder que tuvo en Inglaterra, se llamó *Estados Generales.*

Aunque el Parlamento se reunía con cierta regularidad — cuatro veces al año en Francia, en tiempos de San Luis —, hubo necesidad de formar parlamentos provinciales para substituir las curias feudales, que hasta entonces se habían reunido en los castillos. Además, las ciudades se gobernaban por sus consejos municipales. Había ciudades que eran verdaderas repúblicas completamente independientes, con la sola excepción de los tributos votados para la corona; otras estaban intervenidas por el poder real. Como ejemplo del primer tipo *(commune libre)* recordaremos la ciudad de Marsella, cuyos *cónsules* presidían un *gran consejo,* elegido por el pueblo y asesorado por el *consejo de los maestros de oficio,* escogidos por los artesanos de cada ramo. En cambio, como ejemplo de *commune* intervenida por el poder real, mencionaremos a Ruan, donde el *síndico* era nombrado por el rey en su calidad de duque de Normandía.

El origen de las instituciones municipales es también un punto obscuro. Ciertas ciudades romanas conservarían el consejo de los *duoviros,* o presidentes, hasta muy entrada la Edad Media. Pero pronto la autoridad del prelado hízose dominante y hasta estas ciudades antiguas tuvieron que reconquistar sus libertades en los siglos XI y XII, obteniendo gradualmente privilegios económicos y judiciales *(jus mercatorum),* que garantizaban los bienes y personas. En ciertas ocasiones estos privilegios eran conseguidos a cambio de un servicio o prestación importante; en otras, comprándolos con dinero. Pero en la mayoría de los casos los privilegios sólo se obtenían después de sangrientas rebeliones. En Laón los burgueses se rebelaron tres veces y en una de ellas mataron al obispo; en Vezelay mataron al abad. En otras ciudades se ve aparecer el consejo municipal como extensión de una junta gremial, o de fraternidades llamadas *pax, commune, communia, conjurationes,* nombres execrables para los jurisconsultos de la época feudal. La más importante de estas juntas gremiales es la del gremio de cargadores de barcazas, de la ciudad de París. Algunos hombres de la Iglesia advirtieron luego el peligro de estas corporaciones, que minaban los cimientos del régimen feudal, por lo que San Bernardo y San Ivo no se cansaron de condenarlas como señales que indudablemente predecían el mal tiempo — el nuevo —, que siempre es el peor para los *tradicionalistas,* entre los cuales hay algunos santos... y muchísimas otras gentes que no lo son.

Episodio de un combate en una acción de guerra.





Salerno, donde estuvo la primera escuela de medicina.

25 LA SINTESIS MEDIEVAL. LAS UNIVERSIDADES. DANTE

En los capítulos anteriores ya ha sido necesario mencionar las universidades; pero, mientras en tiempo de Abelardo todavía los maestros enseñaban en escuelas catedralicias, como la de *Notre-Dame,* o en escuelas monásticas, como la de San Víctor o de Santa Genoveva, un siglo después Santo Tomás y San Buenaventura recibían grados y explicaban en lo que ya llamábamos la Universidad de París. Es, pues, en este intervalo, precisando más, en la segunda mitad del siglo XII, cuando tuvo efecto la fundación, o, mejor dicho, organización de las primeras universidades europeas: Bolonia, París y Oxford. Las causas de su fundación y los detalles de su organización son difíciles de precisar, porque luego la vanidad académica hubo de inventar las leyendas de la fundación de la de Oxford por el rey Alfredo, la de París por Carlomagno y la de Bolonia por Teodosio II, lo que no sólo son fantasías, sino que además obscurecen lo que pudiera haber de verdad en ellas.

El empeño de querer aparecer como fundaciones reales las primeras universidades en cierto modo se explica porque las que se crearon después fueron establecidas y dotadas por monarcas. La Universidad de Nápoles fue fundada en 1224 por Federico II; la de Palencia en 1212 por Alfonso VIII de Castilla; la de Salamanca en el año 1230, por Alfonso IX de León; la de Lérida, por Jaime II de Aragón, en 1300, y así casi todas las demás. Pero las universidades de Bolonia, París, Oxford y algunas de sus hijuelas tuvieron muy distinto origen. La misma palabra *universitas* ya lo indica: universidad se usaba, en sentido general, para significar gremio o cofradía; las universidades empezaron, pues, siendo asociaciones de maestros o de estudiantes, lo que supone la existencia de una escuela todavía independiente. En cambio, el verdadero nombre de lo que hoy llamamos *Universidad* era el de *Estudio* o *Studium Generale* y este título tomaron las fundaciones reales.

En la confusión legal que reinaba en los primeros siglos de la Edad Media, cuando cada uno tenía derecho a ser juzgado según la ley romana o según su propio códi-

go teutónico, era natural que los profesionales de cualquier estamento trataran de organizarse en gremio o universidad para precisar su estado civil. Maestros y estudiantes, la mayoría extranjeros, tenían que reclamar una *carta* o *privilegio* que precisara sus derechos y legalizara una corporación que pudiese tratar de igual a igual con los consejos de las ciudades donde estaban instaladas las escuelas. La primera *Carta* donde aparece definida la personalidad civil de los estudiantes italianos es el privilegio de Federico Barbarroja, del año 1158, por el que el emperador toma a los estudiantes italianos bajo su protección y amparo y les concede el derecho de ser juzgados por su maestro o por el obispo. No hay que decir que, con este fuero, los estudiantes, dondequiera que se asociaran, formarían pronto una ciudad dentro de la ciudad, y requerirían una organización, si es que no la tenían todavía.

Tal organización serviría también para contratar nuevos maestros, fijar el precio de los alquileres para las casas de estudiantes y, sobre todo, para obtener sucesivas concesiones. Acaso exageremos, pero lo positivo es que escuelas que no llegaron a constituirse en *universidades* o corporaciones gremiales tuvieron un crecimiento lento o decayeron por completo, mientras que los estudiantes acudieron cada día en mayor número a los *Estudios* organizados. El contraste entre el desarrollo paralelo de una escuela sin *universidad* gremial y otra con los estudiantes organizados puede observarse en las dos más famosas escuelas italianas de esta época: la de Salerno, para la Medicina, y la de Bolonia, para el Derecho.

Durante toda la Edad Media había prosperado Salerno en el confín de la latinidad con la cultura helénica, o bizantina, al sur de Italia; más tarde los salernitanos habían visto a los árabes desembarcar en sus



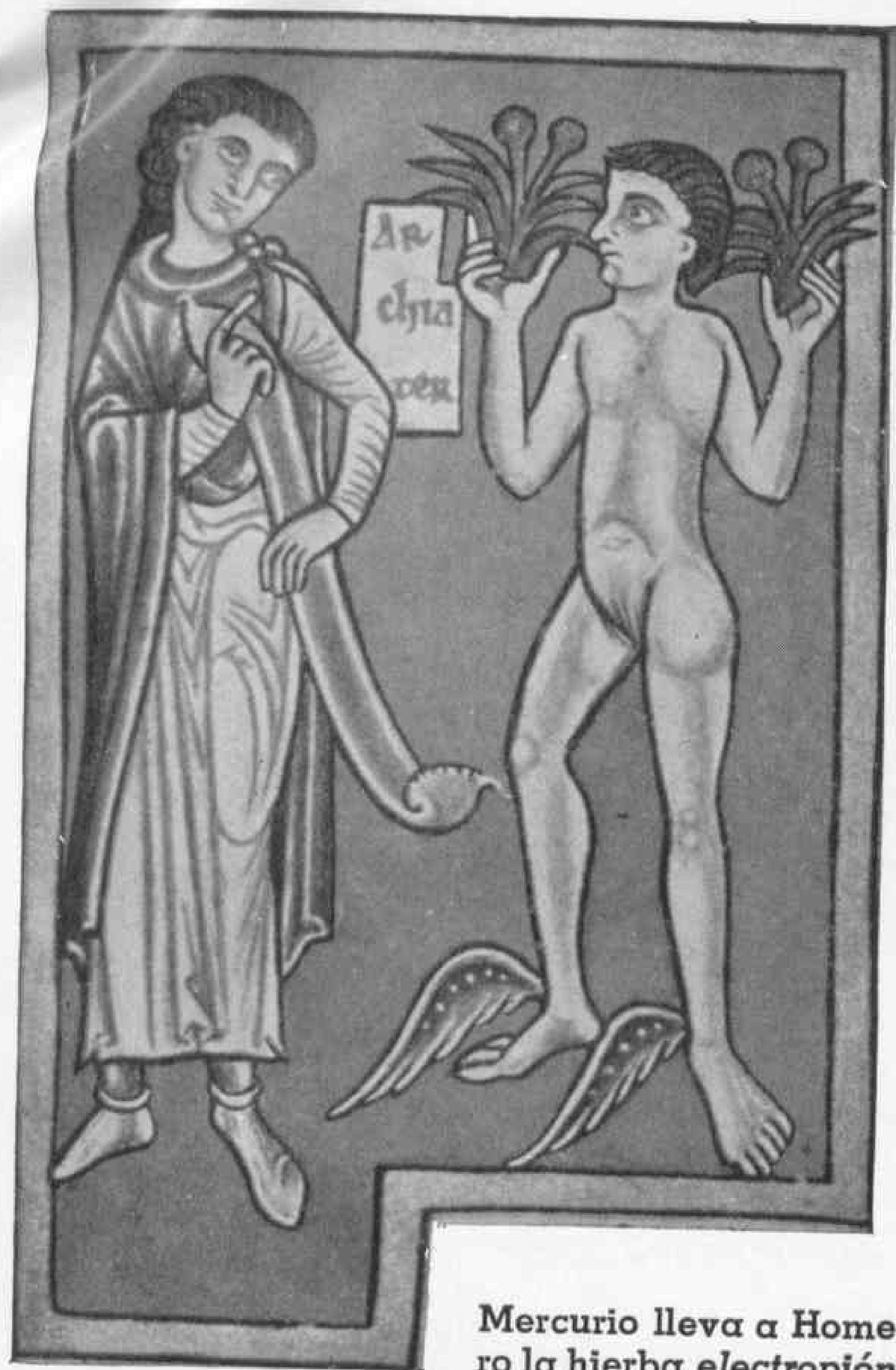
El judío napolitano Farragut recibe un libro árabe de medicina de un monarca oriental. Farragut, más tarde, presenta su traducción latina a Carlos de Anjou. Manuscrito del siglo XIII.



Centauro curandero llevando la hierba de salud. Miniatura de un herbario del siglo XIII. *Ashmolean Library*. Oxford.

playas, ocupar Sicilia y establecerse definitivamente al otro lado del mar, en el norte de Africa. No es, pues, de extrañar que la leyenda afirmara que la escuela de Medicina de Salerno había sido fundada por cuatro maestros: uno latino, otro griego, otro judío y otro árabe, y que la influencia árabe fuese la predominante. Pero estudiando los textos médicos salernitanos se ha aclarado que, en cambio, reaparecen en ellos reminiscencias de la medicina griega, aunque obtenidas de adaptaciones y traducciones árabes. Sin embargo, no sorprende mucho el error de hacer *arabizantes* a los doctores de Salerno, porque el primer personaje bien documentado de la escuela es un moro bautizado de Cartago, conocido por Constantino Afer, o Africano, que murió en 1087. Este, ciertamente, sabía árabe y griego, ya que, siendo monje de Montecassino, tradujo los *Aforismos* de Hipócrates, y su versión latina es precisamente la que ha venido utilizándose hasta nuestros días.

La sola obra original atribuida a la escuela de Salerno es una especie de Higiene que lleva el título de *Régimen para la Salud*. Ha sido el texto médico más popular de todos los tiempos. El año 1870 todavía se imprimía en inglés, en Filadelfia, y en 1880 aparecía una nueva traducción francesa. El *Régimen* da consejos higiénicos, o irónicos, como éste: «Calma, Temperancia y Buen Humor son el primero, segundo y tercer doctor.» Recientemente se ha descubierto que el *Régimen* no es sino una superchería del gran médico catalán Arnaldo de Vilanova, quien, para dar más autoridad a su poema, declara en el primer verso que la obra había sido compuesta por la escuela de Salerno en corporación. Y hoy parece casi seguro que esto es lo que faltó a Salerno precisamente: la corporación, la *Universidad*. Había allí tradición médica, se conocían los herbarios antiguos y algunas prácticas de la clínica griega; es positivo que no pocos acudían allí para curarse, y que hasta algunos iban a Salerno para estudiar lo que se llamaba *Artem medicinae naturaeque rerum*, pero no se llegó a constituir en Salerno un *Studium* como el que veremos crecer en Bolonia. Es más, pronto se fundó la Universidad de Nápoles, y aunque se quiso conservar la escuela de Saler-



Mercurio lleva a Homero la hierba *electropión*. Miniatura de un herbario del s. XIII. *Ashmolean Library*. Oxford.

no, ésta nunca volvió a recobrar la reputación europea que tenía en el siglo XII.

Los comienzos de la Universidad de Bolonia son análogos a los de la escuela de Salerno. La especialidad de Bolonia era el derecho romano, que nunca fue del todo olvidado y del que se hicieron, en varios países de Europa, *Breviarios* y compendios durante la Edad Media. Pero el derecho romano no empezó a estudiarse metódicamente hasta el siglo XII, y precisamente en Bolonia. Así como en Salerno había doctores que curaban, en Bolonia hubo jurisconsultos que pleiteaban y enseñaban también, pero aquí aparecieron pronto los gremios escolásticos, o *universidades*, y por esto prosperó el *Estudio*. Bolonia era ciudad imperial; ya dijimos que el derecho romano justificaba la posición suprema del emperador, cabeza de las jerarquías feudales. Se ha supuesto que la *Carta* de Federico Barbarroja, ya citada, tendía principalmente a favorecer las escuelas de derecho romano de Bolonia. Pero pronto, también hacia la mitad del siglo XII, un monje de Bolonia, Graciano, compiló las disposiciones de la Iglesia en un breve texto escolástico llamado *Decretum*, que logró en seguida gran popularidad. Más aún, cuando, a la mitad del siglo XIII, San Raimundo de Peñafort codificó en las llamadas *Decretales* la jurisprudencia católica, ésta pudo competir con el derecho imperial en utilidad e importancia. Se ve, pues, que hay que buscar otra razón para explicarse la prosperidad incesante del *Estudio boloñés*, a menos que no se piense que la rivalidad entre el Papa y el emperador pudo llevar a ambas potestades a granjearse la benevolencia de los jurisconsultos de Bolonia con nuevas concesiones.

Lo más probable es que la escuela de Bolonia creciera primero que las otras — y tiene el derecho de ser llamada madre de todas las universidades de Europa —, porque los estudiantes se asociaron allí en corporaciones antes que en otras partes. Es casi seguro que, en un principio, las fraternidades escolares de Bolonia fueron, por lo menos, de cuatro *naciones*: toscanos, lombardos, romanos y ultramontanos. Por *ultramontanos* se entendían todos los estudiantes de más allá de los montes, es decir, de los Alpes. Pero a mediados del siglo XIII los tres primeros gremios, o naciones, ya se habían reunido en uno, y el *Estudio* de Bolonia comprendía sólo dos universidades: *Universitas Citramontanorum* y *Universitas Ultramontanorum*.

Por lo que hemos anticipado del carácter originariamente defensivo de las universidades, ya se comprenderá que los estudiantes que habían nacido en Bolonia, lo mismo que los profesores, pues al principio eran todos boloñeses, no tenían necesidad de pertenecer a estas asociaciones. Los estudiantes hijos de la población tenían que conformarse con las ordenanzas municipales. Hasta los servicios secundarios de una

universidad escolástica, como la de Bolonia, no resultaban tan útiles para los que vivían en su casa o en su convento como para aquellos otros que se hubieran encontrado solos y extranjeros sin la corporación universitaria. He aquí los objetivos secundarios de una asociación escolástica de Bolonia en el siglo XIII: además de los banquetes y libaciones, sus miembros venían obligados a socorrer a los estudiantes pobres, atender a los enfermos, asistir a los entierros, procurar que reinara la paz y buena amistad entre los compañeros, y acompañar a los que se graduaban de doctores.

Los presidentes de las *universidades* se llamaban *rectores*. Eran elegidos por un período de dos años y la elección se verificaba por medio de compromisarios y por los ex rectores. La *congregación,* o asamblea general de los estudiantes, se reunía en el convento de los dominicos y era presidida por los rectores. Más tarde, al dividirse la Universidad en tantos grupos como *naciones* de estudiantes, cada *nación* elegía un *consiliario,* y éstos elegían a un rector único para todo el *Estudio*. Los consiliarios con el rector formaban el consejo directivo, el cual determinaba la fecha en que debía reunirse la congregación. Además, había un notario, dos *massarios* o tesoreros, y los bedeles. Otros cargos universitarios eran los llamados *peciarios,* encargados de vigilar que los

Miniaturas de un tratado francés de cirugía del siglo XIII.



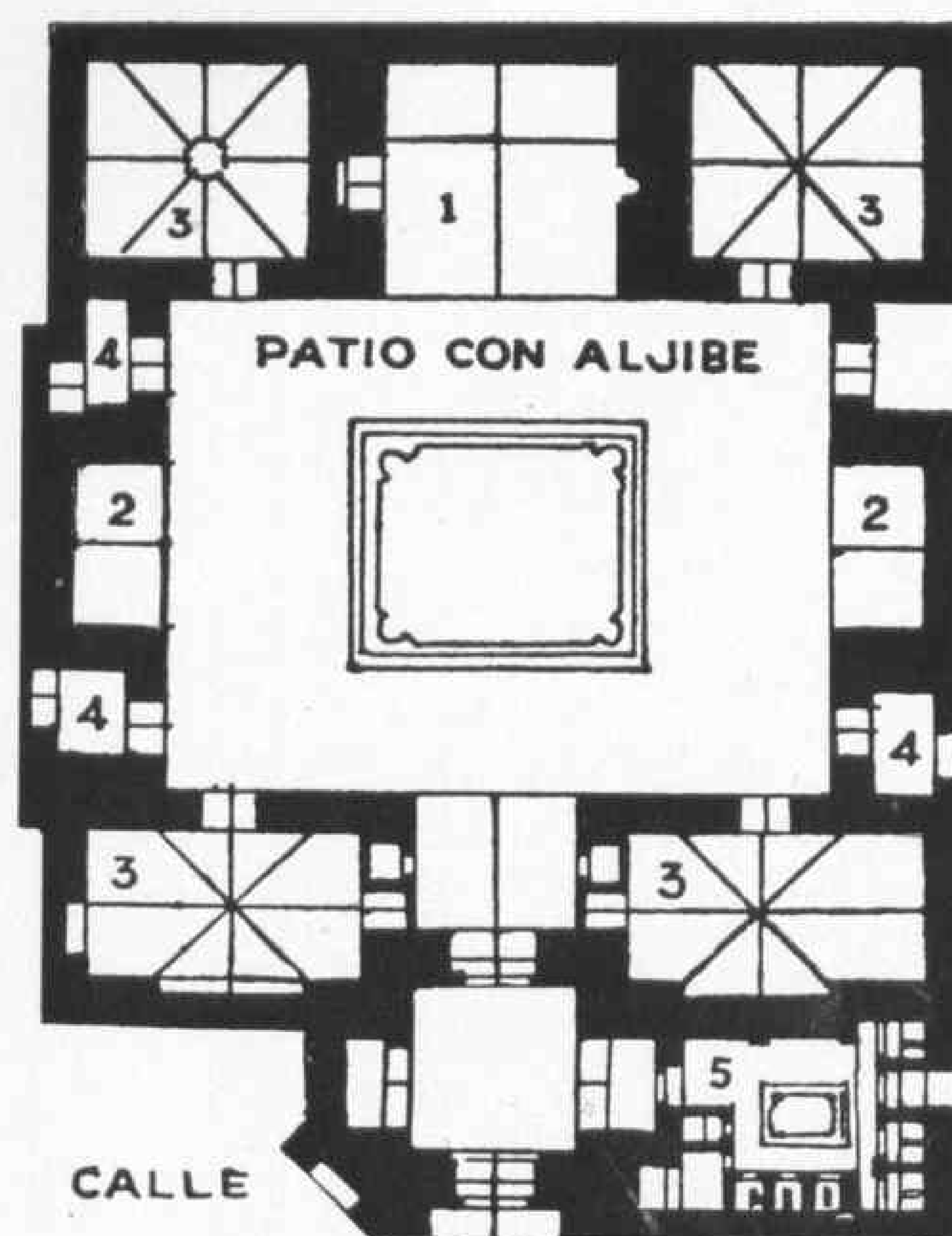


Los especieros pesando las diferentes clases de medicina con monedas. Vidriera de un ventanal de la catedral de Chartres.

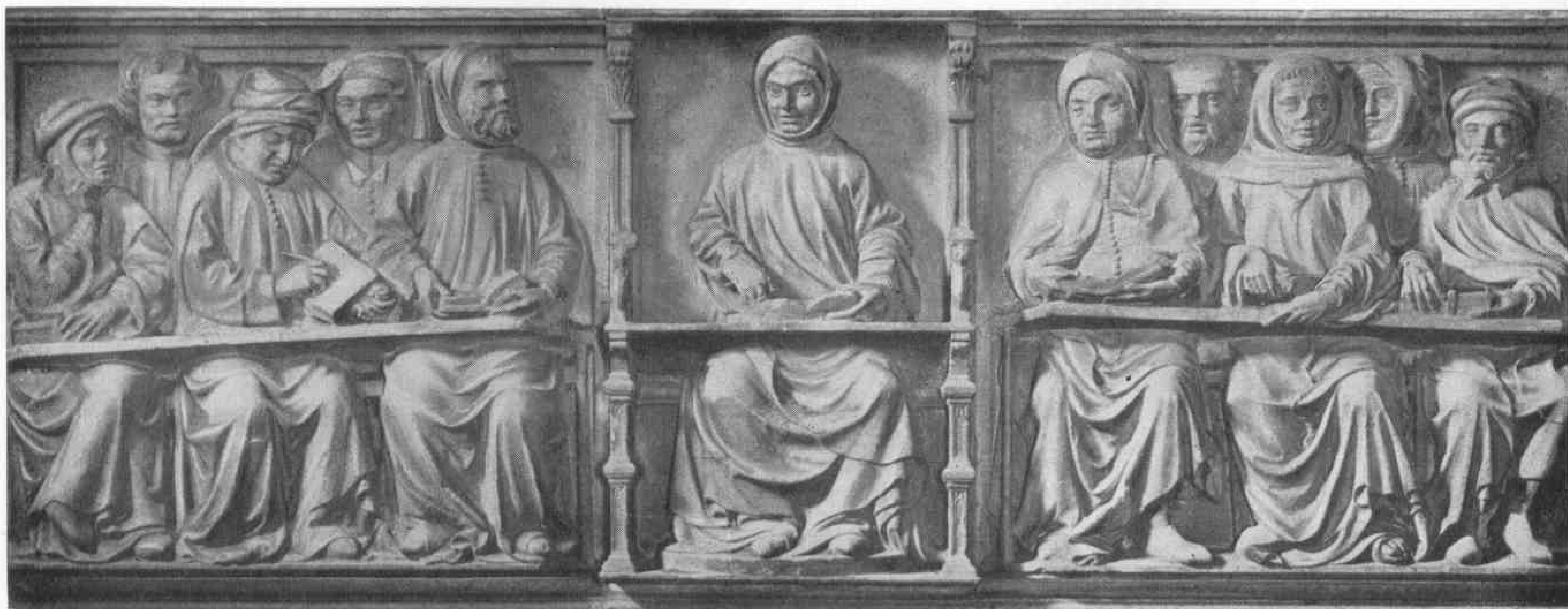
libros que se vendían o alquilaban a los estudiantes no fuesen excesivamente caros ni tuviesen textos corrompidos.

Ya se comprende que tales gremios escolásticos, defendidos por rectores, y con privilegios confirmados por el Papa y el emperador, debían, en ocasiones, poner perplejas a las autoridades locales. A principios del siglo XIII había en Bolonia diez mil estudiantes, los cuales se sentían tan independientes de la ciudad como hasta hace poco los extranjeros con derechos extraterritoriales en China. No es, pues, de extrañar que los *podestaes* o alcaldes de Bolonia trataran varias veces de conseguir que los rectores incluyeran ciertas disposiciones de las ordenanzas municipales en los estatutos universitarios, pretensión que irritaba en gran manera a los estudiantes, celosos, como todo gremio, de sus privilegios. Si el consejo municipal insistía, tomando medidas disciplinarias, los estudiantes emigraban en masa, originándose, con estas *colonias,* nuevas universidades. Una primera emigración de Bolonia fue a refugiarse en Mantua, donde se estableció ya a fines del siglo XII una escuela de Derecho; otro grupo de descontentos fundó la Universidad de Vicenza, en 1204; otro enjambre de doctores y estudiantes boloñeses creó la Universidad de Arezzo, en 1215, y la de Padua se originó del mismo modo el año 1222. Ya se comprende que las universidades, expuestas a casi forzada emigración, no debían tener gran empeño en poseer edificios corporativos. Los grandes comentadores del derecho romano en el *Estudio* de Bolonia, como Irnerio y Odofredo, explicaban sus lecciones desde el púlpito de una iglesia y a veces al aire libre.

Simultáneamente a las asociaciones de estudiantes se formaron también en Bolonia *universidades* o gremios de maestros, pero tuvieron vida precaria; como eran los estudiantes los que pagaban a los maestros, podían muy bien dejar sin discípulos a un doctor que no fuera persona grata a las universidades o asociaciones de estudiantes. El contrato entre maestros y alumnos varia-



Planta del muristán (clínica-sanatorio) construido por el sultán Nur-ed-Din en Damasco el año 550 de la hégira (1153 de J. C.). 1, consultorio; 2, visita; 3, clínicas; 4, cubículos para hospitalización; 5, cámara sepulcro del fundador.



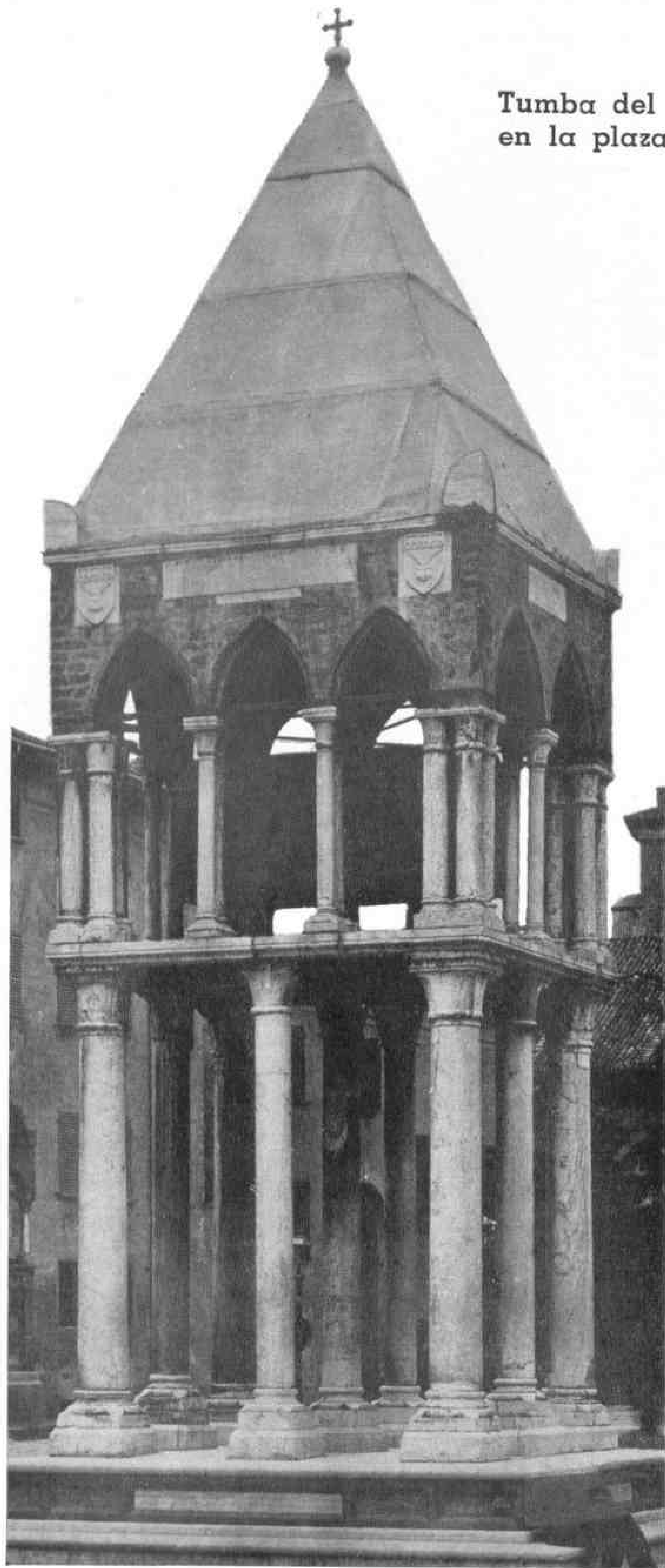
Relieve del monumento funerario del jurisconsulto Lorenzo Pini. Catedral de San Pedro. Bolonia.

ba según la reputación del doctor, y éste generalmente elegía a dos de sus discípulos para que cobraran las cuotas y fijaran el precio para todo el curso. Además, los estudiantes pagaban una matrícula a la Universidad. Al matricularse, los estudiantes tenían que jurar obediencia al rector y vestir la capa reglamentaria de paño negro.

El maestro tenía que desarrollar toda la materia. No podía faltar a las clases ni llegar tarde, y le estaba prohibido celebrar otras fiestas del santoral que las aceptadas por el calendario universitario. He aquí de qué manera el gran legista Odofredo se ofrecía para comentar el derecho romano a los estudiantes: «En cada lección os daré, primero, idea de lo que voy a tratar. Segundo, os diré clara y explícitamente cómo el asunto está enfocado. Tercero, os leeré el texto de la ley. Cuarto, repetiré la ley, pero tal como yo la entiendo, y quinto, os explicaré sus aparentes contradicciones. Más aún, si una ley, por su importancia o renombre, exige un repaso, os concederé una hora por la noche para este objeto.»

Al cabo de cinco años de estudiar derecho romano, o de cuatro años de derecho canónico, el rector podía conceder al estudiante el grado de bachiller y darle permiso para enseñar sobre un punto determinado del *Digesto* o de las *Decretales*. El candidato tenía que pasar tres años más de ejercicio, enseñando, antes de licenciarse. Recomendado por su maestro, sufría un examen delante del colegio de doctores. Después de oír juntos la misa del Espíritu Santo, los doctores reunidos señalaban un tema y el candidato se retiraba a su casa para estudiarlo, acompañado del doctor que lo había propuesto. Por la tarde el postulante recitaba su exposición en una iglesia. Aprobado por mayoría de votos, el bachiller era inmediatamente ascendido a licenciado. La ceremonia de obtener el grado de doctor era una pura fórmula, pero muchos demoraban este último paso porque implicaba gastos de consideración: procesiones, convites y regalos para maestros y condiscípulos.

Nos hemos entretenido en la Universidad de Bolonia porque ella fue la primera escuela organizada de la Europa medieval, y también por la gran importancia que tuvo el *Estudio* de Bolonia en la restauración del derecho romano. Ya hemos visto, al tratar



Tumba del jurista Rolandino Passeggeri, en la plaza de Santo Domingo. Bolonia.

del feudalismo, que si la doctrina imperial, sostenida por el derecho romano, hubiese llegado medio siglo antes de robustecerse el poder real, hubiera sido casi imposible la formación de las nacionalidades. Con todo, el derecho romano influyó en el cesarismo del Renacimiento, y no por capricho Carlos V quiso coronarse en Bolonia. La Iglesia percibió la amenaza que se escondía en el *jus civilis,* y ya en el siglo XIII prohibió a los clérigos el estudio del derecho romano.

Formando contraste con la organización del *Estudio* de Bolonia, tenemos la de su hermana, la *Universidad* de París; ésta era esencialmente una universidad de maestros, mientras que el *Estudio* de Bolonia era una universidad de estudiantes. En otros términos, el gremio predominante en París era el de los doctores, mientras que las corporaciones estudiantiles tenían la dirección del *Estudio* en Bolonia. En un principio, era el canciller de la catedral de *Notre-Dame* quien concedía los permisos para enseñar a los doctores de París; éstos establecían sus escuelas, no sólo en la isla de la catedral, sino en barracas construidas sobre los parapetos de los dos puentes del Sena. Así en el siglo XII se mencionan ya un maestro Adán *du Petit-Pont,* otro Adán *du Grand-Pont,* otro Pedro *du Petit-Pont,* etc. Por lo que parece, el Pequeño Puente estaba dedicado a las disputas de la lógica. Los maestros exponían sus silogismos como cualquiera otra mercancía de la época. Pero, más que la lógica y las otras artes, fue la teología la que acabó por ser la especialidad del *Estudio* de París, y esto explica que la Iglesia pretendiera conservar una inspección efectiva de sus escuelas. Al principio fue relativamente fácil para el canciller de la catedral de *Notre-Dame* actuar como rector del *Estudio;* era él quien daba las licencias para enseñar y el que podía revocarlas. La fuerza de su acción estribaba en que podía condenar como peligrosas las enseñanzas de un maestro determinado, y hasta excomulgarle, sin que ni los estudiantes ni los maestros pudieran oponerse más que apelando a Roma. En cambio, los maestros podían negarse a aceptar como colega a un maestro licenciado por el canciller que no fuese de su agrado. Como es de suponer, esto daba una gran ventaja a la asociación de los maestros del *Estudio* de París.

A menudo entre el canciller y el gremio de doctores se suscitaban serias dificultades; el canciller no era un teólogo ni un maestro, ni pertenecía al gremio de doctores: era sólo la autoridad eclesiástica local, y un canónigo del cabildo de *Notre-Dame,* que a veces podía equivocarse. A principios del siglo XIII, advirtiendo el canciller de *Notre-Dame* que la universidad de los maestros se robustecía más de lo que él deseaba, trató de exigir a éstos que le juraran ciega obediencia. Este mal paso dividió la Universidad de París: los maestros se resistieron, y el Papa, contra lo que podía esperarse, se puso del lado del gremio de doctores, en contra del canciller, concediéndoles el derecho de *cessatio,* esto es, de hacer huelga. Además, el Pontífice ordenó al canciller que otorgara licencia de enseñar a todos los candidatos recomendados por la mayoría del gremio de doctores. Y como el canciller, además de ser mal juez en materias teológicas, tenía el poder de encarcelar y castigar a los estudiantes que cometían alguna falta, el Papa le quitó al canciller el poder judicial, que fue lo mismo que reconocer el carácter laico de los escolares que no eran clérigos ordenados. Estos últimos civilmente continuarían sujetos a la autoridad del canciller.

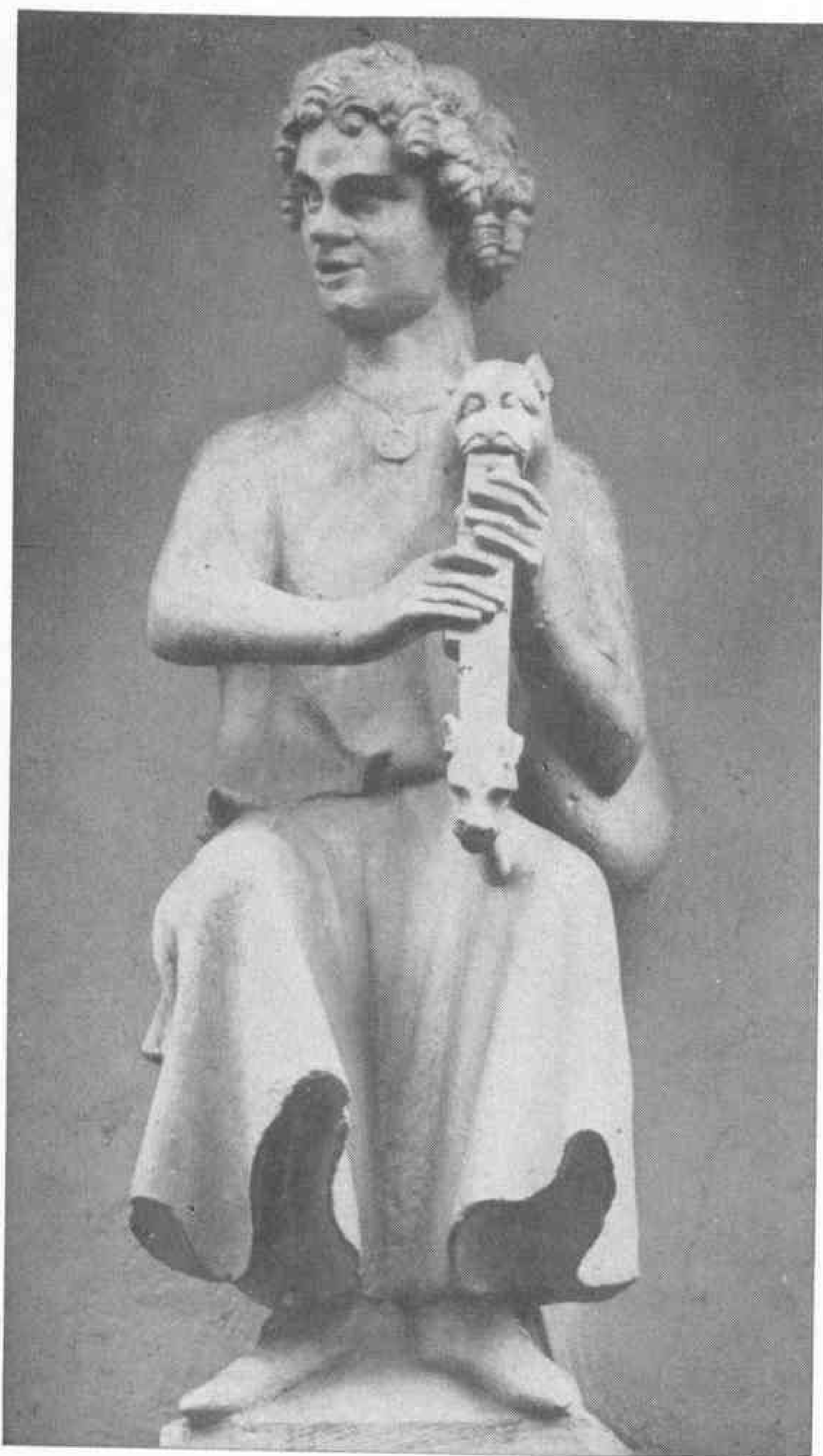
La disputa entre el canciller y la Universidad, o sea entre la catedral y los doctores, duró medio siglo; en ocasiones los maestros fueron excomulgados *en masa* por el canciller, que trataba de recobrar sus derechos condenándoles las doctrinas; otras veces, maestros y alumnos, descontentos, emigraron y fundaron, con sus colonias, nuevas universidades. Es probable que el origen de la Universidad de Oxford fuese un grupo de turbulentos de París, aunque los ingleses tenían además otras razones

Una vista de París en la Edad Media, desde el barrio latino. En el fondo, a la izquierda, el Louvre; en el centro, la catedral de Nuestra Señora; a la derecha, la Santa Capilla.



para separarse. A menudo el rey de Francia estaba en guerra con el de Inglaterra, que tenía posesiones al otro lado del estrecho, y entonces los viajes eran sumamente peligrosos. Acaso el origen parisiense de Oxford explica que encontremos allí a un canciller, a pesar de que en Oxford no había iglesia catedral. Pero el canciller de Oxford era ya un miembro de la Universidad, y elegido por el gremio de maestros, actuaba como el rector del *Estudio* de Bolonia y no le quedaba más que el nombre del canciller de *Notre-Dame*.

Músico del siglo XIII.
Escultura de una casa de Rennes. Francia.



En los estatutos pontificios de la Universidad de París, del 1231, hay este párrafo final, que alude claramente a las emigraciones escolares:

«Y después de los privilegios que nuestro hijo predilecto, el rey de Francia, ha concedido a los maestros y doctores de París, los que vuelvan al *Estudio* no serán tachados de irregularidad o infamia por su deserción.» Se ve que se trataba de recobrar a las ovejas descarriadas, pero algunas universidades vecinas, como Orleáns y Angers, fueron por lo menos reforzadas con emigrados descontentos de París. Algo ayudarían, para retener a los estudiantes, los colegios o residencias para becarios. Algunos databan ya del siglo XII. Pero el más famoso, la Sorbona, fue fundado por Roberto de Sorbon en 1237, y, en un principio, sólo podía alojar dieciséis estudiantes dedicados a la especialidad de teología.

Es característico de la Universidad de París que la Iglesia, el papado, o si se quiere, el rey de Francia, pero actuando éste por cuenta del pontífice, cuidaban y vigilaban sus enseñanzas. La Universidad de París era, por consiguiente, mucho más tradicionalista que la de Bolonia, y así no es de extrañar que en sus estatutos, dictados por el cardenal legado Roberto de Courçon, se consignara la prohibición de *leer* la Metafísica de Aristóteles y los escritos de *herejes* como Almaric y David de Dinant, y del *español* Mauricio, que probablemente quiere decir *el Mauro*, o moro, o Averroes. A cambio de esta sujeción mental, los maestros de París recibieron jurisdicción sobre sus escolares y licencia de enseñar sin pagar al canciller. Maestros y estudiantes—dicen los estatutos — pueden hacer reglamentos para administrar justicia, para fijar el precio de los alquileres, para el uso de uniformes, dirimir disputas, etcétera. Bien poco tardó, sin embargo, en caer en desuso la prohibición contra Aristóteles, y el crédito de que gozó *el Filósofo* en la Sorbona de sobra hubo de compensar los recelos de los comienzos.

La Iglesia comprendió que era más fácil



Estudiantes de París.
Relieve de la catedral de *Notre-Dame*. París.



Una escuela del siglo XIII.
Relieve de la catedral de Notre-Dame. París.

hacer *eclesiástica* a la Universidad que mantener *universitario* al canciller de la catedral, y el gremio de doctores de París acabó por ser uno de los engranajes de la jerarquía católica. La Iglesia aceptaba sus decisiones en materias de ortodoxia personal, y en 1210 encontramos a los doctores de París dictaminando en el sínodo que condenó a la hoguera los libros del ya citado David de Dinant y a un gran número de hombres y mujeres. Entre los que fueron quemados vivos, con anuencia de la Universidad, estaba un infeliz platero del Gran Puente, llamado Guillermo, a quien se le había contagiado la herejía de Almaric, que negaba la existencia del pecado porque, según San Pablo, todos somos miembros del cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, y ni la Iglesia ni Cristo pueden pecar. La represión del año 1210 tiene todos los caracteres de una campaña inquisitorial, y como esto ocurría antes del supuesto establecimiento de la Inquisición por Santo Domingo, bien podríamos decir, sin exagerar mucho, que el tan difamado *Santo Oficio* fue de origen parisiense y universitario, mejor que hispánico y dominico.

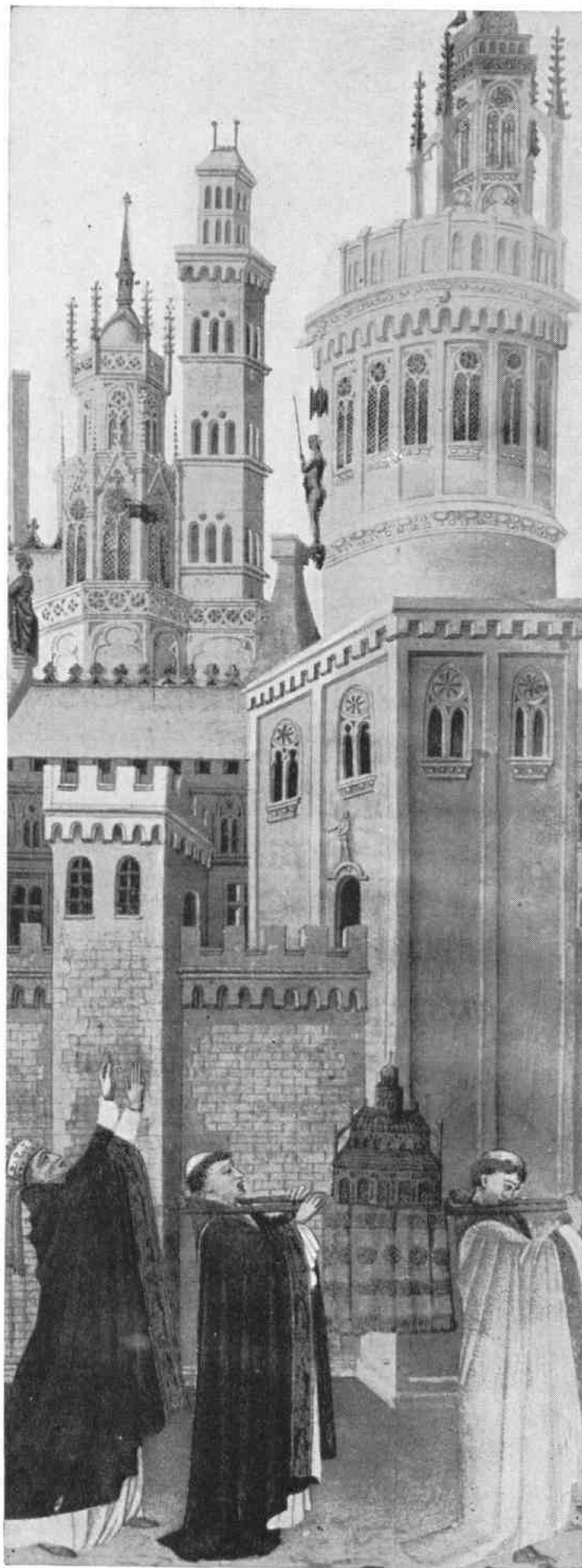
Pero de lo que no hay duda es que la disciplina regular del *Estudio* de París fue posible por la participación que en él tuvieron los frailes franciscanos y dominicos. Sin la cooperación de las órdenes mendicantes hubiera sido peligrosísimo abandonar a sus propias decisiones la Universidad de doctores de París, que en su mayoría enseñaban teología. Un nuevo Abelardo, que no hubiese sufrido la injuria irreparable infligida al esposo de Eloísa, hubiera podido hacer de la Universidad un foco de rebeldía y de protestantismo. Pero ya hemos visto a franciscanos como San Buenaventura, y a dominicos como San Alberto y Santo Tomás, llegar presurosos a París para aprender y para enseñar, y con tales refuerzos no había peligro para la Iglesia. A pesar de las reformas, los benedictinos en París continuaban como internos de su monasterio y no tenían la libertad que concedieron San Francisco y Santo Domingo a sus frailes. Como los sufíes árabes, que

acaso inconscientemente venían a imitar, los frailes mendicantes eran esencialmente andariegos, y los dominicos, por añadidura, trataban de salvar las almas predicando. Y como para predicar es necesario saber, el año 1217 encontramos ya a los dominicos establecidos en París. Por otra parte, sin hacer caso de las repetidas recomendaciones que les hiciera San Francisco contra la *curiosidad de conocer*, los franciscanos se establecieron en París sólo dos años más tarde que los dominicos.

En un principio, dominicos y franciscanos llegaron a París como estudiantes, pero era inevitable que pronto fuesen recibidos en la universidad de los doctores y que su influencia allí fuera la predominante. Es más, el año 1231 cierto Juan de San Gil y el inglés Alejandro de Hales, ambos maestros de teología en París, se hicieron frailes, y éstos, que ya eran doctores antes de tomar el hábito, no podían ser privados de enseñar. En seguida los doctores laicos vieron sus aulas desiertas y quedaron «como pájaros solitarios», porque los alumnos afluían a las clases más de moda, que eran las de los frailes mendicantes.

Así empezó un nuevo conflicto entre la Universidad y el canciller, quien creyó llegada la hora de tomar venganza concediendo libremente permisos de enseñar a frailes doctores. Esta vez el Papa se puso del lado del canciller, y en una bula del año 1255 obligó a la universidad de los maestros a que aceptara como colegas a los doctores propuestos por el canciller de *Notre-Dame*, y restringió el poder de *cessatio*, o de declararse en huelga los maestros. El Papa dispuso que desde entonces fuese necesario el voto de las dos terceras partes de los miembros de la facultad para suspender las lecciones, y como era seguro que siempre los maestros franciscanos y dominicos tendrían más de un tercio de los votos, el *Estudio General* de París les quedaba entregado a discreción.

Aunque en París se enseñaban Medicina y Artes, la ciencia máxima, la ciencia capital, era la teología, y acaso no deberíamos



El Papa descubre al arcángel San Miguel situado en una de las partes altas del castillo de Sant'Angelo, en Roma. Miniatura perteneciente a un Libro de Horas.



Representación característica e ideal de la Edad Media. La cabeza de una procesión religiosa con cruces y estandartes llegando a las puertas de una ciudad murada. Miniatura perteneciente a un Libro de Horas.

deplorar tanto su monopolio como se hace en general. Todo lo que nos ha llegado en otras ciencias de esta época es mucho más deplorable. Hasta la medicina se estudiaba en París con los clásicos y se analizaban los remedios con discusiones escolásticas. No creemos perjudicar al lector privándole de lo que podríamos decir aquí de la alquimia, astrología y biología medievales; en cambio, la teología, si no ensanchaba el campo del conocimiento natural, por lo menos lo alargaba sin medida ni límite hacia lo alto. Al llegar a la segunda mitad del siglo XIII aún lo que preocupaba al mundo entero eran las cuestiones teológicas. Sin una percepción clara del pasado, sin programas para el porvenir, sin política, con vías de comunicación deplorables, con una ciencia paralizada por falta de primeras materias, no quedaba otro recurso a la humanidad que discutir si el Universo es increado, si Dios lo mantiene por necesidad, si el Espíritu es uniforme, y si lo que produce la individualidad del alma es el cuerpo en que se encarna. A todo esto se llamaba averroísmo y antiaverroísmo a lo que lo combatía. ¡Qué herejías más extrañas, y casi diríamos modernas! Parece como si fueran un anticipo de Spinoza y Malebranche. Obsérvese que este averroísmo o aristotelismo —que bien podrían llamarse *herejías de París*— eran esencialmente herejías físicas; no se trataba de si el Padre engendró al Hijo ni de si el Espíritu era consubstancial con ambos, y otras cosas que ya se discutieron en Alejandría y Constantinopla. Existía entonces en París un vivo deseo de saber, si no cómo funciona el Universo, a lo menos cómo fue creado, y esto era ya una señal del Renacimiento.

La sentencia de París contra el averroísmo (1270) vino preparada por una polémica en la que intervinieron Santo Tomás y Alberto el Magno, y que comentaría Raimundo Lulio. Pero que las conciencias no se aquietaron del todo lo prueba que se continuó disputando, y Dante aún considera al campeón del averroísmo parisiense, Siger de Brabante, como digno de formar

en el grupo de teólogos católicos en el Paraíso. El propio Santo Tomás le dice a Dante, en la *Divina Comedia:* «Esta que ves aquí es el alma de Sigero, — que, envidiado, enseñaba la verdad — en la escuela de París, como extranjero.»

Así habla Dante, que de no haber tenido que emigrar, hubiera sido un exquisito poeta de Florencia, pero no nos hubiera dado el maravilloso compendio de todo el sentir y pensar de la época, resumido en su extraordinaria epopeya llamada *Divina Comedia.*

Dante nació el 1265, lo que quiere decir que, cuando escribía, ya la teología y la jurisprudencia medievales se habían estabilizado. Aunque era florentino por sus pasiones, el apellido *Alighieri* es teutónico, y esto explica la fuerza mental que hubo menester para construir su sistema del Universo. Políticamente era un aristócrata y soñaba con un feudalismo en el que Florencia sería una célula de la gran estructura imperial. *Señoría corporativa,* Florencia tenía que ser, para Dante, un municipio modelo sin ambiciones sobre el resto de la Toscana. En *La Divina Comedia,* el poeta hace hablar a su tatarabuelo, que estuvo en las cruzadas, quien describe así la vida de su tiempo, que Dante deseaba restaurar: «Florencia cabía en sus antiguos muros, — do sonaban cada hora las campanas, — con vecinos quietos, sobrios, puros...»

Dante escribió un libro: *De Monarquía,* que podía más bien titularse: *De Imperio,* en el que asegura que el objetivo de la civilización es el de hacer producir su máximo rendimiento al intelecto, y esto no se puede obtener sino con la paz, y la paz requiere un supermonarca o emperador. Prueba también que el emperador debe ser romano, porque Cristo dio el ejemplo, sufriendo pasión y muerte bajo el poder de un representante de Tiberio; con más razón, el Papa y las jerarquías eclesiásticas han de cooperar con el poder temporal sin pretender soberanía política.

«¡Esclava Italia, tierra dolorida! — ¡Nave sin timonel en tempestad, — sin honra estás, como mujer caída!...», dice Dante, porque nadie tiene el freno y nadie está sentado en *la silla de Justiniano,* o del Imperio, para librar a los italianos de la discordia y la tiranía. La Iglesia seguía entonces la corriente de los tiempos y apoyaba a las monarquías nacionales de toda Europa,



Monumento sepulcral de Cansignorio Scaligero, en Verona.



Casa donde nació Dante. Florencia.

y a los tiranos de las ciudades italianas, soliviantados contra el emperador. Es más, pocos años antes, la política del pontificado había favorecido la instalación de una monarquía francesa en Nápoles, y desde allí el hermano de San Luis, Carlos de Anjou, conspiraba con el Papa para deshacer las ligas imperiales.

Nada hará tan patente el fracaso a que estaban condenadas en Italia las aspiraciones imperiales como el relato del episodio de la expedición de Enrique VII. El año 1309 fue elegido emperador Enrique de Luxemburgo, cuyo gran corazón y bonísimas cualidades impresionaron a todas las gentes de su época. Acaso la circunstancia de ser pequeño su principado hizo que se lanzara a empresas de conquista. Casi en seguida, al siguiente año, Enrique descendió a Italia, empezando por coronarse en Milán con la corona de hierro de los longobardos. Dante estaba presente, y, en una carta, aseguraba al emperador que sus enemigos del bando güelfo huirían ante él como los filisteos, y que los desterrados gibelinos volverían a sus casas, como los judíos de Babilonia volvieron a Jerusalén. Pero pronto los acontecimientos probaron que Dante y Enrique VII eran unos rezagados, o quizá visionarios de un futuro muy lejano. En mayo del mismo año, el hermano del emperador perdió la vida en el sitio de Brescia; en septiembre, la emperatriz moría en Génova; el mes de mayo de 1312 Enrique VII entraba en Roma, pero hallaba cerrada la iglesia de San Pedro y tenía que capitular, dejándose coronar otra vez por el Papa en San Juan de Letrán. De Roma pasó el emperador a poner sitio a Florencia, donde dominaban los enemigos de Dante, pero murió, sin poder conquistarla, en un convento vecino. Dante, en *La Divina Comedia,* ya vio el trono que tenían preparado para Enrique VII en lo más alto del empíreo: «Esa corona que allí está ya puesta, — y ese gran trono que tú ves enfrente, — son para boda que ya está dispuesta. — Son para el alma de aquel gran

Enrique — que fue a Italia a coronar su frente.»

Después de la catástrofe con que acabó la expedición de Enrique VII, los güelfos de Florencia promulgaron una amnistía para los emigrados del partido del emperador, pero de ella exceptuaron a Dante. Solo, desterrado, agobiado de deudas, encontrando muy duro el pan ajeno, y con la amargura de tener que vivir con un huésped que era casi un amo, Dante buscó consuelo a sus tribulaciones dedicándose a la mística y a la teología.

Años antes había empezado un poema con la descripción de un viaje imaginario a las regiones de ultratumba. Era un tema popular de la Edad Media; varias naciones tenían su leyenda, más o menos poética, de un santo o caballero que desciende al purgatorio, y la tradición islámica había zurcido una copiosa literatura sobre el ascenso de Mahoma a los siete cielos. Es posible que Dante conociera algunas de estas leyendas del Islam, aunque nos presenta como su guía, su maestro y precursor a Virgilio, quien también había hecho descender a Eneas a los infiernos. El poema de Dante empieza así: «Al estar ya en la mitad de la vida — me encontré en una selva obscura — donde la vera vía era perdida. — No basta con decir fue cosa dura — esta selva salvaje, áspera y fuerte, — que el recordarla renueva la amargura. — Tanto fue amarga que casi me dio muerte; — mas por decir del bien que allí encontré, — diré del mal que vino de esta suerte...»

Dante. Miniatura de la Biblioteca Ricardiana. Florencia.



Por la introducción ya comprendemos que el Dante, al empezar su poema, se proponía, no sólo describir el mal y las torturas del infierno, sino también el bien, o la beatitud de las almas en el cielo. Boccaccio explica que, al salir desterrado de Florencia el año 1301, Dante abandonó entre sus papeles los siete primeros cantos de *La Divina Comedia*. Seis años más tarde, sus amigos de Florencia encontraron en un armario estos papeles, que allí yacían completamente olvidados, y los enviaron inmediatamente al poeta, quien creía que habían sido destruidos en el saqueo de su casa por las turbas del bando güelfo. Boccaccio añade que Dante, al recibirlos, dijo: «Había ya abandonado este proyecto de poema, pero, pues la fortuna me ha devuelto estas páginas, probaré de recordar la idea que tenía y acabarlo con ayuda de la gracia.»

Desde entonces, el año 1307, hasta que murió, el 1321, Dante trabajó sin cesar en *La Divina Comedia*. Cuando daba por terminados seis o siete cantos, los enviaba al señor de Verona, Cangrande della Scala, quien actuaba como jefe del partido del emperador de Italia. Con ello, no debe extrañarnos que *La Divina Comedia* esté llena de pasión política. Los crímenes contra el Imperio serán castigados más duramente que los pecados capitales. En el último pozo del infierno, más abajo del lugar donde se da tortura a los traidores a la patria, están los traidores a la Suprema Majestad: Judas, que entregó a Cristo, y Bruto, que asesinó a César. Judas y Bruto se encuentran con Lucifer, sumergidos en un mar de hielo, y, como ellos, los nacionalistas del partido güelfo tendrán por compa-

ñero de torturas al maldecido Iscariote. Dante envió los primeros cantos del *Paraíso* al señor de Verona, con una carta en la que se queja de pobreza y otras circunstancias difíciles por que atraviesa, pero añade un utilísimo comentario al doble sentido de todo su poema. Por él comprendemos que, además de su significado político y real, tiene *La Divina Comedia* una interpretación mística y simbólica. El primer canto del *Paraíso* empieza ya con estos versos: «La gloria de Aquel que todo mueve, — penetra en el Universo y resplandece; — en ciertas cosas fuerte, en otras leve. — Yo fui al cielo, do su luz más crece —, y cosas que allí vi no las diré, — ni nadie las dirá que descendiese.»

El tomismo o aristotelismo de estos conceptos es evidente: Dios es causa del movimiento, y, según Aristóteles y Tomás, las cosas se sostienen por el deseo que las mueve hacia El. Y como el movimiento es lo que da forma y caracteriza cada cosa, Dios no sólo es su motor, sino su creador. Dios resplandece y penetra las cosas, en unas más y en otras menos, y este más o menos del Espíritu de Dios, que brilla en cada cosa, contribuye a su individualidad. De esto a creer que la individualidad provenga sólo de la desigual distribución del Espíritu, ya no hay más que un paso; y es cierto que este paso no lo dieron ni Aristóteles, ni Santo Tomás, ni Dante. Pero, con tales ideas, tampoco asombra que Dante pusiera a Averroes y a Siger de Brabante en lugares preferentes del reino de ultratumba.

Dante, en la primera parte de su viaje, recorre el infierno y el purgatorio acompañado de Virgilio, que representa la sabiduría humana, o la Filosofía. En estos lugares no encontraremos a los diablos que huelen a azufre, con largas colas y grandes horquillas, del infierno popular. Las almas sufren por la continuación de su mismo pecado, tienen con exceso lo que habían deseado desordenadamente en su vida terrena. Los esbirros o ejecutores de la Justicia Divina son centauros, arpías, Minos, Carón y otras creaciones de las gentes grecorromanas. En este sentido, *La Divina Comedia* es una primera manifestación del Renacimiento, otro síntoma, como la resurrección del derecho romano, del interés por lo clásico que se manifestará más tarde.



**Mascarilla de Dante.
Museo Nacional. Florencia.**

Al llegar al umbral del cielo, Virgilio tiene que abandonar a Dante y confiarle a Beatriz; ésta representa el conocimiento de las cosas de Dios, o sea la Teología. El motivo por el cual Dante escogió esta doncella florentina por guía, en lugar de un doctor, como San Agustín o Santo Tomás, es también muy significativo: Dante, al salir de la pubertad, se había enamorado de Beatriz Portinari, muchacha de nueve años. «Ella se me apareció vestida con el más noble de los colores, un modesto y apropiado color escarlata, compuesta y adornada como correspondía a su edad. Luego que la vi, el espíritu vital, que mora en lo más recóndito del corazón, empezó a sacudirme con tal temblor, que casi perdí el sentido y pronuncié con voz desfallecida estas palabras: —He aquí un dios, el Amor, más fuerte que yo, que me gobernará siempre.»

Beatriz murió joven, pero, por su misma inocencia, sabía más de las cosas de Dios

que los maestros y doctores en Teología. Si Dios penetra en cada cosa, Dios penetrará el alma, y ésta, en su pureza, llegará a conocer las cosas de su Creador, como el filósofo autodidacto de Aben-Tofail, del que hemos hablado en otro capítulo. Es de suponer que Dante no quiso llegar tan lejos como Aben-Tofail, pero, ateniéndonos al doble sentido que palpita en toda su obra, Beatriz debe de ser algo más que la niña florentina que amó en su juventud y que se le aparece embellecida con el tiempo.

Pero ni aun Beatriz puede llegar hasta el trono de Dios; en los últimos cantos del *Paraíso* la doncella confía el poeta a un último guía, el doctor místico más en boga por aquel tiempo, San Bernardo de Claraval; éste conduce a Dante a presencia de María, «Virgen y Madre, Hija de su Hijo,— humilde más que toda criatura», y, sobre todo, ante Dios, que está descrito todavía en el verso final de *La Divina Comedia* como el motor—el *primum movens* de Aristóteles —, como «el Amor que mueve al Sol y a las estrellas».

Dante murió en el destierro. Su contumaz rebeldía pareció, hasta hace poco, testarudez de reaccionario que pretende mantener la caduca idea imperial, en oposición a las monarquías y las nacionalidades. Pero hoy el ideal de Dante vuelve a ser, para muchos, la única solución posible de la Europa destrozada por odios de naciones. Acaso, en lugar de un emperador, se establezca un Consejo Internacional, pero es evidente que sólo una organización basada en el respeto de la variedad de las gentes, y también en el reconocimiento de la unidad de intereses, puede dar al mundo viejo la paz y la prosperidad que parecen imposibles con el exceso de nacionalismo que podemos comprobar en nuestros días.

Primer ejemplar de bóveda gótica en el pórtico de la Abadía de San Dionisio, junto a París.





Vista de la fortaleza y murallas de Salónica.

26 BIZANCIO. EL PLEITO DE LAS IMAGENES. CONVERSION DE LOS ESCLAVOS. EL IMPERIO LATINO DE CONSTANTINOPLA

En los capítulos anteriores hemos visto al Imperio bizantino de Constantinopla tratando de intervenir en los asuntos de Occidente. Edificada sobre el asiento de Bizancio, la ciudad de Constantino se llamó primero *Nea-Roma* y, durante la Edad Media, creyó conservar la sucesión y los derechos del antiguo Imperio romano. El emperador se honraba con el calificativo de *Augusto*, y el colega, destinado a sucederle, se adjudicaba el título de *César;* había en Constantinopla cónsules y Senado, y hasta muy tarde los documentos se redactaron en griego y en latín.

Pero nunca Constantinopla pudo hacer valer por entero sus derechos. Si bien Justiniano recobró a Italia y el Africa del Norte, estas provincias se perdieron otra vez por las invasiones de los longobardos y los árabes. En las Galias y en España, aunque a veces los monarcas francos y visigodos se dirigieran al emperador bizantino como al soberano universal, de hecho se consideraban independientes. Por fin, bajo la presión del Islam, Constantinopla tuvo que renunciar a sus aspiraciones al imperio único y aceptar el hecho consumado de un emperador germánico para las provincias occidentales. Con todo, el emperador de Constantinopla a veces encabeza sus cartas a Luis el Piadoso llamándole «rey de los francos y longobardos, que se titula a sí mismo Emperador». Es una vulgar equivocación suponer que Bizancio permaneció en continuada decadencia y que sus emperadores fueron una serie de monarcas incapaces, irresolutos y soñadores. Varios murieron en el campo de batalla, otros perecieron víctimas de su política o de sus ideas teológicas; sólo algunos acabaron sus días en el triclinio dorado del palacio imperial. Los últimos vástagos de cada dinastía solían ser tonsurados a la fuerza, o morían asesinados por un caudillo ambicioso, que llegaba de provincias y rejuvenecía con sangre nueva al Imperio en peligro.

Lo que paralizó la vida de Bizancio fueron sus problemas gigantescos, algunos de ellos insolubles. Bizancio se hallaba en la frontera de la Cristiandad, y era natural que allí aparecieran siempre nuevas herejías, pues los sectarios tenían empeño en atraer



Emperador iconoclasta dirigiendo el blanqueo de las imágenes. Miniatura de un códice bizantino del Vaticano.

la gente de la capital a sus extravíos. Muchos de los errores que empezaron a ser motivo de una simple controversia local, acabaron por debatirse en Bizancio. De este modo, si cada una de las provincias tuvo sus días de trastorno y su herejía propia, Bizancio, en cambio, sufrió por todas las heterodoxias y desatinos, puesto que todos repercutieron en la capital.

Bizancio también sirvió de baluarte a los pueblos de Europa contra los persistentes ataques de las gentes del Asia. Primero, continuó la perpetua guerra de Roma con los persas, después detuvo a los árabes, ávaros y búlgaros por casi un milenio. Ya el año 668, el 45 de la hégira, una armada árabe llegó delante de las murallas que defienden a Constantinopla por el lado de los estrechos; medio siglo más tarde, el año 717, los mahometanos penetraron en el Bósforo con mil ochocientas naves... y si esto ocurría por mar, puede imaginarse lo que sucedería por tierra.

En la lucha secular entre Bizancio y el Islam, el Occidente sólo ayudó con las cruzadas, que ocasionaron al Imperio de Constantinopla más perjuicios que beneficios. Además del egoísmo propio, existía el recelo que despertaba en los latinos la Iglesia oriental, en especial tras la violenta querella sobre el culto de las imágenes. En Constantinopla se había logrado crear una completa iconografía cristiana. Además de la imagen de Jesús sentado en un trono imperial, se veneraron varias imágenes de la Virgen de pie y sentada. Una de ellas, la Odogetria, la Patrona de los carteros, fue introducida y aceptada en Occidente. En tiempo de Carlomagno la encontramos en Aquisgrán y en Venecia, antes que en Roma.

La difusión de la iconografía bizantina se vio perjudicada por la querella que llamamos iconoclasta. Contribuyó a enardecerla la propaganda que hacían los musulmanes contra el culto de reliquias, santos e imágenes. Sería una exageración creer que los emperadores que promulgaron edictos contra el culto de las imágenes lo hacían contaminados por las simples ideas de monoteísmo y misticismo que fueron la fuerza del Islam en sus primeros siglos.

León III, el iniciador de la *reforma,* había vivido muchos años en contacto con los musulmanes, aunque sólo fuese para combatirlos. Había nacido en la montaña de Isauria, también en la frontera, y con su rudeza y simplicidad nativas suponía que ciertos trastornos volcánicos que ocurrieron en el archipiélago por el año 726 eran una manifestación de la cólera divina por el exaltado fervor con que allí se veneraban las imágenes. Por esta época todavía el Imperio bizantino tenía posesiones en Italia, y el Papa reconocía aún al emperador como el monarca supremo de la Cristiandad y su protector contra los ataques de los longobardos. Pero al promulgarse el edicto de León III en que prohibía el culto de las imágenes, los italianos se rebelaron y el Papa buscó otro defensor en el rey de los

francos. Un concilio reunido en Roma (731) excomulgó a cuantos se oponían al culto tradicional, lo que demostró claramente que la Iglesia romana se sentía independiente del emperador de Constantinopla.

En Oriente la prohibición produjo también una impresión desfavorable. San Juan Damasceno expuso a las claras la falsa posición del emperador cuando dijo que «no era incumbencia del poder civil legislar en materias religiosas». Durante el tiempo que vivió León III, la prohibición no fue aplicada rigurosamente; muchas de las iglesias de Constantinopla, y el palacio del patriarca, conservaron la decoración de sus frescos y mosaicos. Pero el hijo de León III, llamado Constantino V, el Sucio, extremó la persecución de las imágenes sin reparar en sus consecuencias. A diferencia de su padre, que era un montañés de escasa cultura, Constantino V tenía pretensiones de teólogo y escribía sermones y libros para probar la aberración del culto de las imágenes de los santos y de la Virgen. Al quedar vacante la silla patriarcal (753), el emperador convocó un concilio en uno de sus palacios del Bósforo, al que concurrieron más de trescientos obispos. Los prelados no aceptaron todas las opiniones del emperador; mantuvieron las doctrinas de la Iglesia respecto a la intercesión de la Virgen y de los santos, pero condenaron el culto de los iconos, «cosa detestable y abominable», que debía ser castigado como una rebeldía contra los mandamientos de la Ley de Dios y la doctrina que había sido sustentada por los Santos Padres.

Desde aquel momento el emperador hizo suya la decisión del concilio de Constantinopla, para oponerla a la del concilio de Roma, y, además, creyó tener la obligación de castigar a los que se mostraban recalcitrantes. Algunos sufrieron martirio. Los monjes especialmente continuaron siendo ardientes defensores de las imágenes sagradas, motivo por el cual varios monasterios fueron clausurados, e incluso uno fue transformado en arsenal.

El sucesor de Constantino V mantuvo la persecución, pero su reinado fue cortísimo, y a su muerte quedó, como regente de un niño de diez años, la emperatriz Irene, que procedió devotamente a la restauración de las imágenes. Irene no retrocedió para ello ni aun ante los mayores crímenes; al advertir que su hijo, ya crecido, demostraba visible frialdad hacia las imágenes benditas, le incapacitó para ocupar el trono, vaciándole los ojos en la misma cámara donde había nacido. Igual suerte corrieron los parientes de su marido, y ya sin temer



Dos guerreros bizantinos abrazándose antes de entrar en combate.

competencia, Irene pudo reinar hasta el año 802, en que una conspiración de los iconoclastas elevó al trono una nueva dinastía. Se había concertado el casamiento de Irene con Carlomagno, quien hubiera terminado la disputa, pero Irene fue depuesta y acabó sus días en el destierro.



La nueva dinastía, entronizada en la persona de Nicéforo I, no satisfizo a ninguno de los dos bandos en que se habían dividido la Iglesia y el pueblo de Bizancio; así es que, pocos años después, el 813, un general del ejército de Anatolia, de origen armenio, entró en Constantinopla «para velar por la seguridad del Estado y defender el Imperio cristiano». León V, el Armenio, creía sinceramente que los cristianos eran vencidos, en sus guerras con los paganos, «porque se habían prosternado delante de las imágenes». Consecuente con esta idea, hizo desempolvar del archivo las decisiones del concilio de Constantinopla del 753 para aplicarlas con todo rigor. Los monjes protestaron otra vez, usando los mismos argumentos de medio siglo antes: «Las cosas eclesiásticas son ajenas a la administración secular... El apóstol San Pablo habla de profetas, evangelistas y otras dignidades de la Iglesia, pero no menciona al emperador.» León V contestó recordando las palabras de Jesús, que hay que adorar en espíritu y en verdad... pero también fue víctima de su *celo*. El día de Navidad del año 820, mientras el emperador estaba cantando himnos, mezclado entre los coristas de la capital imperial, sus enemigos le derribaron sin vida, de un solo golpe, al pie del altar.

Uno de los conjurados, Miguel el Tartamudo, ocupó el trono, tratando de contentar a todo el mundo con una gran tolerancia. A pesar de su *liberalismo,* hizo públicas manifestaciones de no querer rendir culto a las imágenes; sus convicciones debían de ser muy arraigadas, pues escribió a Luis el Piadoso para que intercediera ante el Papa a fin de conseguir que éste le ayudara, desde Occidente, a combatir el culto de las imágenes. El emperador bizantino sabía que la querella había repercutido en la Iglesia latina y que algunos obispos ita-

La Virgen de la iglesia de los carteros, en Constantinopla, con Jesús que lleva la carta del Evangelio. Museo Metropolitano. Nueva York.



León Isaurio (714-741) y Constantino el Sucio (741-775), primeros perseguidores de las imágenes.



Miguel II (820-829) y su hijo Teófilo (829-842), últimos perseguidores de las imágenes.

lianos y españoles, acaso también por la proximidad del Islam, se habían manifestado iconoclastas. Pero no puede decirse que esta herejía, o disputa, hiciera peligrar la unidad de la Iglesia romana; el Occidente había recibido de Roma el sentido corpóreo de las cosas divinas, mientras que el Oriente, más filosófico, creía suficientes las puras ideas. Por esto la querella de las imágenes, mientras en el Occidente latino fue una pasajera nube de verano, en Constantinopla duró más de un siglo.

El hijo de Miguel el Tartamudo, llamado Teófilo, fue también iconoclasta, pero a su muerte, al quedar de regente la emperatriz Teodora, se restableció la ortodoxia, y las imágenes más veneradas fueron llevadas en procesión desde la iglesia de las Blaquernas hasta Santa Sofía. Era el primer domingo de cuaresma (843); por la noche la emperatriz dio un banquete, y en la mesa ocuparon lugar preferente los que habían luchado en favor de las imágenes.

Pese a esta *retractación,* el Occidente y el Papa continuaron mirando con recelo a la Iglesia de Constantinopla; ésta tenía problemas, querellas y disputas que no podían causar sino perjuicios al resto de la Cristiandad; pretendía, además, ser *autocéfala,* y, por fin, en el punto concreto de la procedencia del Espíritu Santo, del Padre y del Hijo, tenía su fórmula teológica distinta de la de los latinos. Por espacio de casi dos siglos la Iglesia de Constantinopla se mantuvo oficialmente dentro de la legalidad y procuró conservarse fiel a la Iglesia romana. Legados y embajadas trataron de cambiar la situación, convirtiendo las relaciones, de puramente oficiales, en cordiales de verdad. Por fin, el 15 de julio de 1054 la ruptura se hizo completa: los legados del Papa depositaron una bula de excomunión sobre el altar mayor de Santa Sofía y abandonaron a Constantinopla. Desde aquel día, la Iglesia griega ha vivido aparte de la latina, y las iglesias de Sicilia y de la Italia meridional, que antes dependían de Constantinopla, se hicieron sufragáneas de la romana.

Pero lo que Constantinopla perdió en Occidente, lo ganó de sobras, en su expansión por el Norte, con la conversión de los eslavos; éstos eran los descendientes de los antiguos sármatas, que iban abandonando su vida nómada, estableciéndose en ciudades y formando naciones. Los llamados eslavones, o eslavos del Sur, habíanse instalado en las tierras a lo largo del Adriático que habían sido las antiguas provincias romanas de la Panonia y la Iliria. Su núcleo principal eran los búlgaros, tenaces guerreros que algunas veces llegaron a hostilizar los suburbios de Bizancio. Estos eslavos del Sur fueron convertidos, a últimos del siglo IX, por los dos santos hermanos Cirilo y Metodio. Aunque de familia griega, habían nacido en Salónica, donde había muchos eslavones, y pudieron aprender desde la cuna el lenguaje de las gentes que más tarde convirtieron al cristianismo. De otro modo, casi no se explicaría su genial capacidad para interpretar los sonidos extraños

de las lenguas eslavas, que exigieron hasta la invención de algunas letras nuevas. Cirilo y Metodio se educaron en Constantinopla, se hicieron monjes en Asia Menor y fueron hasta Bagdad, para discutir con los sufíes el misterio de la Trinidad. Después visitaron el sur de Rusia, donde descubrieron los restos de San Clemente y los llevaron a Roma.

Allí el Papa les animó, aprobando y bendiciendo las traducciones que habían empezado a hacer en lengua eslava de los Evangelios y las epístolas de San Pablo; más tarde tradujeron también los Salmos y el Libro de los Macabeos. El dialecto por ellos usado fue el de los eslavos de Macedonia y Bulgaria, llamado esloveno, que ha quedado como el lenguaje sagrado de toda la Rusia. El uso de la lengua eslava en la liturgia ocasionó muchas preocupaciones a estos grandes apóstoles, y más tarde fue una de las causas de la separación de las iglesias eslavas de la Iglesia de Roma, pues aunque Cirilo y Metodio partieron para su misión final enviados por el Papa, en realidad eran monjes bizantinos y, al traducir las fórmulas de la liturgia, casi inconscientemente caerían en las singularidades de la Iglesia griega. Esto fue hábilmente explotado, y pese a la aprobación del Papa sobre el uso litúrgico del eslavo, Metodio, que sobrevivió a su hermano, experimentó por este hecho grandes dificultades. El resultado es que, hoy, sólo algunos eslavos de Bohemia y Croacia son católicos; todos los demás han seguido los destinos, nada envidiables, de la Iglesia griega de Constantinopla.

Mientras tanto, los eslavos del sur de Rusia y de Ucrania iban también estableciéndose en ciudades. Les estimulaba a organizarse la presencia de colonias de varegos, o escandinavos, a lo largo de la ruta de las caravanas que regularmente iban del Báltico al mar Negro y hasta a Constantinopla. Los varegos, al principio, iban en compañías armadas, para protegerse de los ataques de los nómadas de la estepa; eran, en realidad, grupos de guerreros *vikingos,* que buscaban la doble ganancia del pillaje y del comercio. Llevaban a Constantinopla pieles y ámbar, y, además, esclavos, que habían hecho por el camino; regresaban con tejidos, joyas y monedas. Poco a poco los varegos establecieron a lo largo de la ruta sus colonias. Así parece que se formaron los primeros centros de población del sur de Rusia; lo positivo es que encontramos ya las dos grandes ciudades de Novgorod y Kiev, a mediados del siglo IX, con príncipes que envían embajadas y cobran sus tributos.

El primer príncipe ruso que mencionan las historias es el famoso Oleg, de Kiev, que se atrevió ya a emprender una expedición militar contra Constantinopla; ésta acabó con un tratado por el que los bizantinos se comprometieron a pagar un tributo o pen-



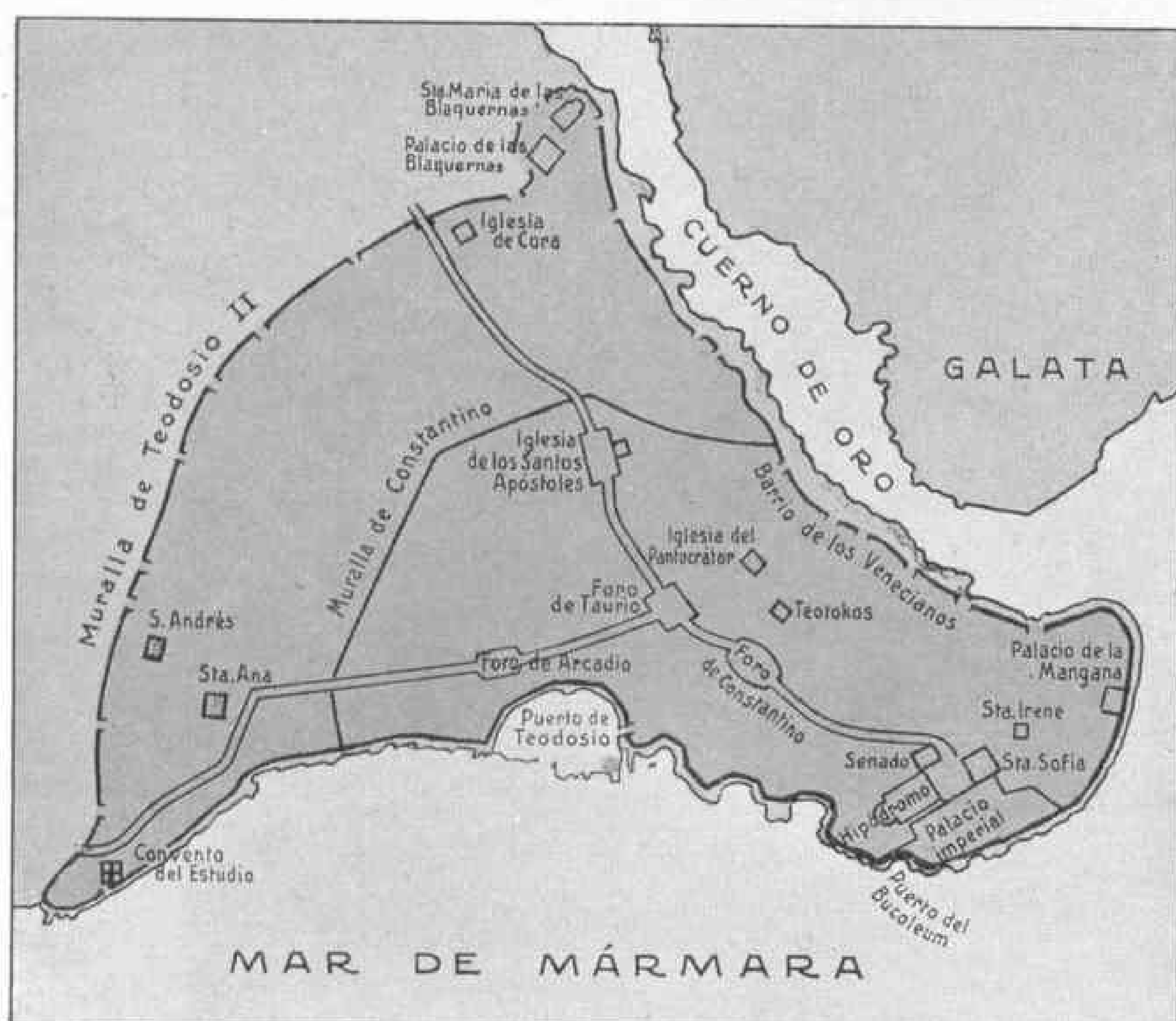
Marfil con los retratos de Romano IV y Eudoxia, coronados por Jesús (1071), restauradores del culto de las imágenes.



Fragmento de un mosaico descubierto recientemente en el lugar donde estuvo el Palacio Imperial de Constantinopla. Su carácter laico parece indicar que sea de la época iconoclasta.

sión a Oleg para que permaneciese tranquilo. Empero, los plenipotenciarios que firman el documento, el año 911, en nombre de Oleg, llevan todavía nombres escandinavos.

En realidad, la historia rusa empieza con Igor, sucesor de Oleg en Kiev, quien pronto reanudó los ataques a los bizantinos. El año 914, aprovechándose de que la flota de Bizancio estaba empleada contra los sarracenos, Igor y sus eslavos desembarcaron en Bitinia, del Asia Menor, y llegaron hasta el Bósforo. A la muerte de Igor, gobernó por algún tiempo los Estados del príncipe de Kiev su viuda Olga, que era ya cristiana. Debió de ser bautizada por un misionero cuyo nombre nadie nos ha conservado, pero consta que hizo un viaje a Constantinopla el año 957. El hijo de Olga e Igor tenía carácter aventurero, era animoso, y pensaba llevar su capital más al Sur, lo que hubiera sido un desastre para el futuro Estado ruso. Se dice que, por temor de las burlas de sus compañeros, los varegos de la escolta real, se mantuvo pagano. En cambio, su hijo, nieto de Olga e Igor, es el santo Vladimiro, que, al convertirse, hizo bautizar a la fuerza a todos sus súbditos. Al principio, Vladimiro era rabioso pagano; también su superstición era la de los varegos, o escandinavos, que componían su guardia. Levantó varios ídolos en las colinas que rodean a Kiev, vivía con cinco esposas y centenares de concubinas. Pero, el año 988, el gran emperador de Constantinopla, Basilio II, encontrándose en gran aprieto, pidió a Vladimiro que le ayudara con seis mil guerreros, para dominar una insurrección. Vladimiro consintió en enviarle este ejército si Basilio le prometía a su vez concederle a su hermana, la princesa Ana, por esposa. Basilio accedió a esta demanda, sólo con la



Plano de Bizancio en el siglo XIII.

condición de que Vladimiro debía abjurar sus errores y prometer bautizarse. Este pacto fue cumplido no sin cierta repugnancia de Basilio, que consideraba aquel matrimonio de su hermana más como un sacrificio religioso que como una maniobra política.

Ana desembarcó en la península de Crimea, antigua colonia griega, entonces provincia bizantina, que su hermano le había señalado como dote. Ana llevaba, además, un séquito de obispos, misioneros y damas de compañía, que casaron con otros príncipes eslavos, obligándoles a refinar sus costumbres. La Iglesia latina hizo algún esfuerzo para que la recién formada Iglesia eslava reconociera la autoridad del Papa, pero los magnates rusos nunca quisieron olvidar que debían su transformación social y religiosa a la Iglesia de Bizancio.

En tiempo de Basilio II empieza también la prosperidad de Venecia. Protegida por sus lagunas, en las islas de arena accesibles sólo por canales había crecido una población casi del todo dedicada al comercio marítimo. Basilio mantuvo siempre buenas relaciones con la familia del dux Urseolo y concedió grandes privilegios a los venecianos que iban a comprar y vender a Constantinopla. Los venecianos pagaban, no por la calidad y cantidad de la mercancía, sino una tarifa igual de quince sueldos por cada buque, grande o pequeño, que llegaba a un puerto griego; esto les estimulaba a construir barcos de gran tonelaje, y por ello la marina veneciana fue pronto la más importante del Mediterráneo.

En esta época, a fines del primer milenio, el Imperio bizantino había llegado también a un razonable concierto con los árabes. El hijo de Basilio II consintió que se pudieran recitar plegarias por el sultán de Egipto en la mezquita de Constantinopla, y que ésta tuviera un almuecín a cambio de que el emperador bizantino pudiese restaurar el templo del Santo Sepulcro, de Jerusalén.

Cuando los cruzados llegaron a Constantinopla, el Imperio bizantino se encontraba, pues, rodeado de aliados que le respetaban y de enemigos que le temían. Ya hemos explicado cómo, consciente de su fuerza y de sus derechos, el emperador Alejo pudo obtener de los jefes de la expedición que le prestaran homenaje. Iban a establecer señoríos en las tierras que conquistarían de los sarracenos; estaba, pues, dentro de la mentalidad de la época que tenía que haber un emperador, de quien todos serían feudatarios; éste no podía ser el emperador germánico, porque Siria y Palestina habían estado siempre sujetas a la administración oriental; no podía ser el Papa, por más que lo había deseado; el único que podía recibir el homenaje imperial era, pues, el Augusto de Constantinopla. Y, en efecto, uno tras otro, los cruzados le reconocieron como superior jerárquico, a pesar de haber sido excomulgado por Roma. Claro que esta dependencia fue sólo pura fórmula, y a cambio de auxilios que les prometió el emperador, jefe de los cismáticos.

Durante casi un siglo pasaron por Constantinopla las grandes bandadas de guerreros y aventureros de la primera, segunda y tercera cruzadas, sin hacer al Imperio bizantino ni grave daño ni gran beneficio. Pero la actuación de la cuarta cruzada ya fue diferente; los *latinos* asaltaron a Constantinopla, la saquearon e instalaron en

ella como emperador a uno de los suyos. Aunque la iniciativa partiera del Papa, la cuarta cruzada fue empresa de unos cuantos nobles franceses que se habían reunido en un castillo, con motivo de un torneo (1199), a los cuales se unieron otros italianos y alemanes del bando gibelino. Decidida la cruzada, seis delegados de los principales jefes pasaron a Venecia para contratar los transportes. Entre ellos iba el mariscal de la Champagne, Godofredo de Villehardouin, quien escribió un relato de la expedición, en que se consignan las palabras de los jefes en los consejos y se describen las terribles acciones en que tomó parte. El que dirigió las negociaciones por parte de los venecianos era un dux octogenario y ciego, Enrique Dándolo, que ha pasado a la historia como ejemplo singular de audacia y energía.

El negocio entre los futuros cruzados y Venecia fue concertado en estos términos: los cruzados debían pagar a la república 85.000 marcos de plata, y los venecianos debían tener una flota preparada el día de San Juan del año 1201, para transportar a

Iglesia bizantina de los Doce Apóstoles, en Salónica.





Convento de San Teodoro. Mistra.

Oriente 4.500 caballos y 9.000 hombres de a pie. El mantenimiento de todos durante el viaje corría de cuenta de los venecianos, quienes debían contribuir también a la expedición con una armada de 50 galeras de combate para proteger el convoy.

Los venecianos cumplieron el contrato: buques y provisiones estaban dispuestos en la fecha señalada, y había establos para los caballos y albergues para el ejército mientras tuvieran que esperar en las islas de las lagunas. En cambio, los cruzados sólo pudieron reunir 50.000 marcos, pero Dándolo halló la solución, ofreciéndose a emprender el viaje si los cruzados le ayudaban a reconquistar, por el camino, la ciudad de Zara (Dalmacia), que, perteneciendo a los venecianos, había sido ocupada por los húngaros.

Después de muchas negociaciones, los cruzados no tuvieron más remedio que aceptar la propuesta de Dándolo; partieron de Venecia el 10 de noviembre, y dos días después Zara era tomada y destruida por los venecianos. El Papa, que trataba de atraerse a los recién convertidos húngaros, no pudo menos de protestar al ver que las energías de los cruzados se empleaban en destruir una ciudad cristiana. Pero los cruzados tenían otras preocupaciones más graves que la de contentar al Papa; el problema era ir directamente a Palestina, o atacar

primero a Egipto. Por fin determinaron no hacer ni una cosa ni otra; porque, después de la toma de Zara, habían recibido un mensaje que les decidió a marchar sobre Constantinopla, para intervenir en las luchas entre la familia imperial de los Angelos. El pretendiente destronado ofrecía pagar a los venecianos la suma de 35.000 marcos que aún les debían los cruzados, si a cambio de ello le ayudaban a recuperar la corona. Además prometía que, después de ser restaurado, contribuiría con un ejército de 10.000 hombres a la prosecución de la cruzada, mantendría 500 caballeros, constantemente, para la defensa del Santo Sepulcro, y restablecería la autoridad del Papa sobre la Iglesia bizantina.

Con estas ofertas, y lo deseosos que estaban los venecianos de aumentar su influencia en Oriente, los cruzados partieron de Corfú con rumbo a Constantinopla. Llevaban consigo a su aliado, y llegaron a la vista de la gran ciudad en junio de 1203. He aquí la impresión que produjo a los latinos: «¡Cómo miraban a Constantinopla aquellos que nunca la habían visto! Nunca soñaron que hubiese una ciudad semejante en el mundo, tan rica, con tan altas torres y murallas, tantos palacios y grandes iglesias...» Los cruzados forzaron las cadenas que defendían el puerto y entraron en el Cuerno de Oro el 17 de julio. El primero en escalar la muralla fue el ciego y octogenario Dándolo. En agosto, su protegido era coronado en la iglesia de Santa Sofía, en presencia de los principales jefes de los cruzados. Pero pronto empezaron las querellas entre bizantinos y latinos; el nuevo emperador experimentaba dificultades para cumplir sus compromisos, y los cruzados, esperando el dinero y los soldados prometidos permanecían en Constantinopla, haciéndose cada día más molestos.

Los venecianos no hacían nada para restablecer la cordialidad; después de varios motines y levantamientos de los griegos, que miraban con malos ojos aquella promiscuidad del nuevo emperador con los latinos, se vio claro que la única solución era establecer un Imperio latino en Oriente. Venecianos y franceses convinieron de antemano cómo se repartirían el botín de Constantinopla; hecho esto, los jefes de los cruzados se apoderaron del palacio imperial y a sangre fría dieron autorización a la soldadesca para que empezara el pillaje. Duró tres días. Escandalizado el Papa, al tener noticia de lo ocurrido, condenó la *hazaña* en estos términos: «Los defensores de Cristo han gozado bañándose en sangre cristiana. No han respetado edad ni sexo. Han cometido adulterio, fornicación e incesto a la luz del día. Ni matronas ni vírgenes consagradas al Señor se han librado de su brutalidad. No sólo han robado y despilfarrado los tesoros del Imperio y de los particulares, sino que se han atrevido a poner sus manos sobre los bienes de la Iglesia...» Los cadáveres de los antiguos empera-



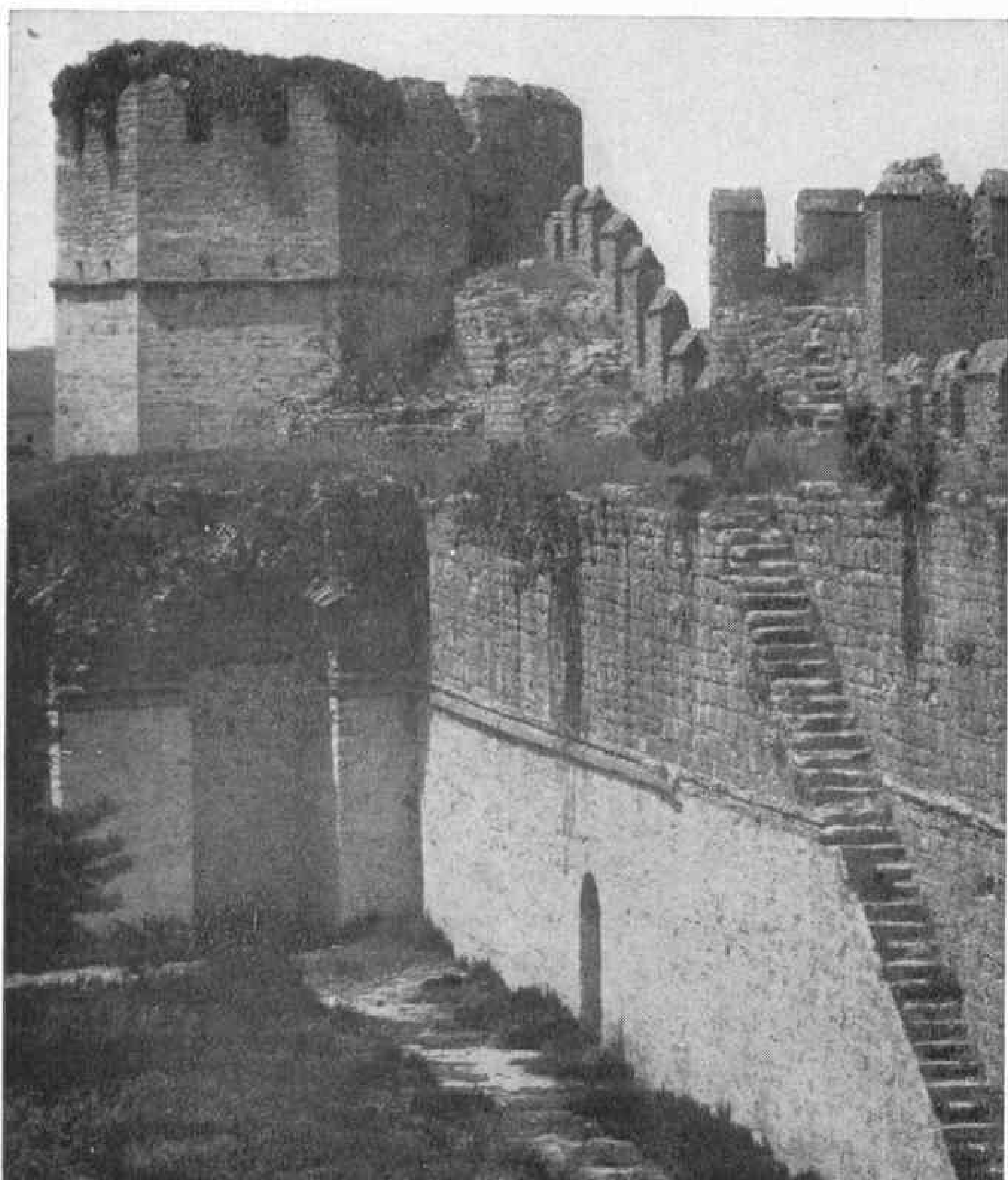
Un magnate ruso y su esposa con trajes de telas bizantinas. Moscú.

dores bizantinos fueron desenterrados y escarnecidos. Muchas obras de la gran época del arte griego desaparecieron en esta ocasión; el Hércules de Lisipo, la Juno del templo de Samos y centenares de estatuas clásicas que habían encontrado su refugio en Bizancio, fueron destruidas por los cruzados sin consideración a su antigüedad y belleza. Nicetas, un historiador bizantino, dice que los musulmanes hubieran sido más humanos con Bizancio que los caballeros de la Cruz. Todavía hoy los escritores cultos del Islam se complacen en comparar la toma de Jerusalén por el califa Omar, entrando en la ciudad acompañado del Patriarca, con el saqueo de Constantinopla, dirigido por Dándolo y sus cruzados.

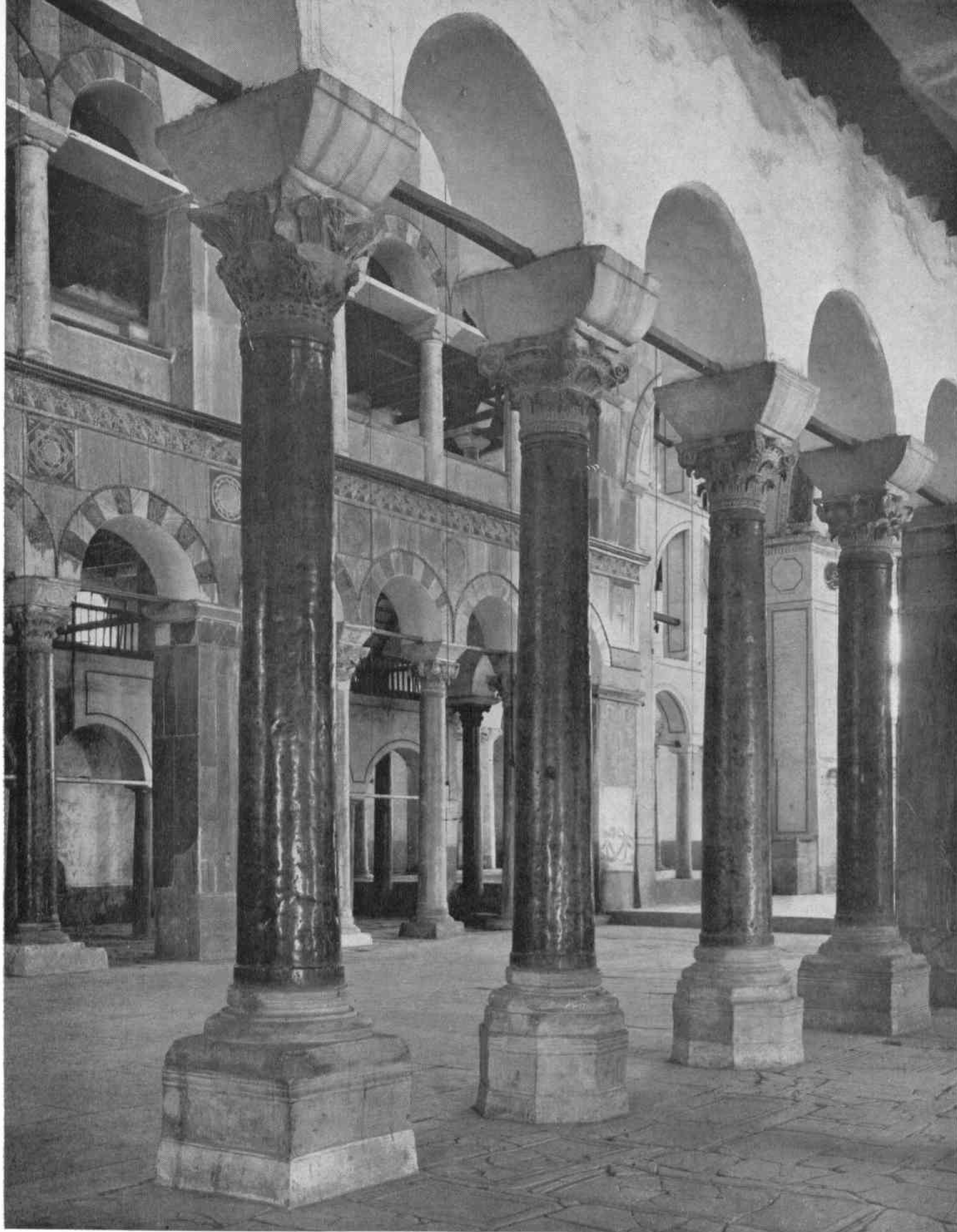
Villehardouin, en su relato de testigo ocular, dice que el botín fue tan grande que nadie lo hubiera podido contar. A pesar de que los venecianos se hicieron con la parte del león, todavía les correspondieron a los latinos cuatrocientos mil marcos de plata. En mayo del año 1204, Balduino, conde de Flandes, fue coronado emperador, con la pompa tradicional de los bizantinos. Después vino el reparto de la tierra; los venecianos se adjudicaron el Epiro, el Peloponeso, el archipiélago jónico y Gallípoli. Hasta de Constantinopla, la capital, quisieron tres octavas partes, incluyendo el barrio donde estaba Santa Sofía y poniendo por patriarca a uno de los suyos, llamado Tomás Morosini.

Uno de los jefes de los cruzados, Bonifacio de Montferrato, se quedó con la Tesalia y Macedonia. Enrique de Flandes fue nombrado señor de Adramatum; Hugo de San Pol, señor de Demótica; Luis de Blois, duque de Nicea, *et sic de cæteris...* El territorio real se reducía a una zona de tierra a lo largo de los estrechos y algunas islas importantes, Lesbos, Chíos, Samos y Cos. Al conjunto se le llamó imperio de Romania y se le dio una organización feudal análoga a la que habían establecido los primeros cruzados un siglo antes en Jerusalén. Los *Assises de Romania,* o código político del nuevo Imperio, es otro modelo de lo que sería la sociedad ideal para los latinos de principios del siglo XIII. El emperador, elegido por los barones, en su dominio real no era más que otro de éstos, y cada uno en sus tierras era dueño absoluto. El emperador no podía hacer más que coordinar la política exterior; para solventar sus diferencias con los barones debía acudir a un alto tribunal de Justicia, compuesto de latinos y venecianos. Los recursos de un monarca como el emperador latino de Romania debían de ser muy precarios y su situación, desde luego, se haría harto difícil, pues los venecianos no pagaban ninguna clase de impuestos.

Las brutalidades cometidas en el saqueo de Constantinopla, y la audacia con que se repartieron el Imperio, levantaron contra los cruzados el sentimiento patriótico de los griegos, despertándoles la conciencia de la propia nacionalidad. Dos descendientes de la familia real se rebelaron, uno en



Murallas de Constantinopla de la época de las Cruzadas.



Decoración de una iglesia bizantina. San Demetrio, de Salónica, antes del incendio de 1918.

el Asia Menor y otro en el Epiro, y formaron cada uno un principado, al que podían agregarse los descontentos de otras regiones.

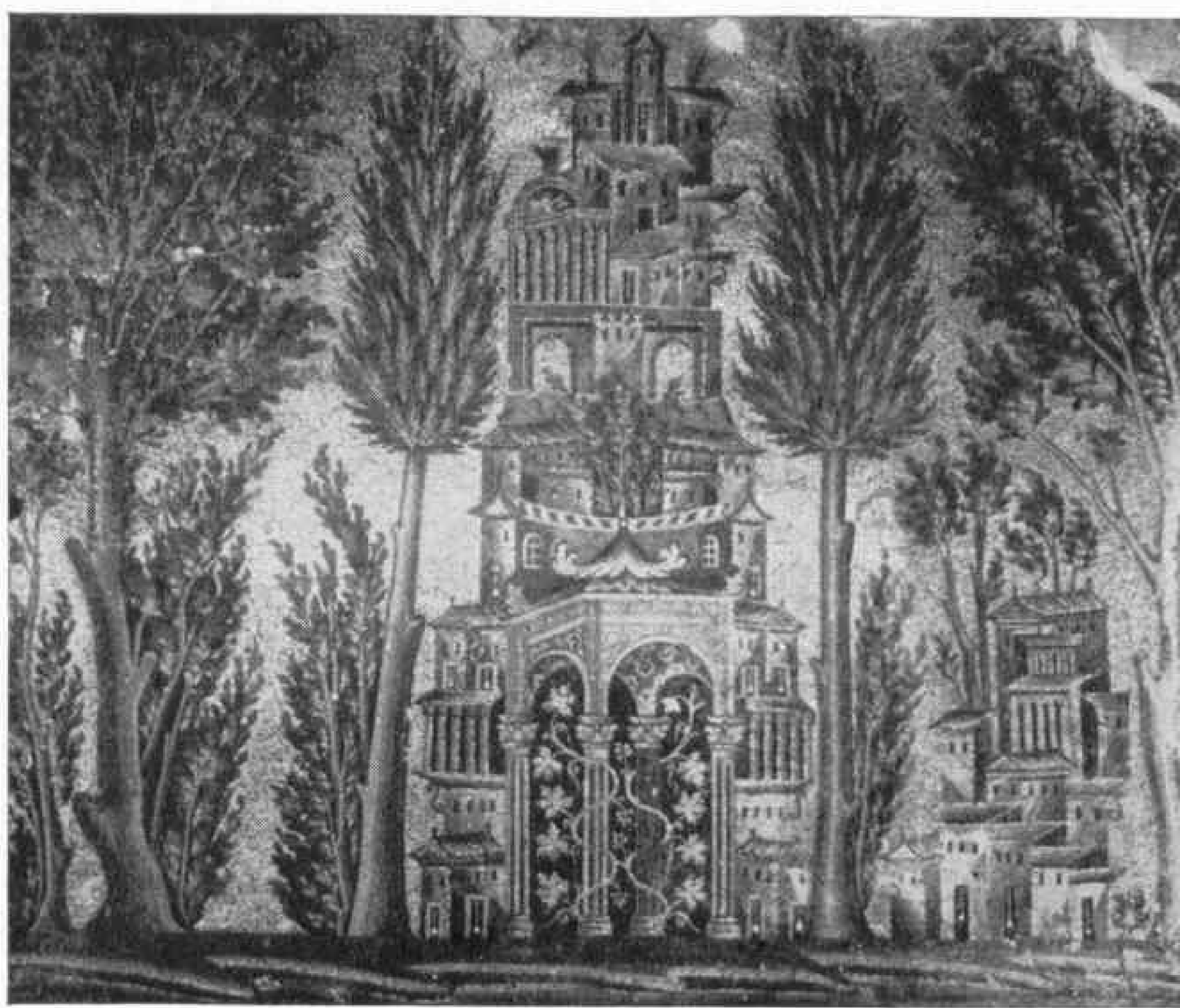
Para que el ataque a los latinos tuviera más probabilidades de éxito, el rebelde bizantino del Epiro se alió con el rey de los búlgaros, un bárbaro eslavo que se llamaba a sí mismo *Romanóctonos,* o matador de romanos. Quería éste desquitarse de las degollinas de búlgaros que había hecho Basilio II dos siglos antes. Griegos y búlgaros avanzaron hacia Constantinopla, encontrán-

dose con los latinos en el campo de batalla tradicional de Adrianópolis. La lucha fue un desastre completo; el emperador Balduino fue hecho prisionero y tuvo que ser rescatado; el viejo Dándolo, con grandes peligros, dirigió la retirada del ejército hasta Constantinopla. El dux murió de tantas fatigas pocos días después.

Sin embargo, no fue el pretendiente bizantino del Epiro quien recogió la corona del emperador latino de Constantinopla. El que se aprovechó de la descomposición del Imperio de Romania fue el otro pretendiente, que atacaba por el lado del Asia. Se había hecho coronar emperador en Nicea y contaba con la alianza de los genoveses, los eternos enemigos de los venecianos. A cambio de substituir a los venecianos en la posición privilegiada que tenían en Constantinopla, los genoveses hicieron traición a sus hermanos de Occidente y ayudaron a Miguel Paleólogo a asaltar a Constantinopla. El Imperio latino había durado poco más de cincuenta años; en julio de 1261, al entrar en la ciudad Miguel Paleólogo por una puerta, el emperador Balduino II salía por la otra, acompañado de su patriarca latino y sus protectores, o protegidos, los venecianos.

De todos modos, el daño que los latinos habían hecho al Imperio era ya irreparable. Aquellos cincuenta años de feudalismo y de guerras incesantes habían destruido la organización secular que tenía sus raíces en la de la vieja Roma. La nueva dinastía inaugurada por Miguel Paleólogo no pudo hacer más que contemplar, en la mayor impotencia, cómo cualquier aventurero se erigía en señor de una isla o una comarca. Venecianos, genoveses, franceses, florentinos, navarros y catalanes, todos quisieron un pedazo del manto imperial. Ya, desde aquel momento, Bizancio no fue más que una débil valla para resistir las acometidas del Islam, y los turcos hubieron de acabar lo que tan eficazmente habían empezado los cruzados.

Cabe ahora preguntar qué debe la cultura a Bizancio. Los eruditos bizantinos conservaron algo de la ciencia y literatura griegas, y de sus reliquias se aprovecharon los helenistas del Renacimiento.



Decoración bizantina de una mezquita de Damasco.



Mongol ejercitándose en la caza con halcón.

27 LOS SULTANES SELYUCIDAS. LOS MONGOLES

EL califato abasida de Bagdad había durado unos quinientos años sin cambios dinásticos. Los califas se creían, o se proclamaban, sucesores del profeta. Pero a mitad del siglo XI se verificó un gran cambio por la intervención de los sultanes turcos selyúcidas que ejercían una autoridad casi absoluta como visires. Eran mahometanos más sinceros que los califas, quienes conservaban el título, aunque sin deseos de hacer valer su prestigio de jefes del Islam. Se ha comparado su situación a la de Francia en tiempos de los últimos reyes merovingios, sometidos a la tutela de los mayordomos de palacio.

Los turcos no eran de raza árabe ni semita, sino de origen turanio. El más antiguo antepasado del que vamos a tratar era un *beg*, o caudillo, llamado Tugrul, y su abuelo Selyuc fue el que dio nombre a toda su gente. Los turcos selyúcidas habían llegado del Asia Central y estaban acampados en los alrededores de Samarkanda, donde se hicieron mahometanos. Desde allí extendieron sus conquistas por Armenia, Persia y hasta parte de la India.

Mientras tanto, el califa de Bagdad estaba sometido a la despótica disciplina de una familia árabe pura, pero autoritaria, y no pudiendo tolerar más aquel hecho se dirigió al jefe de los selyúcidas y le pidió su protección. Tugrul llegó a Bagdad con 80.000 turcos selyúcidas, expulsó a los despóticos consejeros y envió en seguida un mensaje al califa en que le ofrecía su sumisión a él y al Corán. Su hija casó con el califa y Tugrul tomó el título de sultán. A su muerte recogió la herencia y el cargo su sobrino Alp-Arslán, que significa *corazón de león*. Su hijo Malik Shah fue el más grande sultán selyúcida, admirablemente secundado por su ministro Nizam al-Muluk.



Alminar de la mezquita de Alepo. Siria.

Nizam actuó como ministro de los sultanes Alp-Arslán y Malik, pudiendo restablecer el prestigio del califato del tiempo de Harún al-Raschid. Organizó la administración, construyó puentes y caravasares, dio seguridad a las rutas comerciales, protegió a poetas y filósofos, a quienes atrajo a Bagdad, edificó mezquitas y sobre todo muristanes o enfermerías. A la edad de setenta y cinco años, y basándose en su experiencia, escribió su libro, que es clásico todavía en todos los países del Islam. El *Siyasat shama* o *Arte de gobernar* está escrito en buena prosa persa. Insiste en mantener el Estado dentro de la doctrina coránica. El pueblo debe obedecer al monarca, pero éste debe evitar la bebida, castigar a los funcionarios corrompidos y dos veces por semana, en audiencia pública, escuchar las quejas de los que han sido vejados por la administración. Nizam era humano y tolerante, pero deploraba que cristianos, judíos y chiítas (partidarios de la divinidad de Alí) no aceptaran con fervor el Corán.

Nizam al-Muluk, lo mismo que Alp-Arslán, fue asesinado por un ismaelita de la secta de los *asesinos*. Estos tenían en Alamut, en las montañas del norte de Persia, un castillo inexpugnable. Su método de hacer prosélitos consistía en acoger a los pobres y darles a beber el *hachich*, que les procuraba sueños en los que se les hacía creer que habían gozado del paraíso y que para gozar de la misma visión tenían que obedecer a un jefe desconocido que los europeos llamaron el Viejo de la Montaña. Estos mismos asesinos que destruían los puntales de la civilización islámica fueron la pesadilla de los cruzados que entonces se defendían en Palestina. Nunca podían estar seguros de que un criado o amigo musulmán no fuera un enviado del Viejo de la Montaña y que bajo apariencia de sumisión llevara el puñal envenenado de Alamut, el Nido de Aguila, de los asesinos.

La violenta muerte de Alp-Arslán y Nizam al-Muluk dejó el califato como decapitado, pero por fortuna un capitán kurdo de Mossul restableció la autoridad del sultanato. Se llamaba Zengui, y él y su hijo conquistaron de nuevo a Siria y Mesopotamia, estableciendo la capital en Damasco. Pero más importante fue el envío de Salah ed-Din, que conocemos por Saladino, a poner orden en Egipto, entonces caído en el mayor exceso, religioso y político, con los últimos descendientes de Alí y Fátima. Tales fueron los servicios que prestó Saladino en Egipto, que en Damasco le concedieron el título de gran visir. Pero Saladino se proclamó sultán, y al morir el de Damasco se apoderó de estos Estados.

Pero la obra de los selyúcidas iba a verse interrumpida por un movimiento de pueblos que se estaba fraguando en el interior de Asia.

A menudo se nos presenta al Asia como un continente pasivo, capaz de altas filosofías, aunque inexorablemente condenado a sufrir la tutela de la vecina Europa, con sus gentes blancas, al parecer las únicas ca-

pacitadas para organizarse y gobernar. Pero en el transcurso de esta historia ya hemos visto al Asia verter varias veces sobre Europa sus multitudes inmensas, primero con el alud de los hunos que hizo emigrar a los pueblos germánicos hacia Occidente; después con los finlandeses, magiares y turcos, que son todavía asiáticos y conservan en Europa jirones de las tierras que conquistaron sus abuelos.

De ninguno de estos movimientos de pueblos orientales, sin embargo, tenemos tanta información como del que representan las conquistas de Gengis-Khan. Y lo que sorprende en las campañas de éste es que, contrariamente a la leyenda de incapacidad para las cosas prácticas, general a toda el Asia, los mongoles de Gengis-Khan se movieron con un orden y una disciplina que no se encuentran en la Europa de su tiempo, ni acaso en la de hoy.

El Asia moviliza a sus gentes en pocos años, los pueblos más diversos marchan reunidos a donde les conduce un conquistador y a veces llegan a establecerse en remotas regiones, sin acordarse del lugar de origen. Esto se vio claro con las conquistas de los mongoles; todavía hoy una república tártara de la Unión de los Soviets, con su capital en Kasán, es un grupo de mongoles en el corazón de Rusia.

Por lo que toca a Gengis-Khan, nadie podía prever, al comenzar el siglo XIII, que los tiempos estaban otra vez maduros para el Asia. El padre de Gengis-Khan era jefe de una confederación de tribus mongolas que entre todas reunían unas treinta mil familias. Apacentaban sus rebaños, cazaban y robaban cuanto podían, y en el invierno su principal alimento era la leche ordeñada durante el verano, mantenida a medio fermentar en odres de cuero. Sus vestidos eran de burdo fieltro, hecho de crines y de pelo de yak.

A la muerte de su padre, Gengis-Khan, que era un niño de trece años, tuvo que imponer su autoridad luchando contra sus propios súbditos, que seguían a un impos-



Entrada a la fortaleza de Alepo.

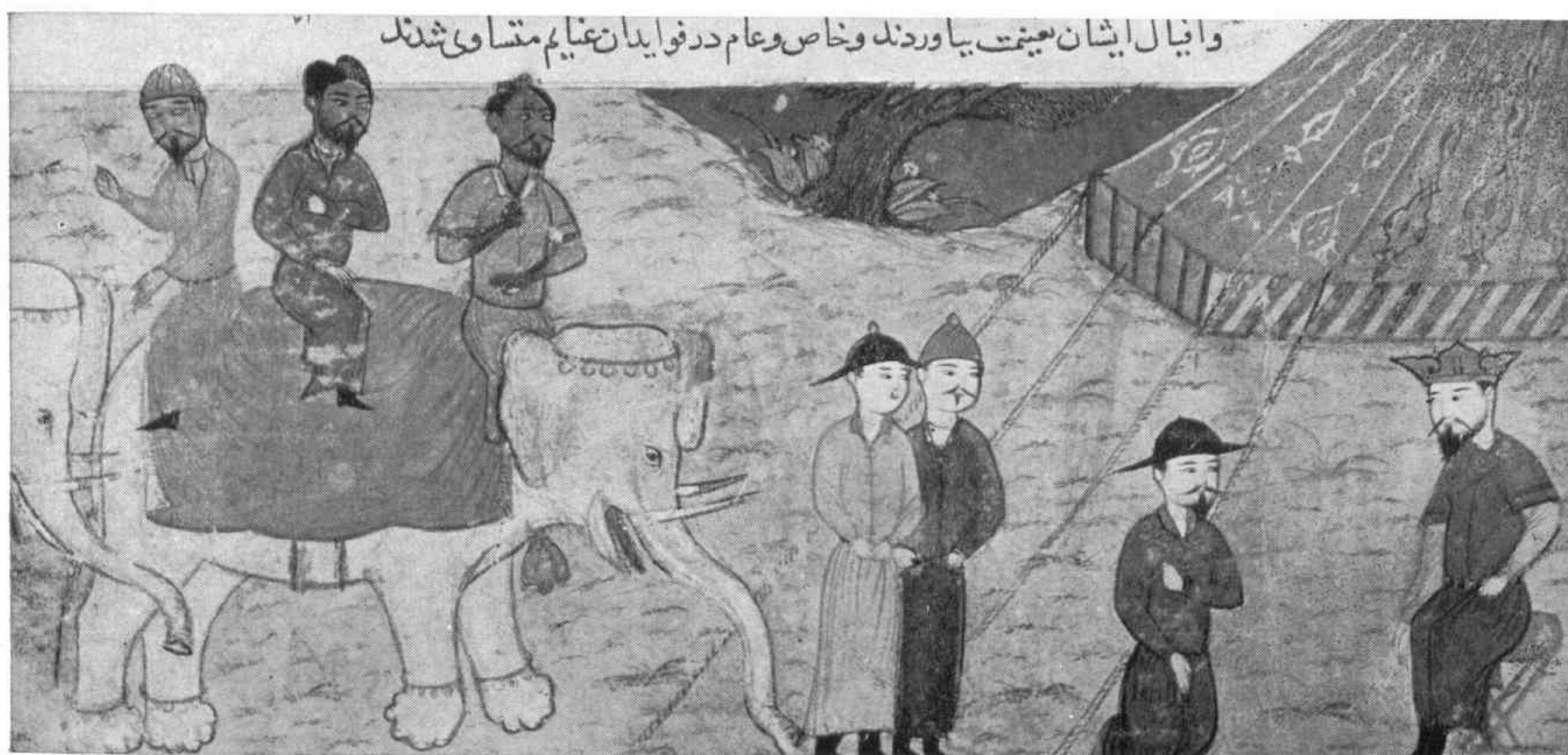
tor. Desde el año 1167, en que murió su padre, hasta el 1190, en que por fin todos los mongoles reconocieron su autoridad, pasó Gengis-Khan más de veinte años combatiendo con las demás gentes turanias del desierto. Su capital era la misteriosa ciudad de Karakorum, cuyas ruinas todavía existen, enterradas en dunas de arena negra. Cuando Gengis-Khan se vio obedecido por todos los turanios, desde el norte de Siberia hasta el Tibet, convocó un *kuraltai,* o asamblea de jefes, y les propuso su régimen de gobierno en estos términos: «Aquellos que compartan mi fortuna, y cuya lealtad sea transparente como el cristal, quiero que sean llamados mongoles, y su poder superará a todo lo que vive.» Con estas palabras, Gengis-Khan clasificó como mongoles a una grande variedad de pueblos; todos eran de la misma raza, pero durante siglos habían vivido formando grupos separados, muy a menudo en guerra unos con otros. Desde aquel día todos serían mongoles; admitidos como hermanos, con los mismos derechos, al servicio de un gran khan, y éste les ofrecía nada menos que el dominio sobre toda la humanidad.

Dama mongol de la corte de Tamerlán, con su dueña. Miniatura persa.



Antiguos *tabúes,* o supersticiones peculiares de algunos turanios, fueron suprimidos. Se permitiría, desde entonces, comer la sangre de animales y las entrañas. En cambio, ya no se matarían las bestias por degüello, sino abriéndoles el pecho y arrancando el corazón con la mano. Los hombres cuidarían sólo de cazar y pelear, siendo las mujeres las que venderían, comprarían y custodiarían los bienes personales. Por esto, los que, en tiempo de guerra, no acudiesen al llamamiento del gran khan, «tendrían el mismo fin de la piedra que cae en el agua, o de la flecha que se pierde entre las cañas». Las ideas políticas de Gengis-Khan eran de una enorme simplicidad: no debía haber más que un emperador para todos los hombres. Por lo tanto, todos los pretendientes al Imperio debían sufrir pena de muerte. Los emperadores serían elegidos por los jefes de las hordas, reunidos en consejo, o *kuraltai.* Ningún jefe podía hacer las paces con un monarca, o pueblo, que no se hubiera sometido antes al gran khan.

La organización civil de los mongoles no pasó de ser una fraternidad en la que todos tenían los mismos derechos. Por esto les estaba prohibido luchar unos con otros, y un mongol tampoco podía ser esclavo de otro mongol. Los robos de caballos y el adulterio eran castigados con pena capital; para otras ofensas menos graves el castigo eran los azotes. No había necesidad de pagar tributos; las conquistas proveerían siempre de recursos para fabricar flechas y preparar nuevas campañas. «Al empezar la movilización, los mongoles recibían armas de sus jefes y debían conservarlas en buen estado, para que pudiesen éstos inspeccionarlas antes de entrar en acción.» El ejér-



Príncipe mongol recibiendo una embajada, sentado delante de su tienda. Miniatura de la *Historia del Mundo,* por Rashid-ed-Din, ejecutada en Tabris el año 1305.

cito estaba dividido en unidades de diez combatientes, o decenas. Los diez debían actuar siempre juntos para pelear, saquear y procurarse forrajes. Cada diez decenas iban mandadas por un jefe, con un khan por cada diez centenas, y las hordas, que eran los grupos de diez mil, estaban dirigidas por los lugartenientes del gran khan, llamados *orkones.* Todo el ejército iba a caballo; para campañas en lugares distantes, cada combatiente llevaba dos o tres corceles de repuesto. El procurarse un número suficiente de caballos y armas debía ser la preocupación más grave del gran khan, y a menudo exigía años antes de empezar el movimiento.

Las hordas no llevaban bagajes de ninguna clase; vivían sobre el país, comiendo de lo que encontraban, y en sus largas marchas por el desierto se sostenían con sangre de caballo. Tres cosas sorprendían al enemigo: la resistencia de los mongoles, su celeridad de movimientos y, sobre todo, su crueldad con los vencidos. El saqueo estaba legalizado por la *Yassa,* o ley de Gengis-Khan, que prohibía, bajo pena de muerte, comenzar el saqueo sin permiso del jefe; «pero, después, cada mongol tenía los mismos derechos y podía guardar su botín personal, pagando no más de un diezmo al emperador». Lo que hacía más terribles a los mongoles era que, además de su crueldad natural como turanios, no tenían aquel respeto a la fe jurada que suele ser la primera virtud de las gentes primitivas. Muy a menudo eran sacrificados sin piedad embajadores y pueblos enteros que se habían entregado a discreción. Un día Gengis-Khan preguntó a uno de sus capitanes qué era lo que podría darle mayor placer. «Cazar con halcón en la estepa — contestóle —, un día claro, jinete en un buen caballo que me lleve a todo galope. — No — replicó el gran khan —, el mayor placer para un guerrero es aplastar a los enemigos con los pies, quitarles sus caballos y riquezas y oír los lamentos de sus mujeres desoladas.» Ya se advierte en estas palabras la escuela en que se había formado Gengis-Khan. Por esto, ahora, ya casi quincuagenario, iría al combate con sus hordas para imponer a las gentes un solo emperador, aunque fuese preciso destruir millares de ciudades y millones de vidas. ¿No valía más un desierto



Un khan o príncipe mongol rodeado de sus ministros y servidores. Miniatura persa.

como el del Gobi, que ocupaban los mongoles, que todo el laberinto de naciones en que estaba dividido el mundo, con sus capitales rodeadas de jardines, en las que no había más que dolor, esclavitud y miseria?

La primera conquista de Gengis-Khan fue la China. El desierto de los mongoles llegaba hasta la Gran Muralla. Los emperadores chinos consideraban a los bárbaros de la estepa como aliados suyos: llamaban a Gengis-Khan «el comandante contra los rebeldes», esto es, el policía, y esperaban de él un tributo, como pagaron sus antecesores. Al coronarse un nuevo emperador de la China, Wai-Wang, sus ministros enviaron una embajada a Gengis-Khan para reclamarle la debida obediencia. El gran mongol recibió a los embajadores, en Karakorum, con la mayor descortesía. Su respuesta fue: «Nuestras tierras están ahora en orden y podemos visitar vuestro país. Decidle a vuestro emperador que no nos importa que nos considere como amigo o como enemigo. Si quiere ser nuestro amigo, le dejaremos gobernar sus dominios bajo nuestra superior autoridad, pero si prefiere la guerra, pelearemos, hasta que él o yo seamos destruidos.»

Tras esta embajada, los mongoles empezaron a fabricar dardos y a reunir caballos; en 1208 cruzaron la Gran Muralla unos trescientos mil jinetes. La guerra duró varios años; por lo general, lo que daba más trabajo era conquistar las viejas ciudades chinas, rodeadas de torres y murallas. El asalto de cada una iba acompañado de saqueo y destrucción. Las hordas se retiraban al desierto cada invierno y en la primavera regresaban para continuar sus depredaciones. Aterrados por la brutalidad de los mongoles, algunos generales y mandarines se pasaron al servicio de Gengis-Khan. Desde este momento, las hordas tuvieron gentes capaces de calcular y escribir, y, además, ingenieros para construir máquinas de guerra con que poder batir las ciudades. Los chinos conocían ya el uso de la pólvora y también del fuego griego, que era una mezcla incendiaria que no se apagaba con el agua: todo ello sirvió después para las campañas contra Persia y Mesopotamia.

Gengis-Khan no permaneció en la China

después de su conquista, sino que dejó a uno de sus *orkones* establecido en Pekín y preparó la invasión de los reinos mahometanos del Oeste. Las hordas debían reunirse el 1219 y la expedición comenzaría en otoño, cuando ya los caballos y ganados estuviesen bien cebados por los ricos pastos de la estepa, durante el verano. El gran khan comprendía que iba a encontrar en el Islam una vitalidad y una resistencia que no había poseído la China con su milenaria civilización. «Es necesario — dijo — que los jefes de decena sean tan vigilantes y obedientes como el jefe de diez mil. Si alguno deja de cumplir con su deber, morirá, lo mismo que sus mujeres e hijos.» Aleccionados por los consejeros chinos, los mongoles empezaron a pensar en las vías de comunicación y en las postas que iban a establecer de un extremo a otro de su vasto Imperio. «Las mujeres no deben combatir — dijo Gengis-Khan —, pero pueden ayudarnos dando albergue a los correos que nos traigan las noticias.» Por un momento, el Khan pareció dolerse de tener que abandonar sus desiertos. «¡Qué lugar para sepultura de un viejo cansado!», exclamó en cierta ocasión, contemplando un grupo de pinos que se encontraba junto al camino.

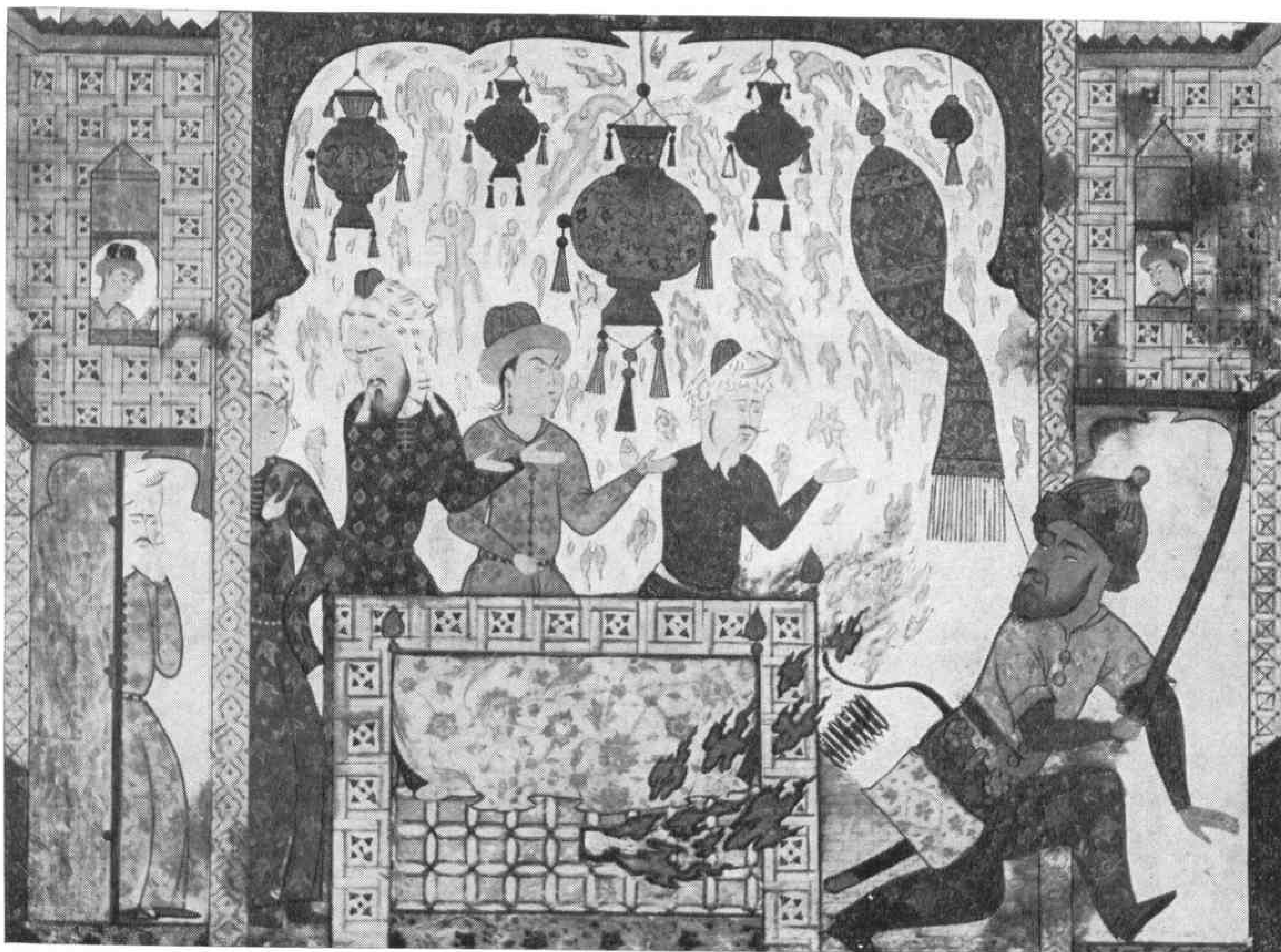
Tras una marcha penosísima a través de las montañas, por fin las hordas de los mongoles llegaron a las tierras del Asia Central, que entonces eran el centro de la cultura del Islam. En aquellos oasis del valle del Oxus y del Yaxartes habían nacido muchos de los físicos, filósofos y poetas de la corte de Bagdad. Otra vez se hallaron los mongoles con ciudades amuralladas, pero, como decía Gengis-Khan, «la fuerza de una pared no es ni mayor ni menor que la de los hombres que la defienden». Las hordas llevaban, además, ingenieros chinos que sabían construir terraplenes y catapultas. La primera gran ciudad mahometana

Bahram-Tehubina, príncipe mongol, mata a flechazos a un jefe turco del desierto. Miniatura de las *Historias* de Firdusi.



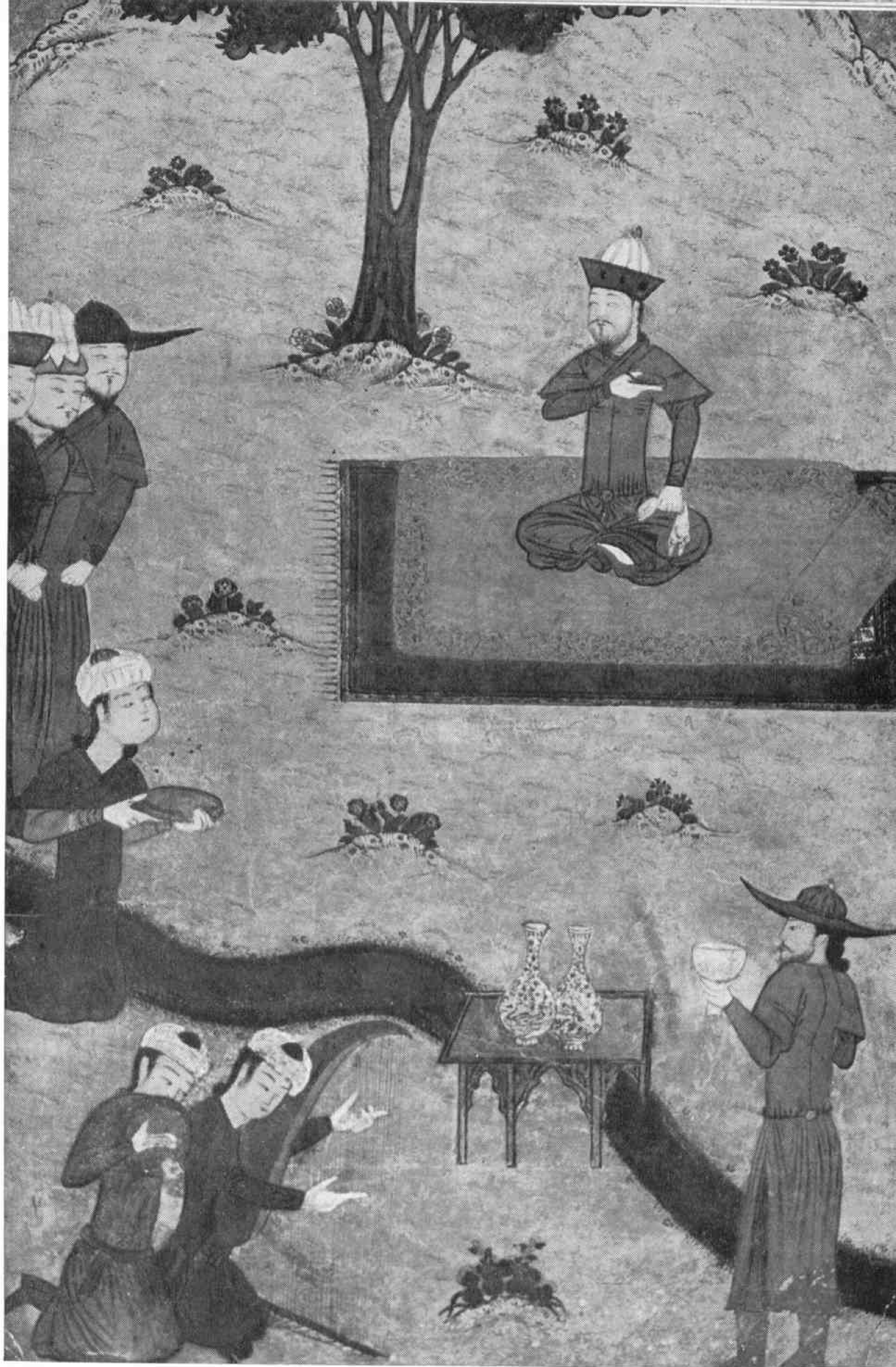
que tomaron los mongoles fue Bokhara. Era un emporio de riqueza y cultura, pero el gran khan no permaneció en ella sino pocas horas. Se dice que entró en la mezquita y desde el púlpito predicó a los creyentes este extraño sermón: «Hemos cortado la hierba, dad de comer a los caballos.» Al enterarse de que la religión del país exigía la peregrinación a La Meca, dijo: «El poder de los cielos no está sólo en un lugar, sino en los cuatro ángulos de la Tierra.»

La religión de Gengis-Khan estaba reducida a un monoteísmo sin restricciones. Sus leyes dicen: «Hay un solo Dios, creador del Cielo y de la Tierra, que nos concede la vida o la muerte, riquezas o miseria, y tiene sobre todo un poder absoluto.» Es de creer que esta sencilla doctrina la hubiese aprendido Gengis-Khan de los monjes nestorianos que, escapando a las persecuciones bizantinas, llegaron hasta la China. Es también probable que la leyenda del Preste Juan de las Indias se refiera a una comunidad nestoriana, consagrada a San Juan y establecida en la frontera de Gobi y la China. Pese a sus convicciones, Gengis-Khan hacía alarde de una gran tolerancia religiosa. «Jefes de todas las sectas, predicadores, monjes, personas que viven retiradas rezando, cantores de las mezquitas, curanderos, y los que lavan los cadáveres,



Profanación de la tumba de un santón musulmán por un caudillo mongol, que se sobrecoge de espanto al ver que la tumba echa fuego. Miniatura persa.

Tamerlán, sentado sobre una alfombra al pie de un árbol, recibe a sus ministros. Miniatura del manuscrito *Historia de Tamerlán*, por Sharaf-ad-Din, del 1425.



estaban exentos del público servicio», que para los mongoles quería decir el servicio militar.

Después de Bokhara cayeron Samarkanda, Tashkent y Balk. Los mongoles persiguieron al príncipe heredero de este gran Imperio mahometano del Asia Central hasta la India, donde se refugió en casa de su suegro, en Delhi. Otras grandes masas de la horda marcharon a través de Persia, rodearon el mar Caspio y llegaron hasta el corazón de Rusia.

A poco de haber regresado del Oeste, Gengis-Khan todavía entró en la China pa-



Marco Polo en un templo chino entre las estatuas de antepasados que allí se veneran.

ra sofocar una rebelión. Allí encontró la muerte, el año 1227; murió de enfermedad, acaso de fatiga, recomendando que transportaran el cadáver a su desierto natal y que lo enterraran debajo de un árbol.

El *kuraltai* de los notables mongoles aclamó a Agdai, hijo segundo de Gengis-Khan, como emperador; éste siguió viviendo en Karakorum y enviando sus hordas en todas direcciones. Un gran ejército partió a conquistar Corea, otro hacia el sur de la China y el Tonkín, y otro hacia Europa. Esta última horda iba dirigida por Batu, su sobrino Ogdai y un veterano general de Gengis-Khan llamado Sabutai. Este había invadido a Rusia pocos años antes.

La horda que marchó hacia Europa partió de Karakorum el 1236. En 1240 había llegado ya, arrasando cuanto podía amenazar su avance o retirada, hasta el Dniéper. Novgorod libróse por milagro; un deshielo prematuro impidió a los jinetes mongoles acercarse a sus murallas; pero Kiev, la ciudad metropolitana y capital política de la naciente Rusia, fue completamente destruida.

En 1241 la horda derrotaba al rey de Hungría, tomaba a Pest y cruzaba el Danubio para llegar hasta Ragusa, en el Adriático. Pocas semanas después, derrotaba al duque de Silesia en la batalla de Liegnitz, y parecía querer seguir el camino de Atila. La invasión de los mongoles encontró a Europa desprevenida; nadie podía imaginar lo que sucedería dentro de pocos años. Se cuenta que la madre de San Luis deploraba que su hijo hubiese nacido en aquellos tiempos nefastos. Un cronista dice que los pescadores del Báltico no osaban exportar pescado a Inglaterra, temiendo ver aparecer a los mongoles en alta mar. Pero nadie se preocupó de organizar la defensa contra el enemigo común; el Papa predicó una cruzada contra aquellos *nuevos ministros del Tártaro,* que no tuvo mayor efecto por lo que respecta a la Historia que el de bautizar de tártaros a los mongoles.

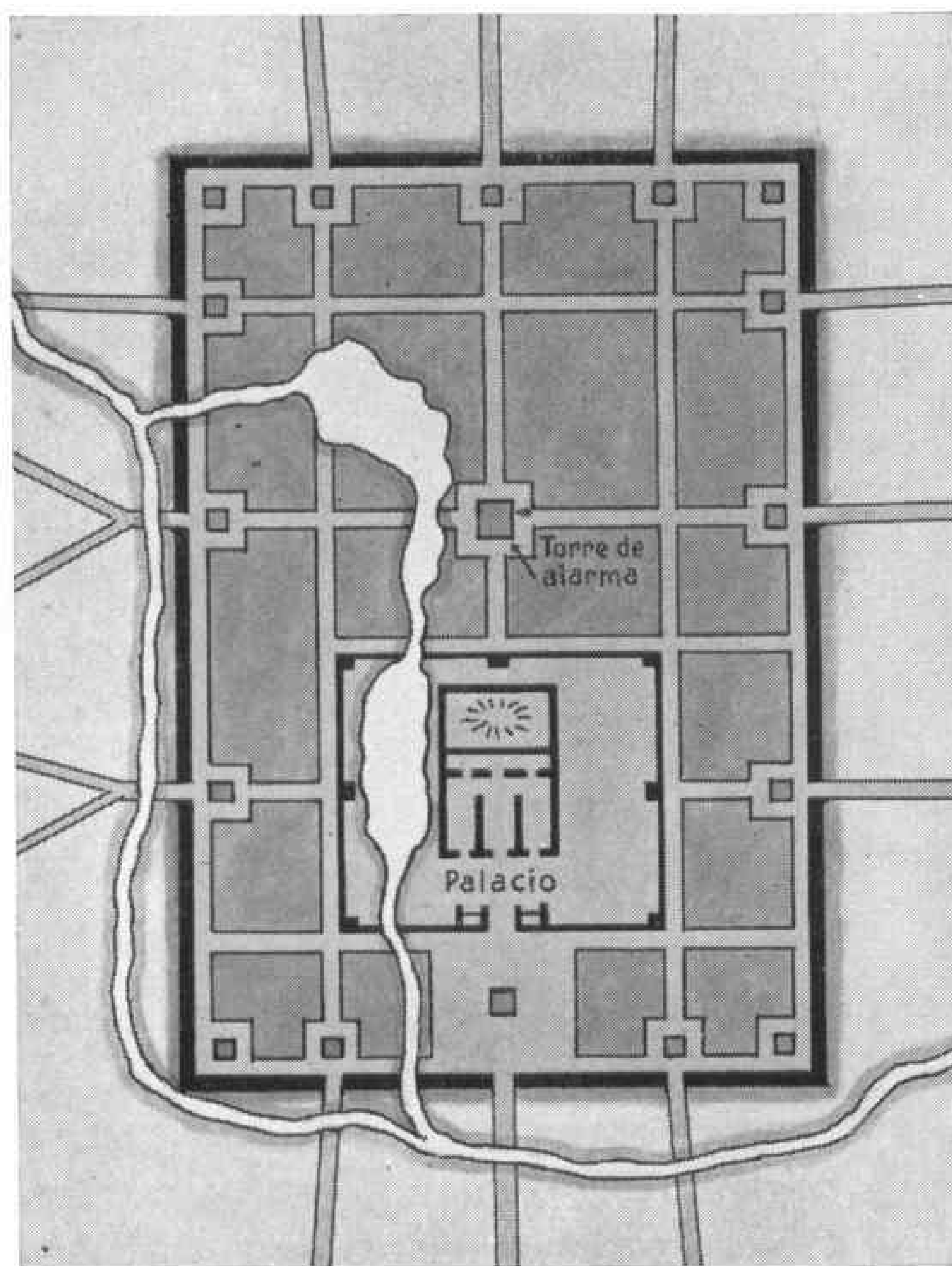
Afortunadamente, la noticia de la muerte de Agdai llegó cuando los mongoles estaban preparándose para atacar la Europa occidental. Como, según una ley de Gengis-Khan, el nuevo emperador tenía que ser elegido en un *kuraltai* donde se hallaran presentes todos los príncipes y generales, Batu y Sabutai tuvieron que regresar a Karakorum, y con ellos retrocedió también la horda; pero se conservó la frontera del Dniéper, término del imperio mongol, que comprendía así desde el meridiano 30, al este de Greenwich, hasta el 130; más de un cuadrante del globo terrestre.

El *kuraltai* de 1246, por las intrigas de la viuda de Agdai, eligió a su tercer hijo Kuyuk. Durante su gobierno, que duró dos años, Kuyuk no se movió de Karakorum, pero los mongoles continuaron avanzando hacia Mesopotamia. Kuyuk empezó a exigir contribuciones de todos sus súbditos, encargando de su cobro a un mahometano llamado Abderramán.

A la muerte de Kuyuk, después de un período de desórdenes, fue elegido empera-

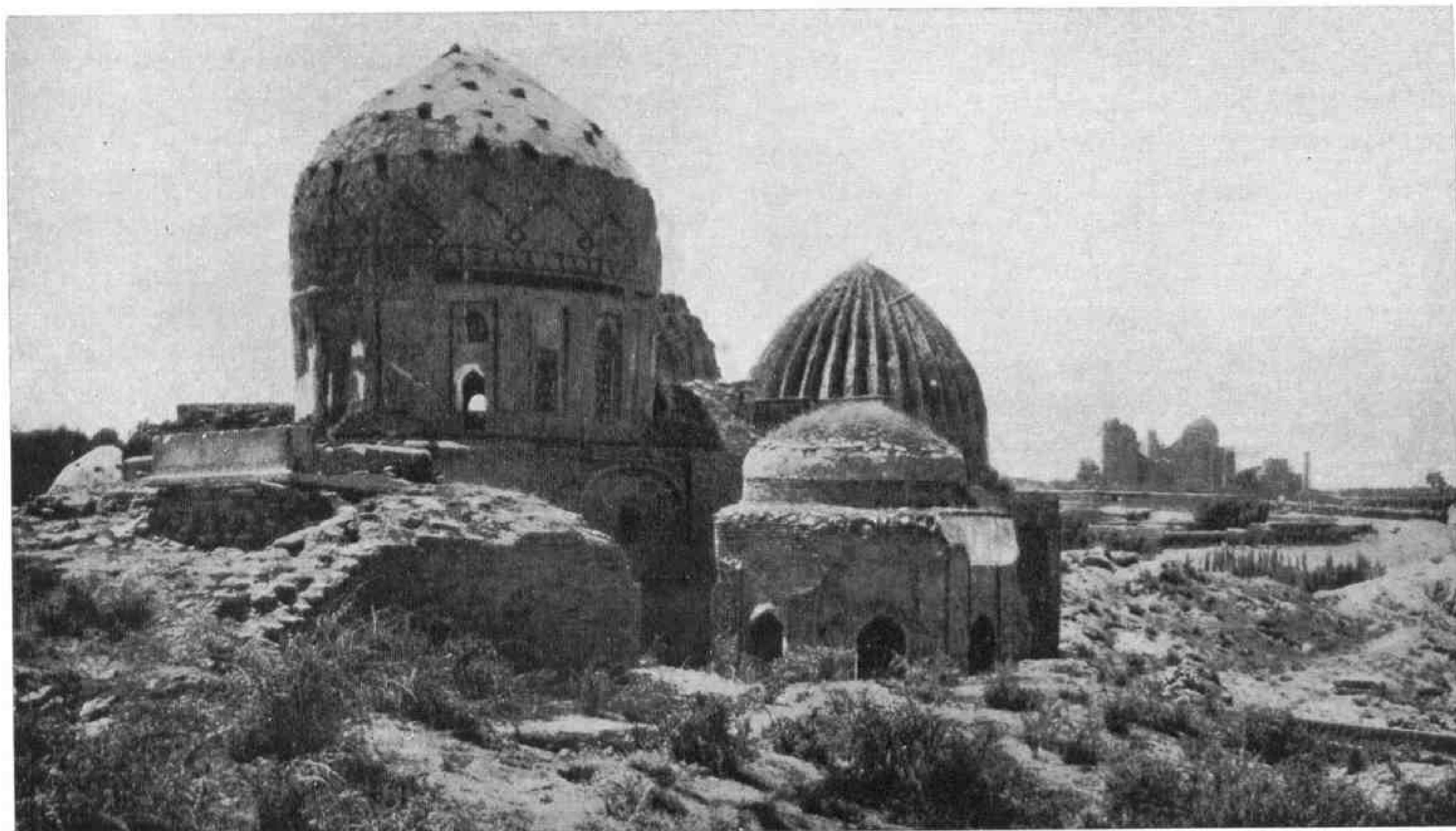
dor un nieto de Gengis-Khan, llamado Mangú. Este envió a su hermano Hulagú, al frente de una horda formidable, a Mesopotamia, región que limpió luego de amigos y enemigos. Por de pronto, acabó con la secta de *los asesinos,* destruyendo su castillo de Alamut, con lo que hizo un gran servicio a mahometanos y cristianos. Pero, sobre todo, la gran hazaña de Hulagú fue la destrucción de Bagdad, sede del califato, y desde los días de Mansur y Harún al-Raschid, verdadera capital del islamismo. Bagdad fue tomada por asalto y saqueada en febrero del año 1258. La destrucción fue tan completa, que, por algún tiempo, el lugar de su emplazamiento quedó convertido en un desierto. Perecieron más de 800.000 personas y al califa se le condenó a morir de hambre, encerrado en un aposento con sus joyas y tesoros.

Hulagú llegó hasta Alepo y Damasco, y meditaba ya la conquista de Jerusalén cuando recibió la noticia de la muerte de Mangú. Otro hermano de éste, llamado Kublai, había entrado en China y, con sus triunfos,



Planta del Pekín o Kambalú de los mongoles (1290), con sus murallas y doce puertas.

Vista actual del Shah-Sindeh, necrópolis real de los mongoles cerca de Samarkanda, con la cúpula del sepulcro de Tamerlán en el fondo.





La China de la época de los mongoles. Paisaje de Ku-Ian.

tenía derechos iguales y aun superiores a los de Hulagú. Kublai fue, por lo tanto, elegido emperador, sin embargo, Hulagú continuó gobernando a los mongoles del Oeste, con una dependencia solamente nominal de Kublai-Khan. Se asegura que, en tiempo de éste, el imperio mongol consiguió sus fronteras más dilatadas; Kublai no residía ya en Karakorum, sino en una ciudad nueva que había hecho construir cerca de la actual Pekín, que llamaba Khan-Balig, siendo la misma que Marco Polo dio a conocer con el nombre de Kambalú.

Las cortes de Hulagú, en Persia, y de Kublai, en China, representan un gran progreso respecto de la corte casi nómada de Gengis-Khan o Agdai. A diferencia de sus antecesores, Kublai creía más fácil poseer un país bien gobernado que una tierra desolada por el saqueo de las hordas. La descripción que tenemos de la corte de Kublai-Khan hecha por Marco Polo parece una utopía apenas comparable con las soñadas por la moderna civilización. Los fogosos jinetes del desierto se habían convertido en ordenados policías, los tributos se cobraban con regularidad y los ingresos se empleaban sabiamente, se plantaban árboles y se construían caminos y canales. El crédito del emperador era tan sólido, que permitía, por primera vez, el uso del papel moneda. Para esta obra de gobierno los mongoles valiéronse naturalmente de los antiguos funcionarios persas y chinos. Ya hemos dicho que Gengis-Khan se había valido de chinos, y Kuyuk de mahometanos, para organizar los servicios públicos. Pero nadie tan capaz y bien preparado como Marco Polo, un mercader veneciano que llegó con su padre y un hermano de éste a la corte de Kublai. El gran khan túvole pronto en gran estima y utilizó sus servicios como embajador y ministro. El hecho de que los Polo llegaran sin dificultad hasta la capital de China indica ya lo seguros que se hallaban los caminos del Asia a fines del siglo XIII. Desde el Volga hasta el mar Pacífico los Polo no hallaron más dificultades que las naturales del desierto, que no podían remediar ni los representantes de Hulagú ni los de Kublai-Khan.

El joven Marco Polo residió varios años en China, aprendió las lenguas del país y viajó en misiones que le confiaba el gran khan. Por fin regresó a su patria, Venecia, creyendo disfrutar allí de sus riquezas y vivir de los recuerdos; pero, a poco, tuvo la desgracia de salir con una armada veneciana y fue hecho prisionero de los genoveses. El que había recibido honores de los bárbaros acabó en la cárcel de Génova, que era una república cristiana. Allí, en su calabozo, antes de morir, dictó Marco Polo sus memorias a otro prisionero fran-

cés, quien las escribió en su propia lengua. Del francés fueron traducidas al latín y al italiano, y después a todas las lenguas. Como el libro no tenía título, se llamó *el Millione,* o «las mil cosas que tenía por contar Ser Marco Polo de Venecia». Se advierte que está escrito de prisa y sin orden, como no podía menos de dictarlo un malhumorado cautivo que tenía que sufrir todavía más después de sus fatigosas correrías por la mitad del planeta. De todos modos, *el Millione* pareció una quimera a los occidentales; aquel gran emperador de todos los hombres, con su capital en Kambalú, ya no era el conquistador salvaje que había amenazado a Europa, sino un magnánimo gobernante, casi deseable para los que aún soñaban con la restauración del Imperio en Occidente.

Tanto Kublai como Hulagú conservaron celosamente el puro monoteísmo de los primitivos mongoles, y esto hizo pensar a espíritus generosos y bien informados, como Raimundo Lulio, que el porvenir del mundo dependía de la conversión de los mongoles. Con ellos se podía acabar con el Islam; sin ellos, las empresas de los cruzados resultarían futiles, y si ellos se convertían al islamismo, el peligro para los cristianos sería mucho mayor que cuando invadieron a Europa como incrédulos. Por su parte, los mongoles mostraban deseos de conocer el cristianismo, pedían misioneros y trataban con el mayor respeto a los ignorantes monjes nestorianos que se habían infiltrado hasta la China. Pero la cristiandad, a fines del siglo XIII, sufría no poco a consecuencia de las discordias y rencillas que de continuo se suscitaban entre el Pontificado y los poderes temporales, y no supo aprovechar la ocasión que se le ofrecía. A falta de algo mejor, los mongoles de la China y del Tibet se hicieron budistas, y los de Persia y Mesopotamia, mahometanos.

El imperio mongol se mantuvo en China hasta el año 1368, en que una formidable sublevación, dirigida por un monje budista, estableció la nueva dinastía de los Mings. Pero casi por aquellos días nacía, cerca de Samarkanda, el famoso Timurlenk, o Tamerlán, que debía continuar las glorias de los mongoles del grupo occidental. Tamerlán creíase pariente de Gengis-Khan, aunque no podía probar su directa descendencia. La actuación de ambos es también análoga. Tamerlán corrió graves peligros en los años de su juventud; fue perseguido, se escapó por milagro en trágicas correrías por el desierto, y, por fin, su bravura y gran tenacidad lograron que se viese reconocido como jefe de todos los mongoles del Oeste. No era un salvaje como Gengis-Khan, pues había recibido una regular educación, sabía leer y escribir, y se había hecho musulmán, aunque no tenía reparo en sacrificar a sus correligionarios si se negaban a obedecerle.

La primera campaña de Tamerlán fue

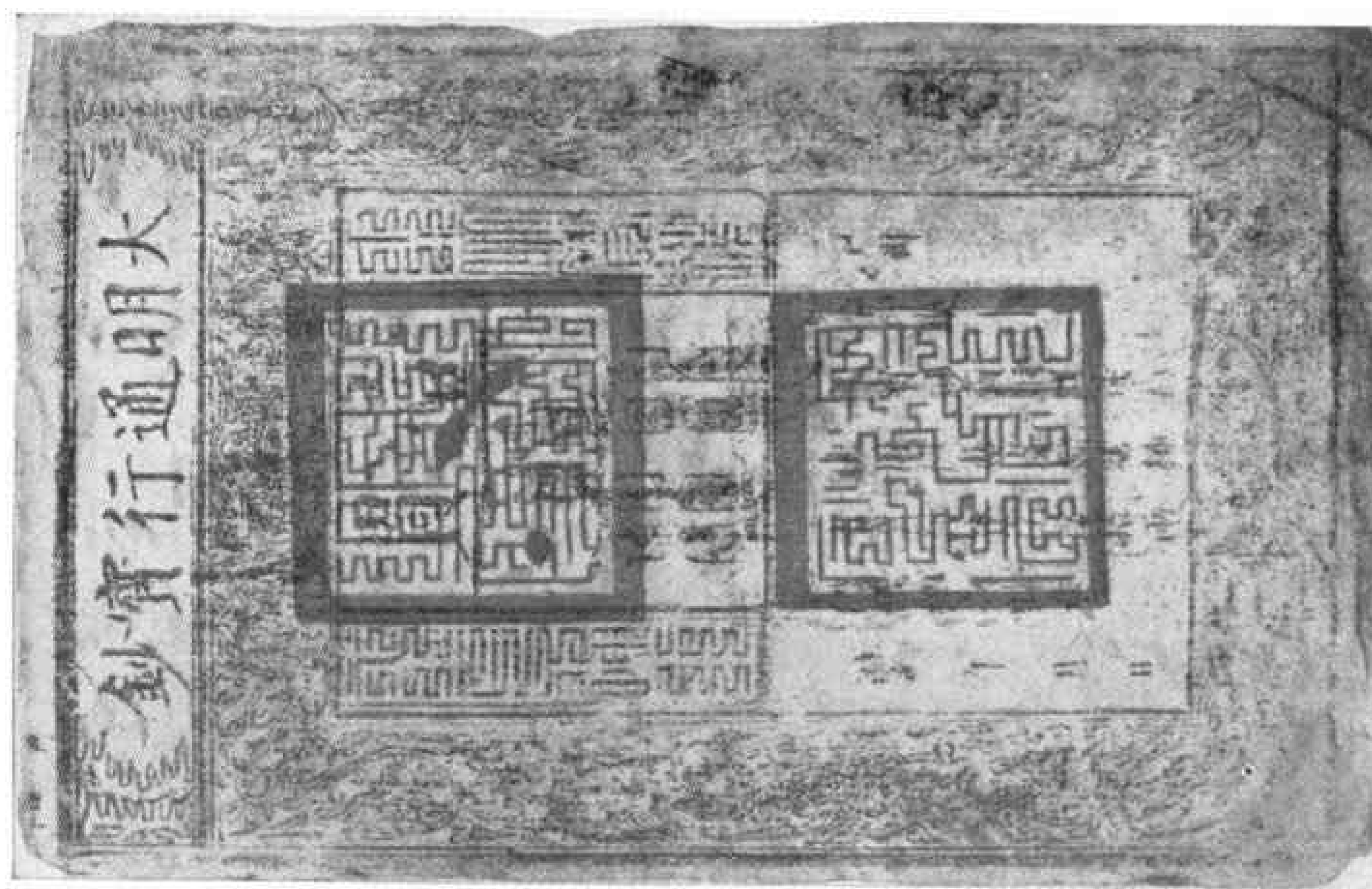
Un emperador chino, con dos sirvientes, del tiempo de los mongoles.



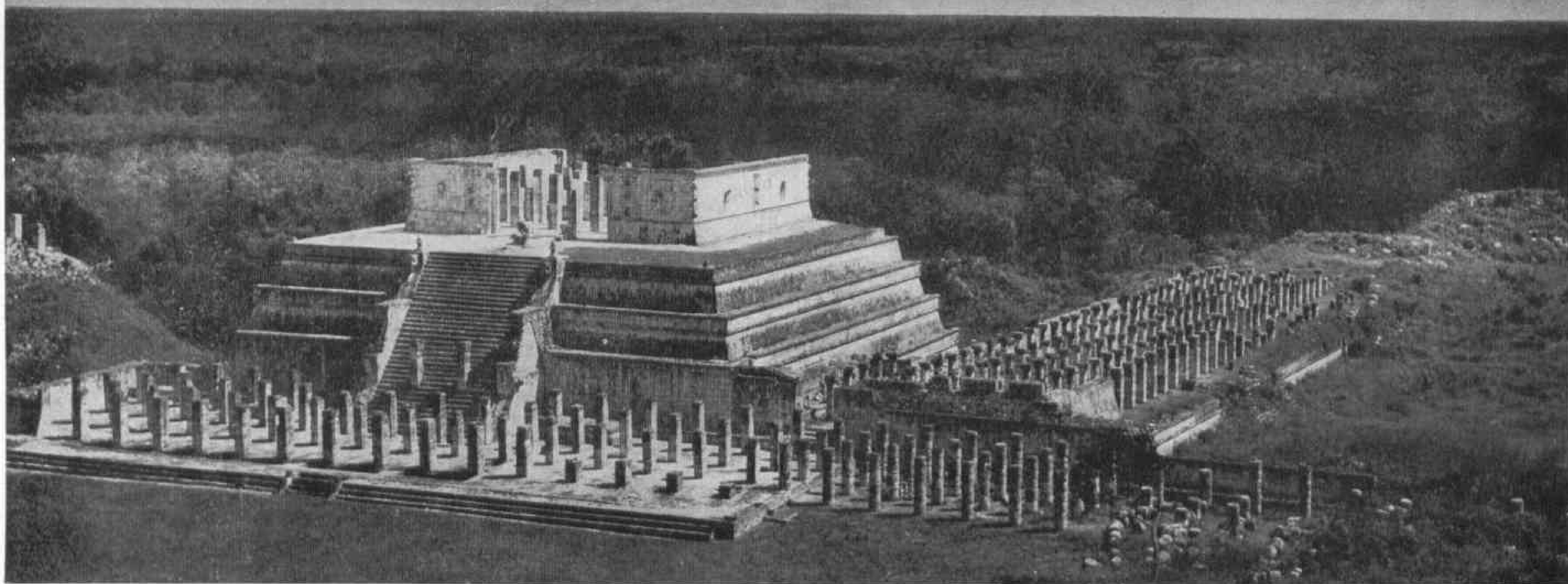
hacia el Norte, pues convenía hacer una manifestación de fuerza en el Asia Central para evitar la desintegración de los mongoles. Después de este ataque emprendió la conquista de la India. Sus *orkones,* o generales, le siguieron de mala gana, porque conocían las dificultades de la cordillera, los grandes ríos, las ciudades muradas, los ejércitos con elefantes. Timur entró en Delhi (1398) y la destruyó con la ferocidad propia de los mongoles.

Resulta extraño que entonces no permaneciera en la India y Babar tuviese que reconquistarla pocos años después. Parece que las razas tienen necesidad de acostumbrarse a la idea de poseer un nuevo país, hasta que pueden legítimamente considerarlo como suyo. A su regreso de la India, Timur marchó contra Bagdad, que empezaba a rehacerse de la destrucción de Hulagú, y el castigo fue también severísimo, aunque exceptuó de la destrucción a los hospitales, mezquitas y escuelas. La última campaña de Tamerlán tuvo por objeto reducir a los mongoles, o tártaros, como ya los llamaban, de las regiones del Volga y el Ural. Marchando a través del Asia Menor, hubo de chocar con los turcos, que habían establecido su capital en Angora; éstos fueron derrotados y su sultán encerrado en una jaula de hierro.

Murió Tamerlán el año 1405, cuando había emprendido, a la cabeza de su ejército, la reconquista de China. Tenía setenta años; locura parece cruzar el Asia a esta edad para llevar a cabo empresa semejante. Nuestra mentalidad occidental no puede comprender estos casi monstruosos casos de energía. Clavijo, un embajador de Enrique III de Castilla, que visitó dos veces a Tamerlán, nos ha dejado un relato de la corte de Samarkanda que puede compararse muy bien con la descripción que de Kambalú había hecho años antes Marco Polo.



Papel moneda chino, del tiempo de los Mings, puesto en circulación por los emperadores mongoles a principios del siglo XIV.



El templo tolteca «de los Guerreros», en Chichen-Itzá.

28 CULTURAS PRECORTESIANAS TOLTECA Y MAYA

A estas horas creemos ya decididamente poder asegurar que todos los pobladores del continente americano al llegar los españoles eran descendientes de unos primitivos inmigrantes que vinieron del Asia a través del estrecho de Bering. Todavía hoy algunos viajan de isla en isla; hay similitudes de lenguaje y muchas formas de magia y totemismo se corresponden entre los habitantes de Alaska y los de Kamchatka, al otro lado del estrecho.

Es imposible conjeturar cuándo comenzó la emigración de las gentes del Asia al continente americano, pero debió de ser en época muy remota y en diferentes ocasiones. Algunos grupos descendieron a lo largo de la costa del Pacífico; otros permanecieron casi estacionarios en los llanos que hoy son el Canadá y los Estados Unidos; sólo algunos bajaron por el Este, o sea el Atlántico, y ocuparon parte de México y América Central, hasta el istmo de Panamá.

En este largo itinerario algunos pueblos multiplicáronse ferazmente y son todavía grandes naciones; otros debieron de extinguirse o quedar reducidos a grupos que apreciamos en plena decadencia. Parece que se produjeron escisiones, como en el caso de los atabascos, que permanecen en la región norte del Canadá, y los indios navajos, semejantes a aquéllos hasta por la lengua, que se establecieron en el sur de los Estados Unidos. Ambas ramas recuerdan su origen común y se envían embajadores de vez en cuando. Nadie podrá precisar con los datos actuales cuándo se dividieron los atabascos de los navajos.

En la América meridional hay también indiadas emparentadas entre sí, por lo menos por lo que se refiere a la lengua. Los del Amazonas, Perú, Argentina y Chile hablan lenguas de una misma familia filológica, la de tipo quechua.

Poco sabemos de estos primeros americanos ya establecidos y bien caracterizados por tradiciones y restos arqueológicos, pero algo conocemos de los primeros que vivían en el valle central de México. Este valle, favorecido por clima benigno, con una altitud de mil metros sobre el nivel del mar,



Inscripción en piedra con jeroglíficos mayas.

debió de ser ya ocupado por lo menos hacia el año 2000 antes de Jesucristo. Hay allí restos monumentales, como las pirámides de Teotihuacán, que compiten en altura y volumen con las de las primeras dinastías de Egipto. De sus constructores algo hemos aprendido; además de los monumentos, fabricaban pequeñas figurillas en barro y jade que nos dan idea de un tipo físico semejante al de los que todavía abundan en la región.

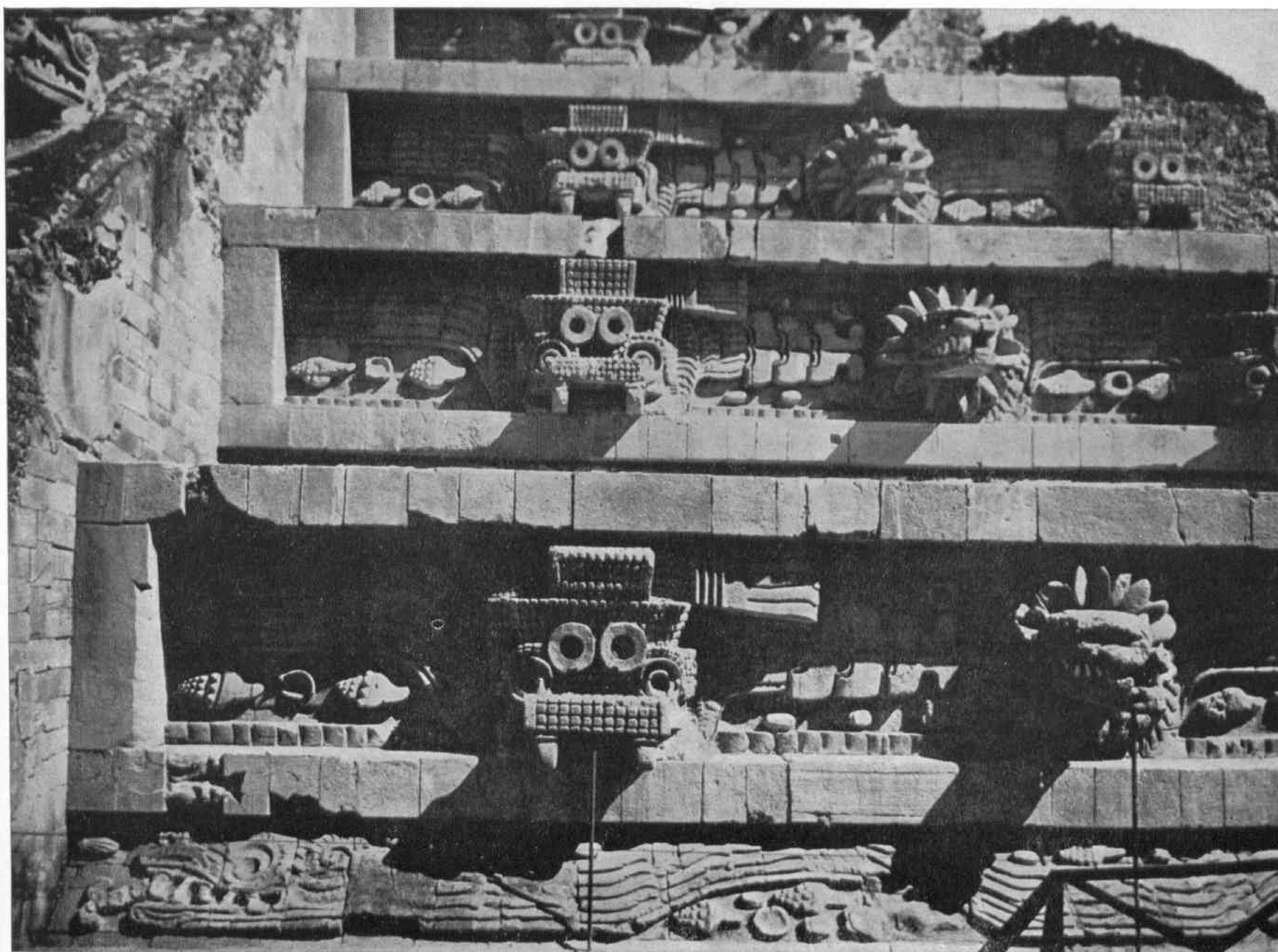
Además, debieron de creer en un dios local: el gran Tlaloc, que regulariza el viento y produce la lluvia. Tlaloc continuó siendo el dios principal del valle cuando arribaron otros grupos más caracterizados, con otras divinidades que se asociaron a Tlaloc.

La tradición, casi histórica, conserva muchas noticias de los segundos ocupantes que se impusieron a los aborígenes hacia el año 500 de nuestra Era. Son los llamados toltecas, y su predominio, diríase su imperio, duró hasta el año 1000. ¿De dónde venían los toltecas? Hablaban una lengua de la misma familia lingüística que hablan todavía los indios americanos del sudeste de los Estados Unidos. Es la que calificamos de *nahua*. Al principio, los toltecas aceptaron a Tlaloc, el dios aborigen, lo que hace creer que eran especialmente agricultores, pero se convirtieron en artesanos y hábiles industriales con las enseñanzas de un extranjero que llegó por mar, del Atlántico, y que comunicó a los toltecas los métodos de elaboración y les enseñó el arte. Se llamaba, o le llamaron, Quetzalcoatl, que quiere decir serpiente alada, por combinar la belleza o plumas del pájaro quetzal, de color azul hermosísimo, con el arte y astucia de la serpiente. Quetzalcoatl enseñó a los toltecas cómo construir, tallar, fabricar y aun los sistemas de vida organizada en un estado o imperio de tipo casi civilizado. Al morir un Quetzalcoatl, después de haber gobernado un ciclo, era substituido por un sucesor de la misma calidad y con los mismos principios del que reinaba anteriormente.

El Imperio tolteca tenía su capital en Tula, ciudad de la que todavía se conservan ruinas, pero de allí salieron grupos con organización militar para fundar colonias. Este sistema basado en el gobierno de Quetzalcoatl fue destruido por la llegada de otro extranjero, también arribado por el Atlántico, con una ideología que sería fatal para el Imperio tolteca. Era un mago capaz de producir efectos que calificamos de sugestiones colectivas. Se llamaba Tezcalipoca y con sus artes mágicas producía alucinaciones que desaparecían después, cosa imposible con los métodos siempre razonables de Quetzalcoatl. El predominio de este

nuevo profeta o mago descompuso la unidad del Imperio. Una parte de los toltecas, aguerridos y organizados en clanes militares, continuaron sus excursiones o expediciones hacia el Sur, donde estaban instalados otros ocupantes, los mayas; mientras que la otra mitad, convertida a la religión de posibilidades mágicas, continuaba en Tula desarrollando una vida dominada por el despotismo de Tezcalipoca. Los relieves toltecas nos presentan a estos sacerdotes del culto de Tezcalipoca cantando, con rizadas bandas que salen de su boca y sin armadura, mientras van acorazados y con azagayas y escudos los toltecas adeptos a Quetzalcoatl. El resultado de esta división entre magos y guerreros fue la disolución del Imperio tolteca y su fácil destrucción por una horda de bárbaros salvajes envidiosos del poder y riquezas de Tula, llegados de las regiones del Pacífico. Encontraremos toltecas que ejercían su predominio hasta Yucatán, mientras los que quedaron en Tula y en el valle central de México se disolvieron sin poder resistir la invasión de los bárbaros del Pacífico.

Detalle de la pirámide de Teotihuacán, con relieves de serpientes emplumadas y mascarones de una deidad del agua.



Hemos dicho que al descender en forma de grupos guerreros, los toltecas encontraron gentes de otra lengua y otro tipo cultural, llamados mayas. De dónde venían estos mayas es imposible asegurarlo, pero se encuentran mayas rezagados en el norte de México. Son muy diferentes de los del Sur y hablan otra lengua o dialecto, pero también maya. De todas las gentes de la América precolombina, los mayas son los que desarrollaron una cultura más compleja. Llegaron a componer un sistema astronómico para predecir eclipses, movimientos de los grandes astros y períodos de lluvia, que les convenía conocer para sus cultivos. Sobre todo inventaron un sistema completo de escritura. Otros indios podían trazar algunas palabras en jeroglíficos, como el nombre de un conquistador, el de una ciudad, la calidad del botín recogido, pero para describir un hecho tenían que dibujar la escena. Los mayas, en cambio, podían escribir un texto completo sin necesidad de recurrir a la representación gráfica. Desgraciadamente, los textos mayas grabados en la piedra o escritos en papel están compuestos de más de doscientos caracteres y sólo comprendemos la mitad de ellos. Y aun los que podemos comprender son de valor cronológico y astronómico.

Los textos mayas, tan abundantes en relieves grabados en la piedra, están dispuestos en líneas verticales y empiezan todos con los glifos que señalan la fecha. Esta la podemos leer porque los mayas contaban por siglos de 400 años, más otros de veinte años, otros de diez y los últimos glifos indicaban los años y los días. Así sumados se produce claramente una fecha, aunque no podamos fijar el año de la creación. El más antiguo texto maya está en el templo de Uaxactún, que por la inscripción correspondería al año 68 de nuestra Era. Pero cuándo empezaron los mayas a contar las fechas es incierto; algunos creen que sería hacia el 8500 antes de Jesucristo. Durante un largo período los mayas fijaron los puntos más salientes del calendario y lograron dividir los cielos en constelaciones. Algunas llevan nombres, como las constelaciones de nuestro horizonte, pero las suyas no concuerdan con las nuestras, porque están formadas por diferentes estrellas.

Los mayas instalados al sur de México, en las regiones cubiertas de bosques y pantanos de Chiapas y Tabasco, cultivaban únicamente el maíz, su principal alimento. Era necesario cada año talar los árboles, hacer un claro en la selva y limpiar el suelo de arbustos para crear un campo en el cual se pudiera sembrar el maíz. Su desarrollo y cosecha se protegía de los animales mediante una cerca de troncos, y con los cantos propiciatorios basados en silbidos que ahuyentaban los espíritus y atraían los genios favorables o *chacs*.

Los mayas no tenían un sistema teológico antes de llegar los toltecas; su principal devoción era el respeto al genio de cada lugar, que aplacaban con una bebida de maíz fermentado llamado *posol*. La depositaban en escudillas junto al lugar preferido de los genios locales y recitaban largas letanías cantando o susurrando individualmente. Los lacandones, mayas que aún se conservan en estado primitivo, practican todavía estos ritos sin variación. Van simplemente cubiertos con una manta ancha que les cae de las espaldas.

Pero algunos, que desarrollaron la escritura y el calendario, iban en cambio empenachados con tocado de plumas y cubiertos de magníficos vestidos con ricas sandalias y cinturones.

En dos ciudades mayas, en Copán y Quiriguá, los jefes, sacerdotes o *mandones* erigieron regularmente cada veinte años un monolito gigantesco con un relieve figurando un personaje principal. Los llamamos estelas porque llevan inscripciones que no podemos descifrar completamente, pero que deben de referirse a hechos en los que había participado el personaje en cuyo honor se levantaba el monolito. La primera estela de Quiriguá no pasa de dos metros de altura, pero la más alta tiene ocho metros desde la base, y con lo enterrado en el suelo puede calcularse que el bloque entero



Página de un manuscrito sobre papel de corteza con un texto maya. Actualmente se halla en la Biblioteca de Dresde. Obsérvese que cada glifo va acompañado de un signo numeral formado por barras y puntos. Las barras significan diez años y los puntos el uno. Así los glifos de la zona inferior valen (de izquierda a derecha): el primero, veinte; el segundo, veintiuno; el tercero, treinta; el cuarto, veintitrés; el quinto, catorce, y el sexto también catorce. Así, sumando estos numerales se llega a una fecha, que señala hasta el día. Las figuras algo caricaturescas de debajo representarían valores astronómicos que no podemos precisar. Aumenta las dificultades de desciframiento de los jeroglíficos mayas manuscritos el que sólo queden tres textos bien conservados: en Dresde, Viena y Madrid.

tenía antes de tallarlo casi once metros de longitud. ¿Quiénes eran estos a los que se glorificaba con tan gigantescos monumentos aislados en medio de la plaza central del poblado? Llevan sujeto fuertemente con ambas manos un envoltorio que debe de contener las *hiera*, o sea, las reliquias de una época de dificultades, acaso el período de la emigración. Estos mayas del sur de México tienen recuerdos de cuando iban avanzando a través de los bosques a los que encontraban infestados de tigres y jaguares y poblados por unos salvajes corcovados que tuvieron que destruir. Los monolitos con figuras de jefes de Quiriguá y Copán tienen esculpidas en las sandalias cabezas de jaguar y los pies están atravesados como para marcar un signo de buen agüero que pudiera ahuyentar al enemigo, tanto si era un jaguar como si se tratara de un salvaje corcovado.

Las estelas o monolitos conmemorativos de Copán y Quiriguá son el esfuerzo más grande ejecutado por el primitivo hombre americano. Además, sirvieron para desarrollar el sentido del arte, porque la indumentaria de los personajes obligaba a tallar formas decorativas y hasta precisar partes en las figuras, como las caras, que son de una perfección que recuerda la de las mejores obras de griegos y romanos. Sólo en Oriente, en la India, se encuentran esculturas que se puedan comparar con las de los mayas. Y, ya en este punto, cabe aventurar algo de los posibles contactos, en la época del mayor apogeo de la cultura maya, con el Extremo Oriente. Es cuestión que se discute sin resolver: si podían haber llegado misioneros budistas con ídolos y acaso ideas que sirvieran de modelo a los americanos. Todavía hoy, llevados por los tifones o vendavales del Pacífico, llegan barcas chinas a la costa de California. Pero que filósofos y artistas orientales pudieran influir en el desarrollo de la cultura maya es poco verosímil. No podían entenderse con sus lenguas, ya tan diferenciadas, y, además, la cultura maya se había formado con todas sus particularidades en el primer milenio de la Era cristiana.

Los grandes monolitos conmemorativos se disponían en el área central de un po-



Pirámide de Uaxactún, datada por la inscripción 8.14.10.13.15, o sean, 8 ciclos de 400 años, más 14 ciclos de 20, 10 años más, 13 meses y 15 días, en total 3.490 años desde la fecha en que empezaron a calcular el tiempo los mayas.

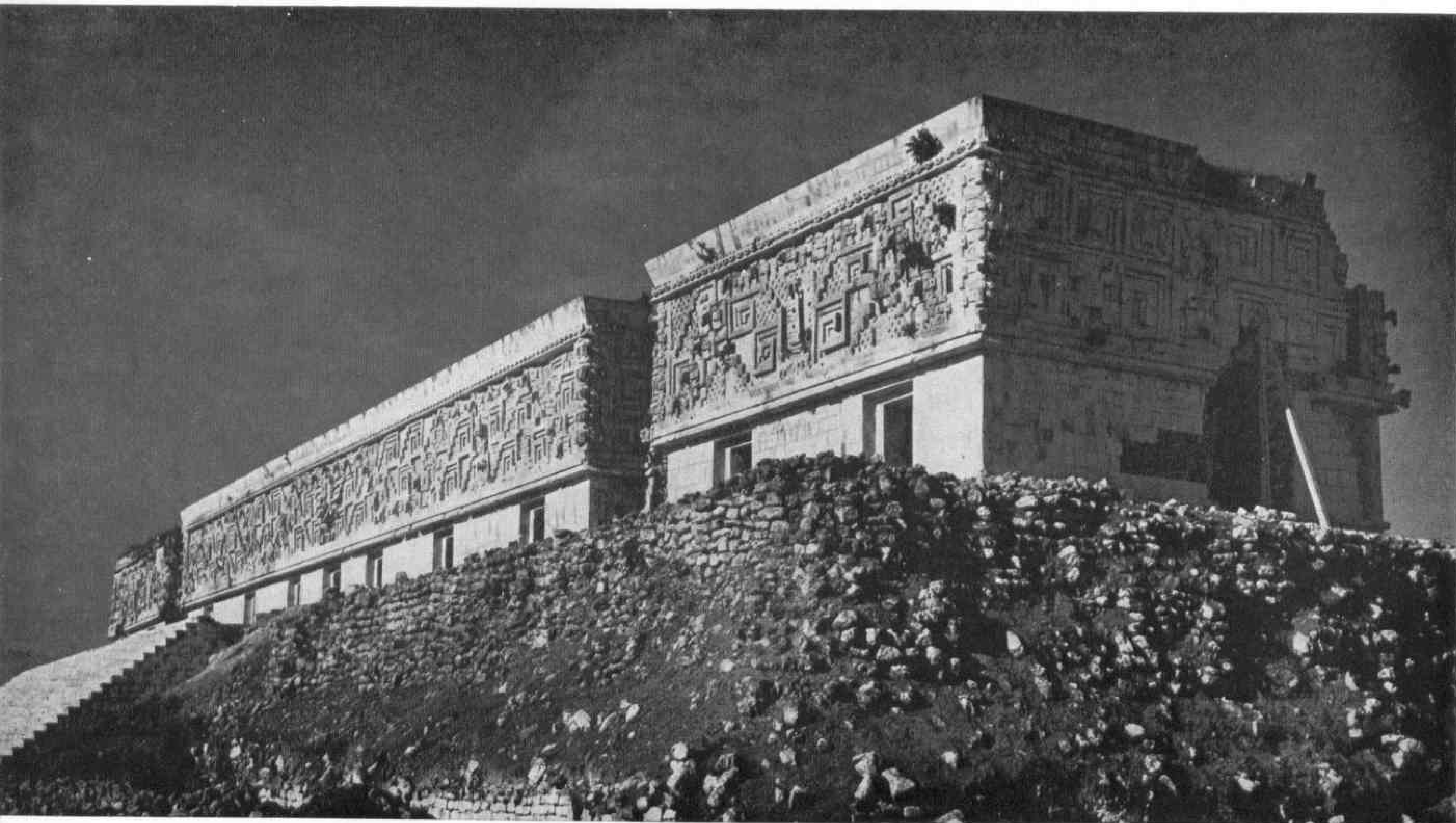
Figuras estilizadas mayas realizadas en jade. (Museo Nacional de Costa Rica.)



blado que formaba una gran plaza. Allí, en un lado, se construía el gran templo, un monumento apiramidado con pisos escalonados; en lo alto había una cámara muy reducida que serviría para observaciones astronómicas, pues estaba orientada con toda precisión. En el área despejada de la gran plaza, centro religioso y cultural, se reunía la población entera para ceremonias cívicas. No tenemos relación escrita de estos actos solemnes, ejecutados por la noche. Debía de ser especialmente solemne el acto de elevar el monolito que precisaba la fecha.

Los mayas de la región del sur de México vivían en poblados de chozas desparramadas alrededor de la gran plaza. Eran casas construidas con cañas y juncos de las que no quedan rastro ni señales en el suelo. Las ciudades mayas no estaban organizadas en federaciones. Cada una tenía su especialidad médica para curar por tratamiento de baños de vapor o aliviar con salmos y oraciones los reumatismos, que serían la dolencia fatal de aquellos lugares húmedos. Unicamente así se explica la enorme extensión de estos santuarios, casi sanatorios, que parecen haber sido las ciudades mayas de la parte sur de México. Sus ruinas cubren una extensión de varios kilómetros, porque además del templo principal tienen como pabellones donde podían recogerse los visitantes. La disposición de ciertas ciudades no puede explicarse más que como destinadas a magias que facilitaran el restablecimiento de la salud.

Acaso estos esfuerzos terapéuticos llegaran a impedir que los mayas se asentaran definitivamente en la región de las selvas y pantanos de sur de México, porque se nota un movimiento general emigratorio de enjambres mayas a Yucatán, península menos húmeda, con bosque bajo y clima más caliente, casi tropical. La antigua tierra maya de las grandes ciudades del interior quedó casi desierta y, en cambio, surgieron ciudades en Yucatán que conservaban sólo en parte la tradición de los cómputos astronómicos, la escritura y las artes. La población del nuevo solar de los mayas en Yucatán debió de empezar por pequeños grupos antes de la gran emigración, y así al llegar los mayas de México en grandes masas, encontraron ya seleccionados los lugares y algunos primeros edificios construidos. Pero los mayas al emigrar coincidieron con los movimientos de los toltecas de Tula, empujados por el genio civilizador de Quetzalcoatl. Las dos razas se mezclaron sin confundirse completamente; los mayas del Yucatán conservaron sus ritos y métodos de vida que tenían en México, mientras los toltecas desplazados hacia el Sur mantuvieron su organización de compañías y órdenes militares. En los monumentos que erigieron en Yucatán se los representa con la indumentaria que vemos en las esculturas de Tula: protegidos por una especie de corbata, casi uni-



Casa del Gobernador, en Uxmal.

forme, turbante o fez, y bien armados. En una de las ciudades más importantes del Yucatán se encuentra la pared divisoria del barrio estrictamente maya y el barrio tolteca bien separado. Ambos cuarteles tenían su *cenote* o pozo, porque el Yucatán no tiene fuentes y el agua corre profunda por ríos subterráneos. Solamente al desplomarse la capa superior se ve el ojo gigantesco del pozo, al que hay que descender por medio de una escalera.

En aquel nuevo país que para los mayas debía ser la región árida y seca del Yucatán, conservaron su culto a los *chacs* o espíritus favorables al cultivo del maíz y los representaron en los ángulos de sus edificios proyectando sus fauces con la boca entreabierta en la que se ven los dientes y la nariz torcida como huroneando la humedad. En cambio, los toltecas establecidos en Yucatán conservaron las normas impuestas por Quetzalcoatl: sin contagiarse de los mayas, construyeron un gran estrado para reuniones, suficiente para todos los guerreros, y una pirámide escalonada que hoy se llama *El Castillo*. En lo alto había una cámara sin ventanas con dos ídolos, un jaguar de piedra roja que representa el terrible enemigo y protector de los mayas prehistóricos y un personaje clavado en el suelo que debe de ser imagen del Quetzalcoatl de Tula.

Así, reunidos en aquel camarín santo, en lo alto de la pirámide, están los dos genios superiores de mayas y toltecas asociados en la ciudad mixta de Chichen-Itzá.

No parece que hubiera discusiones entre mayas y toltecas en Chichen-Itzá; cada



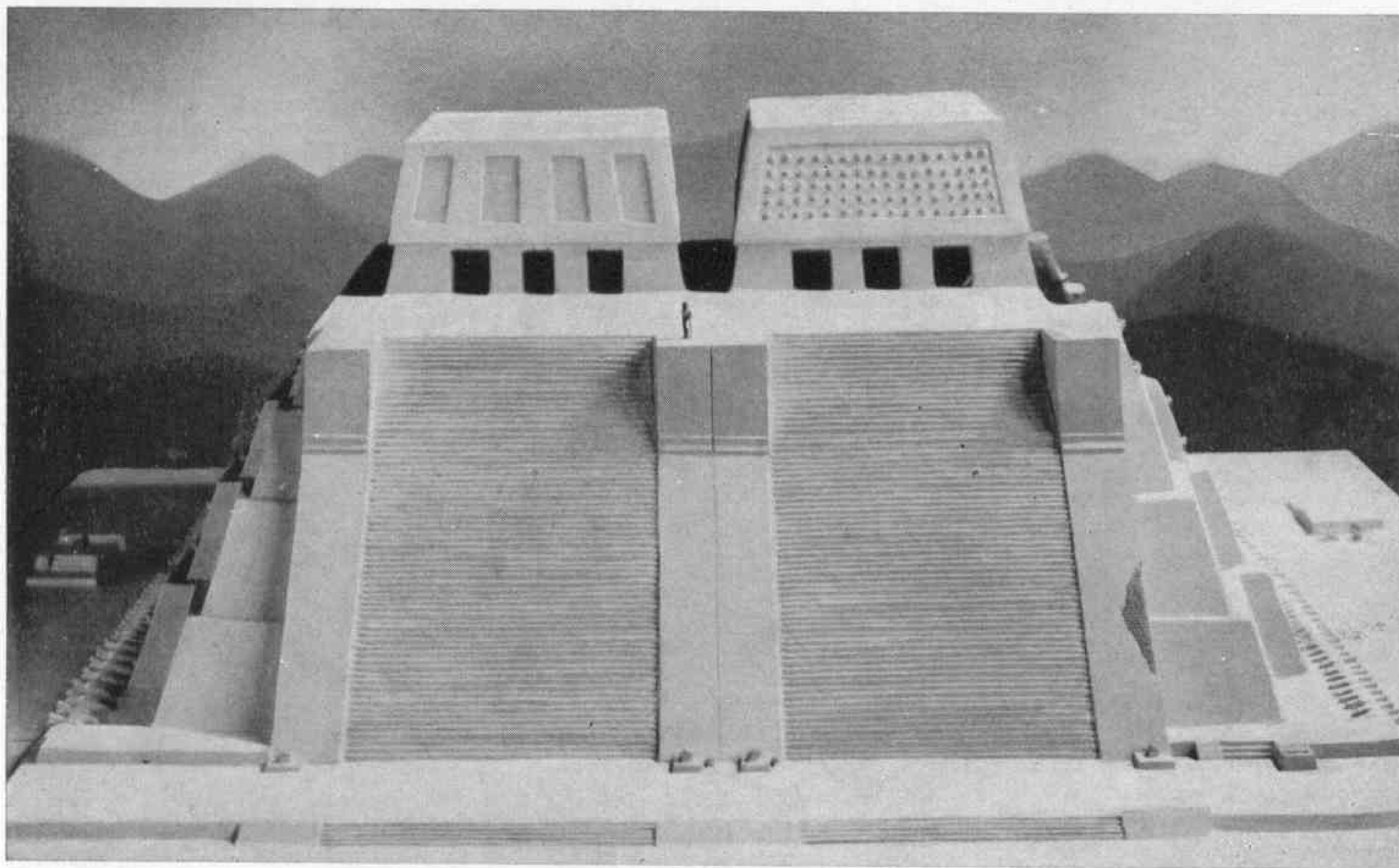
Detalle del grupo de las mil columnas en el templo «de los Guerreros», en Chichen-Itzá.

raza se valía de su *cenote* o pozo y el país daba abundante venado para compensar la falta de maíz, que era su casi exclusivo alimento en el antiguo país de los bosques del sur de México.

Los mayas situados ya en el Yucatán crearon muchísimas ciudades con grandes edificios y pirámides escalonadas. Estaban muy distanciados entre sí y formaban pueblos independientes. Pero tres de ellos, los Itzás, los Xiu y los Cocom, trataron de confederarse y centralizar la administración y las relaciones políticas; construyeron una metrópoli en un lugar intermedio que llamaron Mayapán. Esta metrópoli estaba rodeada de una muralla de piedra que todavía se conserva en parte. Pero la Liga de Mayapán se disolvió porque un esclavo de los Itzás declaró que había ido al fondo del *cenote* de Chichén y allí había recibido del espíritu del lugar la profecía de que él tenía que ser rey.



Personaje que lleva como tocado la máscara de un ave con pico ancho y encorvado. Urna zapoteca de la tumba 77 de Monte Albán.

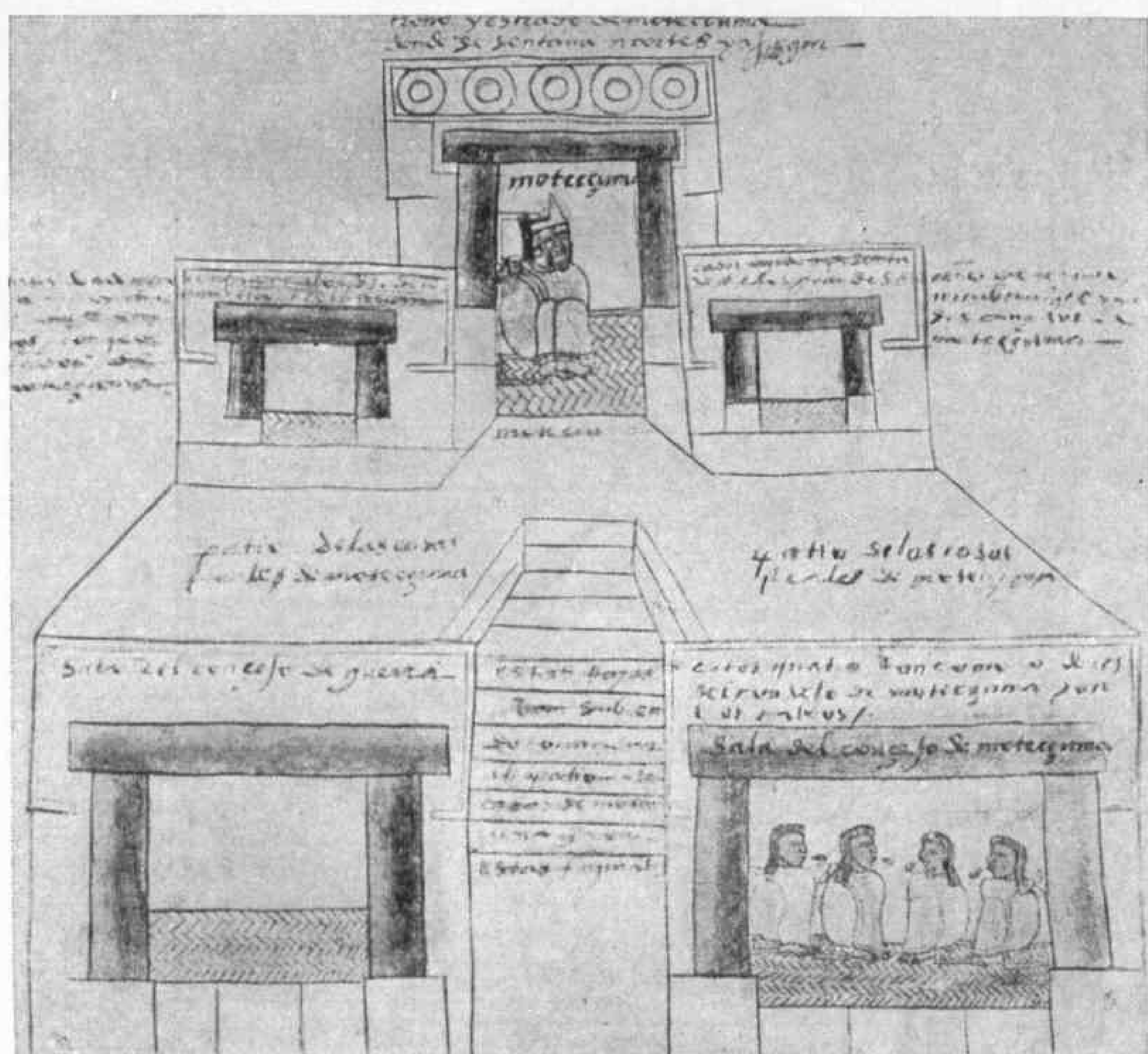


Maqueta de la pirámide escalonada de Tenayuca, construida por los aztecas, con sus dos edículos, uno para Tlaloc, el genio del Valle Central, y otro para Huitzilopochtli, el dios nacional de los aztecas.

29 LOS AZTECAS EN MEXICO Y LOS INCAS EN PERU

HEMOS explicado en el capítulo anterior como por disensiones políticas y religiosas la mayoría de los primeros ocupantes de los valles que eran capaces de desarrollar una gran civilización — o sean los toltecas — tuvieron que emigrar a las regiones del sur de México y del Yucatán, donde fueron recibidos pacíficamente por los mayas. El Valle Central quedó por algún tiempo sin núcleos organizados; los pocos toltecas que permanecieron y algunos aborígenes desparramados vagaron por los alrededores de la región de Tula, que había sido la sede del imperio de Quetzalcoatl. Eran los chalcas, los chichimecas, los choluas, que no consiguieron formar centros civilizados. Pero pronto llegaron (hacia el año 1250 después de Jesucristo) los aztecas, que iban a crear allí una nación dominadora con ambiciones de conquista. ¿Quiénes eran estos aztecas?

La leyenda, tal como ellos la explicaban, es novelesca. Creían que se habían originado en un lugar al Norte, el país que hoy llamamos Nuevo México, y precisamente en Aztlán. Allí había cuevas de donde salieron los primeros aztecas, cuevas que estaban en la isla de un lago. Los aztecas, más tarde, ya constituidos en nación poderosa, en el Valle Central, conservaban la tradición de Aztlán y deseando conocer el país de donde procedían, un rey azteca llamado Moctezuma I quiso enviar emisarios a Atzlán, con presentes de cacao, mantas y joyas para los que podían ser descendientes de sus antepasados. Los embajadores mexica-



Palacio de Moctezuma en México, según el códice Mendoza.

nos pronto se encontraron desorientados; de Aztlán sólo sabían que estaba al Norte y para obtener información se disfrazaron de lobos y osos y ejecutaron una danza salvaje con lo que llegaron a hipnotizarse y tener visiones que les animaron a proseguir. Llegaron a Aztlán, pero los que allí encontraron no supieron, o no quisieron, explicar nada de su origen. Sin embargo, el recuerdo de Aztlán quedó fijo en la mente de los mexicanos; lo prueba que cuando tuvieron noticia de la llegada de los españoles, el rey de los aztecas, que era Moctezuma II, pensó en escapar y esconderse en Aztlán.

La tradición continúa: el enjambre iba capitaneado por un mago llamado Mexi, el cual recibía instrucciones del dios tribal Huitzilopochtli, nombre derivado de Huitzil, o pájaro mosca, zumbón, el colibrí, que llevaban disecado, en un envoltorio con otras reliquias, el *medicine bussole* de todos los indios americanos. La nación entera de los aztecas iba descendiendo hacia el Sur en etapas. Cada año se detenían para sembrar maíz y fríjoles. Empezaban por hacer una choza donde depositaban el fardo sagrado y desde allí el pájaro zumbón hablaba a Mexi, especialmente de noche, comunicándole cuándo tenían que marchar y detenerse, y la manera de resolver, si las había, las dificultades de gobierno.

De estos descansos, que duraron varios años, queda el recuerdo de un lugar donde permanecieron más largamente. Entonces el sacerdote Mexi había muerto y guiaba la banda una princesa llamada Malinaxachtl, que era muy hermosa y, además, poetisa. Esta hechicera aconsejaba que se fijaran en aquel lugar, hoy llamado Malinalco. Pero los grandes de los aztecas recibieron órdenes de Huitzilopochtli de marchar adelante, para evitar los conjuros de la princesa, cuando ésta durmiera. Mucho más tarde, los aztecas ya establecidos en el Valle Central quisieron santificar el lugar de Malinalco construyendo un templo rupestre con gran cantidad de esculturas y pinturas en la cámara excavada de la roca.

Por fin llegó la nación azteca al lugar que había de ser el solar de donde salieran a conquistar todo el valle y hasta la frontera de la región maya de Campeche y Tabasco. Parece que el lugar de arribo fue la colina de Chapultepec. Desde allí se divisaba el

gran lago con una isla que era preferible a la colina, pues estaba defendida por el agua. En los bordes del lago habitaban ya pequeños núcleos de emigrantes que iban formando aldeas y estaban siempre enzarzados en disputas locales. Los aztecas tuvieron que subyugarlos y hacerlos feudatarios. En seguida de establecidos en la isla, construyeron una choza para depositar el fardo sagrado, y a su alrededor creció el centro religioso de la ciudad. Era un recinto cerrado con muralla de piedra y dominado por un templo mayor en forma de pirámide escalonada con un doble edículo en la cima. El edículo era doble porque los aztecas adoptaron como dios al antiquísimo numen del Valle, el Tlaloc, dios del aire y de la lluvia, que ya habían encontrado los toltecas. Pero a su lado se puso una capilla idéntica para Huitzilopochtli, que del primitivo pajarito zumbón disecado, que iba en el fardo durante el período de la emigración,

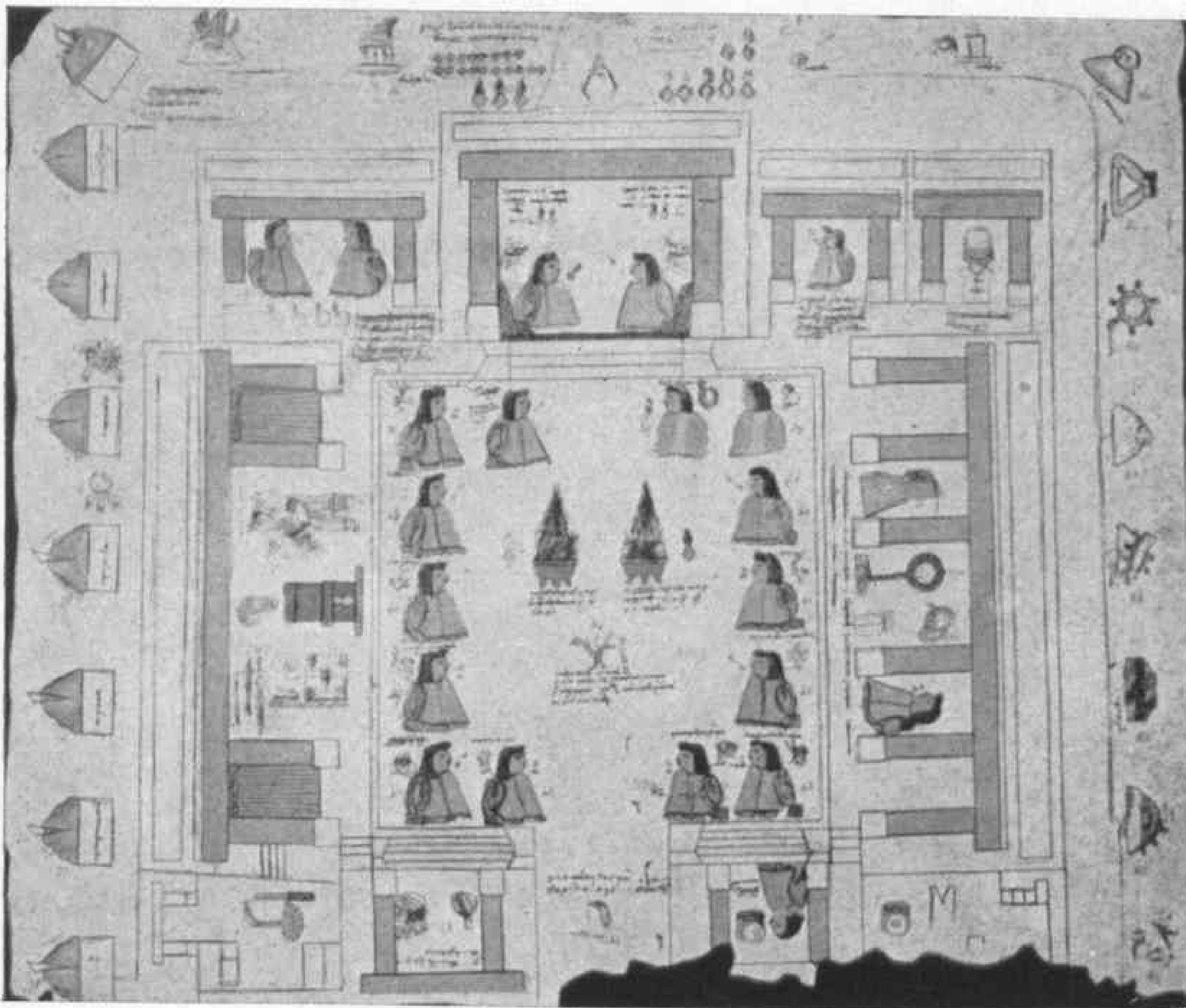
La Piedra del Sol, que resume en síntesis las ideas de cosmografía y calendario de los aztecas a mediados del siglo XIV después de J. C.



se había metamorfoseado en el astro Sol. No sólo había cambiado de aspecto, sino también de necesidades litúrgicas. Los aztecas tenían que ofrecer en abundancia al Sol altivo corazones humanos que arrancaban del pecho de víctimas propiciatorias. Este culto solar es el que dio reputación a los aztecas. Casi no se recuerda de su historia y costumbres más que esta sangrienta e inhumana necesidad de llevar a lo alto del templo, junto al edículo de Huitzilopochtli, esclavos prisioneros y arrancarles el corazón todavía palpitante y chorreando sangre para lanzarlo a la imagen del dios. El cuerpo, que se había abierto con un cuchillo de pedernal, se lanzaba desde lo alto por la escalera que llegaba a la plaza del santuario mayor. Esta costumbre o rito es lo que más irritó a los españoles al llegar a dominar a la nación azteca. Y la práctica de tal liturgia no se reducía sólo a la capital, sino que otros templos en forma de pirámide escalonada se construyeron en las aldeas tributarias de los alrededores. Una de ellas, en buen estado de conservación, se excavó en el lugar vecino de Tenayuca.

Estaba establecido religiosamente que cada cincuenta y dos años comenzaba un siglo, y entonces había que apagar los fuegos y destruir todo lo viejo, tanto los enseres domésticos como los sagrados. Igualmente se destruían las casas y templos para construirlos de nuevo en el mismo lugar. Por esto, al explorar el lugar de Tenayuca se descubrieron los primeros templos con la misma forma escalonada y con los dos edículos. Debían de representar los edificios construidos cada cincuenta y dos años. Eran cinco; el último debe de ser del tiempo de la llegada de los españoles y el primero, menor, anterior cinco veces cincuenta y dos años, del 1255, que corresponde poco más o menos a la instalación de los aztecas en el Valle Central.

Hemos dicho que el recinto del Templo Mayor era una plaza cuadrada que se aprovechó para instalar los servicios de una comunidad floreciente. Había lugares para alojar la policía y los prelados que cuidaban del culto; había pabellones para residencias de cofradías y había templos menores, porque con el culto solar se forjó una compleja mitología. Es sorprendente que en los tres o cuatro siglos desde el tiempo de su salida de Aztlán como primitivos indios con cultura neolítica, hasta la mi-



Palacio real de Texcoco, el Estado aliado de los aztecas al otro lado de la laguna. En la sala central del fondo, el rey platica con su hijo y sucesor. La sala de la izquierda, a su lado, es el Tribunal, y, la de la derecha, el arsenal. La gran sala a la derecha del patio es para concursos musicales, con un tambor alto que emite sonidos, y al otro lado del patio están los almacenes para el tesoro. En el centro del patio hay dos braseros para sahumerios y los 14 grandes, sentados, que forman el Consejo.



La fortaleza-palacio suburbano de El Cuzco. Sacsahuaman.

tad del siglo XIII, en que fueron preponderantes, los aztecas habían realizado el progreso de imaginar una cosmología para formar un *sistema del mundo,* con su cronología y calendario cósmico. Todo ello se explica plásticamente en un monolito que se ha conservado y que llamamos la Piedra del Sol. Es un bajo relieve circular de 3,58 metros de diámetro. En el centro se descubre la cabeza del astro solar, del que salen, a los lados, manos que agarran corazones. Cuatro aspas encierran cada una el jeroglífico de los cuatro soles anteriores, componiendo así una síntesis prehistórica del mundo con sus períodos de sol y destrucción. Porque antes que el Sol actual hubo cuatro soles que desaparecieron por cataclismos. Hubo un Sol que acabó el día 4 Viento; otro Sol, Tigre, que acabó el día 4 Tigre; después el Sol Diluvio, y por fin el Sol Agua. Todo esto lo cuenta la parte central, como un medallón rodeado por un círculo con los jeroglíficos de los 20 días del mes y en lo más alto hay un jeroglífico con 13 puntos que precisa el día del nacimiento del Sol actual. En el borde, formando marco, están los cuerpos de dos serpientes que van empujando al Sol en su movimiento circular al recibir la fuerza de los corazones humanos. Termina con dos cabezas que llevan el *copilli* o tiara real, cuyas caras problamente representan los dos reyes del Valle, el rey de México, Moctezuma, y el rey de Texcoco, Nezalaulcoyotlhi, que también se contagió de la religión del Sol.

Hay que observar que el conocimiento de la astronomía y geografía azteca lo debemos a las relaciones de los misioneros contemporáneos de la conquista. Los frailes que se enviaron para la evangelización tuvieron gran interés por la cultura científica, religiosa y política de los aztecas que iban a bautizar. Lo hicieron con un espíritu elevado, sin reducirse a abominar los errores de los mexicanos. He aquí el caso de fray Bernardo de Sahagún, que llegó de España sin conocimientos previos ni prejuicios. Para componer su gran obra monumental, *Historia de las cosas de Nueva España,* empleó el sistema formulado por Alberto Magno, de que «nada debe tomarse por cierto si no se puede repetir con idénticas circunstancias». El ingenuo frailecito español se retiró pri-

mero a un convento de su orden franciscana acompañado de varios señores aztecas de categoría y estuvo un año recogiendo sus informes. Pero convencido de que era necesario comprobar sus informaciones, pasó otro año con otro grupo de prelados y letrados aztecas confirmando lo que había aprendido. Escribió su *Enciclopedia* en cinco volúmenes en azteca y español, pero no quiso traducir dos capítulos que dejó en azteca, uno, el de los autos religiosos, que no comprendía bien por estar en lengua arcaica, y otro, el de la descripción de los órganos del cuerpo humano, que requiere un conocimiento elemental de anatomía. ¡Qué científico respeto! Sahagún debería considerarse como el fundador de la Etnología.

Otros misioneros, como Motolinia, mendicante de la primera generación después de la llegada de los españoles, escribieron también su relación o informe con lo que habían visto y con sus relatos completamos lo que nos enseña Sahagún. Así sabemos que el México de los aztecas era una ciudad con diez barrios, cada uno gobernado por un jefe político. Los diez jefes asesoraban a un monarca casi independiente que los recibía en su palacio. La lista de los diez reyes aztecas desde la llegada al Valle hasta el último, ya del tiempo de la conquista por los españoles, puede dividirse en dos períodos: los cuatro primeros estuvieron ocupados en establecer su autoridad en las tribus que ya estaban instaladas en la orilla del lago; el quinto, Moctezuma I, llamado el Viejo Malhumorado, realizó las grandes obras públicas que dieron a México el prestigio de capital. Probablemente a él se debe la reconstrucción del Templo Mayor en gran parte, el palacio real, la traída de aguas potables, pues el agua de la laguna era salada, y las tres calzadas que de la tierra firme llegaban al centro de la ciudad. Este primer Moctezuma estableció también relaciones familiares con el rey Texcoco, que era un príncipe culto y músico.

Algunos príncipes aztecas tenían casas grandes con un patio central, pero la mayoría de la población vivía en chozas de adobe con una o dos salas cubiertas de caña y paja. Como no podían mantenerse más que cincuenta y dos años, no había aliciente en hacerlas sólidas. Raramente se levantaba un piso sobre la azotea.

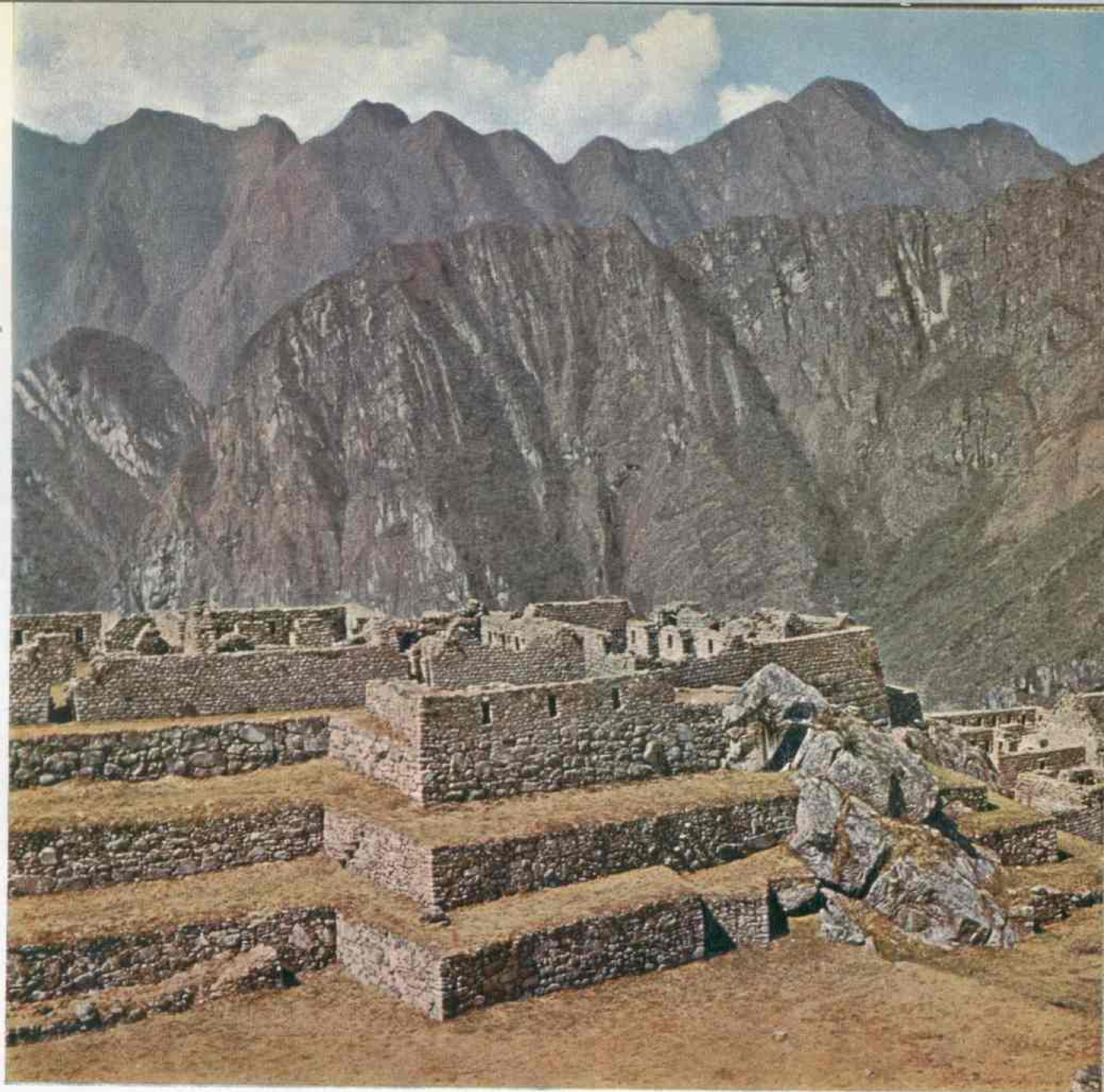
La descripción de la ciudad con su caserío dividido en calles y canales que formaban cuadriculado la debemos a los escritos de los conquistadores que iban con Cortés, sobre todo a Bernal Díaz del Castillo, que fue el más prolijo en su *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España*. Pero los detalles de esta hazaña, con sus días trágicos y gloriosos, no corresponden al período que estamos tratando.

Casi simultáneamente al establecimiento de los aztecas en el Valle Central de México (1200 después de J. C.), en los territorios de la América meridional, a lo largo de la costa del Pacífico, desde Colombia a Chile se formaba un vasto Imperio por la expan-



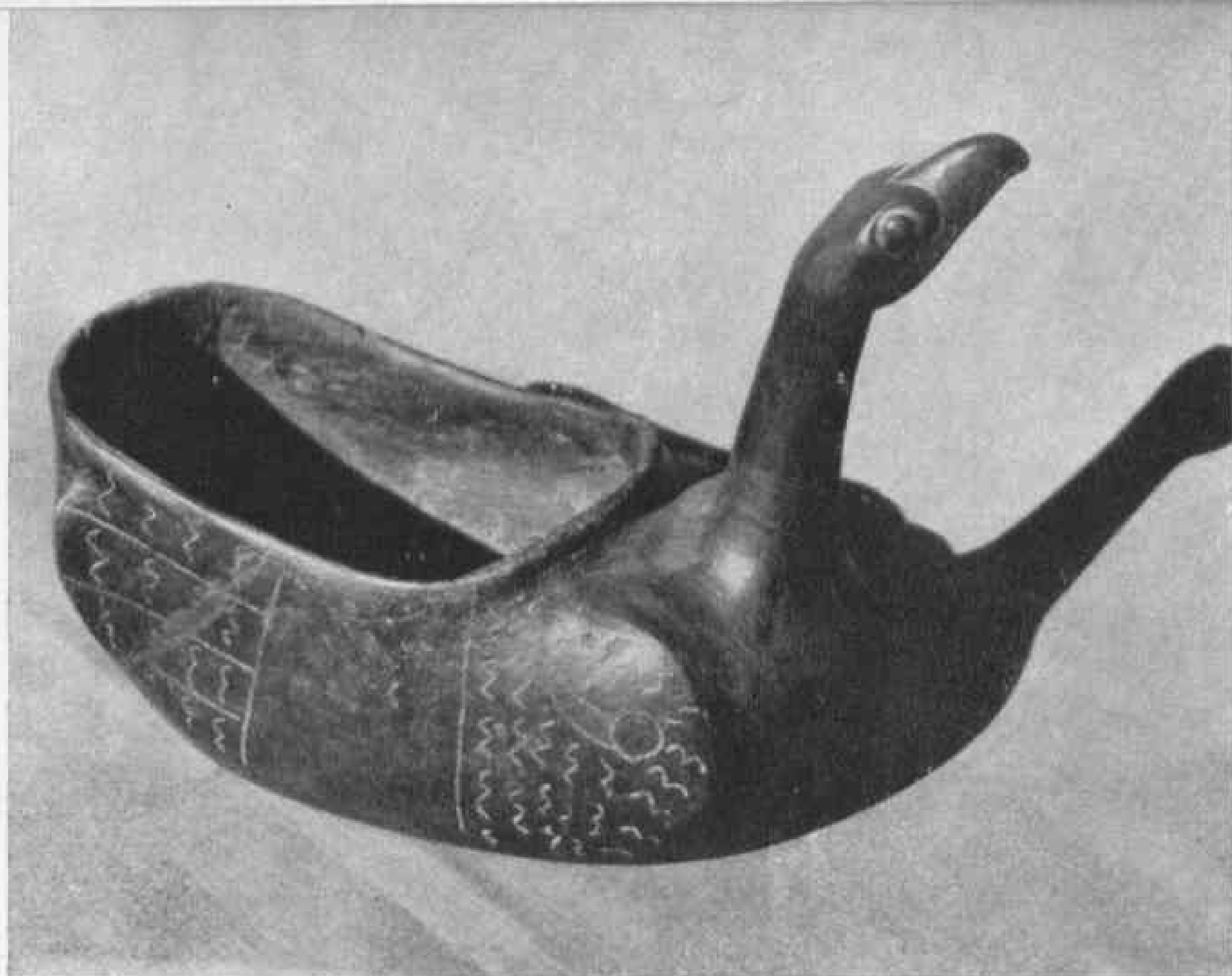
Cerámica nazca. Vaso perteneciente a la colección del coronel Díaz de Medina. La Paz.

Ruinas de la fortaleza incaica de Machu-Pichu.



sión de una tribu que conquistó y civilizó, a su modo, a todos los aborígenes de aquella vasta región. Decimos a su modo, porque no había precedentes de la manera de ser y de obrar en los aborígenes vecinos. El país, desde el mar hasta la cordillera de los Andes, estaba poblado por grupos de la más primitiva cultura. No tenemos información literaria ni arqueológica que nos describa su tipo y sus costumbres. Quedan algunas cerámicas y tejidos bordados, pero no hay restos de monumentos ni textos.

El país se levanta rápidamente en angostos valles hasta llegar a las cumbres andinas, que consiguen altitudes de 3.000-4.000 metros. Allí, en llanos sin árboles ni apenas vegetación había otras poblaciones más capaces de civilizarse. Formaban dos grupos determinados por las lenguas, los aimaraes y los quechuas. Probablemente del grupo quechua eran los incas, que se impusieron a todos: tanto a los de la tierra alta, como a los de la costa. Los incas se hacían descender del Sol y explicaban su origen y desarrollo así: El gran dios Viracocha, que se identifica con el Sol, había creado el mundo y sus habitantes; éstos procedieron tan inmoralmente, que Viracocha destruyó su propia creación con un diluvio. Sin embargo, compadecido del daño, creó cuatro parejas de seres humanos que hizo salir por una cueva. Estos fueron los antecesores de los incas. Uno de los cuatro nuevos hombres o incas fue Manco Capac, que vivió 140 años, y a su muerte Viracocha lo convirtió en un monolito que los incas veneraban. Los inmediatos sucesores de Manco Capac nos dejaron poco más que sus nombres. Se impusieron a los primitivos habitantes de El Cuzco; la tradición dice que vivían en el



Vaso en basalto con cabeza de ámbar. Cultura de Tiahuanaco.

mismo Templo del Sol, modesto santuario con techo de cañas y paja.

De los doce primeros incas sucesores de Manco Capac cuyos nombres conocemos, seis no serían más que jefes de montañeses; el primero que se consideró con derecho a ser llamado inca fue Sinchi, nombre que significa *fuerte;* otro, Capac, el señor; otro, el que llora sangre, y así hasta el séptimo, que ya se hizo llamar Viracocha o encarnación del Sol. En su época ocurrió el levantamiento en masa de los callas y los habitantes de las regiones vecinas del Norte. Llegaron hasta El Cuzco con la idea de ahogar aquella naciente capital. Viracocha les derrotó y obligó a retroceder, pero volvieron con más ímpetu y tuvo que darse una batalla campal. Llegaban con la pretensión de que la tribu de El Cuzco se les sometiera incondicionalmente. La batalla terminó con la muerte del jefe de los callas, que pereció en combate singular provocado por Cusi, que era el heredero del inca. El padre no podía combatir a causa de su vejez.

Cusi fue llamado Pachacutec, que significa *Salvador* o *Reformador*. A él se debe la expansión de los incas y su imperio. Por de pronto, consiguió asociarse los vencidos callas y otros bárbaros del Norte que por dos veces habían amenazado El Cuzco. Pachacutec convirtió la pequeña ciudad montañesa en una capital monárquica. Construyó el gran Templo del Sol, del que todavía se conservan restos, y otros edificios religiosos y principales. A siete kilómetros de El Cuzco, casi un suburbio, levantó la fortaleza-palacio de Sacsahuaman. Era una defensa suburbana, pero más alejados, algunos en lugares, como Machu-Pichu, casi inaccesibles, construyó refugios o adoratorios de cultos que no comprendemos. El sistema de construcción inca debió de inventarse en esta época: es, o podría llamarse, ciclópeo. La roca se ha tallado en parte y se ha completado la construcción con bloques algo desbastados que se ajustan en formas poligonales, sin mortero para reforzar las juntas. Son monumentos que asombran por sus dimensiones, pero carecen de escultura decorativa y de inscripciones. Es posible que no fueran los incas los inventores de este sistema de construir, sino los vecinos callas, los que trataron de conquistar El Cuzco. Sea lo que fuere, a los incas se atribuyen aquellas gigantescas ruinas. En una hay un monolito que señala el principio del año porque la sombra no se mueve en todo el día: es cuando el Sol está en el solsticio. En un santuario hay un hemiciclo con poyos para asistir a las ceremonias religiosas. En otro hay armarios para guardar un tesoro.

Una vez Pachacutec hubo asegurado el dominio de la región al norte de El Cuzco, emprendió la conquista del país al sur, donde estaba el gran lago de Titicaca. La región de El Cuzco está separada de la del Sur por una cordillera que divide las vertientes de los arroyos que llevan las aguas al Pacífico de los que, en el Sur, van al gran lago y de allí, por el Desaguadero, llegan al Atlántico con el río Amazonas.

La conquista de la región del lago Titicaca fue fácil. Allí el país tiene ruinas de tipo distinto al de los santuarios ciclópeos de los lugares vecinos al Cuzco. Se encuentran todavía hoy bloques tallados para

formar parte de edificios gigantescos. El más famoso es el monolito llamado Puerta del Sol, que creemos que servía de entrada a un gran templo. Actualmente está agrietado, pero es de una sola piedra de más de tres metros de ancho.

En el espacio vecino hay otros monumentos desmantelados, pero con partes también talladas de un solo bloque y sillares para construir muros de despiezo regular. Los constructores de aquellos edificios hoy destruidos serían los aimaraes, que eran los más capaces de la región. Hablan todavía una lengua diferente que los quechuas, pero el conquistador inca Pachacutec les obligó a aprender también la lengua de sus vecinos. No sólo los aimaraes, sino los de El Cuzco, tuvieron que aprender el quechua, que sirvió y sirve todavía de lengua nacional de los peruanos.

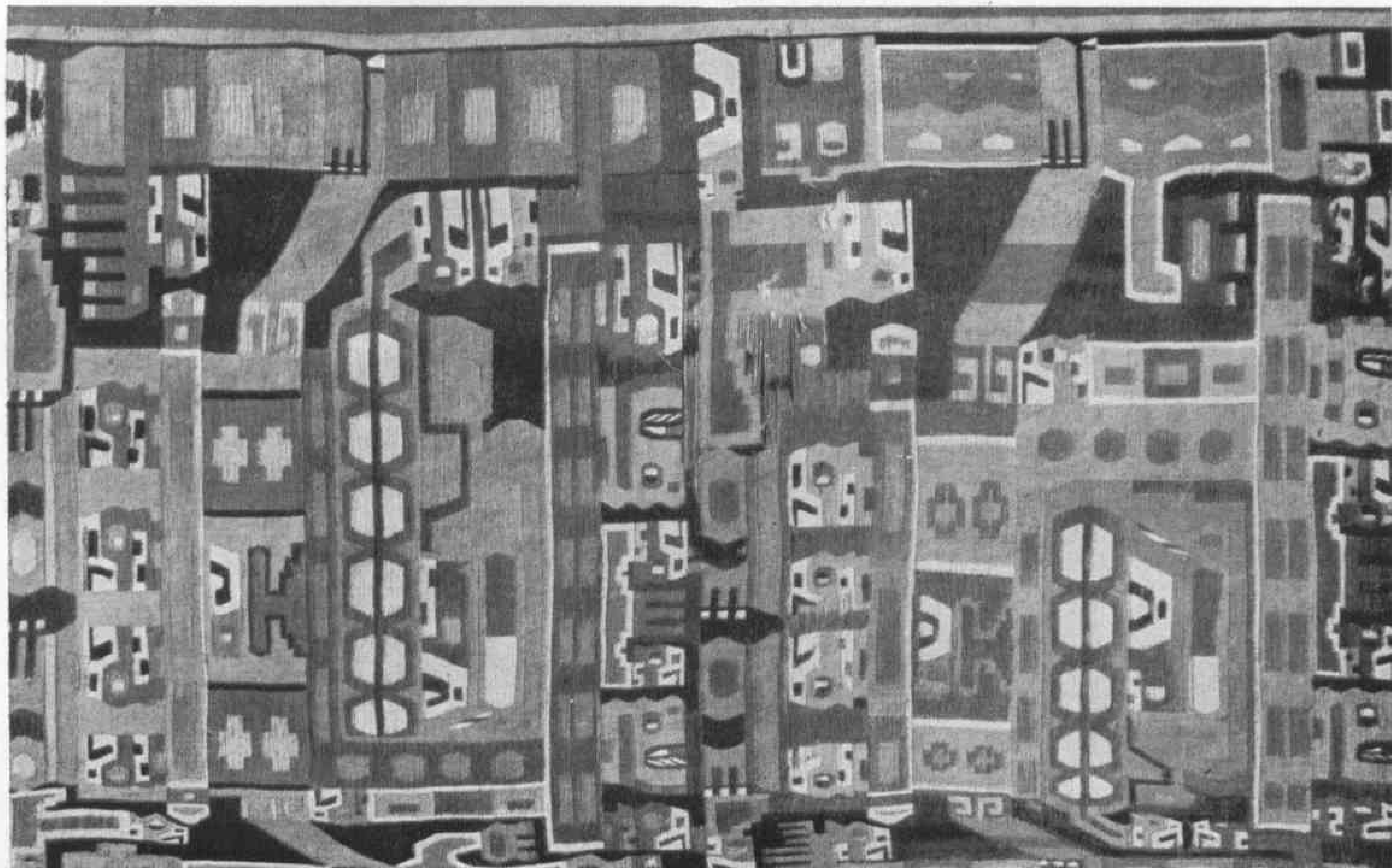
Algunos monumentos están en unas islas del gran lago que eran lugares santos. Allí había un Templo del Sol y otro de la Luna.

Parte del lago, precisamente donde están las ruinas, es de Bolivia, y algunas esculturas con figura humana han sido trasladadas a una especie de parque-museo al aire libre en La Paz. Hoy podemos observar allí la capacidad artística de estos primitivos habitantes de la región del lago. A veces tallan formas geométricas simbólicas, como las que van en el relieve de la Puerta del Sol, pero otras son de un gran naturalismo, casi retratos. Les dieron carácter racial muy perfecto, diríamos muy inca. En otras cabezas, sobre todo las ejecutadas en cerámica para redomas, se ha hecho ostentación de las enfermedades de la región: la lepra y la sífilis con sus deformidades y destrucciones orgánicas. Estas figuras son acaso el mejor ejemplo de la capacidad de los indios americanos para la escultura.

Hay también referencias en los escritos de los misioneros de pinturas que adornaban los templos de incas en El Cuzco. Se habla de lienzos de lana de vicuña con escenas históricas, pero no queda nada de ellos.

Es también misterioso el problema de si los incas tuvieron un sistema de escritura. Al llegar los españoles el único sistema de

Detalle de la franja decorativa de un poncho perteneciente al estilo de Tiahuanaco, realizado en tejido a punto de tapiz.



comunicación eran los *quipus* o cordeles con nudos de diferentes colores a lo largo del cordel. Se han conservado bastantes de ellos, pero no podemos adivinar su significado. Algunos *quipus* tienen colgando de ciertos nudos otros cordeles que servirían de complemento a un relato. Es posible que algunos *quipus* contengan datos de gran importancia, pues son largos y se encuentran en tumbas con otros objetos de valor. Los chinos tuvieron también escritura por *quipus;* esto hace esperar que llegue el día en que podamos valernos de los peruanos para completar la historia de los incas.

Estos peruanos primitivos llegaron a organizarse civilmente y dominar la mayor parte de la región andina, esto es, toda la América meridional excepto el Brasil y el estuario de Río de la Plata. El hijo del conquistador de la región del lago Titicaca conquistó el país que hoy forma el Ecuador y parte de Colombia. El inca de entonces casó con una dama de aquel nuevo país y así la monarquía de El Cuzco quedó casi dividida en dos inmensas provincias. Cuando llegaron los españoles, el Imperio inca estaba gobernado por dos hermanos: Atahualpa, el de la región del Sur, y Huáscar, a quien se había atribuido el país de Quito con el puerto de Guayaquil. La poca fraternidad existente entre ambos reyes facilitó la conquista de Francisco Pizarro.

Uno de los famosos *quipus*.
Museo Arqueológico de Lima.

